REVISTA CONSERVADORA
DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

ABRIL 1966

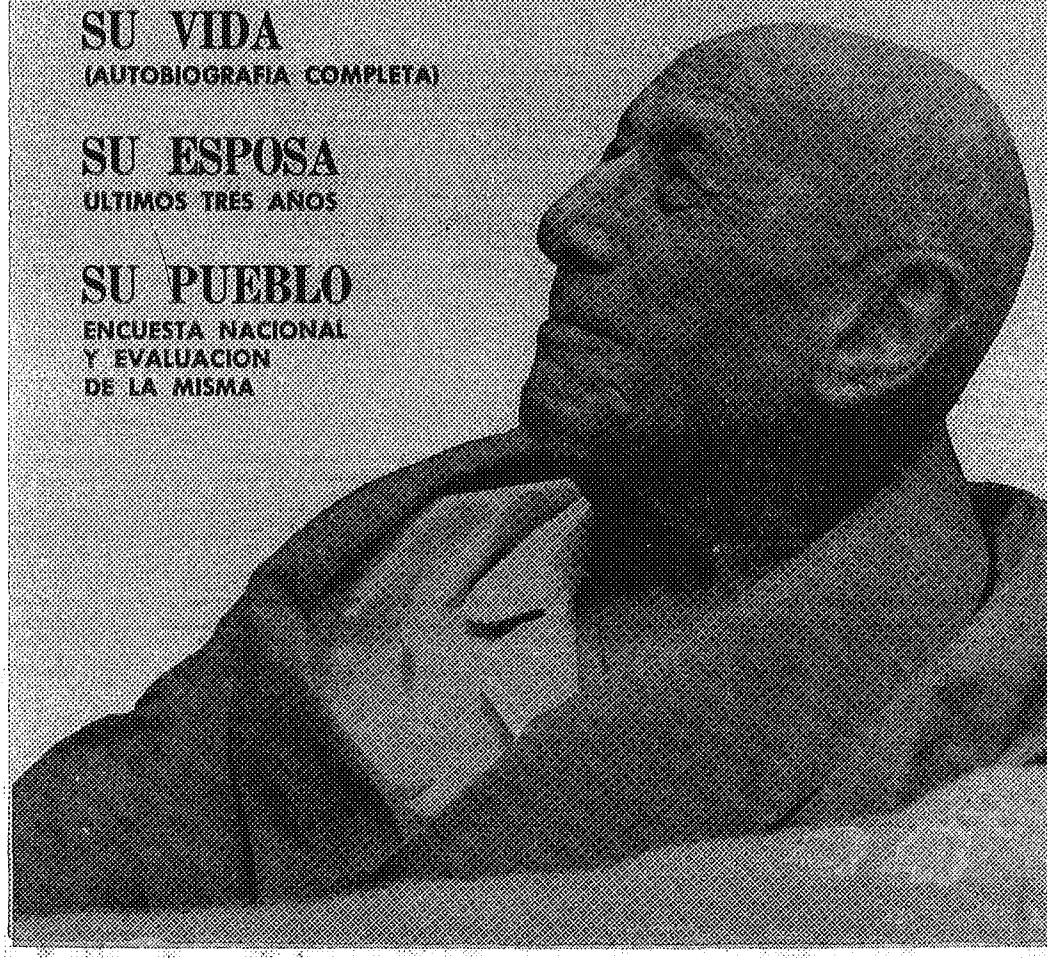
EMILIANO CHAMORRO
NICARAGÜENSE

EL ULTIMO CAUDILLO DE AMERICA

SU VIDA
(AUTOBIOGRAFIA COMPLETA)

SU ESPOSA
ULTIMOS TRES AÑOS

SU PUEBLO
ENCUESTA NACIONAL
Y EVALUACION
DE LA MISMA



67

Nicaragua: 10 Córdobas
Extranjero: 2 Dólares

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Revista
Conservadora
del Pensamiento Centroamericano

VOL. 14 - Nº 67 ABRIL, 1966

SEGUNDA EPOCA

SUMARIO

Página

1 En este número

2 Vistas de los funerales del General Chamorro

4 ¿Cuál fue la cualidad más descollante del General Chamorro?

11 Nuestra propia evaluación de los 20 conceptos del pueblo

18 Evaluación de nuestros colaboradores:
Félix E. Guandique — Roberto Gutiérrez Silva — Horacio Argüello Bolaños — Emilio Gutiérrez G. — Ricardo Páiz Castillo — Eduardo Conrado Vado — Uriel Mendieta Gutiérrez — Adolfo Calero Orozco.

29 Ecuanimidad Liberal:
René Schick — Luis Somoza Debayle — José María Moncada — Rodolfo Abaunza Salinas.

32 Mascarilla del Caudillo

33 Los últimos 3 años del General Chamorro al lado de su esposa

EL LIBRO DEL MES

AUTOBIOGRAFIA COMPLETA DEL GENERAL EMILIANO CHAMORRO

DIRECTOR
JOAQUIN ZAVALA URTECHO

REDACTOR
ORLANDO CUADRA DOWNING

COLABORADORES DE ESTE NUMERO

Mercedes R. v. de Chamorro
René Schick Gutiérrez
Luis Somoza Debayle
Rodolfo Abaunza Salinas
Félix E. Guandique
Roberto Gutiérrez Silva
Horacio Argüello Bolaños
Emilio Gutiérrez G.
Ricardo Paiz Castillo
Eduardo Conrado Vado
Uriel Mendieta Gutiérrez
Adolfo Calero Orozco

CREDITOS FOTOGRAFICOS:

Archivo de La Prensa y de Revista Conservadora

Prohibida la reproducción total o parcial sin previa autorización por escrito del Director.

EDITADA
por
Publicidad de Nicaragua
APTDO. 2108 TEL.: 5049
en
EDITORIAL ALEMANA
Managua

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Revista
Conservadora
del Pensamiento Centroamericano

Se llama Conservadora únicamente en el sentido de que no es antirreligiosa, ni anticapitalista. Va en marcha hacia la Integración de Centroamérica y Panamá, por encima de las divisiones partidistas.

En este número

REVISTA CONSERVADORA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO, fiel a su tarea trascendental y única de conservar en sus páginas y trasmitir a la posteridad el pensamiento vivo de los hombres que en una forma u otra han dejado su huella en la historia política y social de esta región de América, recoge la del General Emiliano Chamorro, una de nuestras más extraordinarias personalidades que después de una larga y laboriosa vida, de casi un siglo, pasa a la posteridad para ser juzgado por la historia.

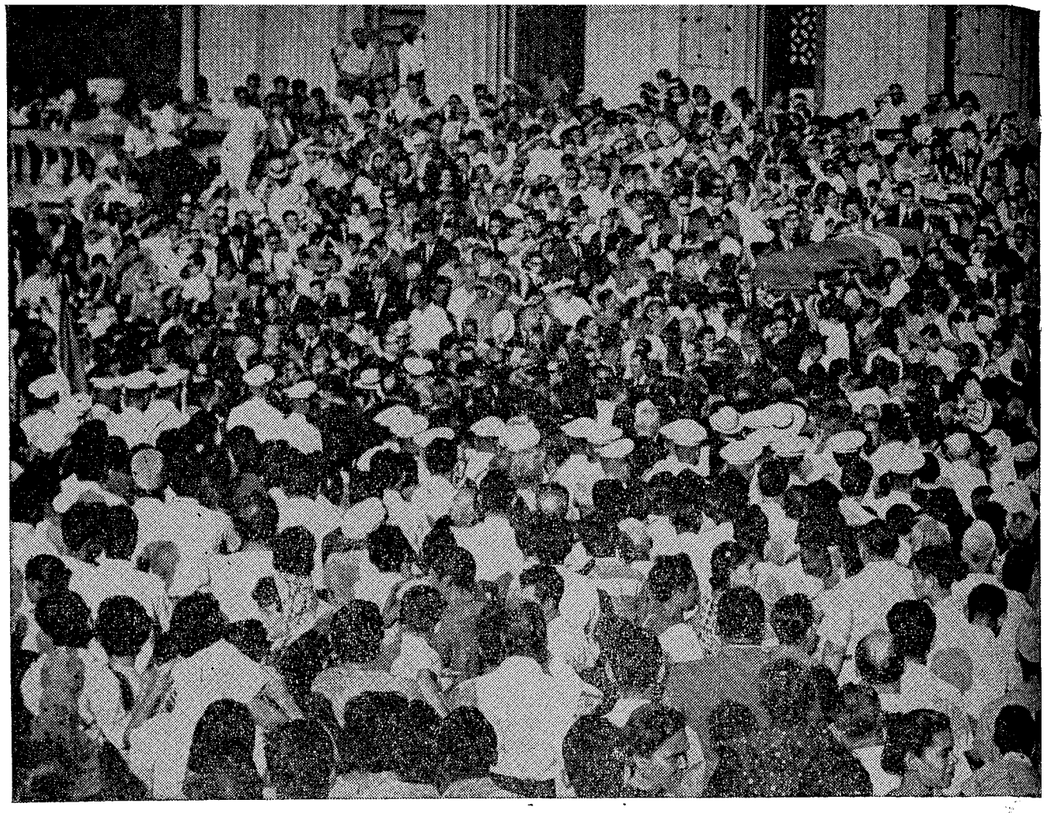
Al cumplir con nuestro cometido, no nos mueve un simple espíritu partidarista del que nuestra publicación se ha colocado por encima, sino un interés de investigación y un afán socio-político que en el futuro, quizás debamos dispensar a figuras de cualquier otra filiación política, siempre que se desprendan de sus vidas y de sus obras, conductas dignas de que se conozcan, se estudien y se imiten.

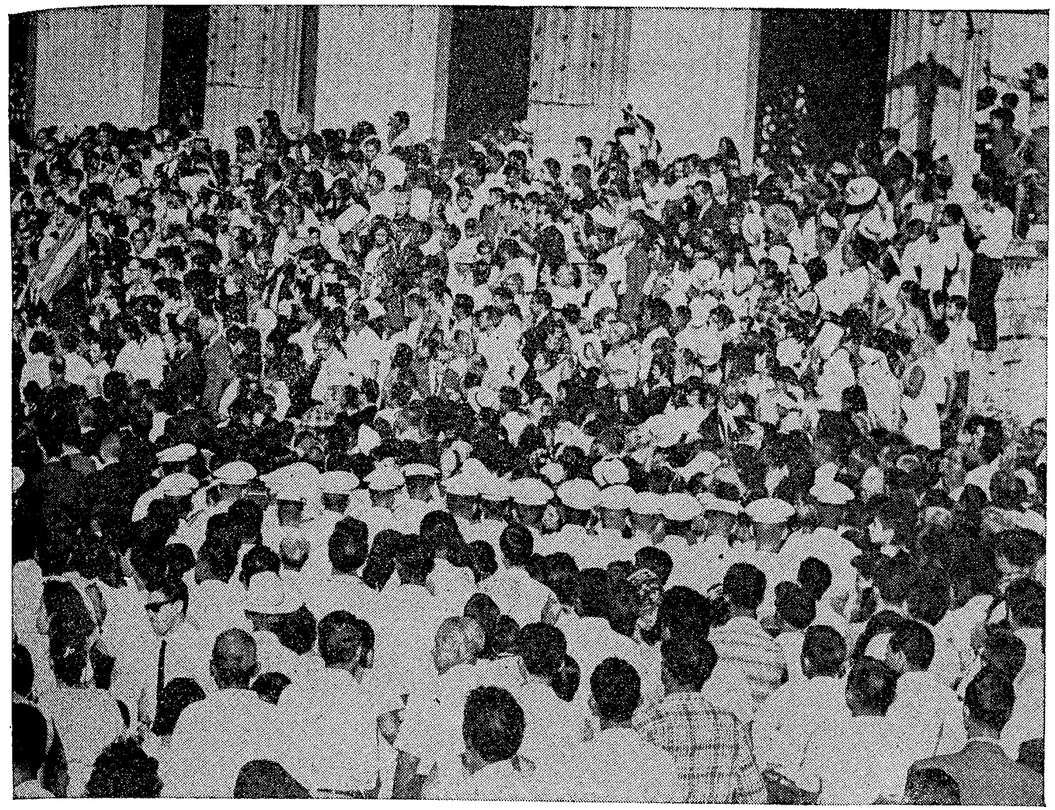
Reproducimos en esta misma edición su Autobiografía completa con la que iniciamos, de manera exclusiva, nuestras labores en esta Revista hace más de seis años, habiéndose agotado la mayor parte de aquellos ejemplares que la contienen. Por limitación de espacio suprimimos los fotograbados y aquellos pasajes, meramente documentales, concretándonos exclusivamente a lo narrativo y anecdótico.

Y por primera vez, ofrecemos la narración de los últimos tres años del viejo Caudillo al lado de su joven esposa, Doña Mercedes Rodríguez viuda de Chamorro, según se los describió a nuestro Director de manera sencilla y dramática, llenando el vacío que el General Chamorro había dejado al sobrevivir a su Autobiografía.

"Cuál fue la cualidad más descollante del General Chamorro?", fue la pregunta que hicimos, queriendo auscultar el corazón del pueblo que lo acompañaba en su sepelio, a 500 personas de todas las categorías sociales de aquella variada concurrencia en un muestreo imparcial. Sobre las respuestas a aquella pregunta es que versan las restantes páginas de esta edición.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org





Valiente guerrillero, conservador sincero, bondadoso amigo, probo administrador, amante de su pueblo, luchador constante, gobernante ecuánime, humilde nobleza, demócrata verdadero, firme de carácter, cumplido caballero, popular caudillo, político sagaz, abnegado patriota, libertador magnánimo, estadista cívico, hábil estratega, inteligente memoria, juicio ponderado, optimista y creyente: fue Emiliano Chamorro.

Al azar, entre la multitud de millares de personas que acompañaban los restos del General Emiliano Chamorro durante los actos que precedieron a su sepelio, hicimos la pregunta, ¿Cuál fue la cualidad más descollante del Gral Chamorro? a las 500 personas cuyos nombres y oficios se publican más adelante seguidos de la respuesta textual de cada uno, respetando la forma individual de expresar su pensamiento.

Compilando, computando e interpretando tales respuestas, resultaron esas 20 virtudes o cualidades descollantes, —las que hemos evaluado conforme nuestro propio criterio— y las que parecen haber caracterizado la figura política que significó el General para el pueblo nicaragüense, el que representado por millares de personas pertenecientes a tres generaciones sucesivas de sus seguidores, lo acompañó hasta su tumba.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

¿Cual fué la cualidad más descollante del Gral. Chamorro?

1 EFRAIM VALLE MIRANDA (Taxista)
Su espíritu guerrillero.

2 EDUARDO CONRADO VADO (Abogado)
Su ponderación y firmeza de carácter.

3 GERMAN ANGULO (Comerciante)
Firme en su Partido.

4 HORACIO GUZMAN BENARD (Banquero)
Recto militar y hábil político.

5 MACARIO ALVAREZ L. (Periodista)
Nobleza, hasta con sus enemigos.

6 FRANCISCO AMBROSIO MORALES (Mecánico)
Severo en la guerra, caballero en la paz.

7 JULIO VIVAS BENARD (Comentarista radial)
Político sagaz y hábil.

8 JOSE CUADRA VEGA (Comerciante)
Su amor por la libertad.

9 ISRAEL LOPEZ (Tipógrafo)
Capacidad militar.

10 FELIPE ARGUELLO BOLAÑOS (Abogado)
Hombre ponderado y recto.

11 MANUEL PAIZ BENAVENTE (Perforador)
Hombre excelente.

12 HUMBERTO ACEVEDO NAJARRO (Comerciante)
Unico líder del Conservatismo.

13 GILBERTO MOREIRA BERRIOS (Comerciante)
El mejor como Jefe y Caudillo.

14 FRANCISCO NICARAGUA GUERRERO (Agricultor)
Destacado militar y político.

15 PEDRO PABLO UBAU MOREIRA (Médico)
Como político y como militar.

16 DANILO MANZANARES ENRIQUEZ (Abogado)
Unificador de su Partido.

17 JACOBO FRECH (Comerciante)
La figura más eminente que he visto.

18 ALBERTO GOMEZ GUEVARA (Comerciante)
Su corazón se lo entregó a su Partido.

19 INDALECIO BRAVO SILVA (Comerciante)
La Patria pierde a un Líder.

20 EDUARDO AVILES CASTELLON (Mecánico)
Caudillo y timón del Partido Conservador.

21 ANTONIO MONTENEGRO SOTOMAYOR (Comerciante)
Su caridad.

22 FRANCISCO BODAN BAEZ (Comerciante)
Su magnanimidad para pobres y ricos.

23 JOSE M. RODRIGUEZ PORTOCARRERO (Agricultor)
Gran Caudillo de América.

24 ALBERTO GALEANO CORDOBA (Sastre)
Muy valiente.

25 JOSE MOLINA BAEZ (Agricultor)
Mentalidad única.

26 SALVADOR ARANA GARCIA (Radiolocutor)
Gran Caudillo y Defensor de la Patria.

27 ISIDORO ORTIZ D. (Mecánico)
Fue el hombre irreponible.

28 EDMUNDO PAGUAGA IRIAS (Abogado)
Consagró toda su vida a la Patria.

29 ANIBAL MORALES SUAREZ (Agricultor)
Muy importante para América.

30 GREGORIO RUIZ JARQUIN (Contador Público)
No trabajó para él sino para su pueblo.

31 MARIANA DE GASTEAZORO (Ama de casa)
Por estar siempre cerca del pueblo.

32 REBECA DE BONE (Ama de casa)
Muy justo y muy bueno.

33 CONSTANTINO LUGO (Comerciante)
Su honradez.

34 GUILLERMO VARGAS (Arquitecto)
Su tenacidad y su longevidad.

35 ROGER ORTIZ (Panadero)
Su gran corazón.

36 ANTONIO GAMBOA (Agricultor)
Su espíritu indomable.

37 JOSE PALLAVICCINI (Carpintero)
Su gran corazón.

38 DOMINGO REYES Y RUIZ (Orfebre)
Su decisión.

39 JOSE SAAVEDRA AGUILAR (Oficinista)
Su valentía.

40 LEONIDAS LACAYO (Algodonero)
Muy valiente.

41 JOEL GUTIERREZ (Obrero especializado)
Ejemplo de valentía y honradez.

42 HUMBERTO MALDONADO (Albañil)
Siempre luchó por el bienestar del pueblo.

43 RICARDO CORTES (Oficinista)
Libertador sin ambición, sin dinero.

44 PETRONA CRUZ (Oficios domésticos)
Un hombre del pueblo y para el pueblo.

45 JUAN F. ESPINOSA (Chofer)
Luchó por el bienestar del pueblo.

46 DAVID MAYORGA (Mecánico)
Su lucha contra las dictaduras.

47 JOAQUIN PORTOCARRERO (Estudiante)
Sabía dirigir.

48 OSCAR MONTEALEGRE (Ingeniero)
Su lucha por el pueblo.

49 JULIO CESAR RODRIGUEZ (Albañil)
Su valentía en la lucha.

50 FERNANDO ALFARO (Contador)
Su valentía.

51 JULIO C. BALLADARES (Contador)
Su lucha por la unificación.

52 LEONCIO SELVA (Carpintero)
Libertador y valiente.

53 MERCEDES RODRIGUEZ (Oficios domésticos)
Su valentía.

54 ESPERANZA ROCHA (Costurera)
Su valentía y honradez.

55 SALVADOR GARCIA (Albañil)
Su valentía contra las dictaduras.

56 JUAN JOSE ESTRADA (Técnico radial)
Sus guerras.

57 JUAN DE DIOS RUIZ (Agricultor)
Su valentía.

58 SANTOS RODRIGUEZ (Agricultor)
Su gentileza.

59 RODOLFO ORTEGA PEREZ (Sastre)
Procurar el bienestar del pueblo.

60 MANUEL SOSA (Zapatero)
Sus revoluciones.

61 ADAN ELIZONDO (Comerciante)
Hacer el bien a quien se lo pidió.

62 MANUEL DUARTE (Barbero)
Reservaba para sí las bondadas que hacía.

63 JOSE SOVALBARRO (Agricultor)
Amaba a su pueblo.

64 ADOLFO MAIRENA (Comerciante)
Buscaba la concordia en su partido.

65 HORACIO ENRIQUEZ MORA (Agricultor)
Un gran guerrillero.

66 JULIO VIGIL (Agricultor)
Muy honrado.

67 MIGUEL ROMERO (Agricultor)
Dotes de hombre honrado.

68 OSCAR ARCE (Mecánico)
Se esforzó mucho por su Patria.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

69 LOLA DE ARGUELLO (Ama de casa)
Su valentía.

70 MARIA ELENA DE URCUYO (Ama de casa)
Su liderato.

71 MARCELINO NUÑEZ (Chofer)
Su valentía.

72 CARLOS TORRENTES (Mecánico)
Su hombría y su honradez.

73 RAFAEL VALVERDE (Contador)
Por su valentía.

74 ADOLFO LOPEZ ZELAYA (Estudiante)
Su valentía.

75 RENE GUTIERREZ (Estudiante)
El amor a su Patria.

76 NOEL ESPINOSA (Electricista)
El hombre que más batalló.

77 ENRIQUE CARMONA (Electricista)
Fiel hasta el morir.

78 ERNESTO ZAMBRANA (Chofer)
Su valentía.

79 ANGELA MELENDEZ (Oficios domésticos)
Su valentía.

80 CANDIDA CAMPOS (Oficios domésticos)
Su valentía.

81 ROSA CAMPOS (Oficios domésticos)
Su valentía.

82 AIDA DE ARGUELLO (Ama de casa)
Su valentía.

83 ROGER ARGUELLO (Contador)
Su gran civismo.

84 GUILLERMO ROA (Oficinista)
Admirable en su valentía.

85 JUAN MANUEL VASQUEZ (Contador mercantil)
Valiente y caritativo.

86 RAFAEL BRICEÑO
Su corazón para el pueblo.

87 JUSTO RUIZ (Carpintro)
Su valentía.

88 ORLANDO LACAYO (Zapatero)
Miraba por la vida del pueblo.

89 RAUL PONCE (Comerciante)
Su valentía.

90 HORACIO MEDRANO (Finquero)
Su valentía.

91 ORLANDO ENRIQUEZ (Perito agrónomo)
Su política fue muy grande.

92 NICOLAS MEDINA (Oficinista)
Haberse mantenido como líder máximo.

93 MIGUEL A. CRUZ (Contador público)
Su atractivo personal.

94 CELIA REYES (Oficios domésticos)
Su valentía.

95 INGERMINA CRUZ (Oficios domésticos)
Su valentía en la guerra.

96 LUIS FRANCISCO RIVAS (Panadero)
Su generosidad.

97 HUMBERTO SANCHEZ ARAUZ (Abogado)
Gran defensor de los intereses del pueblo.

98 HUMBERTO CASTILLO SEQUEIRA (Profesor)
Su política.

99 GRAL. JUSTINIANO GOMEZ M. (Agricultor)
Su valor.

100 JUAN GUERRA (Agricultor)
Valiente en el combate.

101 JUAN BRENES (Agricultor)
Hombre valiente.

102 FELIX N. SABORIO (Agricultor)
Atendía tanto al pobre como al rico.

103 JOSE ADAN GUTIERREZ (Pintor)
Su grandeza de alma.

104 ANA RODRIGUEZ (Oficios domésticos)
Nunca hizo una mala acción.

105 JULIA GARCIA (Oficios domésticos)
Fue un gran líder.

106 EUFEMIA VDA. DE BORGE (Modista)
Su amabilidad.

107 CARMEN CHAVEZ E. (Modista)
Ser caritativo.

108 NARCISA LOPEZ (Oficios domésticos)
Porque era una esperanza de libertad.

109 CRISTINA LEYTON (Oficios domésticos)
Su fe.

110 OMAR SANCHEZ (Estudiante)
Su valor guerrero.

111) OSCAR TERAN CALLEJAS (Abogado)
Su nobleza.

112 JOSE S. MEJIA (Comerciante)
El respeto que tenía para los demás.

113 CARLOS ANZOATEGUI (Negociante)
Un héroe sin lucro personal.

114 DIEGO ROMERO S. (Tipógrafo)
Su valor.

115 RAFAEL MURILLO (Oficinista)
Su política.

116 JOSE MARIA SIERO (Oficinista)
Hombre más discutido de América Latina.

117 CARLOS SANCHEZ (Estudiante)
Estado de ánimo siempre alto.

118 JULIO SANCHEZ (Estudiante)
Su gran optimismo y personalidad.

119 MEDARDO MARTINEZ C. (Ingeniero agrónomo)
Ecuanimidad, arrojo y experiencia.

120 ARTURO PEREZ BALTODANO (Barbero)
Un hombre del pueblo.

121 RICARDO ROJAS (Negociante)
Su lucha por la democracia.

122 RODOLFO ZAMORA (Electricista)
Su astucia militar.

123 VICTORINO CAMPOS (Panadero)
Un gran militar.

124 GUADALUPE GUADAMUZ (Hojalatero)
General, porque le cuesta!

125 ELIAS MOYA (Albañil)
Su valentía.

126 ESPERANZA ORTIZ (Oficios domésticos)
Hombre valiente.

127 LINO SALAZAR (Albañil)
Su actitud como guerrillero.

128 ORLANDO COREA (Chofer)
Firme en sus actuaciones.

129 JULIO LOPEZ MORALES (Carpintero)
Su valentía.

130 MARCO A. SAENZ (Locutor)
Su honradez.

131 RENE PEREZ LARGAESPADA (Oficinista)
Su valentía

132 VICENTE GARCIA DAVILA (Zapatero)
Su honradez.

133 MERCEDES CARRION (Oficios domésticos)
Su generosidad.

134 JUAN R. NARVAEZ (Cobrador)
Como unificador de su Partido.

135 MARIA DE SABALLOS (Ama de casa)
Su espíritu de lucha.

136 EDGAR PAGUAGA (Abogado)
Su valentía y su constancia.

137 MARY LOU PATIÑO DE SABALLOS (Ama de casa)
Su memoria.

138 MANUEL TORRES HURTADO (Ganadero)
Su modestia.

139 VENANCIO MORENO (Profesor)
Su valentía y amor ascendrado a su Patria.

140 CESAR PASOS (Comerciante)
Su humildad.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

141 ENRIQUE LUGO (Mecánico)
Su gran inteligencia.

142 JUAN JOSE LOPEZ (Comerciante)
Su valentía.

143 ABEL GUTIERREZ (Comerciante)
Su coraje.

144 CARLOS RODRIGUEZ OBREGON (Jornalero)
Su valor.

145 CARLOS A. GUADAMUZ (Agricultor)
Su amor a la Libertad.

146 ARMANDO CASTRO FLORES (Abogado)
Su espíritu férreo por la libertad.

147 DIONISIO LARGAESPADA CARBALLO (Negociante)
Su patriotismo.

148 JOSE MARIA ZAPATA (Agricultor)
No era para uno sino para todos.

149 ANTONIO SOBALVARRO (Comerciante)
Su abnegación al Partido.

150 JUAN HERNANDEZ (Mesero)
Su hombría de bien.

151 MARCELINO HERNANDEZ (Jornalero)
Su valor y amor al pueblo.

152 MICAELA VANEGAS (Oficios domésticos)
Su caballerosidad y valor.

153 ALFREDO LAZO SALVATIERRA (Agricultor)
Su patriotismo y tenacidad.

154 ANGEL NAVARRO (Licenciado)
Su apertura mental a todas las actitudes.

155 ALFONSO TERAN DUBON (Farmacéutico)
Su liderato genuino que no se repetirá.

156 ANTONIO TIJERINO ALTAMIRANO (Abogado)
Su militarismo y sus virtudes cívicas.

157 RICARDO J. MORALES (Farmacéutico)
Su hombría, rectitud y generosidad.

158 ENRIQUE AGUILAR (Telegrafista)
Su sagacidad como militar y político.

159 CHESTER SANCHEZ ARGUELLO (Repr. de Ventas)
Su caudillaje.

160 ADILIA TREJOS BAEZ (Comerciante)
Su estadismo descollante.

161 CASTA LATINO (Oficios domésticos)
Su hombría, dignidad y caballerosidad.

162 FRANCISCO CEDEÑO (Repostero)
Su buen corazón.

163 J. RODRIGO QUINTANILLA (Agricultor)
Sagacidad, retentiva y dominio de masas.

164 ANA LOPEZ ROCHA (Oficios domésticos)
Su generosidad con el pueblo.

165 ALBERTO BRAVO (Albañil)
Su hombría y valor militar.

166 JOSE MARIA LARGAESPADA (Albañil)
Su sagacidad de estadista.

167 JOSE BONILLA (Albañil)
Como sagaz Jefe de Estado.

168 DOMINGO JAIME (Empleado del Gral Chamorro durante 45 años) **Su espíritu unificador.**

169 FRANCISCO BONILLA (Albañil)
Su patriotismo sin igual.

170 EDMUNDO HUETE GARCIA (Zapatero)
Su valor.

171 VALENTIN MENDOZA (Agricultor)
Su valor y su bondad.

172 ISOLINA DE MENDOZA (Oficios domésticos)
Buen gobernante.

173 JOSE MARIA FALLA (Comerciante)
Su ascendrado Conservatismo.

174 CANDIDA MENDOZA (Oficios domésticos)
Su bondad y honradez.

175 ESTEBANA DAVILA (Oficios domésticos)
Su generosidad y bondad.

176 ARMANDO RAMIREZ (Pintor)
Su honradez y valor.

177 URIEL DUARTE (Ingeniero Agrónomo)
Su lucha por la causa.

178 SALVADOR LOPEZ ESPINOSA (Oficinista)
Su espíritu guerrero y libertador.

179 JOAQUIN MORALES SUAREZ (Concejal)
Perseverancia en sus proyectos.

180 ISRAEL RODRIGUEZ (Agricultor)
Su valor cívico.

181 LAUREANO SABALLOS (Electricista)
Su hombría.

182 TEODORO DUARTE (Empleado)
Su generosidad y popularidad.

183 ARNOLDO GUTIERREZ CORRALES (Oficinista)
Valiente militar, generoso amigo.

184 AGUSTIN CASTILLO (Talabartero)
Irreponible como hombre valiente.

185 ALEJO TELLEZ REYES (Agricultor)
Su valentía.

186 RUFINO DELGADO (Albañil)
Su dedicación en la lucha.

187 ADOLFO TIJERINO MORAGA (Comerciante)
Su generosidad.

188 GONZALO SANCHEZ V. (Agricultor)
Caballeroso militar.

189 FEDERICO ROBLETO (Agricultor)
Su honradez.

190 BEMILDO DIAZ (Ganadero)
Su lucha contra la Dictadura.

191 JUAN DIAZ (Ganadero)
Su vida militar.

192 FELIX P. GONZALEZ (Agricultor)
Abnegación por la Democracia.

193 J. ROBERTO CASTILLO Z. (Ebanista)
Su valentía.

194 BENIGNO LINARES (Agricultor)
Su actitud conservadora.

195 DAVID MENDEZ (Srio. del Gral Chamorro)
Su privilegiada memoria.

196 ANTONIO HURTADO CRUZ (Agricultor)
Su humanitarismo.

197 ETANISLAO SANDIGO (Agricultor)
Su valentía, popularidad y generosidad.

198 IGNACIO GUTIERREZ (Constructor)
Hombre sano y sincero.

199 ANTONIO MARTINEZ (Oficinista)
Grandeza de ánimo en la lucha.

200 BRUNO HUETE (Oficinista)
Su simpatía por el pueblo.

201 PABLO RODRIGUEZ MAIRENA (Negociante)
Firme en su lucha por la Libertad.

202 REINALDO E. HERNANDEZ R. (Comreciante)
Su hombría de bien y valentía.

203 MANUEL CASTRO LOPEZ (Agricultor)
Su dedicación a la Libertad.

204 MIGUEL VANEGAS ALVARADO (Armador)
Su perseverancia.

205 EDUARDO PALADINO GUADAMUZ (Negociante)
Su patriotismo y dedicación.

206 RAMON CHAMORRO (Estudiante)
Su lucha contra la Dictadura.

207 JOSE J. GUADAMUZ (Mecánico)
Su espíritu de lucha.

108 DIEGO M. MORALES CRUZ (Albañil)
Su militarismo.

209 HUMBERTO MIRANDA (Albañil)
Su generosidad y sinceridad.

210 FELIX PEDRO CASTELLON (Agricultor)
Activo y valiente.

211 LUIS FAJARDO PRADO (Albañil)
Su honradez.

212 FRANCISCO HERRERA (Comerciante)
Su lucha por la causa.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

213 JOSE BENITO URBINA (Agricultor)
Su valentía.

214 JUAN JOSE MAIRENA (Abogado)
Su valor, serenidad y magnanimidad.

215 CRUZ MADRIZ (Maestro)
Su amor heroico a la Patria.

216 AGUSTIN FUENTES (Periodista)
Su rectitud de carácter.

217 MIGUEL A. MARADIAGA (Albañil)
Su bondad.

218 MAX HURTADO MENDOZA (Estudiante)
Su valentía y rectitud.

219 GILBERTO REYES (Agricultor)
Su política patriótica.

220 JUAN MIGUEL CISNEROS (Agricultor)
Su heroísmo por Nicaragua.

221 JUANA DE ALTAMIRANO (Ama de casa)
Su heroísmo y hombría.

222 JULIO ANTENOR MONTERREY (Hacendado)
Su gran corazón.

223 RODOLFO RUIZ (Agricultor)
Su gran corazón para el pueblo.

224 HORACIO BORGEN (Agricultor)
Su magnanimidad.

225 FELIX P. MARTINEZ (Agricultor)
Su sinceridad y valor.

226 GONZALO SOLORZANO B. (Abogado)
Su caballerosidad.

227 HORACIO DELGADO (Obrero)
Su amor por el pueblo.

228 PEDRO J. VADO MADRIGAL (Chofer)
Su sinceridad.

229 JUAN CRUZ MARTINEZ (Albañil)
Su heroísmo y valentía.

230 FRANCISCO NARVAEZ PALMA (Carpintero)
Su valor.

231 ALEJANDRO CARDENAS (Agricultor)
Su personalidad brillante.

232 SANTIAGO MOLINA ESTRADA (Agricultor)
Su sinceridad.

233 GUILLERMO ARAICA ROSALES (Albañil)
Su gran corazón.

234 JULIO RIVERA (Agricultor)
Su valor.

235 ANTONIA MONTENEGRO (Lavandera)
Su generosidad.

236 JOSE PEREZ RODRIGUEZ (Electricista)
Su valentía.

237 FRANCISCO MARTINEZ (Zapatero)
Su valentía.

238 JORGE SIRIAS GUTIERREZ (Comerciante)
Su valor militar.

239 MANUEL ANTONIO MATUS (Agricultor)
Su hombría de bien.

240 ORLANDO MARTINEZ (Mecánico)
Su honradez.

241 MAXIMO AVENDAÑO (Agricultor)
Su generosidad.

242 MANUEL ANTONIO CASTILLO (Jornalero)
Su honorabilidad.

243 CANDIDA OPORTA (Oficios domésticos)
Su simpatía por el pueblo.

244 CARLOS DAVILA (Fontanero)
Su bondad como Presidente.

245 DEMETRIO DUARTE (Agricultor)
Su carácter y su bondad.

246 BARTOLO DUARTE (Agricultor)
Su amor por la Democracia.

247 JOSE PEÑA B. (Empleado de comercio)
Libertador de Nicaragua.

248 RAIMUNDA NIÑO (Oficios domésticos)
Su bondad.

249 JULIO C. CENTENO (Zapatero)
Su bondad y sinceridad.

250 JOSE ANTONIO MATAMOROS (Jornalero)
Su heroicidad.

251 AGUSTIN SANCHEZ N. (Sastre)
Su astucia militar.

252 SALOMON TIJERINO MALDONADO (Contratista)
Su valentía y amor al Partido.

253 VALENTIN CASTRO HERRERA
Su honradez y valentía.

254 FRANCISCO PEREZ MARTINEZ (Agricultor)
Su valentía.

255 RAUL GUADAMUZ CAMPOS (Agricultor)
Su progresismo.

256 SERAPIO SEQUEIRA (Jornalero)
Su bondad.

257 HUMBERTO MARTINEZ (Agricultor)
Su valentía.

258 BERTA ROSA GUADAMUZ (Perita Mercantil)
Su firmeza en el Partido.

259 MAGDALENA ZAYAS GUADAMUZ (Of. domésticos)
Su rectitud y honradez.

260 HILDA MARIA TRAÑA (Oficios domésticos)
Su valentía y bondad.

261 JOSE J. MORALES M. (Agricultor)
Su lucha por la Libertad.

262 MARTA CONRADO DE GUADAMUZ (Ama de casa)
Su hombría de bien.

263 HIPOLITO CASTILLO (Agricultor)
Su bondad como gobernante.

264 ANDRES ENRIQUEZ (Ganadero)
Su carácter firme.

265 JOSE LEON LARGAESPADA (Agricultor)
Su valentía y amor por la Patria.

266 ANDRES GAITAN (Agricultor)
Su valentía.

267 LAURA ESTER CAMPOS (Oficios domésticos)
Su fidelidad al Partido.

268 ALFONSO RODRIGUEZ TRAÑA (Agricultor)
Su hombría.

269 MAX MARADIAGA (Oficinista)
Su patriotismo.

270 NARCISO OBANDO (Jornalero)
Su conservatismo.

271 GREGORIO MARTINEZ CARDOZA (Jornalero)
Su conservatismo.

272 ANA GOMEZ GUADAMUZ (Oficios domésticos)
Su entereza de carácter.

273 ESTEBAN MANZANARES LEIVA (Comerciante)
Su buen comportamiento con el pueblo.

274 IRMA CRUZ DE RUIZ (Oficios domésticos)
Su valor y su amistar con mi padre.

275 RAMON GUADAMUZ (Mecánico)
Su valentía.

276 SALOMON ZAPATA M. (Carpintero)
Bondadoso y valiente.

277 CARLOS LOPEZ MENA (Estudiante)
Sagacidad Política.

278 LUIS CORREA (Abogado)
Su dedicación a la unidad del Partido.

279 URIEL MENDOZA (Abogado)
Caudillo militar y político humanista.

280 RODOLFO MATUS (Carpintero)
Su lucha contra la dictadura.

281 HUMBERTO MEJIA (Maquinista)
Su lucha contra la dictadura.

282 EDUARDO ROJAS (Agricultor)
Su sinceridad.

283 JULIA LEZAMA (Florista)
Su probidad.

284 JOSE GOMEZ M. (Agricultor)
Su lucha cívica.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

285 BISMARCK RODRIGUEZ (Colector)
Su astucia militar.

286 CARLOS RIVERA (Jornalero)
Su valentía y buen corazón.

287 MANUEL RODRIGUEZ (Fontanero)
Por su simpatía.

288 ANTONIO RIVERA (Contador Privado)
Su lucha por unir al partido.

289 XAVIER SEQUEIRA (Mecánico)
Su lucha por unir al partido.

290 FLORENCIO SAENZ BALLADARES (Mecánico)
Su valentía.

291 MARCELINO MIRANDA MATUS (Abogado)
Exclusivo amor a la libertad.

292 JUAN MONTALVAN (Comerciante)
Su astucia militar.

293 SOCRATES MUÑOZ CARRANZA (Cocinero)
Por su noble corazón.

294 RAMIRO PORTA QUINTANILLA (Jornalero)
Por su valentía.

295 TRANSITO HERNANDEZ FLETES (Agricultor)
Su bondad, valor y cariño por el pueblo.

296 PEDRO CRUZ FONSECA (Jornalero)
Porque fue un Presidente de buen corazón.

297 FRANCISCA HIDALGO (Of. domésticos)
El cariño que tuvo por su pueblo.

298 FRANCISCA LEZAMA (Of. domésticos)
Su simpatía y cariño por el pueblo.

299 SILVESTRE VARGAS URCUYO (Mecánico)
Por su valentía y sinceridad con el pueblo.

300 EMILIANO DELGADO RIVERA (Agricultor)
Por su valentía en los combates.

301 ALBERTO SANCHEZ SANDINO (Sastre)
Su estrategia militar.

302 JULIO AGUILAR PEREZ (Mecánico)
Por su valor y cariño por el pueblo.

303 GUILLERMO HERNANDEZ O. (Jornalero)
Por su simpatía personal.

304 PETRONA AGUILAR (Of. domésticos)
Por su valor y rectitud.

305 ROSA PEREZ DE BLANCO (Of. domésticos)
Por su amor al partido.

306 EUSEBIO NOGUERA (Agricultor)
Por su amor al partido.

307 FERMIN A. BRAVO (Periodista)
Su lucha contra la dictadura.

308 FLAVIO SOLIS CARDENAL (Oficinista)
Su confraternidad con el pueblo.

309 CARMELA IDIAQUEZ (Of. domésticos)
Buen hombre y su don de gentes.

310 ALEX ZELAYA (Gerente)
Su valentía.

311 HILARIO MAYORGA (Carpintero)
Presidente demócrata.

312 DAVID JIMENEZ (Comerciante)
Hombre de Pueblo.

313 OCTAVIO ALVAREZ (Oficinista)
Su valentía.

314 SALVADOR NARVAEZ (Carpintero)
Su amor al Partido.

315 IGNACIO SANCHEZ (Carpintero)
Su bondad.

316 ARMANDO MORALES (Oficinista)
Su tenacidad.

317 REYNALDO TUNNERMAN (Oficinista)
Su Probidad.

318 SALOMON OROZCO (Sastre)
Su valentía.

319 JUAN PEREZ GOMEZ (Oficinista)
Su hombría de bien.

320 FELIX E. GUANDIQUE (Abogado)
El conocimiento humano de las personas.

321 CESAR PORTILLO (Abogado)
Espíritu combativo.

322 NICOLAS MARTINEZ GOMEZ (Agricultor)
Su eterna rebeldía.

323 ARMANDO BENARD (Médico)
Su caballerosidad.

324 ALEJANDRO MARTINEZ (Médico)
Su valor.

325 EMILIO ALVAREZ LEJARZA (Abogado)
Su probidad.

326 PEDRO J. ALVAREZ CHAMORRO (Ingeniero)
Su valor y sinceridad.

327 MANUEL ESPINOZA (Oficinista)
Su lucha contra la dictadura.

328 JOSE PEREZ DUARTE (Oficinista)
Su valor y sinceridad.

329 SILVESTRE AMADOR (Carpintero)
Sincero con su pueblo.

330 ALFREDO CENTENO PASTORA (Ing. Civil)
Su espíritu de superación.

331 CESAR VEGA V. (Profesor)
Su valentía.

332 FAUSTINO MONTIEL (Comerciante)
Luchador constante.

333 CHEPITA ORTEGA (Of. domésticos)
Integro y sin tacha.

334 ISABEL GONZALEZ (Of. domésticos)
El mejor Presidente.

335 HUMBERTO DAVILA (Zapatero)
Por ser un buen jefe.

336 RAFAEL HERNANDEZ (Industrial)
Su amor por los suyos y por el pueblo.

337 MAX BORGEN (Agricultor)
Su lucha contra la tiranía de Zelaya.

338 JULIO AVILES (Abogado)
Defensa de la Constitucionalidad.

339 LUIS VENERIO PLAZAOLA (Agricultor)
Su ecuanimidad.

340 FRANCISCO RODRIGUEZ S. (Oficinista)
Su patriotismo.

341 MAXIMO ROJAS (Negociante)
Su caudillaje.

342 RAMON VASQUEZ (Agricultor)
Su hombría.

343 SALVADOR SOLANO (Agricultor)
Su honradez.

344 LUIS ICAZA P. (Licenciado)
Su resistencia hasta el final.

345 JULIO CARDENAL (Ingeniero)
Su probidad administrativa.

346 RAMON VIGIL (Farmacéutico)
Su lucha contra la tiranía de Zelaya.

347 RAUL ARANA MONTALVAN (Agricultor)
Su gran sentido humanista.

348 ANTONIO NIÑO (Linotipista)
Hombre irremplazable.

349 GILBERTO MORALES BOLAÑOS (Comerciante)
Su valentía.

350 VICENTE RAPPACCIOLI (Agricultor)
Hombre completo.

351 JUAN P. ESCOBAR (Zapatero)
Dinámico y Progresista.

352 AMADEO BAENA (Comerciante)
Haber combatido la dictadura.

353 ANTONIO MONTENEGRO (Negociante)
Su valentía.

354 MOISES MENDOZA CAMPOS (Mecánico)
Su humildad.

355 VICENTE ALVAREZ (Ingeniero)
Bondad de Corazón.

356 ALBERTO CARDENAS (Agricultor)
Vivió con el pueblo y para su pueblo.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

357 OSCAR MIRANDA URIARTE (Oficinista)
Su popularidad.

358 EMPERATRIZ OCON (Oficios domésticos)
Su valentía.

359 FELICIANA TINOCO (Oficios domésticos)
Su buen corazón.

360 ENRIQUE GENIE (Abogado)
Un gran perdonador.

361 JOSE PALLAIS GODOY (Abogado)
Sinceridad en sus aciertos y desaciertos.

362 RAFAEL PANIAGUA RIVAS (Abogado)
Su conservatismo.

363 MIGUEL GOMEZ OROZCO (Industrial)
Amor a su partido.

364 GUILLERMO AREAS (Abogado)
Supo ser Caudillo.

365 ROSA HIDALGO (Oficios domésticos)
Su amor al pueblo.

366 NARCISA LOPEZ (Oficios domésticos)
Su amor al Partido.

367 PAULA GARCIA (Oficios domésticos)
Su humildad.

368 MARIA MAGDALENA CACERES (Of. domésticos)
Por su buena aceptación para el pueblo.

369 ARNOLDO GARCIA (Agricultor)
Su bondad.

370 GRACIELA ESTRADA (Of. domésticos)
Por su simpatía personal.

371 LILY RUIZ (Modista)
La amistad que le unió a mi padre.

372 SOCORRO CONRADO TRAÑA (Profesora)
Su honradez y su política.

373 SIMEON VANEGAS TRAÑA (Agricultor)
Porque era nuestro Jefe Máximo.

374 GUSTAVO ADOLFO MUÑOZ (Estudiante)
Su actitud política patriótica.

375 GUADALUPE ASHBY (Secretaria)
Su patriotismo y su hombría.

376 GERTRUDIS DE ASHBY (Ama de casa)
Su patriotismo y su hombría.

377 FRANCISCO BARBERENA BENDAÑA (Abogado)
Su tenacidad.

378 MANUEL CASTRILLO GOMEZ (Periodista)
Su perseverancia.

379 ROSENDO OBANDO CARDENAL (Agricultor)
Por su sinceridad.

380 DORA MUÑOZ DE LARGAESPADA (Of. Domést.)
Su hombría de bien.

381 FIDELINA PEREZ (Oficios domésticos)
Su valentía.

382 ANGELA CARMONA DE ESPINOSA (Of. Domést.)
Haber sido un buen Presidente.

383 EMILIANO DUARTE (Agricultor)
Su valentía y su bondad.

384 DOMINGO ZAPATA (Ebanista)
Su valentía como militar.

385 TIMOTEO SANCHEZ SUAZO (Negociante)
Su valentía y condiciones de líder.

386 HIPOLITO LOPEZ HERNANDEZ (Agricultor)
Su Conservatismo y su Jefatura.

387 VICENTE PORTOBANCO (Comerciante)
Su valor y hombría de bien.

388 POLICARPO GARCIA LOPEZ (Agricultor)
Su afabilidad y don de gentes.

389 FRANCISCO AMADOR (Agricultor)
Su abnegación y coraje.

390 HILDEBRANDO HERNANDEZ GARCIA (Agricultor)
Gran hombre valiente y arrojado.

391 OSCAR TERAN DUBON (Estudiante)
Se mantuvo firme por la Libertad.

392 JULIO ALEGRIA VEGA (Mecánico)
Su sinceridad, su justicia y su carácter.

393 BAYARDO OROZCO ORTEGA (Carpintero)
Se dio todo por Nicaragua.

394 MARCO A. GOMEZ (Carpintero)
Su sinceridad hasta la muerte.

395 ARMANDO LACAYO (Agricultor)
Su amor por la Patria y el Partido.

396 EULALIO JAIME MONTIEL (Agricultor)
Su bondad con pobres y ricos, su valentía.

397 DORA SANCHEZ (Oficios domésticos)
Por su valentía.

398 JUAN JOSE JAIME LOPEZ (Agricultor)
Su bondad para con todos.

399 MARIANA ARIAS DE BONILLA (Of. domésticos)
Su hombría contra Zelaya.

400 LUIS SALVADOR VASQUEZ (Carpintero)
Su bondad, cariño y don de gentes.

401 MEDARDO ROBLETO (Médico)
Como hombre público no tuvo enemigos.

402 GREGORIO MARTINEZ (Agricultor)
Su valor y la Jefatura del Partido.

403 RUPERTO CERNA (Agricultor)
Su valentía.

404 RODRIGO CERNA (Agricultor)
Su Conservatismo.

405 LEONIDAS CARBALLO (Agricultor)
Un héroe nacional.

406 VENANCIO ESPINO HERNANDEZ (Agricultor)
Por la Jefatura de su Partido.

407 FRANCISCO DAVILA (Sastre)
Su lucha por la clase trabajadora.

408 SIXTO SOLANO LOPEZ (Agricultor)
Su valentía.

409 CARLOS JOSE JARQUIN (Agente vendedor)
Un estadista de primera línea.

410 JOSE IGNACIO PEREZ CH. (Mecánico)
Su bondad y hombría de bien.

411 MANUEL GAITAN MUÑOZ (Comerciante)
Su gesta gloriosa de la Revolución.

412 IGNACIO BOLAÑOS LAZO (Ebanista)
El más grande General de Centro América.

413 PEDRO JOSE HERNANDEZ (Agricultor)
Su hombría de bien.

414 PEDRO BALLADARES GARCIA (Agricultor)
Su bondad para con el pueblo.

415 HUMBERTO ALVAREZ RAMIREZ (Jornalero)
Su gran valor.

416 FELIX GALLEGOS (Jornalero)
Por sus opiniones políticas.

417 LAURINA MOLINA ROJAS (Of. domésticos)
Su gentileza con las mujeres.

418 RAFAEL REYES FONSECA (Comerciante)
Su valor y hombría de bien.

419 ELIA ROSA MEDINA DE TIJERINO (Of. Domést.)
Su bondad y generosidad.

420 ALBERTO TIJERINO PALADINO (Lustrador)
El Moisés de Nicaragua.

421 MIGUEL ANGEL MONGALO (Zapatero)
Por su noble corazón.

422 ALBERTO QUINTANA (Agente viajero)
La línea que mantuvo como revolucionario.

423 ANTONIA SOLANO (Of. domésticos)
Por su noble corazón.

424 JUSTINA RODRIGUEZ DE SAENZ (Of. Domést.)
Su nobleza y buen corazón.

425 PETRONA RIOS (Oficios domésticos)
Su valentía.

426 SOCORRO LOPEZ (Oficios domésticos)
Su gran corazón.

427 LILY DE MORENO (Oficios domésticos)
Gran defensor de su Patria.

428 CESAR A. NOGUERA ORDOÑEZ (Albañil)
Su noble corazón.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

429 LEONCIO RODRIGUEZ (Agricultor)
Su administración Presidencial.

430 NIDIA RODRIGUEZ (Estudiante)
Su honorabilidad.

431 JULIO MORAGA PEREZ (Agricultor)
Su carrera militar.

432 LUIS MELENDEZ ORTIZ (Agricultor)
Valiente y bondadoso.

433 TITO PALMA (Sastre)
Su generosidad para con los pobres.

434 OFILIO PEREZ RUIZ (Agricultor)
Gran revolucionario y político.

435 ALBERTO CUAREZMA (Carpintero)
Buen jefe con sus soldados.

436 FRANCISCO ROBLETO (Ganadero)
Perseverancia en pro de la Patria.

437 AURELIO QUIROS (Agricultor)
Su generosidad para con todos.

438 RONALD DUARTE (Negociante)
Su inteligencia y hombría.

439 ERASMO OBANDO (Agricultor)
Su lucha contra la Dictadura.

440 DENNIS OBANDO (Estudiante)
Una vida ejemplar dedicada a la Patria.

441 JOSE AYALA (Sastre)
Precursor de la Democracia.

442 JOSE FRANCISCO SAENZ (Gerente de comercio)
Siempre en la línea del Partido.

443 JOSE ISIDRO ROMERO AVILES (Agricultor)
Su administración Presidencial.

444 MACARIA vda. DE UGARTE (Ama de casa)
Su valentía en los combates.

445 DOLORES SALAZAR (Negociante)
Su valor y su entereza.

446 ARTURO CERNA BACA (Agricultor)
El Presidente más demócrata.

447 MARIA I. LOPEZ DE JAIME (Of. domésticos)
Su nobleza y buen corazón.

448 SANTIAGO RIVAS H. (Abogado)
Su constante humildad.

449 JOSE M. ICABALCETA (Oficinista)
Su lucha por unificar al Partido.

450 HERNALDO JAIME (Jornalero)
Su generosidad.

451 LIBERATO FERNANDEZ (Agricultor)
Su ecuanimidad en la altura y en la llanura.

452 JOSEFA LINARTE (Estudiante)
Por su caballerosidad y valentía.

453 SATURNINO JIMENEZ (Pirotécnico)
Su lucha cívica.

454 LYLIAM URBINA DE FERNANDEZ (Trab. social)
Su caridad.

455 ADAN ENRIQUEZ (Agente de Seguros)
Su humildad.

456 NARDO PARRALES (Gerente de ventas)
Su probidad ciudadana.

457 TIRSO MARTINEZ (Agricultor)
Su honradez a toda prueba.

458 VICENTE GARCIA DAVILA (Zapatero)
Su honorabilidad.

459 CESAR CUADRA DOWNING (Agricultor)
Su probidad, bondad y Conservatismo.

460 LIBERATO PEREZ (Agricultor)
Su perseverancia en la lucha.

461 CRISTOBAL VELASQUEZ (Agricultor)
Gran guerrillero conservador.

462 REINALDO VELASQUEZ RAMIREZ (Agricultor)
Probo administrador.

463 TIMOTEO HERNANDEZ (Jornalero)
Su valentía.

464 REGINALDO PEREZ (Comerciante)
Su honradez en todo.

465 GILBERTO VARGAS (Obrero)
Su probidad administrativa.

466 MANUEL SANDOVAL (Agricultor)
Su nobleza de corazón.

467 RICARDO PEREZ (Empleado de comercio)
Su conservatismo.

468 CARLOS ARGUELLO VIVAS (Gerente de ventas)
Su perseverancia en la lucha.

469 ESTEBAN AMPIE (jornalero)
Su espíritu de guerrillero.

470 GILBERTO PALADINO (Comerciante)
Su amor por el pueblo.

471 PEDRO REYES (Carpintero)
Su fe constante.

472 JOSE IGNACIO BALTODANO (jornalero)
Su bondad con sus amigos.

473 RUPERTO GARCIA (Comerciante)
Su constancia en la lucha.

474 JUAN MANUEL LIRA (jornalero)
Su conservatismo.

475 FRANCISCO QUIÑONEZ (Comerciante)
Su abnegado patriotismo.

476 JOAQUIN TREJOS (Mecánico)
Conservador sincero.

477 ZACARIAS MENDIETA (Negociante)
Su sagacidad política.

478 JUSTINO BRIZUELA (jornalero)
Militar valiente.

479 JUSTINIANO GUDIEL (jornalero)
Valiente guerrillero.

480 HERMOGENES PRADO (jornalero)
Siempre en su puesto de lucha.

481 SALVADOR ROJAS (Obrero industrial)
Luchó por el pueblo.

482 ESTEBAN URIARTE (Comerciante)
Bueno con sus amigos.

483 PEDRO JOSE OCON (Carpintero)
Ecuánime en el poder.

484 SINFOROSO HERNANDEZ (jornalero)
Buen conservador.

485 RICARDO ESPINOSA (jornalero)
Su valor.

486 BENITO BERRIOS (carretero)
Valiente como el que más.

487 FRANCISCO MATAMOROS (Agricultor)
Constante en la lucha por la libertad.

488 ADOLFO ZAMORA (Estudiante)
La libertad fue su objetivo constante.

489 JOSE LUIS PEREZ (Carpintero)
Su conservatismo a toda prueba.

490 RAMIRO CUADRA (jornalero)
Su bondad con el pueblo.

491 EDUARDO CUADRA (Agricultor)
Su honradez.

492 JOSE MARIA ZAVALA (Agricultor)
Verdadero líder de su Partido.

493 ASCISCLO PINEDO (jornalero)
Generoso con el pobre.

494 PEDRO JOAQUIN HERNANDEZ (Agricultor)
Buen gobernante, probo ciudadano.

495 ARNOLDO CALDERA (Agricultor)
Ecuánime con todos.

496 GONZALO AMPIE (Comerciante)
Siempre constante en la lucha.

497 JOSE ADONIS ROJAS (Agricultor)
Humilde aunque grande.

498 JUAN RAFAEL VILLANUEVA (Comerciante)
Bondadoso con sus amigos.

499 JULIAN VILLANUEVA (estudiante)
Su lucha por la libertad en Nicaragua.

500 JUAN DE DIOS HERNANDEZ (jornalero)
Su valor y constancia en el trabajo.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

NUESTRA PROPIA EVALUACION DE LOS 20 CONCEPTOS DEL PUEBLO

General Emiliano Chamorro

1 VALIENTE GUERRILLERO

Es indudable que la virtud sobresaliente del General Chamorro es la de haber sido un valiente guerrillero, durante la primera y larga etapa de su vida pública, y así lo ha comprendido el pueblo al destacar esta virtud como la primera de todas. A sus hazañas en ese campo que llegaron a adquirir caracteres de leyenda heroica, se debe el fundamento de su caudillismo político que mantuvo hasta el fin de su vida. Son innumerables, en efecto, y a veces increíbles las muestras que dio de su heroismo y la forma en que mostrò su temeridad, sin medir las consecuencias y los peligros para su vida.

Un hecho sobresaliente que jamás ha sido olvidado y que en el momento de su muerte ha sido profusamente *relatado, es la Toma de los Vapores del Lago, fuente* indudable de su leyenda heroica.

Este hecho singular ocurriò en el año de 1903 y la realizaciòn de todos sus planes y sobretodo la manera que se enfrentò a lo imprevisto y la increíble temeridad conque consumò su hazaña, produjo un verdadero estupor en el Gobierno adversario y una admiraciòn sin límites entre sus partidarios que nunca se ha podido borrar de la memoria de cuantos vivían en aquel entonces ni de aquellos que lo han sabido por tradiciòn.

2 CONSERVADOR SINCERO

*Qué quiso decir el pueblo al juzgar al Gral. Cha*morro como un conservador sincero? Era, acaso, un ideòlogo conservador a cuyas ideas daba una sincera adhesiòn intelectual? No fue, en realidad, un ideòlogo. Y al decir el pueblo que su conservatismo sincero era la segunda de sus cualidades, no se refiere, propiamente, a su ideología sino a su sincero apego al modo de ser conservador.

Efectivamente, el Conservatismo más que una construcciòn ideològica es un modo de vida, es una consagraciòn a ciertas virtudes ciudadanas que dan carácter a ese modo de ser. Y para comprender en qué sentido fue el Gral. Chamorro un conservador sincero, es necesa*rio evaluar en qué consiste realmente el Conservatismo al* que estuvo constante e invariablemente apegado.

El modo de ser conservador es un estado de ánimo que tiende a conservar las tradiciones populares que constituyen la vida misma de una naciòn. El Gral. Chamorro encarnò siempre ese apego a las tradiciones populares, se identificò con todas las aspiraciones, con los ideales comunes de su pueblo, de manera que en su modo de ser fue un auténtico conservador dentro de las realidades de la naciòn, sin conceptos artificiales y sin preocupaciones de tipo intelectual. Fue, puede decirse, un conservador nato.

Por otra parte, es aspecto esencial de todo conservatismo el amor y el apego a la tierra. Puede decirse que no existe Partido Conservador en el mundo que no tenga un fundamento rural y un sentido humano de la propiedad de la tierra como sustentáculo de la naturaleza humana. "Partido de campesinos en sus señores y en su pueblo", llamò al Partido Conservador de Colombia el gran pensador y líder conservador Laureano Gòmez.

El más genuino aspecto del Conservatismo del Gral. Chamorro, fue el amor a la tierra, a la que dedicò lo mejor de su vida cuando los azares de la actividad política y de sus luchas por las libertades públicas se lo permitieron. La cultivò con pasiòn, se enraizò en ella y se puede decir que muriò adherido a ella.

Esta dedicaciòn amorosa al trabajo rural, lo identificò más íntimamente con el campesino y lo llevò a conocer mejor que nadie sus anhelos y sus necesidades. Viviò, puede decirse, como campesino y entre campesinos en una total identificaciòn con ellos, haciendo así verdadero el concepto de su conservatismo sincero.

3 BONDADOSO AMIGO

La bondad y la amistad pareciera que tienen sentido análogo, pero se puede ser buen amigo sin ser bondadoso, y se puede ser bondadoso sin ser amigo. Cuando el pueblo ha juntado estos dos conceptos al definir una de las cualidades que adornaron al General Chamorro, ha hermanado dos conceptos que le fueron característicos. Es indudable, en efecto, que él tuvo como virtud sobresaliente la de saber ser amigo de sus amigos. Por *la amistad, lo sacrificaba todo. El poner la amistad por* encima de todo y hacer de ella una gran virtud; el sobreponer al amigo sobre otra consideraciòn no es, necesariamente, una virtud política, porque en política mucho suele sacrificarse la amistad por las conveniencias y las circunstancias. La ingratitud es virtud de Príncipes, ha dicho alguien, y efectivamente, cuando se habla de Príncipe, se quiere decir Jefe, más propiamente, Jefe Político o Jefe de Estado y es indudable que un Jefe de Estado no puede sobreponer el sentimentalismo a las necesidades políticas, a lo que los franceses llaman, "raison de etat", porque eso viene primero en el estadista. Es cuestiòn primordial de su acciòn pública, no poder sacrificar la *conveniencia pública al sentimiento personal y amistoso.* Es muy común que las gentes se quejen de la ingratitud de los personajes políticos cuando alcanzan el triunfo de sus luchas, cuando no tienen lo que esperan por su adhesiòn y sacrificios en los momentos álgidos, en los momentos difíciles, en la hora del sacrificio.

Pero esa realidad política, no fue nunca característica del General Chamorro. El fue ante todo amigo, e hizo prevalecer la amistad por sobre cualquier otra consideraciòn de carácter político. Y así lo vimos colocar en las buenas posiciones a sus amigos, aunque éstos no reunieran a veces las condiciones requeridas para ocupar esas posiciones. En eso, fue ante todo, amigo. El ami*go prevaleciò sobre el político. De allí, la incondiciona*lidad de que disfrutò por cuantos le seguían.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Ese concepto de la amistad que lo caracterizò, fue consecuencia de su temperamento bondadoso. Siempre tuvo un sentimiento de bondad para con sus amigos, sentimiento que no regateò ni siquiera a sus enemigos. No fue un hombre vengativo, como todos lo saben; su sentimiento de bondad no se lo permitía, y si así procedía aun con sus enemigos, su bondad para con sus amigos lo llevò a grados de excelsitud. Por eso, siempre contò con la fidelidad de éstos. Por eso, al morir, aquellos que fueron sus fieles amigos durante todo el trascurso de su vida, le lloraron sinceramente a la hora de su muerte, consagraron su vida a serle fieles y sinceros servidores, en las vicisitudes como en los momentos de bienestar y de gloria.

4 PROBO ADMINISTRADOR

Como gobernante el General Chamorro dio muestras de sus cualidades administrativas y de la probidad intachable que puso en la administraciòn de los intereses públicos. Se le pudo atribuir toda clase de desaciertos por sus adversarios pero nadie ha osado, que sepamos, poner sombra sobre la probidad conque administrò los intereses públicos durante sus períodos de mando. Los desaciertos que se le atribuyen han sido únicamente en el campo de la política pero nunca en el campo de la administraciòn. Limpias estuvieron siempre sus manos de peculados y en el ejercicio de la Presidencia, en que pudo haber incrementado su fortuna, casi sin esfuerzo, dedicò muchas de sus actividades a empresas particulares con ese espíritu de luchador y esa constancia que le caracterizaba, sin embargo, la suerte no le favoreciò en ese campo y al abandonar el poder, más bien vio comprometidos sus bienes como consecuencia de reveses de fortuna y tuvo que someterse a una vida econòmica y austera para tratar de rehacer su maltrecho patrimonio.

A este propòsito, es bueno referir còmo ante los duros ataques de un Diario, propiedad de quien llegò después a ser solidario con su política, rindiò desde la Presidencia de la República una cuenta detallada de sus haberes y de sus deudas que arrojò un saldo bastante reducido de superávit. Y esta cuenta la rindiò el Gral. Chamorro a sus conciudadanos sin que hubiese ley alguna que lo obligase, como la que hoy se llama Ley de Probidad.

Como administrador público su gobierno fue ejemplar; hubo bonanza, desarrollo econòmico y obras de progreso a pesar de lo exiguo de los presupuestos de entonces, en que se notaba el fenòmeno que existiera un pueblo pròspero y un gobierno pobre.

A pesar de haber tenido que hacer frente a gastos imprevistos producidos por dos sangrientas guerras, la de 1912 y la de 1926, el Partido al abandonar el poder lo dejò limpio de las deudas provenientes de los empréstitos que negociò para lograr la reconstrucciòn econòmica del país; el Ferrocarril reconstruído y en condiciones de producciòn econòmica y el Banco Nacional fundado con esos empréstitos, en estado floreciente, y una moneda sana que le dio valor adquisitivo a los salarios del pueblo. Eso sòlo pudo lograrse por medio de una proba administraciòn.

Bien le cuadra, pues al General Chamorro, la virtud de haber sido un probo administrador.

5 AMANTE DE SU PUEBLO

Ese amor al pueblo, fue una de las características esenciales de su personalidad como hombre y como político, nunca desmentida en todas las circunstancias en que se encontrara ya fuera en el poder, ya fuera en la llanura, en los azares de la política o en la tranquilidad de su hogar. Al pueblo consagrò su vida, en todas sus manifestaciones; siempre le preocupò su bienestar; siempre hizo lo que estaba de su parte para procurarlo, ya fuera distribuyendo favores, cuando veía una necesidad, ya fuera tomando medidas desde el poder en su beneficio. Una de las leyes que más lo enaltecen fue la Ley Agraria que hizo emitir en su primer período de gobierno y la adopciòn de la Ley de Patrimonio Familiar, que acaba de ser adoptada, como una novedad, por la gran Convenciòn del Partido Liberal.

Por ese amor al pueblo que caracterizò al General Chamorro, más que una cuestiòn de ideología política y de preocupaciòn sociològica, fue para él una cuestiòn de carácter propia de su naturaleza humana. Así como compartiò en las vicisitudes políticas y después en sus actividades agrícolas, su propia vida con la vida popular, así se adentrò en su espíritu ese amor al pueblo que nunca dejò de sentir cualesquiera que fueran las circunstancias de su vida. El amor a su pueblo fue una especie de segunda naturaleza en aquel hombre que vio en el pueblo, no sòlo la fuente de su poder político, sino la causa de todas las actividades a que dedicò su vida. Y así son incontables las anécdotas que se cuentan de él acerca de la forma en que tratò siempre a sus servidores. En su vida propiamente personal, en sus actividades de trabajo, fue una especie de patriarca que se obligaba a velar por el bienestar de cuantos le servían, de cuantos se encontraban a su alrededor por uno u otro motivo, y siempre se preocupò de proveer a sus necesidades de todo orden.

Para el empresario moderno el trabajador es un número a quien ni siquiera conoce. Para el General Chamorro el hombre que le trabajaba era una especie de compañero, cuyo nombre conocía, de cuyas necesidades se compenetraba, y cuya situaciòn familiar le despertaba interés y le preocupaba como cuestiòn propia. Por eso el pueblo, en su sabiduría natural, lo ha definido como un hombre amante de su pueblo.

6 LUCHADOR CONSTANTE

Luchò con denuedo en el campo de la política y fueron constantes sus actividades y desvelos para lograr sus fines. Nada lo arredrò en sus propòsitos por libertar al pueblo nicaragüense de lo que él consideraba una Dictadura perniciosa, como buen amante de la Libertad que era; y en ese empeño no desmayò poniendo su pensamiento y su acciòn al logro de aquel objetivo. A pesar de innumerables reveses que sufriò durante esa larga lucha, y a los horizontes que a veces parecían cerrados, no desmayò en su esfuerzo hasta coronar el éxito. A su constancia en la lucha es a la que se debiò más que nada el logro de sus propòsitos.

Luchador constante es indudablemente un concepto que define sus cualidades de hombre de acciòn en el campo de su vida revolucionaria. Fue un peregrino que recorriò todos los ambitos del Istmo y todos los caminos,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ya de incògnito buscando ayuda, ya con el rifle al hombro, y no más un contratiempo o un revés que parecía definitivo cortaba esfuerzos cuando volvía a emprender nuevas actividades siempre con sus propòsitos en mente. Nada le hizo desmayar, nada le hizo abandonar definitivamente su lucha, siempre estuvo en pie, buscando nuevas oportunidades para recomenzar de nuevo con esa constancia que no le permitía descanso, ni conciliar el sueño.

Pero esa característica del General Chamorro no se aplicò únicamente a sus esfuerzos en revoluciones por libertad a su país de la Dictadura de las que se dicen hizo treinta.

Su constancia de luchador, la tuvo también en actividades productoras a las que se dedicò con igual ahínco, sin descuidar la política que siempre le pidiò su concurso. Si se retirò al campo a emplear sus cualidades de luchador con esa constancia que le era característica no lo hizo a la manera de Cincinato como retiro definitivo de la cosa pública, sino atento a la política, a orientar y dirigir las actividades de su Partido, mientras labraba la tierra. Así puede decirse que fué constante hasta el último día de su vida en la lucha por el bien común.

7 GOBERNANTE ECUANIME

La ecuanimidad es una de las más difíciles virtudes en el ejercicio del poder. Todo tiende a hacerla a un lado, ya sea por la adulaciòn, de que difícilmente se libran los que lo ejercen, o, al contrario, por el espíritu de violenta contradicciòn del adversario. Por eso hay que *admirar que el General Chamorro haya mantenido una* inquebrantable ecuanimidad en una u otra situaciòn que tuvo que confrontar durante sus dos períodos de mando: la adulaciòn, lo encontrò impertérrito y nunca logrò enorgullecerlo, ni hacerlo sentirse superhombre, como al superhombre de Nietzsche. Su vida sencilla de simple ciudadano la siguiò viviendo como Primer Mandatario de la Naciòn. Nunca hizo ostentaciòn de su poder, que por cierto era grande tanto por el cargo, como por la fuerza política que representaba el respaldo de grandes masas. Muchas veces se le vio cruzar las calles a pie como cualquier ciudadano y cuando era conducido por su automòvil, jamás iba custodiado. Viajaba como cualquier ciudadano. *Esto lo recuerdan bien cuantos lo conocieron* ejerciendo el mando supremo de la República.

Pero si es difícil conservarse ecuánime de la adulaciòn cuesta más hacerlo en los momentos de turbulencias políticas, de contradicciones violentas, de ataques fuertes personales, sobre todo, si son inmerecidos. La tentaciòn de prevalerse del poder para con mano fuerte, poner coto a aquellos ataques y violencias, son muy grandes. Hay que tener temple muy sòlido para sobreponerse a aquellas tentaciones y el General Chamorro lo tuvo. Jamás dio rienda suelta a la venganza cuando la violencia, el insulto inmerecido y la pasiòn sectaria se cebaron en él. Siempre supo mantenerse ecuánime ante esas situaciones que ponen a prueba la paciencia más bien equilibrada.

No hay que negar que durante la época turbulenta de su segunda administraciòn en que todas las violencias fueron desatadas, se cometieron desmanes. Pero nadie puede atribuirlos a òrdenes personales suyas. Antes bien son innumerables los casos en que tratò con ecuanimidad a cuantos prisioneros políticos fueron puestos a su orden y remitidos a la Capital. Son numerosos los testimonios a este respecto. Fueron muchas las veces que su Secretario Privado, en su carro presidencial, fue a recibir a prisioneros que se le enviaban de distintos departamentos y a conducirlos al domicilio que eligieran, mientras podían regresarse a sus hogares. Vivos están algunos a quienes mandò a dar salvoconducto después de haber sufrido derrotas en asaltos a cuarteles o en combates para deponerlo del poder. Otros muchos revolucionarios permanecieron ocultos en hogares de amigos íntimos del General Chamorro, a sabiendas de él y, nunca fueron molestados. Al segundo jefe del movimiento del Cerro Mombacho, General Mario Talavera, al ser capturado, después de un reñido combate, fue llevado a la presencia del General Chamorro y tras breve conversaciòn fue dejado en libertad, proporcionándole además, los medios para atenderse ciertas dolencias de que padecía, no sòlo aquí, sino aun en el extranjero, pagándosele sus gastos y proporcionándosele medios para su manutenciòn. Y como estos serían muchos los casos que habría de contar y de quienes los mismos agraciados han dado testimonio.

8 HUMILDE NOBLEZA

Generalmente, se considera la nobleza como una especie de arrogante actitud, incompatible con un temperamento humilde, pero si se examinan bien las cosas, la nobleza, en el sentido verdadero, no es ni puede ser nunca arrogante. Es una virtud innata que brota de la generosidad del alma, y la generosidad es esencialmente humilde y no ostentosa.

La nobleza del General Chamorro era una virtud callada, verdadera, auténtica. Era la nobleza conocida como el "noblesse oblige", la nobleza obliga.

El General Chamorro heredò de sus antepasados esa virtud patricia y la supo cultivar hermanándola constantemente con la humildad de su carácter que nunca lo abandonò, ni cuando ocupò las más elevadas posiciones. La grandeza y el poder, así como la riqueza, tienden a hacer a los hombres arrogantes; pero el General Chamorro conociò la fortuna en el hogar de su padre, la sintiò porque él fue administrador de sus cuantiosos bienes, *alcanzò la gloria y ostentò el poder sin que ninguna de esas* oportunidades cambiaran su temperamento humilde y noble al mismo tiempo.

9 DEMOCRATA VERDADERO

Que entiende el pueblo por demòcrata? Cuando el pueblo dice demòcrata refiriéndose a una persona ciertamente no se refiere a un concepto. Para el pueblo, demòcrata es el hombre campechano, el hombre sin pujos aristocráticos, el hombre que no desdeña compartir con la gente corriente y mantener contactos de igual a igual con ellos.

El General Chamorro indudablemente correspondía a estas características populares de lo que es un demòcrata. Siempre fue cordial y amistoso con toda la gente aunque fuera el más humilde. No obstante su cimera posiciòn política y sus vínculos entre los altos círculos sociales y econòmicos del país nunca se mostrò altivo ni

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

hizo sentir esa elevada posiciòn y mucho menos con la gente del pueblo.

En otro sentido, en el sentido Político propiamente dicho puede considerarse como un arraigo en el pueblo, en la opiniòn pública y si bien el General Chamorro fue un verdadero caudillo, que en cierto modo dominaba a sus correligionarios, nunca ejerciò este dominio en forma altiva, de manera impositiva, con menosprecio del sentir de los demás para imponer su voluntad. Antes bien siempre tratò de sensibilizar la corriente popular, de identificarse con ella, sin someterse demagògicamente a esa corriente, sino que más bien, sensibilizando el sentimiento popular, tratò de orientarlo, de dirigirlo, interpretando fielmente sus aspiraciones. En ese importante aspecto de la democracia, el General Chamorro fue un verdadero demòcrata.

Como tal, encarnò las aspiraciones de la masa, convirtiéndose en su verdadero guía. El timòn de la direcciòn, nunca lo abandonò y no por imposiciòn como hemos dicho, sino convirtiéndose en intérprete fiel de los nobles sentimientos, de las aspiraciones legítimas y de los anhelos populares que constantemente encarnò por haberlos sensibilizado a fondo debido al contacto íntimo que siempre mantuvo con esas aspiraciones, sentimientos y anhelos a los que consagrò su vida hasta el último momento.

Se puede decir del General Chamorro que en vez de dejarse arrastrar por el torrente de la popularidad de que indudablemente gozò, supo navegar por la corriente, y se mantuvo como un demòcrata verdadero.

10 FIRME DE CARACTER

La firmeza de carácter fue una característica de las más constantes y bien definidas del General Chamorro. A veces llegaba hasta la terquedad cuando no había quien lo hiciera cambiar si ya había tomado una decisiòn. El ejemplo que más se recuerda a éste propòsito es cuando mantuvo su decisiòn de tomar el poder después de la renuncia de don Carlos Solòrzano. En esa ocasiòn, hizo lo que deseaba a pesar de que se le había advertido por los interventores de que su gobierno no sería reconocido. Fueron vanos los esfuerzos para hacerlo desistir de esa aventurada determinaciòn, de parte personas de gran valía y de mucha autoridad moral así como de gran experiencia política de su propio Partido, entre los que hay que recordar a los doctores Carlos Cuadra Pasos, Rosendo Chamorro y Alejandro César.

Otra ocasiòn, también de malas consecuencias, fue cuando se negò tenazmente a desistir de su candidatura presidencial durante el Gobierno de don Bartolomé Martínez quien le dijo que aceptaba toda candidatura menos la de él, y el resultado fue que se formò una Coaliciòn para combatirlo, siendo ese el inicio de los acontecimientos que produjo la caída del Partido después de la sangrienta guerra constitucionalista, guerra que el General Chamorro no pudo dominar porque como represalia de su terca actitud los interventores lo obligaron a dejar el poder y después a abandonar el país, beneficiándose de su ausencia los revolucionarios.

Aunque estos episodios restan más bien méritos al General Chamorro, no deben omitirse cuando se trata de poner en evidencia hasta qué extremo llevò aquel hombre la firmeza de su carácter. Esta firmeza de carácter permitiò por otra parte al General Chamorro dominar situaciones y mantener incòlume la estabilidad política del país, sobreponerse a obstáculos que trataron de impedirle su ascenso al poder y mantener los derechos soberanos de su Patria cuando los interventores trataron de imponérsele en detrimento de la soberanía nacional. A su firmeza se debe haber ganado la batalla de Managua cuando el gobierno carecía de parque para hacer frente al ataque de las fuerzas Menistas; y en muchas otras ocasiones, a su firmeza de carácter debiò los éxitos de su vida, como cuando no cediò a la oposiciòn que el mismo don Adolfo Díaz hizo a su candidatura presidencial, logrando no sòlo llegar a ocupar la Presidencia sino mantener con firme mano la cohesiòn de su Partido por mucho tiempo. La firmeza de carácter, para bien o para mal, fue sin duda una de sus características fundamentales.

11 CUMPLIDO CABALLERO

Una de las grandes paradojas en la vida del Gral. Chamorro es que pese a su condiciòn de hombre de guerra, de político popular y de empresario rústico y modales sencillos y humildes, fuera, al mismo tiempo, un caballero cabal y estrictamente cumplido en sus deberes sociales en lo que siempre se esmerò.

Pero en realidad no hay nada de paradòjico en la caballerosidad del General Chamorro y en su forma de cumplir con sus deberes sociales, porque la esencia del caballero es precisamente una virtud profunda del alma, más que una forma externa de la conducta en sociedad. Caballero es aquel que sabe comportarse con nobleza y generosidad, y antiguamente el caballero era el señor de su tierra, que sabía mantener su porte y que guardaba y se le guardaba consideraciòn. El General Chamorro conforme a este concepto de la caballerosidad, fue siempre un caballero en el verdadero sentido, un caballero enchapado a la antigua y en cuanto al aspecto social en la vida moderna si bien no reflejò la imagen del caballero decidor y zalamero, fue siempre cortés y amable con un porte de gran dignidad en su sencillez y en sus maneras, de tal forma que en ese campo siempre supo despertar respeto y simpatía.

En su comportamiento social siempre supo cumplir a cabalidad con sus deberes. Cuantas veces, a pesar de sus dolencias, y de los quebrantos de su ancianidad, hizo largos viajes para acompañar a su última morada a un amigo para asistir a un funeral, para apadrinar una boda, para atender una invitaciòn. Muy pocos son en los azares de la vida moderna quienes cumplen en forma estricta con estas obligaciones sociales y por eso es admirable la forma en que el General Chamorro las cumplía, su puntualidad en atender las invitaciones y la sencilla dignidad de sus maneras en el trato social.

A nadie le cuadra mejor que al General Chamorro el cognomento de haber sido un cumplido caballero. Gentil en su trato, galante con las damas, noble en sus acciones, generoso en su comportamiento fue fiel a la imagen del viejo caballero español y cumplido a la usanza moderna en las obligaciones de la vida social que le conquistaron el aprecio, reconocimiento y respeto aun de sus adversarios políticos que le guardaron siempre, a pesar de las duras contradicciones, el respeto que se mere-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

cía y que al mismo tiempo sabía él dispensar a los demás.

12 POPULAR CAUDILLO

Emiliano Chamorro fue, sin duda, el Caudillo por antonomasia. No fue un conductor político o militar que alcanzara el poder en aras de una doctrina y produjera una transformaciòn en la naciòn; no tuvo, ni representò, nada de eso, sino que fue en esencia el Caudillo, no en realidad como conductor de pueblos, sino como hombre que llegò a encarnar de tal manera un sentimiento popular alrededor de su figura, que produjo el fenòmeno, jamás visto, de ser más bien Caudillo fuera del poder que en el poder mismo. En la Presidencia de la República fue un Presidente normal, con las mismas características de cuantos han ocupado ese puesto, —no importa las diferencias en la manera de ejercerlo, ni la forma de comportarse como tal—, por su probidad, por su sencillo republicanismo, por su ecuanimidad, por su falta de arrogancia, por no haber sido un mandòn arbitrario, ni un aristòcrata endiosado. En cambio, fuera del poder, fue muy distinta su conducta política, y en esto precisamente consiste el fenòmeno.

Ese raro fenòmeno no se ve en los que han sido grandes conductores de pueblos, que han ejercido tal dominio desde el poder, pero que lo han perdido al caer de él, y muchos han vinculado su condiciòn de conductores al poder mismo, de tal manera que fuera de él han perdido ese carácter y muchas veces hasta la vida, por no poder vivir sin disponer de los medios que les permitían seguir siendo Caudillos. El General Chamorro, fue más Caudillo cuando estuvo fuera del poder, y ese fue un fenòmeno permanente que no disminuyò ni con los errores que hicieron perder el mando a su Partido y lo acompañò hasta el fin de su vida, a pesar de un prolongado ostracismo del poder.

Sus funerales fueron una expresiòn de tal manera grandiosa de ese fervor popular que siempre lo acompañò, que no sòlo fue motivo de verdadera sorpresa para los extraños que los presenciaron, sino que fue motivo de verdadero estupor el notar que después de tantos años fuera del poder aquel Caudillo y su Partido, conservaran tan enorme vitalidad.

¿A qué se debe ese fenòmeno? Es difícil encontrar una explicaciòn razonable. Quien se ponga a buscarle explicaciòn sòlo se encontrará con el hecho inexplicable, con un hilo misterioso que nunca se rompiò que lo ligò indisolublemente al pueblo.

13 POLITICO SAGAZ

En Europa, donde los políticos no son hombres de circunstancias sino que nacen y se cultivan al servicio de una vocaciòn, ha habido personajes que han tenido una larga actuaciòn, como Churchill, recientemente fallecido, pero sobre todo como Gladstone, el gran Jefe del Partido Liberal inglés, que ocupò por última vez el cargo de Primer Ministro a los 88 años.

El General Chamorro no fue nunca ese tipo de político. No fue un hombre que se cultivò para la actividad política, sino que las circunstancias històricas familiares lo llevaron a ella al corresponderle su oportunidad, y es por eso un fenòmeno realmente en los ambientes americanos el que haya podido mantener una Jefatura indiscutible fuera del poder por tanto tiempo.

"El hombre es producto de sus circunstancias", ha dicho Ortega y Gasset, el más grande filòsofo de la historia de nuestros tiempos. Pero, ¿còmo pudo el General Chamorro mantenerse fuera de sus circunstancias, cuando las circunstancias que lo hicieron ya no existían, cuando fue prácticamente imposible que las recordaran las generaciones actuales y las apreciaran?

Habrá que buscar explicaciòn a la perdurabilidad de esa jefatura que lo acompañò, aun después de su muerte, después de tantos años de alejamiento del poder. Si el General Chamorro no era un político de escuela a semejanza de los políticos europeos que hemos mencionado, es indudable que alguna razòn habría para que pudiera conservar ese poder en las masas de su Partido, porque no hay nada que desacredite más y que disminuya tanto el poder político de los caudillos como la derrota. Prácticamente, no hay Caudillo en América que haya podido sobrevivir a una gran derrota. Sin embargo, el General Chamorro sobreviviò a innumerables derrotas. ¿A qué don se debe la persistencia de este fenòmeno? Indudablemente que esta supervivencia política sòlo se puede deber a su sagacidad; a esa característica que más comúnmente pudiera llamarse astucia. Fue astuto para dominar a sus rivales en la lucha por el poder en los primeros tiempos, y fue astuto para no dejar nacer ninguna otra rivalidad que pudiera comprometer su Jefatura. Porque desde el poder es muy fácil destruir a los rivales, e impedir que nazcan nuevas rivalidades. Pero fuera de él, ¿còmo lograrlo? Sòlo por ese don misterioso que no lo da, ni el talento, ni la preparaciòn, ni la cultura, y que es la sagacidad. Por eso el pueblo lo ha definido muy bien como político sagaz.

14 ABNEGADO PATRIOTA

Para el pueblo esta virtud del Caudillo Conservador fue, en esencia, su consagraciòn a lograr la libertad sojuzgada, lucha a la que consagrò gran parte de su vida con abnegaciòn sin límites. Sufriò, en efecto, toda clase de vicisitudes sin que eso lo arredrara en su empeño. Fue un errante conspirador contra la Dictadura, sufriendo sinsabores incontables. Expuso, muchas veces, su vida en innumerable combates en los que siempre se mostrò impasible. Años enteros consagrados a esa vida llena de peligros son, ciertamente, años de abnegaciòn, y abnegaciòn patriòtica. Porque al consagrarse a esa vida dejò comodidades, tranquilidad, seguridad y el disfrute de una vida holgada quee le proporcionaba la gran fortuna de su padre del que él fuera Administrador General. Y todo por lograr las libertades conculcadas, es decir, por obtener un objetivo altamente patriòtico.

Pero el General Chamorro no sòlo en este aspecto dio muestras de su patriotismo y de su abnegaciòn para defender los intereses de la Patria. Cuando ya triunfante en su lucha por la Libertad, compartiò y dirigiò él mismo los destinos de la naciòn desde la responsabilidad del poder.

Primero como Ministro de Nicaragua en Washington le tocò ser ejecutor de la política internacional de su Partido, que tuvo su más descollante expresiòn en el Tratado

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Chamorro-Bryan que a él le tocò firmar con el gran estadista norteamericano Mr. William Jennings Bryan. Y aunque en esa política no es él solo responsable sino más bien aquellos a quienes tocò decidirla y dirigirla, la crítica se ha cebado en él por ese acto trascendental de la vida internacional de nuestra Patria.

Es conveniente mencionar dos casos en que esta virtud de su abnegado patriotismo se puso en evidencia en sus relaciones con los interventores cuando ocupò la Presidencia de Nicaragua.

En tiempos del Ministro Lansing, quien le quiso imponer un interventor, le dijo al Ministro norteamericano que antes lo colgaban de una viga de la casa antes que aceptar esa imposiciòn. Y no hubo interventor.

En otra ocasiòn, el Director de Policía Coronel Bartolomé Ibarra recién fallecido, detuvo a un grupo de Marinos por un fenomenal escándalo que hicieron en una cantina de esta Capital y como se negara a darles libertad ante las exigencias del Jefe de los Marinos, éste lo amenaò con enviar sus tropas a libertar a los detenidos. Avisado por el Coronel Ibarra de esta amenaza, el Gral. Chamorro le dio instrucciones de no entregarlos hasta tanto no levantara la correspondiente instructiva y le enviò refuerzos para resistir a la amenaza del Comandante de Marinos. Ante la actitud del Presidente Chamorro, este Jefe militar norteamericano desistiò de su amenaza y tuvo que conformarse conque se procediera conforme a las leyes de Nicaragua. Otra prueba inequívoca del abnegado patriotismo del General Chamorro.

15 LIBERTADOR MAGNANIMO

Las luchas políticas del General Chamorro fueron primordialmente de carácter guerrero, pues tuvieron por objeto libertar a su pueblo de la Dictadura del General Zelaya por medio de las armas. La esencia, pues, de su personalidad y de su gestiòn pública a la que debiò más tarde su prestigio en el campo de la política fue el ser un verdadero libertador. Pero el hombre empeñado en los azares de la guerra en que la violencia es la voz de orden, difícilmente se sustrae a dejarse arrebatar por los instintos primarios y olvidarse de todo respeto y consideraciòn a la vida de los demás y de los actos de crueldad con sus adversarios. El mismo Libertador, Simòn Bolívar, en medio de su grandeza y de su genio político no fue ajeno a la dureza y crueldad con sus adversarios.

Por eso es un fenòmeno raro y puede decirse extraordinario que el General Chamorro, que tuvo que combatir con dureza, que tuvo que sufrir sañas persecutorias, que exponía constantemente su propia vida, se haya sustraído a deseos de venganza si no justificados, hasta cierto punto explicados en tales circunstancias.

La magnanimidad es una virtud que refleja una virtud humana, pero que es imposible de definir, como una cuestiòn filosòfica, ella sòlo se define con hechos que la demuestran, y es en ese campo en que son incontables las anécdotas en que el General Chamorro dio muestras constantes de su magnanimidad en medio del vivac, en que no se dejò arrebatar por la venganza ni la crueldad, que, generalmente, empuja a los hombres como consecuencia del fragor de la violencia. A él no se le puede aplicar el apotegma de Hobbes "Homo hominis lupus" "El hombre lobo entre hombres". El General Chamorro si bien fue un lobo en el combate, con la victoria fue todo lo contrario, fue ecuánime, magnánimo y clemente.

16 ESTADISTA CIVICO

Uno de los fenòmenos más curiosos e interesante de la política nicaragüense es que el General Chamorro, quien fue esencialmente un militar aguerrido, si bien obligado más por las circunstancias que por vocaciòn militar, haya desarrollado, cuando ocupò la Presidencia de la República, un régimen eminentemente cívico. No revistiò de boato militar a su Gobierno, no formò un ejército, altivo y prepotente que caracteriza a los gobiernos de tipo militarista. Fue sencillo y civilista como Presidente de la República, no hizo sentir nunca una mano fuerte, sino que más bien fue austero y suave y se dedicò, sobre todo, a gobernar como un descendiente de aquellos patricios que honraron a su Partido en lugar de mostrarse arrogante como tienden a serlo los militares en el poder. Su preocupaciòn era el progreso; su actividad principal, la administraciòn pública; rodeándose para ese objeto de personalidades eminentemente civiles, de posiciòn econòmica sòlida, de hombres de leyes y de cultura. Fueron Ministros suyos el doctor don Rafael Cabrera, el Ingeniero José Andrés Urtecho, don Martín Benard, don Juan José Zavala, don Gordiano Herdocia, el Dr. David Arellano y otras personalidades de esa índole.

Su primera administraciòn se caracterizò por la bonanza y el progreso, por la conformidad y la armonía y al dejar el poder fue a ocupar el cargo de Ministro en Washington donde a pesar de su falta de experiencia diplomática y su poca cultura intelectual propiamente dicha, se supo desempeñar en su cargo con discreciòn hasta el grado de haber sido magnífica su labor en ese difícil campo y en circunstancia extraordinariamente complicadas.

En esas ocasiones el General Chamorro se mostrò como poseedor de verdaderas cualidades naturales de estadista y de hombre cívico, cualidades de las que más bien aparecieran alejarlo su origen político guerrero, de inclinaciones castrenses. Es, pues, indudablemente un raro fenòmeno no sòlo en la historia Centroamericana sino en general de Latinoamérica, el que este hombre que debía a la guerra su grandeza, su prestigio y la popularidad que le llevò al poder, se olvidara de la guerra para convertirse en un gran estadista cívico y en un discreto diplomático. Ejemplos solo los hay en los patricios de los treinta años como el General Tomás Martínez, el General don Fernando Guzmán y el General don Pedro Joaquín Chamorro y antes que ellos el General don Fruto Chamorro, verdadero fundador del civilismo quien habiendo tenido que combatir como militar se propuso y logrò someter el poder militar al poder civil unificando ambos mandos bajo la autoridad civil cuando ambos se encontraban separados y mantenían al país en constante zozobra. En esa materia el General Chamorro se mostrò buen heredero de aquellos varones.

17 HABIL ESTRATEGA

En el sentido estricto de la palabra la estrategia del General Chamorro consistiò siempre en la sorpresa y el ataque frontal y temerario que desconcertaba a sus ene-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

migos. Esa estrategia era muy diferente a la astucia de que hacía gala el General Mena, su compañero de armas, que constituyò con el General Chamorro, el verdadero binomio militar de la Revoluciòn. Mientras Mena fue un estratega nato, o sea, un General que se valía de artimañas y operaba con pericia, en el General Chamorro, por el contrario, su estrategia consistía en la audacia y en el ataque a fondo que lo impulsaba a lo que el pueblo llama, morir o vencer. De esto dio muestra en el episodio de la toma de los Vapores del Lago y en la gran jornada en que de victoria en victoria trajo sus huestes desde Bluefields hasta Matagalpa que logrò tomar después de haber vencido a las tropas de Zelaya y Madriz en todas las ciudades de Chontales por las que pasò como un rayo de la guerra.

Examinadas con penetraciòn las hazanas guerreras del General Chamorro y su modo de guerrear, mas que el mote de hábil estratega que implica el concepto de pericia y precauciòn, le cuadraría mejor el de estratega audaz, porque en esto consistiò, como hemos dicho, esencialmente su estrategia de guerrero: el ataque temerario con despego de su vida hasta dar fin a una empresa que es precisamente lo que le conquistò sus mejores laureles e hizo nacer la leyenda heroica, base de su caudillaje, que le acompañò hasta el fin de su vida. Todos los grandes estrategas nunca han sido propiamente heroicos en los combates sino precavidos y operando sobre seguro con astucia y habilidad. El General Chamorro por temperamento era más bien rápido en la acciòn, decidido en la determinaciòn y valiente en la ejecuciòn sin entretenerse en maniobras habilidosas y en esto consistiò esencialmente su estrategia que no es despreciable desde el punto de vista guerrero, pues son muchos los generales que han usado esos métodos para ganar las batallas que otros han logrado por medio de la pericia y de la astucia. Era, ciertamente, un estratega de gran envergadura, pues lejos de ser un hombre que procedía en sus empresas guerreras a tontas y a locas, todo lo planeaba antes de lanzarse con temeridad más que con astucia, con rapidez antes que con hábil pericia para el logro de sus objetivos militares. Quizá sería mejor hablar de él como un audaz estratega que como un hábil estratega. Todos sus triunfos revelan esta cualidad sobresaliente a la que principalmente debiò sus éxitos militares.

18 INTELIGENTE MEMORIA

Una de las más raras características del General Chamorro fue el haber siempre conservado una memoria privilegiada. Todo lo recordaba: acontecimientos, fechas, nombres de personas, pero lo que más interesa al ocuparse de este privilegio es el inteligente provecho que supo sacarle en beneficio de su personalidad política. Es proverbial còmo recordaba, por sus nombres, a gentes que hacía mucho tiempo no veía o que había conocido muy ligeramente y, naturalmente, por esa cualidad conseguía adhesiones incondicionales que le fueron muy útiles en la política, pues aquella gente que se veían reconocida por el Caudillo quedaba de tal manera agradecida que se convertía en un partidario decidido.

Su Autobiografía que la basò simplemente en el recuerdo, pues jamás llevò apuntes relativos a los hechos en que participò, revela la extraordinaria facultad de recordarlo todo aun a una edad tan avanada como cuando la dictò, cuando generalmente se suponen disminuídas las facultades mentales, de las que la memoria es una de las más importantes. Es asombroso còmo conservaba los recuerdos de su infancia hasta con fechas exactas y aun las emociones que sintiò cuando esos hechos cambiaron el curso de su vida.

Fue grande el provecho que le sacò en sus años escolares a esta facultad, él mismo cuenta cuando se aprendía lecciones de memoria muchas veces aun sin comprenderlas hasta el grado de ponerse a la par de compañeros más aventajados a quienes admiraba y hasta sorprender a uno de los grandes maestros de la juventud de entonces cuando repetía las lecciones que le había oído dictar en otra clase. Pero más tarde, consciente de ese don natural, que al principio no tenía para él mayor significaciòn decidiò sacarle provecho e inteligentemente lo aprovechò para hacerse de seguidores y partidarios en los que fundamentò su Caudillaje hasta el fin de su vida. No eran simples alardes sino que intencionadamente hacía sentir a aquellas gentes, generalmente humildes, que las recordaba. Un aprovechamiento inteligente de tal cualidad.

19 OPTIMISTA Y CREYENTE

Durante todo el curso de su vida el General Chamorro fue un optimista inveterado. Nunca se dejò coger por el desaliento ni por el pesimismo, por eso hasta el último momento de su vida se mantuvo en espíritu de lucha, siempre alentado por la esperanza de alcanzar sus aspiraciones. "No espero morir antes de ver un cambio de régimen en Nicaragua", dijo en su última entrevista de prensa. Eso revela, más que nada, su sempiterno optimismo, e indica el por qué de su lucha constante para el logro de sus objetivos en el campo de la política; y por lo que hace a sus otras actividades, la muerte le sobrevino cuando planeaba empresas de gran envergadura en su hacienda como es la instalaciòn de un sistema de riego, en el que había puesto grandes ilusiones para mejorar su propiedad que fue siempre uno de sus constantes afanes.

A pesar de sus dolencias, particularmente, la debilidad de sus piernas que era lo que más le molestaba, pues le coartaba sus actividades, no le impidiò movilizarse, ya sea con propòsitos políticos, ya sea en sus empresas agrícolas, ya sea en el cumplimiento de sus deberes sociales. La víspera, precisamente de su muerte, planeaba por medio de una de sus sobrinas invitar a almorzar a una señorita para corresponder, en esa forma, las atenciones que recibiò del padre de ella durante su permanencia en Washington, con motivo de su postrer enfermedad. Viajò a Granada para procurar la unificaciòn de su Partido, que fue su última preocupaciòn política, pues de ella esperaba el ansiado triunfo de sus ideales, con ese optimismo que nunca le permitiò caer en la desilusiòn y darse por vencido. Lo mismo que su empresa de riego en la que puso grandes ilusiones para el porvenir y el progreso de sus empresas, a pesar de su avanzadísima edad. Eso sòlo puede ocurrir en un hombre lleno de optimismo.

Pero este optimismo era reflejo de otra virtud que siempre le acompañò y que se juntaba con la anterior-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

mente mencionada: la virtud de su creencia y de su confianza en la Divina Providencia. Y esto último revela asimismo el secreto de su temerario valor.

Esa creencia firme en Dios, es el verdadero signo de su optimismo, es la virtud que le daba consistencia a la otra, y por eso sabiamente el pueblo las ha hermanado al poner entre sus virtudes sobresalientes la de haber sido optimista y creyente.

20 JUICIO PONDERADO

Toda la actividad política del Gral. Chamorro se desarrollò entre contradicciones, muchas veces de extrema violencia. Sin embargo, casi nunca se le vio dejarse dominar por la ira, por más duras que fueran las contradicciones a que tuvo que enfrentarse ni por más violentas que fueran las circunstancias en que tuvo que combatir. Siempre se mantuvo en un espíritu de ecuanimidad que hacen indudablemente acreedor al título que se le reconoce como una de sus virtudes: el ser un hombre de juicio ponderado.

Es interesante hacer notar a este propòsito que durante la Jefatura indiscutible del Caudillo conservador y durante el tiempo en que fue Presidente de la Directiva Suprema de su Partido las Convenciones conservadoras siempre fueron muy reñidas, los debates siempre fueron fuertes y sin embargo, el General Chamorro siempre mantuvo la serenidad, y al final de aquellas violentas tempestades, siempre hizo renacer la calma por su espíritu ponderado.

Lo que decimos de estas luchas políticas en el seno del propio Partido del General Chamorro, puede decirse de las luchas fuertes y violentas a las que tuvo que enfrentarse a su adversario político y aun en las luchas militares a las que consagrò gran parte de su vida. Jamás perdiò la serenidad en ellos y siempre mantuvo su juicio ponderado, al que más que a nada se debe el prevalecimiento que logrò mantener constantemente sobre los destinos de su Partido. En esas luchas, a veces tuvo que soportar violentas injurias y más tarde se le vio en estrecha solidaridad con quienes quizás más lo habían injuriado mostrando así el juicio ponderado que el pueblo le atribuye como una de sus virtudes sobresalientes.

II

EVALUACION DE NUESTROS COLABORADORES

No habiendo querido hacer, de manera exclusiva, la evaluación de las cualidades descollantes del General Chamorro, pedimos a nuestros colaboradores, miembros prominentes del Partido Conservador, que por su amistad, adhesión y conocimiento personal del ilustre desaparecido, pudieran darnos sus impresiones personales sobre esas mismas cualidades. A continuación publicamos los trabajos recibidos.

EMILIANO CHAMORRO: ESTADISTA CIVICO

FELIX E. GUANDIQUE

Quienes vivimos en el ejercicio de una profesiòn, no podemos separarnos de las disciplinas que élla misma impone y por tal razòn, al considerar cualquier tema, aunque sea sin premeditaciòn, siempre nos sentimos guiados por lo que a través de los años se ha convertido en una regla del diario vivir. Esto ha venido a mi mente cuando se me ha pedido por don Joaquín Zavala, amigo a quien respeto y admiro, que analice la personalidad del General Emiliano Chamorro como "estadista cívico". Digo esto porque según una regla elemental de derecho, no puede hacerse ningún examen, ni darse ninguna opiniòn, mientras los hechos no sean claramente conocidos y establecidos. De allí que sea una regla fundamental aquella de que los hechos son invariables y lo que cambia, es su interpretaciòn o sus comentarios. Tal es la explicaciòn por la cual aquí en estas líneas, necesariamente debe en primer lugar asentar cuáles son los hechos y después hacer los comentarios.

No se me ha pedido que escriba una loa, ni un ditirambo, ni se me han fijado limitaciones o cauces a los que yo tenga que sujetarme. Entiendo que la razòn básica o fundamental por la cual se me ha hecho ese pedido, proviene de que mis años de iniciaciòn profesional coincidieron con aquellos en los cuáles el Gral. Chamorro intervenía en la Política, en que llegò a la Presidencia de la República, y en que fue un hombre cuya opiniòn se tomaba en cuenta en todo asunto de interés nacional: él entonces era una fuerza motriz para el desarrollo del bienestar de Nicaragua. Fuí testigo de aquellos años y en cierto modo viví la parte íntima de la Política de aquellos tiempos, no porque haya sido actor en éllos, sino porque mi vida profesional corría al lado de aquellos Abogados cuya luz, ya no volveremos a ver: me refiero a Máximo H. Zepeda, Alfonso Ayòn, Manuel Pasos Arana, Gregorio Pasquier y otros más. Hablo pues como testigo y así conforme a aquella regla legal antes citada, estableceré los hechos, para formular después mis comentarios.

Cuando era niño y asistía aquí en Nicaragua a escuelas primarias, se nos inculcaba que eran inseparables los nombres de Presidente de la República y de General Zelaya, de modo que para nuestras mentes infantiles no

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

era posible concebir que pudiese existir un Presidente que no se llamase General Zelaya. Recuerdo que en cierta ocasiòn en que atendía estudios medios, pregunté a mis Profesores como se haría si el General Zelaya moría, pero se me mandò a callar y durante el resto del año escolar jamás se me volviò a preguntar nada. Hago estos recuerdos porque se necesita conocer cual era el estado mental de la poblaciòn. Claro es, que quienes en aquel entonces eran mayores, pueden haber tenido otros conceptos, pero para quienes salíamos de aquella escuela, la idea de sucesiòn presidencial era inconcebible. Cuando oíamos hablar de una revoluciòn, jamás entendimos su razòn y cuando se leía en las calles un Bando, promulgando un nuevo Decreto o Ley, nunca se nos ocurriò pensar que pudiera ser ilegal o inconstitucional o que quien lo había firmado, carecía, de poder para hacerlo. Era la obediencia de la mente sometida. Así era como estaba el ambiente de entonces, y así era el orden de los pensamientos de la juventud de aquellos años.

La Revoluciòn de Octubre de 1909, llamada también Revoluciòn de la Costa, produjo un serio impacto en la intelectualidad de Nicaragua y desde en aquel entonces volviò a hablarse de lo que son las instituciones ciudadanas ,se planteò el problema de la defensa del poder civil frente a los atropellos de la fuerza y los hombres que integraban los Poderes Públicos, necesariamente tuvieron que ocuparse de tales problemas, y de darles resoluciòn con la agilidad y habilidad que son y deben ser atributos propios de los verdaderos hombres de Estado. En la consideraciòn y soluciòn de tales problemas la voz del General Emiliano Chamorro siempre se dejò oír y siempre fue escuchado y atendido. Podría pensarse que el pensamiento del General Chamorro era obedecido, debido a su preponderante jerarquía militar, pero en verdad las cosas no eran así.

Hablar del hombre versado en los negocios del Estado, no significa referirse a un hombre especializado en disciplinas gubernamentales, ni implica tampoco que se trate necesariamente de un universitario. Mucho menos puede significar que sea un hombre que dá òrdenes de tipo militar que deban obedecerse obligatoriamente. Ser estadista tampoco es gobernar, como hoy se dice, mediante Decretos u Ordenes. Cualquiera que sea el orden de la actividad humana en que un hombre se desenvuelve, debe conocer y dominar la materia de su actividad y así el Médico debe saber medicina, el Abogado debe saber Leyes, el Filarmònico debe conocer de Música. De igual modo, quien sea Estadista, debe saber de los negocios del Estado, pero ese conocimiento no debe ser sòlo en forma abstracta y de sentido doctrinario, sino que tiene que ser de un orden práctico, que ponga dominio completo sobre los antecedentes y los hechos de cada caso, sino que también lo sea en relaciòn con el elemento o factor humano. Esto lleva a la conclusiòn de que un estadista no es ni puede ser un simple mandòn, ni un teòrico o profesor que dicte lecciones, sino que debe ser todo eso y además ser un sicòlogo para conocer a cada individuo y un verdadero sociòlogo para prever la reacciòn colectiva sobre cada medida que se adopte.

En el caso de Emiliano Chamorro, sea por estudio, sea por experiencia, sea por dedicaciòn o don innato, conocía a fondo el espíritu, las reacciones o los fines ocultos de cada hombre y por eso su espíritu de selecciòn humana fue admirable y todo su gran éxito radicò en esa virtud, ya que sabía poner a cada hombre en el verdadero lugar que le correspondía, todo con el resultado de que quien era designado, podía prestar el máximo de su capacidad y de su habilidad.

Junto con ese grave espíritu de selecciòn, el General Chamorro supo dar a cada quien el espíritu de su propia responsabilidad, actitud conforme a la cual cada hombre debía asumir en el puesto que se le confiaba la responsabilidad de su propio deber. El Gobernante retenía siempre la Jerarquía Administrativa, en virtud de la cual tenía el derecho de revocar o cambiar cualquier resoluciòn de los inferiores, y que llegara a su conocimiento por recurso legal. En aquel régimen, cada funcionario, cada oficial, cada empleado desempeñaba sus funciones ajustándose a las leyes que, entonces como hoy, les fijaban sus atribuciones, pero ningún Superior se inmiscuía o absorvía los deberes de sus inferiores y si alguien llegaba donde un Superior pidiendo algo de la jurisdicciòn del inferior, el Superior siempre se abstuvo de comentar, sino que indicaba al interesado a donde tenía que comparecer. En el caso del General Chamorro quien no sòlo por haber sido Presidente de la República sino por su sobresaliente personalidad, era digno merecedor de que aun sus más leves deseos fueran acatados como òrdenes, la verdad es que jamás se adentrò en el radio de acciòn de ninguno de sus inferiores, pues más bien respaldò y solidificò la posiciòn de cada uno de éllos.

El General Chamorro siempre que estuvo en posiciòn civil de mando, concretò sus instrucciones en el sentido de que todos y cada uno cumplieran con las leyes, lo cual es una expresiòn tan sencilla que su significado es igual a decir que todos deben reconocer que cada ciudadano, cada individuo tiene derecho y que esos derechos les deben ser respetados bajo toda condiciòn. Ese respeto a los derechos ciudadanos es lo que estrictamente se llama civismo y esa virtud fue altamente cultivada por el General Chamorro.

Cuando el General Chamorro organizò su Gabinete de mando lo hizo buscando entre sus correligionarios a aquellos que no solo por su personalidad, sino por su saber y por su habilidad eran elementos destacados del conservatismo. Cada uno de éllos recibiò junto con su designaciòn la autoridad más completa para ejercer sus cargos y así éllos fueron Ministros y Secretarios que tomaban como tales sus propias decisiones, dentro del lineamiento general de la política del Gobierno. Aquellos hombres fueron: Dr. Rafael Cabrera, Dr. Salvador Guerrero Montalván, Martín Benard, Dr. Alfonso Solòrzano, Tomás Masís, Diego M. Chamorro, Juan José Zavala, Dr. Emilio Alvarez.

Los hombres que cito no fueron escogidos al azar, no fueron seleccionados por parentesco, ni por decir palabras y discursos gratos al oído, fueron puestos en aquellos lugares porque el General Chamorro supo distinguirlos por su honradez, por su capacidad, por su dignidad y por su rectitud moral. Todas las épocas producen hombres semejantes pero la grandeza del Gobernante está en conocerlos y sentirse libre de colocarlos en el lugar que merecen. El General Chamorro jamás traspasò la línea de las atribuciones de sus Ministros y esa regla hizo que siempre fuesen respetados los derechos hu-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

manos, hizo nacer y florecer el civismo y con el respeto de los hombres, creciò el Estadista y dio lecciòn perpetua a todos los nicaragüenses. Por eso la Justicia creciò y desarrollò en forma tan floreciente que aun sigue siendo luz que ilumina. Si se manosea a la Justicia, esta se muere y si se la respeta, florece. Por eso creciò y brillò durante el régimen del General Chamorro, quien al respetar los derechos de los otros, se inclinò siempre ante ese Gran Poder Dispensador de lo que es y debe ser Justo.

Debe pues quedar asentado como un hecho claro y bien definido que en la actuaciòn administrativa del General Chamorro, cada funcionario asumiò su cargo con plena conciencia del sentido de su responsabilidad. Fue pues el espectáculo de un conjunto de funcionarios procediendo cada uno de ellos con entera independencia uno del otro, pero sometidos todos a un Gran Denominador Común que era el respeto y la obediencia a la ley. Para lograr ese resultado, el General Chamorro supo usar de su don de conocer a las gentes y así poner a cada quien en su verdadero lugar con los poderes propios de su cargo. Fue un espectáculo de hombres libres guiados por su rectitud y honestidad, sometidos a la ley y formando una unidad que es para todos una sabia lecciòn de Democracia. Según un connotado pensador americano ello es diferente de lo que se ve frecuentemente en equipos de intelectuales, de filòsofos y de economistas mercenarios trabajando en la tarea de encadenar a las gentes a un comando único. En situaciòn como esa podrá haber técnicos, especialistas o creadores imaginativos, pero faltará el espíritu cívico, el espíritu democrático de estar todos unidos y guiados por el principio de la ley y no por la obediencia a otros hombres. Por eso pienso que aquel ejemplo de Emiliano Chamorro fue ejemplo de estadista nato, que supo lo que es civismo y que nos dejò una lecciòn viva de como puede vivirse bajo el Gobierno de hombres libres. Fue una lecciòn de Democracia real y sentida de corazòn.

EMILIANO CHAMORRO: CAUDILLO POPULAR

ROBERTO GUTIERREZ SILVA

Nuestra América ha sido pròdiga en lo que comúnmente se conoce por Caudillo. Pero a mi juicio se ha confundido con harta frecuencia al sargentòn, al jefe militar, al que ejerce el poder y a una serie de sujetos que por una razòn o por otra se han situado en alguna posiciòn determinante en el ejército o en la política con lo que es un Caudillo. Y creo que no es así. Por ejemplo Víctor Raúl Haya de la Torre en el Perú es un líder, un fundador de una modalidad política y si se quiere el creador de una filosofía nueva con el APRA, pero no es esencialmente un Caudillo popular. Y así tantos otros en Venezuela, en México, en la Argentina y en tantos otros países de nuestra América media agitada por permanentes convulsiones políticas. Entonces qué es para mí un Caudillo popular? Es el típico producto de extracciòn popular, que sin rango, ni poder, ni dinero, ni posiciòn social y aún sin preparaciòn intelectual, hace nacer y mantiene un estrecho vínculo con la masa, creando un fanatismo místico que me imagino como un hilo invisible, absolutamente espiritual, que lo une estrechamente con el alma del pueblo sin que se pueda definir exactamente qué es y por qué existe.

Emiliano Chamorro, nacido en Acoyapa, tuvo ese destino. Fue un Caudillo popular. Su figura física lo acercaba al hombre común del puro pueblo; su carácter con algo de burlòn y misterioso, produjo la leyenda. Su temperamento de político permanente le creò la aureola y sus condiciones de hombre audaz, valiente y arriesgado fueron los factores esenciales para la mística. Lògicamente el ambiente, la ignorancia, la idiosincracia del nicaragüense emotivo y pasional lo convirtieron en el hombre que gozò en vida de la santidad de los altares en los ranchos de nuestro pueblo. El, Emiliano Chamorro, alimentò de tiempo en tiempo con revoluciones y cuartelazos la leyenda y fue así como pudo permitirse graves errores, que si le dañaron su estatura política, no le perjudicaron su posiciòn de Caudillo legendario.

Tuvo la virtud de no convertirse de Caudillo en dios cuando ejerciò el poder y además es històricamente cierto que no fue un mandòn arbitrario. Por eso es incomparable con Trujillo de la Dominicana y con Somoza García de Nicaragua, que jamás fueron caudillos, ya que impusieron su nombre y su persona con el terror o la dádiva. No se puede afirmar que el caudillaje del General Chamorro fue beneficioso para la República, si hacemos un balance sereno de su actuaciòn como militar, como dirigente y como político, el resultado a mi juicio es negativo. El "lomazo", uno de sus inolvidables errores, le diò el poder al liberalismo, enardecido y vengativo de aquel entonces. Productos de aquellos motines sin rumbo ni bandera, fueron los Moncadas y los Somozas. Y la prueba de que aquella trágica cuartelada fue una incurable herida para la República, la tenemos en treinta años de dictadura que ni el mismo General Chamorro pudo vencer. Eso fue para él una cruz que llevò en vida y que lo marcará en la historia. Pero hay más, probablemente con la buena fe que me complazco en reconocerle intentò por diferentes vías y por distintos caminos devolverle a la República la salud y la dignidad que él sabía empañada y desafortunadamente nunca lo logrò.

Por eso es digna de admiraciòn y de sorpresa la posiciòn de Caudillo popular que mantuvo hasta su muerte. Creo que el afecto del pueblo para él fue al hombre y no al político, ni al General. Diviso al General Chamorro en una casa modesta —siempre fue discreto— rodeado de hombres y mujeres del pueblo, los famosos compadres, las cariñosas comadres y los numerosos ahijados, llegados de todas partes y él sin ostentaciòn y sin orgullo repartiendo monedas y billetes de las que siempre llevaba en los bolsillos como un arsenal de simpatía y caridad para "su" pueblo. También lo ví con visitantes distinguidos alternando con elegancia y tacto social, pero siempre me llamò la atenciòn cierto complejo, que aún no sé si fue real o simulado, con lo que aquí se llama la

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

alta aristocracia. Y aquí voy a expresar una blasfemia: Emiliano no fue nunca un Chamorro, fue Vargas, Pérez o García, es decir, un hombre del pueblo de cuerpo entero y quizá por eso sentía una distancia con los aristòcratas criollos que nunca pudo acortar. En cambio su compadre de Comalapa o el General Potosme se sintieron con él de hermano a hermano y en ese sentimiento y con esa reacciòn vivida cincuenta años le dio forma al último Caudillo popular que se fue envuelto en el calor del pueblo y con el rocío de las lágrimas de los descalzos.

En la época brillante de su Caudillaje tuvo de cerca a un Tomás Masís, a un Luis Mena, a un José María Moncada que trataron de emularlo y de imitarlo y que por supuesto fracasaron porque no tuvieron el hilo invisible conque se amarran los cariños populares. La condiciòn de Caudillo, muy personal del General Chamorro ni se imita ni se hereda. Y no es cuestiòn de que el caudillismo está superado ahora. Al menos yo no lo creo. No hay caudillos sencillamente porque esos hombres no se dan todos los días. Nacen de tiempo en tiempo por una serie de factores sociales que se suman, por decirlo así, a la propia personalidad del ente humano que lo convierte en el representativo ideal de la mente del pueblo. El caudillo popular es leyenda, es mística, es fanatismo. El líder es la creaciòn artificial y esporádica de grupos de hombres por un tiempo. El jefe militar o político es el producto de la fuerza o la violencia. El dirigente es la máquina calculadora de un partido, pero ninguno de éllos es caudillo popular. Emiliano Chamorro abajo y arriba, equivocado o no, en el país o fuera de él, triunfante o derrotado, solo o con muchos fue siempre un Caudillo popular. Y él mismo se sintiò siempre más del pueblo que de su familia, más de su partido que de la República.

Entre los Caudillos de América, no recuerdo a ninguno que ejerciera un poder sentimental tan grande y lo curioso es que ni siquiera fue un hombre de cultura superior, pero conocía el idioma del hombre común, del campesino y del viejo conservador de Chontales o Matagalpa que aceptaba como una verdad bíblica "lo que dijo Emiliano..."

Creo sinceramente que la muerte del General Chamorro sepultò al Caudillo en Nicaragua, al menos por muchos años. Y la herencia política, democrática, cívica y republicana que dejò no es la que seguramente habría deseado. La República amarrada a una dinastía que solamente los imponderables continentales pueden cambiar. El partido conservador desunido y llegando a su propia destrucciòn y la democracia, el civismo y las virtudes republicanas en cuarentena. Para mí la mala administraciòn que el General Chamorro hizo de su Caudillaje en diferentes etapas de su vida política, cargan con un lote de serias responsabilidades. Y no se trata de que todos los muertos son buenos. Yo respeto al hombre, pero estoy analizando al Caudillo. Somoza García y su dictadura son hijos legítimos del Chamorrismo. Y así lo debe haber comprendido el General Chamorro que quizo borrar aquella paternidad, pero no pudo. Lo siento por la República y por él. La historia si es limpia dirá la última palabra.

En Nicaragua no ha habido ningún otro Caudillo popular. Hubo patriarcas en los treinta años; hubo tiranos; uno que otro estadista de estatura normal; muchos doctores y generales al gusto; pero caudillos populares solamente Emiliano Chamorro. Ni siquiera Sandino que tuvo una noble causa y un bello gesto, iluminado por el sacrificio de una traicionera muerte, se puede clasificar como un caudillo popular. Fue al comienzo un cabecilla y después una bandera, con algunas rasgaduras, pero al fin una bandera azul y blanco. Pero no fue un caudillo. Creo que un Caudillo popular no puede sembrar ejemplos como un maestro. Y pienso así porque el caudillo popular actúa con impulsos propios al ritmo de sentimientos. Trabaja el corazòn, pero no el cerebro. Consecuentemente como Caudillo Popular el General Chamorro no puede ser un ejemplo, ni debe ser un maestro. El hombre, Emiliano Chamorro, como tal, puede ser un ejemplo de honestidad, de humildad, de tenacidad y de hombría, pero como hombre. El caudillo es otra cosa, porque aunque se quiera ser no se puede si no se lleva muy hondo el hilo invisible que lo anuda con el pueblo. Emiliano como Presidente de la República quedò muy rezagado del General Chamorro como Caudillo Popular. El no supo hacer otra cosa en su vida que vivir, pensar y actuar como Caudillo y la lecciòn está a la vista. La prueba de mi afirmaciòn anterior está en que todo el mundo recuerda al hombre legendario y no al ex-Presidente de la República, a pesar de que fue probo, honesto y sereno en el poder.

Yo no sé si en el curso de los años venideros será motivo de orgullo para Nicaragua el hecho singular de haber sido la cuna del último Caudillo popular de América, pero sí sé que cuando seamos una auténtica República todos los hombres de bien dedicarán un íntimo y afectuoso pensamiento a Emiliano Chamorro.

EMILIANO CHAMORRO: GOBERNANTE ECUANIME

HORACIO ARGUELLO BOLAÑOS

Sin duda alguna que la finalidad de los partidos políticos, después de asentarse sobre el indiscutible respaldo popular —fuente de todo poder— es llenar sus propòsitos mediante programas que merezcan recta ejecuciòn y convierta la fortaleza de sus tesis en elocuente realidad.

El Partido Conservador de Nicaragua, obsedido por el orden, ha tenido su preciosa fuente de infiltraciòn en las masas con el elemento sustancial de una filosofía cristiana, y ésto, considerándolo bien no puede inducir a pensar que por ese hecho sea un partido catòlico, aun cuando está compuesto de catòlicos. Me ha interesado exponer ese pensamiento porque la moral aplicada a la política debe estar ligada en forma indisoluble para conducir a los pueblos sobre la privilegiada senda del bien común y marcar con lo justo todo acto de buen gobierno que eleve el nivel de las naciones hacia metas de justicia

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

social, con su consiguiente fortaleza espiritual y asistencia corporal.

Sin una moral bien cimentada no se conseguirían gobernantes ecuánimes que sellen sus actuaciones con rectitud e impriman magnanimidad al ejercicio de sus funciones, como fòrmula de equilibrio que deben mantener al fijar el pensamiento en los supremos valores del espíritu.

Me correspondiò el grande honor de ser Secretario del Presidente General don Emiliano Chamorro en la peor época de nuestras turbulencias políticas y le observé en su proceder la forma inalterable de un paciente gobernante que analizaba con buen juicio los diversos y variados problemas del Estado. Jamás le noté vacilaciòn para decidir con ecuanimidad y cuando en su ánimo se producía la resoluciòn, admiré siempre la manera con que desataba el nudo de la dificultad.

Nunca he creído que a los gobernantes debe atribuírseles la responsabilidad que se posa sobre subalternos, desviados de correctos procederes, y, por tal causa, actos de ofensa a la moral que se hubiesen cometido en su ejercicio, no podrán alcanzarle, porque estuvo muy por encima de pasiones mezquinas.

No tenía madera de dictador, pues nunca tratò de compensar con interés de espléndidas obras materiales, los que sustraen los de aquella catadura al nobilísimo ejercicio de la libertad. No compensa jamás la materialidad al idealismo, porque aquel se eleva sobre un espejismo econòmico de pasajero valimiento, mientras que lo otro descansa sobre los permanentes atributos de la dignidad humana. Solo un gobernante ecuánime puede juntar las rutas plausibles del adelanto físico con la natural y lògica perspectiva de las pristinas garantías a la individualidad del ciudadano.

Bien recuerdo que contradicciones lugareñas hacían que de los departamentos del Pacífico enviaran prisioneras a personas destacadas, aunque adversarios al régimen conservador, y cuando recibía los mensajes en que se lo participaban, rindiendo homenaje a la ecuanimidad, me comisionaba para que en el automòvil presidencial —único que existía para el servicio oficial—, fuera a recibirlos y los condujera al lugar que libremente escogieran por alojamiento, mientras se reintegraban a sus hogares.

En cierta ocasiòn el segundo jefe de los rebeldes del Mombacho, cayò prisionero tras reñido encuentro. Llegò vencido al Campo de Marte en donde despachaba el Presidente General Chamorro con quien tuvo larga conversaciòn. Resultado: el reo libre, con viaje a Panamá a tratarse en centros médicos un malestar de los ojos, pasajes de ida y vuelta, dinero para manutenciòn en Managua y Panamá, un revòlver para su seguridad personal y, desde luego, la correspondiente portaciòn de arma. El Presidente había juzgado en comparendo con el convicto el pro y el contra de la divergencia bélica y resolviendo con ecuanimidad estimò oportuno tomar las medidas relatadas.

Voy a permitirme trascribir de "Mi último adiòs al General Emiliano Chamorro", que pronuncié en el Club Social de Managua, lo siguiente:

Su personalidad constituyò un fenòmeno que la historia tendrá que analizar usando de esa natural depuraciòn de infundados escozores; un fenòmeno auténtico e inusitado, derivado de su fuerte voluntad. No fue raro en nuestras turbulencias encontrar sujetos de valía que mostraran impetuosa atracciòn a sus mismas aficiones e inquietudes ciudadanas; otros hicieron esfuerzos y comprometieron encomiables empeños antes que él con sus mismas o parecidas devociones y, posiblemente, en simultáneo ritmo, quizá vendrán nuevos valores que nazcan como él, marchando con aire marcial. Pero la subyugante individualidad que sacudiò, por largas décadas, el ambiente caldeado de nuestras rencillas, con fieles partidarios y adversarios de tremenda envergadura, no podrá repetirse en grado que asombre para quienes ahora rendimos homenaje pòstumo con la cuota luctuosa del dolor, ni a quienes nos sucedan en ese constante renovar del forzoso relevo de la vida.

Se irguiò con perenne dignidad y su influjo cobrò en la vejez brillo más puro que el del oro y más fulgor que el enceguecedor del relámpago. Nunca perdiò la fe en Dios, y como creyente descenderá a la fosa sujeto a la mágica y misteriosa clave que opera la muerte, desvinculando espíritu y materia. Soltadas las amarras, el primero volò raudo al sitio de los escogidos en la morada del Señor; la otra abonará su tierra para que las espigas sean más doradas y los frutos más alentadores.

EMILIANO CHAMORRO: MEMORIA INTELIGENTE

EMILIO GUTIERREZ G.

Digamos, como principio general, que memoria es la facultad de conservar las ideas anteriormente adquiridas, una palabra sinònima de recuerdo o de reconocimiento; el resultado de un proceso mediante el cual, un individuo es capaz de conservar mentalmente ciertas experiencias previas.

En el caso del Gral. Chamorro el proceso se fincaba, sobre todo, en la memoria visual; y aún cuando la poseía para recordar fechas y sucesos pasados, la empleaba inteligentemente para tratar a las personas y poderlas llamar por sus nombres y apellidos muchos años después.

Es innegable que ese simple recuerdo, en la otra persona, ejercía una sugestiòn o admiraciòn que lo hacía ligarse más estrechamente con ella desde cuando se veía objeto de él. Muchos ejemplos en la historia de los caudillos, militares sobre todo, se citan con frecuencia, pero sería prolijo traerlos a estas páginas.

Para el caso de estas hojas, basta con el relato de algunas anécdotas de nuestro ambiente segoviano, ya que actuando quien escribe, en un escenario de provincias, y naturalmente de dimensiones reducidas, no puede recurrir a sucesos que hayan ocurrido en otras partes del país.

Cualquiera que haya leído su Autobiografía, escrita a los noventa años de edad, cuando se supone disminuídas sus facultades mentales, estimará como fuera de lo

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

común el hecho còmo, sin apuntes de ninguna clase, que nos consta no los tenía, porque en una ocasiòn mi curiosidad me llevò a preguntarle si al escribirla se había guiado de anotaciones o diario alguno, habiéndome contestado que únicamente las había dictado tal como la guardaba en su memoria; cualquiera, repito, se asombrará de que pudiera citar sucesos de su infancia con tal precisiòn, como cuando con toda certeza afirma que el 5 de Julio de 1885, frisando en los catorce años, llegò por vez primera a Managua, y pudiera mencionar a multitud de personas con quienes tuvo que ver en su larga vida pública, con toda claridad de nombres, fechas y lugares.

En la citada Autobiografía puede leerse de esos primeros años que él mismo había notado ya desde niño, esa memoria que debería serle útil más tarde. Suyas son estas palabras: "Mi constante deseo era llegar a saber tanto como ellos (Rafael y José Andrés Urtecho, Evaristo Cuarezma, Alberto Peña, Salvador Cerda y Salvador Castrillo), pero cometí el error de querer violentar mi vida de colegial, empeñando mi memoria al aprender lecciones muchas veces sin tener comprensiòn de ellas; sin embargo, las repetía con bastante facilidad, sin omitir, a veces, ni una coma".

Su experiencia en la asignatura de Aritmética Razonada que él mismo cita, está indicando que ya, desde pequeño, esa facultad le había llegado con su nacimiento. Está hablando del año 86, cuando contaba con quince años de edad. Las lecciones, a cargo del maestro José Trinidad Cajina, se dictaban en dos horas, de ocho a nueve y de nueve a diez de la mañana. Chamorro, alumno de la segunda secciòn, oía desde lejos lo que en la primera se desarrollaba; y luego, cuando le llegaba su turno en la segunda, dejaba admirado al propio maestro que no comprendía còmo, aquel joven, estaba repitiendo lo que él mismo había dictado una hora antes. Nòtese que estaba haciendo uso de su memoria y la usaba inteligentemente, para asombro de sus compañeros.

Es así como en esos primeros años de colegial ya aparece como caudillo, al enfrentarse a otro de sus mismas condiciones, el que fue años después General José María Moncada, con quien peleò el liderazgo de la clase.

Al principio debe haber hecho uso de ella sin notarlo, quizás, que podía mantener vivas las imágenes de las personas a quienes conocía y de retener sus nombres. Pero cuando se le hacía preciso emplearla de otra manera, comenzò a hacerlo inteligentemente, pues no en otra forma se explica que la usase con frecuencia llamando a las personas no por su título o apellido, sino con cierto asomo paternalista de familiaridad, por solamente su nombre, cuando le parecía necesario.

Vayan unas dos anécdotas, recogidas entre muchas otras, en nuestro ambiente provinciano.

Vivía hace muchos años en Nueva Segovia, valle de Salamají, aledaño a San Fernando, don Eligio Ortez, de no mucha ilustraciòn, pero de un señorío innegable y de una cortesía innata para tratar a las demás gentes, que saltaba a la primera impresiòn que uno tenía de él. Por los años cuando yo comencé a tratarlo con intimidad, ya era entrado en edad, y en una de tantas conversaciones sobre política, a las cuales era aficionado, conservador dado por entero a la causa de su partido, le pregunté de donde había nacido su devociòn por el Gral. Chamorro, de quien con tanto elogio me hablaba.

Vea, joven me contestò, voy a explicárselo. Más o menos en 1917 cuando el Gral. Chamorro ejercía la Presidencia de la República, le fui presentando en una visita hecha en Managua, visita de cortesía, a lo sumo de un cuarto de hora. No volví a verle, ya que luego de abandonar la Presidencia marchò a Estados Unidos y luego vinieron los acontecimientos de su campaña electoral del 24 y los sucesos del 26 y 27 que lo hicieron abandonar el país de nuevo.

A su regreso de Europa, más o menos diez años después llegué al recibimiento que el partido le hacía. Entre las veinte mil personas que lo aclamaban, el obscuro provinciano era uno de tantos, sin ninguna significaciòn. Cuando ya se despedía en la puerta de su casa, la casualidad hizo acercarme a él, y sin vacilaciòn alguna estirò su brazo en direcciòn mía, y pude oír que decía: por favor, den pasada a don Eligio, que viene de lejos y quiero saludarlo como a un sincero amigo que es.

Han pasado muchos años, concluía el noble señor Ortez, pero jamás olvidaré aquel gesto de llamarme por mi propio nombre, obscuro, que yo creía olvidado, entre tantos como le aclamaban en aquel momento.

En otra ocasiòn fuí testigo de otro incidente parecido. El General Chamorro había llegado a Ocotal, cuando la campaña del Dr. Aguado, en 1947, y la gente organizò una manifestaciòn para acompañarlo hasta cierta esquina en donde se había levantado una tribuna para pronunciar los discursos de estilo. Era la hora del medio día y tendidos en la calle había más de un millar de personas dispuestos a escucharlo. De pronto, al hablar de sus amigos, posò su mirada en un hombre de edad avanzada, que permanecía con el sombrero puesto debido a los rigores del sol, retirado de él. Era el Gral. Manuel de Jesús Espinoza Santelices, compañero suyo a quien me constaba no había visto hacía ya muchos años, y a quien conocía no propiamente porque hubiese militado en ejército alguno a su cargo, sino por haberle sido presentado en alguna ocasiòn ya lejana, por lo menos de unos treinta años atrás. Entre tanta gente pudo distinguirlo y dirigirle un saludo en público citándolo por su propio grado, nombre y apellido. Aquel anciano, a quien no saludaba para conquistarlo, porque ya era suyo, como todo un caballero, se descubriò e hizo una reverencia con su sombrero, que habría podido envidiar alguno de los mosqueteros de Dumas; inteligente memoria que la gente comenzò a comentar con elogios de extraordinaria simpatía.

Así, a fuerza de conocer gente y no olvidar su fisonomía y sus nombres, conquistò amigos y partidarios, y dejò de ser el militar valiente para convertirse en indiscutible caudillo de su partido.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

EMILIANO CHAMORRO: LIBERTADOR MAGNANIMO

RICARDO PAIZ CASTILLO

Uno de los muchos rasgos que caracterizaron en vida al ilustre patricio conservador recientemente fallecido General Emiliano Chamorro, que perfila y define su personalidad ante la posteridad, fue la de ser un libertador magnánimo.

Su misiòn històrica fue la de luchar por el implantamiento de las libertades en los diferentes campos en que le tocò actuar, dejando en ellos impreso el sello indeleble de su amor sincero por la democracia.

Nacido en un ambiente de austeridad y de trabajo, propicio para el desarrollo de una vida sosegada, el destino històrico le apartò de esta modalidad, para conquistar en los campos de batalla las libertades que un régimen opresor las negaba a su pueblo.

Su puesto fue el de un hombre combativo, libertador en el más amplio concepto del vocablo. Este rasgo inconfundible de su vida pública hizo que su pueblo convirtiéralo en el Caudillo de las libertades, por las cuales luchò hasta el momento de su tránsito hacia la inmortalidad.

Y, parafraseando a un excelso hombre de letras mexicano, bien podemos decir de él: Si el nombre de Aquiles entre los antiguos fue la personificaciòn del valor, el nombre del General Chamorro es, entre los luchadores por la libertad, símbolo de arrojo y de patriotismo. Como el hijo de Tetis y de Peleo se enfrentò con el Héctor de la opresiòn.

La honradez fue su escudo; la hidalguía, su coraza; el pundonor, su yelmo; la valentía, su lanza; su religiòn, el amor a la democracia.

En este campo de su vida "no dio descanso a su brazo, ni reposo a su espíritu", hasta no ver alumbrar en su Patria el sol de la libertad opacado por la dictadura de Zelaya.

Pero este gran militar que desafiò todos los peligros por conseguir el imperio de la democracia, donde reinaba la opresiòn, jamás mancillò su carrera militar; ni el más leve cargo arbitrario puede señalarse que ensombrezca su pristino nombre de hombre valiente.

Fue magnánimo con el vencido. La historia recoge en sus páginas abundantes pruebas de su hidalguía con los prisioneros que llegaron a caer en su poder, a los cuales tratò con mansedumbre que correspondía a un hombre valiente propio de su estirpe de libertador.

Su hidalguía para con los adversarios fue de tal grandeza, que en diferentes ocasiones los hombres que luchaban con el arma en la mano contra sus ejércitos, se convirtieran en sus más fieles seguidores.

Grande en la lucha, fue todavía más grande en la victoria.

Como en un sol, los agradecidos por su lucha de libertador magnánimo vemos la luz, sus detractores sòlo ven las sombras.

EMILIANO CHAMORRO: JUICIO PONDERADO

EDUARDO CONRADO VADO

Con la dignidad de los grandes Caciques de nuestra pura raza indígena, se doblò en su silla-trono sobre la mesa de trabajo y de mando, el primero y último Caudillo que registra la historia contemporánea de Nicaragua: El General Emiliano Chamorro. Ese volumen viviente de tres cuartos de siglos de la historia patria, volteò la última página para dar a su autor paso a la posteridad. El que protagonizara casi un siglo de nuestra historia, con más capítulos de aciertos que de errores, matizándola de leyendas y anécdotas románticas y ejemplares, escribiò su epílogo a los noventa y cinco años, con honor y gloria, doblándose como un roble secular y legendario, sòlo ante el imperativo categòrico del tiempo.

¿Pero cuál, a mi juicio, es la cualidad relevante de esta ilustre personalidad nacional? En una encuesta que "Revista Conservadora" verificò a este efecto, el día del entierro del cadáver del Gral. Chamorro, dije: que para mí la cualidad que destacò en el Caudillo fue la "Ponderaciòn" en las actitudes que, como tal, tuvo que enfrentar en los diferentes aspectos de su vida política.

Clarificando mi pensamiento, sobre la ponderaciòn como prenda que engalanara el carácter del Gran Capitán del Partido Conservador de Nicaragua, debo decir: Que traté muy de cerca y por más de treinta años, dentro y fuera del país, al Gral. Emiliano Chamorro, en las diversas actividades de nuestro partido y de la política nacional; unas veces, la mayoría, colaborando en armònica actitud con él y en otras en parcial desacuerdo y divergencias de criterios, lo cual sucedía con frecuencia entre él y los miembros del partido que capitaneaba; sin embargo y a pesar de que, como digo, no siempre sus actitudes y criterio acoplaban con los de sus correligionarios, siempre respetaba el criterio y la opiniòn de los demás y por muy violentas, extrema y contrarias que fueran a las de él, las escuchaba y examinaba con atenciòn y cuidado, sin violentarse, ni siquiera inmutarse; y estas divergencias de criterio en nada menguaba el aprecio y la estimaciòn que siempre tenía para sus amigos y correligionarios. Esta ponderosa actitud de un Jefe, que revela su espíritu y carácter tolerante, prudente, circunspecto y ecuánime, en conjunciòn con un criterio sereno y una rectitud de carácter, es lo que moldeò y estereotipò en el Gral. Chamorro su personalidad de Caudillo.

Esto es para mí la "Ponderaciòn", que como cualidad prominente, caracterizò al Caudillo Gral. Chamorro.

Su educaciòn y aristocráticos modales contrastaban de una manera notoria con su índole y carácter militar forjados en el vivac; nunca se le oyò una expresiòn fuerte

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

y en su léxico no existían las palabras chocarreras de cuartel o de mercado, ni siquiera esas que ya son beligerantes aun en la gente culta; con amigos, adversarios y enemigos lucía siempre cortés y afable. El desdén, el menosprecio, el orgullo, la vanidad y la soberbia, ni ningún mezquino sentimiento tuvieron sitio en el alma noble del Gral. Chamorro, que a pesar de haber llegado su gran personalidad a la cúspide de la gloria; de haber sido el mimado de su pueblo y de haber dirigido como Caudillo indiscutible, desde la cima y desde la llanura, los intereses y el destino de su partido siempre, en todo momento y para todos fue el humilde grande hombre cuya rústica cuna mecieron las brisas de sus montañas chontaleñas.

Todo esto constituye, para mí, el carácter equilibrado y la ponderaciòn de juicio que como virtud se destacò en el Caudillo Gral. Emiliano Chamorro.

EMILIANO CHAMORRO: LUCHADOR CONSTANTE

URIEL MENDIETA GUTIERREZ

Para fijar el comienzo de su época, citaré en forma condensada al Doctor Cuadra Pasos en su Libro "Historia de Medio Siglo", en el que el recordado y brillante tribuno se expresò así:

"Revoluciòn de 1903. Zelaya gobernaba tiránicamente pero no mostraba inclinaciones sanguinarias. En 1902 estallò el polvorín del Cuartel Principal de Managua. Se siguiò un proceso y fueron condenados a muerte dos de los sindicados: El General Filiberto Castro, militar conservador y el Coronel Anacleto Guandique. Los dos acusados fueron pasados por las armas con ostentaciòn una mañana en Managua, quemados su cadáveres y esparcidas al viento del Lago sus cenizas. El Partido Conservador respondiò a ese hecho extremando sus conspiraciones. Las cárceles se mantenían llenas. Los hombres más importantes del Conservatismo arrastraron cadenas o cargaron grillos. Pero los que lograron escapar prepararon la sublevaciòn. Desde Granada dirigiò las operaciones Alejandro Chamorro, joven de buena inteligencia, de porte elegante y sereno valor. La intentona fracasò en todas partes, menos en la regiòn donde fue encargado de operar el joven Emiliano Chamorro, teniente de don Alejandro. Asaltò el Cuartel de Juigalpa; con los pocos rifles allí conseguidos se apoderò en San Ubaldo del vapor Victoria. Recorriò las costas de Granada y Rivas para vigilar las señales convenidas con los conspiradores. Encontrò silencio y ausencia de los camaradas. En vez de ellos estaban las autoridades de Zelaya, arma al brazo. Habían artillado el vapor "El 93" y lo despacharon a perseguir al Victoria. La pelea resultaba muy desigual; pero Chamorro no se amilanò y se lanzò al abordaje temerario. Chocaron las dos naves frente a las playas de Granada. Los revolucionarios realizaron el asalto al arma blanca y se apoderaron del vapor "El 93". El 13 de Mayo fue totalmente derrotada la revoluciòn y pacificado el país con puño cerrado.

"Emiliano Chamorro impresionò vivamente al pueblo nicaragüense con su hazaña del abordaje de "El 93", —dice el Dr. Carlos Cuadra Pasos y agrega: "No tenía las cualidades de distinciòn de su Jefe y pariente Alejandro Chamorro, pero poseía otras cualidades operantes y simples, que aproximan un jefe al nivel de la masa. Es el hombre que en las empresas ásperas no dice a los soldados vayan, sino vamos. El Partido Conservador tenía un caudillo, que daría más unidad a sus conspiraciones y más agilidad en las revueltas".

En esa forma Emiliano Chamorro en la plenitud de su Juventud se incorpora en la fila de los caudillos americanos, pero con relieves propios que han de distinguir su personalidad, juntando la fuerza del caudillaje con su indiscutida y proverbial cultura y modales de caballero. ...

El caudillo —dice el Lic. Exequiel Padilla Nervo— es casi siempre un General, muy rara vez un civil, pero ya con visiòn panorámica, capaz de formular programas y plataformas políticas. Su característica es que vive por encima de las instituciones, no obstante que estas han podido ya forjarse y consignarse en còdigos generalmente avanzados que proclaman las libertades y la organizaciòn democrática".

He hecho esta cita de la definiciòn del caudillo americano precisamente para justificar mi afirmaciòn de que el General Emiliano Chamorro fue un luchador con fisonomía propia que ha de distinguirlo y perpetuarlo en el sentimiento popular y mantener su actualidad de político a través de varias generaciones. Fue un luchador caballero; pero fue también un jefe al nivel de la masa. Su presencia fue como una clarinada de esperanza para el pueblo que creyò en él, lo amò y siguiò en todas su campañas, indudablemente porque adivinò en él dos cualidades purísimas que guiaban sus pasos e inspiraron e impulsaron sus acciones: su valor personal que unido a su resistencia física extraordinaria lo llevò a la realizaciòn de temerarias hazañas; y su inmensa pasiòn libertaria.

Como luchador penetrò en la historia nacional montado en su potro chontaleño, después de caminar centenares de leguas por serranías encrespadas, azules montañas, llanos nostálgicos, bajo el sol quemante del verano o el manto frío de las noches invernales azotadas por recios vendavales . . . seguido siempre por su pueblo con fe, porque sabían que luchaba por ellos, contra algo y por algo que ellos quizá no comprendían, pero sabían que era contra algo que andaba mal . . . y eso les bastaba para seguirlo . . . Su figura crece en la constancia de la lucha, se purifica en el sacrificio y se vuelve cada vez más legendaria.

Su espíritu se fortalece en la lucha, su ideal desvanece las fatigas, la constancia impulsa sus movimientos. El rima con la noche, la encrucijada y la montaña; con el caballo y la chamarra sobre la albarda nicaragüense; con el corrido y la guitarra, con el sueño al raso en los campos y con el camino . . . siempre el camino como un símbolo . . . " para él llegar, es un pretexto de partir . . . "

Hombre sano y fuerte, avezado en la vida de lucha, tenía una resistencia física extraordinaria, por eso pudo soportar su labor de años, multiforme y complicada, aza-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

rosa y constante. Su persona era expresiòn de dignidad, sin altivez; su presencia en todas partes inspiraba respeto; donde llegaba se imponía no sòlo por su personalidad, el ejemplo de su conducta y el prestigio de su nombre, sino también por su cultura y finos modales de caballero que le dieron fisonomía propia a su condiciòn de luchador.

Su constancia en la lucha brota en todos los actos de su vida que consagrò a lo que él creyò un remedio para la salud de la Patria. Seguir su vida de lucha es como pretender seguir la ruta del viento o el huracán que pasa, vuelve, se retira, acomete o se pierde con el ruido del trueno en las montañas distantes . . . Su constancia podemos resumirla así: conspiraciones, viajes, enlaces, mensajes, fatigas, tormentas, esperas, impaciencias, combates, llanos, destierro, silencio, partidas, pesar, incomodidad, mares, huídas, ausencias, ciudades, trenes, victorias, proclamas, afanes, trabajos, anhelos . . . todo con una sola finalidad . . . la Patria . . . la Libertad.

Podríamos aplicarle el pensamiento del apòstol Martí: "El hombre que clama vale más que el que suplica; el que insiste hace pensar al que otorga. Los derechos se toman, no se piden; se arrancan, no se mendigan. Hasta los déspotas si son hidalgos gustan del sincero y enérgico lenguaje que de la tímida y vacilante tentativa".

Su larga existencia le permitiò superar la época romántica del caudillaje y penetrar con la aureola de sus victorias en los episodios subsiguientes de la política nacional y la política interna de su Partido. Su constancia en la lucha se concretò finalmente, al deseo de fortalecer a su partido y unificar sus filas. La muerte fue la única que pudo impedir la realizaciòn de sus propòsitos. Sus últimos pensamientos fueron para ese Partido. La muerte la recibiò como fue en su vida: como un caballero cristiano y valiente, y como dijo el apòstol Martí, "sin dolor, como una caída suave y una sonrisa". Su última voluntad de unificaciòn es un mensaje que debemos cumplir pero interpretándola en armonía con sus virtudes de pròcer, es decir, con elevados propòsitos, con dignidad, y sobre todo con respeto a su memoria y al honor del Partido Conservador, para que éste continúe la obra del caudillo que él expresò en el Epitafio de su tumba, como un Mensaje eterno a las generaciones futuras, dice:

"Siempre en la Brecha por su Pueblo".

EMILIANO CHAMORRO: MULTIFACETICO

ADOLFO CALERO OROZCO

Conocí de cerca al General Chamorro, tuve amplia oportunidad de apreciar sus virtudes cívicas, su natural bondadoso, su desinterés e integridad. Lo admiré mucho, fuí leal partidario suyo, como conservador y como ciudadano; gocé su deferente amistad personal. Al escribir ahora acerca de él, trataré de hacerlo sin apasionamiento, procurando enfocar algunas de sus actuaciones de manera sobria e imparcial. Tarea difícil ésta, si consideramos que la personalidad del General Chamorro llena muchas páginas de la historia de Nicaragua y que frecuentemente le correspondiò actuar en períodos de gran agitaciòn y que sus adversarios lo combatieron sin descanso, recurriendo para ello a todas las armas, inclusive las vedadas, porque bien sabían que era Emiliano Chamorro el más constante e infatigable, el más valeroso y prestigiado adalid de la rebeldía contra la dictadura del General Zelaya, hasta la victoria de la Revoluciòn de Octubre, y el hombre de mayor arrastre popular en Nicaragua antes y después de la mencionada revoluciòn.

Como una prenda de mi empeño de imparcialidad, quiero empezar admitiendo que si bien la prolongada participaciòn del General Chamorro en la vida política y militar de Nicaragua, (que empezò, según él mismo alguna vez me lo dijo, en la batalla del "Obreje", guerreando bajo las òrdenes del propio General Zelaya, cuando los conservadores le ofrecieron su apoyo contra el ala de los leoneses el año 96), fue ejemplar, afortunada e inspirada por el amor patrio hasta 1925, los errores de ese año fatídico se levantan històricamente acusadores contra la actuaciòn del Caudillo, en una sucesiòn de desaciertos que fueron causa precisa de la caída del Partido Conservador y que igualmente, si bien de modo indirecto, ocasionaron a la naciòn múltiples y dolorosas calamidades.

En descargo suyo sea dicho que no fue solamente un error del General Chamorro, sino del entero partido, que con raras excepciones, (cito entre éstas a los doctores Carlos Cuadra Pasos, Rosendo Chamorro y Alejandro César) se pronunciò abierta y ruidosamente por la eliminaciòn del Presidente don Carlos Solòrano, por la purga de la Corte Suprema de Justicia y por tantos otros yerros, que por otra parte ahora resulta muy fácil execrar, pues la condena casi siempre es hija del fracaso.

Y valga también la ocasiòn para recordar que no fueron ni la reacciòn ni la protesta armada del Partido Liberal, bajo la afortunada bandera de la constitucionalidad, los factores que finalmente echaron del Campo de Marte al General Chamorro: fue la presiòn ostensible y permanente de la Legaciòn de los Estados Unidos. Cuando el general finalmente accediò a entregar la presidencia a don Adolfo Díaz y a alejarse él mismo de Nicaragua, quedò firmada la decapitaciòn del gobierno de facto y la derrota del ejército verde, descabezado ese día. Cuando el tren especial que llevò al General Chamorro a Corinto, rumbo al exilio, regresaba a Managua, volviò cargado de rifles de soldados desertores de las plazas de Occidente, que se habían dado cuenta "de la expulsiòn del Cabo", y la campaña no les interesaba más. Yo hice el viaje de ida y vuelta de tal tren.

Esta justificada fe en la capacidad del Caudillo para debelar cualquiera revuelta, fue la que cegò a los "notables" conservadores que entre exaltados vítores populares se pronunciaron por la toma del poder y la eliminaciòn

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

de don Carlos Solòrzano, en célebre reuniòn efectuada en la casa del General Chamorro, esquina opuesta a la hoy ocupada por Joyería "La Princesa". Y en realidad, todo brote de revuelta, en el Atlántico, en el Pacífico o en el interior del país, fue prontamente liquidado por el ejército de Chamorro, a pesar de que los constitucionalistas contaban con el apoyo efectivo de armas y dinero mexicanos y con la evidente bendiciòn de la Legaciòn de los Estados Unidos, cuyo Encargado de Negocios no tenía pelillos en la lengua para alentar a los adversarios del gobierno. *Tan meridiana y hostil era la actitud de este personaje,* que el Dr. Ramòn Solòrzano Reñazco, en una ocasiòn aconsejò al General Chamorro "embochar a Dennis y expulsarlo del país, para caer como hombre, ya que todos modos habría de caer". A tales propuestas, el General Chamorro, hombre poco amigo de extenderse en comentarios, se limitaba a entrecerrar los ojos y a sonreír.

Aclaro que de esta y otras cosas me di cuenta yo porque a la llegada del General a Corinto, a bordo de un barco de guerra americano, a raíz de la muerte del Presidente Dr. Diego Manuel Chamorro, yo fuí designado por él, allá mismo en Corinto, secretario particular suyo, cargo que guardé *hasta que unas tantas semanas después del* històrico 25 de Octubre, asumiò la presidencia el General.

Mi asociaciòn con el General Chamorro en la ocasiòn apuntada y en toda otra oportunidad, me permitiò apreciar, como antes he dicho, sus múltiples cualidades; las que le valieron su elevaciòn a la categoría de caudillo indiscutible, sostenida a través de su larga vida en condiciones afortunadas o adversas, y otras tantas más. Entre las primeras yo destacaría su valentía y su humildad: en el vivac y fuera de él, Chamorro sabía confundirse con sus soldados y compartir las penalidades y peligros con ellos, como un compañero de armas, sin perder su condiciòn de jefe respetado y querido; a la hora de las balas, ahí estaba el general participando del peligro con asombrosa serenidad.

El Cabo, lo llamaba la gente con cariño casi filial y muchos de los veteranos de sus contiendas contra la dictadura liberal referían anécdotas interesantísimas, en las cuales se perfilaba un Emiliano Chamorro sereno siempre y siempre solícito con el subalterno. Por eso los hombres querían en toda ocasiòn salir bajo su mando directo, "porque el Cabo no dejaba perecer a nadie" y en las generaciones que se desenvolvieron durante la época de las revoluciones de Emiliano, numerosos veteranos se ufanaban de haber estado con él en tales o cuales episodios.

Otra privilegiada condiciòn del General Chamorro que mucho contribuyò a mantenerlo auroleado de popularidad era su asombrosa memoria: fisonomías, nombres propios, fechas, todo quedaba grabado en la mente de este hombre. Años podían pasar sin que el general se encontrara con alguno de sus viejos soldados, pero cuando llegaba la oportunidad lo saludaba por su nombre, hacía referencia "a la noche aquella de El Recreo", a "la trinchera que asaltaste en Tisma", o al "calenturòn que te escapò de matar en las Lomas del Colorado". Esto fascinaba al veterano: —"El general se acuerda de todo!" Y la extraordinaria memoria del hombre, hasta le permitía "sacar" parentelas; una gentil amiga mía refiere que estando en Matagalpa por breves días el General Chamorro, llegò a visitarlo mucha gente, entre otros una muchacha bastante joven que solamente llegaba a conocer al Caudillo, y que al acercarse ella, el general, amable siempre de modo especial con los humildes, mirándola fijamente, le preguntò: —"Hijá, qué sos vos de Pedro Antonio Rugama?" Y la jovencita, asombrada, le contestò: —"Ay, general, era mi abuelito, y se muriò hace dos años", tras lo cual rompiò a llorar. Chamorro lamentò la muerte, que ignoraba, de su viejo amigo y a la muchacha le hizo un obsequio y la abrazò. Reconozcamos que al Caudillo le gustò mucho abrazar a sus admiradoras.

Tocante a su integridad y desinterés, no es necesario insistir porque les son reconocidos por propios y extraños. Tras una vida de trabajo, ajena a lujos y ostentaciones, de largas temporadas de trabajo en el campo y tras un doble ejercicio de la presidencia, Chamorro, experto ganadero, agricultor laborioso, dejò un capital bastante modesto y su nombre no anduvo nunca mezclado en trusts ni en altas combinaciones de finanzas. Y su respeto a los bienes ajenos jamás le permitiò forzar sobre nadie compras ni ventas objetables, pero ni siquiera sospechosas. Cuando la primera guerra mundial, siendo él Presidente de la República, Nicaragua se vio precisada a declararle la guerra a los Poderes Centrales, pero no hubo en el hombre ningún deseo de causar daño a los nacionales de los países "enemigos" y se opuso decididamente a confiscaciones, o subastas, u otros manejos que significaran pérdida de sus bienes para los súbditos de los países con quienes Nicaragua "estaba en guerra". Esto conmoviò profundamente a la gente así tratada y le valiò al General Chamorro gratitud y más respeto de muchos.

La benevolencia con que el Caudillo tratò siempre a los adversarios vencidos o tomados prisioneros y su rechazo a toda actitud que significara crueldad o innecesario rigor, fueron condiciones que siempre lo distinguieron.

Durante su primera administraciòn, comenzada en 1917, todo fue paz y prosperidad y con la excepciòn de D. Juan Ramòn Avilés y algún otro, que pasaron breves días en la Peni, no hubo reos políticos ni persecuciones. Aconteciò que Juan Ramòn Avilés escribiò en "La Noticia" un artículo en que incitaba a la rebeliòn a fuerzas armadas de Nicaragua enviadas en expediciòn a la frontera de Honduras, en una de las agitaciones ocasionadas por el Laudo, que tantas hubo; el artículo se le hizo clavo a mi recordado amigo Juan Ramòn y el Fiscal de Guerra lo acusò. Cuando el periodista llevaba unos días de cárcel, don José María Castrillo, Director de "El Comercio" y hombre que a nadie visitaba, fue a ver al Presidente, General Chamorro. —"Vengo a pedirle la libertad de ese muchacho, Juan Ramòn Avilés", dijo D. Chema, y saliò de la entrevista con la orden de libertad en su bolsillo.

Y a lo largo de estos mismos renglones, yo había oído al General lamentar que se siguiera repitiendo la falsedad de que él había mandado matar al General Benjamín Zeledòn, cuando este militar desocupò El Coyotepe, en 1912. Así que cuando el escritor y periodista

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

liberal D. Hernán Robleto, ayudante del General Zeledòn en la ocasiòn de su lamentable muerte, publicò en su diario "Flecha", una autorizada relaciòn de los hechos, absolviendo a Chamorro de la absurda imputaciòn, basada en un telegrama apòcrifo, le mostré al general el artículo en la primera oportunidad. Y còmo gozò el hombre! Desde entonces guardò para Hernán Robleto, un profundo reconocimiento. Con don Hernán, excelente amigo mío, comenté alguna vez estas cosas y le dije de la gratitud del General Chamorro por su desinteresada aclaraciòn; su comentario fue muy sencillo: "El General Chamorro, caudillo conservador, no es ni fue nunca personaje de mis simpatías, pero lo valiente no quita lo cortés: la muerte del General Zeledòn, en combate menor, ocurriò tal cual yo la he referido como testigo presencial de los hechos. El General Chamorro no tiene que agradecerme por haber dicho yo la verdad".

Naturalmente, serán los historiadores quienes habrán de pronunciar el fallo final en relaciòn con la vida y obra del General Emiliano Chamorro, dos veces presidente de Nicaragua, llamado el último caudillo de América. Su larga vida, su prolongada actuaciòn política, lo candente y peliagudo de los problemas que le correspondiò afrontar, serán factores que el historiògrafo deberá tener en cuenta al analizar sus actuaciones, pues no es lo mismo el breve paso de un personaje meteòrico que la permanencia de un nonagenario a quien le correspondiò una presencia continua en la agitada escena de la vida nicaragüense.

Para corresponder a la amable invitaciòn de don Joaquín Zavala, y también para realizar un aporte de la obra de los biògrafos del General Chamorro, es que presento estas cuartillas; he tratado de ajustarme a mi más leal criterio en relaciòn con el personaje, aunque alardes de imparcialidad no los haría en este caso, yo que difícilmente me podría quitar los lentes del devoto afecto que desde niño guardé al General Chamorro, y que con los años creciò, ni tampoco olvidar el privilegio que tuve de ser designado por él mismo como su secretario particular en 1923, que me ofreciò la oportunidad de estar cerca de él en diversas circunstancias, lo cual cimentò aún más tal afecto. Siempre lo vi actuar con ecuanimidad, cariñoso con el humilde, tolerante con el impertinente, consecuente con el amigo, y altivo en las ocasiones en que había de ser altivo.

Tenía veintitrés años cuando me encargué de su oficina; en verdad nunca participé en los cenáculos de la alta política, pero como gozaba de su confianza y la correspondencia corría a mi cargo, siempre tuve informaciones de primera mano. Ni se me pedían consejos ni trataba yo de darlos, pero cuando algunas personas en quienes yo creía, de las que se mantenían en contacto con el jefe, me recomendaban que había que hacer ver al Caudillo esto o aquello, aprovechaba las oportunidades en que él me preguntaba "qué se dice por ahí", para tratar de meter alguna cuñita, conforme el criterio de aquellos que a mí me parecían más leales o autorizados. Sin embargo, creo que fuí discreto y sin duda, leal.

Y al recordar ahora aquellos lejanos días, y otros en que tuve ocasiones de asociaciòn con el General, lo veo siempre, más que todo, sereno. Esa sería para mí la condiciòn destacada del gran nicaragüense. Una sola vez entrò a la oficina visiblemente agitado, tanto que yo me tomé de libertad de preguntarle qué pasaba. Breve fue su respuesta: —"Bartolo acaba de declararme reo. En Casa Presidencial, me dijo: General Chamorro, tiene Ud. la ciudad por cárcel". Se refería al Presidente D. Bartolomé Martínez, su antiguo e incondicional partidario, con quien las relaciones habían venido poniéndose cada vez más tensas. Ese fue el momento del rompimiento definitivo, si bien desde muchos días antes habían dejado de salir de la residencia del General, los nombramientos administrativos y militares para servir en el gobierno. Para mí, esos convulsivos días que precedieron y sucedieron al rompimiento Chamorro Martínez, tuvieron bastante que ver en la actitud que el general tomò después y que culminaron con la eliminaciòn del ya para entonces Presidente D. Carlos Solòrzano.

Tocante a la participaciòn de la Legaciòn de los Estados Unidos, incuestionablemente operando con instrucciones de Washington, para la destrucciòn del Caudillo y su gobierno de facto, cabe observar que el hombre, advertido demasiado tarde de que él mismo había ofrecido el flanco, no guardò ningún encono y que poco después, igual que en ocasiones más recientes, recomendò en privado y en público, "que el Partido Conservador en ninguna ocasiòn debía descuidar su tradicional política de amistad y leal cooperaciòn con el pueblo y gobierno de los Estados Unidos de América".

No podría cerrar estas cuartillas sin tocar un poco al "General Chamorro, legendario", esto es, al concepto que de él se formara la mente de una buena parte del pueblo, especialmente entre el campesinado, que le atribuía entre otros dones extraordinarios, el de la ubicuidad y el de la invulnerabilidad con las balas en los combates; es poco sabido, que una vez, según tengo entendido, el general fue herido de bala en una batalla, aunque no gravemente.

Esta cuasi brujería atribuída por alguna gente al General Chamorro, aún privaba cuando él falleciò y podían oirse comentarios atingentes durante sus extraordinarios funerales, cuando a pesar de los discursos, una enorme cantidad de gente, notablemente elementos populares, lo acompañaron hasta su última morada. Oí entonces a un viejo de caites y sombrero de palma que decía a sus compañeros, "Y Uds. creen que el general se va a quedar toda la vida en ese hoyo? Qué va, hermano! Cuando a ese hombre le dé la gana de salirse, pues se sale de allí".

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

NOBLEZA OBLIGA:

Ecuanimidad Liberal

RENE SCHICK

Mi Gobierno decretò duelo nacional con motivo del fallecimiento del General Emiliano Chamorro, quien fuera Presidente de Nicaragua y Senador de la República. Su deceso conmoviò a importantes sectores de la ciudadanía, especialmente a los militantes del Partido Conservador de Nicaragua, agrupaciòn a la que perteneciò el General Chamorro y de la que fuera Jefe por más de cincuenta años. Por encima de cualquier consideraciòn de orden personal o político, dejò aquí constancia de los sentimientos de mi Gobierno para una figura nacional a quien la Historia habrá de juzgar con serena imparcialidad.

LUIS A. SOMOZA D.

Deseo expresar, de la manera más cumplida y respetuosa, la adhesiòn de los miembros del Congreso Nacional a las sentidas frases, que en recuerdo del General Emiliano Chamorro, dijera en su Exposiciòn el Señor Presidente. Pensamos, igualmente, que sobre cualquier consideraciòn de orden político, la personalidad del General Emiliano Chamorro alcanzò, con su dilatada participaciòn en la vida pública, perfiles de figura nacional, que recogerá la Historia en capítulo digno de recordaciòn.

En guerras fratricidas, a veces adversos, a veces unidos en defensa de la Libertad, como en esta ocasión en que Moncada hace el siguiente juicio de Chamorro.

JOSE MARIA MONCADA

Chamorro es de esos hombres que jamás pierden el ánimo, que se levantan siempre de la misma catástrofe, que más derecho tiene a la estimaciòn de los nicaragüenses. Su temperamento no es impetuoso sino tranquilo y sereno, perseverante como pocos, audaz y atrevido. Si le falta alguna experiencia, la ganará sin duda, pues tiene dotes para ello.

En todas sus campañas se mostrò abnegado, dispuesto al sacrificio de toda ambiciòn en aras de sus compañeros y amigos. "Yo solamente quiero hogar y patria", solía decir a sus amigos. "Ayudo con mis esfuerzos a Juan J. Estrada, no por espíritu de partido, sino como ciudadano".

(Tomado de "El Centinela").

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

EMILIANO CHAMORRO: FIGURA NACIONAL

RODOLFO ABAUNZA S.
Director de "El Centroamericano"

A pesar de que el General Chamorro ya frisaba en los 95 años de edad nadie esperaba que a ese organismo privilegiado, pues llevaba en sus venas sangre de indio chontaleño, se rindiera a la parca en unos pocos minutos, al cabo de tres meses de haber regresado del Hospital Walter Reed de Washington, donde fue operado de un malestar prostático y se le declarò en magníficas condiciones físicas para su edad muy avanzada.

Efectivamente, el General Chamorro poco después de su regreso a la capital de la República, reanudò su acostumbrada vida de actividades agrícolas y políticas y se le veía circular por Managua, a bordo de un automòvil, pese a que los médicos le habían recomendado guardar reposo. Se cuenta que su apoderado generalísimo, doctor Felipe Argüello Bolaños, había ordenado que se le dijera que su vehículo estaba descompuesto para evitar que el Caudillo conservador saliera a la calle y guardara quietud, pero cuando el automòvil estaba en supuesta reparaciòn ,se las agenciò para conseguir una camioneta, a bordo de la cual viajaba al lado del chofer. Así era el General Chamorro toda su vida, inquieto, cumplidor, mañanero, hombre de una dinamia extraordinaria.

Durante el curso de la semana en que muriò, estuvo en dos entierros: el de su sobrino don Ramòn Henríquez, el día martes en la tarde y en el de su amigo doctor Alberto Sevilla Sacasa, el miércoles. Para el día domingo estaba haciendo planes para atender con un almuerzo a la señorita Gladys Aguirre Sacasa, hija del doctor Francisco Aguirre y señora, quien con sus padres había gastado finezas con su señora esposa y con él durante su internamiento de salud en el Hospital Walter Reed de Washington.

De manera que el General Emiliano Chamorro Vargas muriò sorpresivamente cuando le fallò el corazòn de acero que había sorteado múltiples peligros sin alterarse. Su esposa, mujer de excepcional fortaleza espiritual y moral estuvo con él hasta que expirò, y le puso en sus manos el crucifijo que el Santo Papa le había obsequiado en una visita que hizo al Vaticano en 1927.

La vida agitada del General Chamorro no ha sido igualada por otro político centroamericano en su extensa dimensiòn en todo sentido. Aunque no se le puede calificar de estadista e intelectual de nota, fue un ciudadano que logrò bachillerarse en Granada y alcanzò título de Topògrafo, habiendo impartido lecciones de historia y matemáticas. El mayor aprendizaje de Chamorro lo obtuvo en la Universidad de la Vida Cotidiana. Fue desde campista hasta Presidente de la República y para tal efecto tratò con toda clase de gente, sobre todo con los de la clase humilde, con los campesinos chontaleños, a quienes hablaba en su mismo lenguaje y conocía por sus nombres y apellidos, durante tres generaciones. Por esa identificaciòn con los hombres de las clases humildes del conservatismo, Chamorro llegò a ser su ídolo. A la hora en que Emiliano Chamorro requiriò sus servicios armados con el rifle y el machete, le sobraron acompañantes del bajo pueblo conservador, porque él nunca iba a la zaga sino que encabezaba el asalto y el abordaje en cuarteles y vapores del Gran Lago. En esa forma, a base de constante peligro de su vida, actuando con inteligencia, astucia y valentía, se convirtiò en General, de esos generales nicaragüenses que, aunque no tienen títulos Académicos de postín, son muy merecedores del grado, porque nacieron con vena militar. Así Moncada, Luis Mena, Beltrán Sandoval, Parajòn, Castro Wassmer y Chamorro, entre otros de ambos partidos històricos.

En el aspecto internacional, el difunto Caudillo Conservador fue acremente censurado por haber puesto su firma en el oneroso Tratado Chamorro-Bryan que se consumò en Agosto de 1914, recibiendo Nicaragua tres millones de dòlares por una opciòn a perpetuidad para que los Estados Unidos construyan un canal interoceánico, amén de bases navales en el Atlántico y el Pacífico. Chamorro estaba entonces en Washington como Ministro del Presidente don Adolfo Díaz, a quien la suscripciòn de los llamados Pactos Dawson había dejado como mero instrumento de los designios político-econòmico-financieros del Departamento de Estado, para controlar enteramente a Nicaragua.

Plumas conservadoras han tratado de justificar la firma de ese Tratado que acordaron en Washington Emiliano Chamorro y William Jannings Bryan durante el Gobierno del Profesor Woodrow Wilson, manifestando que los conservadores tuvieron muy en mente lo sucedido al Gobierno conservador de Colombia, durante el régimen estadounidense del Presidente Teddy Roosevelt, cuando, al negarse a suscribir el Tratado de Hay-Herran, motivaron que en la Casa Blanca se gestara la Independencia de Panamá, inmediatamente reconocida no sòlo por los Estados Unidos, sino también por el resto de los gobiernos latinoamericanos. Según esos plumarios conservadores, el Tratado Chamorro-Bryan tuvo que firmarse bajo la presiòn estadounidense, que necesitaba asegurar el control de todas las rutas canaleras por el istmo centroamericano, una vez que estuviera concluído el Canal de Panamá.

Durante el apogeo de su carrera política tan vasta, que lo situò dos veces en la Presidencia de la República, en 1917 y en 1926, el Caudillo Chamorro encarnò la figura clásica del hombre de acciòn, del militar valiente y audaz que se impuso sobre las aspiraciones de los candi-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

datos civilistas del Conservatismo. Hubo un gran estadista dentro de esas filas, el Doctor Carlos Cuadra Pasos, jurista, internacionalista, parlamentario, cuya vida política presidencial se vio frustrada porque el Gral. Chamorro se le cruzò siempre en el camino. Con amargura, pero con gran realismo de la vida nicaragüense, el Doctor Cuadra Pasos declarò muchas veces que el pueblo conservador, a quien le gustaba la figura caudillesca de Chamorro, le había ganado siempre la partida a la hora del enfrentamiento político. El cuadrismo y el chamorrismo no se entendieron nunca, y quizá por eso es que el Doctor Carlos Cuadra Pasos tuvo que propiciar Pactos acomodaticios para que las minorías conservadoras se infiltraran en la cosa pública. De allí surgiò la plaga del zancudismo que se está tratando de fumigar ahora.

Pero en eso de Pactos con el adversario tradicional tampoco estuvo exento de pecado el Caudillo desaparecido. En 1950, después de haber hecho una alianza formal con el Partido Liberal Independiente para combatir, denodamente al régimen dictatorial del Presidente Somoza G., de la noche a la mañana, se entendiò con éste y suscribieron el llamado Pacto de los 2 Generales, que sustenta la actual Constituciòn y mantiene el Paralelismo Històrico.

En sus Memorias Chamorro dijo que así quiso asegurar la alternabilidad del mando público, pero en 1954, Somoza lo acusò de haber participado en el complot del 4 de Abril, de ese año, fraguado en la quinta Chula Vista. En dichas memorias tratò Chamorro de justificarse manifestando que el propio Somoza había roto el Pacto de los Generales al anunciar pretensiones reeleccionistas en su discurso en Estelí. Hubo proceso ante el Congreso para desaforarlo, y luego fue amnistiado tras un confinamiento en Bluefields.

Según fuentes fidedignas, en una entrevista bastante reciente que el General Chamorro sostuvo con el ex-Presidente don Luis Somoza Debayle en Managua, le manifestò a éste que él nada tuvo que ver con la muerte del General Somoza en Septiembre de 1956. Entonces, como la gran mayoría de la oposiciòn nicaragüense, fue sometido a interrogatorios militares.

Quizá el General Chamorro fue el único político nicaragüense que saliò al exilio protegido por la bandera de las Barras y de las Estrellas: eso sucediò a raíz del derrocamiento del Gobierno efímero del Doctor Leonardo Argüello a manos del General Somoza García, Chamorro fue perseguido y se escondiò en la casa de su deudo el médico norteamericano Clarence Burgheim, quien vivía frente a la antigua Embajada aledaña al Parque Central. El Encargado de Negocios de entonces, Maurice Berbaum, acogiò a Chamorro en la Embajada y lo llevò al campo de aviaciòn para salir exilado. Los Estados Unidos no le brindaron reconocimiento al Gobierno provisional de don Benjamín Lacayo Sacasa, a quien Somoza había situado en lugar del de Argüello, y así protegieron a Chamorro, pese a que no son firmantes de la Convenciòn de La Habana sobre Asilo Político.

Emiliano Chamorro pasará a la historia como un funcionario muy discutido, y no hay dudas que, no habiendo estudiado para Presidente, cometiò múltiples errores durante su extraordinaria vida pública. Pero tiene a su haber, ahora que ha bajado a la tumba, un reconocimiento unánime, jamás se enriqueciò con las arcas del Estado, que pertenecen a la ciudadanía; dejò un capital modesto, consistente principalmente en la Hacienda Santa Lastenia, al otro lado del Lago de Managua, nunca ocupò casa propia y cuando enviudò de su primera esposa, doña Lastenia Henríquez, la gran compañera de sus triunfos y de sus amarguras en la política veleidosa, viviò un tiempo solo en el ambiente familiar de la Pensiòn Romero, donde en 1963 decidiò contraer nupcias con la dama que lo acompañò solícitamente hasta que expirò el último aliento, doña Mercedes Rodríguez.

Como consecuencia de la llamada Guerra de Mena, en la cual los liberales leoneses se aliaron con el General Luis Mena, contra el Gobierno de Adolfo Díaz, el General Chamorro fue el principal respaldo militar de Díaz para dominar la situaciòn con la ayuda final de los marinos estadounidenses; así fue còmo el General hondureño Manuel Duròn fue enviado a Leòn a ocupar militarmente la plaza donde cometiò desafueros; los leoneses se levantaron en armas y derrotaron al General Duròn y sus tropas, causando también su muerte. En aquel entonces el grito en boga era: ¡Viva Leòn, Muera Chamorro!; de igual manera ocurriò en 1925, cuando dio el golpe de estado contra el Gobierno de Solòrzano y Sacasa. Las tropas chamorristas convirtieron a Leòn en un verdadero Cuartel y los jefes y la soldadesca cometieron toda clase de ultrajes, inclusive contra el Convento de las Monjas de La Asunciòn; el pueblo de Leòn reaccionò en pro de la Constitucionalidad, y Castro Wassmer, Parajòn y otros líderes militares se alzaron en armas hasta dar en tierra con el Gobierno de facto iniciado por el General Chamorro.

Otro de los grandes errores del General Chamorro, por su calidad de hombre de acciòn militar, fue el haber dado un Golpe de Estado al Gobierno conservador de don Carlos Solòrzano acto violento que a la postre causò la caída hasta la fecha del Conservatismo. Chamorro se subiò a la Loma el 25 de Octubre de 1925 y se hizo dueño y señor del país, desplazando a Solòrzano de la Presidencia y persiguiendo al vice-Presidente Liberal Doctor Juan Bautista Sacasa. Su error llegò al extremo de entronizarse en la presidencia después de haber tratado de poner a su propio padre. Pero el propio General Chamorro había sido suscriptor en 1923, en Washington, de los segundos Pactos Centroamericanos, que excluían el reconocimiento a Gobiernos surgidos de Coup de Etat. El caso suyo era clásico y Estados Unidos retiraron al Ministro Eberhard y dejaron en Nicaragua al Encargado de Negocios, Lawrence Dennis, perentoriando a Chamorro que depositara en don Adolfo Díaz, persona grata a la Casa Blanca; Chamorro se mantuvo terco en la Presidencia, hasta que Sacasa llegò a Puerto Cabezas con el apoyo de las armas de México que llegaron triunfantes hasta Tipitapa, donde se sellò la Paz del Espino Negro con la garantía de elecciones libres, supervigiladas por marinos norteamericanos, que fueron ganadas por el General Moncada.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Mascarilla del Caudillo

Inmóvil, el cuerpo guarnecido por los galardones negro y oro del uniforme diplomático, su rostro resalta, corvo, rapaz.

¡Es su propia mascarilla de cuero!

Un tinte cianótico yace tras la piel, dura piel repujada por 94 años de sol, llano y viento, como si la muerte precipitadamente hubiera amasado pólvora y barro para vestirlo, desde dentro, con sus verdaderas sustancias. O quizá sea ya la desnudez final, de tierra que apresura poro por poro su túmulo de polvo.

Los ojillos entrecerrados se agotaron definitivamente y ahora los amortajan párpados de bronce. La boca, voluntariosa, silenció toda queja distendiendo un enigmático desdén. La nariz se afila en águila: pico de ave de presa, uña de gente de guerra. El cráneo, calvo y moreno, es un dolmen chontaleño. Al momento de la agonía, esta cabeza rebelde no quiso doblegarse y se arrojó hacia atrás, hacia un imposible desafío, para reclinar el perfil sólo ante las almohadillas mortuorias.

Así descansa un guerrero, petrificado en ídolo.

MARIO CAJINA-VEGA

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Los últimos 3 años del General Chamorro al lado de su esposa

MERCEDES R. Viuda de CHAMORRO

Como la esposa y compañera del General Emiliano Chamorro durante los últimos tres años de su vida, voy a hacer memoria de episodios delicados, cerrando en cierto modo los que él mismo narró en esta Revista en su Autobiografía, que en este número se reproduce, y que había quedado trunca ya que sobrevivió a ella durante esos tres años.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Comenzaré diciendo que cuando me casé con el General Chamorro, yo tenía 30 años y él 93. Un hecho insólito que se explica en un hombre extraordinario.

Empecé por venerarlo aun antes de conocerlo, porque así, con veneración, se le amaba en la casa de mis padres, don Mercedes Rodríguez y doña María Teresa Urbina, hoy viuda de Rodríguez Lo recuerdo cuando apenas tendría yo unos 8 ó 10 años, cuando él visitaba nuestro hogar donde se le quería, como digo, con verdadera devoción. Supongo que desde entonces comencé a sentirme atraída por él, porque recuerdo hasta las conversaciones que se sostenían hablando de política y de los planes que se hacían para que el Partido Conservador volviese al poder. Desde entonces hice que se me tomase en cuenta y que, al correr de los años, cuando fuí conociendo a otros grandes dirigentes conservadores, se me permitiese prestar a la causa mi modesta cooperación. Fue entonces que el General Chamorro me dejó sentir que confiaba en mí, porque en varias ocasiones desempeñé comisiones políticas, sirviendo de mensajera, y gozando de su total confianza. Me imagino, pues, que tales fueron los más íntimos sentimientos que se anidaron en mí hasta llegar a ser su esposa.

El había enviudado y yo era una mujer hecha y derecha. En mi propiedad, que es una finca de unas cien manzanas a 15 kilómetros, mas o menos, distante de Managua, sembrábamos arroz, maíz y frijoles. Los granos que cosechábamos, solíamos venderlos al General para la provisión de víveres de su Hacienda "Río Grande". Sus camiones iban a traer los granos de mi finca y yo venía a Managua a cobrar el cheque del General. Debido a este negocio, nuestro trato se fue haciendo más frecuente y más manifiesta la confianza que me dispensaba porque iba encomendándome comisiones de diversos órdenes.

Un día de tantos en que visitaba mi casa, sonriéndose me dijo:

—"Quiero decirte una cosa, Merceditas. Tengo un plan que deseo exponerte, pero al verte se me desbarata".

—"Jesús, General", le repuse, "y porqué? Se trata de algo tan difícil que no pueda yo ayudarle?"

Y él prosiguió: "Si tu me ayudaras, yo sería el hombre más feliz en mis últimos años".

—"No le entiendo, señor", alcancé a decirle, mas él interrumpió la conversación asegurándome que volvería a renudarla en otra ocasión para explicármelo mejor.

Poco tiempo después volvió a mi casa. Esta vez venía de su Hacienda "San Lorenzo". No había almorzado y fuí a prepararle de comer. Recuerdo que serví la mesa y me senté a su lado para acompañarlo a almorzar. Después bajé una hamaca y se la ofrecí para que descansara en ella. Una hora más tarde llegó a llamarme una de las empleadas para decirme que el General ya se había levantado. Cuando llegué para ver en qué podía atenderle, me pidió que me sentara a su lado porque deseaba hablarme del plan que tenía gran necesidad de exponerme. Me habló entonces de que su vida era muy triste por la soledad en que la llevaba a tan avanzada edad, no teniendo con quien compartir ni sus alegrías ni sus problemas. "Si no te resintieras conmigo", acabó diciéndome, "quisiera confesarte una cosa: Mi deseo de casarme contigo". Yo sólo acerté a hablarle de mi desinteresado afecto.

Pasaron los años y el General siempre persistía en su idea de casarse conmigo. Un día me dijo mi padre: "Parece que el General está enamorado de tí, pero yo no puedo juzgar sus intenciones". "Papá", le dije, "él quiere casarse conmigo". Y él me repuso: "Estás muy joven para su edad tan avanzada, pero como he sido su compañero de armas y es mi amigo tan íntimo me limito a pedirte que le sirvas con cariño y propiedad".

Todavía entonces yo no le daba mayor importancia al asunto, porque suponía que era una cosa pasajera en su ánimo, pero cuando mi padre murió el General insistió en su propósito al punto de decirme con frecuencia: "Merceditas, ahora que no tienes papá, yo quisiera que nos casáramos para que tu te convirtieras en una hija para mí y yo en padre para tí". Hasta que un día, atraída por el cariño que le sentía, le dije que sí, siempre que contara con la anuencia de mi madre. Ellos dos, mi madre y el General hablaron del asunto en repetidas ocasiones, y se llegó a fijar la fecha del matrimonio para el 9 de Marzo de 1963, después de

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

que ella me hiciese la siguiente amonestación: "El General me asegura que estás decidida a casarte con él, a lo que yo no me opongo siempre que te rindas perfecta cuenta de lo que sería ese matrimonio. Sabes que por ser él un anciano, sólo te tocaría contemplarlo y cuidarlo, y que también será por corto tiempo. Estás dispuesta, sin embargo, a cumplir con tus deberes de esposa a pesar de todo eso?" Yo le respondí que sí, supuesto lo quería muchísimo.

Para ese entonces el General se hallaba tan delicado de salud que David Méndez, su secretario, llegó a informármelo por encargo del Dr. Adán Solórzano, quien pedía que inmediatamente me trasladase a Managua para atenderlo. Quince días pasé a orillas de su lecho, acompañada de otra señora y cuando él hubo mejorado, regresé a mi casa. Pero el General sufrió una nueva recaída y volvieron a llamarme. Fue en esta vez que resolvimos no demorar más el matrimonio.

Como dije, el General se hallaba grave en poder solamente de su secretario, que aunque solícito como el que más, no era la persona indicada para servirle. Viéndolo en tal situación el Doctor Solórzano exigió que se me volviese a llamar para que fuese yo quien se encargase de cuidarlo, medicinarlo e inyectarlo de acuerdo con sus indicaciones.

El General no quería molestarme, pero al fin cedió ante la insistencia del Doctor y envió a traerme. Fue así cómo regresé a la Pensión, instalándome a orillas de su lecho.

Aquella misma noche, como a las siete, doña María Urtecho de Zavala llamó por teléfono para informarse sobre si era cierta la gravedad del General y habiéndosela confirmado, me dijo que llegaría inmediatamente en compañía de un sacerdote Jesuíta, a quien en aquellos momentos tenía de visita en su casa. Doña María me pidió que así se lo anunciara al General, porque llegaría para pedirle que se confesara. Así se lo manifesté a Mariana y Estebanita, las dos hermanas del General, quienes se lo hicieron saber, habiéndose mostrado el propio General muy gustoso de hacerlo.

Esa misma noche que se confesó iba a efectuarse la boda por sugerencias de doña María, pero hubo que posponerla hasta el siguiente día porque el Jesuíta no tenía en aquellos momentos la autorización eclesiástica necesaria.

A la mañana siguiente, en momentos en que el sacerdote le daba la Sagrada Comunión, entró el Juez que venía a celebrar el matrimonio civil, y mientras éste se efectuaba, don Abel Gallard salió en busca de Monseñor Alejandro González y Robleto, Arzobispo de Managua, para obtener el permiso correspondiente que necesitaba el sacerdote Jesuíta; pero Monseñor González y Robleto prefirió celebrarlo en persona, como así se hizo a las 7:00 p. m. en la misma Pensión Romero, situada del Parque Central media cuadra abajo, sobre la Calle del Triunfo, en esta ciudad de Managua.

Nuestro matrimonio, por supuesto, fue muy comentado nacional e internacionalmente. Unos lo aprobaban y otros no. Unos, por la diferencia de edad, y otros, porque yo pertenezco a una familia humilde pero noble. Lo que sí puedo decir, y me siento segura al afirmarlo, es que todas aquellas personas que me conocían estaban acordes en reconocer que el General Chamorro había hecho muy bien en dar ese paso, y así nos lo hicieron sentir con sus felicitaciones, siendo todas ellas personas dignas.

Al día siguiente de habernos casado, el General Chamorro dejó de ser para mí el hombre a quien empecé a querer por su actuación política en Nicaragua. Ahora era mi esposo. Había comenzado una nueva vida para mí. Yo había dejado de ser "la Merceditas", como cariñosamente me llamaban, para convertirme en Doña Mercedes de Chamorro. El mi esposo y yo su esposa. El enfermo mi paciente y yo su enfermera.

Me consuela recordar cómo, desde entonces, mejoró tanto su salud desde que contrajimos matrimonio. Lo encontré recluído, allá en una pequeña pieza de la Pensión Romero. Una habitación que sólo era para dormitorio pero que se hallaba convertida en sala de recibo, oficina y hasta comedor. Como nunca había tenido casa propia, lo primero que hice fue sugerirle que nos trasladáramos a una mía, aquí en Managua, pero él rehusó con mucho orgullo y cierta delicadeza. "Ten paciencia", me decía, "hasta que pueda construir la propia nuestra. Y así poderte dar ese gusto". Fue así cómo hasta la edad de 93 años que el General Chamorro llegó a construirse la casa en que vivió conmigo, en donde acaba de morir, casa como su vida, como la nuestra, sencilla y modesta, con un amplio dormitorio y ventanal que da a un patio varias veces más grande que la casa, donde corretean las gallinas, —entre las que se crió en Comalapa— levantándose como sus gallos al primer canto de la madrugada.

"Merceditas", me decía, "vieras que feliz me siento aquí, porque todo lo

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

que me gusta a mí, te gusta a tí". Estos tres años de nuestro matrimonio, fueron para mí los más felices de mi vida. Fueron como un mar de cariño que me regaló el General. Para mí, donde hay cariño hay felicidad, y yo trataba de corresponderle con atenciones y cuidados. En todo, nuestro matrimonio fue común y corriente, porque mi esposo, el General Chamorro, no era un hombre común y corriente.

La verdadera celebración de nuestro matrimonio se llevó a cabo en la Hacienda "Río Grande", mas o menos al mes de casados, cuando resolvimos realizar ese primer viaje que hacía con él ya de casada. Todos los empleados de la Hacienda se reunieron para celebrar nuestra llegada. Unos, porque ya me conocían, y otros, porque deseaban conocerme, todos nos esperaron a la pasada del río, reventando bombas, cohetes y morteros a nuestra llegada y gritando el famoso y popular, "Viva Chamorro!"

Bajamos del jeep para montar a caballo, y así, en caravana, llegamos hasta la Casa-hacienda donde nos reunimos como a quinientas personas.

Se mataron novillos y cerdos y se repartieron camionadas de gaseosas, licores y abundantes comidas, al son de las marimbas; y los campistos corrían a los toros en nuestro homenaje en uno de los corrales convertido en barrera.

Durante dos días la Hacienda "Río Grande" se convirtió en un pueblo que parecía celebrar la fiesta de su Santo Patrono, que en este caso era el matrimonio del General Chamorro con Merceditas Rodríguez.

Ahora que esta casa está vacía y yo estoy viuda, echo a volar estos recuerdos como reflexionando conmigo misma. Se me vienen a la mente pequeñas frases que dentro de mí se tornan inmensas. Una madrugada, a eso de las 2:00 am. me desperté para acercarle unas frutas que gustaba de comer aun a esas horas, y observándome solícita con él, me dijo estas palabras que no puedo olvidar: "Vieras que apenado me siento que lo peor de mi vida te haya tocado a tí. No te merecías que yo te hubiera tocado en esta forma". Y yo le contesté: "No debes sentirte apenado por ningún motivo, ya que mis deseos son servirte y cuidarte hasta el último momento. Por el contrario, deberías estar orgulloso y feliz, seguro de quien te quiere como yo". El, con un gesto sonriente, me rindió las gracias.

Como jamás conoció el temor, éste nunca hizo mella en él y, por consiguiente los problemas no le minaban su salud. Creo que a ese coraje, —que hacía que la misma muerte le pareciese un insignificante detalle—, es que se debe que su vida llegase a ser tan larga. Para hacerse ilusiones, para planear, para trabajar aun a los 95 años, era joven. Cinco minutos antes de morir, no exagero, estaba haciendo arreglos con un ingeniero para unos trabajos de irrigación.

En vísperas de nuestro viaje a Washington para internarse y operarse en el Hospital Walter Reed, como huésped del Departamento de Estado, me decía: "Si vuelvo encajonado, haz tal cosa y tal otra. Pídele a Dios, eso sí, que no muera fuera de mi Patria, porque quisiera morir en mi casa". Dos días después de aquella grave operación, se maravillaban de su espíritu los gentiles médicos norteamericanos que tan solícitamente lo atendieron comentando modestamente que sin su temple, jamás hubiesen podido tener el éxito que se gozaban haber alcanzado, al verlo ya sentado en una silla nítidamente vestido de saco y corbata, rogándoles que le permitiesen hacer un recorrido por las calles de Washington, en las que, hacía 50 años, se había paseado ufano. Y sus deseos fueron cumplidos, porque doce días después de operado, recorrió aquellas calles al lado de sus altos anfitriones militares.

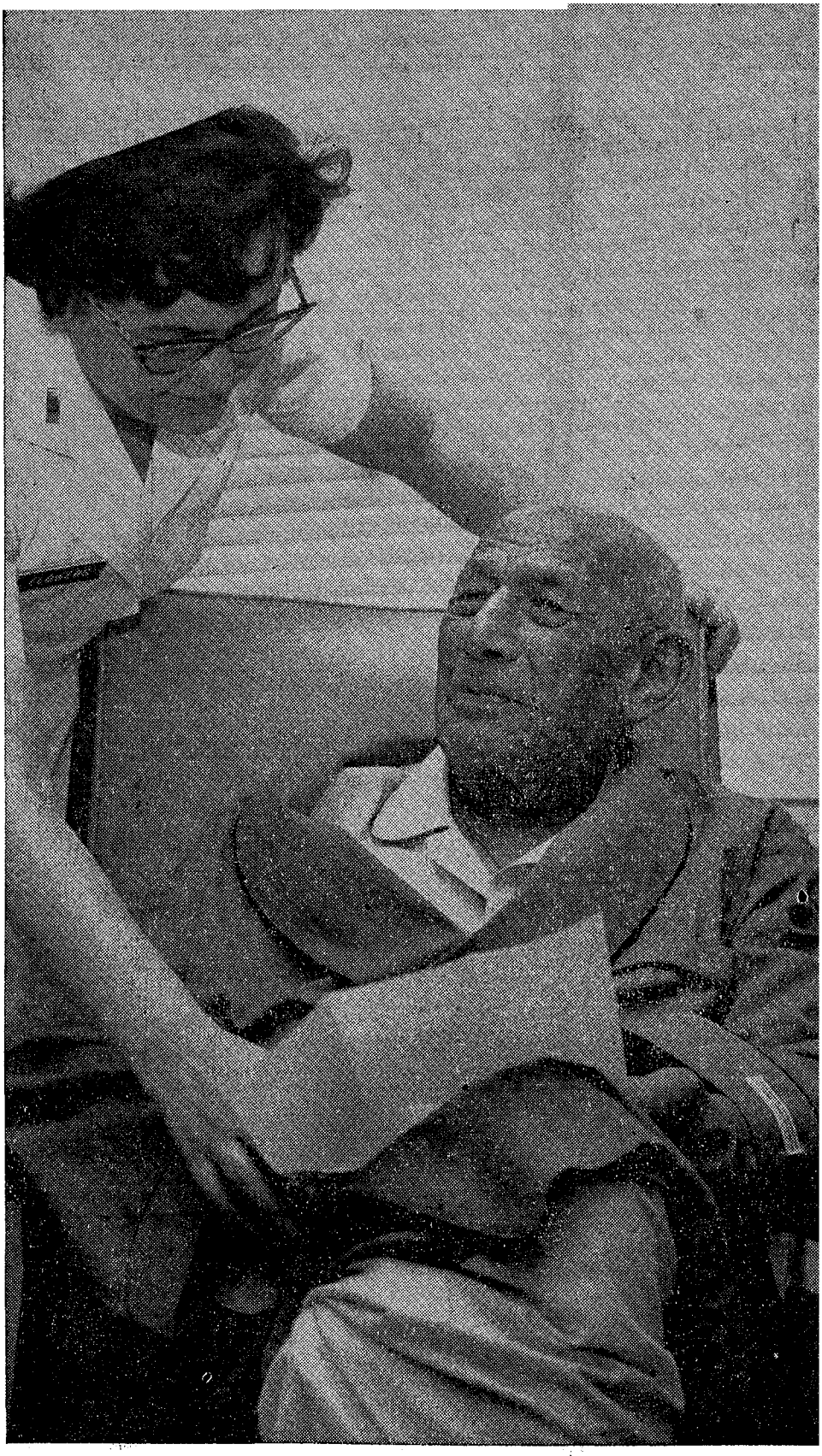
Fue siempre un hombre que no perdía el tiempo y que necesitó siempre estar ocupado en algo. Por lo general, Emilianito, como llegué a llamarle ya casada, se levantaba a las 5:00 a.m. a bañarse, y muchas veces lo hacía aún a las 4:00. Era muy limpio. Tomaba un jugo de naranja y después de revisar los periódicos, continuaba la lectura de sus libros que, por lo general, versaban sobre asuntos de historia. Aquel viernes, víspera de su muerte, me desperté y lo hallé leyendo, a esa hora, un libro intitulado "Historia secreta de la última guerra", que por cierto quedó interrumpido para siempre en un capítulo que tiene por título, "Cómo se secuestra a un General".

A las 7:00 am. estaba desayunándose con Corn Flakes y leche, un pancake, un huevo, un pedacito de pan con queso de mantequilla y una taza de café con leche. Siempre gozó de buen apetito y de buen humor, aun cuando parecía serio y callado. Se desayunaba conmigo y con mis dos sobrinitas, pero lo hacía de prisa porque a esa hora llegaba el lechero de la hacienda con la correspondencia de los administradores y los pedidos que se le hacían. En esos menesteres trabajaba hasta como a las 10:00 am. hora en que salía a la calle, a los Bancos o a visitar a cier-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tos amigos de confianza. Siempre andaba solo y no gustaba de que otro tratase de darle una mano.

A las 12:00 m. — era la persona más puntual que he conocido— nos sentábamos a almorzar. Almorzaba con sopa de pollo, arroz con pollo, salpicón de pechuga de pollo, y aunque no comiera de todo, le agradaba ver en su mesa gran variedad de diversos platos donde escoger, la ensalada, el tomate con sal y vinagre, rebanadas de lomo, frutas, dulces y leche. A la hora de comer, no se hablaba en la mesa. Las únicas palabras que yo profería en esa ocasión eran solamente para preguntarle cuál de los platillos prefería. Se levantaba de la mesa el primero y siempre se excusaba diciéndome: "Adiós, señora, allá la espero". Se retiraba a un extremo del corredor, dando tiempo a que yo dispusiese del almuerzo con las demás personas que vívían en nuestro hogar. Luego me pedía que lo acompañara a la hamaca para descansar hasta las 2:00 pm., cuando después de tomar un jugo de naranja, se dedicaba a contestar la correspondencia, muchas veces escribiendo él personalmente en una máquina de escribir portátil, marca Olivetti, que le habían regalado en uno de sus cumpleaños. Enseguida, si no tenía visitas o no teníamos decidido salir, se quedaba quietecito en su silla hasta que yo le decía: "Emilianito, no quieres que vayamos a mi finca que queda cerca?, o al Crucero?, o a Las Piedrecitas a tomar un poco de aire?" No había terminado de proponérselo cuan-



"Dos días después de aquella grave operación, se maravillaban de su espíritu los gentiles médicos norteamericanos".

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

do se levantaba y ya nos poníamos de viaje pidiéndome le pasara su sombrero y su saco.

Por la noche, cenábamos, como de costumbre, a las 7:00 pm., leíamos los periódicos, conversábamos sobre los trabajos que teníamos pendientes en las haciendas y planeábamos los viajes que necesitábamos hacer. Nos acostábamos a las 11:00 pm., después que se iban las últimas visitas.

Ya con su pijama puesta, lo recostaba en la cama y me sentaba a su lado en una silla para decir nuestras oraciones. Primero se persignaba y luego recitábamos un Padre Nuestro y un Ave María Yo seguía a solas rezando mi rosario, pero él se limitaba a escucharme, porque lo encontraba muy largo. Esta costumbre de rezar no sé si la tenía antes de casarse conmigo. Era tan callado que no sabría decir si es que rezaba mentalmente. Pero un día le enseñé a que se persignara y que lo hiciese ante mí. Le dije que jamás veía que lo hiciera, que todo cristiano estaba en ese deber. "Yo tengo una gran obligación contigo", le decía, "que es cuidarte cómo a un tierno". Se ponía a sonreir y me decía: "Hay extremos de extremos, mi primera esposa Lastenia, nunca me exigio tanto, ella rezaba sola, pero tú me exiges que lo haga contigo". Pero me le impuse y lo hice acostumbrarse a rezar y aun a persignarse a solas sin que yo se lo dijera, y cuando él observaba que yo lo había visto hacerlo, acomodaba su almohada y me decía: "Está servida, señora, yo me voy a dormir".

Esta casa sólo la abandonábamos para cumplir con nuestras obligaciones sociales y para irnos al campo a trabajar. En una lancha de su propiedad cruzábamos el Lago, sin otra compañía que sus marineros. Llegábamos al otro lado donde nos esperaban nuestros mozos a caballo. El caballo del General, "El Terciopelo", era algo sagrado. Nadie debía montarlo. El caballo entraba al agua hasta acercarse a la lancha, con el agua a la barriga, y a él subía aquel anciano como cuando era un joven jinete. Y juntos hacíamos la travesía hasta llegar a la hacienda.

Estando en la hacienda se resolvía la salida al campo. Muchas veces, en el invierno, se veía venir la tempestad porque el cielo aparecía encapotado, y entonces él me decía: "Prepara tu capote que parece que quiere venir el agua"; y ya con sus espuelas puestas, me preguntaba:"Estamos listos, Merceditas? Nos ponemos en marcha?" Yo le respondía: "Sí, señor, cuando Usted mande!" Pero entonces los empleados intervenían diciéndole: "Pero, General, ya viene el agua y se van a remojar". "No importa", contestaba "tenemos que ir a dar una andada". Y salíamos sin que nos detuvieran ni la llovizna leve ni el aguacero formal.

Hay una parte en los potreros donde los caballos pasan por los suampos con el lodo hasta los ijares. Un muchacho a caballo iba adelante, enseguida él y yo detrás. El se volteaba y me decía: "Cómo es que tu ni te mojas los pies en esa tu mulita que es mucho más pequeña que mi caballo?" "Bueno, "le contestaba, "porque como yo también soy chiquita como la "Alazana", puedo subir los pies arriba de la albarda". Y él me quedaba viendo... ¡Qué días aquellos, los más felices cuando juntos salíamos al campo! El me quedaba viendo como yo me las manejaba, echando mis piernas hacia adelante y levantándolas para no enlodarme. El trataba de imitarme y lo lograba haciéndolo mejor que yo, porque lo que hacía era a la inversa, doblaba las rodillas y agarrándose del tejuelo de la albarda, zafaba los pies de los estribos y echaba tan atrás las piernas que casi sentaba en los talones.

Durante horas enteras hacíamos grandes recorridos para ver los terneros y las queseras y llegar a los corrales a la hora del ordeño. También recorríamos los algodonales perdiéndonos entre las plantaciones, tomando él por un lado y yo por otro hasta juntarnos a la salida. "Bájate de la mula", me decía, "y fíjate si tiene plaga". Era incansable, y jamás lo ví de mal humor, a no ser una sola vez en que lo ví enojarse de veras.

Fue un día en que habíamos salido a hacer un recorrido por la costa del Lago para ver el ganado "pronto", es decir, el próximo a parir. Unas eran "tiernas", otras de "correr" y otras "buenas" ya para sacar a las queseras. Seguimos adelante hasta llegar al sitio "El Karawala" donde habían 250 paridas y ya como a las 10:00 am., viendo que todo estaba bien, pasamos al "Porvenir". Decidimos entonces revisar otro terreno dispuesto para la siembra de algodón. Para llegar allí había que abrir varios portones y para eso llevábamos a un muchacho de la hacienda. Notó el General que el muchacho montaba un caballito nuevo, y le dijo: "Nunca te acontezca andar amansando bestias cuando andes con nosotros. Ya van dos veces con esta que te lo digo". Seguimos adelante y llegamos a un lugar que se llama "El Papalote" que consiste en potreros de zacate de Guinea. Pasamos varios corrales, enseguida la casa, luego entramos a una montaña ya próxima a la

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Casa-hacienda. El muchacho volvió a abrirnos los portones de "La Ceiba". Eran ya como las 12:00 m. y hacía un sol fortísimo. El muchacho abrió el último portón. Pasó el General, pero en ese instante se le soltó al muchacho el portón que sostenía porque como era brioso el caballito nuevo que montaba, se le asustó. Yo, que seguía inmediatamente después, apenas pude sostener el portón con la mano y me golpeó un poquito. El General se alarmó y me preguntó insistentemente si me había golpeado, y aunque yo le aseguré que nada me había pasado, se encolerizó a tal extremo esta vez, que perdiendo los estribos, como se dice, dio de riendazos incesantes al muchacho, diciéndole que ya se lo había advertido.

Las circunstancias de estar caído el Partido Conservador y de hallarse en las condiciones en que todavía lo dejó, no desalentaron nunca al General Chamorro. No hubo día, desde que lo conocí, que su mente se distrajese de la suerte y de las actividades del Partido. En Washington, no resistió quedarse por más tiempo hospitalizado, por regresarse a Nicaragua, posponiendo el estado de su salud a los intereses políticos de su Partido.

Hubo necesidad de traerle una silla de ruedas, pero tampoco resistía permanecer en ella, y estando prohibido de caminar, se incorporaba al menor descuido mío, y sólo volvía a ocuparla al sufrir el desvanecimiento a causa del corazón que le fallaba al echarse a andar.

Unos cuantos días antes de morir, quiso asistir a una reunión política en Granada, y estando el automóvil a la puerta de la casa, salió de ella a solas, caminando, para abordar el carro, cosa que hasta en ese instante me dí cuenta. Corrí ordenando al chofer que lo tomara del brazo, pero él no lo permitió, y por no contrariarme, le dijo al chofer: "Sígueme, pero no me toques". Tampoco permitió que llevasen la silla de ruedas en el automóvil. Cuando el carro se ponía en marcha, se despidió de mí, diciéndome sonriente: "Dentro de poco ya no voy a necesitar de esa silla, porque ya estoy bien".

Ni los años, ni las enfermedades, ni las dificultades lo hicieron "arrendar". Nada le mortificaba tanto como que una persona le dijese que algo no podía hacerse. Aun en el campo era así. Yo, que lo conocía mejor que sus propios viejos empleados, les advertía a estos que supieran presentarle los problemas. Cuando salíamos, y había alguna dificultad en el camino donde fuéramos, por ejemplo, cuando salíamos a dar alguna vuelta por la montaña a darme algunas explicaciones referentes a hasta dónde llegaban los linderos de la propiedad y teníamos que internarnos por lugares que a los empleados parecían intransitables, puesto que las malezas del monte nos cerraban el paso, el General no resistía que el baquiano nos dijese que por allí no podía pasarse. El, entonces, le decía que se apartara y se echaba sobre el cuello de la bestia hasta quedar casi acostado sobre ella, y entraba sin que le importaran los bejucos y las espinas, hasta darse paso. Naturalmente, como yo iba detrás, donde él pasaba, pasaba yo también. En una oportunidad como esa, le llamé la atención a Máximo, el mandador de campo, a quien le dije: "Máximo, nunca le digas al General que no puedes pasar, porque entonces él te quita la delantera y se nos puede caer del caballo. Sigue siempre adelante".

Así como era en los campos de la hacienda, era también en el campo de la política. No se le podía decir que el Partido Conservador no siguiera adelante. Y quiso ser siempre el primero en abrir el camino.

Las muestras de ese temple de acero las dejó en sus últimas expresiones, siempre envueltas en ternura para mí. "Mi pañito de lágrimas" fue la última que pronunció cuando lo llevaba a acostar, empujándolo en su silla de ruedas, con mi barbilla rozando su cabeza, mientras yo le bromeaba llamándole, "Mi peloncito". Y fue en esos instantes, en que al sentir el roce de mi barbilla contra su cabeza, que sentí que esta se echaba hacia adelante bruscamente, después de haberme dicho: "No me estés haciendo maldades". Me detuve, y con mis dos manos quise levantarle la cabeza y le pregunté: "Qué te pasa, Emilianito, qué es lo que tienes?" Era la muerte. Pero él, mirándome, me dijo: "No es nada!" Y murió.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

INSTITUTO DE FOMENTO NACIONAL
(INFONAC)

"...aumentar, diversificar y racionalizar la producción nacional en todos sus aspectos..."

ORGANISMO NACIONAL TECNICO Y FINANCIERO AL SERVICIO DEL DESARROLLO NICARAGUENSE

Compendio de Actividades de Interés Desarrolladas durante la Semana comprendida del 28 de Marzo al 2 de Abril y preparado especialmente para el Servicio de los Mdios de Divulgación Nacional

DIRECTORES DE ELPESA Y HERCASA

En las oficinas de INFONAC se verificaron las Juntas Generales de Accionistas de las compañías Electroquímica Pennsalt S. A. (ELPESA) y Hércules de Centroamérica S. A. (HERCASA) empresas estas que fabricarán en el país sosa-cloro, insecticidas y que son parte importante del vasto complejo químico industrial auspiciado por la institución como industria de integración centroamericana para Nicaragua.

Verificadas que fueron las votaciones resultaron electos presidentes de ELPESA y HERCASA los Sres. Dr. José M. Castillo y Sr. Henry Reeves, respectivamente.

Los Directores de ambas compañías son los siguientes: Dr. José M. Castillo, Ing. Alfredo J. Sacasa, Lic. Héctor Wilkinson, Ing. Robert P. Ogden e Ing. James J. Raftray, de ELPESA, y Sr. Henry Reeves, Sr. S. R. Clarke, Sr. Warren Beasley, Ing. Alfredo J. Sacasa y Dr. José M. Castillo de HERCASA.

Se informó al término de las reuniones, que a mediados del presente mes de Abril se procederá a colocar en los terrenos donde estarán situadas las plantas una placa conmemorativa destinada a señalar este trascendental paso en la industrialización del país.

FACTIBILIDAD DE IMPORTANTE INDUSTRIA QUIMICA

La Sección de Estudios Económicos del INFONAC, contando con la valiosa colaboración del Departamento de Investigaciones Tecnológicas del Banco Central, acaba de finalizar los correspondientes estudios para determinar la factibilidad y los procesos a seguir para la fabricación en el país de cloruro de polivinilo (P.V.C.) componente básico de una extensa gama de productos plásticos.

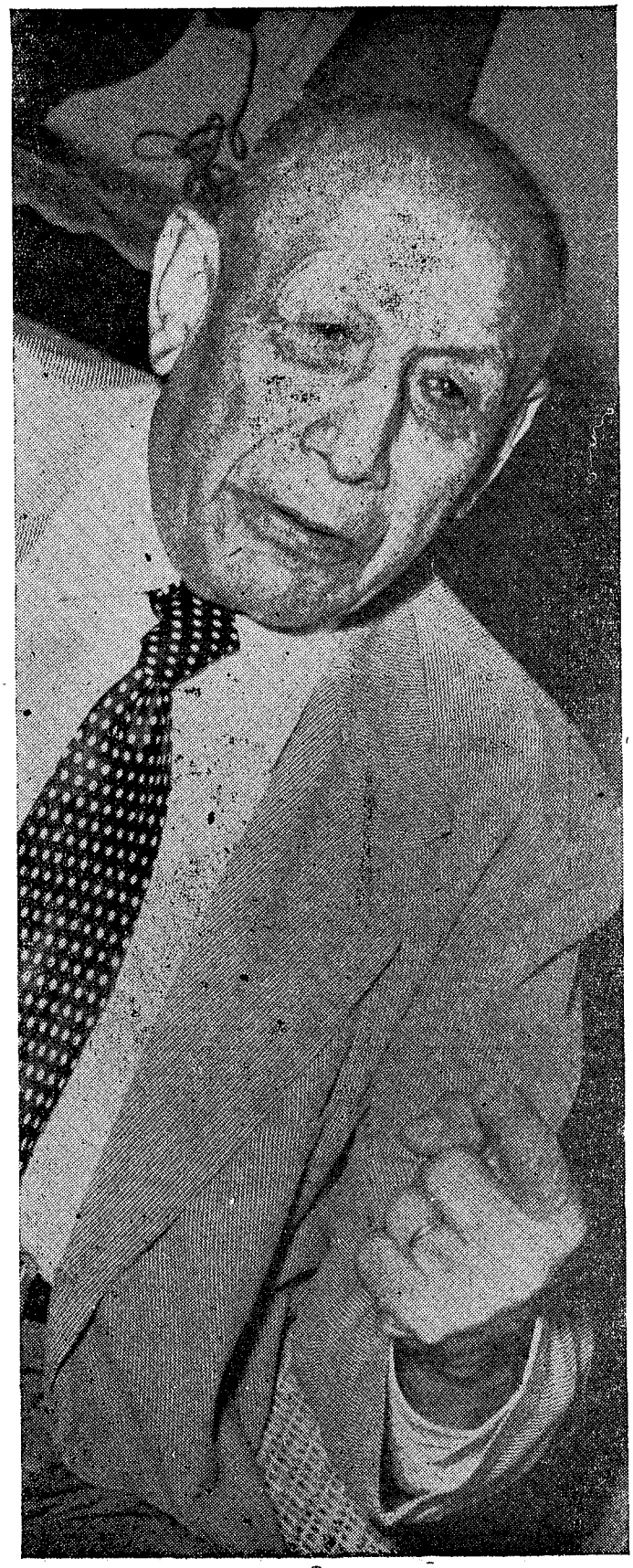
Para la fabricación de P.V.C. en el país, se requerirá explotar de manera intensiva las calizas nacionales, existentes en las regiones norte y sur del país, a fin de obtener carburo de calcio elemento indispensable en el proceso de fabricación.

Esta nueva industria significaría una inversión de aproximadamente C$35.000.000.00 (TREINTA Y CINCO MILLONES DE CORDOBAS) y se estima que daría empleo permanente a más de 500 personas.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

EDICION EXTRAORDINARIA
DE
REVISTA CONSERVADORA
DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

AUTOBIOGRAFIA COMPLETA DEL GENERAL EMILIANO CHAMORRO



Más de medio siglo de pobrezas, persecusiones, odios, represalias, emboscadas, asaltos, abordajes, desalientos, espionajes, maniguas, naufragios, hambres, desbandes, conspiraciones, traiciones, intrigas, cuartelazos, derrotas, victorias, poderes, tratados, intervenciones, marinos, exilios, prisiones, ambiciones, pactos, elecciones, fraudes, imposiciones, acusaciones, condenas, ilusiones, reflexiones.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Introducción

Cediendo a instancias de varios amigos, me propongo referir los hechos más interesantes de la actuación social y política que he tenido en mi país durante mi larga existencia. Estos hechos no irán en un orden estrictamente cronológico, como sería preferible, sino que me propongo ir exponiéndolos a medida que vengan a mi recuerdo, pero sí, quienes los lean, pueden tener la absoluta seguridad de que lo aquí referido se ajusta estrictamente a la verdad. Daré principio a mi trabajo escribiendo acerca de los primeros años de mi vida.

Mis primeros años

Nací el 11 de Mayo de 1871, en la ciudad de Acoyapa, Departamento de Chontales. Fueron mis padres Doña Gregoria Vargas Báez y Don Salvador Chamorro, pertenecientes ambos a familias de la primera sociedad de sus respectivos departamentos, Chontales y Granada. Dos años respués de nacido, mi señora madre contrajo matrimonio con Don Evaristo Enríquez, a la sazón Prefecto del Departamento de Chontales, (Jefe Político, como se dice ahora), y poco tiempo después el nuevo hogar se trasladó a la población de Comalapa, con el propósito de fincarse allí. Esta es la razón por la cual yo figuro como hijo del pueblo de Comalapa en vez que de Acoyapa, que es donde ví la primera luz del día, y donde fuí bautizado, habiendo sido mi padrino de pila Don Alejandro Reyes.

Ninguna clara noción me queda en la memoria de mis primeros años, excepto los vagos recuerdos de una vida hogareña normal y corriente en un medio modesto y apacible, más sí muy bien me acuerdo de que teniendo yo como unos diez años, mis padres se trasladaron al campo y emprendieron trabajos de agricultura en la zona montañosa de Quilile, Miragua y Oluma donde plantaron un cañaveral y montaron trapiche y paila para la elaboración de panela, o dulce de rapadura.

Mi familia

Cuando hablo de mis padres me refiero al esposo de mi madre como a mi papá, a quien yo por muchos años tuve y reconocí como tal. La familia la componían entonces su jefe Don Evaristo, mi madre, Ramón, *hijo único del primer matrimonio* de mi padrastro con la que fue su esposa, Doña Magdalena Matus y los hijos ya nacidos del hogar Enríquez-Vargas, Evaristo, Ercilia, Hermisenda y Andrés, más tarde nacieron José Antonio, Mariana, Gregoria y Estebanita Enríquez Vargas.

El negocio de la panela se puso malo, con lo cual la situación económica de la familia vino muy a menos, y más aún con la enfermedad de Don Evaristo, a quien le sobrevino un agudo ataque de ictericia. Todo esto nos indujo a regresar de nuevo a Comalapa, donde mis padres me pusieron en la escuela del pueblo, de la cual era profesor Don Esteban Robleto. Como en mi casa había poco que hacer y los estudios elementales de primaria me dejaban mucho tiempo libre, empecé a gastar frecuentemente gran parte del día en correrías por el campo y los ríos vecinos, en compañía de otros escolares de mi edad; nos entreteníamos comiendo frutas en el campo o bañándonos y pescando en las pozas de los ríos. Algunas veces dedicábamos todo el santo día a esta clase de correrías, cuando nos tocaba buscar el pescado en muchas pozas y algunas veces también solía pagar muy caro mis vagancias, pues a los castigos que me imponía mi madre se sumaban los palmetazos que me daba el profesor, con mucha gana, según llegué yo a creer; y digo esto porque años más tarde, cuando era perseguido por las tropas del General Zelaya debido a mis rebeldías contra su dictadura, mi antiguo maestro ayudó cuanto pudo a dichas tropas para que lograran mi captura. Felizmente entre mis amigos había elementos conocedores de lo que contra mí se tramaba y en más de una ocasión sus oportunos avisos me libraron de caer en las trampas y emboscadas que me tendían las tropas zelayistas y el maestro Robleto. Viejos vecinos de Comalapa me decían que ya desde en mis días de escuela era probable que D. Esteban supiese lo que yo ignoraba, esto es que mi verdadero padre era un Chamorro, apellido que él odiaba por su exaltación partidista de liberal, y por tal razón no desaprovechaba ninguna ocasión de torturarme con sus palmetazos.

Mi llegada a Managua

Por mi parte, puedo asegurar que no fue sino hasta el año de 1885 que yo empecé a darme cuenta de la existencia de partidos políticos en Nicaragua, pues a pesar de que mi padrastro era un leal conservador, en casa poco o nada se hablaba de esta clase de asuntos, y por eso carecía de cualquier inclinación política, cuando salí de Comalapa, para venir a vivir con mi verdadero padre, Don Salvador Chamorro, que entonces residía en Managua. Fue uno de los primeros días de Julio del citado año 1885, cuando habiendo llegado a casa un poco tarde, por causa de mis vagabundeos, mi madre me encerró en un aposento, me llamó severamente la atención por mi falta y un rato después, cuando me creyó ya sereno, me habló así: "Nunca antes te había dicho que Evaristo, mi esposo, no es en realidad tu padre, pues antes de casarme con él, yo ya te tenía. Tu verdadero padre se llama Salvador Chamorro vive en Managua y ha mandado a buscarte. Quiero que te vayas a vivir con él, para educarte mejor... Yo creo que debes irte; allá él te va a poner en un buen colegio, te va a dar su nombre y una buena educación. Allá van a hacer de tí un hombre útil a la sociedad. El mulero que vino a vender sal trajo la carta de tu padre y con él puedes irte a Managua..." Yo me emocioné mucho y aunque ya tenía catorce años, lloré como un chiquillo. Cuando mis hermanos supieron de mi viaje, también lloraron. Dos días después, tras una despedida llena de lágrimas y sentimiento, salí de Comalapa con gran tristeza en mi alma y recuerdo que el 5 de Julio de 1885, tras largas jornadas por los caminos de aquellos tiempos, entraba a mi nueva casa en esta ciudad de Managua. Mi padre me recibió muy cariñosamente. Bien recuerdo que a continuación me llevó ante su esposa, y que le dijo, "Aquí te lo doy para que lo críes a la par de nuestros hijos, como me lo has ofrecido". La esposa de mi papá, es decir, mi madrastra, era Doña Dominga Chamorro de Chamorro; una señora alta, blanca, más bien robusta que delgada, de distinguida presencia y de carácter severo. Me acogió y me crió con maternal cariño y a decir verdad, de ella sólo tengo gratos recuerdos y ninguna queja. Siempre fue solícita, buscaba el modo de complacerme, de ayudarme y cuando alguna dificultad se me presentaba, trataba de allanarla para mi bien. Asimismo mis hermanos Chamorro Chamorro: en los colegios, en la vida hogareña y social, nos tratábamos con fraternal afecto.

Igual puedo decir del esposo de mi madre, Don Evaristo Enríquez, cuyo paternal afecto me mantuvo por los años que convivi con él, teniéndolo como a mi papá; lo mismo he de decir en relación con Ramón Enríquez Matus y los Enríquez Vargas: que fueron hermanos ejemplares, y que siempre nos ligó el fraternal afecto desde nuestros primeros años.

Como dije anteriormente, llegué el cinco de Julio del año mil ochocientos ochenta y cinco a esta ciudad, época en que ya había un movimiento político electoral para sustituir al Presidente Doctor Adán Cárdenas, que gobernaba el país entonces. Con motivo de la proximidad de dichas elecciones, la casa de mi padre era muy visitada por los políticos de la ciudad y aun del resto de la República, y así fuí poco a poco enterándome de los asuntos políticos, de la vida y actividades del Partido Conservador y de la preeminencia que en ese Partido tenía la familia Chamorro, de la que mi padre era un miembro sobresaliente no sólo por su posición de familia sino también por su capital que en ese entonces ya era fuerte.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

A la escuela

Una de las preocupaciones de mi padre para conmigo fue la de ponerme a aprender algo, aunque fuera en escuela particular porque ya los cursos de los colegios oficiales habían principiado, con mucho tiempo de retraso para mí, y entré de alumno en una escuela de un señor de apellido Guillén, y después en la que tuvo don Rodolfo Rivas Cuadra. En una y otra encontré jóvenes de las principales familias de esta ciudad, con quienes fácilmente me relacioné. En ese mismo año de 85 hubo aquí en Managua un fuerte temblor que hizo salir de sus casas a toda la gente, abandonando muchas de ellas la ciudad por algunos días, pues seguía temblando: Me parece que aquel temblor fue el once de Octubre. La casa de mi padre era de alto, nueva y sin embargo, el temblor la sacudía haciéndola crugir. Para mí, aquella era la primera experiencia de esa clase de fenómenos terribles de la naturaleza; no sabía que hacer y lo único que se me ocurrió fue abrazarme a la pata de la mesa donde estudiaba. Eran como las nueve de la noche y mi padre entró a mi cuarto, me tomó del brazo y me sacó a reunirme con su esposa y sus otros hijos para que juntos saliéramos de la casa y fuéramos a la plaza pública a pasar la noche. Al siguiente día mi mamá o mi madre que así llamaba yo a doña Dominga, salió para Granada con sus hijos, quedando mi papá y yo, que volvimos a la casa. Pero como los temblores continuaban, aunque con muy poca intensidad mi padre buscó la casa de un amigo para refugiarnos, aunque fuera sólo para dormir. Más tarde hicimos nuestro dormitorio en casa de don Hipólito Saballos, por más de un mes. Este hombre era de edad y vivía con su hija soltera de nombre Josefa y con su otra hija llamada Bruna, casada, pero que vivía separada, es decir en pieza aparte, porque su marido vivía allí con sus hijos Abraham, Vicente, Julio y Miguel. La estadía en la casa del señor Saballos fue mi primera escuela política que tuve; porque él era uno de los grandes jefes del Conservatismo de Managua. Hombre que apenas sabía firmar, pero su casa era el Centro político principal y de ahí salían las instrucciones para la elección que estaba próxima a verificarse en la República. Los nietos del señor Saballos, hijos de doña Bruna y Julio, eran muchachos muy inteligentes.

Después del temblor del 11 de Octubre de 1885 que marca el período de mi iniciación en cuestiones políticas, pues comenzaba el de la elección del doctor Evaristo Carazo, mi estadía en Managua cesó.

Al Colegio de Granada

A causa de que mi padre quiso darme mejor instrucción, pasé al Colegio de Granada (Actual Instituto Nacional en el antiguo Convento de San Francisco). A este Colegio llegué cuando estaba Don Alberto Salaverry como Director interino pues don José María Izaguirre andaba entonces en un viaje fuera de Nicaragua. En el Colegio logré que me colocaran en la 3ª Sección de Primaria, que entonces era el último grado. La Primaria estaba dividida en Primero, Segundo, y Tercer Grado. En el 86 logré aprobar la Primaria, pasando a la intermediaria en el siguiente año.

La intermediaria me interesaba mucho porque veía a los jóvenes mayores estudiar en los corredores del Colegio y todos éllos, me parece, repetían de memoria las lecciones y entraban en acaloradas discusiones entre sí sobre las materias que estudiaban.

Entre esos estudiantes, los más adelantados eran; Rafael y José Andrés Urtecho, Evaristo Cuarezma, quienes se distinguían en matemáticas; Alberto Peña, Salvador Cerda y Salvador Castrillo, quienes se Bachillerarón en aquél año. Para mí eran unos grandes sabios y les tenía mucha envidia. Mi constante deseo era llegar a saber tanto como ellos, pero cometí el error de querer violentar mi vida de Colegial empeñando mi memoria al aprender las lecciones muchas veces sin tener completa comprensión de ellas, sin embargo, las repetía con bastante facilidad sin omitir, a veces, ni una coma.

A este respecto recuerdo que más tarde me relacioné con los estudiantes Miguel Cuadra Pasos y Joaquín Barberena Díaz que estudiaban juntos y quienes me admitieron en su compañía para estudiar algunas materias que llevábamos, siendo el joven Cuadra el mejor memorista de los tres. El joven Barberena tenía más dificultad para aprender que nosotros.

De esta mi vida de Colegio nació mi amistad con el joven Bartolo Martínez que también era estudiante del Colegio. Con motivo de una elección de Directiva para una Sociedad Literaria de las que suelen formarse en los Colegios, un grupo de estudiantes presentó la candidatura del que fué más tarde General José María Moncada para Presidente de esa Directiva y otros, encabezada por Bartolo Martínez, presentaron la mía. Durante la elección hubo dificultades y pleitos y después que se me eligió, Moncada se separó para formar un Ateneo aparte. Recuerdo que entonces Bartolo llegó hasta los puños apoyando mi elección, hecho que me vinculó con él para el resto de mi vida.

Otra anécdota que tuve en el Colegio fue que en un viaje que Ramón Rostrán hizo por Comalapa, nos conocimos cuando aún yo vivía allá. Debido a ese conocimiento previo, cuando lo volví a encontrar en el Colegio como estudiante más adelantado que yo, procuré hacerlo mi mentor en la clase de Aritmética Razonada, pero como siempre fracasaba en mis lecciones, a pesar de las instrucciones del mentor, el maestro José Trinidad Cajina me tenía siempre en la "huesera".

La clase de Aritmética Razonada, por ser muy numerosa, se dividía en dos secciones. La primera recibía clase de 8 a 9 a.m. y la otra de 9 a 10 a.m. Quiso la casualidad que Rostrán asistiera a la primera tanda y yo a la segunda. Un día que estaba desocupado me fuí a la otra clase donde estaba Rostrán y fue grande mi sorpresa verlo ocupando un puesto en la "huesera" de su clase, que era la última banca a la que el profesor no le prestaba ninguna atención. En ese día tocaba una lección interesante y me propuse escuchar atentamente y fijarme en las preguntas y repreguntas del Profesor que eran el fuerte del Maestro Cajina. Así es que cuando en mi clase se desarrolló la misma lección, yo ya tenía experiencia adquirida en la clase de Rostrán y cuando alguno de los estudiantes considerado como bueno era requerido por Cajinita y fallaba, yo me ofrecía para contestar. Al principio no me hacía caso alguno pero al fin cayó en la cuenta y me llamó a contestar, sorprendiéndose no poco por mis acertadas respuestas y él me observaba de pies a cabeza, asombrado.

Para terminar con este capítulo de mi vida de Colegial, recuerdo que antes de mi examen de Bachillerato fuí por dos meses Profesor de historia de la Primera Sección de mi clase. De la segunda era Miguel Cuadra Pasos. Ambos merecimos felicitaciones de los examinadores y del Profesorado. Así es como muchos títulos o notas de los exámenes de historia llevan mi firma como profesor.

Me parece que me Bachilleré en Ciencias y Letras y como Ingeniero Topógrafo en 1889 en ese mismo Colegio.

Durante mi permanencia en el Colegio de Granada pasaba los Domingos y días de asueto en la Biblioteca de los Chamorro ampliando mis conocimientos y leyendo libros de historia. Las Guerras Púnicas, las Guerras Médicas, Alejandro Magno, Aníbal, etc., me atraían sobremanera. Los historiadores César Cantú y Lafuente me eran familiares. Durante ese tiempo Alejandro Zavala era mi amigo más íntimo por su carácter campechano y bromeador y Juan Paulino Rodríguez me trató siempre con especial estima.

El 28 de Abril de 1893

No fue sino hasta el 28 de Abril de 1893 que

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

empecé a dirigir mis actividades en otra esfera que no fuera la de vigilar la buena marcha de las propiedades de café de mi papá: "La Luz", "Corinto" y "Santo Domingo". Pero en la noche de ese mismo día, 28, estando yo en la vela (velorio) de doña Chepita Saballos, que se había casado con el Gral. José María Cuarezma, que fuimos algunos sorprendidos con la llegada del señor Miguel Molina quien montado en buena mula participaba a sus conocidos, después de haber hablado privadamente con don Pedro Joaquín Chamorro, que se encontraba también en la vela, que el Gobernador de Granada se había levantado en armas con el apoyo del Partido Conservador y que esperaban que el Partido Conservador de Managua se fuera a incorporar a la Revolución. Como se recordará, Doña Chepita Saballos de Cuaresma era hija del Gral Hipólito Saballos. Por eso, y por el propio valimiento del Gral. Cuaresma, había mucha gente en la vela, siendo como las once de la noche, hora en que llegó aproximadamente, el señor Molina.

Con tal noticia bélica la gente que estaba en la vela de la señora de Cuaresma, principió a dispersarse: unos para irse a alistar para su viaje a Granada y otros temerosos de alguna acción del Gobierno contra ellos, tomaron rumbo que no sabemos, pues en casi su totalidad eran opositores al Gobierno del Doctor Sacasa. Entre los que fueron a prepararse, estaba el señor José Santos Zelaya, a quien don Pedro Joaquín Chamorro comunicó lo ocurrido y el mensaje que había recibido para que fuera a incorporarse a la Revolución. Por su cuenta el señor Chamorro me llamó aparte y me dió instrucciones para que entregara las bestias que tenía en los potreros del trillo de beneficiar café, a los amigos que llegaran esa noche, y que si yo me quería ir, que bien lo podría hacer en la madrugada. Llegaron don Salvador Lezama y don Gayetano Ibargüen y por ellos supe que Zelaya y don Francisco Guerrero (Managua) estaban también saliendo de la ciudad. Y como a las seis de la mañana llegó don Adolfo Díaz, que se fue con mi compañero de trillo Salvador Morales Chamorro. A mí se me hizo difícil marchar junto con ellos porque teníamos mucho café por escoger y otro listo ya para embarcar; por lo cual pensé ir donde el Comandante de la Sección de Policía de San Antonio (barrio), el joven comalapino don José Angel Arróliga para pedirle que si llegaba alguna orden de captura contra mí, que me hiciera favor de avisarme antes de mandar a capturarme. Como Arróliga me ofreció hacerlo así, no tomé precauciones; y de ahí, que con mi natural extrañeza, a las cuatro de la tarde del día 29 fuí hecho preso y me llevaron a la Policía donde permanecí durante todo el tiempo que duró la Revolución. Otros compañeros de prisión en ese entonces, fueron el Gral. Alberto Rivas y el señor Isidro Sotomayor...

Contribuciones forzosas

Durante esa Revolución pusieron las famosas "contribuciones forzosas", que más bien eran una confiscación de bienes. A mi padre, que se encontraba viviendo en Europa, le pusieron CINCUENTA MIL PESOS. Como la Casa comercial no tenía empleados a quien cobrarle la contribución porque todos se habían ido a la Revolución, me obligaron a mí, custodiado, a que les abriera las puertas del establecimiento; como me negara a ello, lo abrieron con ganzúa y se llevaron la mercadería que en gran existencia allí había, obligándome a presenciar aquel saqueo. En un libro fueron anotando todo lo que se llevaron, hasta ajustar CINCUENTA MIL PESOS (50,000) según ellos, pero para mí no fueron menos de DOSCIENTOS MIL (200.000). En esos días, los carceleros que habían sido bastante hostiles con nosotros, se pusieron un poco amables hasta llegar el día en que nos abrieron las puertas de la cárcel para darnos libertad, diciéndonos que las fuerzas de la Revolución iban a entrar ese día a Managua, conforme convenio celebrado en Sabana Grande. Efectivamente, ese día hicieron su entrada las tropas, y un grupo de ellas, que se dijo eran comandadas por el Gral. Aurelio Estrada se dirigieron a la Dirección de Policía para impedir que hubiera una "masacre"; y ahí fue donde por primera vez me encontré y conocí al Gral. Luis Alonso Barahona, emigrado salvadoreño incorporado a la Revolución quién con peligro de su vida, estaba también impidiendo que las fuerzas del triunfo cometieran desmanes. Después de ese ligero alboroto, entraron dichas fuerzas a esta ciudad sin otra novedad y fueron muy bien recibidas por la ciudadanía de la capital. En las fuerzas revolucionarias habían muchos muchachos poco más o menos de mi edad que hablaban con entusiasmo de la campaña que habían hecho, de los combates en que habían participado en la Estación de Masaya, "La Barranca", y "El Coyotepe". Hablaban con tanto entusiasmo de los peligros y proezas tenidos en su corta carrera de militares noveles que francamente confieso que al oír sus narraciones epopéyicas, sentí tristeza por no haberlos acompañado, y eso mismo me hacía sentir como una humillación el haber pasado aquellos días de peligro en las cárceles de la Dirección de Policía; y desde entonces me prometí, ahí mismo, que en la primera oportunidad que se me ofreciera, ser el primero en irme a presentar para ser también de los primeros combatientes. Por lo que oía de mi padre, me daba cuenta que cruzábamos una situación política difícil y que podría presentárseme la ocasión de ir a engrosar las filas revolucionarias. Aunque estaba muy joven yo y tenía bastantes ocupaciones con los intereses de mi padre, la oportunidad se me presentó el once de Julio de 1893 cuando las autoridades que la Junta de Gobierno del General Joaquín Zavala había establecido en León se levantaron en armas, y el Gral. Zelaya, siempre acompañado del Gral. Francisco Guerrero alias Managua y Aurelio Estrada, abandonó la ciudad esa noche para irse a incorporar a las fuerzas revolucionarias de la contrarrevolución de León.

El 11 de Julio de 1893

En la mañana del once de Julio del año 1893 la ciudad de Managua conoció por medio de una "generala" que la ciudad de León se había levantado en armas contra el Gobierno conservador de Zavala y que el Gral. Zelaya se había ido a incorporar a las fuerzas de León. Con esa noticia corrí a donde el Gral. Ignacio Paiz, afamado militar conservador para que me diera de alta como su Ayudante; el Gral. Paiz accedió. Pocas horas después salía yo con él y doscientos hombres que iban en persecusión de Zelaya y sus acompañantes. El Gral. Paiz siguió las huellas de Zelaya y cuando estábamos a la altura de Mateare, oímos un fuerte tiroteo a ese lado, y el Gral. Paiz nos dijo: "Están atacando Mateare, vamos allá", a donde llegamos un poco después del medio día. Con la llegada nuestra la posibilidad del enemigo de ocupar esa plaza disminuyó y en los otros ataques que hizo, fue completamente rechazado, manteniendo solo un fuego graneado sin importancia ninguna. Cuando nuestros jefes vieron que había desaparecido el peligro de que la Plaza cayera en manos del enemigo, el Gral. Paiz dispuso mandarme a Managua, en calidad de su Ayudante, para pedir al Gral. Miguel Vigil, Mayor General del Ejército, el envío del cañón "Herald" y participarle del rechazo de las fuerzas leonesas, así como la confianza que tenía de conservar en su poder la plaza de Mateare. Los de Managua se ocupaban de acondicionar bien el ejército tanto en elementos de guerra como en provisiones de boca. En Managua, después de desempeñar mi misión y de quedar satisfecho por lo que me dijo el Gral. Vigil respecto al próximo envío del cañón y demás cosas necesarias para la lucha, fuí a ver a mi papá que acababa de llegar de Europa y a quien informé de todo lo que había dicho y hecho y lo que yo pensaba hasta ese momento de cómo se encontraba la cuestión militar.

Ya de noche regresé a Mateare. En el camino me cayó un aguacero fuerte y esa noche, que era

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

mi primera campaña, dormí bien remojado en una de las calles de Mateare, donde dormían de igual modo otros compañeros míos. Al amanecer, me presenté en la casa que ocupaba el Gral. Paiz y le dí cuenta del resultado de mi misión y la creencia que tenía yo de que como a las diez del día, llegarían varias piezas de artillería, enviadas desde Managua. En la misma casa se encontraban el Jefe de las FUERZAS EXPEDICIONARIAS General Miguel Espinoza, el Gral. Hipólito Saballos y el Gral. Manuel Rivas (salvadoreño); pero este último no se encontraba en casa sino en un puesto militar de vanguardia en los alrededores del pueblo de Mateare. Y a esas horas me dí cuenta de que entre los jefes había estado discutiendo la posibilidad de desocupar la población, lo cual tenía muy molesto a don Reynaldo Chamorro que como Ayudante de uno de los jefes, con su carácter impulsivo y nervioso les decía que no era posible que se pensara en tal desocupación. Yo les dije que ya estábamos cerca de las ocho de la mañana sin que ocurriera ningún tiroteo en los puestos de avanzada, lo que a mi juicio podía indicar que el enemigo se estuviera preparando para el ataque o que durante la noche hubiera abandonado el campo; por consiguiente, que antes de pensar en lo que podía hacerse, era necesario mandar a reconocer las proximidades de Mateare para saber exactamente donde se encontraba el enemigo. El Coronel Correa se ofreció para ir hacer ese reconocimiento y yo también me ofrecí para ir a hacerlo con 25 hombres. En esas discusiones estábamos cuando alguien anunció que se divisaba por el lago el vapor "Managua", aproximándose a las costas de Mateare e incontinenti oímos la detonación de un cañonazo y poco después vimos pasar un grupo de tropas bastante regular frente a la casa, con dirección a la Iglesia. Investigando lo que pasaba, nos informaron que el cañonazo que disparó el vapor, fue una granada que cayó propiamente en la trinchera de "La Barranquita", a cargo de un Capitán Arana que tenía dos hijos de Oficiales en la misma compañía, y estos jóvenes al ver caer muerto a su padre por la granada, corrieron a levantarlo y lo llevaron a enterrar a la Iglesia. Al ver esto las tropas, abandonaron también el lugar, quedando solo este puesto militar. Cuando el Gral. Paiz se dió cuenta de lo ocurrido, ordenó que una compañía de granadinos que estaba acuartelada frente a nosotros, al mando de un Capitán Espinosa (Churuco) ocupara el lugar que habían dejado las fuerzas del Capitán Arana. El Capitán Espinosa, al ser requerido por mí para ir a cumplir las órdenes del Gral. Paiz, vaciló un poco, vacilación que me obligó a increparlo fuertemente, después de lo cual se puso al frente de sus soldados y marchó conmigo al destino que se nos había señalado. En el camino no tuvimos ninguna dificultad en esa zona que el día anterior había sido de gran balacera y que ahora estaba completamente en calma. Lo mismo se encontrba "La Barranquita". El vapor, después del disparo del cañonazo, había virado rumbo a Momotombo. Nada anunciaba pues que podía haber pleito ese día; sin embargo, el Comando Militar se sentía inseguro y no cesaba de pensar en la desocupación de la Plaza. Por último, como a eso de la una del día, me llamaron para darme instrucciones de permanecer en ese punto hasta que oyera repicar las campanas del pueblo, hora en que debía de levantar el campo, junto con la compañía de Espinosa, y seguir tras ellos hasta la ciudad de Managua.

Batalla de "La Cuesta"

Ya puestos aquí (Managua), el Gobierno explicó a la ciudadanía que por razones estratégicas había desocupado Mateare para ocupar mejores posiciones en los alrededores de la Capital, desde Motastepe hasta la orilla del Lago, por el Norte, pasando sobre la cordillera llamada de "La Cuesta". En efecto, mandaron a ocupar algunas de las posiciones mejores de esa colina, y el Gral. Hipólito Saballos hijo, con seiscientos rameños, como le decían a los que llegaban de la Costa Atlántica, ocuparon Motastepe. Poco tiempo después de nuestro arribo de Mateare, supimos que las fuerzas de la contrarrevolución que habían atacado Mateare, se habían declarado impotentes para tomar aquella Plaza, y que aprovechando la oscuridad de la noche, se habían retirado a Nagarote, y posiblemente no se habrían detenido hasta llegar al mismo León. Pero algunos de los pocos amigos que las fuerzas occidentales tenían en Mateare, al levantar nosotros el campo, les hicieron avisar tan sorprendente hecho, y eso bastó para cambiar la derrota que habían sufrido en un completo éxito, pues inmediatamente contramarcharon a Mateare y continuaron su marcha hasta encontrar las fuerzas de la Junta de Gobierno en "La Cuesta", donde muy temprano del siguiente día, se principió a combatir con bastante intensidad, principalmente en la posición que llamaban "La Guatarra" y en "La Cuesta" misma, forcejando las tropas de León por romper esas defensas para seguir su marcha hasta Managua. Mientras en "La Cuesta" y sus posiciones anexas se peleaba con éxito variado, en Managua se advertía en los semblantes de los militares conservadores de la ciudad como un reflejo de satisfacción por lo que estaba aconteciendo, mejor dicho, sentían la esperanza de que fuera el Gral. José Santos Zelaya el triunfante, por lo que los tenía sin cuidado y antes bien, no escondían su satisfacción porque se decidiera así la batalla. Esta es la impresión que tuve en aquel entonces y que más tarde se afirmó en mí y la confirmó la Historia.

Pero volviendo al combate de "La Cuesta" diré, que un carbunco puso fuera de combate al valiente "Indio Pellota" (Gral. Ignacio Paiz); por eso las fuerzas que él comandaba estaban en la Plaza sin tomar parte todavía en la contienda. Pero a eso de las nueve de la mañana ordenaron prepararse para salir hacia "La Cuesta" y nos mandaron a formar frente al Palacio Nacional para marchar tan pronto se nos ordenara. El Coronel Salvador Chamorro, que dos días antes había llegado de Europa, fue dado de alta, y las fuerzas de que estoy haciendo mención, fueron puestas a sus órdenes. A mí me sorprendió ver a mi padre tomar posesión del mando de aquellas fuerzas en la que ninguno de nosotros contaba con una sola bestia. El Coronel Chamorro se puso al frente de aquellas tropas, con botas altas pero sin cabalgadura alguna. Como a las diez y media de la mañana recibió la orden de marchar y salimos con gran entusiasmo vivando al Gobierno, a Don Joaquín Zavala y a los Generales Avilés y Montiel. La orden que recibió mi padre fue la de marchar a "La Cuesta" y allá nos dirigimos bajo un sol abrasador.

Serían un poco más de las once cuando comenzaron a pasar frente a nosotros unos señores montados en elegantes bestias, y entre ellos a Don Joaquín Zavala. Me dijo mi papá: "El triunfo debe estar asegurado, pues estos señores no se expondrían a ir si el éxito estuviera aun dudoso". Pero poco después pasaba el Gral. Rigoberto Cabezas, el Gral. Carlos Alberto Lacayo, don Gustavo Guzmán y algunos otros que en estos momentos se me escapan de la memoria. Al ver esto, volvió a decirme mi padre: "Estos acompañantes de Zavala, poco me agradan; temo que pueda ocurrir algo inesperado". Como si solo eso se esperara, empezaron a llegar las malas noticias. Por primera vez llegaba el informe de que propiamente en la pasada del camino de "La Cuesta", se había fortalecido el enemigo y que parte de las fuerzas de León estaban pasando a Managua, por la costa del lago, precisamente a donde se le había ordenado a mi padre marchar para impedir esa filtración. Al recibir esa orden el Coronel Chamorro dejó el camino para "La Cuesta" y se metió al potrero que teníamos al lado norte. Ya el lector se puede imaginar lo que significa cruzar un potrero en pleno invierno, con pasto y monte bien crecidos. Aquella orden realmente no sirvió más que para que las fuerzas de mi padre no tomaran parte en la acción de ese día, pues dichas

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

fuerzas fueron extraviadas de la verdadera ruta de "La Cuesta", a donde hubiéramos sido de alguna utilidad.

En la orilla del lago a donde muere la cordillera o colina tantas veces mencionada estaba todo en calma: ni se combatía, ni había pasado nadie para Managua, por lo cual decidimos regresarnos para acudir a la batalla de "La Cuesta", pero ya llegamos tarde. Ni las tropas que tenía el Gral. Hipólito Saballos en Motastepe habían disparado un solo tiro ni la gente de mi padre, por haber sido extraviada muy hábilmente. Saballos, a pesar de oír el fuerte tiroteo próximo a él, permaneció impasible, en su puesto, sin acudir en refuerzo oportuno con sus seiscientos "rameños" que comandaba. Cuando mi padre y sus fuerzas veníamos entrando a Managua, de regreso de luchar contra las zarzas y tratábamos de desenmarañarnos del lugar a donde nos habían metido, recuerdo perfectamente bien que un joven montado en buena cabalgadura, sin sombrero, gritando como un loco desaforado decía que se detuvieran las fuerzas; pero toda aquella fogosidad del impetuoso joven fue inútil para conseguir echar pie atrás a las fuerzas a las que ya se les había infiltrado un pánico horroroso. El joven a que me refiero, es el bien recordado patriota don Pedro Calderón Ramírez. Sí, Pedro Calderón Ramírez parecía en aquel momento haber perdido su juicio y como loco exhortaba a todo aquel que pudiera tener influencia en el ejército para detener aquel éxodo, más todo fue en vano.

Mi salida la hice en esa ocasión de Managua, como a las seis de la tarde, junto con otro muchacho de valor temerario, llamado Julián López. Las fuerzas de la contrarrevolución aun no habían entrado a la Capital. La primera impresión que tuvimos al llegar a la ciudad de Granada fue la que todo lo principal de la ciudad, había recibido las malas noticias con gran coraje y pedía la resistencia, con pocas excepciones. Sobresaliendo entre los primeros don José Luis Argüello que con ardor pedía a la juventud hacer todo sacrificio para defender al Gobierno, a la Capital y a la persona del señor Presidente, y en el puesto de Jefe Político que le fue asignado, desplegó una asombrosa actividad. Ese hombre trabajó día y noche para que no le hiciera falta nada al ejército, y a que se tomaran todas las medidas necesarias para la defensa de la ciudad y no fue sino hasta que se convenció de que el espíritu belicoso del primer momento había retrocedido, y que realmente lo que se iba a buscar era un arreglo con el Gobierno de la Contrarrevolución, que pidió su retiro y se fue a su casa.

Hecho el arreglo para la entrega de las armas al nuevo Gobierno organizado en Managua, se dió principio a licenciar las fuerzas del Gobierno del Gral. Zavala, y cuando recibí mi baja enviada por el Ministro de la Guerra, don Federico Solórzano, me fijé que me habían ascendido a Capitán.

Mis impresiones

Quiero dejar constancia aquí de mi primera impresión al darme cuenta que entraba en una zona de combate.

Al regresar de la persecución del Gral. Zelaya, para ayudar a los combatientes de Mateare, me mandaron a dejar parque a las fuerzas que defendían el lugar llamado "La Barranquita", situado a la orilla del lago. Para llegar del pueblo de Mateare a este lugar, había que cruzar un monte bajo (tacotal). En algún punto inmediato al mencionado tacotal, combatían las fuerzas de la contrarevolución con las del Gobierno y el balerío que cruzaba por el camino que yo llevaba, era muy grande y las balas, además de su sonido característico se oían perfectamente también cómo rebotaban contra los palitos, quebrándoles las ramas. Era la primera prueba de encontrarme en medio de un tiroteo de esa clase y la primera idea que me asaltó, fue la de espolear la mula que montaba para pasar en carrera aquella zona de peligro, pero antes de poner en ejecución tal idea, pensé que por correr ligero, podía dar más pronto con la bala que me cruzaba el paso, y reflexionando, resolví solo encomendarme a Dios, a su voluntad, y con esa Fe crucé varias veces aquella zona de peligro, sin que me ocurriera ninguna novedad, y desde entonces nunca alteré mi proceder en los combates, es decir, hice siempre lo mismo en los que más tarde actué, como si estuviera practicando una cosa natural, sin esperar ningún peligro. De allí que mis amigos han llamado a esto "intrepidez", no siendo más que la arraigada creencia que tengo en la existencia de Dios. Otra experiencia que me dió esa pequeña acción de Mateare, fue la de no tomar un solo trago de licor ni antes ni en el propio combate, pues oí decir que varios habían perdido su vida en estado de embriaguez, obrando con arrojo por su estado de inconsciencia. Por eso prometí ser abstemio durante cualquier acción de armas, para que no se dijera después que algún rasgo de valor que hubiere mostrado, había sido por obra del licor y no debido a mi carácter.

Comienzan las persecuciones

Inaugurado el Gobierno liberal del Gral. Zelaya comenzó una hostilidad muy grande contra algunos conservadores lo que hizo que el Partido perdiera la esperanza de encontrar un remanso de paz en dicho Gobierno, presión que culminó con la apaleada del Gral. Luis Vega, de Matagalpa y líder conservador de aquel Departamento, prominente hombre que por mucho tiempo tuvo que andar con muletas a consecuencia de los quinientos golpes de vara que le propinaron. Igual cosa pasó con el Sacerdote Gaitán y con el literato Félix Pedro Pastora, ambos de la hoy ciudad Darío, antes Metapa. Por otro lado el Partido Liberal no se sentía bien asentado en el poder mientras no estuviera en Honduras un gobierno similar al de aquí. A esas consideraciones hay que agregar la campaña que hacía en el mismo sentido un grupo de emigrados hondureños que encabezaba el reconocido líder liberal hondureño, don Policarpo Bonilla. Con todo ésto, Nicaragua era un hervidero de rumores, los cuales aprovechaban los inquietos jóvenes Fernando Elizondo y Julio Alvarez, que unidos a mí, procurábamos agitar la opinión conservadora en los barrios de esta ciudad, donde se encontraban muchas armas regadas, lo mismo que parque del ejército que se había disuelto al regresar de la derrota de "La Cuesta" y porque no había encontrado a sus jefes en la ciudad, quienes ya se habían marchado a Granada. La colección de armas que hacíamos Elizondo, Alvarez y yo, progresaba muy bien y viendo el éxito que obteníamos, fuí a consultar con el Doctor Adán Cárdenas, ex-Presidente de la República, que ya hacía de Jefe del Partido Conservador, la labor que estábamos haciendo, diciéndole las dificultades con que tropezábamos algunas veces con retenedores de armas por falta de confianza en ellos, al vernos tan jóvenes. El Doctor Cárdenas con una bondad que siempre le agradecí, me estimuló con frases alentadoras para que siguiéramos en el trabajo empeñado y nos ofreció su ayuda para subsanar cualquier dificultad que se nos presentara. Por algún tiempo ningún tropiezo tuvimos en la colecta de armas; más ya cuando Zelaya se lanzó a la guerra contra el Presidente Vásquez, de Honduras, las cosas cambiaron bastante para nosotros y ya se veía una marcada vigilancia; por lo cual decidieron salir del país otros dos jóvenes de gran esperanza para la Patria. Pedro Calderón Ramírez, a quien jamás volví a ver, y don Alfredo Gallegos quien en varias ocasiones me alojó en su casa en San Salvador donde contrajo matrimonio con una señorita también de apellido Gallegos.

En las postrimerías de la guerra contra Vásquez, la persecución fue tal para mí, que decidí irme a Chontales donde pasé varios meses, esperando primero la terminación de dicha guerra y en espera que todo se normalizara para regresar a mi casa en Managua. Ya puesto aquí pude darme cuenta de que aún había algo especial contra algunas perso-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

nas a quienes constantemente se vigilaban. Por eso resolví buscar ocupación fuera de mi casa, de mi familia, y fuera igualmente de la ciudad de Managua... Los jóvenes Elizondo y Saballos continuaban su labor de conseguir armas, pero desafortunadamente Alvarez se inclinó mucho a las bebidas alcohólicas hasta el extremo de no poder ya trabajar con Elizondo. Saballos, joven de gran intelecto y muy simpático, en muy temprana edad desapareció del escenario de la vida, aprovechando yo la escritura de esta mis memorias para dedicarles un recuerdo cariñoso.

Administrador en "Pacora" y "Río Grande"

Como yo sentía más inclinación por la ganadería que por el cultivo del café, dispuse buscar ocupación en alguna propiedad ganadera. Al tener conocimiento que el empleado de los Chamorro-Zavala, estaba por retirarse de la Administración de la hacienda "Pacora", fuí a hablar con doña Carlotita Chamorro de Costigliolo, hija de don Fruto Chamorro, fundador del Partido Conservador de Nicaragua, y le solicité ese empleo, solicitud que fue atendida inmediatamente. Pasé, pues, a manejar dicha hacienda que queda al otro lado del lago de Managua, a poco más o menos una legua de distancia del puerto San Francisco del Carnicero y de la propiedad "Río Grande", un poco más allá de la de San Francisco mencionado, propiedad ésta que llega hasta el río Cinacapa, sobre la costa del lago. Esto sucedía en el año 1894.

En la administración de dichas propiedades puse todo mi empeño en quedar bien, pero temía no conseguirlo a satisfacción de doña Carlotita (así la llamábamos cariñosamente), porque ella tenía un sistema para calcular el aumento de sus ganados y era que contaba los nacidos y los herrados pero no contaba los muertos, de tal manera que no había administrador completamente honrado para ella. Así es que cuando a solicitud mía dejé la Administración de esas propiedades, sentía gran satisfacción porque había evitado en mi corta duración en el empleo, que se me pudiera incluir en el número de los administradores que habían dispuesto de ganados, según ella.

Antes de terminar este capítulo de Pacora y Río Grande, quiero referir el pensamiento que tuve una vez al ir a herrar y correr en el mes de Febrero unos novillos en Río Grande, cuya frondosidad en aquel entonces era maravillosa; que si alguna vez se presentaba la ocasión de adquirir alguna parte de ella, no debía desperdiciar esa oportunidad para hacerlo, como al fin lo hice, cumpliéndose así uno de mis grandes sueños y anhelos, comprando partes de los herederos hasta llegar a obtener la mitad de los derechos hereditarios. Ya dueño de tales derechos, me encontré con la conyuntura de que la propiedad iba a ser subastada, por un juicio entablado entre don Isidro Solórzano Reyes y los herederos de don Fruto Chamorro para la cesación de comunidad, y fué así cómo, en subasta pública adquirí toda dicha propiedad en unión de don Enrique Palazio, de quien más tarde me separé, quedándome la parte que actualmente ocupo con el nombre legal de "San Cristóbal". Es curioso este pensamiento de joven realizado, de llegar algún día a ser dueño de dicha propiedad y de ser Presidente de la República de mi Patria que también tuve en muy temprana edad.

Como vimos anteriormente, a la caída del Gobierno del doctor Roberto Sacasa, regresó mi padre de Europa, y después del triunfo de la contrarrevolución y de la llegada de Zelaya al Poder, resolvió vender sus propiedades y demás intereses que tenía en Nicaragua a la "Casa Pedro Joaquín Chamorro e hijos", firma que en ese entonces se encontraba económicamente fuerte, muy próspera, con brillante porvenir. Mi padre deseaba irse a vivir con su familia a Europa, por cuyo motivo me llamó de la hacienda "Pacora", donde yo me encontraba, para que viniera a hablar con él y despedirme de toda la familia. En esa ocasión me hizo la propuesta de que por cuenta de él me fuera a estudiar para Abogado en Chile, República de Sud-América, más como en el Colegio me había formado mal juicio de la Profesión de Abogado, rehusé la oferta, por considerar que es muy difícil que un Abogado pueda conservarse como hombre íntegramente honesto, rechazo que lamenté mucho después, pues tal Profesión me hubiera servido de gran utilidad en mi larga actuación política. También mi padre me propuso que fuera a Italia a estudiar arquitectura, y aunque tal proposición me halagó bastante, no la acepté tampoco, ya mis ideas estaban muy engreídas en la política del país. Después de esa conversación, habló mi papá con los Chamorro, sus cuñados, para que me suministraran los fondos necesarios para hacer una propiedad de café en Matagalpa, en terrenos que eran de su propiedad, en calidad de socio industrial. Cuando me comunicó tal propósito, lo acepté en el acto y me retiré de la Administración de la hacienda de Río Grande, expresándole mi agradecimiento a doña Carlota y a sus hermanas Adela y Chepita.

Para cerrar el capítulo de mi vida al lado de mi padre, quiero hacer mención de que a mi llegada a Managua el cinco de Julio de 1885, me encontré en la casa con la jovencita Carlota Chamorro, que también era hija ilegítima de mi padre. Además estaban allí otras dos jóvenes, Inés y Sara Avilés, hijas de un militar que con mi padre había ido en las fuerzas que Nicaragua mandó al Salvador para repeler las tropas del Gral. Justo Rufino Barrios. Avilés murió en un combate que tuvo lugar con las fuerzas salvadoreñas, por cuyo motivo mi padre había recogido a esas huérfanas, que salieron de la casa hasta que se casaron; lo mismo que mi hermana Carlota con quien siempre cultivé y cultivo una amistad, de verdadera fraternidad. Uno y otro nos tenemos mucho cariño.

En Matagalpa

El Gobierno del Gral. Zelaya que durante la guerra con Honduras para derrocar al Presidente Domingo Vásquez, había tratado a la oposición nicaragüense con dureza: multas, contribuciones forzosas, prisiones y aun con torturas, que no eran raras, como el dar palo, el cepo, las cadenas, los grillos y carlancas; por lo cual —como dije antes— mi padre dispuso irse a vivir a Europa con su familia. Mi hermana Carlota ya se había casado con el señor Antonio Belli, de nacionalidad italiana y arquitecto de profesión. Lo mismo las jóvenes Inés y Sara habían contraído matrimonio, y yo me fuí a trabajar a Matagalpa en una hacienda de café en sociedad con don Pedro Chamorro. Así que llegué con unos pocos mozos, hice primeramente un bahareque que nos pudiera abrigar del agua, nos dejara preparar la comida y dormir allí aunque fuera en el suelo, mientras podíamos construir un rancho mejor acondicionado.

A mi llegada a Matagalpa, encontré a don Luis Vega que todavía andaba con muletas a causa de la apaleada que le habían dado. También me presentaron a otros cuantos que habían sufrido su buena cantidad de golpes de vara (de tamarindo y papaturro). El Partido Conservador matagalpino, aunque pequeño entonces, era manejado y dirigido por hombres de gran decisión y devoción a su causa. En cambio, fuera de la ciudad, en las cañadas indígenas, la mayoría de sus habitantes si no su totalidad era, y es, abrumadoramente conservadora. El indio había sido muy mal tratado por el liberalismo, obligándolo con sus autoridades a ir por la fuerza a cortar café hasta las haciendas de los poderosos en Managua, tan sólo por la comida o pagándoles miserables salarios. Por eso mi llegada a Matagalpa fue muy bien vista y siempre encontré abiertas para mí las casas conservadoras.

En aquellos días también habían en Matagalpa muchos jóvenes de Granada y de otras partes del país que estaban como yo, ocupados en el cultivo del café. En el trabajo que estábamos formando opté por pasar toda la semana y visitar la ciudad solo los días sábados después del medio día y re-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

gresar hasta el lunes por la mañana. En Matagalpa alquilaba un cuarto de una mediagua que tenía don Bartolomé Martínez con quien seguí cultivando con mayor afecto la amistad que habíamos iniciado en el Colegio de Granada. También hice muy buena amistad con don José Ignacio Bermúdez y su familia, así como con sus hijos Ernesto y Osbaldo y con su hermano Eudoro. De igual manera la hice con el Gral. Horacio Bermúdez y su señora doña Pilar de Bermúdez; con don Jesús Robleto y su esposa Josefina; con don Secundino Matus y su hermano Eudoro y otros tantos amigos que sería cansado enumerar. Pero sí no se debe olvidar que allí me intimé más con don Bartolomé Martínez, más tarde como yo, Presidente de la República. Así pasamos el resto del año noventa y cuatro y también el noventa y cinco, alejado de toda actividad política, pues el Partido Conservador después de las persecuciones, prisiones, confiscaciones, torturas etc., etc., se encontraba desanimado y exhausto, y ni aun en el mismo liberalismo se veía actividad política ni en las mismas esferas oficiales. Así llegamos al año noventa y seis, y no fue sino hasta fines del verano que se produjo la Revolución de León contra Zelaya, a causa de la pretendida reelección del expresado Gral. Zelaya.

En el Colegio de Granada cultivé buenas relaciones con el estudiante jinotegano Ignacio Chávez, hijo del "Primer Ciudadano" que así llamábamos al padre de él don Ignacio Chávez, en quien el Doctor Roberto Sacasa depositó el mando por el tiempo que estipula la Constitución, para poder lanzar su candidatura legal a la Presidencia. A esa amistad de Colegio se debe que el día en que Matagalpa iba a proclamar el desconocimiento del Gobierno de Zelaya y a crearse el Gobierno de la Revolución de León, me visitara el referido joven Chávez para decirme: "Vengo a visitarte de parte de las fuerzas del Departamento del Norte al mando del Gral. Fernando María Rivas para insinuarte que inmediatamente salgas para Granada junto con Ernesto Bermúdez, pues de no hacerlo así, serán hechos prisioneros". Puse lo anterior en conocimiento del señor Bermúdez y decidimos salir de Matagalpa aproximadamente a las nueve de la mañana, hora en que la llamada "generala" se oía en las calles de la ciudad. El mismo señor Chávez nos ayudó a preparar las bestias a fin de que no perdiéramos tiempo, como efectivamente lo hicimos, caminando día y noche para llegar el siguiente día a Granada. Digno de anotar es que esa noche cuando cruzábamos "La Cuesta del Coyol", pensé que si algún día tenía o se me ofrecía la posibilidad de hacerlo, compondría dicha cuesta. Dios me permitió cumplir con esa promesa íntima, pues al llegar yo a la Presidencia de la República (1916-1920) y hacer la carretera de Carazo hasta Matagalpa, hice que cruzaran por la cuesta el camino que acerca los departamentos del Norte con los del interior.

La Revolución de 1896

Ya puestos en Granada me informé que la guerra había estallado en todo el país y que algunos departamentos se habían pronunciado a favor del Gobierno de la Revolución de León que aparentemente era fuerte y que el Partido Conservador había ofrecido su apoyo al Gral. Zelaya. Casi forzado el conservatismo granadino a tomar esa actitud por la que ya se había resuelto el conservatismo de Managua, el que obrando independientemente, puede decirse, ofreció su apoyo a Zelaya, sin consultar con los correligionarios de Oriente. Por eso vemos ya tomando parte en los combates de Nagarote a los principales jefes militares managüenses del Conservatismo, entre ellos al valiente y muy querido Jefe Gral. Ignacio Paiz. Al enterarme de la situación, sin vacilar me fuí a Managua a incorporarme a las fuerzas del Gral. José María Cuarezma, que salía para la zona de Matagalpa. Este Gral. me dió muy buena acogida y me nombró su Ayudante, en cuya calidad pelié en el combate de Ciudad Darío. Las fuerzas de Cuarezma que salieron de Managua se juntaron con las de Chontales comandadas por el Gral. Vásquez en el punto llamado "Las Tetillas", continuando su marcha hasta Darío.

Es lástima que no pueda precisar las fechas en que ocurrieron estos sucesos pero recuerdo bien que el día antes de la batalla de Ciudad Darío, llegamos a un lugar que se llama "Pasle", a eso de las dos o tres de la tarde. Estábamos descargando el tren de guerra cuando nos atacaron sorpresivamente y aunque observamos que los atacantes no eran numerosos, el hecho de haber sido completamente de sorpresa el ataque, nos desconcertó mucho, y desde entonces tomé experiencia de lo mucho que se puede obtener de un ataque al enemigo, sorpresivamente.

Si en ese momento el Coronel Paulino Montenegro, que fue el Jefe atacante hubiera insistido en el ataque, es posible que nos hubiera quitado el tren de guerra, pero felizmente para nosotros el tiroteo se extinguió y la calma se restableció en nuestras filas.

Ataque a Ciudad Darío

El siguiente día muy temprano salieron las fuerzas del Gral Vásquez y de Juan Estrada a ocupar unas alturas que dominan Ciudad Darío. Una de esas alturas lleva el nombre de "Mombachito", donde se colocó la mejor pieza de artillería. Hecha esta operación, dejando en su puesto de combate dicha pieza me retiré de esa ala, que podemos llamar "ala izquierda" para ir a acompañar al Coronel Castilla que marchaba sobre el camino real, es decir el centro, hasta colocarnos en lugar apropiado para iniciar el combate inmediatamente que recibiéramos la orden de hacerlo. Por el otro lado (derecha) el Gral. Cachirulo con lo mejor del ejército de Managua habría que salir detrás del Cementerio de la ciudad. Cruzando unos potreros que había de por medio fue sorprendido y atacado fuertemente. Al iniciarse el combate, en esta ala, el Gral. Cuarezma dió sus órdenes para que tanto Vásquez como Castilla, hostigaran al enemigo por sus respectivos frentes. A medida que el día avanzaba, el fragor de las fuerzas de Cachirulo y las que defendían la Ciudad, se hacía más intenso y parecía que se alejaba del lugar de iniciación. Inciertos como estábamos del resultado de este combate, me fuí en busca de ver con quien comunicarme para saber lo que pasaba, no encontré a nadie, solo las huellas donde habían estado peleando y como se hacía tarde regresé al Campamento General de Pasle, donde se encontraba el Gral. Cuarezma, Jefe de todas las fuerzas.

Poco después de mi llegada, empezamos a recibir tropas que decían llegaban derrotadas y que pertenecían —según ellos— a las fuerzas del Gral. Cachirulo y que a éste le habían matado un hijo, por lo cual el Gral. venía con su cadáver. Efectivamente, momentos después teníamos aquí al Gral. Cachirulo con dicho cadáver y bastantes soldados que habían abandonado la lucha desorganizadamente. Con los datos que el Gral. Cachirulo dió al Gral. Cuarezma, éste redactó un mensaje para el Comandante General, que era el Presidente, dándole cuenta de lo ocurrido y declarándole que la batalla se había perdido y que iba a dar sus instrucciones en ese momento para levantar el campo y ocupar alguna posición más ventajosa un poco más atrás de donde nos encontrábamos.

En ese momento le pedí permiso al Gral. Cuarezma para exponerle la verdadera observación del combate y principié por decirle que no era exacto que las fuerzas hubieran sido derrotadas, que lo que efectivamente pasaba era que las fuerzas del Gral. Cachirulo se habían desorganizado al saber la muerte del hijo de su Jefe; pero que los otros frentes estaban en posiciones muy ventajosas y que el Cnel. Castilla con sus hombres había avanzado sobre Darío hasta un punto en que pudiera decirse era ya dueño del Cementerio, según el dominio que tenía sobre éste. Que yo creía era un error hacer trasmitir ese telegrama.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Con estas observaciones que le hice al Gral. Cuarezma éste le dijo en el mismo mensaje a Zelaya que no obstante lo dicho por el Gral. Flores, yo aseguraba que las fuerzas del Gral. Vásquez y las del Coronel Ramón Castilla estaban intactas y habían ganado ventajosas posiciones durante el día. En respuesta a dicho mensaje del Gral. Cuarezma, Zelaya le ordenó que desocupara Pasle y mandara al Ayudante Chamorro a decirle a Vásquez y Castilla que al siguiente día, a más tardar, a las diez de la mañana, recibiríamos refuerzos.

Las diez de la noche serían cuando fuí ordenado por el Gral. Cuarezma para ir a comunicar a Vásquez y Castilla el telegrama de Zelaya y que en consideración de que era de noche, que me quedara a dormir en el campamento del Coronel Castilla, como lo hice. Tanto para Vásquez como para Castilla fue sorpresa lo que les referí de la pérdida que había tenido el Gral. Concepción Flores (Cachirulo). Sin embargo, ninguno de ellos vaciló en su resolución de ganar la batalla sobre Ciudad Darío, como efectivamente sucedió porque al siguiente día, en las primeras horas de la mañana el Gral. Fernando María Rivas, abandonó la Plaza; este episodio que he referido, me ha dado la gran experiencia de lo que vale un aviso a tiempo, en asuntos militares como el relatado, que convirtió en triunfo una posible derrota.

Después de la ocupación de Ciudad Darío por nuestras tropas, marcharon éstas sin incidente alguno a la ciudad de Matagalpa, cabecera de este Departamento. Con la ocupación de éste y la completa destrucción de las fuerzas del Gral. Fernando María Rivas, terminó la misión del Gral. Cuarezma, el que con sus tropas fue llamado a Managua para darle otra misión militar.

Batalla de "El Obraje"

Al retirarse el Gral. Cuarezma, pedí permiso para quedarme unos días en Matagalpa, atendiendo algunos asuntos de mi propiedad de café; terminado lo cual volví a Managua, pero ya no me incorporé como Ayudante del Gral. Cuarezma porque éste quedó prestando servicio en plaza, y yo quería servicio militar en campaña; y por esta razón me incorporé en las fuerzas del Gral. Vásquez que habían sido ordenadas para ir al lado de Momotombo, al otro lado del Lago. Al incorporarme a las fuerzas del Gral. Vásquez, me confiaron una Compañía compuesta por gente de Catarina y Niquinohomo, todos representantes de la Casta Indígena. Las fuerzas del Gral. Vásquez, serían en total unos dos mil hombres más o menos... Marchamos por varias haciendas al otro lado del Lago hasta llegar a una posición llamada "El Obraje", que tenían muy bien defendida las fuerzas leonesas. Con el Gral. Nicasio Vásquez no tenía yo la misma confianza o amistad como la que me dispensaba el Gral. Cuarezma, por ser el Gral. Vásquez de filiación liberal, al que no había conocido antes pero a quien guardaba respeto y consideraciones; y por esa falta de confianza no pude enterarme antes de la importancia que tenía el combate que estaba próximo a desarrollarse hasta que estuve en él.

Un día de tantos nos formaron de madrugada y nos prepararon para aproximarnos a una altura bastante larga y escarpada, próxima a la de "El Obraje". Pararon la marcha de las fuerzas y las dividieron en tres grupos: el ala izquierda al mando del Gran Emiliano Herrera, prominente hombre público de Colombia, que después fue Presidente y enseguida Embajador en Washington de su misma Nación, donde fue muy apreciado y distinguido; en el centro, el Coronel Juan José Estrada a cuyas tropas pertenecía mi Compañía y a la derecha otro de los jefes militares con que estaba compuesto el ejército, cuyo nombre no recuerdo. El Gral. Vásquez después de hablar con los encargados de columnas, dió la orden de marcha. El Coronel Estrada a su vez me dijo que marchara con dirección a la altura que teníamos en frente, advirtiéndonos que al aproximarnos podrían dispararnos algunos balazos pero que yo, con mis hombres, al encontrar resistencia podría movilizarme buscando la derecha. Hago constar que era la primera vez que yo iba a pelear con fuerzas directamente a mi mando y que no tenía más instrucción militar que la adquirida en mis lecturas de libros de Historia; así es que al marchar sobre el enemigo, iba tomando en consideración lo poco que yo conocía teóricamente. Por eso, encontrándonos en un terreno de monte bajo, cuando nos hicieron los primeros tiros, ví delante de nosotros un monte más crecido donde podríamos resguardarnos tras los árboles, y dí mis órdenes de marchar hacia él; pero ya puestos en este monte, el fuego que recibíamos era mayor, y todo mi interés y tentación era apoderarnos de una quebradita de agua que corría frente a nosotros, no me dejó pensar sobre el inminente peligro que corríamos, sólo me fijé en lo ventajoso que era para nosotros apoderarnos de aquellas aguas. Movilicé con energía mis fuerzas para cruzar el riachuelo y principiar el combate, cruce que nos costó varias bajas, pero a mi juicio, fue lo que decidió el combate, pues fue donde mis soldados endurecieron y mostraron su temperamento de lucha y a mí el estímulo y coraje suficientes para desalojar al enemigo, y ya en poder nuestro dicha posición, seguimos luchando sobre otras trincheras que habían adelante, arriba del cerro, de las cuales también recibíamos fuego nutrido; pero mis soldados no se desanimaban.

Veíamos caer a nuestros compañeros, pero al mismo tiempo parecía que otros surgían de la tierra para luchar conmigo en aquel encarnizado combate; y así llegamos a ocupar la cuarta trinchera. Aquí ocurrió un incidente digno de mencionar: Los defensores de las trincheras enemigas al verse escasos de parque, mandaron a un Ayudante a buscarlo, pero cuando regresó ya nosotros nos habíamos apoderado de las trincheras y de éstas le hacíamos fuego a otra de adelante desde donde nos gritó una voz muy fuerte: "No hagan fuego a esta trinchera que somos los mismos". Yo estaba cerca a ese individuo y al oírle su grito y verle el lazo rojo que tenía amarrado en el brazo me acerqué resueltamente a él, lo agarré del brazo, lo sacudí fuertemente y le dije: "Cállese, quien es Ud?". Su contestación fue la de tirarme un puntazo con una daga, el cual yo escurrí con una tercerola que portaba y el Coronel Villafuerte que estaba allí también le puso su rifle en la frente y le dijo: "Si se mueve lo tiro" y aquel quedó inmóvil, ante la amenaza de muerte y se dejó desarmar. Lo mandé amarrar para llevarlo al Campamento General, pero el soldado hizo tan fuerte la amarra que el prisionero se quejó de la falta de circulación de la sangre. Ordené que se la aflojaran un poco y que lo llevaran al Campamento, respondiendo el custodio por la vida del prisionero que resultó ser nada menos que el Coronel Paulino Montenegro, el mismo que nos había atacado en Pasle. Más tarde tuve la satisfacción de saber que el joven Montenegro hizo siempre buenas referencias de como lo traté, después que estuve a punto de ser muerto por él.

Terminado el incidente con Montenegro, continuamos la lucha y acabamos por hacernos dueños de otras trincheras menos una o dos que estaban en la cúspide de la loma. Cuando esto sucedía, yo me encontraba hecho Jefe de un montón de fuerzas que no eran las mías, pues éstas habían quedado reducidas a un pequeño grupo; y las otras que escuchaban que el combate iba cerro arriba, por su propia cuenta fueron buscando el lugar de la pelea y se fueron incorporando a mis fuerzas; por eso es que yo tenía más tropas que las que comandaba al principio; más en realidad mis soldados habían sido diezmados en el rudo pleito; por lo que dispuse un pequeño alto para ir a buscar refuerzos, llegando hasta donde el Cnel. Estrada que ocupaba las trincheras que yo había tomado antes y desalojado al enemigo de allí. Le pedí fuerzas al Cnel. Estrada para continuar el combate y que viniera él conmigo, y en vista de mi insistencia para que me diera soldados de su batallón, me dijo: "Ve, Emiliano,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

esa posición es inatomable, está muy fortificada y bien atrincherada y la orden que tenemos es la de solo amagarla". Yo le repliqué: "Coronel Estrada, le aseguro que esa loma está ya tomada, solo me falta la última trinchera de la cual estoy apenas a unas treinta o cuarenta varas para coronarla y terminar la obra". El Coronel Gustavo Abaunza que estaba junto a él le insinuó la idea de que me diera apoyo y que si él (Estrada) se sentía cansado y que no pudiera ir porque era algo impedido de una pierna, que le diera a él (Abaunza) las fuerzas que estaban allí, desocupadas, y así lo hizo Estrada. Abaunza se vino conmigo a continuar la lucha para la toma definitiva de "El Obraje", lo cual sucedió como yo se lo había asegurado al Coronel Estrada.

Deseo consignar un hecho, a manera de anécdota, de un Sargento: éste, de mi compañía, me había acompañado durante todo el trayecto del combate, desplegando un valor inaudito, denodado, pero en esta última etapa fue tocado levemente, insignificantemente, por una bala y al sentir tal roce, me dijo: "Capitán, ya me hirieron". Lo examiné y ví que en el pómulo tenía una heridita tan mínima que más parecía un rasguñito o una rayita de la espina de alguna zarza y continuó peleando pero como cinco minutos más tarde me volvió a llamar para decirme: "Capitán, tengo miedo, quisiera quedarme aquí". Yo accedí a su ruego, pues el calor de la lucha había pasado. Como lo había previsto, poco después de iniciado el combate, los leoneses abandonaron las últimas trincheras y me dejaron dueño absoluto de la loma de "El Obraje", habiéndome tocado en suerte ser herido en un dedo de la mano yo también. Me llovieron felicitaciones de los jefes y de mis superiores por el triunfo y aproveché ésto para pedir al Gral. Vásquez me concediera permiso para ir a Managua a curarme el dedo, pero el Gral. Vásquez me contestó diciéndome que no hciera uso de ese permiso porque las tropas solo conmigo peleaban bien y estábamos en una zona muy peligrosa, pues nos aproximábamos a Momotombo donde el enemigo podía echarse sobre nosotros.

No he ocupado más tiempo en describir la batalla del Obraje a causa de que poco me gusta exaltar el comportamiento de las tropas que andaban conmigo y la conducta propia mía, pero la verdad es que tanto la acción de armas de Ciudad Darío como la de "El Obraje" fueron dos acciones en que tuve figuración como Capitán y que la de "El Obraje" fue sangrienta y que si obtuve el triunfo fue por la energía que desarrollé para movilizar las fuerzas de ataque hasta el extremo de no darles un minuto de descanso en aquella ascensión en que íbamos ganando palmo a palmo el terreno en aquella larga altura que obligó al enemigo a perder un buen sistema de sus posiciones de atrincheramientos, comunicadas de unas a otras por teléfono. Por eso el combate de "El Obraje" mereció por varios días que la prensa del país y centroamericana se ocuparan de él, haciendo mención honrosa y meritoria de mí por la parte que desempeñé en ella.

Incidente con Zelaya

Después de un ligero descanso continuamos la marcha para Momotombo, pero por órdenes de la Jefatura del Ejército nos detuvimos en la hacienda "California", lugar no muy distante del puerto lacustre de Momotombo. Aquí fuí ordenado a tomar la línea de defensa en una extensión como de mil varas de dicho puerto. Allí distribuí los trescientos hombres que se habían incorporado a mis fuerzas, amarré mi hamaca de dos árboles y quedé instalado. Al siguiente o dos días después de nuestra estadía allí nos anunciaron la llegada de Zelaya, en calidad de inspección y me ordenaron salir con cincuenta hombres a encontrarlo y explorar el camino para su pasada.

En esta operación ocurrió una contingencia: yendo nosotros por un camino para salir a un llanete, nos hicieron fuego del extremo contrario, inmediatamente contestamos con descargas más activas y marchando siempre sobre los ofensores, quienes al ver nuestra actitud se declararon en fuga y corrimos tras ellos. En mi carrera oí una voz que salía de entre los árboles, que decía: "Emiliano, Emiliano", a este requerimiento me detuve y descubrí a un señor de saco y chaleco, con un sombrero de esos que llaman "bombin". Era el Doctor Desiderio Manzanares, Subsecretario de Fomento, quien me dijo: "Somos los mismos, el Gral. Zelaya nos mandó de avanzadilla". Le expliqué a mis fuerzas lo ocurrido, les dí ánimo con lo que quedaron completamente tranquilos, seguros todos de que por ese lado no había peligro. Por supuesto, desde ese momento mi preocupación fue muy grande por lo que podría pensar Zelaya de mi actitud, dado mi carácter de adversario político, y por ello me detuve hasta que llegó el Gral. Nicasio Vásquez, a quien le manifesté mi preocupación, dándole seguridades que de mi parte no hubo mala intención. Vásquez le dió fe a mis palabras y quedó plenamente satisfecho. El Gral. Zelaya llegó con varios personajes de Managua y con el Gral. Terencio Sierra, militar hondureño de gran valía y que más tarde fuera Presidente de su Patria. Llegado yo nuevamente a "California" ordené a mis soldados ocupar los puestos que tenían antes de la inspección y yo también ocupé el mío.

Cuando le sirvieron el almuerzo al Gral. Zelaya y su comitiva, mandó a invitar a algunos de los militares de las fuerzas del Gral. Nicasio Vásquez, y a mí, este Gral. en persona me invitó, pero yo me excusé porque la línea de defensa que tenía a mi cargo era grande y temía ser sorprendido en cualquier momento y no asistí al banquete.

En las primeras horas de la noche volvió el Gral. Vásquez e insistió en invitarme, de parte del Gral. Zelaya, me dijo, para que asistiera a la comida que le daban esa noche y entonces me pareció mejor ser franco con Vásquez para evitar que el Gral. Zelaya sufriera una equivocación respecto de mi conducta, diciéndole a Vásquez: "Agradezco al Gral. Zelaya su generosa invitación, pero no quiero que mi presencia lo haga pensar que yo desisto de mi oposición franca y firme a su Gobierno. Hágame favor de decírselo así".

Pasó la noche con tiros esporádicos de una y otra parte, pero al amanecer observamos que los tiros del lado de Momotombo eran desperdigados y fuí ordenado para levantar el campo y marchar sobre Momotombo, para donde salí y como a media legua de andar me encontré con tres o cuatro hombres y me informaron que las fuerzas enemigas que estaban en Momotombo habían abandonado la Plaza y salido con dirección a La Paz Centro. Detuve a estos hombres y envié un correo al Gral. Vásquez, informándole de lo ocurrido. Poco después llegó el Gral. Vásquez acompañado del Gral. Zelaya, del Gral. Terencio Sierra y de algunos otros militares de alta jerarquía. El Gral. Zelaya personalmente interrogó a los hombres detenidos por mí, confirmándole éstos la desocupación de las fuerzas del Gral. Chavarría, después de lo cual me dijo el Gral. Zelaya: "Continúe su marcha a Momotombo, llevándose a los hombres y si es mentira lo que ellos han dicho, fusílelos". Con gran satisfacción de mi parte encontramos que efectivamente la Plaza había sido abandonada por el enemigo, como a las cinco de la mañana lo que nuevamente mandé avisar al Gral Vásquez y éste a su vez al Gral. Zelaya, llegando enseguida todo el grueso del ejército. Inspeccionando estábamos las formidables trincheras que en ese puerto habían hecho los Generales Godoy y Chavarría, cuando llegaron a avisar que el Gral Paiz estaba atacando La Paz Centro y le estaban ofreciendo mucha resistencia, por lo que pedía auxilio. Entonces el Gral. Zelaya, dirigiéndose a mí, me dijo: "Quiere Ud. ir a auxiliar al Gral.?" y con mi contestación de que lo haría con mucho agrado, me agregó: "Esa mula en que Ud. anda se la voy a cambiar por el caballo que anda mi cuñado Luis Cousin". El caballo que me ofrecía era muy hermoso, color tor-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

dillo; pero la mula mía era muy buena y de mi propiedad y le dije al Gral. Zelaya: "Le agradezco mucho, pero esta mula si no la matan, deseo conservarla" y me despedí saliendo para La Paz Centro.

Sobre León

Al llegar a La Paz Centro encontramos que ya el Gral. Paiz había logrado desalojar al enemigo y éste se retiraba a toda prisa a la ciudad de León. Informado el Comandante General de tal suceso, dispuso que el ejército hiciera alto en La Paz Centro, para reunirse ahí con los ejércitos del Norte y el del Centro, hecho lo cual, se dispuso que ya con su nueva organización la vanguardia la tomara las fuerzas del Gral. Juan Pablo Reyes; y las de ese Cuerpo, me dieron la vanguardia a mí para marchar sobre León.

Mi marcha a la ciudad, muchas veces fue interrumpida por Comisiones que llegaban del ejército derrotado, para evitar que las fuerzas triunfantes, o sean las del Gral. Zelaya, entraran a la ciudad. Pero ninguna de esas comisiones tuvieron éxito ante el Comando Supremo y la orden dada antes para mí, fue mantenida, por lo que seguí adelante hasta ocupar Subtiaba, sin haber choque alguno. Pocas horas después fuí ordenado salir para el puerto de El Realejo, en donde según datos que teníamos, salieron a embarcarse los jefes de la Revolución. En esta persecución llegué hasta la hacienda "Corcuera" de don Fernando Sánchez, y ahí obtuve datos ciertos de que ese mismo día se habían embarcado dichos jefes para el puerto de La Unión, El Salvador.

Antes de terminar este capítulo, quiero dejar constancia de que en Subtiaba conocí, por vez primera, al Presbítero Ramón Ignacio Matus, entonces Cura del Templo de aquel barrio, sacerdote con quien conservé más tarde, estrecha y muy gratas relaciones.

Ascendido a Teniente Coronel

Tres o cuatro días después de haber entrado a León (la ciudad) el Gral. Zelaya, como Comandante Gral. del Ejército, principió a la desmovilización de las tropas que hubo que armar para hacerle frente a la Revolución que acababa de terminar. Esta desmovilización comenzó por las fuerzas comandadas por jefes militares conservadores, tales como el Gral. Ignacio Paiz, Coroneles Filiberto Castro, Jonás Alvarez y otros varios; por supuesto que también mis fuerzas entraron en ese número; pero en León no supe que mi reconcentración a Managua, era para desmovilizarlas; así que para mí fue una sorpresa que cuando llegamos frente al Palacio Nacional y del Jefe Militar de ese edificio, me dijo éste: "Pare su tropa, la hace entrar al edificio y que pongan sus armas arrimadas a la pared, y vengan mañana para liquidarlos".

El siguiente día fueron liquidadas mis fuerzas, de igual manera como ya habían sido liquidadas las otras ;y a mí se me nombró "Jefe Día", con el grado de Teniente Coronel; lo cual me impresionó por el ascenso que se había hecho, sobre todo cuando me presenté al Gral. Zelaya a pedirle sus órdenes.

En el cumplimiento de mis funciones de Jefe Día, me acompañó el joven Alfredo Gallegos que como yo, era conservador y opositor al Gobierno del Gral. Zelaya, recorrimos todos los puestos militares de la población y nos dedicamos también a visitar a nuestras amistades personales. Estando en funciones de Jefe Día, pedí mi baja, y se me concedió en el acto, como que ya se me estaba esperando con ella, y se me entregó con el Despacho de TENIENTE CORONEL a mi favor.

Regreso a Matagalpa

Ya convertido en ciudadano civil, volví a Matagalpa a reanudar mis trabajos de agricultura y a formar una hacienda de café que llamé "El Picacho". La vida que allí pasaba era la misma que la anterior, cuando llegué la vez primera, es decir que me mantenía cinco días en el trabajo y dos en la población, y eso generalmente hacían los otros granadinos que se encontraban allá, en las mismas condiciones mías. En este estado de comunidad de amigos y paisanos, me encontré con don Luis Vega, que ya vivía ahí y con él y en reunión de amigos departíamos sobre varios temas, mientras nos divertíamos a la vez jugando "poker". En esa forma don Luis y yo, teníamos oportunidad de hablar sobre asuntos políticos, sin despertar sospecha alguna; así llegamos hasta lograr que don Luis se convirtiera en el alma de una conspiración, basada en el pronunciamiento militar que llevarían a efecto los acantonados en el Cuartel llamado "La Momotombo", en Managua.

Entonces sucedió un episodio digno de anotar, con resultados fatales para nosotros: la noche en que iba a realizarse el pronunciamiento, nos encontrábamos reunidos jugando una partida de "poker": El Jefe Político, el Director de Policía, don Luis, yo y dos personas más aficionadas a ese deporte. Nosotros esperábamos un telegrama que debía llegarnos de Managua, avisándonos que ya había estallado el movimiento aquí, para nosotros apretar allá capturando a las citadas autoridades con quienes estábamos reunidos; pero en cambio de llegarnos a nosotros el aviso esperado, le llegó un telegrama al Jefe Político poniéndolo al tanto de todo, procediendo éste a capturar a don Luis. El Director de Policía no hizo nada. Sin embargo de la captura, el Jefe Político se portó muy caballerosamente al extremo que se echó el telegrama a la bolsa y continuamos jugando durante un término prudencial entre quince minutos o media hora más. En seguida, don Francisco Uriarte, que así se llamaba el Jefe Político, le dijo a don Luis: "Vámonos, y para que no se alarme tu señora, andá a dormir a tu casa, y te presentás a mí a las seis de la mañana, mañana".

A las seis de la mañana antes citada, el Coronel Uriarte pasó por mi casa invitándome para que fuéramos a bañarnos al río y pasáramos sacando al señor Vega, para que después del baño, ya pasara don Luis a guardar prisión, como efectivamente se hizo; pero las consideraciones del Cnel. Uriarte no cesaron allí sino que tuvo la deferencia de que invitáramos amigos para que jugáramos con don Luis, partidas de "poker".

Banquetes y puyas

Ya que he referido la anterior anécdota noble del Cnel. Uriarte, voy a relatar otro suceso que ocurrió entre los Jefes Políticos de Jinotega y Matagalpa y la Colonia granadina que había ido como promotora en el cultivo del café a los Departamentos del Norte, y que vivía entre Jinotega y Matagalpa, guardando amistosas relaciones que se traslucían en visitas que se hacían los unos a los otros.

En aquella ocasión a que me he referido, nos tocó a los residentes en Matagalpa, ir a visitar a los que vivían en Jinotega, quienes eran generalmente, igual que nosotros, amigos de las diversiones entusiastas, pero honestas, como bailes y banquetes, a los que invitábamos al Jefe Político, que también era joven aunque ya era General. Me refiero al General Juan Bautista Sáenz, que como buen rivense, era de espíritu jovial y festivo.

Tres días pasamos esa vez en continua expansión y el general Sáenz se mostró tan satisfecho de nosotros, que con algunos de sus amigos de aquella ciudad nos acompañó de regreso hasta la de Matagalpa. Llegados que fuimos a ésta, nos pareció impropio dejar regresar a nuestro anfitrión sin manifestar, por nuestra parte, el agradecimiento que le guardábamos y corresponder a las cortesías que él gastó con nosotros en Jinotega; entonces dispusimos obsequiarle un banquete, invitando al Jefe Político y a la sociedad de Matagalpa.

Como es de suponer aquel convivio estuvo muy animado y cuando se llegó la hora del ofrecimiento de rigor, después de oír el discurso del caso, el general Sáenz se levantó para agradecer el agasajo. Además, tuvo frases muy laudatorias para la colonia de agricultores granadinos —en la que había miembros de las principales familias de Granada—,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

por su dedicación al trabajo, por su respeto y reconocimiento a la conducta conciliatoria de las autoridades superiores del Departamento, por lo que tenía absoluta confianza que en él reinaría la tranquilidad para desarrollar su progreso.

Parece que el discurso del Jefe Político de Jinotega, tan amplio para reconocer la labor benéfica de la colonia granadina, no agradó mucho al Jefe Político de Matagalpa, don Enrique C. López, hombre muy reconcentrado de suyo y de pocas palabras, y quien, al terminar de hablar el general Sáenz, se levantó e hizo uso de la palabra. Después de manifestar cierta extrañeza por aquel agasajo tan entusiasta para el Jefe Político de Jinotega, dijo que él, a pesar de considerarse no tener las mismas cualidades externas, ni gozar de los mismos afectos, se sentía garantizado y muy seguro de que no se alteraría la paz en el Departamento bajo su mando, pues bastaba que él fuera el Jefe Político y que yo fuera el amigo principal de la colonia granadina y el jefe de la oposición al Gobierno para que no se perturbara la tranquilidad pública "porque Emiliano", dijo, "fue mi alumno en el Colegio". Al concluir su discurso el señor López, pedí yo la palabra para manifestar mi agradecimiento a don Enrique por haber sido mi profesor de Matemáticas en el Instituto, o sea el conocido Colegio de Granada, pero que encontrándonos ahora en campos políticos opuestos tenía que obedecer, como soldado del Conservatismo, las órdenes que recibiera de mi Partido, y que si alguna de esas órdenes era la de proceder a amarrar al Jefe Político para así poder tomar la plaza, que yo lo haría, a lo cual replicó don Enrique al instante: "Y yo te mataría". "Sí, don Enrique" le contesté", "pero me mataría cuando ya Ud. estuviera amarrado", diálogo jocoso que causó mucha hilaridad entre los concurrentes. Después de este incidente, se terminó la fiesta, despidiéndonos todos cordialmente.

Prisión en el Cuartel Principal

Antes de terminar esta fase de mi vida en Matagalpa, voy a referirme a otro incidente tenido con las autoridades de ese Departamento:

Cuando el Jefe Político, don Francisco Uriarte apresó a don Luis Vega, con motivo del fracaso, ya relatado, de la conspiración del Cuartel de "La Momotombo", en Managua, omití decir que pocos días después de dicha prisión, llegó Justo Arana, de Granada, montado en una buena mula, muy andadora, y al verme parado en la puerta a la calle de la casa de Horacio Bermúdez, me gritó de largo: "Emiliano, tus tíos están presos en Granada". Oyó esto el Jefe Político que en ese momento pasaba frente a mí y deteniéndose, me dijo: "Usted también debe de estar comprometido. Pase para la cárcel". Y me llevó preso.

Esta prisión tan original es la que dió motivo a que yo fuera enviado de Matagalpa a Managua para ser juzgado en el mismo proceso en que estaban enjuiciados los Chamorro y otros conservadores, proceso que culminó con el decreto de expulsión, por cuatro años, del general Alberto Rivas, del Coronel Laureano Hurtado, de Leónidas y Luis Correa, de Pedro José, Pedro Joaquín, Alejandro, Felipe y yo, Chamorros todos, enviándonos a El Salvador.

De la prisión de Matagalpa fuí trasladado a la prisión del Cuartel Principal en Managua, que así se llamaba al que estaba en el lugar que ahora ocupa el edificio del Distrito Nacional. En la celda en que fuí internado, que era como de trece varas de largo por tres de ancho, estaban ya dieciocho prisioneros políticos. Conmigo subió el número a diecinueve, los que permanecimos allí por un lapso no menor de dos meses antes de ser juzgados. Por supuesto que todos dormíamos sobre el piso de ladrillos de barro quemado, con gran incomodidad. Pasamos esos dos meses sin asiento alguno, mas ninguno de nosotros mostró debilidad, antes por el contrario, siempre se mantuvo un espíritu levantando, de gran carácter y fuerza moral entre los prisioneros.

Recuerdo que encontré allí a don Fernando Solórzano, al General Alberto Rivas, ambos de Managua, a los Generales Leónidas y Luis Correa, de Granada, y al Coronel Laureano Hurtado, de Rivas, así como a Gregorio Salamanca y Felipe Salinas y varios otros cuyos nombres se me escapan de la memoria.

Al exilio

Durante esta prisión me parece que contraje el asma que desde entonces, hasta ahora, padezco.

Para juzgarnos, el Gobierno creó un tribunal militar de investigación cuyo fiscal de guerra era el general Francisco R. Torres "Malacate", cuya oficina estaba como a tres o cuatro cuadras de distancia del Cuartel. Allí fuí varias veces a declarar y en uno de esos días en que estaba rindiendo mi declaración el general Torres "Malacate" me dijo: "Yo no soy como Zelaya que está perdiendo el tiempo. Yo de lo único que soy partidario es de la fusilación". Entonces le repliqué: "No me importa lo que usted piense, lo que me interesa es que usted termine pronto esta investigación, que si me toca ser fusilado le voy a enseñar a los liberales cómo muere un conservador". El general Torres no dijo nada. Pocos días después, en Consejo de Ministros se decretó la expulsión del país, por cuatro años, de varios de los que estábamos presos y de otros que se habían escondido en los días de la persecución.

Entre los expulsos estábamos, como he dicho, Pedro José, Pedro Joaquín, Diego Manuel, Alejandro, Felipe Chamorro y yo, quienes fuimos embarcados en los primeros días del mes de marzo de 1897, en Corinto, con destino al puerto de La Unión, República de El Salvador.

En San Salvador

Este es un puerto bien abrigado, en el Golfo de Fonseca, que bordean las tres Repúblicas Centroamericanas de El Salvador, Honduras y Nicaragua. A pesar de que iba de una celda del Cuartel Principal de Managua, donde hacía un calor insoportable, —cuartel que años más tarde fue destruído por combustión espontánea de sus depósitos bélicos inflamables—, me sentía tan molesto por el asfixiante calor que allí hacía, que resolví internarme, al siguiente día, a San Salvador, Capital de la República, como en efecto lo hice.

En esta hermosa y populosa ciudad centroamericana ya había algunos nicaragüenses establecidos, como don Pedro Rafael Cuadra y su esposa doña Carmela Chamorro de Cuadra, quien también sufrió atroz persecución de parte del Gobierno del General José Santos Zelaya; don Victorino Argüello y su familia; don Federico Solórzano; el doctor don José del Carmen Gasteazoro; don Alfredo Gallegos y don Francisco Huete, todos miembros del Partido Conservador. Del Liberalismo se encontraban todos los Jefes de la Revolución del 96, como don Francisco Baca, el doctor José Madriz, los generales Paulino Godoy, Chavarría, Hernández y Bustos.

El señor Cuadra y su familia tuvieron la generosidad de empeñarse en que me fuera a vivir con ellos, lo que para mí era de vital importancia porque no contaba con fondos necesarios para pagar un hotel. Creo que estuve viviendo con la familia Cuadra como por dos meses, después de los cuales me trasladé a la República de Costa Rica con don Alejandro Chamorro, quien, como se recordará, fue uno de los expulsados de Nicaragua por el término de cuatro años, y quien, como logró no ser capturado, tuvo la oportunidad de salir furtivamente para Costa Rica, de donde había llegado para explorar las posibilidades de conseguir apoyo de Guatemala y El Salvador.

A Costa Rica

De El Salvador, pues, nos trasladamos a Costa Rica en viaje directo desde Acajutla en un barco alemán llamado "Banda". A la altura de las costas

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

del "Papagayo" y como a media noche, sentimos una fuerte sacudida, tan violenta que a algunos de los pasajeros nos sacó fuera de los camarotes donde estábamos acostados. Mi tío Alejandro me dijo entonces: "Toma tu revólver, vamos a ver al Capitán". Al cruzar para la Capitanía, por donde quiera oíamos los gritos: "El barco se hunde, el barco se hunde!" Cuando llegamos frente al Capitán encontramos a éste sentado en actitud abatida, con la cabeza entre las manos y repitiendo frecuentemente como autómata: "Oh, el barco se hunde; oh, el barco se hunde". En vista de esa inacción para dirigir el salvamento, mi tío increpó al Capitán para que hiciera algo, siquiera fuera ordenar que se bajaran las lanchas salvavidas. Con esta llamada de atención, el Capitán reaccionó, se incorporó y comenzó a dar sus órdenes para que se bajaran las lanchas y a suplicar a los pasajeros que tuvieran calma y esperaran la desocupación que comenzaría inmediatamente.

Mientras tanto, las bombas de achicar se ponían en función, haciéndose todo con prontitud increíble. Los pasajeros tratábamos de avistar la costa, aún en medio de la oscuridad de la noche, considerando la posibilidad de llegar a ella al nado. Quizás después de más de una hora de achicar y de que el barco brincaba ya entre las rocas, el Capitán, más tranquilo, nos explicaba que ese barco estaba construído conforme a las técnicas modernas, es decir, en compartimientos independientes los unos de los otros, y que el "Banda" tenía seis, de los cuales sólo dos se hallaban haciendo agua, por lo que las bombas succionadoras podían poner a flote la nave mientras llegaba la marea alta a libertarla del corral de piedras en que estaba aprisionado, como efectivamente sucedió a las seis de la mañana, hora en que continuamos el viaje, aunque lentamente, hasta llegar a Puntarenas. "Qué alegre es renacer", decíamos todos después de semejante percance.

El Presidente Iglesias

En Puntarenas nos dedicamos a visitar a los nicaragüenses emigrados y residentes. Después de estar varios días en este pintoresco y arenoso puerto, pasamos a San José, Capital de la República de Costa Rica, que en ese entonces estaba gobernada por el Presidente don Rafael Iglesias, hombre de grandes energías y de fuerte voluntad, que contaba con numerosos amigos, no sólo entre sus partidarios sino también en la oposición, por las reformas económicas oportunas que estaba introduciendo en su país.

El Presidente Iglesias no simpatizaba con la Dictadura de José Santos Zelaya en Nicaragua, por lo que nos fue fácil acercarnos a él y obtener su promesa de ayuda para promover un movimiento serio para derrocarla.

En la emigración de Nicaragua se encontraban varios elementos de importancia, que antes que nosotros fuéramos expulsados de nuestra Patria, habían estado trabajando allá de acuerdo con nosotros en Nicaragua, pero al llegar a reunirnos con ellos, como era natural, cambió la dirección de los problemas políticos y revolucionarios. Aparentemente, hubo conformidad en todos, pero la realidad era distinta. El grupo encabezado por don Manuel Calderón y su hermano Pedro continuó con sus trabajos subterráneos, ocultándosenos, a fin de que el pueblo conservador no se diera cuenta de que no trabajábamos de común acuerdo. No se descubrió tal trama sino hasta el 17 de septiembre de 1897, día en que fracasó el movimiento general que ellos habían dado orden de verificar aquí en Nicaragua.

En tal fecha, el asalto de varias plazas departamentales por el Partido Conservador fue ordenado, habiendo sido tomada solamente la plaza de Jinotepe por el general Antonio Reyes. La de Granada fue atacada, acto que llevó a efecto un grupo de conservadores, pero el ataque fue rechazado. En la plaza de Managua, que no fue atacada, se reunió un buen número de conservadores para reforzar a los de Jinotepe y hacer fuerte el movimiento en aquella ciudad, pero habiendo marchado allá la encontraron desocupada, disponiendo entonces todos emigrar a Costa Rica con el doctor don Adán Cárdenas, Jefe entonces del Partido Conservador.

Cuando los Calderón tuvieron conocimiento del fracaso en Nicaragua, y que el armamento que habían enviado a las costas del Pacífico para ser empuñado por la Revolución estaba a punto de perderse, dispusieron poner al corriente de todo a don Alejandro Chamorro, quien inmediatamente dió sus órdenes para que fueran a encontrar a "La Cruz" al Dr. Cárdenas y demás compañeros, y también mandó a recibir dichas armas a un punto de la costa del mar. Se dieron, pues, todos los pasos necesarios para salvar del fracaso dicho movimiento, mas ya era tarde, porque al conocer la salida de Nicaragua del doctor don Adán Cárdenas, casi todo el conservatismo de este país emigró en masa para Costa Rica.

El Doctor Adán Cárdenas y la emigración

He hecho mención del doctor don Adán Cárdenas y no quiero pasar adelante sin dedicarle un recuerdo. El doctor Cárdenas fue uno de los hombres más sobresalientes del país y muy apreciado por sus conciudadanos. Como médico fue eminente; como ciudadano fue ejemplar; como político, sagaz y sincero; y como hombre, fue persona de claro talento y corazón generoso. Siempre he agradecido la amistad que me dispensó, amistad que ha sobrevivido en la de sus hijos a quienes conservo invariable afecto.

La nobleza que en esta ocasión demostraron los Chamorros que estaban en Costa Rica fue muy digna de encomio, porque sin ninguna reconvención a los señores Calderón se pusieron a las órdenes de éstos. Pero, como dije antes, se había perdido la oportunidad. El barco esperado llegó a la costa, y al no encontrar a nadie, se regresó a Panamá con todo y armas.

Al doctor Cárdenas y demás acompañantes, —que pasaban de doscientos— los fuimos a encontrar a "La Cruz", yendo conmigo el general Luis Mena, llevándoles provisiones de boca y vestuarios. En "La Cruz" estaban, en primer término, el doctor Cárdenas y su hijo Miguel; don Juan José Zavala, hijo del ex-Presidente general Joaquín Zavala, y padre del joven don Joaquín Zavala Urtecho; don Pedro Hurtado y sus hijos Emilio, Félix Antonio, Pedro, Francisco y Alejandro, —don Pedro había emigrado hasta con sus hijas mujeres—; el general José María Cuarezma; el general Ramón Fiallos; el profesor de matemáticas don José Trinidad Cajina; don Salvador Lezama; don Carmen Díaz; Hipólito, Manuel y Agustín Torres; don Eduardo Santos; don Eduardo Doña; don Esteban Escobar; don Juan de Dios Matus; don Toribio Fonseca y cien más que ahora se me escapan de la memoria. Entre los acompañantes del doctor Cárdenas tuvimos que lamentar la pérdida del Coronel Cesáreo Guillén, padre del general Gerardo Guillén y de la señorita Saturnina Guillén, la que, como su padre y hermano, fue un elemento valioso del Partido Conservador. El Coronel Guillén murió de una congestión.

De "La Cruz" continuamos el viaje hasta Liberia bajo un tiempo inclemente de lluvias, pues era la época del "cordonazo de San Francisco", tiempo durante el cual estuvimos haciendo evoluciones yendo y viniendo entre "La Cruz" y otros lugares.

Con Luis Mena

En un viaje que con el general Luis Mena hice a "La Cruz", nos encontramos el río de "Los Ahogados", —río de bastante declive—, grandemente crecido, a tal punto que ni los habitantes de los alrededores, ni las bestias, ni ganados, se atrevían a cruzarlo. Muchas personas nos hacían la advertencia de que no nos atreviéramos a pasarlo porque era peligroso que nos arrastrara, pero no obstante esas advertencias, nos resolvimos a cruzarlo el general Mena y yo, confiados en que nuestras bestias eran grandes y fuertes. En efecto, vimos confirmada nuestra confianza en las cabalgaduras, al encontrar-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

nos al otro lado del río sanos y salvos y sin novedad alguna.

Después de esta hazaña, como pudiéramos llamarla, no tuvimos otros incidentes dignos de mencionar, salvo el que me sucedió cuando fuí a sostener una conferencia con don José Cabezas, íntimo amigo de don Rafael Iglesias y muy amigo nuestro también, quien vivía en la población de El Sardinal donde tenía una propiedad de repasto.

Fuí comisionado por la Directiva Revolucionaria para obtener del señor Cabezas una colaboración más eficaz y para que hiciera que los señores Calderón no siguieran obstaculizando nuestros trabajos. Esa conferencia duró varias horas mientras afuera llovía torrencialmente, sin que me diera cuenta de ello, tal era mi abstracción en la conversación que sosteníamos. De regreso, al llegar al río "Palma" y comenzar a cruzarlo, sentí que la mula principiaba a nadar antes de llegar a la corriente principal. La goberné de nuevo para la orilla en busca de una parte más seca, la que encontré en un sitio donde anteriormente habían intentado hacer un puente; aquí la lancé otra vez al agua que ya era profunda y arremolinada, de modo que hacía dar vueltas a la redonda, en el mismo lugar, a la bestia, hasta que la fuerza natural de la corriente me sacó de la montura, saliendo, animal y yo, nadando, hasta alcanzar la otra orilla, pero antes de llegar, tal era mi angustia y desesperación, que me agarré de una ramita de "babillo" que crecía a la orilla del paredón y con la cual me ayudé a salvarme, confirmándose así el dicho aquél: "El que se está ahogando de una ramita se agarra".

Domingo Vargas

Una vez llegada la emigración a Liberia, el General Cuarezma, que hacía de Jefe Militar, nos distribuyó en grupos a diferentes puntos, tocándome a mí ser destacado a Filadelfia, Costa Rica, en donde, no obstante ser una población aislada y de pequeña significación tuve que cambiar de nombre para despistar a los espías del gobierno de Nicaragua, que mantenía gran vigilancia sobre la mayor parte de los miembros de la emigración, entonces, por mucho tiempo, usé el nombre de Domingo Vargas y me acostumbré a él hasta el extremo que si alguna vez en esos días me hubieran llamado por mi propio nombre ya no me hubiera dado por aludido.

Antes de que ocurriera la intentona de tomar el cuartel de Granada el 17 de septiembre de 1897, teníamos fuertes trabajos emprendidos para que don Rafael Iglesias nos diera el apoyo necesario para derrocar al gobierno de Zelaya. El señor Iglesias se mostró muy anuente, y en consecuencia, le presentamos un plan para la toma de la plaza de Granada, y otras más, y también la del vapor "Victoria".

El señor Iglesias le dió gran importancia a este plan e hizo hincapié sobre la toma del "Victoria", para lo cual dispusieron mandarme de incógnito al puerto de San Carlos, para asegurar allí la toma de dicho barco y no en el puerto de Granada.

No recuerdo exactamente la fecha en que, acompañado de don Felipe Chamorro, de Rivas, salí de incógnito hacia Liberia, para luego seguir para San Carlos, rumbo el río "Melchora", donde vivía don Salvador Bravo; pero sí puedo asegurar que fue durante la estación lluviosa porque cuando llegamos a la bonita población de Las Cañas estaba lloviendo torrencialmente. Desde un poco antes de llegar a esta población nos informamos de las casas en que podíamos alojarnos, más habiendo llegado se nos negó el hospedaje en todas partes donde lo solicitamos. Ante esa negativa mi compañero y yo resolvimos bajarnos de las bestias y guarecernos del aguacero. Quiso la casualidad que el lugar que escogimos para esto, y aun para pasar la noche, al aire libre en la plaza pública, fuera frente a donde residían unas señoritas de apellido Rojas, las que seguramente apenadas de ver nuestra triste situación, nos llamaron para decirnos que ellas no nos habían dado alojamiento porque estaba su padre ausente, pero que estaban seguras que conseguiríamos lo que necesitábamos en una casa que nos señalaron; pero nosotros ya habíamos solicitado en esa casa y fue allí donde se nos negó primero el hospedaje, mas a pesar de que así se lo dijimos a las señoritas Rojas, ellas insistían en que debíamos solicitarlo de nuevo porque allí era donde siempre daban hospedaje, por lo que al fin resolvimos ir otra vez a solicitarlo y en esta ocasión se nos concedió: era una casa con gente bastante humilde.

Ya ese día era muy tarde y no hicimos otra cosa que buscar donde empotrerar las bestias, lo cual pronto conseguimos. Durante las primeras horas de la noche conversamos con la familia de la casa, contestando las preguntas que nos hacían y explicándoles que nuestra presencia obedecía al empeño en buscar unas minas de oro que nos habían informado existían por esos lados, pues nosotros éramos mineros que pasaríamos en la montaña en busca de esos minerales hasta una semana, por lo que íbamos a procurarnos provisiones de boca, como en efecto lo hicimos al siguiente día, saliendo a comprar lo necesario para llevar en el camino que emprenderíamos por montañas desconocidas, casi inexploradas hasta el "Río Frío" y habitadas por las tribus de los "guatusos".

Al tercer día de estar en Las Cañas salimos para nuestro destino. A cuatro leguas de este lugar, no encontramos ya camino para bestias y tuvimos que dejarlas al cuidado de un campesino, propietario de una pequeña huerta, siguiendo a pie el viaje, por veredas, guiados por un baqueano. Al segundo día de camino llegamos a una laguneta a cuya orilla ,según el guía, habían estado unos indios guatusos, por los restos que encontramos de unos pescados, con escamas y tripas y esponjados, siendo así cómo ellos se los comían crudos. Continuamos la caminata por una montaña enmarañada, cubierta de árboles milenarios, lianas, gruesos bejucos y toda clase de extrañas trepadoras, hasta llegar a un caserío del mencionado Río Frío, habitado en su mayor parte por nicaragüenses llegados del puerto de San Carlos.

Por aquella época se encontraban todavía vestigios y descendientes de caribes y de las tribus de los guatusos. Me parece que fue un ganadero llamado Francisco Solano, padre del Dr. Salvador Solano, progenitor de familia honorable granadina, el que abrió y estableció una ruta para llegar hasta Alajuela, formándose así una línea divisoria entre Nicaragua y Costa Rica, y de este modo la faja de tierra que nos pertenece se fue poblando de nicaragüenses.

Aunque mi compañero Felipe Chamorro era completamente desconocido por aquellos lugares, nosotros siempre tomábamos precauciones procurando evitar el contacto frecuente con la gente de aquellas zonas para no cometer indiscreciones. Aquí tuvimos que alquilar un bote y buscar un nuevo guía para que nos llevara parte por río y parte por tierra, hasta llegar a una propiedad que queda sobre la margen izquierda del Río San Juan, que era entonces de un señor Medina y que fue más tarde del señor Kautz.

Al entrar la noche de ese día, esperamos que las gentes donde nos hospedamos apagaran las luces y se retiraran a sus dormitorios para ir furtivamente a robarnos un bote que estaba a la orilla del río, cruzar éste y remontar el caño Melchora hasta llegar a la propiedad de don Salvador Bravo, que era la persona tras la cual andábamos, para planear la toma del puerto de San Carlos y también la toma del vapor Victoria, y a quien felizmente encontramos en su casa.

Don Salvador Bravo

Don Salvador Bravo, era un hombre de edad pues ya pasaba de los sesenta años, amanerado, de buenas costumbres y de muy buen juicio. Después de una conversación de tres horas, examinamos el pro y el contra de ambos proyectos y concluímos

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

en que San Carlos era el mejor lugar para llevar a efecto la toma del "Victoria", ya que el puerto no ofrecía dificultad alguna, siempre que pudiéramos mantener en secreto todas las operaciones por realizar hasta el momento de operar. Convenimos en que después que tuviéramos una segunda conferencia, a mi regreso de Costa Rica, fijaríamos fecha y recorreríamos de nuevo los detalles, a fin de que no se nos escapara nada para realizar con éxito la operación. Esa misma noche regresamos, don Felipe, el baqueano y yo, dejando el bote en la hacienda San Francisco y llevándonos el recuerdo de la magnífica cena con que nos obsequiaran don Salvador Bravo y su amable familia.

Al llegar nuevamente a Las Cañas ya no encontramos dificultad para conseguir alojamiento, como la primera vez. Después de acomodarnos, salí a conversar con el telegrafista, un señor de apellido Alvarado, para por su medio comunicarme con el Presidente Iglesias e informarle del éxito hasta aquí obtenido y de los planes militares, siempre que pusiera en mis manos los elementos de guerra por él ofrecidos. El señor Iglesias me respondió que durante mi ausencia las cosas habían cambiado, ya que otras personas habían llegado a San José con otros planes y que yo fuera allá, a la Capital, para imponerme de ellos.

Jefe Expedicionario

Sin pérdida de tiempo me puse en marcha porque estaba ansioso de conocer el nuevo plan y a las personas que habían llegado con él. A mi llegada, ambas cosas dejaron de ser una incógnita para mí, pues los nuevos llegados eran: don Pedro Joaquín Chamorro, abuelo del joven escritor político Pedro Joaquín Chamorro Cardenal, y don Francisco del Castillo, abogado de nota de la ciudad de Granada, y el nuevo plan que llevaban era que la forma del vapor "Victoria" debía de hacerse conjuntamente con la toma de la plaza de Granada. Estos señores aseguraron que habían dejado todo planeado para realizar esta operación, y que tenían cuatrocientos hombres listos en una hacienda cercana a "Charco Muerto", en la zona del Cerro Mombacho, gente que se había reunido a ellos después del ya conocido fracaso de la toma de los cuarteles de Granada, el 17 de septiembre.

Cuando conocí todo ese informe, les dí mi opinión, no precisamente contra el plan de ellos, sino en favor del de San Carlos, que presentaba, a mi juicio, mayores probabilidades de éxito. Sin embargo, don Pedro Joaquín y el señor del Castillo mantuvieron con mucho calor la defensa de su plan, lo que impresionó mucho a su favor al General Leónidas Plaza, Inspector General del Ejército de Costa Rica, y más tarde, Presidente de la República del Ecuador, su patria.

Dos o tres días después fuí llamado por el doctor don Adán Cárdenas a quien encontré reunido con el Comité Revolucionario Nicaragüense y el general Plaza, representante del Presidente Iglesias. Al llegar donde estaban todos reunidos, el doctor Cárdenas, Jefe del Partido Conservador, me dijo: "Te llamé para informarte que el Presidente Iglesias nos ofrece su decidido apoyo para terminar con la tiranía de Zelaya. A informarnos eso ha venido el general Plaza". Entonces éste, tomando la palabra y dirigiéndose a mí, dijo: "Pero Iglesias quiere que usted vaya como Jefe de la expedición a tomar Granada".

A la propuesta de que yo me hiciera cargo de lo que dimos en llamar "la expedición al Cerro Mombacho", manifesté que no estaba de acuerdo con el plan de esa expedición por considerarlo basado en suposiciones que no resultarían ciertas, como la de que yo encontraría gente lista en la hacienda "California", contigua a "Charco Muerto", como efectivamente no los encontré, por eso fue que a la propuesta del General Leónidas Plaza —Inspector General del ejército de Costa Rica y vocero de don Rafael Iglesias ante la oposición nicaragüense— respondí que yo no me hacía cargo de esa expedición porque, creyendo que iba a fracasar, consideraba que aumentaría las posibilidades del fracaso el hecho de que el jefe mismo de ella no creyera en el triunfo, ni tuviera fe en el éxito.

Después de esta mi negativa a aceptar la jefatura y de recomendar que se nombrase al General Luis Mena como jefe, me retiré a la pieza de mi hotel donde pocos minutos después llegó mi padre a decirme que reconsiderara mi determinación, y a instarme a que, aunque fuera para mí un sacrificio aceptar tal jefatura, debería hacerlo, porque un Chamorro no debía excusarse de prestar un servicio que podría resultar en favor de la Patria, y además, porque el General Plaza, en nombre de don Rafael Iglesias, le había notificado que si yo no era el jefe de esa expedición, no daría los elementos de guerra. Con estas observaciones de mi padre, que me hizo con voz suplicante y casi con lágrimas en los ojos, volví donde estaban todavía reunidos los señores para manifestarles que si no encontraban otra solución que darle a la expedición, aceptaría, pero que tuvieran presente que les había advertido del posible fracaso, y que, además, me dejaran ir sin itinerario fijo y sin fechas señaladas de antemano, si tanto era su empeño.

Así fue cómo quedó resuelta mi salida de San José para Liberia al día siguiente, 26 de enero de 1898, para de allí emprender el viaje al Cerro Mombacho, y no a San Carlos, como se tenía planeado originalmente.

La expedición estaba compuesta de 27 hombres, entre los que figuraba el General Luis Mena, que en paz descanse, el General Calixto Talavera, dos o tres hermanos suyos, y varios otros cuyos nombres no recuerdo, pero quienes eran hombre decididos a enfrentarse a la lucha. En la tarde de ese día 26 llegamos al "Nancital" donde pasamos la noche, saliendo en las primeras horas del 27 para "Charco Muerto". Por la tarde, antes de alcanzar la Isla de Zapatera nos azotó un chubasco bastante fuerte el que puso a todos algo nerviosos, porque con la carga y la gente que llevaban los botes, apenas si salían éstos unas cuatro pulgadas del agua, así es que íbamos corriendo ese chubasco casi a nivel de la regala de los botes, por lo que varios de los pasajeros me pedían con insistencia que arrojáramos algunos rifles y algo del parque al agua; yo siempre les contesté que primero nos echaríamos nosotros al agua antes que la carga, y que en caso de tener que hacerlo así debíamos agarrarnos fuertemente de la regala de los botes para no ahogarnos, pero felizmente todo pasó bien y pronto logramos llegar a "Charco Muerto" y no hubo necesidad de echar carga al agua, ni de que ninguno de nosotros continuara el viaje entre el agua, asido de la borda.

Lo primero que supimos al llegar a "Charco Muerto" fue que hacía pocas horas habían estado a buscarnos y a registrar la hacienda unas tropas del Vapor "93". Desde luego que con esta noticia mi alarma fue grande. También pudimos constatar que los trescientos o cuatrocientos hombres que habían prometido don Pedro Joaquín Chamorro y don Francisco del Castillo, se habían ido a sus respectivas casas después que esos señores habían salido para Costa Rica, dejando todo aquello completamente solitario.

Doña Carmela Chamorro de Cuadra

En vista, pues, de que no había nadie por aquéllos alrededores que nos pudiera informar de la gente, resolví ir a la hacienda "Cutirre" de don Salvador Jiménez, y allí no encontré tampoco ninguna información. Decidí entonces enviar un comisionado a Granada donde don Salvador Jiménez para que me hiciera el favor de llegar a su hacienda ese mismo día para que conferenciáramos. El enviado era un entenado del mandador de la hacienda, conocido del Sr. Jiménez, pero éste no le dió crédito al muchacho, ni a una cartita mía que con él le había escrito, resultando que se negó a ir y lo amenazó con denunciarlo como espía, por lo que el muchacho se regresó alarmado. Yo también participé

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

de su alarma, mas insistí en enviarlo donde doña Carmela Chamorro, esposa de don Pedro Rafael Cuadra, quien para entonces había regresado a Granada.

Esta señora era hija de don Pedro Joaquín Chamorro —que fue Presidente de la República del año 76 al 80— y pertenecía a una de las familias más distinguidas por su cultura y por su posición económica. Su esposo era también miembro de otra familia igualmente prominente, con las mismas características sociales, económicas y políticas, por lo que al efectuarse el enlace del señor Cuadra con la señorita Chamorro pareció más bien que fuera un matrimonio de conveniencia política y no nacido de las travesuras de Cupido; sin embargo, con el tiempo se vió que políticamente no dió el resultado que muchos se esperaban, pero sí fue un matrimonio ejemplar, como nacido del amor.

Cuando vino la época de las persecuciones, confiscaciones de propiedades y multas forzosas, doña Carmela Chamorro de Cuadra tuvo una figuración brillante, porque su esposo, antes de dejarse capturar, se ocultó, dando ocasión con esto para que el Gobierno pusiera riguroso sitio a la casa de la familia. La señora Chamorro de Cuadra sufrió numerosos días, sin alimento alguno, y siempre que la autoridad le exigía la entrega de su marido, lo negaba con actitud desafiante y respondía con altivez a las preguntas de los esbirros del Gobierno.

Esa era la señora de carácter de acero toledano, pudiera yo decir, a la que ocurrí para pedirle, por medio del mismo enviado que mandé donde don Salvador Jiménez, que a su vez me enviara un comisionado a la hacienda "Cutirre" donde yo me había trasladado. Pero había sucedido que mi mensaje anterior al señor Jiménez, fue comunicado al doctor Juan José Martínez para que éste buscara una solución o resolviera lo que convendría ante mi solicitud, y lo que se resolvió fue poner sobre aviso a todas las familias donde se creía que podrían llegar espías de Zelaya, con iguales o parecidos mensajes, para que no fueran a caer en un trampa. Por eso, cuando mi comisionado llegó donde la señora Chamorro de Cuadra ya encontró a ésta prevenida por el doctor Martínez, de que llegaría un individuo como enviado de Emiliano Chamorro, pero que efectivamente era espía de Zelaya y que había que tener cuidado con él y no darle conversación, como en efecto lo hizo doña Carmela. El comisionado tuvo que regresarse, llegando sumamente asustado por el recibimiento hostil y declarándome con energía que no volvería a desempeñar esta misión mía. Ante esta negativa y la dificultad que se me presentaba para identificarme ante esas personas que se negaban a oír explicaciones, y para convencerlas de la verdad de que realmente me encontraba yo allí, llegado de Costa Rica, no ví otra solución que la de ir personalmente a la ciudad de Granada, —aún corriendo el riesgo de ser reconocido por alguna autoridad—, para tratar directamente con ellas.

Emprendí viaje a eso de las cuatro y media de la tarde y un poquito más allá de "Taiguay" encontré a tres mujeres que estaban recogiendo leña, aunque ellas me dijeron que era "burusca" lo que buscaban. Por ser un poco temprano para entrar a Granada resolví entretenerme ayudándoles a aquellas mujeres a preparar su leña. Entre ellas había una bastante joven que fue a la que dediqué principalmente mi atención. Al mismo tiempo que le cortaba leña, conversábamos, ella me hacía muchas preguntas como para identificarme y yo le respondía con bastante cautela, tratando de hacerme pasar por trabajador de la hacienda de Juan Bodán, propiedad sita en el Cerro Mombacho, y originario de las Segovias. Así pasamos la tarde, mientras se iba aproximando la noche, y por fin emprendimos viaje a Granada. Cuando llegamos al Cementerio ví que todavía estaba bastante claro y que no era prudente mi entrada a la ciudad a esas horas; entonces le propuse a la joven quedarnos allí, en una venta, para descansar y tomarnos un refresco. Aceptaron las compañeras que yo las detuviera para tomarse el refresco. Le pregunté a la fresquera qué clase de refrescos tenía, que nos sirviera enseguida, y ella al servirlos me los pasaba a mí para que yo a mi vez se los pasara a las mujeres. En una de tantas, la vendedora me dijo: "Yo te conozco". Yo me llevé, con disimulo, la mano a la boca como indicando que se callara. Al acabar de servir los refrescos, le dije: "Quiero agua, pero del cantarito que tienes adentro", y al meterse a sacar el agua, me metí yo también, y le dije: "Tú no me conoces, ni yo te conozco. Yo soy un segoviano que vengo de los trabajos del Jefe Político Juan Bodán". "No sé", me dijo ella, "de donde vienes, pero tú eres Emiliano, el hijo de don Salvador Chamorro. No me tengas miedo que yo soy la María Masaya que junto con la Casimira te recogía armas en Managua".

A mí me pareció como algo bajado del Cielo que me enviaba un auxilio para salir bien de mi misión. Salí donde estaban mis compañeras de leña y les dije que iba a quedar allí en esa casa y ellas siguieron su camino. Entonces la María me indicó que me fuera a meter a la caseta del baño que estaba como a diez varas de la parte trasera de la casa y de allí mandé con ella una nueva carta a doña Carmela haciendo referencia a ciertas cuestiones que habían pasado entre la señorita Petrona Morales y yo cuando éramos novios y que solo muy pocas personas conocían. En esa forma, por fin, conseguí que mandara a alguien que hablara conmigo y llegó el Dr. Benjamín Cuadra, quien me conocía muy bien, y con quien, después del reconocimiento, saludos, etc., entré a platicar sobre la urgencia del envío de gente al Cerro para empuñar 200 rifles que habíamos llevado de Costa Rica, le hice ver además la necesidad de que esa gente debía llegar, si era posible, esa misma noche para poder yo asaltar Granada al día siguiente. El joven Cuadra, lleno de entusiasmo, salió a comunicarle a doña Carmela la realidad de mi estadía en la ciudad con las armas necesarias para derrocar al Gobierno de Zelaya, ofreciéndome volver esa misma noche, para comunicarme lo que doña Carmela tuviera que decirme al respecto, de cómo estaba defendida la ciudad y la manera que se juzgara más factible de atacarla con éxito.

Durante el tiempo transcurrido entre el viaje del señor Cuadra y su regreso, estuve dos o tres horas encerrado en el mismo cuartito de baño, y como había una luna muy hermosa y clara, con facilidad se veía la gente que venía por las calles y caminos que van para Diriomo y que eran los mismos que nosotros teníamos que seguir para ir a "Cutirre". Eso dió lugar a que yo estuviera muy entusiasmado en mi encierro, pues cuando pasaban grupos y grupos de gente —que realmente iban a la fiesta de Candelaria— yo consideraba que era la gente que mandaba doña Carmela a empuñar las armas que estaban en "Cutirre", fue esta una ilusión que me mató el joven Cuadra cuando me informó que sólo nueve habían podido conseguir mandar hasta esas horas de la noche. Después de esta conferencia, me despedí del joven Cuadra y de la María Masaya, a quien le agradecí el hospedaje y le dije que me parecía un ángel bajado del cielo a socorrerme en un momento difícil.

En el Mombacho

En la travesía que hice de regreso a "Cutirre", en cierta parte del camino, bastante oscuro y plantado ámbos lados de "chagüite", por un punto que llamaban "La Calera", oí ruidos y como voces entrecortadas que me hicieron sospechar primeramente que se trataba de algunas gentes del Gobierno, pero por el silencio que después siguió entre ellos mismos comprendí que eran gentes que más bien querían ocultarse para que no se dieran cuenta de su presencia por aquéllos lugares, y creí posible que fueran de la gente enviada por doña Carmela. Entonces resolví levantar la voz y decirles que ya los había visto; que no siguieran ocultándose; que yo no era ningún agente del Gobierno, sino un simple

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

trabajador de la hacienda de Bodán. Tras mis voces salieron de su escondite y nos reunimos todos e hicimos un solo grupo y caminamos juntos hacia "El Cerro".

En el trayecto cada uno de ellos me disparaba pregunta tras pregunta buscando como identificarme como verdadero trabajador de Bodán u otra persona más sospechosa, y yo me defendía bastante bien, y a la vez les ponía algunas cuestiones para identificarlos a ellos. Por fin, cuando ya estaba cerquita de "Cutirre" uno de ellos se atrevió tanto en las preguntas, que me llegó a hacer, con bastante claridad, una invitación para irme a la Revolución, a lo que yo no respondí sino hasta que estaba en la hacienda "Cutirre". Allí les dí mi verdadero nombre, y al oír que era Emiliano Chamorro, demostraron una gran alegría y me dieron abrazos tras abrazos. Lástima es que de esa gente sólo recuerde los nombres de Salvador Arana, Chico Gato, y nada más.

Esa fue toda la contribución de Granada a mi famosa expedición del Cerro Mombacho. Contando con ese contingente que yo mismo fuí a buscar a la ciudad, la Revolución entonces disponía de 36 hombres, en lugar de los 200 ó 300 que don Pedro Joaquín Chamorro y don Francisco del Castillo dijeron que encontraríamos reunidos en el Cerro. Por eso, en lugar de marchar sobre Granada, resolví hacerlo sobre Nandaime para hacer alguna llamada de atención a las fuerzas del Gobierno, a fin de que no destacara todas sus fuerzas sobre el núcleo fuerte que llegaría a tomar San Juan del Sur.

Nandaime lo tomamos con alguna facilidad, aunque hubo bastante tiroteo, pero poco tiempo después lo desocupamos, tomando siempre la dirección del Cerro y nos estacionamos en un lugar llamado "La Guaira". En Nandaime se nos incorporaron varios nuevos contingentes. Ya habían engrosado nuestras filas personas como don Dionisio Monterrey, José León Talavera, Pedro Rafael Monterrey y otros más que cuyos nombres he olvidado.

En "La Guaira" tuvimos un ataque de la caballería del Gobierno a la que derrotamos con facilidad, después de lo cual seguimos nuestra marcha a "Cutirre", siempre con la idea de atacar y tomar Granada. Pero aquí recibimos un correo de doña Carmela con la noticia de la llegada a dicha ciudad de don José Dolores Gámez, con un número de tropas como de 600, para reforzar la plaza y atacarnos con la Politécnica de Zelaya, comandada por un militar alemán llamado Coronel Varens. Con esos datos, en lugar de marchar sobre Granada resolví esperarlo allí en "Cutirre", lugar de posición estratégica. "Cutirre" en ese tiempo, tenía una parte completamente limpia, despalada o desarbolada, que quedaba frente a la casa, un poquito separada de una especie de cordillera de piedra que daba lugar a ocultar la tropa. Y yo hice precisamente eso. Hice que se extendiera la tropa detrás de las piedras y dejar la entrada libre para que Varens se metiera sin sospechar que yo estaba allí realmente.

Efectivamente, allí entró la tropa de Varens como 200 hombres, y en un momento dado los volvimos locos. Era divertido ver como corrían de un lado a otro, sin saber de donde les llegaba el fuego. Muchas de sus armas fueron abandonadas por ellos, y nosotros las recogimos después.

Pero no eran armas lo que necesitábamos, era gente que siempre nos hizo mucha falta.

Después de la derrota del Coronel Varens, recibí un correo de Granada enviado por doña Carmela Chamorro de Cuadra, —quien con gran actividad me mantuvo siempre bien informado de todos los movimientos de la fuerza del Gobierno, y quien nos enviaba constantemente provisiones, felicitándome por el triunfo y avisándome que para el día siguiente estaban preparando el envío de todas las fuerzas que tenía el Gobierno en Granada para atacarme y barrerme del Cerro.

Como no tenía interés especial en pelear y el objetivo de mi misión había fracasado, pues no era otro que el de tomar Granada y con ella el vapor Victoria, ya entonces resolví desocupar el Cerro esa misma noche, como efectivamente lo hicimos procurando destruir toda huella que pudiera servir de indicio para conocer la dirección que habíamos seguido.

Esa noche llegamos cerca de la hacienda El Volcán de los señores Monterrey, haciendo alto en un paraje adecuado. Dispusimos allí esperar el día y descansar las pocas horas que faltaban para el amanecer, para luego continuar la marcha a fin de unir mis fuerzas con las que de Costa Rica debían haber llegado a San Juan del Sur al mando de don Alejandro Chamorro, jefe verdadero de la revolución.

Don Alejandro Chamorro

No soy yo el llamado a describir la personalidad de don Alejandro Chamorro, que para mí fue el elemento humano más valioso que el Partido Conservador tuvo para enfrentarse a la lucha contra la dictadura del general Zelaya, pero diré que el señor Chamorro era un hombre elegante, inteligente, de una mirada que ejercía un dominio extraordinario sobre su interlocutor, de fácil palabra y lenguaje persuasivo; más nada de lo que yo pudiera decir sería un retrato fiel de su personalidad y sobre todo el valor que sus méritos le daban a los movimientos conservadores que se desarrollaron entonces. Desgraciadamente desapareció joven del escenario de la vida a causa de la enfermedad de amebas que padeció. Así es que para 1910, cuando cayó Zelaya, él tenía unos dos años de haber muerto.

Guerrillas en el Cerro

Como decía anteriormente, esa noche penetramos en un lugar de la hacienda El Volcán, donde como a las doce de la noche llegó un individuo que andaba en busca mía para participarme que la invasión a San Juan del Sur se había llevado a efecto, pero que había sido rechazada con sensibles bajas de nuestra parte, entre ellas la del valeroso joven Horacio Bermúdez; que después del rechazo de San Juan del Sur, se había intentado el asalto de Rivas, pero que también ese otro proyecto había fracasado, lo que ponían en mi conocimiento para que yo prosiguiera en mi actuación militar con conocimiento del fracaso de la invasión.

Solamente habiendo estado en mi lugar en el momento preciso en que recibí aquel fatídico mensaje pudiera alguien darse cuenta exacta del tremendo choque que tal información me produjo. Recuérdese que estaba en la plenitud de mi juventud, con la fe ciega de que cada uno de los que invadían era un héroe invencible, por eso aquel fracaso lo ví como que si el mundo fuera a desaparecer con la derrota de la Revolución. Así es que mi existencia la consideré de pronto innecesaria y ciego de pesimismo desenfundé mi revólver para suicidarme. Pero en el instante mismo de actuar, pasaron por mi mente, como un relámpago, los siguientes pensamientos: ¿Qué dirían los liberales de aquel acto mío? ¿Cómo lo juzgarían? Y el temor de que pudiera considerarse de que había cobardía de mi parte al poner término a mi vida, me hizo pensar que a mí me correspondía en aquel momento demostrar que era un hombre de lucha y que con solo aquel puñado de hombres podía enfrentarme a las fuerzas de Zelaya, y así lo hice, manteniendo, por varios meses, una incesante guerrilla en los Departamentos de Rivas y Granada y parte de Carazo, no habiendo salido para Costa Rica hasta que la paz entre Nicaragua y Cost Rica fue firmada, por mediación de El Salvador.

De común acuerdo con el general Luis Mena, convenimos en separarnos para hacer más fáciles los movimientos de las columnas. En ese lapso tuvimos varios encuentros con las fuerzas del Gobierno y nunca tuvimos uno que fuera de efectos desfavorables para nosotros.

Recuerdo que estando acampado en un lugar de la hacienda "San Marcos" de don Marcelino Marenco, sobre el Río Ochomogo, —cuya familia era una gran colaboradora en este movimiento revolucionario, por lo que más tarde fue arruinada por las fuer-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

zas de Zelaya, que saquearon la propiedad y reconcentraron a la familia con todo y el servicio, a Rivas—, nos estábamos bañando en el río, cuando llegó en carrera uno de los sirvientes del señor Marenco a participarnos que las fuerzas del general Francisco V. Uriarte, "Bartolito", compuesta de 200 hombres acababa de llegar. Nosotros tendríamos unos sesenta hombres. Inmediatamente pedí a todos los compañeros de baño que nos fuéramos como estábamos al campamento, y a medio vestir llegamos donde estaba el grueso de nuestra fuerza.

Al darles la noticia y las primeras órdenes de defensa, los Coroneles don Dionisio Monterrey y don José León Talavera, que montaban dos potros preciosos corrieron a ensillarlos, pero yo les ordené suspender la preparación de las bestias, a lo que ellos inmediatamente obedecieron. Yo les expliqué que esa orden se las daba para evitar que la tropa se desalentara y que viera que jefes y oficiales estábamos dispuestos a correr la misma suerte que ellos. En ese campamento teníamos dos cornetas, a quienes les dí instrucciones para que al abrirse el fuego ellos corrieran para un lado y para otro en distintas direcciones tocando: Fuego! y Carga a la bayoneta!, para infundir temor a los atacantes y que consideraran que al tocar muchos cornetas era porque teníamos muchas tropas.

El enemigo no tardó mucho en presentar su ataque y tan pronto como principió el fuego, principiaron los cornetas a funcionar, lo que dió muy buen resultado, porque al sonar por varias partes creyeron que yo tenía más gente que ellos y que no serían suficientes los 200 hombres que habían enviado para desalojarnos y se retiraron dejando unos 2 muertos. Hasta nosotros mismos nos entusiasmamos con el toque de los cornetas.

Hago mención de este encuentro porque le he dado mucha importancia al hecho de no haber permitido a mis amigos Monterrey y Talavera preparar sus bestias al principiar el fuego, y creo firmemente que el coraje que mis soldados mostraron en ese pequeño encuentro, se debió a que ellos vieron que todos nosotros estábamos también con el arma al brazo peleando junto con ellos.

No quedó en aquellos lugares una sola alma que pudiera ir a dar cuenta a la autoridad que nos habían visto y por consiguiente éramos más dueños de ese territorio ahora que antes de la escaramuza. En cuanto a nuestra alimentación nuestra proveedora, doña Carmela Chamorro de Cuadra, tenía a un señor Romero con quien nos mantenía proveídos pues ella conocía perfectamente bien todos nuestros movimientos y sabía donde mandar a buscarnos.

Después del combate con Uriarte nos fuimos al "Pital", propiedad de don José María Zavala, pero resultó que cuatro días después de estar allí se presentó el enemigo, sin darnos cuenta por quien era comandando, ni en qué número, pero el hecho es que teníamos dominadas a las fuerzas del Gobierno que no resistían mantener un fuego por más de un cuarto de hora.

Resolvimos no perder tiempo en abandonar ese lugar y salimos a la ventura, puede decirse, buscando un lugar más solitario. Efectivamente encontramos un punto en que había platanales cerca y allí decidimos quedarnos. Una carga de dulce era por entonces, toda nuestra provisión, así es que nos vimos obligados a permanecer durante nueve días a sólo agua, plátanos y dulce. Esos nueve días los pasamos sin incidente alguno.

Después de nueve días de estar en ese lugar donde sólo dulce panela y plátanos comíamos, tuvimos informes de que las fuerzas que andaban en nuestra persecución habían sido reconcentradas a la ciudad de Granada y esta fue la ocasión que consideramos propicia para cruzarnos a otro lugar en donde pudiéramos pasarla en mejores condiciones que en esa quebrada en que estábamos, y nos fuimos a un punto que queda entre la jurisdicción de Nandaime y Diriomo, que creo se llamaba "Loma Larga".

Regreso a Costa Rica

El objeto de esta nueva retirada era esperar el resultado que tuvieran las pláticas sobre el restablecimiento de la paz entre Nicaragua y Costa Rica que se discutía en El Salvador donde el Presidente Regalado hacía de mediador. En Costa Rica, según sabíamos todos hablaban públicamente de que si había una ruptura de las pláticas, entonces vendría la guerra entre ambos países y que la emigración nicaragüense sería armada por el Presidente Iglesias.

Por eso decidí salir del país con mi grupo de gente armada, y preferí mantenerme con ellos hasta no ver definitivamente lo que resultaba de todos aquellos rumores. El final, como todos saben, fue que la paz se firmó, por lo que nosotros, tres o cuatro días después, abandonamos Nicaragua para ingresar a Costa Rica y unirnos al grueso de la emigración y ponernos a las órdenes del Doctor don Adán Cárdenas, entonces único jefe reconocido del Conservatismo y a quien todos respetábamos.

En esta cruzada libertaria, que se conoce generalmente como la Revolución del Mombacho, sobresalieron elementos de Nandaime que se distinguieron por su valor y disciplina, así como por su resistencia física en las jornadas, que ya fuera de día o de noche, hacíamos constantemente. En esta misma ocasión a que me refiero se distinguió la Mujer de Nandaime representada en doña Jacinta Navarro, la que no dejó pasar un día sin darnos informes sobre los movimientos de las fuerzas de la Dictadura, ni sin mandarnos algunas provisiones, ella, a la cabeza de muchas otras amigas de Nandaime.

El entusiasmo de las familias Talavera, Rueda, Monterrey, Noguera, y la de "la Nazaria" —como era conocida aquella otra valiente mujer del pueblo— era comentadísimo, y la fuente donde el jefe expedicionario templaba su espíritu. Toda esa zona bullía de entusiasmo, por todas partes se encontraban simpatizantes. Como en Pueblo Nuevo y Belén donde hasta los perros aullaban de modo peculiar, como para que sus aullidos no denunciaran la presencia de revolucionarios. En cuántos conflictos me pusieron los perros de otros lugares que con sus inoportunos ladridos y aullidos me hacían pasar sustos y sudar helado cuando iba en cumplimiento de alguna importante misión secreta, pero no así en Belén y Pueblo Nuevo, donde la vigilancia perruna jamás me detuvo en el cumplimiento de mi obligación.

Después de mi ingreso a Costa Rica a donde llegué con una docena de mis compañeros, los más escogidos entre mi gente por su valor y buen comportamiento, pasé a Punta Arenas a visitar a algunos deudos míos como don Pedro Joaquín y don Pedro José Chamorro, —a quienes ya encontré establecidos con negocios de destace de ganado—, y a viejos nicaragüenses amigos como los Doctores Quesada, Barberena y Montiel, así como a don Juan de Dios Matus.

En Turrialba

Después de permanecer unos días en Puntarenas pasé a Turrialba, donde en sociedad con don Adolfo Díaz establecí una siembra de tabaco en terrenos de don José Bonilla, persona de familia distinguida de Cartago, cuyos miembros son amigos y familiares de la familia Díaz.

Me trasladé, pues, como digo, a Turrialba llevándome algunos de mis compañeros de armas que todavía no habían encontrado trabajo, para con ellos limpiar el terreno de la siembra.

Cuando principiamos a trabajar observé que lo que cada uno hacía al día no era ni la mitad de una tarea, y que sólo se dedicaban a dormir y a comer, por lo que pronto me di cuenta de que aquella clase de trabajadores no me convenía, más para poderlos retirar tenía que usar de alguna forma con la que ellos no se sintieran molestos, entonces decidí ejercitarme en el trabajo a machete y por varios días estuve haciéndolo. Las manos se me ampollaron al principio, pero poco a poco se fueron endureciendo igual que a cualquier peón del campo,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

y no fue sino hasta entonces que les llamé la atención al poco interés que mostraban en la empresa. Les hice ver que estábamos gastando bastante dinero que habíamos pedido a Nicaragua, que teníamos comprada ya buena cantidad de semilla, y en fin que ya llevábamos muchos gastos hechos y que el trabajo no estaba listo, que por eso les pedía que desde ese día en adelante, en vez de trabajar por el día íbamos a trabajar por tarea, y que para no disentir tocante a cuántas varas cuadradas eran una tarea, les propuse que lo que yo hiciera de las seis de la mañana a las once del día se tendría por una tarea. Ellos aceptaron encantados, creyendo seguramente fácil igualar lo que yo haría, más fue grande su sorpresa cuando al llegar a las once de ese día yo había hecho 30 varas cuadradas. Ninguno de ellos quiso coger esa medida por tarea y entonces se fueron a buscar trabajo a otra parte, a lo que yo consentí, porque aquellos mis compañeros militares eran buenos en la milicia pero malos en la agricultura y con ellos no era posible seguir el trabajo que don Adolfo Díaz y yo teníamos planeado.

Después de la partida de estos compañeros y de que el técnico que pedimos a Nicaragua llegó y principió a hacer los almácigos, con éxito tan pobre que no hubo uno sólo que prosperara, porque una vez que germinaban las plantitas se las comían las hormigas, y fue imposible tener una buena almaciguera, me ví forzado yo también a retirarme de ese trabajo, no sin antes agradecerle al Sr. Bonilla toda su buena voluntad para ayudarnos a mejorar nuestra situación económica.

En Liberia

Por otra parte, los amigos de Liberia requerían mi presencia por aquellos lugares y deseaban que yo estuviera en tal sector, donde principiaban a restablecerse los trabajos revolucionarios, pues ya estaban cansados de la quietud en que habían permanecido después del golpe que significó para todos nosotros el rechazo de San Juan del Sur.

Antes de marcharme para Liberaia pasé algunos días visitando a los amigos que estaban en los diferentes lugares y poblaciones del interior como Alajuela, Heredia, San José y Cartago.

En esta última población pasé un 2 de agosto, día de Nuestra Señora de los Angeles, que es cuando la ciudad celebra su fiesta patronal. Por eso es que había en Cartago mucha gente de otros lugares del país, mucha juventud, y mujeres muy hermosas. Entre ellas estaba una señorita de apellido Tinoco que además de su hermosura, tenía mucha gracia en el hablar y en su presencia y personalidad, la que me hizo mucha y muy buena impresión.

También visité Punta Arenas donde ví al Doctor Cárdenas, a los Torres y a la familia de los Hurtado. En toda esta travesía saqué en claro que el espíritu de la Revolución no había decaído pero que no contaba con nada positivo, pues bien sabíamos que los recursos que pudieran llegar de Nicaragua eran escasos y limitados.

Puesto ya en Liberia empecé a visitar a todos mis viejos conocidos, principalmente al maestro Cajina, Luis Mena, así como a todos los demás. En este tiempo encontré que en Liberia fungía como nuevo gobernador don Camilo Mora, hijo del ex-Presidente Mora de Costa Rica, persona muy simpática y culta pero que se había dejado dominar por las bebidas alcohólicas, aun cuando sin llegar nunca a emborracharse completamente, sí puede decirse que ya por ese tiempo vivía, como se dice, "a media asta".

18 tragos diarios

Con el General Luis Mena y con algún otro emigrado, formulamos un plan para hacernos de armas. El General Mena que era muy amigo del Comandante del cuartel, un Coronel Centeno, trataría de seducirlo para que permitiera sacar algunos rifles del Cuartel, y yo, mientras tanto, me mantendría con el Gobernador Mora con quien cultivaba buena amistad desde que nos conocimos en El Salvador, y mi misión cerca de él era la de entretenerlo para que descuidara la vigilancia que ejercía en la parte militar de la Plaza. Para esto tuve necesidad de tomarme 18 tragos diarios de cognac durante tres meses, así: tres copas antes del café, seis entre café y almuerzo, otras seis entre almuerzo y cena, y otras tres antes de acostarme. Esta era la distribución de licor que tomaba el Gobernador Mora siempre que me pedía que lo acompañara a tomar con él, y como tenía la misión de estar cerca de él tenía que hacer lo mismo que él hacía. Mas de una vez me sentí enfermo, no de la cabeza sino del estómago, al grado de tener que medicinarme. Muchas veces al recordar estas 18 copas diarias por tres meses, me sorprende el no haberme convertido en su vicioso. Felizmente aunque no soy un abstemio, nunca he sentido atracción por el licor y en cuanto al fumado, al cual era bastante adicto lo dejé como a la edad de 40 años a causa de tres ataques que tuve de influenza española en Washington. No tuve muchas dificultades, ni sufrí mucho por dejar el fumado. Al principio cuando me venían los deseos de fumar, me ponía un chocolate en la boca y con eso desaparecía el deseo, y así, insensiblemente, mi inclinación a fumar.

Jelepates y Cuerudos

Estando en ese trabajo de sustracción de algunos elementos de cuartel, me llamó mi papá a San José, pues ya vivíamos allí con toda la familia. Nuestra residencia quedaba en el Barrio de Amón, próxima a la de don Santiago de la Guardia. Mi padre me llamó para una negociación con el ex-Presidente José Joaquín Zeledón Rodríguez sobre unos terrenos que éste tenía en Nicoya y quería que yo los fuera a ver para dictaminar si realmente era conveniente adquirirlos. Hice el viaje y llegué hasta Santa Cruz, primera población bastante grande donde vivían varios nicaragüenses, entre ellos recuerdo a don Isidro Solórzano y a su hermano Rodolfo Alvarez y varios otros cuyos nombres se me escapan, pero todos eran buenos revolucionarios y muchachos de armas tomar. Varios de ellos tenían una casa bastante grande donde vivían juntos. En esta casa me hospedé yo y allí pasé la noche, en la que no dormí a causa de que apenas oscureció la cama se llenó de jelepates y de otros insectos que llamaban "cuerudos". No me explico como esos nicaragüenses tenían aun vida con las sangrías que sufrían cada noche de aquella multitud de animalitos. No exagero, pero, como reza la expresión popular, "el animalero se sentía tronar". Así fue que muy temprano salí para ir a examinar los terrenos del ex-Presidente a Nicoya, misión que cumplí con interés porque encontré que los terrenos eran muy buenos para la agricultura y para hacer potreros de los llamados de "pasto artificial".

Después recorrí casi todo el Guanacaste, viendo el estado de los emigrados y para conocer mejor donde estaba cada cual y poder informar así al Doctor Cárdenas y a Don Alejandro, con quienes siempre me gustaba estar en contacto. En esta operación empleé muchos días y luego volví a casa de mi papá para informar de la comisión que me había dado sobre los terrenos. Como mi informe era favorable creo que mi papá siguió en pláticas de arreglo con el Sr. Rodríguez, pero en esos días el General Zelaya dió la Amnistía general y abrió las puertas a la emigración. Tal suceso produjo un efecto grandísimo en todos los sectores revolucionarios y el deseo de regresar a la patria se hizo cada día más fuerte. Por todas partes sólo se oía hablar de alistamiento para el regreso a Nicaragua. Al principio creí que los Chamorros no se acogerían a esa medida, pero estaba equivocado, todos se acogieron a ella para ver si podían rescatar algo de sus intereses, mi papá fue uno de los que regresaron.

Yo, aunque veía difícil mi porvenir quedándome, tomé la resolución de no regresar y de continuar en Costa Rica, decisión mía que conocieron el doctor Adán Cárdenas, Manuel Torres, el doctor Bar-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

berena, el Gral. Mena y algunos otros de los antiguos emigrados. Don Alejandro Chamorro estuvo muy interesado en que yo regresara y por eso me decía: "Ve, Emiliano, de afuera del país no botaremos a Zelaya, porque los otros gobiernos nunca dan una ayuda completa, y si la llegan a dar, no lo hacen en tiempo oportuno, mientras que estando en el país, uno puede seguir de cerca todos los pasos del Gobierno, y si se llega a obtener cómo hacer un movimiento, entonces escoge a voluntad el momento oportuno, el día y la hora más apropiados para llevar a cabo el alzamiento". Aunque yo creía que las observaciones de mi tío Alejandro Chamorro eran de mucha fuerza, no me dejé llevar por la idea del regreso y por fin me quedé en Costa Rica. Muchos otros hicieron lo mismo. Entre las personas que decidieron no regresar a Nicaragua estaba Don Adolfo Díaz, quien logró colocarse como Secretario del Gobernador de Puerto Limón, Don Gustavo Beeche.

Juan Pablo Reyes

Un día de tantos se le presentó a Don Adolfo Díaz el señor don Ascención P. Rivas, que llegaba especialmente de Bluefields enviado por el Gobernador Intendente. El señor Rivas llegaba con la misión especial de invitar a la emigración nicaragüense para irse al Departamento de Zelaya a apoyar la Revolución que en esos momentos estaba iniciando el General Juan Pablo Reyes. Yo sencillamente creo que el señor Rivas no obró con la cordura y diligencia necesarias para tener buen éxito en su misión, porque después de hablar con don Adolfo Díaz, aunque también llegó a Cartago donde se puso en comunicación con el Doctor Cárdenas, se regresó a Bluefields.

El Doctor Cárdenas nos puso al corriente de este comisionado, que por entonces se encontraba entre Cartago y Puerto Limón, donde sólo lo vió don Adolfo Díaz. La emigración se conmovió con las noticias de la posibilidad de un levantamiento en la Costa Atlántica de Nicaragua, e inmediatamente me puse en actividad para reunir algún dinero y organizar el primer contingente de emigrados a la Costa. Efectivamente, reuní y llevé a unos cuantos a Puerto Limón, entre ellos, al General Leónidas Correa y su hermano Luis, al General Tomás Masís, a don Adán Cantón y a varios otros, hasta completar el número de 20, pero al llegar a Puerto Limón nos informó el señor Díaz que el comisionado Rivas sólo había estado tres días y que después se había regresado, y con él el vapor San Jacinto, que era un vaporcito armado en guerra que tenía a sus órdenes el Intendente General Reyes en la Costa Atlántica.

Grande fue nuestra desilusión al no encontrar al Sr. Rivas en Puerto Limón y más sentimos aun al no hallar en qué embarcarnos, pues pensábamos hacerlo en el San Jacinto.

Como dije anteriormente, don Adolfo Díaz era el Secretario particular del Gobernador Beeche y como tal nos dijo que no podíamos permanecer muchos días en Puerto Limón porque ello comprometía la neutralidad de Costa Rica. Entonces resolvimos inmediatamente enviar comisionados a Bocas del Toro, un puerto de la República de Panamá, a seis horas por mar de Puerto Limón, a buscar una embarcación que nos pudiera llevar a Bluefields. Los comisionados fueron don Adán Cantón y don Carlos Bolaños, quienes anduvieron con felicidad porque al siguiente día regresaron con una lancha de mediana capacidad, movida a vapor y vela, que nos resultó bastante confortable al embarcarnos. El transporte lo convenimos en 600 dólares, los que pagamos allí mismo.

Nos embarcamos, pues, los recién llegados y el propio Don Adolfo Díaz, y nos hicimos a la mar con viento regular, pero, a pesar de que la embarcación era de motor y vela, no adelantaba mucho pues apenas amanecimos el día siguiente frente a San Juan del Norte.

La tripulación de esta embarcación se componía de un Capitán norteamericano y dos trujillanos de Honduras.

Premonición

Cuando uno de los trujillanos nos servía el desayuno, sucedió una cosa curiosa. La conversación entre nosotros, durante todo el viaje, era naturalmente sobre la lentitud de la lancha y el deseo de que llegara el vapor San Jacinto a encontrarnos. Al oír el trujillano expresar esas ideas, nos dijo: "Que les parece, anoche tuve un sueño muy curioso". Todos le preguntamos cómo había sido el sueño. Entonces el trujillano nos dijo que él había soñado que el vapor de guerra hondureño "Tatumbla" había llegado a Bluefields a ponerse a las órdenes de Zelaya y que éste lo había mandado en persecución nuestra porque ya la revolución había fracasado. Todo aquello que nos dijo el trujillano nos pareció de lo más absurdo que podía pensarse, y le dijimos que no había medio posible de que eso pudiera suceder, y nosotros nos reíamos de lo lindo del cuento del marinero. Sin embargo, ese mismo día como a las cinco de la tarde, cuando tomábamos un refrigerio estando a la altura de Monkey Point, alguien gritó: "Allá viene el San Jacinto!" Todos nos levantamos a divisar el vapor, brincando de contentos, creyendo que en verdad era el "San Jacinto", pero el trujillano nos dijo con mucha calma: "Es el Tatumbla, el vapor del sueño, que viene directamente a capturarnos". Y efectivamente, eso sucedió pocos minutos después.

El Tatumbla era un barco de hierro, un barco en toda regla, y la lanchita en que nosotros íbamos era una, pequeñita, de madera, endeble, que no parecía capaz de provocar la ira con la que su Comandante Buezo hizo que se nos echara encima para hundirnos.

Ese militar hondureño, de familia de regular posición en Honduras, en este caso se mostró sin el más pequeño sentimiento humanitario. Si no hubiera sido por la habilidad del Capitán de nuestra lancha, que la maniobró de modo de que la proa del Tatumbla no la partiera medio a medio sino de que la agarrara por la popa, esa noche habríamos quedado en el fondo del mar.

Cuando el vapor chocó con la lancha, todos aquellos que estaban más próximos pudieron abordarlo, lo cual produjo alguna confusión entre los soldados pues obstaculizaba las órdenes de fuego que les daba el Comandante Buezo.

Don Adolfo Díaz, que había renunciado a la secretaría, y yo, íbamos en la bodega de la lancha, salimos afuera y nos dimos cuenta que ya habían despegado el vapor de la lancha, y por eso no pudimos pasarnos. El señor Díaz furioso, decía indignado: "Quisiera tener un cañón para hundir ese barco, por estúpido!"

El cable con que amarraron la lancha para remolcarla, después de un rato se rompió, y entonces desde la lancha oíamos las voces del Comandante Buezo, de preparar los cañones y hundirnos, pero seguramente iban oficiales en ese barco, de sentimientos más humanitarios, y por eso el hundimiento no se efectuó.

Por fin, como a las nueve o diez de la mañana llegamos a El Bluff. Aquí estaban ya todos los liberales que de Managua habían llegado con Aurelio Estrada para hacerse cargo de la Costa. Muchos de esos liberales habían recibido noticias de quienes éramos los presos y ya estaban en El Bluff esperándonos, y al bajar nosotros del barco entre la custodia de soldados hondureños nos recibió la oficialidad nicaragüense sin muestras de hostilidad, más bien con cierto aire de simpatía. Algunos de ellos quisieron saludarme llamándome por mi nombre, mas yo le dije a uno de ellos a quien conocía muy bien porque trabajaba en mi casa, que a mí no me saludara ningún liberal porque no le contestaría el saludo, así es que desde ese momento seguimos en completo silencio y ya no hubo manifestaciones de simpatía, aunque tampoco de burlas ni hostilidad.

Don Belisario Porras y Capitán Vividea

Ya presos nos llevaron a presencia del Capitán

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Vividea, bajo cuya custodia permanecimos todo el tiempo que estuvimos en El Bluff. Luego fuimos llevados a declarar ante un Tribunal que había sido nombrado, y del que formaba parte como Auditor de Guerra el Doctor Belisario Porras, entonces jefe del Partido Liberal de Panamá, de cuya República fue años después Presidente, y que andaba emigrado en Nicaragua.

El Doctor Porras en su carácter de Auditor tomó declaración a todos los prisioneros y entiendo que también a la Oficialidad del Tatumbla para conocer de las condiciones en que habíamos sido capturados. La impresión que tuvimos los prisioneros de la actuación del Doctor Porras fue de que procedió con imparcialidad y de que no puso nada de su parte para agravar nuestra situación.

En El Bluff estuvimos prisioneros cerca de mes y medio, y una noche, tres o cuatro días antes de embarcarnos para el interior, el Capitán Vividea llegó al lugar donde dormíamos con una lista y una escolta de cuatro soldados, mandó encender las luces y ordenó que todos deberíamos estar listos para salir de sus camarotes en cuanto fuera leído su nombre. Dió principio a la lista llamando a Adolfo Díaz. Al oír el nombre de Adolfo Díaz le dije que el nombre que seguramente quería decir era el de Adolfo Vivas, que era el que tenía causa más grave en su contra porque estaba al servicio del Gobierno cuando secundó el movimiento del General Reyes, mientras que Adolfo Díaz no había cometido ningún acto de insurrección, pero el Capitán Vividea sostuvo que era Díaz el nombre y no hubo medio de convencerlo de otra cosa. Después de esto no hubo otro incidente, ni objeción, y todos los que fuimos llamados nos pusimos en fila y enseguida se nos ordenó marchar, en medio de la oscuridad de la noche, hacia un bosquecito de cocales que había en una hondonada de El Bluff.

Allí nos mandó a formar otra vez y nos comunicó que nos llevaba a ese sitio para cumplir las órdnes que tenía de fusilarnos. No éramos muchos los prisioneros, unos seis o siete, y ya se pueden imaginar cómo nos cayeron esas palabras. Todos enmudecimos y nadie osó responder en ninguna forma. Después de formar la escolta frente a nosotros y de tenerla lista dió la orden de preparar las armas y aun de apuntarnos, mas al dar la de: Fuego! dijo: "Fuego, pero con esta botella de whisky para que la bebamos!"

A esta grosería del Capitán Vividea contestamos corriendo a coger la botella, pero el que anduvo más listo fue don Adán Cantón, quien no tomaba licor, y que sin embargo en esa ocasión se tomó un buen trago, de modo que a nosotros nos parecía que nunca iba a dejar la botella. Después, sin reprochar la conducta de Vividea, nos tomamos un trago cada uno y lo abrazamos y nos volvimos todos muy contentos, otra vez a la prisión, considerándonos aun como resucitados.

A la Penitenciaría

Tres o cuatro días después de este suceso, nos embarcaron para el interior en el vapor Yulo que debería dejarnos en San Juan del Norte. Algunos de nosotros fuimos engrillados, mas al llegar a bordo del Yulo el Capitán del barco le dijo al que comandaba la escolta que nos conducía que aquel barco era Inglés y que las leyes inglesas no permitían prisioneros engrillados o maniatados a bordo de sus barcos mercantes. Tuvieron, pues, que volvernos nuevamente a El Bluff para que nos quitaran los grillos y así, después de hecha esa operación, volvimos a embarcarnos sin estropiezo alguno y desembarcarnos en San Juan del Norte con toda felicidad.

En San Juan del Norte nos hospedamos en una especie de hotelito, regentado por cierta joven que en Matagalpa había sido causa de que un macho chúcaro o cerrero casi terminara con mi vida. Con esta joven tuve muy poca comunicación, se mostraba muy seria y sin deseos de hablar, pero en un momento en que no había gente que pudiera oírla, me dijo: "De aquí es muy fácil escaparse para Costa Rica, si quieres te preparo la fuga". "Voy a hablar con otros compañeros", le dije, y efectivamente hablé con Adolfo Díaz, quien me dijo: "No. Yo sigo el viaje a Managua". Eso mismo resolví yo, así es que en otra pequeña oportunidad que tuve de hablar con la joven, le rendí las gracias y no volvimos a tocar ese asunto. Creo que ese mismo día o el siguiente salimos para el interior.

Era la primera vez que navegaba por el río San Juan. Sus vegas me parecieron bellísimas, y ví el Castillo que estaba ya por entonces en un estado de total abandono.

Llegados que fuimos a Managua, nos llevaron a la Penitenciaría, donde se distribuyó a los prisioneros en diversas celdas, habiéndonos tocado a Adolfo Díaz y a mí la Número 13. Era Comandante entonces de la Penitenciaría el Coronel Narciso Robleto (El Macho), hombre muy seco y poco comunicativo con los prisioneros, pero más tarde fue sustituído por el Coronel David Fornos Díaz, quien se mostraba bastante amable con nosotros y hasta se permitía bromearnos en algunas ocasiones. La duración de esta prisión fue de siete meses para Adolfo Díaz y de nueve para mí.

Durante este lapso hubo varios conatos de revolución y de conspiraciones fracasadas, y el número de prisioneros políticos aumentaba o se renovaba con frecuencia. En una de tantas llegaron presos mi papá y varias otras personas de León y de Rivas. Aquella nueva tanda de prisioneros nos alegró creyendo que se trataba de algo serio, pero según me dijo mi papá el motivo por el cual los pusieron presos era porque el General Zelaya estaba ayudando a la revolución liberal levantada contra el gobierno conservador de Colombia, y Zelaya había enviado fuerzas a Panamá, las que habían sido derrotadas dos o tres días antes, y por temor a la repercusión que esta derrota pudiera tener en Nicaragua puso presos a sus adversarios. Estos, sin embargo, no tardaron mucho tiempo en la cárcel, y cuando salieron ellos, salimos también nosotros.

El día que salí libre de la Penitenciaría me sentí muy extraño en Managua y al principio encontré difícil el amoldar mi vida a las nuevas circunstancias; pero después de unos pocos días ya todo lo encontraba normal y entonces pensé en reanudar la vida que llevaba cuando me habían expulsado del país.

Lastenia Enríquez

Por ese entonces estaba muy próximo a casarme con una señorita de la sociedad de Granada, aunque, cosas de la juventud, tenía intereses sentimentales con algunas otras jóvenes en otras ciudades del país. Al llegar a Granada, mi tío don Pedro José Chamorro, que parecía ser el encargado de mi novia, medio en serio y medio en broma, me preguntó si llegaba para casarme, y yo le contesté que andaba viéndola de nuevo para convencerme si me hacía la misma impresión de antes.

No recuerdo si fue esa misma noche, o unos dos días después de mi llegada a Granada y de mi conversación con mi tío Pedro José, que salí con la referida señorita y Angélica Lacayo, íntima amiga de ella, a tomar "chicha" a la chichería de Jalteva, propiedad del Cabo Luis Salguera, la cual estaba muy en moda en ese tiempo. Estando en ese lugar con nuestras bebidas servidas ya, entró Maximiliano Enríquez con unas tres jóvenes más. En el acto las reconocí y me dí cuenta que una de las acompañantes era la joven Lastenia Enríquez, que era también una de mis pretendidas, a que me he referido anteriormente. En esta ocasión la ví bastante cambiada, y no me causó mucha impresión, por lo que no me moví de donde estaba sentado, mientras ellas se acomodaban en otra mesa. De allí se levantó Maximiliano y se dirigió a mis compañeras y a mí para saludarnos y decirnos que había llegado a Granada con sus hermanas Flora y Lastenia y su prima Josefina. Entonces me levanté yo y me fuí con Max a saludarlas, quedándome un corto rato a pla-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ticar con ellas. En ese momento ví que efectivamente Lastenia parecía un tanto mal de salud. Luego me despedí y volví a ocupar mi asiento con mis compañeras, con quienes comenté mis impresiones y quienes conocían de mi inclinación hacia ella.

Sin embargo, la realidad era distinta, porque esa noche no pude conciliar el sueño, pensando en Lastenia, recordando nuestros juveniles amores en Comalapa, bajo el árbol de chilamate donde me veía con ella cuando yo andaba huyendo de los soldados de Zelaya, y ella llegaba con sus amigas al atrio de la Iglesia detrás de la cual se erguía el hermoso árbol que todavía existe y bajo cuya sombra platicábamos hasta que sus amigas nos avisaban del peligro de ser descubierto. Repasaba en mi mente todos los nuevos detalles de su persona que me pareció redescubrir, y muy temprano, antes de las seis de la mañana, estaba ya buscándola en su casa, lo que le hizo a ella mucha gracia porque ni siquiera se había levantado. Me estuvieron dando bromas por esto y la mayor parte del día lo pasé con ella.

Con la presencia de Lastenia en Granada se renovaron en mí los sentimientos amorosos para ella y la visitaba, como decía, durante todo el día, y esto sucedió todo el tiempo que ellas permanecieron en la ciudad y cuando emprendieron el viaje de regreso las fuí acompañando a caballo hasta Malacatoya, ocho leguas mas o menos distante de Granada, precisamente hasta la propiedad que mas tarde recibió el nombre de "Santa Lastenia".

Ni mi presunta novia de Granada ni ninguna otra persona de mi familia, manifestaron reprobación alguna por esta renovada inclinación mía.

Noviazgo y casamiento

Aunque no veía ya en Lastenia la frescura de anteriores años, quedé nuevamente prendado de ella y poco tiempo después, en vista de que no tenía que hacer en mi casa, decidí irme para Comalapa a trabajar con mis propios esfuerzos y con muy poco dinero. Me dediqué, entonces, a la compra y venta de ganado gordo y una de mis transacciones fue la de comprar unos cuatro o cinco novillos cimarrones, que aunque los obtuve a bajo precio me resultaron muy caros, porque tuve que invitar a muchos buenos campistas de los alrededores para poder agarrarlos, mas después de lograrlo, eran tan bravíos que se acalambraron dos de ellos y se murieron.

Pero si mis negocios ganaderos no iban muy bien, mi noviazgo progresaba admirablemente, hasta que llegó el momento en que convine con Lastenia en fijar la fecha para nuestro matrimonio. Entonces fuí a comprar algunas cositas a Granada que nos habrían de servir en nuestro nuevo estado.

Por supuesto que para muchos de mis parientes fue una sorpresa la noticia de mi matrimonio y recuerdo bien que mi tío don Rosendo Chamorro fue expresamente a buscarme a la Iglesia de la Merced, donde estaba oyendo misa, para hablarme en el atrio de su temor de que el matrimonio entorpeciera mi actividad política, y para informarme de que según mi tío Alejandro Chamorro estaba por estallar un movimiento revolucionario contra la dictadura imperante. Traté de desvanecer el temor expresado por mi tío Rosendo, diciéndole que no tuviera ningún cuidado conmigo puesto que yo era un hombre decididamente de acción, enemigo declarado del dictador; que donde y como estuviera respondería siempre al llamado de la Revolución, que si iba saliendo de la Iglesia de casarme con Lastenia y me daban el aviso del movimiento rebelde, que dejaría a mi esposa en la puerta y que me iría a incorporar a las fuerzas de la protesta armada. Y le prometí que ese sería mi comportamiento y no otra mi actitud, así es que le repetí que no se preocupara por mi matrimonio pues que todo seguiría su curso normal como si nada hubiera sucedido.

Mi matrimonio se efectuó el 12 de Noviembre de 1900, de manera que mi vida de casado comenzó con el siglo. En casa de Lastenia pareció que a todos agradaba el matrimonio menos a su mamá, la que siempre se opuso, aun el mismo día en que se llevó a efecto, pues me hacía demostraciones de hostilidad y ni siquiera me dirigía la palabra.

Tal como ahora, el matrimonio civil debía celebrarse antes que el eclesiástico. En Comalapa el que realizaba los matrimonios era el Juez Local, por entonces don Eliseo Fernández, hermano de Teodoro Fernández que había sido enamorado de Lastenia. Habíamos convenido con el Juez en que llegaría a las siete de la noche a la casa de los padres de la novia para realizar el matrimonio, mas dieron las siete, y el Juez sin llegar, y dan las ocho, y las nueve, y nada de Juez. Yo comencé a pensar que eran maquinaciones de su hermano, el pretendiente herido en su amor propio, que quería impedir el matrimonio a todo trance. Por fin apareció don Eliseo cerca de las diez de la noche, atrasado, nos dijo, por unos enfermos graves a quienes él tuvo que atender, pues también las hacía de médico, y ya no hubo más demora para efectuar el contrato civil.

Después de esta ceremonia nos trasladamos a la Iglesia y el señor Cura, el Padre Andrés Marenco, ofició el matrimonio religioso, a continuación del cual, con los pocos amigos que nos acompañaban, nos fuimos a nuestra casa, que era la de don Gregorio García, una de las mejores del pueblo, y por la que pagaríamos de alquiler diez pesos al mes. Esa misma noche recibimos noticias de que Hercilia, mi hermana que vivía en Camoapa, estaba muy grave con fiebre perniciosa, así es que en la madrugada tuve que ir a verla.

Efectivamente estaba enferma mi hermana, mas con el favor de Dios y las atenciones de don Teodoro Baca, médico práctico del pueblo, se logró dominar la fiebre y al fin curar a la enferma, por lo que sólo estuve dos días lejos de mi esposa.

Instalamos una ventecita en nuestra nueva morada y poco a poco nuestra economía fue mejorando, de manera que al cabo de dos años logramos tener ya algunos fondos que nos permitieron trabajar con mayor desahogo. La vida en Comalapa se sucedía con alternativas de tranquilidad y otras de zozobra bajo la persecución inclemente que me hacían las autoridades por orden del Comandante General de la República, no obstante eso, mi negocio de compra y venta de ganado lo mantenía en vías prósperas, pero desde que ocurrió la voladura del Cuartel Principal de Managua el sostenimiento mío por aquellos lugares se hacía casi imposible.

Perseguido

Ya no quedaba lugar que no fuera recorrido e investigado por las escoltas que andaban tras de mí. En esas condiciones llegué un día de tantos a la propiedad de don Cayetano Aráuz, en las Montañas del Tesorero para recibir unas vacas gordas que le había comprado. Esa familia Aráuz me tenía y me tuvo siempre bastante cariño y cuando me vieron, se asustaron, por que uno de ellos que había llegado del pueblo de Camoapa, llevó la noticia de que ese mismo día había sido volado e incendiado el Cuartel Principal de Managua y que estaban apresando a todos los conservadores por lo que en tales circunstancias no pensaban que yo debiera de quedarme por aquellos lugares.

Para mí fue una grandísima sorpresa la voladura del Cuartel, por que en ningún tiempo se había hablado de tal cuestión, ni siquiera como una posibilidad de debilitar al Gobierno de Zelaya. El hecho de encontrarme yo por aquellas montañas y no en Managua donde tal suceso acontecía era y es la prueba más evidente de que la voladura del Cuartel Principal fue obra espontánea de algún explosivo y no de maquinación política. Para mí la muerte de Castro y Guandique, dos magníficos ciudadanos, será siempre una mancha indeleble de sangre inocente que llevará el Liberalismo, perpetrado para infundir el terror en la ciudadanía nicaragüense, fue un grave error de los que frecuentemente cometen las dictaduras.

En todo caso, el Partido Conservador fue ajeno a ese hecho lamentable, del que no conocimos los hombres que teníamos la dirección en ese entonces

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

del Partido Conservador, sino hasta que el Cuartel estaba convertido en un montón de escombros.

El Presidente Zelaya intentó inmiscuir en el injusto proceso contra Castro y Guandique a los señores don Fernando Solórzano, doctor José María Silva, don Marcial Solís, don Tomás Alvarado, don José Miguel Gómez, don Procopio Pasos y a mi padre don Salvador Chamorro, contra quienes quería extremar su saña y manchar al Partido Conservador.

Con la destrucción del Cuartel Principal se multiplicaron las órdenes de captura en contra mía, y confieso que esa persecución me puso en un estado de nerviosismo, que casi podría llamar suicida, que me hacia comprar los caballos más corredores de la jurisdicción para entrenarlos y entrenarme yo mismo a correr entre los montes con el revólver en la mano, haciendo ademanes de disparar pero sin verificarlo. Es decir, sin haber visto nunca una película tejana, me entrenaba como para hacer de "Cowboy", de modo que antes de temer el encuentro con mis perseguidores, me parecía que antes bien tenía deseos de habérmelas con ellos, como si aquellos mis caballos pudieran ser más veloces que una bala.

Al mismo tiempo, los movimientos políticos seguían activos y las persecuciones contra mi persona eran constantes, las más de las veces con órdenes rígidas de la autoridad central de Juigalpa de capturarme vivo o muerto. Así es que constantemente tenía que mantenerme alerta, viviendo en distintos sitios de la jurisdicción. Felizmente el pueblo simpatizaba mucho conmigo y con mi familia, por lo que frecuentemente me avisaban de antemano las salidas de las escoltas para que no corriera peligro de ser capturado. De todas aquellas gentes al único a quien nunca pude suavizar fue a mi maestro de escuela don Esteban Robleto, a quien, sin embargo, yo siempre traté con respeto y guardé toda consideración, hasta el punto de que sus hijos y su esposa eran amigos míos y aun partidarios. En cambio el comandante local, que era en aquel entonces don Higinio Somoza, siempre contribuyó en todo lo que pudo para que yo no cayera a la cárcel, o fuera muerto en los montes, tirado por los soldados que me perseguían. Su buen comportamiento para conmigo jamás lo he olvidado y guardo por su memoria un recuerdo muy cariñoso.

Conspiraciones

Mi tío don Rosendo Chamorro estaba muy bien enterado de los trabajos políticos que tenía emprendidos su primo don Alejandro, así como lo estaba también yo, que desde Comalapa iba frecuentemente de incógnito a Granada a sostener conferencias con ellos. Otro de mis tíos que tomaba participación muy activa en esta conspiración era don Alberto Chamorro, ardiente anti-Zelayista que frecuentemente ayudaba no sólo con sus valiosas indicaciones sino con sus frecuentes contribuciones de fuertes sumas de dinero, y ya que menciono a estos importantes colaboradores, no puedo dejar de mencionar a don Martín Benard, progenitor de distinguida familia nicaragüense, quien con una labor eficaz, hija de su entusiasmo de joven, fue, bien puede decirse, junto con los otros señores mencionados, el alma del movimiento revolucionario.

En una de esas conferencias, mi tío Alejandro me recordó lo que me había dicho en Costa Rica sobre que era mejor conspirar en el interior del país que hacerlo fuera de él, y que si no me parecía así que observara lo que él ya había conseguido, esto es; todas las claves de la Comandancia General con los Comandantes Departamentales, entendimientos con algunos Jefes Políticos o Mayores de Plaza, y además con un armamento en Granada, aunque a decir verdad, más tarde se vió que este armamento no existía.

La conspiración siguió su curso y yo me mantuve siempre bien informado de ella hasta que un día de Febrero se me llamó a Comalapa para que llegara a Granada.

Con mi tío Alejandro pasé conversando varios días y me expuso todos los trabajos que tenía y otros que estaban pendientes. Para esperar el resultado de esas combinaciones me trasladé una noche a la casa de Mama Dominga, es decir a la casa de mi Papá, quien se encontraba en ese entonces trabajando en Panamá. Allí encontré a don Filadelfo Chamorro, hijo menor del ex-Presidente don Pedro Joaquín Chamorro quien estaba oculto en una pieza donde tenía preparado un buen escondite, pues en ese tiempo las casas principales de Granada rivalizaban en cuanto a cual de ellas tenía un escondite mejor preparado y de más fácil acceso, única manera de salvarse algunas veces de pasar meses y aun años en la prisión. Allí en la pieza que ocupaba mi tío Filadelfo se preparó mi alojamiento y por varios días fuí compañero de hombre tan simpático como era mi tío "Lepo".

Cuando volví donde mi tío Alejandro, que ya tenía en mano los datos que había estado esperando, resolvimos proceder a iniciar la revolución en la ciudad de Granada, para lo cual llamamos a don Anselmo H. Rivas, gran patriota y excelente ciudadano, para que fuera a hablar con el Gral. don Joaquín Zavala a fin de que aceptara la misión nuestra de ir juntos donde don Marcos Urbina a solicitarle la entrega del armamento que había quedado oculto en una alacena de la casa solariega de doña Adela Chamorro de Zavala y doña Carlotita Chamorro de Costigliolo, casa que por compra pasó a poder de don Marcos Urbina, excelente conservador y de los hombres del Consejo de ese Partido. El Gral. Zavala aceptó ir en la Comisión con don Anselmo Hilario Rivas, para obtener de don Marcos la entrega de las armas que la Junta de Gobierno que se disolvió en Granada después del triunfo de la contrarrevolución del 11 de Julio de 1893, había dejado ocultas en la citada casa de la familia Zavala Chamorro. Pero el Sr. Urbina aseguró a nuestros comisionados que él, antes de ocupar la casa, la había reconstruído y que podía asegurarles sin temor alguno de equivocarse que allí no había un solo rifle.

Con aquel andar característico de don Anselmo volvió a nuestro escondite para informarnos del resultado de su misión y para darnos la opinión del Gral. Zavala, que consideraba que debíamos de desistir del levantamiento en Granada, porque si fracasábamos, las fuerzas del Gobierno del Gral. Zelaya arrasaría el comercio y aun a la ciudad misma. Antes de que hablara ninguno de los que allí estábamos le dije a don Anselmo: "El Sr. Zavala no quiere el movimiento en Granada para no exponer a la ciudad? Pues, bien dentro de ocho días tendrá el movimiento en Chontales y las consecuencias serán las mismas para Granada y su comercio, no obstante la fuerza que le quita a la revolución el que no sea en esta ciudad su iniciación". Todos acogieron con agrado mi promesa y don Anselmo se retiró con su franca sonrisa, al mismo tiempo deséandome mucho éxito y pidiéndome que no olvidara que "el Patriotismo es la virtud más noble del ciudadano". Ido don Anselmo, quedaron todavía don Alberto Chamorro Quesada y don Martín Benard, quienes frecuentemente llegaban a ver a mi tío Alejandro. Uno y otro eran elementos de mucho valor para el movimiento revolucionario que con don Martín tenía abiertas las cajas de hierro de los capitalistas y con don Alberto además se disponía de un gran impulsor, sujeto de muchos recursos intelectuales, y hombre muy desprendido económicamente cuando se trataba de la causa de su Partido. Con pena expliqué a estos amigos que lo que había dicho a don Anselmo respecto al levantamiento de Chontales era más bien un impromptu mío; pero que era muy factible poderlo realizar, según me había dado cuenta por el estado de ánimo de todos los chontaleños, pero que para llevarlo a cabo necesitaba que mi tío Alejandro me diera unos treinta rifles que él tenía realmente en Granada y los cuales mandaría a llevar con mi hermano Evaristo Enríquez. Recibida la promesa de mi tío Alejandro para que contara con esas armas, quedamos convenidos que a las siete de la noche saldría para Chontales y efectivamente a

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

esas horas me despedí y me fuí a pie al caserío de Los Cocos en la costa del Lago. Allí busqué un botero conocido mío para que me llevara a palanca hasta la Hacienda "La Estrella" de don Benicio Guerrero, donde había dejado mi bestia. Llegado a "La Estrella" fuí recibido por el propio don Benicio que se encontraba en dicha hacienda y quien mandó prepararme un buen desayuno y que buscaran mi bestia y me la alistaran. Una vez desayunado y ya con la bestia lista, me despedí del señor Guerrero, le dí las gracias por sus atenciones y tomé el camino para Comalapa, caminando como siempre lo hacía, a trechos por el camino real y a veces por veredas, hasta llegar a la población para ver a mi esposa y disponer el levantamiento del Departamento.

Toma de Juigalpa

De Comalapa resolví enviar un correo expreso a la ciudad de Juigalpa para que se citara a los señores Virgilio Molina R., Arsenio Cruz, Adolfo Cruz, Manuel J. Morales, Rafael Suárez, Licenciado Juan Eligio Obando, Coronel José Dolores Pérez Mairena y don Wenceslao Ocón a fin de que se reunieran conmigo en un punto de una quebrada seca, por la hacienda Santa Juana, bajo un frondoso árbol de chilamate que allí había y que aun existe.

Una vez reunidos allí les informé del objetivo de mi llamada, del fracaso del movimiento que debía iniciarse en Granada y sobre todo de mi enérgica declaración a la comisión conservadora de que antes de ocho días estaríamos levantados en armas en Chontales. Mis compañeros le dieron decidida aprobación a mis ideas y nos dedicamos inmediatamente a elaborar un plan para realizarlas. Este plan requería naturalmente mi traslado a Juigalpa el día fijado para iniciarlo y se convino en que Rafael Suárez, buen conocedor de todos aquellos lugares, sería la persona que llegaría por mí a Comalapa. Ya al ponerse el sol nos despedimos y Rafael me acompañó hasta mi casa. Como era hombre activo, que siempre trabajó con grandísimo interés por el buen éxito de este movimiento, envié a su regreso las últimas instrucciones para los Molinas y Manuel J. Morales, que eran los que hacían de cabecillas del grupo. El día señalado llegó Rafael Suárez a Comalapa cumpliendo con todas las instrucciones dadas, tomando las precauciones debidas y demás medidas indicadas. Coincidía exactamente ese día con la fecha que le había indicado al general don Joaquín Zavala por medio de don Anselmo H. Rivas en aquella nuestra última reunión en Granada.

Una vez llegado a Juigalpa me llevaron a hospedarme a una casita solitaria que quedaba en "El Corralillo" una altura frente a la ciudad, al Poniente. Luego que Suárez me dejó instalado, se fue en busca de los señores arriba mencionados, quienes llegaron poco después a la casa. Allí conversamos sobre todo lo ocurrido en los pocos días transcurridos desde que nos habíamos reunido en SANTA JUANA; revisamos el plan de la toma de Juigalpa; calculamos la hora en que llegaría mi hermano Evaristo Enríquez con los treinta rifles que don Alejandro Chamorro me había ofrecido entregar en la Costa del Lago de Granada. De la información que me dieron no aparecía ninguna indicación de que el Gobierno pudiera estar en conocimiento de que se iba a verificar un movimiento revolucionario. Esto era en la mañana del 19 de Mayo de 1903.

El incidente con el Capitán Zamora

Antes de seguir adelante o mejor dicho antes de iniciar el movimiento de esa fecha que brotó como espontáneo en el Departamento de Chontales, he de permitirme referir una anécdota que he juzgado de gran significación, porque enseña de lo que es capaz el corazón del hombre ante los dolores de la humanidad. Ese caso es el del Capitán Salomé Zamora, quien era jefe de una fuerza militar que andaba en persecución mía de orden del Comandante Departamental don Dionisio Báez, para que me capturara, "a como diera lugar". El Capitán Zamora había estado anteriormente a registrar el pueblo en busca mía y de allí se había ido, siempre persiguiéndome, a recorrer la jurisdicción y las montañas de Comalapa, pero no encontrándome en ninguna parte regresaba nuevamente a la población. Mientras tanto sucedió que ese día de su regreso había amanecido mi "Tata" Evaristo, esposo de mi madre, en un estado gravísimo, por lo que ella, que sabía el lugar donde yo me encontraba, dispuso mandarme a llamar. Con el mismo mensajero me fuí al pueblo, entré a casa de Lastenia, mi esposa, para saludarla y tranquilizarla respecto a mi estadía en la casa de mi mamá, donde estaría muy vigilante para evitar cualquier dificultad con la autoridad. Llegué a la casa de mi mamá y efectivamente la encontré llorando y a mi Tata don Evaristo en un completo estado comatoso, aparentemente ya no conocía a nadie, ni podía hablar, ni dar ninguna señal de vida; su cuerpo estaba paralizado a causa de un fuerte ataque nefrítico. Poco rato después de haber llegado yo a la casa, vino una chiquita corriendo, que mandaba mi esposa, para avisarme que el Capitán Zamora estaba en ese momento entrando a la población. Tanto mi mamá como las otras personas que oyeron el relato de la niñita me instaban para que huyera, que saliera por el patio y cogiera el monte antes que los soldados me vieran, pero yo me resistí a toda insinuación y formulé en mi mente otro plan que estaba más de acuerdo con el estado de ánimo que ya he descrito. Requerí mi revólver que llevaba en la bolsa derecha del pantalón y me asomé a la ventana para ver si Zamora venía siempre en dirección de la casa, pero precisamente me asomé cuando doblaba otra calle y sus soldados, como en número de quince, estaban subiendo a lo alto del corredor de la casa de don Ricardo Alvarez. Inmediatamente después ví a don Ricardo, dueño de la casa ofrecer un asiento al Capitán Zamora y tomar otro él para sentarse, arrecostándolo a uno de los lados de la puerta, Zamora arrecostó el suyo al otro lado. Después que ví toda aquella maniobra, salí de mi casa para donde ellos estaban con la mano dentro del bolsillo empuñando bien mi revólver Smith-Wesson, Cal. 38. Zamora estaba de espaldas, en cambio el Sr. Alvarez permanecía de frente; pero de éste yo estaba seguro que no diría nada a Zamora porque éramos muy buenos amigos. Al llegar donde estaban sentados Zamora y Alvarez, sin darles tiempo de incorporarse, dije: "Capitán Zamora, hágame favor de permitirme", y pasé en medio de los dos para el interior de la casa. El respondió: "Con mucho gusto", levantándose y siguiendo tras de mí hasta el traspatio donde me detuve porque allí estábamos separados de los soldados, y lo que habláramos no sería escuchado por ellos, ni por alguna otra persona.

Sin formalismo alguno, mas con la mano siempre en el bolsillo y empuñando mi revólver, le manifesté que conocía las instrucciones que tenía del Comandante Departamental para capturarme y que por eso había resuelto hablarle para hacerle saber la situación dificilísima que me encontraba con el esposo de mi madre al borde de la sepultura, ya entrado en coma, y mi madre en un estado de desesperación por la inminente muerte de su esposo, sin nadie que le ayudara a sostenerla en aquel difícil trance; que a mi "Tata" Evaristo y a mi madre yo era deudor de los grandes sacrificios que habían hecho por mí; que por eso llegaba para pedirle que saliera con sus soldados fuera de la población para que me dejara con toda libertad cumplir con mi deber para con mis padres. Todas estas últimas palabras sentía yo mismo que las estaba pronunciando con un acento, no de amenaza, pero sí de profunda sinceridad, y además indicando: "Aquí abajo tengo mi revólver". Sea como fuere, el hecho fue que yo mismo me resistía a dar crédito a mis oídos, cuando con toda calma el Capitán Zamora me dijo: "Dentro de dos horas saldré de la población, pero antes iré a visitar a su mamá y a don Evaristo, de

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

quienes soy amigo. Váyase a la casa y no se deje ver cuando yo llegue". Así lo hice.

Y ahora que menciono este acto generoso del Capitán Zamora, quiero también mencionar otro suceso, no menos digno de alabanza, como fue el que me sucedió en otra ocasión con un soldado que pasaba a la orilla del cerco de piedra del corral de don Agustín Miranda, donde me encontraba recibiendo un ganado que al día siguiente mandaría a vender a Managua. Sucedía que regresaba una escolta de buscarme por las montañas de Miragua. Los soldados venían cansados y un poco desorganizados, y éste que pasaba de los primeros, vió que había gente en el corral, me reconoció y llamándome, me dijo: "Váyase inmediatamente, pues venimos de buscarlo por todas las montañas, y si lo ve mi jefe va a apresarlo". Casi sin tiempo para darle las gracias "cogí la breña" y no me volví a aparecer en la población sino hasta que la escolta se había ido del lugar.

Para cumplir con mi promesa al Capitán Zamora, después del entierro de don Evaristo no regresé ya del Cementerio a la población, pues pensaba que los amigos de Juigalpa habían despachado ya al baqueano para llevarme, conforme lo teníamos arreglado.

Revolución de 1903

Como decía, el 18 de Mayo, muy de mañana, llegó Rafael Suárez a Comalapa. El era el baqueano que me conduciría a Juigalpa. En casa de don Ceferino Enríquez, mi suegro, donde ya lo esperaba yo, después que desayunó, montamos y seguimos para Juigalpa conduciéndonos por senderos extraviados donde no había peligro de ser vistos por ninguna escolta. Ya en Juigalpa me condujo a una casita que estaba desocupada y que quedaba un poquito fuera del núcleo de la población y de la cual él tenía las llaves. Me alojé allí y él se fue para la población a llamar a los amigos quienes fueron llegando uno a uno, hasta que nos reunimos todos, los mismos que habíamos estado en la quebrada de Santa Juana, hicimos una revisión general de la situación y de las posibilidades de éxito en el plan revolucionario, si se lograba introducir la confusión en el mando de las autoridades juigalpinas.

De los informes que obtuve de mis compañeros saqué en claro que ellos no tenían realmente nada preparado, ninguna combinación con el cuartel, ninguna gente especial preparada para el asalto que iba a efectuarse. Entonces nos pusimos a hacer una lista de las personas que podrían acompañarnos, a señalar la casa donde nos reuniríamos y a revisar los demás detalles necesarios para la inmediata ejecución de nuestros planes.

Mis compañeros se fueron y no supe más de ellos sino hasta como a las cuatro de la tarde, hora en que me mandaron avisar que el Gobierno ya tenía conocimiento de lo que se tramaba. El Gral. Zelaya había ordenado reclutar ochenta hombres inmediatamente y reforzar con ellos el Cuartel de Juigalpa.

Cómo se dió cuenta Zelaya de nuestros planes? La respuesta es muy sencilla. Tecolostote era entonces el puesto de telégrafos desde donde nosotros cogíamos todas las noticias del Gobierno, y esta oficina estaba instalada en una propiedad, donde sin nosotros saberlo, cometimos algunas indiscreciones.

A las seis de la tarde de ese mismo día recibí noticias de que el Gobierno había reclutado ya ochenta hombres y de haber sido reforzado el cuartel con ese número, mas al mismo tiempo obtuvo la grata información de que uno de los oficiales había prometido dejarnos esa noche la puerta del cuartel sin trancas ni cerrojos, es decir, que con un fuerte empujón que le diéramos, podría abrirse. También me dieron la noticia de que ya se estaba alistando la gente nuestra, y que unos amigos llegarían de La Libertad y estarían en Juigalpa como a las nueve de la noche, hora en que llegarían por mí para llevarme al centro de la ciudad.

Efectivamente, entre las nueve y las diez de la noche llegaron los amigos con quienes había estado en la quebrada de Santa Juana para llevarme a una casa donde se estaban reuniendo, que era la de don Arsenio Cruz, casa que queda a una cuadra al poniente de la de don David Báez, contigua al cuartel. A las once estábamos reunidos todos los que esa misma noche llevaríamos a cabo el asalto. Allí estaba el contingente de La Libertad con el valiente José Miguel Usaga a la cabeza. Los otros eran: Dámaso Espinosa, Santiago Leiva, de Managua, José Francisco Cruz Hurtado, Wenceslao Ocón, Juan Eligio Obando, José Benito Zelaya, Manuel J. Morales, Virgilio Molina, Ceferino Enríquez, Nicolás Flores, Manuel Sándigo, José Dolores Pérez, Sinforoso Balladares y algunos otros compañeros que me han de perdonar la involuntaria omisión. Eramos en total veintidós.

De los 22 hombres sólo siete teníamos revólver, y para los demás se tuvo que mandar a traer machetes Collins a la tienda de don Dolores Morales. Es digno de mención que entre los pocos que allí estábamos se encontraba el Licenciado Juan Eligio Obando, armado de su revólver. Este señor era ya de avanzada edad y me esforcé con él para que no tomara parte en el asalto y para que me entregara su revólver para dárselo a otro. El, después de muchas negativas, consintió en entregarme su arma y dió la promesa de no ir con nosotros, promesa que no cumplió pues nos acompañó en el asalto.

Ya para salir y dirigirnos al cuartel nos organizamos de dos en dos. Yo me puse a la cabeza junto con Usaga y caminamos lentamente, procurando que nuestras pisadas no se oyeran en la quietud de la noche, hasta llegar al frente del Cuartel, a cuya puerta le dimos un fuerte empujón. Mas la puerta no cedió. Pensé que el Oficial nos había engañado, pero nosotros íbamos provistos de hachas y barras para derribar la puerta, en caso necesario. Antes de intentar hacer esto, procuramos hacer un nuevo esfuerzo, más violento que el anterior, y entonces la puerta cedió, en el interior había un soldado que al penetrar nosotros quiso impedirnos el paso; este soldado fue dominado y entonces hicimos la entrada al Cuartel violentamente para amedrentar a la soldadesca que estaba dentro junto con sus oficiales.

La sorpresa fue completa. Los oficiales no tuvieron ni tiempo de bajarse de las hamacas donde dormían, y de los soldados, apenas algunos de ellos tuvieron tiempo para incorporarse antes de que nosotros estuviéramos sobre ellos desarmándolos, y dispuesto a ultimar a cualquiera que intentara oponerse. Al que desarmábamos lo encerrábamos en una pieza donde por fin los pusimos a todos. Luego salí con un pequeño grupo de oficiales y soldados de los nuestros a capturar al Jefe Político, don Dionisio Báez, familiar cercano mío, y a quien llevaba un telegrama que él había despachado en la mañana de ese día al Comandante de Comalapa, en el que le ordenaba mi captura, "como diera lugar, vivo o muerto" y que me remitieran a Juigalpa.

Cuando llegué a la casa donde dormía el Jefe Político, golpié la puerta llamándolo por su nombre. El preguntó quien era y qué quería, y entonces le dije que se diera prisa en vestirse que era su deudo Emiliano Chamorro que llegaba a su llamado desde Comalapa, pero que en vez de llegar capturado, llegaba a capturarlo a él, y que el Cuartel de Juigalpa estaba ya en mi poder.

El señor Báez, a pesar de su edad, se vistió de prisa y no nos hizo perder mucho tiempo, y con él salimos para el Cuartel que habíamos ocupado. Llegado que hubimos allí, hice el nombramiento del Coronel Arsenio Cruz para Comandante y le dí órdnes para que le exigiera al señor Báez una orden escrita para el Comandante de San Ubaldo, don Timoteo Gaitán,a fin de que se pusiera a las órdenes del nuevo Comandante Cruz. Al principio el señor Báez se negó a firmar por lo que tuve que decirle a Cruz para amedrantarlo: "Haga que el señor Báez

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

firme la orden, y si no lo hace dentro de cinco minutos, lo fusila".

Toma de los vapores

No fue sino hasta después que yo salí, que el señor Báez firmó la dicha orden. Mi plan era que la tripulación del vapor Victoria no se alarmara si veía gente nueva al atracar en San Ubaldo. Quería que vieran siempre al Comandante anterior y no se sospechara del cambio en la guarnición local, y que atracara al muelle sin reservas, como siempre lo había hecho, permitiendo así que lo capturáramos.

Todo sucedió como lo habíamos previsto. Cuando llegó el Victoria, ya estaba yo allí, en San Ubaldo dirigiendo desde la punta del muelle, metido en una caseta, toda la operación de la captura, y aunque hubo una ligera refriega con la guarnición del vapor, no fue de grandes proporciones y pronto se dejó dominar.

El Jefe de las Fuerzas Militares del vapor era Eliseo Lacayo Fernández y el Jefe de la tropa adicional se llamaba Francisco Ocón, de Nandaime, con quien tuve que luchar personalmente agarrándolo de la nuca hasta desarmarlo. Muchos de los nuestros habían entrado ya al vapor simulando ser pasajeros cargando artículos de venta para el comercio, como pieles y cueros y dentro, por supuesto, sus armas. Entre los pasajeros que venían a bordo del Victoria fue para mí una sorpresa agradable ver a don Ramón Enríquez, quien me abrazó con entusiasmo, pues nos tratábamos como hermanos.

Pasada la excitación que provocó entre pasajeros y actores la captura del Vapor, nos embarcamos todos para amanecer en Granada, yendo a bordo como unos ochenta o cien hombres armados, entre ellos mi hermano Evaristo Enríquez, quien había llegado a Juigalpa con los treinta rifles que había mandado mi tío don Alejandro Chamorro, y quien después de entregarlos continuó su viaje a San Ubaldo para reunirse conmigo.

A bordo organicé la gente armada que teníamos, poniendo a un lado a los mejores tiradores y al otro a los inferiores. De entre los primeros seleccioné a un grupo al que puse en la proa del vapor a las órdenes inmediatas de Evaristo que me constaba era un insigne tirador. A estos les dí las instrucciones necesarias para hostigar cualquiera embarcación que encontráramos. Después mezclé el resto de buenos tiradores con los inferiores y los distribuí a todos a uno y a otro lado del vapor, tanto arriba como abajo y en esa forma navegamos hacia Granada.

Tenía la esperanza que en la noche del 19 de Mayo mi tío Alejandro hubiera podido tomar Granada, pues yo no había dejado pasar noticia de la toma de Juigalpa para que el Gobierno no se diera cuenta del movimiento y no reforzara aquella plaza, pero sucedió que al llegar frente al muelle de Granada no ví indicación alguna que pudiera hacernos creer que la ciudad, o al menos el muelle, estuviera en poder de la revolución y entonces dispuse enderezar la proa hacia Tepetate, —en donde ahora está el Colegio Centro América—, y no viendo tampoco señal alguna favorable en ese lugar, procuré enderezar nuevamente el vapor hacia San Ubaldo.

Después de navegar por un buen rato en ese rumbo, divisamos a lo lejos un barco que reconocimos como el "93", el que nos disparó, desde muy lejos, un cañonazo. Subí entonces a la cabina del timonel y Capitán Augusto Constantini y le pregunté: "Cuál vapor de los dos, el Victoria o el 93, es el más rápido?" —"El Victoria", me contestó—". Cuál de los dos es el más fuerte y sólido? —"El Victoria" fue su respuesta—. "Si esos dos barcos chocaran, cuál de los dos tendría mayor probabilidad de hundirse? le pregunté. —"El 93", me contestó con aplomo—. Entonces le dije: "Dele todo el vapor que pueda a este barco y póngalo en dirección del 93 a fin de que choquemos con él lo más brevemente posible. Es necesario hundir ese barco antes de seguir adelante".

Cuando hacía estas preguntas, en mi mente se cruzaba el recuerdo de dos distinguidos miembros conservadores que como yo habían recibido instrucciones del Partido para tomarse el mismo barco. Los dos cumplieron a satisfacción su cometido, pero cuando se dieron cuenta que el movimiento solo había tenido éxito en la toma del vapor Victoria que ellos habían verificado, no encontraron interés en mantener el vapor y después de arribarlo a la costa, lo dejaron abandonado. Me refiero a Agustín Bolaños Chamorro que fue el primero en verificar tan brillante acción, y el segundo, el valiente Coronel, Horacio Bermúdez, que como dije en párrafos anteriores murió peleando por su Partido en los campos de batalla de San Juan del Sur. Ese recuerdo me estimuló para que mi empresa fuera un poco más allá y no dejara morir la acción antes de hacer un esfuerzo más por libertar a mi Patria del yugo de la Dictadura.

Inmediatamente fuí donde estaban los tiradores de proa para hablar con ellos y explicarles que el Victoria iría a todo vapor sobre el 93, y que como nosotros no teníamos mucho parque no deberíamos disparar hasta que lo tuviéramos cerca, es decir, como a unos 300 metros de distancia y que debían dirigir sus tiros solamente a los artilleros del 93. Todos me prometieron con entusiasmo que así lo harían, y me dediqué a recorrer el vapor y a explicarles a la gente que íbamos a capturar el barco enemigo, y que ellos no deberían disparar sino hasta que éste estuviera cerca y que se prepararan para abordarlo en la primera oportunidad que se presentara.

Recuerdo todavía la intensa emoción que sentí en aquel momento corto en que duró la lucha para capturar el 93. Por algún tiempo estuvimos sufriendo el fuego de su artillería, sin contestar nosotros ni un solo tiro y viendo que el uno y otro barco corrían a su mayor velocidad para encontrarse, pues yo le había ordenado al Capitán Constantini que pidiera vapor y más vapor hasta no alcanzar la máxima velocidad del Victoria, aun cuando con ello pusiera en peligro la máquina, pues que era indispensable para nosotros acortar el tiempo de la captura, y aquel hombre, valiente capitán de marina, se interesó tanto como yo, y tomando como cosa de amor propio dicha acción, cumplió fielmente las instrucciones.

Muerte de Constantini

Muy pronto estuvo el 93 al alcance de nuestro fuego y entonces dí la orden de disparar. A los primeros disparos algunos de los artilleros enemigos cayeron muertos o heridos. Entonces el que manejaba el 93 quiso variar de curso y colocarse a la popa del Victoria, pero el Capitán Constantini comprendió la maniobra y no le permitió al 93 salirse ni un momento del fuego de la proa de su barco. En el momento de mayor intensidad del fuego el Capitán Constantini mandó a llamarme.

Llegué a su cabina de timonel, y al verme me dijo: "Estoy herido... de muerte... mire"! Y descubriéndose el estómago me enseñó el agujero de una bala de Remington que le había penetrado por el ombligo. "...Pero tendré fuerzas para terminar la captura del 93, continuó, sólo le ruego que venga a verme después que lo haya hecho". Con sincera emoción le conforté como pude y le prometí volver.

Para cualquiera que hubiera estado observando la lucha a muerte entre el Victoria y el 93 habría visto con interés los esfuerzos que hacía el 93 por apartarse del fuego que le llovía desde la proa del Victoria.

Uno de los cañonazos del 93 dió al lado donde yo estaba, que era en la parte de abajo en la banda derecha. La metralla fue a dar precisamente en el bote salvavidas que el Victoria llevaba a bordo, y uno de los pedazos de metralla rebotó y me dió en la pierna, pero seguramente iba ya sin fuerzas pues no hizo más que incrustarse en la carne sin dañar el hueso, así es que con facilidad me desprendí después aquel pedazo de metralla, que bien pudo oca-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

sionarme la pérdida de la pierna, mas de ello no conservo sino una pequeña cicatriz.

Como decía anteriormente la balacera era intensa entre los dos barcos siendo de notarse que a cada momento que pasaba el fuego del Victoria se intensificaba más, mientras que el del 93 disminuía, hasta que cesó del todo en el momento en que el 93 no pudo impedir que el Victoria se acercara a su lado, momento que yo aproveché para saltar el primero al abordaje seguido de Arsenio Cruz, Evaristo Enríquez y otros cuantos.

Ya en el 93 no encontramos oposición alguna. Todos se rendían y entregaban sus armas, entre otros el Teniente de la Sección de Artillería Francisco Bermúdez (alias Pancho Gato), el maquinista Gallard, y el Coronel Adolfo Zapata. Mi mayor preocupación, por supuesto, era la proa del vapor donde estaban los artilleros. No me detuve a desarmar a nadie, eso lo hacían los que venían detrás, apenas me detuve para ordenar al Victoria el cese total del fuego, y seguí hacia la proa del 93 —aquello era un lago de sangre—, donde me encontré en medio de varios cadáveres y algunos heridos a los que ordené desarmar.

Uno de los heridos que tenía la rodilla destrozada por una bala, se negó a entregar su revólver por lo que uno de mis hombres quería poner fin a su vida, más yo se lo impedí y lo convencí de que se retirara fuera del alcance de un balazo de aquel individuo, ya que estaba seguro de que una vez que la excitación del combate le pasara iba a estar dispuesto a entregar el arma, como efectivamente sucedió. A poco rato me estaba llamando para entregarme su revólver y pedirme que lo mandara matar porque no resistía el dolor de la herida. Mandé a uno a recibir el revólver y ordené llamar al médico que llevábamos a bordo, el doctor Enrique Montiel, para que lo curara.

Todas estas cosas las hice quizás en menos tiempo del que gasto en narrarlas, pues mi mayor deseo era volver al lado del Capitán Constantini como se lo había prometido, y porque me interesaba saber cómo seguía. Al llegar a la cabina ya lo encontré separado del timón el que había entregado a otro de sus oficiales, y me dediqué a confortarlo y darle alguna esperanza de salvarse. Le dijo que sólo íbamos a la Isla de Zapatera, a la costa del Menco, a recoger a mi tío Alejandro, —a quien no pudimos encontrar allí— y a algunos otros amigos de Nandaime, y que enseguida regresaríamos a San Ubaldo donde estaría con mayor comodidad.

En cuanto a Berríos, que era el apellido del herido del 93, le hice saber del viaje próximo a San Ubaldo, en donde pensaba instalar un pequeño hospital de campaña.

Frente a las costas del Menco nos vimos precisados a echar algunos cadáveres al agua porque ya estaban dando muestras de descomposición. Y allí también recogimos como a treinta personas, y con ellas a bordo, nos dirigimos a San Ubaldo. Aquí improvisamos un hospital con el doctor Montiel como jefe cirujano, y como con nueve heridos, siendo los principales el Capitán Constantini y el joven Berríos. Desgraciadamente el primero murió esa misma noche y Berríos unos dos o tres días después.

Naturalmente la muerte de Constantini fue muy sentida entre nosotros por haber sido el alma, pudiéramos decir, en la toma del 93, y la de Berríos porque era un joven de Managua a quien yo conocía bastante bien por haber sido amigo de los muchachos Alvarez Saballos, mis amigos y compañeros.

Ataque a San Carlos

Esa misma noche preparamos un telegrama cifrado para el Comandante de San Carlos, haciéndole creer en cierta descomposición de la guarnición del Castillo, por lo que debería ir personalmente allá y seguir una minuciosa investigación y traerse preso al promotor. El telegrama iba en la clave de la Comandancia General y firmado, naturalmente, por el General Zelaya. Al mismo tiempo que se preparaba el dicho telegrama y se enviaba, se alistaba la expedición que iría a tomar San Carlos en cuanto se supiera que ya el Comandante de San Carlos había salido para el Castillo a cumplir las falsas instrucciones dadas en el mensaje referido.

Pasamos esta noche en San Ubaldo. Al amanecer dispuse los preparativos para lo que sería la próxima jornada: la toma de San Carlos.

En las primeras horas de la noche zarpamos en el Victoria hacia el sur, llegando como a las 10 frente al puerto lacustre de El Morrito. En un bote envié una comisión a tierra a tomar el cuartel y traer los rifles que pudiera. Una vez que esta comisión hubo regresado continuamos navegando y como a medianoche nos situamos frente a San Miguelito donde repetí la operación, con igual resultado. Seguimos navegando hasta que, a las 5 de la mañana, llegamos frente a la costa de "Punta Limón", hacienda de don Manuel Vargas situada como a legua y media de San Carlos.

Éramos ochentinueve en total. Allí desembarcamos y envié una intimación al Comandante de San Carlos para la rendición de la fortaleza, diciéndole que en caso la aceptaba enarbolara una bandera blanca, previniéndole, que de no hacerlo así, a las cuatro de la tarde iniciaría sobre ella el bombardeo y que la atacaría con la infantería. Conductor de esta nota fue el hoy General Benjamín Vargas Abaunza.

Con el mayor sigilo caminamos por los potreros hasta llegar a situarnos al pie de una colina llamada "Loma Quemada" en cuya cima colocamos un cañón a cargo del Coronel Tomás Masís y como ayudantes suyos a Gregorio Lanzas y a Adán Molina.

En un momento que juzgué conveniente marché con mi pequeña tropa hacia la fortaleza, tomando las debidas precauciones para no ser sorprendidos en el trayecto .

No sería sino hasta las cuatro que Masís esperaría la señal de la bandera blanca, y ya estábamos nosotros próximos a la fortaleza cuando fueron disparados tres cañonazos sobre el fuerte. Nos situamos al pie de la loma, redonda, cubierta de verde grama en cuya cima está la fortaleza. Esta consiste en un cuadrilátero de piedra defendida por un foso como de dos varas de profundidad y en el centro una casa de dos plantas. Desplegué mi fuerza al pie de la Loma por el norte y por el oriente, es decir por los lados por los que teníamos acceso; resbalándonos, subíamos con dificultad bajo un fuego graneado.

Un grupo al mando de Arsenio Cruz lo destaqué sobre la población y entró en momentos en que el vapor "Hollembeck" pitaba abandonando el muellecito, río abajo.

Arsenio Cruz en la calle principal se encontró con Benjamín Vargas y juntos atacaron de frente la Fortaleza. Después se dirigieron al Morro y ocuparon la Comandancia. De aquí se avanzó sobre la Fortaleza hasta la Iglesia, cuyas campanas repicó el hoy General Emilio Guillén. Atacábamos pues, la Fortaleza por todos lados. Yo llegué a la cima a pocos pasos de la caseta oriental, manteniendo mis fuegos sobre ella. Al acercarnos, un tiro salido de la caseta dio en el pecho a un jovencito Gómez, de Juigalpa, que estaba a mi lado, muriendo en el acto. Fija mi atención en el lugar de donde había salido el fogonazo, vi asomarse una cabeza y calculadamente le disparé un tiro. No sé si le dí en el blanco pero ya no salió otro tiro de esa caseta. Requerí a Bonifacio García para que me siguiera con otros a la caseta y ya el sol se ponía cuando cesaban los tiros por los otros lados y ya sin ese apoyo me vi obligado a retirarme.

Creo que si a los sitiados le hubiéramos dejado un sitio de escape, y no atacarlos por todos lados, la Fortaleza hubiera sido tomada.

Con Masís volvimos a "Punta Limón" y le recomendé que inmediatamente tomase un bote para San Miguelito llevándose el cañón.

Como a Virgilio Molina y Ufredo Argüello, Comandante del "Victoria", les había dado instruc-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ciones de que estuviesen con el vapor frente a San Carlos pero no al alcance de la artillería del Fuerte, con unos pocos, en un solo bote, me dirigí al sitio indicado; pero no logramos dar con él y estando ya muy oscuro opté por desembarcar en una de las islas Balsillas y pasar la noche allí. Me hacían compañía seis números, de confianza todos. Muy temprano tomamos el bote para la isla La Venada, frente, pero no a corta distancia de San Miguelito. Arribamos allí como a las nueve de la mañana, y fuimos a la hacienda de don Manuel Boniche, amigo mío y buen conservador. Le referí todo lo ocurrido, asegurándole que volvería pronto a atacar San Carlos y que esta vez sí lo tomaría. Nos mandó servir un abundante almuerzo, descansamos y como a las tres de la tarde nos mandó a dejar en un bote de vela a San Miguelito.

Arribamos ya oscureciendo, encontrando allí a Masís. Me alojé en casa de mi primo Rodolfo Vargas y su fina esposa doña René Gavinet. De la oficina telegráfica me comuniqué con el Licenciado Obando, en Juigalpa, reiterándole mis instrucciones de no hacer allí ninguna resistencia y retirarse, por Acoyapa, a los puertos de Lago a fin de que el "Victoria" lo recogiera. También me comuniqué con Manuel Morales, en Acoyapa, diciéndole que le esperaba con el "Victoria" en San Miguelito, con refuerzos. Hasta esa noche después de varios días de intensa fatiga y de noches de desvelo, dormí bien. Amaneció el día 26. Pasé el día madurando mis planes. Volví a pasar la noche en este puerto y al siguiente día procedí a la reorganización de mis soldados rechazados en San Carlos.

Como a las ocho de la noche se oyó la sirena del "Victoria" e inmediatamente me trasladé a él. Lo comandaban el doctor Enrique Montiel y el Ingeniero Manuel J. Morales. Este me informó acerca de ciertos puntos de la revolución. En el "Victoria" me llegó también un destacamento de cuarenta números de soldados de La Libertad, San Pedro, Santo Tomás y Acoyapa, armados de Winchesters, Remingtons y Maussers y aun de machetes al mando de Francismo Morales, hermano de Manuel J. Morales. Y así, como con soldados de Niquinohomo, Catarina y San Juan de Oriente, me lancé al asalto de la Fortaleza de San Carlos. Era lo que yo esperaba para volver al ataque sobre San Carlos y determiné hacerlo en la mañana siguiente.

Toma de San Carlos

Ordené que el "Victoria" continuara su navegación en esa dirección, sin volver yo a San Miguelito ni reembarcar la tropa que había allí. Llegamos frente a Punta Limón y esperamos que aclarase y amaneciese. Ya salido el sol de este día, 28 de Marzo, navegando el "Victoria" algo adentro, directamente hacia el muelle, vimos un bote que se dirigía al vapor; dispuse recogerlo; en él venía don Guadalupe Sáenz, de San Carlos, a darme la noticia de que la fortaleza había sido abandonada por su guarnición después del ataque. Y a continuación, navegando siempre hacia el muelle, momentos después vimos otro bote que también se dirigía al "Victoria". Nos acercamos a él y uno de los marineros me entregó una nota de la apreciable señora doña Virginia Lacayo de Lugo, esposa de don Alberto, comunicándonos la misma noticia.

Ya teníamos a la vista la Fortaleza, enarbolada en ella la bandera blanca; minutos después oímos el repique de ls campanas de la Iglesia. Arribó el "Victoria" y nos recibió la población congregada en nutridos grupos vivando a la Revolución y a mi persona con el mayor entusiasmo, acompañándonos así hasta la Fortaleza.

Ya ocupada la población y hechos los arreglos y dadas las disposiciones en lo concerniente a la parte militar, me dediqué a revisar los elementos conque contábamos para continuar nuestra lucha contra las fuerzas de la Tiranía. En realidad, eran todavía bien pocos los elementos con que podía enorgullecerse la Revolución, y la única esperanza de triunfo era conseguir de la vecina República de Costa Rica el abastecimiento de lo que necesitáramos. Por eso, inmediatamente pensamos en enviar una Comisión compuesta por los señores don Manuel J. Morales y mi hermano Evaristo Enríquez, quienes partieron en bote remontando el Río Frío.

Esos señores llevaban instrucciones precisas de no prolongar su estadía en Costa Rica más allá de lo estrictamente necesario, y que trataran de conseguir siquiera fueran unos 50,000 tiros, que era lo que más necesitábamos y de lo que estábamos más urgidos.

Mientras esa Comisión andaba por Costa Rica, nos dedicamos en San Carlos a atender a la población civil y a interesarla en suministrarnos voluntariamente las provisiones de boca que necesitáramos para el mantenimiento de la incipiente fuerza revolucionaria. En honor a la verdad, toda la población se portó satisfactoriament, pero debo hacer especial mención de doña Susana de Arana, don Alberto Lugo y señora, don Emilio Medina, don José Dolores Lazo, señores don Ricardo y Rodolfo Vargas y familia, y muchos otros que en este momento se me escapan de la memoria, no así, por supuesto, el nombre del viejo amigo don Salvador Bravo.

Durante mi estadía en San Carlos, nos sorprendió un día de tantos la llegada de mi tío don Alejandro Chamorro, a quien no pude recoger de la costa de El Menco porque cuando yo llegué en el Victoria él no había llegado todavía a ese lugar. Por supuesto, que con su arribo todos nos pusimos con el espíritu más levantado porque ya sabíamos que era un hombre de grandes recursos intelectuales, además de económicos. Mas ese entusiasmo decayó un tanto cuando los Comisionados que habían ido a Costa Rica regresaron informándonos que no habían podido conseguir absolutamente nada en esa República, por lo que decidimos levantar el campo de San Carlos y trasladarnos a las Islas de Solentiname, donde nos sería más fácil para nosotros reorganizarnos y hacer nuestros movimientos con mayor sigilo y con menores probabilidades de que fuesen comunicados al Dictador Zelaya.

Hacia Ometepe

De Solentiname resolvimos salir a tomar la Isla de Ometepe. Dispusimos que una parte de las fuerzas desembarcara en la costa norte de la Isla, y la otra frente a la ciudad de Moyogalpa. Esta última ala iba comandada por el propio don Alejandro Chamorro. La estrategia que seguiríamos disponía proceder al ataque cuando don Alejandro recibiera comunicación del Comando de la otra ala informándole que había desembarcado con éxito y que estaba lista para operar conjuntamente con él. Pero mi tío Alejandro encontró mayores facilidades para efectuar el desembarco en menor tiempo que el calculado y mucho antes que lo hiciera la otra ala. Por esta razón y por los datos favorables que obtuvo de la posibilidad de tomar el Cuartel, decidió adelantar las operaciones y principió el ataque inmediatamente, debiéndose a su arrojo y bizarría, cualidades heredadas de su padre el general Fernando Chamorro, el triunfo que obtuvo sobre las fuerzas superiores a las suyas.

La guarnición de la plaza presentó alguna resistencia, primero en el Cuartel mismo y después, retirándose, hasta llegar a la Iglesia, disparando esporádicamente en su retirada uno que otro tiro. Una vez en la Iglesia trataron de hacerse fuertes en ella e intensificaron sus fuegos, lo que paralizó, por un momento, el empuje de los nuestros, quienes a su vez redoblaron el ataque.

Ya para entonces las fuerzas de la otra ala del norte, habían logrado efectuar el desembarque y aproximarse al lugar del combate, aun cuando fuese en sus postrimerías, pues don Alejandro, con un esforzado empuje, tomaba en esos momentos la Iglesia, desalojando al enemigo de ella, pero no sin antes perder al excelente amigo y magnífico ciudadano de Nandaime, Blas Talavera y a otro soldado cuyo nombre no recuerdo. Por parte del enemigo hubo también dos bajas y capturamos a otros soldados.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

El amigo Talavera fue enterrado en el templo con todos los honores militares, acompañado su cadáver por la valiente columna de Nandaime, que era muy numerosa.

Después de haber sepultado al Coronel Talavera y a los otros soldados, nos dedicamos a reorganizar las fuerzas, a buscar alojamiento y a preparar la población para su defensa, pues habíamos resuelto de antemano permanecer allí.

Al siguiente día mandamos a ocupar Alta Gracia, población que queda al otro extremo de la Isla, y que posee un valle frondoso y tierras muy ricas, población que ocupamos sin resistencia alguna.

Ese mismo día citamos a los miembros del Municipio de Moyogalpa para que vinieran a nuestra oficina. Don Alejandro era el Jefe Supremo de la Revolución y le notificó a dicho Cuerpo, al presentarse, que debía convocar al pueblo para celebrar un Cabildo Abierto para que por medio de éste se desconociera la autoridad del General Zelaya. Pero como estuvieran haciendo algunas objeciones los Munícipes, yo les advertí que tal conducta les podría ocasionar molestias y les hice ver que nadie podría criticarles lo que hicieran porque era impuesto por el Jefe Revolucionario, ya que el pueblo estaba en poder de la Revolución. Más ellos insistían en negarse, por o que ordené que desocuparan una casa y los mandé detener en ella, tanto para esperar que cambiaran de parecer, como para su misma seguridad personal y así evitar que alguien los ultrajara. Estos Munícipes persistieron en su actitud y no fue sino hasta muy tarde que, parcialmente fueron dando sus declaraciones favorables, mas uno de ellos Abraham Cruz, siempre se negó. A este no lo puse en libertad sino dos días antes de que perdiéramos el vapor Victoria.

A Zapatera

Después de unos pocos días de incursiones y reconocimientos por la Isla de Ometepe, dispusimos mandar a la de Zapatera a atacar a una pequeña guarnición que últimamente había enviado el Gobierno a estacionar allí. La captura de esta guarnición no ofreció ninguna dificultad, porque esta incursión la mandamos de noche, en el Victoria. Toda la operación se realizó sin obstáculos, llegando hasta la casita de la finca del Doctor Emilio Alvarez Lejarza.

Nuestra estadía en Moyogalpa iba teniendo el éxito deseado. Cada día veíamos aumentar el número de armas de la Revolución, porque el Victoria no cesaba de recogerlas en la distintas incursiones que hacía a los diferentes puntos del Lago. Todas las embarcaciones, grandes y pequeñas, las teníamos reunidas en el puerto de Moyogalpa, que por cierto presentaba un paisaje gracioso y pintoresco. Por otro lado, continuamente nos llegaban refuerzos, amigos de lugares ribereños como Chontales, Rivas y otros sitios.

En uno de esos viajes del Victoria dispuse ir yo mismo a recibir a varios amigos que llegaban de Managua, entre ellos Vicente Alvarez y su hermano Miguel, el valiente general Leocadio Morales, el afamado artillero Jesús Aragón y su hermano Gabriel. Con éste me anunciaron la próxima llegada de don Fernando Solórzano; del indomable luchador contra la tiranía de Zelaya, don José María Silva, mártir que fue más tarde víctima de torturas, y que con ellos llegaría también otro importante conservador, don Juan Manuel Doña.

Escapa de ser capturado

En ese viaje recuerdo haber corrido grave peligro de perder la vida o de ser capturado, lo que hubiera significado lo mismo. Sucedió que a causa de que confundimos en la oscuridad de la noche la isla de "La Calabaza" por la costa firme de la hacienda "San Pedro", que era el lugar donde siempre recogíamos a los que llegaban de Managua, y creyendo que estábamos desembarcando en esta costa lo hicimos en la isla mencionada, de lo que no nos dimos cuenta sino hasta el amanecer.

Para comunicarse de esta isla con tierra firme, es necesario atravesar un trecho como de trescientas varas, de aguas no muy profundas, por lo que resolvimos hacerlo a pie. Al lado de la costa no se veía nada que se nos hiciera sospechoso, mas ya en el agua y habiendo caminado un buen trecho, recibimos descargas tras descargas que venían de la costa, de las tropas enemigas que estaban ocultas detrás de los árboles.

Esto nos hizo volvernos rápidamente a enmontarnos en la isla, mas yo venía un poco rezagado, y no pudiendo correr tan ligeramente como mis compañeros, y temeroso de recibir un balazo, se me ocurrió echarme boca abajo sobre la arena dando la impresión de que estaba muerto, cesando con eso los disparos.

Ya de nuevo juntos todos, comentamos la estupidez del que comandaba aquel grupo de soldados enemigos, porque, a quién se le ocurre disparar tan anticipadamente cuando hubieran podido capturarnos a todos si nos hubieran dejado acercarnos y entonces ponernos manos arriba? Una vez más afirmamos nuestra creencia en Dios que nos salvaba de una muerte segura.

Embarcados por fin los amigos que de Managua llegaban a incorporarse a la Revolución, volvimos en vapor a Moyogalpa donde nos recibieron los jefes y la tropa con grandes demostraciones de júbilo. Los recién llegados nos dieron informes muy favorables respecto al prestigio que en el país tenía el movimiento revolucionario iniciado el 19 de Marzo de 1903 en la ciudad de Juigalpa, así como la desmoralización que comenzaba a notarse en las fuerzas del Gobierno, en las que continuamente estaban ocurriendo deserciones.

Todas estas noticias dieron a mi tío Alejandro y a mí mayor fuerza a nuestros espíritus para continuar luchando hasta no alcanzar un triunfo completo. Pero había una ligera discrepancia entre nosotros sobre el método a seguir en el desarrollo de la Revolución.

A don Alejandro no le gustaba alejar mucho el centro de operaciones de los departamentos de Granada y Rivas, mientras yo encontraba más fácil vencer a Zelaya en los campos agrestes de Chontales.

A mi juicio, la idea predominante de don Alejandro era el de poderse poner en contacto con alguno o algunos de los jefes de las fuerzas del Gobierno, me parece que con el General Fernando María Rivas, con quien él ya estaba iniciando pláticas de entendimiento por medio de don Emilio Hurtado; sin embargo me guardaba tanto cariño y le merecía yo tantas consideraciones que nunca que le hablé de las grandes posibilidades que presentaba Chontales para nuestro movimiento, se manifestó en desacuerdo con la idea, pero siempre buscaba un motivo razonable para demorar su decisión al viaje.

Nuevo ataque a Zapatera

Hasta aquí esas demoras nos habían sido favorables, pues ya vimos que cuando el Gobierno ocupó la Isla de Zapatera, nosotros capturamos la guarnición y ocupamos la Isla, aunque la desocupamos enseguida. Luego el Gobierno volvió a ocuparla con mayor número de fuerzas, —quizá de doscientos hombres— y nosotros resolvimos atacarla de nuevo. Para esto, nos preparamos mejor, pues de no haberlo hecho así, no habríamos podido ni desembarcar las fuerzas que teníamos a bordo.

Esta expedición nos vimos precisados a hacerla de noche, usando la artillería para acallar los fuegos de las tropas en tierra, efectuando el desembarque inmediatamente después. Se procedió al ataque con vigor, dominando a las fuerzas que estaban en las primeras trincheras, y no dando al enemigo tiempo ni lugar a rehacerse de nuevo, logrando encerrarlos en las mismas casas de la hacienda "Zapatera" donde se rindieron los últimos que quedaban. En este encuentro salió herido el general Vásquez Garrido, jefe guatemalteco que comandaba estas fuerzas de Zelaya. De los nuestros recuerdo que perdimos en las operaciones de desembarque al Ca-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

pitán Coronado Arlola, de Nandaime, que gozaba de gran prestigio en la tropa y quien era un soldado de gran valor personal.

Como en la primera ocupación, recogimos todo el botín y lo llevamos con nosotros a Moyogalpa.

Con lo obtenido en Zapatera y lo que habíamos recogido anteriormente, nuestro contingente militar ascendía ya como a 800 hombres, es decir, era un gran ejército para una revolución que había comenzado con tan pocos elementos.

Contábamos, además, con los dos vapores para poder maniobrar en cualquier punto del Lago en el que nosotros quisiéramos operar. Esto nos daba un gran dominio o ventaja sobre las fuerzas del Gobierno, porque por muy fuerte que éste fuera, por razón de la extensión que tenía que defender, el frente era muy extenso y por consiguiente en algunas partes tenía que estar debilitado; por eso cada vez que había oportunidad insistía yo con mi tío Alejandro sobre la idea de irnos a Chontales y en esta ocasión lo encontré más anuente que en otras; sin embargo, me hizo observar que no deberíamos llegar a Chontales imponiendo contribuciones, ni quitando bestias para uso de las fuerzas, ni ganado para la alimentación de las mismas, y me propuso que enviáramos a Granada a cambiar unos treinta mil dólares que tenía en giros bancarios para que con ese dinero compráramos todo lo que necesitáramos.

Frutos Bolaños Morales

Me gustó mucho su idea y me puse de acuerdo con sus observaciones e inmediatamente dispusimos el envío de una comisión, —uno de ellos era don Frutos Bolaños Morales—, a quien mandamos a dejar a un punto de la costa del Lago, con instrucciones de recogerlo de nuevo, cuatro días después, en Los Cocos. Esa comisión se envió en el vapor Victoria y al regreso de éste, se nos informó que el desembarque había sido perfecto.

Persecución del "11 de Julio"

Uno o dos días después de haber enviado a esos comisionados, se encontró el vapor Victoria con el vapor "11 de Julio" que el Gobierno había hecho trasladar del lago de Managua al de Granada. Entiendo que en esta ocasión el "11 de Julio" llegaba de las costas de Chontales y que emprendió la fuga por las costas de Rivas.

Cuando nos dimos cuenta de ese encuentro y al oír los primeros cañonazos disparados salimos a la costa de la Isla a ver la posición de los vapores. Vimos claramente que el Victoria perseguía al "11 de Julio" y que la distancia entre uno y otro barco se aminoraba por momento, y que cuando pasaron frente a nosotros entre la isla de Zapatera y Moyogalpa, notamos a poco rato que el Victoria disminuía su velocidad y que por último, abandonaba la persecución y se dirigía a Moyogalpa.

Por supuesto, esta última maniobra nos desalentó muchísimo, porque al principio del encuentro nuestras esperanzas eran que también el "11 de Julio" sería capturado. Por eso, al cesar el Victoria en la persecución se hicieron comentarios, algunos de los cuales yo mismo oí, que no eran muy favorables para el comandante del Victoria, mi hermano Evaristo Enríquez.

Al principio no podía darme cuenta de la verdadera causa que había hecho suspender la persecución, y la atribuí al temor de que en las costas de Rivas pudiera haber artillería oculta para sorprender al Victoria una vez que se acercara, aunque también admitía la posibilidad de que a mi hermano Evaristo, poco versado aun en cuestiones militares, le hubiera faltado el suficiente coraje que en esas acciones se requiere.

Por eso resolví mandarlo a llamar a mi oficina para ordenarle que fuera a poner su renuncia ante el Jefe Supremo de la Revolución, don Alejandro Chamorro, a fin de dejar a éste en completa libertad para poner de comandante del Victoria a cualquier otro de los distinguidos oficiales que estaban en el vapor, como León Guerra, por ejemplo, joven muy apreciable, y de familia bien conocida por el valor personal de sus miembros, es decir, de una familia de valientes.

Cuando a mi hermano le pregunté los motivos que había tenido para no continuar con la persecución del "11 de Julio", cuando ya parecía tan próxima su captura, él me contestó que la orden había sido dada a pedimento del timonel Francisco Roca, porque el lugar donde se navegaba era bastante seco, y que el Victoria no se podía meter donde el "11 de Julio" se metía por ser éste de menor calado. Aun cuando la explicación dada me pareció plausible, le dije que fuera a poner su renuncia al Jefe de la Revolución, el que después de tomar los debidos informes, del mismo Evaristo y del timonel Roca, sobre los motivos que habían tenido para suspender la persecución del vapor aquel decidió exonerarlo de toda responsabilidad y mantenerlo en su puesto.

El encuentro del Victoria con el "11 de Julio" nos hizo pensar a don Alejandro y a mí, que deberíamos proteger con sacos de arena la maquinaria del vapor Victoria hasta donde fuera posible, a cuyo fin comisionamos al General Jersán Sáenz. Sólo estábamos esperando el regreso del comisionado Bolaños Morales para irnos a Chontales, para lo que ya tenía la completa venia de mi tío. Por eso quería dejar bien afrincherada la maquinaria del Victoria para su mayor seguridad.

Así se llegó el día que por fin el Victoria salió para Los Cocos a recoger a Bolaños Morales y su compañero, quienes deberían traer los treinta mil dólares convertidos en billetes nacionales. Pero el vapor llegó a Los Cocos, a las primeras horas de la noche, esperó allí toda la noche, y por fin, ya de mañana, con los primeros rayos del sol, viendo que nadie aparecía, se decidió regresar a la Isla.

Nosotros ignorábamos que Bolaños Morales había sido capturado.

En la travesía de regreso de Los Cocos, se encontró nuevamente el Victoria con el "11 de Julio" y con el "Hollembeck", vapor de río, que había sido armado en guerra y que llevaba un magnífico cañón marino.

En la reorganización que habíamos estado haciendo en el Victoria, habíamos nombrado jefe del cuerpo de artilleros al Coronel Jesús Aragón. Era éste un artillero muy afamado, que había hecho sus estudios en la Escuela de Artillería, pero quien por más esfuerzos que hizo en la lucha contra los dos vapores atacantes no logró poner a ninguno de ellos fuera de combate.

El cañoneo se oía perfectamente bien en Moyogalpa, y aun distinguíamos los vapores, aunque no acertábamos a saber qué vapor sería el Hollembeck. De los tres vapores que peleaban nos dábamos perfecta cuenta cuál era el Victoria y cuando éste recibió el tiro de gracia que hizo explotar la caldera y quedar inmóvil, yo declaré en el acto que habíamos perdido el encuentro, y al Victoria. Muchos otros me sostenían lo contrario, pero desgraciadamente después de dos o tres horas de espera ya no nos quedó duda alguna.

A Chontales

Desde ese momento, mi único pensamiento era el de utilizar el 93 para que remolcara unas cuantas lanchas de las que teníamos en el puerto, y cargar en ellas los elementos de guerra y las gentes que llevaríamos a Chontales. La idea fue aceptada en el acto por mi tío Alejandro y por todos los que tuvieron conocimiento de ella. Teníamos todavía algunas horas de la tarde de que podíamos disponer y toda la noche para hacer esa operación.

Sin pérdida de tiempo nos pusimos a trasladar a la costa del Lago, al embarcadero de Moyogalpa, todo el material de guerra que teníamos, así como las provisiones y todo aquello que nos podía ser útil en la nueva campaña que emprenderíamos. Cuando ya todo estaba listo en el puerto, dimos orden de que se cargaran las embarcaciones grandes

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

que estaban ancladas, para que unas por sus propias velas y otras a remolque del 93 nos fraladaran esa misma noche a las costas de Chontales.

La precipitación del alistamiento y desocupación de la Isla en el menor tiempo posible, hizo que no nos fijáramos en que esas embarcaciones estaban ancladas en aguas muy secas, y que con la carga que se les estaba poniendo iban ya a tocar tierra, como efectivamente sucedió.

La listas y puestas las embarcaciones a remolque del 93 dimos orden de emprender la marcha y entonces resultó lo imprevisto: que todas las embarcaciones estaban varadas, y fue imposible al 93 el moverlas.

Es necesario haber estado allí para darse cuenta exacta del desaliento que aquella desafortunada maniobra produjo en nosotros. Consideramos que no era posible emprender de nuevo el descargue de las embarcaciones para repetir la operación en aguas más profundas para que de allí pudiera el 93 llevarlas a remolque hasta Chontales, porque ya la noche estaba muy avanzada cuando esto sucedía y porque temíamos, con sobrada razón, que si amanecíamos allí, reconcentrados en la costa, vendrían los vapores y darían buena cuenta de todos nosotros.

A estas consideraciones se debió el que abandonáramos el intento de continuar la revolución en Chontales y diéramos la orden de desembarcar y tomar cada cual sus pertenencias para irse donde se consideraran que podían estar más seguros de no caer en manos de las fuerzas enemigas que seguramente llegarían a la Isla a la mañana siguiente. Hicimos entonces ver a las tropas que tomábamos esa resolución, no porque nos consideráramos inferiores a las fuerzas del Gobierno sino porque aun triunfando sobre ellas, una y otra vez, siempre quedaríamos circunscritos a la Isla de Ometepe.

Fin de la Revolución del Lago

Pido a mis lectores me permitan manifestarles que siento una como dolorosa impresión aun en estos momentos en que escribo el epílogo de aquella revolución que principiara con siete revólveres y que llegó a considerarse, no sólo por nosotros mismos, sino por voceros del Gobierno de Zelaya, como la revolución que había puesto en mayores peligros al régimen del Dictador. Si he querido narrar hasta en sus más pequeños detalles todo lo sucedido, es para mejor ilustrar a la juventud que alguna vez oiga mencionar lo que se conoce como LA REVOLUCION DEL LAGO, para que sepa lo que puede ser capaz el Departamento más pacífico del país, cuando se entroniza un Dictador en la República.

Hecho, pues, el desembarque y el despido de las tropas, y cuando ya habían salido casi todos para los distintos lugares de la Isla, un grupo de oficiales que había quedado con mi tío Alejandro y yo, emprendimos la marcha en busca de un refugio en aquella isla que casi por dos meses nos había dado el más entusiasta apoyo en sus poblaciones de Alta Gracia y Moyogalpa.

Rivalizaban en su cooperación y simpatía para con la Revolución las familias Marín, Saballos, Viales, Cantón, Angulo, Arcia y tantas otras que no es posible enumerar. Todas fueron de gran valimiento para nosotros.

Creo que éramos en total 22 los que nos retirábamos juntos cuando ya el clarín del General Salvador Toledo, guatemalteco, tocaba a formación en el puerto después del desembarque.

A poco de andar se detuvo mi tío Alejandro y me dijo: "Emiliano, creo que si en estos montes caemos en manos del Coronel Vergara, nadie va a dar cuenta de nosotros. Quizás por eso sería mejor presentarnos al General Toledo, que es un hombre civilizado y que estoy seguro no cometería un asesinato con nosotros".

Mi espíritu rebelde seguía intacto a pesar de la tragedia que habíamos sufrido con la pérdida del Victoria, y a la insinuación de mi tío dije: "Si usted piensa que se puede encontrar garantías con el General Toledo, preséntese usted y todos los que así lo deseen. Lo que soy yo, no me presento. De mí responde este rifle que llevo terciado al hombro". —"No, Emiliano, me contestó mi tío Alejandro, "yo hago lo que tú resuelvas. Solamente hacía una observación".

Después de ese incidente, continuamos la marcha y el baqueano que nos conducía nos llevó a una hondonada muy fresca, llena de cordoncillo, una planta olorosa, y de gran arboleda de la que pendían muchos bejucos.

Enmontañados

A ese punto llegamos alrededor de mediodía. No llevábamos provisiones, pues habíamos salido sin otra cosa que nuestras armas. La falta de provisiones era para nosotros cosa grave. y en vista de eso invité a uno de mis compañeros para que fuéramos a recorrer los alrededores para tratar de encontrar alguna familia conocida que nos pudiera proveer de alimentos. Naturalmente el recorrido lo hacíamos con muchas precauciones, procurando no dejar huellas de calzado en los caminos para lo cual caminábamos entre los montes. Después de dos horas de caminar infructuosamente volvimos al campamento, decaídos, por no poder resolver aun el problema de la alimentación. El problema del abastecimiento de agua lo teníamos resuelto en el campamento mismo en que nos hallábamos porque aquel bejuco que colgaba de los árboles, estaba lleno de abundante savia, y cortando trozos de él nos servían como vasos lleno de agua, y así nos quitábamos la sed.

Después de un buen rato de haber descansado de la caminata anterior, resolví intentar de nuevo, esta vez yendo en dirección de la población de Moyogalpa. A poco andar divisé un cañalito, y al acercarme, oí que alguien estaba allí cortando caña. Me fuí acercando cautelosamente hasta llegar a corta distancia de la persona que trabajaba, y al reconocerla me hizo pensar en el paso que debería dar enseguida; si debería huir sigilosamente para aquel hombre no se diera cuenta de mi presencia, o presentármele y que ver que hacía al reconocerme, pues, el hombre que estaba allí era, nada menos, que Abraham Cruz, el munícipe a quien tuve detenido por más de un mes por negarse a firmar el acto municipal de desconocimiento del gobierno del General Zelaya.

Resolví por enfrentarme a él, diciéndole: "Abraham, reconoce Ud. quién soy?"

"Sí," me contestó secamente.

"Pues aquí me tiene Ud.", le dije "dándole la oportunidad de vengarse de mí, yendo a las autoridades a denunciarme que estoy aquí en esta montaña, en cuyo caso sería asesinado por Vergara o fusilado por Toledo. O, me salva Ud. dándome de comer porque estoy muerto de hambre o me entrega. La resolución es suya".

Abraham enterró la punta de su machete en el suelo, se quedó meditando por un momento, y luego, mirándome fijamente a los ojos, me dijo: "Lo salvaré".

Con esta frase ví que el cielo se me abría, no solamente para mí sino para mis compañeros, y reconocí la nobleza de alma de aquel hombre sensible y de gran carácter con que estaba hablando.

Cuando obtuve su ofrecimiento de salvación, le informé que no estaba sólo, que estaba también conmigo mi tío don Alejandro y cerca de veinte compañeros más. Al principio lo noté vacilar un poco ante el número de personas y antes las dificultades que le acarrearía el atender a tantos, todos los días, pero por fin aceptó, y sin pérdida de tiempo,, después de darle algún dinero para que comprara provisiones, se retiró en dirección de su casa, diciéndome "Espéreme aquí".

Y desde ese día en adelante, todos los días, lo esperábamos en ese cañaveral, con la comida preparada para todos nosotros, sin haber tenido nunca ninguna queja de él.

No paró ahí el servicio que Abraham Cruz nos hiciera. Por su medio nos pusimos en contacto con

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

la familia Cantón. Y poco a poco con esta familia fuimos fraguando el plan de fuga.

Gracias a la inteligencia y cooperación de las señoritas Cantón, quienes nos prestaron valiosos servicios, entre otros el de facilitarnos la sustracción de un bote que ellas sabían que estaba oculto en una casa vecina a la de ellas.

En ese campamento a que me he referido estuvimos cerca de nueve días, y al cabo de ellos, en una noche cuya fecha no puedo precisar, las señoritas Cantón dirigieron a un grupo de los nuestros al lugar donde estaba el bote para que lo trasladaran a un punto de la costa del Lago ya convenido previamente.

Fuga de la Isla

Cuando mi tío Alejandro y yo fuimos informados que el bote estaba sin novedad en el sitio indicado, emprendimos la marcha con los que habían quedado en el campamento, para embarcarnos enseguida.

Llegados que hubimos al lugar de la costa, comenzamos a embarcarnos todos, pero al dar la orden de partir noté que dos de nuestros oficiales, Tomás Masís y Benjamín Vargas Abaunza, se quedaban en tierra por falta de espacio en el sobrecargado bote. Resolví entonces que dos personas, de inferior graduación militar, debían bajarse para darles sitio a ellos.

Eché un vistazo sobre los que estaban ya dentro y ví que entre éstos se hallaban mi hermano Carlos Chamorro Chamorro y mi cuñado Ceferino Enríquez, quien además de ser el esposo de mi hermana Estebana, era hermano de mi esposa Lastenia, es decir doble cuñado.

A pesar de que se me hacía dura y difícil la solución de aquel problema, me resolví a decirles: "Ustedes son mis hermanos, puedo pues exigirles un mayor sacrificio que a otros. Les pido me hagan el favor de salir del bote y quedarse en tierra para mandar a recogerlos después, más tarde".

Al hacerles este pedimento pensaba que me harían alguna observación, o que se negarían rotundamente a cumplir mi orden implícita, sin embargo, grande fue mi satisfacción mezclada de un sentimiento de pesar, cuando ví que los dos se levantaron de sus asientos y sin decir palabra se bajaron del bote.

Subsanando ese conflicto, emprendimos el viaje hacia la costa de San Jorge, en dirección de una finca del General Masís. El viento soplaba favorablemente y empleamos relativamente poco tiempo en llegar.

Tan pronto desembarcamos regresamos el bote para ir a traer a los dos que habían quedado, aunque con muy pocas esperanzas de que los encontraran en la oscuridad y que pudieran llegar esa misma noche. Mas en la madrugada y estando siempre en la finca de Masís, nos abrazaban muy contentos, Carlos y Ceferino, quienes habían tenido la suerte de salir de la isla esa misma noche.

Ese día lo pasamos en la finca dicha, y allí conseguimos dos baqueanos. El uno para que condujera al Doctor Enrique Montiel y a otros compañeros más, quienes habían resuelto trasladarse a Costa Rica.

Amnistía. A Comalapa

Mi tío Alejandro y yo salimos esa noche para Granada donde llegamos cerca de las cinco de la mañana, hora en que las lavanderas van para el Lago a lavar las ropas. Poco después estábamos llamando a la puerta de la casa de doña Dominga Bolaños de Zelaya, donde nos refugiamos y allí permanecí algunos días mientras se me presentaba la oportunidad de trasladarme a Chontales.

No puedo negar que el General Zelaya se mostró bastante magnánimo con los que cayeron prisioneros en el vapor Victoria. Así como hay que reconocerle que no demoró mucho el dar Amnistía en favor de todos los que habíamos tomado parte en el movimiento revolucionario.

Aprovechando la Amnistía me trasladé a Comalapa para ver a mi esposa y vivir allí para mientras arreglaba mis negocios, y así poder salir del país, después de unos dos o tres meses, en compañía de mi tío Alejandro.

No encuentro justo de mi parte, cerrar este que considero un capítulo importante de mi vida de luchador en contra de la Tiranía de mi patria, sin hacer, nuevamente, mención del valor y constancia del soldado de Nandaime, que en esa ocasión hizo derroche de esa valentía innata de sus soldados.

También son dignos de mención los amigos que de distinta manera prestaron su importante colaboración, ya acompañándome personalmente, ya prestándome toda clase de ayuda en mi constante oposición al Régimen de opresión, y apoyándome en mantener encendida la tea libertaria en mi corazón.

De Camoapa, se distinguieron, por ejemplo, en tales servicios: Don Modesto Duarte Marín, los Bermúdez, los Sándigo, los Aráuz, los Díaz, los Mejía.

Era muy de notarse que en Chontales recibí siempre gran aliento en mis actividades de revolucionario luchador, así como en el resto del país que siempre me brindaba su apoyo sin reservas.

En ese tiempo de la REVOLUCION DEL LAGO, estando en San Ubaldo, puerto del Gran Lago, recibí a varios prisioneros enviados de Acoyapa por las autoridades de la Revolución, entre los que estaba don Nicolás Tablada. No sé por qué motivo estaba prisionero, porque por referencias de mi suegro don Ceferino Enríquez sabía que era conservador. Estos prisioneros pasaron con mi tropa al vapor Victoria que yo mantenía anclado en ese puerto, y allí permanecieron por varios días. Recuerdo que un día de tantos, se me quejaron los presos de la mala comida que les daban. Entonces yo, para vigilar más de cerca y proporcionarles una mejor alimentación, ordené que les sirvieran en la misma mesa que a mí, y así comíamos juntos hasta el día de su separación.

Como no podía andar con los prisioneros a bordo en mis escaramuzas revolucionarias, opté un día que marcharía con mi tropa, dejar a los prisioneros en una lancha anclada. Como no tomara las debidas precauciones para evitar su fuga, sucedió que al regresar encontré que todos se habían fugado levando el ancla y dejándose arrastrar por las embravecidas olas del Lago hasta llegar a un lugar de tierra firme.

Esa es la verdadera historia de ese incidente, que algunos han tergiversado malintencionadamente diciendo que habían sido abandonados adrede a la deriva de las olas.

Durante mi estadía en Moyogalpa, recibía constantemente adhesiones de amigos de la causa que llegaban a incorporarse de la ciudad de Rivas. De allí también me suministraban valiosos informes del estado en que estaba el Ejército del Gobierno, ejército compuesto por gentes reclutadas a la fuerza.

En Comalapa, después de tres meses de estadía, arreglando mis negocios y tratando de convencer a Lastenia sobre la conveniencia de salir del país, a causa de lo peligroso que era para mí seguir en la vida azarosa de perseguido, resolvimos al fin que eso era lo mejor que podíamos hacer y entonces, un día de tantos sin despedirme de nadie sino de mi esposa, me dirigí hacia Granada para juntarme a mi tío Alejandro que ya también estaba listo para salir.

A Costa Rica

A este viaje se agregaron don Mariano Zelaya y don Eulogio Cuadra.

Resuelto ya en Granada el día de la partida enviamos a Rivas a buscar a un baqueano que estuviera listo para conducirnos de Rivas a La Cruz, Costa Rica. En Granada ya teníamos listo el que nos llevaría a aquella ciudad.

El recorrido lo hacíamos de noche, descansando en el día. Una vez llegados a Rivas, nos hospedamos en la hacienda de Don Narciso Argüello, donde admiré las pilas enormes que se usaban en la preparación del añil. Al caer la noche continua-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

mos el viaje con Grillo, miembro de la famosa familia de baqueanos. En las primeras horas de la mañana del siguiente día estábamos en el Río de las Vueltas, y cuando el baqueano nos dijo que ya estábamos en territorio costarricense, en el desayuno nos tomamos un buen trago de licor, celebrando así el gozar de los aires de libertad. Ese trago debido al estado de debilidad y de cansancio, mareó fuertemente a don Mariano Zelaya, quien era abstemio, por lo que estuvimos bromeando por un buen rato.

Ya en La Cruz no tuvimos dificultad alguna y continuamos nuestro viaje hasta Liberia, para de allí salir hacia el puerto del Bebedero, en el Golfo, para embarcarnos para Puntarenas.

De Puntarenas nos fuimos a San José donde estuvimos algún tiempo mientras esperábamos cartas de mi papá, quien estaba en Bogotá, Colombia, a donde había ido a visitar al Presidente don Rafael Reyes, con quien él tenía muy buenas relaciones desde sus estadías en París, y en quien él confiaba tener algún apoyo para derrocar la Dictadura de Zelaya.

Según cartas que recibimos de mi papá, unas fuerzas colombianas serían enviadas al Istmo en los últimos días del mes de Octubre o primero de Noviembre, y se nos informaba que estas fuerzas nos darían los elementos necesarios para poder nosotros operar en Nicaragua.

A Panamá

En cuanto tuvimos esa información, resolvimos irnos a Panamá y el mismo día que esas fuerzas mencionadas llegaban a Colón, llegábamos también nosotros, de modo que las vimos desembarcar.

Nos llamó la atención que había mucha gente de Panamá presenciando el desembarque, y que a ambos lados del puerto estaban anclados varios barcos de guerra americanos. Pudimos apercibirnos también de ciertos rumores que mencionaban una conspiración panameña.

Por eso, cuando el Alcalde de Panamá invitó al Jefe de las Fuerzas Colombianas para un festival que le tenían preparado en aquella ciudad, comprendimos que se trataba de un ardid para separar a los jefes de sus tropas. Efectivamente, esa misma noche del festival se supo en Colón, como a las once de la noche, que los jefes militares habían sido apresados en Panamá, y que en esta ciudad se había iniciado el movimiento desconociendo a Colombia y proclamando la República de Panamá.

Recuerdo que en el mismo hotel en que estábamos hospedados, se encontraba también como Delegado colombiano, un Senador de apellido Dubarry, que me recordaba a mi Profesor Dubarry, de Nicaragua. Este Delegado se dio cuenta que nosotros éramos nicaragüenses simpatizantes del Presidente Reyes y por él estuvimos al corriente de lo que estaba pasando. Cuando tuvo noticias de lo ocurrido se abatió tanto que no sabía qué hacer, aunque a mí me parecía que si él hubiera enviado un mensaje a las fuerzas en Colón, éstas hubieran podido llegar a Panamá y desbaratar el incipiente movimiento.

A Guatemala

Pasada la proclamación de la República de Panamá y viendo que nada teníamos que hacer allí, resolvimos irnos a Guatemala, a procurar en esa República, conseguir el apoyo del Presidente Rafael Estrada Cabrera, de quien teníamos noticias estaba en malos términos con Zelaya.

Una vez llegados a Guatemala, enviamos un mensaje al señor Presidente, pidiéndole audiencia. Nos contestó inmediatamente señalándonos el día en que seríamos recibidos.

Don Eulogio Cuadra

Mientras tanto Don Eulogio Cuadra resolvió trasladarse a Honduras, de donde había recibido una oferta para manejar el Banco.

Llegado que hubo el día de la audiencia, Estrada Cabrera nos recibió muy cortésmente y nos habló con la franqueza que siempre usó conmigo. Nos dijo, al hablarle nosotros de auxilio para derrocar a Zelaya, que habíamos llegado tarde. Que si le hubiéramos hablado unos quince días antes que seguramente hubiéramos obtenido ese apoyo que buscábamos, pero que en esos momentos estaba en Nicaragua un comisionado suyo tratando de arreglar las diferencias que tenía con Zelaya, y que creía que a esas horas todo estaba arreglado según un mensaje que había recibido de su Comisionado. Sin embargo, agregó, para estar más seguro de su respuesta final que esperáramos unos cuantos días más el regreso de su comisionado en Nicaragua y que para eso volviéramos dentros de unos diez días más tarde.

En la nueva audiencia que nos había concedido de antemano, el Presidente Estrada Cabrera nos confirmó lo que nos había dicho anteriormente, esto es, que había llegado a un arreglo con Zelaya, y francamente nos dijo que en Guatemala no teníamos nada que hacer.

A Honduras

En vista de esa declaración tan franca resolví mi viaje a Honduras donde esperaba poder encontrar trabajo y al mismo tiempo estar más próximo a Nicaragua.

Mi tío Alejandro y don Mariano Zelaya se trasladaron a El Salvador.

Cuando llegué a Tegucigalpa encontré trabajando, como Gerente del Banco, a don Eulogio Cuadra, quien me hizo las primeras indicaciones de cómo debía de comportarme en aquel país. También visité a don Francisco Cáceres, quien había vivido mucho tiempo en Nicaragua, vinculándose con el Partido Conservador.

Don Francisco Cáceres

El señor Cáceres me recibió muy afablemente, me invitó a almorzar con él el domingo siguiente y me informó que don Manuel Bonilla, Presidente entonces de la República de Honduras, me guardaría toda consideración siempre que yo no comprometiera la neutralidad de Honduras en sus relaciones políticas con Nicaragua. Me advirtió, sin embargo, que si me dedicaba a actividades revolucionarias, con mucha pena de su parte, vería que me expulsaran del país.

Por sugerencia de los señores Cuadra y Cáceres, pedí audiencia al Presidente Bonilla para presentarle mis respetos y exponerle mi deseo de vivir en Honduras, lo cual hice inmediatamente.

El Presidente Bonilla me dijo lo mismo que don Francisco Cáceres, y yo me despedí de él en buenos términos.

Seguí unos días más sin ocupación alguna hasta que don Francisco Cáceres me invitó a Comayagua a ver unos terrenos que allí tenía para que dictaminara qué se podía hacer con ellos, y explotarlos.

Esos terrenos quedaban cercanos a la población de Comayagua, con el río Humuya de por medio. Eran magníficos para agricultura, con grandes facilidades de irrigación, y en épocas anteriores habían servido para la explotación del añil.

Como mis conocimientos principales en cuestiones agrícolas son de ganadería yo los estudié bajo ese aspecto, y me parecieron muy buenos, que haciendo potreros darían muy buen resultado para esquilmos de ganado, industria que estaba muy atrasada entonces en Honduras.

Cuando regresé de mi inspección y le informé a don Francisco sobre ella y mi modo de pensar al respecto, me dijo: "Ahí los tiene a la orden para cuando usted quiera irse". "Muy bien, le dije, pero con qué fondos?" Y aquel hombre que siempre fue tan generoso, me dijo: "Yo tengo unos dineros que podemos invertir allí. Váyase, inicie los trabajos, y cuando necesite dinero, avíseme para enviárselo".

Así lo hice, y siempre recibí de don Francisco el dinero necesario para los trabajos que emprendí.

Algunos familiares y amigos del señor Cáceres, en vista de la magnitud y desarrollo de los trabajos emprendidos, creo y era natural, estaban resentidos

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

y envidiosos porque aquella empresa se estuviera llevando a cabo por medio de un extraño y no por medio de sus familiares, y hasta llegó uno de estos a interrogar a don Francisco sobre la garantía que yo le había dado para estarme él supliendo tan fuertes sumas de dinero como las que estaba invirtiendo, él respondió al instante, con nobleza que le agradezco aun ahora: "Ninguna, nada más que su nombre".

Mi vida en la ciudad de Comayagua transcurría tranquila, pues generalmente sólo llegaba a dormir a la ciudad, ya que todavía no había casa en qué habitar en la propiedad que estaba formando en los terrenos y con el dinero del señor Cáceres, en mi calidad de socio industrial.

Nuestros planes eran que una vez recogido el producto de mis trabajos, pagaríamos de preferencia el capital invertido y sus intereses, y la ganancia neta nos la repartiríamos por partes iguales, es decir, mitad para mí y mitad para el señor Cáceres o sus herederos en su caso, conforme al convenio privado y de palabra que entre los dos habíamos hecho.

Los principales herederos del señor Cáceres fueron: el doctor Paulino Nolasco, doña Margarita Avilés, casada con el señor Francisco Obregón, ambos de Managua, y su hija, la señorita Petronila Cáceres, la que fue educada en el Colegio de Señoritas de Granada de la señorita Francisca Rivas, hija del notable hombre público, escritor, polemista y orador don Anselmo H. Rivas. Me cabe el orgulloso placer de consignar en estas mis memorias, que a la muerte de mi grande y excelente socio, don Francisco Cáceres, todos los herederos citados quedaron satisfechos al haber recibido de mí, en efectivo, la parte que le correspondía a cada uno de ellos, de conformidad con la voluntad testamentaria de su padre, como lo atestiguan los documentos que aún conservo.

No se cual fue la causa por la que don Francisco se había retirado de la Secretaría Privada del Presidente. Probablemente era cierta la que me daba a mí cuando me decía que lo había hecho para descansar, pero quizá también es posible que haya sido para evitarle a su amigo Bonilla, Presidente de Honduras, dificultades con Zelaya, Presidente de Nicaragua, ya que Cáceres era reconocido por su ideología conservadora, además de que era del dominio público que ejercía influencia decisiva en el ánimo del General don Manuel Bonilla.

Con el traslado del señor Cáceres de Tegucigalpa a Comayagua, antigua capital de la República de Honduras, mi vida cambió un tanto porque entonces tenía ya con quien compartir sobre los asuntos políticos de mi país. Además de las visitas ordinarias que yo le hacía, él por su parte, me invitaba a almorzar juntos los domingos. Recuerdo que a la mesa no faltaba una botella de buen vino, y después de los postres, que solían ser delicados, me decía de buen humor: "Al buen catador después del postre, vino" y me servía la última copa.

Al iniciar formalmente los trabajos de construcción de casas en la hacienda que estaba formando, dispuse llamar de Nicaragua a mi esposa Lastenia y a mi hermano Evaristo Enríquez, junto con su esposa doña Matilde Bendaña, para que estableciéramos nuestros hogares en Honduras, por lo menos mientras estuviera en el poder el General Zelaya.

La Ilusión

Caundo mi esposa, y mi hermano con la suya, llegaron a Honduras ya tenía yo construída la casa-hacienda, la que llamé "La Ilusión", pues soñaba con un porvenir mejor. En Nicaragua, llamó mucha la atención pública el nombre dado a la propiedad, y por eso el escritor satírico Fernando García, El Duende Rojo, escribió un artículo, ridiculizándome, que tituló: "La Ilusión perdida".

Mi vida siguió trancurriendo tranquila y no cambió sino hasta el año de 1907 en que el Presidente don Manuel Bonilla, viéndose amenazado por una invasión de las fuerzas del Gobierno del General Zelaya, me llamó con urgencia para que llegara a Tegucigalpa a tratar un asunto político de importancia.

Don Manuel Bonilla

Llegado que hube a Tegucigalpa, la primera persona a quien busqué para orientarme mejor sobre el llamado del Presidente, fue mi amigo don Francisco Cáceres, quien ya estaba de nuevo al lado de don Manuel Bonilla, aunque sin puesto oficial pero con funciones de Ministro sin Cartera, a lo que vale decir, Ministro General.

Cáceres me informó que la urgencia de mi llamada obedecía al temor que parecía inminente la invasión del territorio hondureño, pero, pero que las cosas iban a mejorar, aunque era preferible que me quedara yo en la Capital, sin hacerme muy visible, y que esperara un nuevo llamado del Presidente. Pasados unos ocho días, me dijo don Francisco que todo estaba tranquilo, y que sería mejor que me fuera de regreso a Comayagua, para donde salí ese mismo día.

En el camino iba meditando sobre las diversas noticias que circulaban en Tegucigalpa, entre ellas, la del que en caso de guerra entre Zelaya y Bonilla, éste llamaría a la emigración nicaragüense. Sabía que mi nombre había sido barajado junto con el del General Anastasio J. Ortiz, padre del actual Coronel G. N. Anastasio Ortiz, y quien tenía entonces diez años de residir en Honduras, donde estaba muy bien relacionado. También se rumoraba que el Presidente Bonilla había logrado una alianza militar con el Gobierno de El Salvador y el de Costa Rica. Estos eran los tópicos salientes del momento y sobre ellos meditaba en la soledad y el silencio de mi camino. Y aunque parezca mentira lo que me hacía pensar más profundamente era la intimidad y el interés que en esos días de mi estancia en Tegucigalpa me mostró el Doctor don Salvador Mendieta, Jefe del Unionismo Centroamericano, quien en su entusiasmo llegó hasta elaborarme el Manifiesto que yo debía lanzar al Pueblo de Nicaragua, manifiesto que leímos juntos con mi amigo don Eulogio Cuadra.

De regreso a Comayagua, volví en seguida a ocuparme de mis empresas agrícolas y ganaderas. Mas esto fue sólo por unos pocos días, pues de nuevo fuí llamado con urgencia por el Presidente Bonilla para que llegara inmediatamente a Tegucigalpa, y como en esos momentos no tenía una buena bestia para el viaje, tuvo que ocurrir para que me prestara una, a don Margarito López, padre del Doctor Francisco López Pineda, que por varios años fue Ministro de Honduras en Nicaragua, y quien en su estadía en este país conquistó mucho afecto y simpatía por su carácter jovial y su fino tacto diplomático.

Guerra de Zelaya contra Honduras

A las seis de la tarde de ese mismo día llegué a Tegucigalpa, y hora y media después estaba hablando con el Presidente Bonilla, quien me manifestó que Zelaya estaba movilizando sus fuerzas, y que por el lado de Chinandega ya habían traspasado la frontera, por lo que se vió obligado a nombrar al General Anastasio J. Ortiz, defensor de la zona de Choluteca, para así tener mejor contacto con El Salvador, y que yo debería salir para San Marcos de Colón, donde estaban de jefes de las fuerzas hondureñas, los generales Salomón Ordóñez y Fidel Bulnes, este último conocido mío por haber vivido muchos años en Nicaragua, vinculado con el Partido Conservador.

En las instrucciones que me dió el Presidente Bonilla estaba la de que el General Ordóñez me entregaría 200 hombres para que yo invadiera a Nicaragua por la zona de las Segovias.

Una vez que recibí del Presidente las notas para Ordóñez y Bulnes me fuí a despedir de mis amigos de Tegucigalpa, entre otros de don Luis Vega y del Doctor don Daniel Gutiérrez Navas, quienes me manifestaron que ellos se incorporarían a mis fuerzas.

Aunque no se fueron conmigo estos señores

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

mencionados llegaron casi al mismo tiempo que yo a San Marcos de Colón.

Tan pronto como hice mi ingreso a esta ciudad, fuí a ver al General Salomón Ordóñez para entregarle las comunicaciones que me había dado el Presidente Bonilla, y el Gral. Ordóñez después de leerlas, me dijo que estaba anuente a darme todo lo que yo deseaba para organizar la expedición que invadiría a Nicaragua, a quien me dirigí inmediatamente.

El General Fidel Bulnes me recibió con los brazos abiertos como si hubiera sido un connacional mío, manifestándome que él se consideraba como un nicaragüense por los años que había vivido en Nicaragua. Después de una ligera conversación sobre generalidades, pasamos a hablar sobre asuntos de mayor importancia para entrambos. El me dijo que había llegado a tiempo, porque tenía noticias alarmantes del movimiento de las fuerzas de Zelaya, y que por eso quería que antes de que habláramos sobre mis asuntos, fuera yo con su Ayudante a inspeccionar las líneas de defensa que tenía establecidas.

En San Marcos de Colón

San Marcos de Colón es una población hondureña que queda casi al pie de una pequeña colina con una meseta en la cima, detrás de la cual se levanta un cerro de mayor altura. La pequeña colina continúa por los lados restantes rodeando la ciudad, formando una especie de valle en el que está el poblado. Alrededor de la población, en algunas partes como a 300 varas de distancia de la misma y en otras como a mil, se habían tendido las líneas de defensa dichas que consistían en una cerca humana, con cada soldado como postes, a tres o cuatro varas de distancia el uno del otro.

Al practicar mi recorrido por aquellas líneas con el ayudante de Bulnes ví la debilidad de las mismas, y a medida que lo hacía se afirmaba en mí la creencia de que serían rotas por cualquier parte que los atacara el enemigo, a excepción de un trecho correspondiente al valle, trecho que estaba a cargo del Dr. y Gral. Manuel Vargas.

A mi regreso a la oficina del Gral. Bulnes, como a las seis de la tarde, llamé aparte al Gral. y le manifesté con franqueza cuál era mi opinión, esto es, que las líneas de defensa presentaban puntos muy vulnerables. El me manifestó entonces que las fuéramos a ver de nuevo al día siguiente por la mañana para reforzarlas donde fuere de mayor necesidad, y que mientras tanto, quería que yo hablara con un joven que había sido capturado en las cercanías de las trincheras de la colina que acabamos de mencionar, joven a quien querían fusilar tomándolo por espía. Aprobé su disposición y fuí a hablar con el muchacho que no pasaba de unos veinte años de edad y a quien conceptué incapaz de realizar la delicada misión de espía, por lo que me constituí en su salvador. Así se lo hice saber al Gral. Bulnes, quien se dió por convencido de la apreciación que había hecho del joven en cuestión y quien accedió a mi petición de incorporarlo a mis fuerzas. Este joven, Ubilla, que así se apellidaba el muchacho, se unió a mí mostrándome siempre gran lealtad, además del coraje en los encuentros de armas que tuvimos y de los que más adelante tendré ocasión de hablar. El Capitán Napoleón Ubilla Baca, uno de los jóvenes de la expedición libertadora de Olama y víctima reciente de la Guardia Nacional en cuyas manos perdió la vida en las montañas de Chontales, fué hijo de ese joven a quien me estoy refiriendo ahora en estas mis memorias.

Arreglado como fue con el Gral. Bulnes de que a las siete de la mañana del siguiente día haríamos la inspección convenida, me retiré a la Casa-Cuartel a reunirme con varios de los oficiales que ya tenía bajo mis órdenes.

Una vez que hube llegado, todos mis paisanos mostraron gran interés y curiosidad por saber qué noticias les llevaba yo. Les dí informes favorables por supuesto, respecto a la defensa de la población, pero por aparte llamé al Gral. Luis Vega y al Dr. Daniel Gutiérrez Navas y les dije la verdad sobre la impresión personal que obtuve en mi visita a las líneas mencionadas.

La noche de ese día pasó tranquila, dormimos bien y como a las cinco de la mañana estábamos ya en pie ordenando a la oficialidad alistara las bestias y a los encargados de la cocina prepararan el rancho para estar dispuestos a efectuar la inspección acordada.

Terminando el desayuno nos encontrábamos todos, cuando sonaron algunos disparos esporádicos y después un ligero tiroteo continuo y a poco rato supimos lo que yo me había imaginado: Las líneas habían sido rotas en todas las partes indicadas por mí, porque al contrario de nosotros los nicaragüenses peleábamos en grupos cerrados, los hondureños, como lo expresé antes, tenían sus líneas de defensa muy abiertas.

Al notar que el tiroteo se suspendía, se levantó de la mesa el Gral. Luis Vega y salió a la calle mirando hacia la colina que teníamos detrás y en vista que el ejército defensor de la plaza venía en una completa y desorganizada retirada se regresó hacia mí, diciéndome: "Móntese y véngase".

En esta pequeña intervención del Sr. Vega reconocí al hombre dinámico que en Julio de 1893 pedía en frecuentes y extensos telegramas a los jefes militares granadinos que no depusieran las armas, puesto que él los apoyaría con ocho mil hombres de Matagalpa, ofrecimiento que no fue aprovechado.

Con el aviso dado por el Gral. Vega fuí inmediatamente a montar junto con el Dr. Gutiérrez Navas y otros de mis oficiales, y al salir a la calle nos encontramos con los Grales. Ordóñez y Bulnes y con los primeros derrotados que bajaban de la colina, entre los que venía el Coronel Pilar Martínez, a pie, sudoroso, vestido de saco y pantalón de casimir negro, y como era corpulento, pensé que aquel jefe podría ser capturado en cualquier momento si alguien no le ofrecía una bestia en la que huir y entonces yo mismo bajé de mi mula y se la ofrecí quedándome yo a pie. No sé si él supo quien había sido la persona que había tenido aquel gesto generoso para con él.

Aquel desorganizado desfile era encabezado por los Grales. Ordóñez y Bulnes pero la soldadesca temerosa de que pudiera ser detenida en cualquier momento para proteger al Gral. Manuel Vargas que sostenía un nutrido tiroteo al lado del valle, principió por disparar a uno y otro lado del camino como para darse valor o para atemorizar a los jefes contrarios y creer que el combate del lado del valle lo sostenía con éxito el dicho Gral. Vargas. Hablé al Gral. Bulnes de la conveniencia de ir a proteger a aquel valiente militar que tan desventajosamente estaba luchando, pero seguramente por la desorganización en que venían las tropas, y su constante tiroteo, no se hizo nada y la marcha continuó así hasta que llegamos al pueblo de San Lucas, donde se hizo alto y principió la reorganización de aquellas diseminadas fuerzas.

Hacia Nicaragua

Del pueblo de San Lucas, comuniqué al Presidente Bonilla, que me encontraba allí junto con los Grales. Ordóñez y Bulnes, sin haber yo recibido todavía los elementos ofrecidos por él. El Presidente Bonilla repitió sus órdenes a los Grales. citados, quienes después de dos días de recoger soldados desbandados me entregaron doscientos hombres bien equipados de armas y de parque.

Con este pequeño contingente salí para El Paraíso, pueblo pequeño inmediato a "Las Manos", punto geográfico fronterizo a Nicaragua, bien conocido ahora por la ciudadanía nicaragüense por los recientes hechos de Mokorón. Mientras descansábamos en El Paraíso tomaba informaciones sobre las mejores rutas para internarme en tierras nicaragüenses, sin ser descubierto al primer momento, pues era mi propósito desorientar a las fuerzas de Zelaya e interrumpir sus comunicaciones con el ejército que

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

él ya tenía en Honduras, y en esas investigaciones llegué a saber que en Dipilto, población de Nicaragua que queda a poca distancia del lugar donde yo estaba, se encontraba una columna de doscientos hombres colocada en muy mala posición, pues ocupaba propiamente el pueblo que queda en el fondo de una cañada. En vista de la facilidad que presentaba para mí la destrucción de dicha columna, no tuve tiempo que perder, y dispuse salir esa misma noche por veredas, hacia ese lugar.

A las cuatro de la madrugada llegamos a las proximidades de Dipilto e hicimos alto para dividir las fuerzas en dos columnas: Una para que descendiera por la falta izquierda y la otra por la falda derecha, tomando ambas muchas precauciones para no hacer ruido y evitar ser descubiertas por el enemigo, aprovechando que también estábamos protegidos por una espesa neblina. Yo personalmente, comandaba la columna de la falda derecha, y al clarear el día ordené a mi clarín rompiera con los aires de fuego. Inmediatamente por todas las líneas se oyó un fuerte tiroteo, y abajo en la población se veía correr la gente de un lado a otro. Los soldados buscaban como escaparse, pero estaban cercados, tomada la salida de escape para el Ocotal; así fue que no pudieron sostenerse y antes de una hora de fuego, tuvieron que rendirse con pérdidas bastante sensibles.

Cuando todo estaba ya en calma y los oficiales me dieron aviso de que todos los soldados enemigos estaban hechos prisioneros, bajé a recorrer el campo de combate con don Gilberto Larios que me acompañaba junto con otro oficial cuyo nombre no recuerdo.

Declaro que en presencia de los cadáveres nicaragüenses me sentí muy conmovido, y tratando de mejorar la situación de algunos de los prisioneros, se me hizo tarde, pues serían ya como las nueve de la mañana cuando dispuse volver a donde estaban mis fuerzas para reorganizarlas y seguir la marcha sobre el Ocotal, pero cual no sería mi sorpresa al ver que mis tropas a uno y otro lado de la colina marchaban hacia atrás, es decir, hacia Honduras. Aquella fuerza que no había sufrido ni una sola baja, que había obtenido un triunfo completo, estaba sin embargo, desmoralizada y no había medio de hacerla regresar y organizarla. Quise detenerla pero ví que era imposible y no quise empeñarme porque comprendí que todo sería en vano.

Regreso a Tegucigalpa

....A mi regreso a Tegucigalpa donde sólo malas noticias llegaban de todos los frentes, me dieron instrucciones para que con mi cuadro de oficiales nicaragüenses marchara para Puerto Cortés donde me embarcaría para Costa Rica, donde me darían una fuerza con la que podría invadir a Nicaragua.

Salí de Tegucigalpa a Comayagua para saludar a mi esposa Lastenia y a don Francisco Cáceres, quien se encontrara entonces de Gobernador de ese Departamento.

Estando allí en Comayagua supe que al siguiente día se verificaría un levantamiento del cuartel. Con esa noticia fuí a visitar a mi amigo don Francisco para darle el informe que yo tenía y para ofrecerle ir a pasar la noche junto con mi cuadro de oficiales al cuartel en referencia, con lo que yo pensaba se evitaría su pronunciamiento a favor de la revolución, pero don Francisco me dijo que ese cuartelito no valía nada, que no tenía la menor importancia y que era mejor que no me molestara en ir a pasar una mala noche. Ya con esa determinación del señor Cáceres me fuí a "La Ilusión" en la que se encontraban viviendo mi esposa Lastenia y mi hermano Evaristo con su señora.

En esta hacienda pasamos la noche, los oficiales que me acompañaban y yo, pero muy temprano de la mañana estuvimos listos para regresar a Comayagua y cuando pasábamos por la plaza, frente a la Iglesia, ví que el señor Cáceres iba entrando a élla y entonces me desmonté, fuí a saludarlo y a avisarle que ya estábamos de regreso a sus órdenes en el Palacio de Gobernación.

Poco tiempo después de llegados a este edificio oímos una gritería al lado del cuartel. Salimos a preguntar a la gente que venía de ese lado qué era lo que pasaba y nos dijeron que los revolucionarios lo habían tomado. Fue entonces mi propósito ir a recuperarlo y ordené a mis oficiales que alistaran sus armas y nos fuéramos. Eramos dieciséis en total, a la cabeza de los cuales iba yo.

Al salir del edificio de Gobernación y principiar la marcha hacia el cuartel amotinado, de una de las ventanas de las casas vecinas salió un tiro que fue a herir mortalmente a un Capitán de los que me acompañaban, de nacionalidad salvadoreña, apellidado Durán. Seguimos nuestra marcha y al desembocar a la plaza en donde estaba la Iglesia de todas las ventanas de las casas nos disparaban, aunque felizmente sin herir a ninguno. Así sostuvimos una prolongada lucha en las calles de Comayagua caminando despacio, recibiendo y disparando balazos. Los revolucionarios que tomaron el cuartel cuando supieron que nosotros estábamos tratando de llegar a recuperarlo, se vinieron hacia nosotros y hubo caso en que uno de los nuestros defendía una bocacalle, disparaba sobre una calle a un grupo y corría a la otra acera y disparaba sobre otro grupo al otro lado de la calle. Este oficial fue el Capitán Napoleón Ubilla de quien ya hice mención cuando fue avanzado en San Marcos de Colón y a quien yo evité el que fuera fusilado. El coraje que este joven desplegó en esta lucha tan desigual que tuvimos en Comayagua, es digna de ser mencionada con especialidad.

Nuestro propósito de recuperar el cuartel no nos abandonó sino hasta que recibimos órdenes del señor Cáceres de regresar a Tegucigalpa.

Así es que regresamos, primero, de nuevo a "La Ilusión", y de aquí nos preparamos y nos aprovisionamos con lo más indispensable, para enseguida marchar a Tegucigalpa, ciudad a la que llegamos después de dos días.

En Tegucigalpa las cosas no andaban mejor de lo que habían estado en Comayagua, pues acababa de perderse también la batalla de Maraíta lugar en que las tropas hondureñas tuvieron pérdidas muy serias, entre ellas la del valiente Ministro de la Guerra General Sotero Barahona, quien estaba preconizado para futuro Presidente; el Coronel Pilar Martínez, a quien yo dí mi bestia en la retirada de San Marcos de Colón también perdió la vida en esta batalla, así como muchos otros de la alta oficialidad hondureña.

Al Gobierno no le quedó esperanza de sostenerse después de perder una serie sucesiva de combates con las tropas nicaragüenses, y por eso el Presidente General don Manuel Bonilla partió a El Salvador antes que el enemigo pudiera cerrarle la salida, dejando a don Saturnino Medal, Ministro de Gobernación, como encargado del Poder Ejecutivo.

General en Jefe — Los Calpules

El Gral. Medal, de acuerdo con los otros miembros del Gabinete, me nombró General en Jefe de las fuerzas hondureñas y especialmente encargado de hacer la defensa de la ciudad de Tegucigalpa. Confieso que tal designación agradó a mi vanidad de joven, y puedo decir que pedí al Dios de los Ejércitos que me diera acierto y coraje para hacer de Tegucigalpa una plaza inexpugnable con una defensa heroica, como la que pocos años antes había hecho el General Domingo Vásquez contra las tropas honduro-nicaragüenses que la atacaban.

Desgraciadamente las fuerzas hondureñas estaban demasiado minadas, completamente desmoralizadas, como se puede deducir por el hecho siguiente:

El día de mi nombramiento, como a las tres de la tarde, salí a recorrer todos los alrededores de Tegucigalpa: "El Picacho", "Juana Laínez", "Tonconfín", y otros. En cada uno de ellos, después de observar cómo tenían organizados los jefes la defen-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

sa de esos puestos, conversé con éllos para saber lo que necesitaban para poder responder ellos por la posición encomendada, y a mi regreso a Tegucigalpa principié a enviar tropas a cada uno de los lugares designados que las requerían. Recuerdo bien que distribuí como trescientos hombres entre las diferentes posiciones, y como dos horas después, estaba recibiendo telefonemas acusándome recibo de la gente que les había mandado e informándome al mismo tiempo de cuántos se les habían desertado hasta la hora en que me estaban telefoneando, lo cual daba por resultado que eran más los desertores que los refuerzos recibidos, y como la plaza no tenía más que mil trescientos soldados de reserva se llegaba a la conclusión que para terminar de usar esa reserva bastarían un par de días por lo que resolví proponer al Gral. Medal y a sus Ministros, el abandonar la ciudad de Tegucigalpa, llevándonos todo el material de guerra para Occidente, donde seguramente esos soldados del Departamento de Gracias, ya puestos en su tierra, pelearían con entusiasmo, y así también lograríamos desalentar a las tropas nicaragüenses, puesto que nos alejábamos más de su centro de operaciones.

Aunque todos estuvieron de acuerdo con el pensamiento mío, no se pudo llevar a efecto por dificultades de transporte, y quizás por alguna desconfianza en el éxito de la empresa, por lo que se resolvió mejor abandonar por completo la plaza y salir todo el que quisiera para el lugar de su preferencia. El Dr. Medal, muchos otros y yo salimos para El Salvador.

Y así termina mi intervención en la guerra llamada de "Los Calpules", entre las fuerzas del Gral. Zelaya y las fuerzas del Gral. Bonilla.

El "Complot Reuling"

Al terminar mi actuación en la República de Honduras y antes de ocuparme de mis gestiones políticas en las Repúblicas de El Salvador y Guatemala, creo necesario hacer una requisa a mi memoria para no dejar omitidos hechos o personas que deberían figurar en estas mis memorias. Por ejemplo, el que pudiéramos llamar "Complot Reuling" que tenía por objeto el pronunciamiento del cuartel de La Momotombo por su Jefe el General William Reuling.

Era éste un norteamericano radicado en Nicaragua, que en una de nuestras revoluciones salió herido en una pierna y que después se casó con la señorita Adela Argüello, prima hermana de don Alejandro Chamorro e hija del Coronel Manuel Argüello. El parentesco por afinidad que el General Reuling estableció con don Alejandro, por medio del matrimonio con su prima, dió lugar a que esos dos personajes intimaran relaciones de las que seguramente nació la idea de obtener el pronunciamiento de La Momotombo por medio de su Jefe. A este fin se dedicó el señor Chamorro, participándonos, de vez en cuando, el progreso de sus pláticas y sus esperanzas de obtener un buen éxito.

Plan de secuestro de Zelaya

Mientras tanto, el joven Ingeniero don Fernando Larios y yo, hacíamos frecuentes viajes de esta ciudad de Managua a la de Granada a tratar de la captura del General Zelaya, en un plan que explicaré más adelante. Las conversaciones sobre este asunto las sosteníamos principalmente con don Eulogio Cuadra y don Procopio Pasos, en la casa de comercio que éste último tenía en Granada.

El Ingeniero Larios, sobrino del Obispo de ese mismo apellido, estaba recién llegado de Francia, era muy nervioso y de temperamento impetuoso, y casi dejaba con la boca abierta a los señores Cuadra y Pasos mencionados, con las vívidas descripciones que les hacía de cómo capturaríamos a Zelaya y cómo éste nos entregaría todo el país.

A la verdad, tan descabellado como pareciera el plan, era, a mi juicio, perfectamente practicable.

Se recordará que antiguamente las ventanas del Palacio Nacional que daban a la calle eran bastante bajas, especialmente las del salón de la esquina que da al Arzobispado y al frente de la casa que anteriormente se conocía como la Casa Bárcenas, salón que era precisamente el lugar donde tenía sus oficinas el Presidente Zelaya. Las ventanas bajas permitían con bastante facilidad saltar de la acera dentro de la oficina, apoyando las manos en la ventana y saltando dentro de la pieza en donde estaba el Presidente. Por otra parte, fuera del salón mismo, en una especie de pasadizo, habían unas bancas donde se acomodaban unas treinta personas a esperar audiencia. Tomando en consideración estos dos factores, o sea el de las ventanas bajas por las que se podría saltar de afuera dentro de la oficina y el de poder estar un grupo de conspiradores en el pasadizo de espera, al Presidente Zelaya no lo quedaba otra escapatoria que la de entregarse a sus captores.

Entraba también en el plan el poder tener gente en la casa de don Marcos Bermúdez, que actualmente me parece ser la de nuestro amigo don Adán Cárdenas donde apostaríamos otro grupo de gente armada de rifles y revólveres para proteger a los captores contra cualquier agresión de las fuerzas del Palacio.

Pero como este plan estaba en combinación con el levantamiento del Gral. Reuling en La Momotombo, y se llegó a tener todo preparado tan sólo de esperar la señal de que La Momotombo se había pronunciado, para nosotros poner en ejecución el plan de la captura, en lugar de la señal convenida recibimos el aviso de que el Gobierno se había enterado por denuncia que le hizo el mismo General Reuling. Por consiguiente, a nosotros no nos quedó otra cosa más que hacer que dispersarnos con la mayor calma, procurando no dar indicio alguno de lo que estábamos tramando.

A esa circunstancia se debió el que ninguno de nosotros cayera preso, ni se hablara nunca del plan de secuestro que tuvimos preparado al General Zelaya.

La intervención de don Eulogio Cuadra y de don Procopio Pasos, padre de los doctores Octavio y Guillermo Pasos Montiel, siguió adelante en todos los planes que se hicieron para derrocar a Zelaya, y la labor de ambos fue muy importante en el Partido Conservador.

Además de los señores mencionados, debemos recordar a don Gustavo Alberto Argüello, socio de la casa "Pedro Joaquín Chamorro e hijos", casado con una nieta de don Fruto Chamorro, padre de los brillantes doctores Horacio, Gustavo Adolfo y Felipe Argüello Bolaños y quien me prestó toda clase de servicios en mis andanzas revolucionarias y quien colaboró en distintas ocasiones con don Martín Benard en la colecta de fondos para el movimiento.

Pablo Cuadra Pasos

De ninguna manera debo emitir aquí a don Pablo Cuadra Pasos, persona prominente que siempre figuró en los principales Consejos del Partido Conservador cuando habían de tomarse grandes e importantes resoluciones, pues en el buen criterio del señor Cuadra la sociedad de Granada tenía una fe ciega, como la tuvo en el de don Pedro José Chamorro, hombre de carácter moderado y de juicio sereno. Hasta las familias que tenían que dirimir dificultades hogareñas recurrían a ellos para que les ayudaran a solucionar sus problemas.

Todas estas personas que he mencionado merecen un puesto especial en el cuadro de honor del Partido Conservador, y seguramente los historiadores recogerán sus nombres en las páginas que escriban, así como no omitirán tampoco a personas de esta ciudad de Managua que como Vicente y Miguel Alvarez Saballos siempre estuvieron presente en las luchas armadas del Partido, como también los señores don Salvador y don Alejandro Solórzano, siendo éste último el que en 1910 tomó el vapor "Managua" para ayudar a las fuerzas revolucionarias que de la Costa Atlántica se aproximaban a Managua, aunque lo abandonó un día antes de que éstas lle-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

garan; y Salvador quien fue bárbaramente torturado.

Pero estoy adelantándome a sucesos que debo narrar después, por lo que creo que ya es tiempo de que continúe con lo que ocurrió inmediatamente después de mi salida de Tegucigalpa y posteriormente de la República de Honduras.

En El Salvador

Después de llegar a la República de El Salvador, me detuve unos días en la ciudad de San Miguel para informarme con el General Alejandro Gómez, Jefe de la Zona de Oriente y Comandante Militar del Departamento de San Miguel sobre lo que debía de hacer en El Salvador.

El General Gómez me informó que la paz entre Nicaragua y Honduras aun no se había firmado y que el ejército de El Salvador se encontraba en Pasaquina, pueblo salvadoreño cercano a la frontera de Honduras, que él me aconsejaba que junto con mi cuadro de oficiales, que aun no se había disuelto, me presentara al General José Dolores Preza, que así se llamaba el jefe de las tropas salvadoreñas.

Acepté la sugerencia del General Gómez y me presenté en Pasaquina al General Preza, quien me recibió con mucha afabilidad y me proporcionó alojamiento aparte con mis oficiales, así como todo lo que fuera necesario para la alimentación y sostenimiento de las fuerzas.

Durante mi estadía en Pasaquina observé en las tropas salvadoreñas mucha decisión para pelear contra las fuerzas de Zelaya, pero tanto el Gobierno como los Generales que las comandaban observaban una conducta muy prudente. Allí en Pasaquina conocí al General Rodolfo Cristales con quien mantuve muy buenas relaciones. Con ambos jefes, Preza y Cristales, fuimos amigos aun después de habernos separado.

Nuestra estadía en este campamento fue amargada por una lamentable desgracia. Sucedió que un día de tantos, al joven Ignacio Páiz, recién llegado a incorporarse a nuestro cuadro de oficiales, estando acostado en una hamaca junto con el Coronel Agustín Bolaños Chamorro, se le escapó del tahalí su revólver calibre 38, el que al caer al suelo disparó perforándole los intestinos, suceso que lamentamos muchísimos porque Páiz, además de ser un joven bien preparado era un conversador muy ameno y agradable.

La Cruz Roja salvadoreña hizo todo esfuerzo posible por salvar la vida de este joven managüense, hijo del General del mismo nombre, Ignacio Páiz, pero todo fue inútil y esa misma noche, después de recibir los auxilios divinos, falleció.

Allí en Pasaquina pasamos alrededor de un mes, después del cual nos disolvimos y yo me fuí para San Miguel donde, como dije antes, estaba el General Gómez, de quien era amigo personal.

Conferencia de Paz

Estando en San Miguel fuí llamado un día de tantos a la Comandancia por el General Gómez para pedirme me hiciera cargo de la jefatura del Cuartel y de la Plaza, porque él iba a acompañar al Presidente don Fernando Figueroa a una conferencia que sostendrían los Presidentes de Nicaragua, Honduras y El Salvador, en el vapor Marblehead que estaba esperándolos en el Golfo de Fonseca.

Naturalmente, de esa Conferencia nació la paz, oficialmente, entre ambas repúblicas, pero el malestar entre ellas quedó siempre latente.

Después de esa Conferencia me trasladé a San Salvador, capital de la República, donde fuí a visitar al Presidente don Fernando Figueroa, quien me recibió con mucha cortesía, me preguntó por familiares míos, principalmente por doña Carmela Chamorro de Cuadra. Parece que el señor Figueroa conoció personalmente a doña Carmela cuando ella vivió en San Salvador y conservaba claro en la memoria su recuerdo, y es probable que haya llegado a su conocimiento los gestos de valor que esa digna señora había desplegado cuando fue víctima de las persecuciones de los esbirros de Zelaya, y supo de los sufrimientos a que había sido sometida.

Después de esta primera visita seguí con alguna frecuencia concurriendo a la oficina del Presidente Figueroa, el que siempre me recibió con mucha deferencia y siempre me mantenía las esperanzas de darnos el apoyo necesario para derrocar al Presidente Zelaya. Pero ese apoyo nunca, realmente, se materializó. Mas cuando obtuve mayores esperanzas fue cuando por sugerencias suyas fuí a visitar un barco que le proponían vender, lo mismo que a examinar unas ametralladoras que dicho barco tenía en venta. Ni una ni otra cosa me parecieron apropiadas y así se lo manifesté, asegurándome después que iba a recibir un barco mejor equipado con el que yo podría llevar a cabo una expedición contra Nicaragua, con la ayuda de algunos oficiales salvadoreños, pero el tal barco nunca llegó.

Así pasé más de un año en El Salvador, visitando con frencuencia como he dicho, al Presidente Figueroa, y a mis otras amistades personales como el Dr. Gasteazoro, a don Victorino Argüello y familia, a don Pedro Rafael Cuadra y señora, al Vice-Presidente don Enrique Aráuz, a don Alfredo Gallegos, a don Carlos Meléndez, a don Francisco Dueñas y a algunas otras personalidades más.

A Guatemala

Desilusionado de mi estadía, sin éxito alguno, en El Salvador, resolví mi viaje para Guatemala, pero no queriendo llegar a esa República sin asegurarme antes una ocupación o empleo, escribí a Honduras al Gerente del Banco, mi amigo don Eulogio Cuadra, para informarme si el Banco tendría algo que ofrecerme en Guatemala. El señor Cuadra me contestó inmediatamente proponiéndome la administración de una hacienda de repasto de novillos que el Banco tenía en anticresis por una deuda que don Quintín Jirón tenía con dicha institución. Esta hacienda, que era muy extensa, quedaba cerca de Santa Lucía Cotzumalguapa.

Por supuesto que acepté y le pedí a don Eulogio todos los documentos que me acreditaran como tal administrador para que a mi llegada a Guatemala no tener dificultades para recibir el cargo.

Doña Lastenia es capturada

Pero antes de seguir adelante, quiero pedir disculpas a la memoria de mi esposa Lastenia por haber omitido narrar lo que a ella le aconteció.

Es el caso que cuando nos separamos en Comayagua, después de la toma de aquella plaza por los revolucionarios, quedé de acuerdo con ella que a mi salida de Honduras, ella se iría para Nicaragua, a vivir al lado de sus padres, quienes aún estaban vivos, y que cuando yo pudiera la llamaría a mi lado, para estar juntos nuevamente, si Dios así lo permitía.

Siguiendo, pues, mis instrucciones, telegrafió a su padre en Comalapa, pidiéndole la mandaran a encontrar a Corinto, adonde llegaría en un día determinado en el telegrama.

Ella emprendió el viaje, y al llegar a Corinto estaba allí esperándola su hermano Ceferino Enríquez, pero al bajar al puerto fue apresada junto con su hermano, y conducidos a Managua, ella fue ubicada en la cárcel para corrección de mujeres de mala vida, y él en la Penitenciaría. (Mi esposa Lastenia jamás perdonó a Zelaya ese ultraje que le hizo)

Su prisión allí no fue por uno o dos días sino por muchos, y no terminó sino hasta que por presión de la sociedad de Managua que conoció del caso, hizo que Zelaya la sacara de la cárcel. Pero no contento con eso, ordenó su inmediata expulsión del país.

Pero en lugar de embarcarla en un vapor que fuera para el Norte y pudiera ella desembarcar en un puerto de El Salvador, la embarcaron para el Sur. Felizmente, en Panamá se encontraba mi padre, quien la recibió y la hospedó en una casa de familia para después dar los pasos necesarios para embarcarla de nueva para El Salvador.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Nada de todo esto era de mi conocimiento, por lo que cuando recibí un telegrama de Lastenia, fechado en Panamá, pidiéndome la fuera a encontrar a La Libertad, puerto de El Salvador, mi sorpresa fue muy grande, y cuando ella llegó y supe todo lo que le había ocurrido, mi indignación por el bajo procedimiento de Zelaya fue también enorme. No creo que haya justificación para actos de esa naturaleza.

Ya con Lastenia a mi lado en El Salvador, mi vida de emigrado se hizo más agradable, aun cuando por otra parte se aumentaran mis obligaciones.

Como decía anteriormente, recibí de don Eulogio Cuadra los documentos que me acreditaban como administrador o depositario de la hacienda que en Guatemala tenía don Quintín Jirón. Ya con esos documentos en mi poder no tenía temor alguno en emprender el viaje a Guatemala, por lo que me despedí del Presidente Figueroa, quien se mostró sorprendido de mi determinación, y aún me hizo insinuaciones para que me esperara algún tiempo más, pero yo le manifesté mis deseos de probar suerte en esa otra República y salimos, mi esposa y yo, a embarcarnos en La Libertad.

El Presidente Figueroa

En la noche misma que llegamos a ese puerto para esperar el vapor que llegaba al siguiente día, recibí un llamado de la Oficina Telegráfica avisándome que pasara a dicha oficina porque el Presidente Figueroa quería conversar conmigo telegráficamente. Por supuesto que atendí inmediatamente el llamado, el telegrafista le avisó al Presidente que ya estaba yo en la oficina, y comenzamos nuestra conversación telegráfica.

En resumidas cuentas el Presidente Figueroa me llamaba de nuevo a San Salvador, asegurándome que en esta ocasión sí me daría todo el apoyo para derrocar a Zelaya que le había solicitado en otras ocasiones, y que él, como amigo, me insinuaba no demorar mi regreso. Le ofrecí que lo haría y que al siguiente día de mi llegada lo visitaría, como efectivamente lo hicimos, llenos de entusiasmo, mi señora y yo; mas en la conversación que sostuvimos el Presidente me habló de todo menos de lo que me había ofrecido, y más bien notaba que cuando le dirigía la conversación hacia ese tópico, él la cambiaba de rumbo. Así pasé varios días, visitándolo casi diariamente y sin ver nada práctico de la oferta hecha por él, antes bien el Presidente Figueroa rehuía tratar del asunto, lo que me hizo tomar la determinación invariable de marcharme a Guatemala.

Le visité por última vez para despedirme, y nuevamente me insinuó que me quedara, a lo que le manifesté, enfáticamente, que mi resolución era invariable. El, entonces, dejó de insistir.

Más tarde averigué que el motivo de haberme Figueroa impedido mi salida en esta última ocasión fue que él le había telegrafiado al Presidente Manuel R. Dávila, de Honduras, participándole mi viaje a Guatemala, y Dávila se lo comunicó a Zelaya, el que a su vez le pidió que solicitara a Figueroa su intervención para detenerme, de donde se originaron los falsos ofrecimientos de éste.

Estrada Cabrera

Por fin llegamos a Guatemala, y una vez en la Capital, envié un telegrama al Presidente Estrada Cabrera avisándole mi llegada al país y solicitándole una audiencia, la que él me concedió inmediatamente. Mas, en vez de citarme para su residencia, como siempre lo había hecho, me señaló el lugar de la audiencia pública que él acostumbraba dar todos los Jueves.

El día de la cita concurrí a ella a la hora señalada, escribí mi nombre en el Registro, y cuando llegó mi turno, fuí recibido por el Presidente.

El estaba en un cuarto pequeño, de pie frente a una mesa y lo mismo estuve yo durante la corta visita. Después del saludo de rigor, me preguntó qué se me ofrecía y yo le manifesté que deseaba lo de siempre, esto es, el apoyo necesario para derrocar a Zelaya. El, entonces, me informó que sobre ese asunto nada podía hacer por mí, pero que en lo particular podría contar con su ayuda en la forma y el modo que quisiera. A ese gentil ofrecimiento suyo le expresé mi agradecimiento y le informé que tenía un empleo con el Banco de Honduras en la hacienda de don Quintín Jirón. El mostró cierto agrado y al mismo tiempo me dijo que conocía esa propiedad, que era muy buena, y que creía que estaría bien allí.

Ya para despedirme le dije que yo esperaba que mi permanencia en Guatemala fuera temporal, pues tenía fe en que alguna vez en el futuro próximo, él me daría el apoyo tantas veces solicitado, y que cuando llegara ese momento, me llamara por telégrafo que yo me presentaría inmediatamente a él.

En esa forma me despedí del Presidente Estrada Cabrera y me fuí, junto con mi esposa, a Santa Lucía Cotzumalguapa, para de allí llegar a la hacienda del señor Jirón, que consistía en extensos potreros de zacate de guinea en los que se repastaban hasta dos mil novillos.

Santa Lucía Cotzumalguapa

La vivienda en la hacienda consistía en un pobre rancho de paja con paredes de varas de guarumo. Para mí aquello no tenía nada de entristecedor, pero me preocupaba íntimamente que Lastenia tuviera que vivir allí, exactamente igual a como viven los inditos pobres de mi tierra.

Allí pasamos varios meses, saliendo con mi esposa a dar paseos por el campo. Recuerdo que una vez nos encontramos con un enorme cascabel enrollado a la orilla de un hoyo iguanero, encuentro aquel que nos dió un gran susto, pues cuando nos dimos cuenta de él estábamos ya muy cerca del animal, pero nos retiramos muy quietamente y no tuvimos novedad alguna.

Cuando menos lo esperábamos, recibí un telegrama de mi primo Reinaldo Chamorro que entonces vivía en la ciudad de Guatemala. Reinaldo me avisaba que el Presidente Estrada Cabrera quería hablar conmigo. Sin pérdida de tiempo me trasladé con Lastenia al pueblo de San Lucía Cotzumalguapa donde la dejé hospedada en el hotelito que allí había, y yo seguí mi viaje a la ciudad de Guatemala. Cuando llegué, ya en la estación me esperaba Reinaldo, quien me informó que el Presidente Estrada Cabrera le había recomendado me llamara con urgencia, así es que sólo llegué al Hotel a cambiarme de ropa y a esperar la hora de la audiencia que había sido fijada para las siete de la noche. Reinaldo me acompañó hasta la puerta de Casa Presidencial y cuando el Presidente fue avisado de mi llegada, inmediatamente me hizo pasar a su presencia.

Ofrecimiento de ayuda

Cuando entré, él salió a la puerta de su despacho a recibirme, y sonriendo, me dijo: "Don Emiliano, mi estrella está brillante" y con un gesto me señaló el cielo estrellado de Guatemala, y añadió, "la de Zelaya se está poniendo, qué necesita usted para botarlo?" Yo le respondí: "Licenciado, usted me da la mejor noticia de mi vida, pero siento decirle que no estoy completamente preparado para proceder de inmediato a provocar una revolución contra Zelaya a causa de que mí tío Alejandro Chamorro, el alma fuerte del Partido Conservador, ha muerto recientemente y yo no se estado en la zona apropiada para promover con los amigos del interior de Nicaragua un movimiento revolucionario. Necesito, pues, para ello, trasladarme a Costa Rica o Panamá, llevar dinero para comprar algunos elementos de guerra, y la promesa formal suya de auxiliarnos una vez que estemos en armas". A lo que él me contestó: "La promesa la tiene formal y completa, y en cuanto a dinero, qué es lo que necesita?" Entonces le dije: "Pagar mis deudas contraídas aquí, unos diez mil pesos en moneda nacional, y diez mil dólares para comprar armas y provisiones". El Presi-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

dente, entonces, me preguntó en dónde estaba hospedado y cuando le dí el nombre del Hotel, me dijo: "Mañana a las nueve de la mañana los tendrá usted".

Efectivamente, al siguiente día, a las nueve de la mañana, entraba al Gran Hotel un edecán del Presidente Estrada Cabrera, con dos sobres en la mano, preguntando por mí. Una vez que me identificó, me los entregó en nombre del Presidente. En uno de los sobres habían diez mil pesos de Guatemala, y en el otro diez mil dólares en giros, cartas de crédito y travelers cheques, además de instrucciones y claves y pasaportes para mi esposa y para mí.

Por actitud tan franca del Licenciado Estrada Cabrera invité a mi primo Reinaldo Chamorro a ir conmigo al pueblo de Santa Lucía Cotzumalguapa, donde había dejado a Lastenia, para que me ayudara a preparar, lo más brevemente posible, mi salida de Guatemala para la República de Panamá, y efectivamente así lo hicimos.

A Lastenia le encantó la idea de viajar juntos y la posibilidad de que pronto volveríamos a Nicaragua.

De regreso a la ciudad de Guatemala solamente estuve unos dos o tres días arreglando mis asuntos personales antes de emprender el viaje a Puerto Barrios, donde me embarcaría en un vapor que, tocando en Belice, iría después a Cartagena y enseguida a Colón.

A Panamá

En Puerto Barrios tuvimos un ligero contratiempo que fue ocasionado por una cuestión de rutina. Sucedió que yo estaba viajando con nombre supuesto, naturalmente, y cuando ya estábamos a bordo, el Comandante del Puerto le hizo una consulta al Presidente Estrada Cabrera, y éste, posiblemente, no entendió bien lo que el Comandante le informaba y entonces aquél quiso que me llamaran de a bordo para que yo le explicara, lo que yo hice a su entera satisfacción, y así todo quedó solucionado y ya no tuvimos ningún otro tropiezo para salir de Puerto Barrios.

A la mañana del siguiente día que salimos de Puerto Barrios estábamos en Belice, que es una colonia inglesa en el corazón de Centro América, compuesta en su gran mayoría de gente de color. Los blancos allí son casi únicamente los ingleses y las compañías comerciales. La industria principal de esa colonia es la exportación de madera y chicle.

Salimos de Belice por la tarde de ese mismo día continuando nuestro viaje hacia Cartagena, puerto del Atlántico perteneciente a la República de Colombia, para de allí seguir hasta Colón.

A nuestra llegada a aquel puerto bajamos a conocer la ciudad, de estilo antiguo y construcción española. No me pareció que hubiese mucho movimiento comercial, pero tampoco tenía aspecto de pobreza.

De Cartagena salimos para Colón sin pasar por Barranquilla. Este puerto de Colón era el destino final de nuestro viaje marítimo. El día de nuestra llegada lo pasamos en el puerto comprando algunas cosas en los muchos establecimientos que existían en poder de chinos y en los que las mercaderías eran muy baratas.

Al siguiente día salimos para Panamá donde se encontraban mi padre y mi hermano Carlos al frente de un establecimiento de comercio situado en la Plaza de Santa Ana.

En Panamá nos hospedamos en el Hotel Tívoli, de donde salimos a buscar a mi padre, a quien encontramos en su tienda, y quien nos recibió muy alegremente aunque sorprendido, lo mismo que mi hermano Carlos, pues yo no les había anunciado mi viaje. Después de los saludos afectuosos y de un buen rato de conversación general, hablé privadamente con mi padre y le informé del objeto de mi viaje.

Como es natural, ya aquí en Panamá, tomé mi verdadero nombre y convine con mi padre en que, como mi estadía sería prolongada en la ciudad, nos pasaríamos a vivir a la pensión donde ellos estaban alojados. Después de haber estado unos días en el Hotel Tívoli nos trasladamos a la pensión que era de una señora respetable.

Se recordará que yo me encontraba en Panamá cuando se verificó el movimiento de secesión que culminó con la proclamación de la República, así es que para mí era ya Panamá una ciudad conocida y también para mi señora, que había estado en ella unos ocho días cuando el General Zelaya la había expulsado de Nicaragua, sin embargo, en ese entonces, el cambio que tenía la ciudad cada año era sorprendente, por el aumento de construcciones urbanas y el desarrollo del comercio, así es que mi señora y yo tuvimos mucho que visitar y ver.

Después de unos ocho días, de acuerdo con mi padre, dejé a Lastenia en Panamá y salí yo para Costa Rica a ponerme en contacto con mis amigos de Nicaragua.

Don Adolfo Díaz

De San José le escribí a don Adolfo Díaz a Bluefields informándole de mis planes y del resultado de mis gestiones en Guatemala. Después de escribir y enviar esa carta a Adolfo me dediqué a visitar a mis amigos de San José y de Cartago, con quienes comencé a planear el movimiento revolucionario que llegaba a iniciar contra Zelaya.

A todos los encontré bien animados, aunque el que mayor entusiasmo me mostró fue el doctor Isaac Guerra, magnífico médico, hombre inteligente y muy agradable, relacionado con todos los hombres principales de Costa Rica.

Me encontraba en esas actividades cuando recibí un cablegrama de mi padre desde Panamá avisándome de la llegada de un mensajero de Adolfo Díaz con una carta para mí. Decidí trasladarme inmediatamente a Panamá, más cuando llegué el mensajero ya se había regresado a Bluefields.

En su carta Adolfo me invitaba llegar a Bluefiel para conferenciar con el Gobernador-Intendente de la Costa Atlántica, General Juan José Estrada, pues según él, se encontraba muy descontento del sistema de gobierno del General Zelaya, y consideraba su deber contribuir al derrocamiento de su gobierno despótico, y que en caso no se llegara a un arreglo con Estrada, no se perdería nada con el viaje, pues éste quedaría en completa reserva. Adolfo, además, me garantizaba que el General Estrada no me pondría dificultad alguna, es decir, que me daría garantías de entrada y salida de Bluefields.

Díaz ponía énfasis en su carta para que yo no vacilara en realizar el viaje, y por eso me indicaba que el portador de la misma era un marino práctico que aunque manejaba un bote pequeño debería embarcarme con él en ese mismo viaje de regreso para así no perder tiempo, pero como dije anteriormente, cuando ese comisionado llegó a Colón yo estaba aun en Costa Rica, y como él no quiso esperar mi llegada porque ponía en duda la seguridad de mi arribo inmediato, optó por regresarse a Bluefields. Mientras tanto Adolfo Díaz había recibido mi carta por lo que me cablegrafió a Panamá pidiéndome regresara a Puerto Limón.

Al recibo de ese cablegrama resolví llevar a mi esposa a Cartago para que estuviera allí con doña Julia de Pasos viuda de Chamorro y sus hijos Fernando y Anita, quienes residían en esa ciudad donde mi tío Alejandro Chamorro, alma fuerte del Partido Conservador, había muerto hacía poco.

A Bluefields

Cuando llegamos a Puerto Limón ya la embarcación que Díaz había enviado a traerme había también llegado al puerto y como en otra carta me pedía que no perdiera tiempo en efectuar el viaje, no pude ir a dejar a mi esposa personalmente a Cartago para recomendársela a doña Julia, sino que le pedí a mi buen amigo el doctor Isaac Guerra que la acompañara a Cartago, y ese mismo día —el 29

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

de septiembre de 1909— por la tarde, me estaba embarcando para Bluefields.

Con Rafael Alegría, joven granadino a quien conocía bien, lo mismo que a su madre doña Angela Prado viuda de Alegría, me embarqué en un bote pequeño que no tenía ni siquiera un asiento cómodo y tuvimos los dos que sentarnos a plan en el fondo del bote.

El tiempo era magnífico y el mar estaba tranquilo, pero a poco de salir, el tiempo se fue descomponiendo y comenzó a azotarnos un fuerte chubasco. Las olas eran tan altas que nos parecía que el bote se partiría en dos tan fuertes eran los golpes que recibía en cada descenso de la cresta de las olas. Confieso que llegué a temer que aquel fuera el último día de mi vida y por eso le dije al marino que nos llevaba que enderezara el bote a tierra porque prefería que desembarcáramos y esperáramos un tiempo mejor para continuar el viaje. El marino no hizo objeción alguna y viró el bote a tierra, pero después de un rato de un oleaje continuo y peligroso, nos dijo: "Aquí estamos frente a la Barra del Colorado, lugar muy peligroso por los tiburones, y a medida que nos aproximamos a tierra aumenta la posibilidad de ser arrollados por una de esas olas, y no habrá medio de salvarnos". A esta observación le repuse: "Usted es el que manda en su bote y el que conoce mejor su oficio. Haga lo que crea más conveniente hacer para que no suframos un naufragio".

Entonces viró de nuevo la proa hacia mar adentro, poniéndose tan contento cuando llegamos al mar azul, que dió gracias a Dios golpeando con su canalete las aguas y diciendo: "Esta agua azul sí que es buena!"

Después de ese fuerte chubasco no tuvimos ningún otro peligro, a pesar de que estábamos en pleno cordonazo de San Francisco, hasta el último día del viaje en el que, ya para llegar al frente del Falso Bluff, se oscureció el cielo y el marino nos anunció una gran tempestad, pero felizmente estábamos próximos al Cayo Francés, donde se arrimó el bote para que desembarcáramos para mientras pasaba aquella tormenta, y también para que se hiciera más tarde y así poder entrar, ya oscureciendo, por el Falso Bluff a la Bahía de Bluefields. Al desembarcar teníamos las piernas entumecidas y las posaderas rajadas por el agua salada.

El marino nos había ofrecido llevarnos a su casa que estaba situada en Old Bank, por eso me sorprendí mucho cuando llegamos a un muelle muy iluminado y que dijera: "Aquí desembarque. Este es el muelle de Belanger".

Cuando le recordé su ofrecimiento de llevarnos a su casa me replicó que no lo hacía porque yo no era contrabandista sino revolucionario, pero convino en acompañarme a casa de don Adolfo Díaz, puesto que ni Alegría ni yo sabíamos donde quedaba la residencia de mi amigo.

Cuando llegamos a la casa de Díaz ésta estaba completamente cerrada y a oscuras, por lo que tuvimos que permanecer en el patio, bajo un árbol frondoso que allí había. Serían como las nueve de la noche, y no fue sino como hasta las diez que llegó una persona al frente de la casa, abrió la puerta y entró y encendió luces, siguió hasta el corredor al lado de donde estábamos nosotros y entonces me dí cuenta de que no era Adolfo. No sabiendo, en realidad quien era, resolví, sin embargo, presentarme a él porque lo supuse de la confianza de Díaz pues que tenía la llave de su casa. Pensar así e ir a llamar a la puerta fue todo uno, como generalmente se dice. El joven que me abrió, me preguntó qué deseaba y qué hacía yo en el patio, a lo que le respondí que yo era un minero que llegaba de las minas, La Luz y Los Angeles, en busca de don Adolfo Díaz, y que me hiciera el favor de decirme donde lo podría encontrar pues que tenía urgencia de hablar con él.

Nos cruzamos varias preguntas hasta que por último le pregunté si él era Humberto Pasos Díaz y él respondió que sí. El a su vez me preguntó si yo era Emiliano Chamorro y yo le contesté que sí. Fue entonces cuando me dijo que su tío me estaba esperando, que pasara adelante y que me sentara, que iría a buscarlo para avisarle de mi llegada, e inmediatamente salió de la casa, regresando poco tiempo después con don Adolfo Díaz.

Después del saludo cariñoso, casi fraternal pudiera decir, Adolfo me dió una ligera idea de lo que se trataba, invitándome luego para que fuéramos donde me iba a alojar.

El alojamiento era en una casa de alto que parecía estar desabitada. A ese lugar me llevaron la comida del Hotel, mientras que a mi compañero Alegría lo llevaron a alojarse a otra parte.

El Gral. Juan J. Estrada

Terminada la cena, la que por cierto me pareció muy buena, y en la que comí más de lo regular, salió Díaz para regresar luego con el General Juan J. Estrada a quien hacía muchos años no había visto. Cuando el General Estrada llegó, me saludó con mucha afabilidad como si hubiéramos sido compañeros de hacía mucho tiempo; por mi parte le correspondí el saludo de la misma manera e inmediatamente entramos en materia, es decir, a discutir la mejor manera de terminar con el Gobierno del General Zelaya.

Aseguróme el General Estrada que él daba aquel paso trascendentalísimo solamente por su amor a Nicaragua, y que él deseaba saber si podía contar con el apoyo del Partido Conservador, las condiciones que ese Partido pondría para entrar en ese movimiento, y con qué elementos se podría contar.

Yo por mi parte le aseguré al General Estrada que las condiciones del Partido Conservador serían la de restablecer las libertades ciudadanas en Nicaragua, la libre expresión del pensamiento hablado y escrito, la libertad electoral, la alternabilidad en el Poder, el cese de las contribuciones forzosas, de la prohibición de la tramitación de la propiedad particular, así como el cese del reclutamiento del campesino y de los miembros de las castas indígenas para trabajar forzadamente como esclavos en las propiedades de los cafetaleros de las Sierras de Managua y sobre todo de Matagalpa y Jinotega donde habían de desaparecer las inicuas recuas de inditos amarrados.

Me pareció que el General Estrada, antes de sentirse molesto por esas condiciones, éstas le parecieron satisfactorias y les dió en principio su aprobación. Sería más de la media noche cuando suspendimos esta reunión preliminar.

Como hacía varios días que no tomaba alimentos calientes y sazonados, y seguramente por haberme excedido en tomarlos en cantidad mayor de la acostumbrada, tuve esa misma noche una fortísima congestión, que nos alarmó muchísimo y hubo necesidad de llamar al doctor Luis Sequeira, quien me atendió muy oportuna y eficazmente. Esto, felizmente, sucedió después de haber tenido la primera conferencia con el General Estrada.

A las once de la mañana del siguiente día, sostuve otra conferencia con el General Estrada en la que le manifesté que con la aceptación suya de las condiciones presentadas, yo me comprometía a darle el apoyo del Partido Conservador y el apoyo del Presidente de Guatemala, Licenciado Manuel Estrada Cabrera, cuyo ofrecimiento tenía conforme a los documentos que ponía a su disposición, asegurándole además, que ese apoyo no sólo consistiría en armas, sino también en provisiones y dinero.

El General Estrada se llevó un buen rato estudiando los documentos, las claves, y los giros por 10,000 dólares que allí mismo le había entregado. Después que terminó la lectura y estudio de los documentos presentados me dijo que estaba bien y que podíamos hacer el convenio. Inmediatamente elaboramos el convenio estipulando en él las condiciones del Partido Conservador y firmamos dos tantos del mismo tenor, conservando cada uno su ejemplar correspondiente.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Manifiesto de Estrada

Contribuyó mucho en el ánimo del General Estrada el ofrecimiento del Presidente de Guatemala, y sin ninguna vacilación procedió a lanzar un Manifiesto de desconocimiento del Gobierno de Zelaya, a la Declaración del establecimiento de un Gobierno Provisorio, a la organización de su Gabinete y al nombramiento de los Jefes Militares que debían ser los que condujeran el ejército libertador que se formaría en la Costa Atlántica hasta llevarlo a la victoria.

Aunque don Adolfo Díaz no aparecía con nombramiento especial, realmente era el personaje de mayor importancia, después del General Estrada, y nosotros los conservadores veíamos en él al verdadero jefe de aquel movimiento revolucionario.

Era el 11 de octubre de 1909.

Se resolvió enviar un vapor frutero que estaba anclado en El Bluff, a Guatemala. Por ese tiempo la producción de bananos en la Costa Atlántica era buena y ese vapor había llegado a cargar la apreciada fruta. Se hizo un arreglo con el Capitán de ese vapor noruego para que fuera a Puerto Barrios, llevando a don Leopoldo Rosales como Comisionado por parte de la Revolución ante el Presidente de Guatemala. El vapor iba con tiempo limitado y Estrada Cabrera sólo nos remitió unos 600 rifles, 4 ametralladoras, 2 cañones de montaña, parque suficiente para las distintas armas y algunas provisiones. Después supimos que hubo algunas intrigas de parte de un nicaragüense, residente entonces en Guatemala, para que Estrada Cabrera no nos enviara mayor cantidad de elementos.

Al recibir esas armas lo primero que se organizó fue una expedición al Río San Juan con el objetivo de ocupar el fuerte de San Carlos en la desembocadura del río en el Lago de Nicaragua, siempre que se pudiera llegar hasta allá sin comprometer el pequeño contingente que se llevaba. Quiero decir con esto, que se deseaba poder llegar a San Carlos antes de que el Gobierno de Zelaya reforzara esa plaza; pero yo creo que Zelaya recibió aviso del levantamiento de Bluefields el mismo día que este tuvo lugar y su primer pensamiento fue el de ocupar San Juan del Norte para de allí recuperar Bluefields. Con ese fin envió el General Salvador Toledo, guatemalteco, a ocupar el Río San Juan con 800 hombres casi al mismo tiempo que yo salía de Bluefields con 200 hacia San Juan del Norte con San Carlos como nuestro objetivo final.

Comienza la Revolución

No tuve dificultad ninguna en la ocupación de San Juan del Norte y mi marcha hacia San Carlos la emprendí sin demora.

El brazo del Río San Juan que va de San Juan del Norte a la Junta del Colorado es bastante seco y la navegación por él la hicimos con mucha lentitud, pero una vez llegados a la Junta del Colorado la navegación se nos hizo más fácil.

En la Junta del Colorado estuvimos observando las ventajas militares que el lugar ofrecía para en caso de establecer allí una línea de defensa. Después de esa ligera observación continuamos nuestra marcha aguas arriba hasta llegar a un punto donde mi hermano político Ramón Enríquez vivía con su familia. La propiedad que Ramón estaba desarrollando me pareció de escaso porvenir, a más de impropia para la salud de los niños por lo insalubre del lugar, por lo que le insinué a Ramón se trasladara a Bluefields, además, porque se avecinaba el tiempo en que el Río San Juan sería el teatro de operaciones militares y el peligro para la seguridad de su familia se hacía evidente.

Después de esa ligera detención continuamos nuestra marcha pasando por un lugar llamado Aguas Muertas, el que me dijeron era la parte más profunda del río. Al pasar por el sitio donde vivía Félix Martínez, entusiasta conservador San Juaneño, éste se incorporó a nuestras fuerzas.

Volvimos a detenernos cuando llegamos a Bocas de San Carlos, lugar este que también examinamos para el posible caso en que tuviéramos que establecer líneas de defensa, pero no le encontré ninguna ventaja para ello. Estando allí pasaron unos individuos que iban en un bote y ellos nos dieron la noticia de que las fuerzas de Zelaya al mando del General Toledo ya habían llegado al Castillo y que se preparaban para salir a atacarnos.

Como por los datos que recogí supe que las fuerzas de Toledo eran muy superiores a las mías, tanto en hombres como en armamentos, resolví volver atrás para presentarles resistencia en la Junta del Colorado. Mas con nosotros venían dos norteamericanos, expertos en el uso de la dinamita por ser mineros profesionales y ellos me aseguraron que colocando en aquel lugar del río donde la corriente tenía poca fuerza unas dos minas con sus respectivas anclas podrían así impedir el peso de los vapores en que venía el ejército de Zelaya.

Cannon y Groce

Tal estratagema me pareció eficaz y procedimos a la preparación de las minas, a su colocación en el río y al acarreo de los alambres conectores en una distancia como de 150 varas en la montaña hasta un punto desde donde pudiera divisarse bien la pasada de los vapores para hacerlas explotar en el momento preciso.

Para efectuar esta operación quedarían Lee Roy Cannon y Leonard Groce con diez soldados para con ellos también defenderse en caso necesario. (Estos dos norteamericanos que llenos de entusiasmo se ofrecieron a dar aquel golpe a las fuerzas de la Dictadura pagaron con sus vidas su amor a la causa de la Revolución, como lo han visto los que ahora me lean y hayan leído en el número 4 de REVISTA CONSERVADORA las conmovedoras cartas que uno y otro dirigieron a su madre y familiares antes de ser fusilados por la implacable soberbia del Dictador).

Habiéndonos despedido de Cannon y de Groce nos regresamos a la Junta del Colorado donde de acuerdo con los otros oficiales, como Masís, Correa, y Sáenz, dispusimos quedarnos allí para detener en ese lugar a las fuerzas de Toledo.

La Junta del Colorado

Conviene aquí recordar que la ribera izquierda del Río San Juan, aguas arriba, en este punto, pertenece a Costa Rica y por consiguiente no se puede ocupar dicha ribera con tropas nicaragüenses. Este era, en nuestro concepto, un factor favorable de la Junta del Colorado que tomamos en consideración para escoger ese lugar como el más conveniente para presentar resistencia, ya que la margen derecha sólo ofrecía una pequeña faja de tierra firme donde poder desplazarse el ejército atacante, puesto que por un lado estaba el río y por el otro, más allá de esa faja, tierras adentro, suampos profundos e impasables.

Efectivamente, al siguiente día de estar en la Junta del Colorado se nos presentó el enemigo bombardeándonos desde los vapores con mucha energía y persistencia.

Recuerdo que en esa ocasión, mientras recorría la línea que quedaba al frente de los vapores que nos bombardeaban, línea que estaba defendida por las fuerzas de Masís, noté que este cada vez que disparaban un cañonazo hacía el movimiento de agacharse, inclinando la cabeza y los hombros en un movimiento rápido, por lo que se me ocurrió decirle: "General, por qué se agacha?... Cuando usted oye el cañonazo ya pasó la bala"! Masís no me respondió.

Durante el día el cañoneo fue arreciando, y al recorrer las líneas volví a pasar por donde estaba Masís. El enemigo se había dado cuenta de que habían trincheras y por eso arreció su cañoneo, mas las granadas caían en abundancia, es verdad, mas caían en el suampo, enterrándose sin estallar y era tal el número que me arrepentí de haberle llamado la atención a Masís, quien impávido veía caer las granadas sin temor alguno y sin agacharse jamás,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tal era el valor y coraje que siempre mostró en los combates.

Ese día pasó sin que el enemigo se atreviera a desembarcar, mas en la noche efectuó el desembarco de sus tropas en la ribera costarricense y desde allí, desde el amanecer, nos estuvo atacando.

San Juan del Norte

Nuestros planes de defensa no habían previsto la posibilidad de un ataque por esa ribera, por consiguiente estábamos al descubierto por ese lado, y aunque teníamos al río San Juan de por medio las balas nos hacían mucho daño, por lo que resolví desocupar y reconcentrarme a San Juan del Norte.

La desocupación no la pudimos realizar sin que el enemigo se diera cuenta y cada vez nos hostigaba más y más. Por otra parte, la sequedad del San Juanillo era tal que nos hacía demorar más de lo conveniente.

Al efectuar la desocupación de la Junta del Colorado, algunos de los nuestros, como el General Masís, resolvieron irse por las Bocas del Colorado, que quedan en territorio costarricense.

Debo hacer mención aquí que en la Junta del Colorado tuvimos algunas bajas que lamentar. Fue allí cuando salió herido el General José Francisco Sáenz por una bala que le destrozó la mano derecha, y era de admirar a aquel hombre con la mano colgada y sangrante manteniendo su coraje en la pelea. Costó mucho hacerlo retirarse para curarlo.

Reconcentradas las fuerzas en San Juan del Norte, noté la ausencia de algunos de los Jefes, y me informé de ellos por los últimos que se habían retirado de la Junta del Colorado. Por estos supe que el General Masís y otros se habían ido por las Bocas del Colorado. Entonces dispuse ir en el vapor Blanca al puerto costarricense llamado Colorado.

Al llegar a ese lugar como a las ocho de la noche, arrimé el vapor al muelle y pregunté por el General Masís y algún otro nicaragüense que hubiese llegado, para decirles que pasaran a bordo. El Comandante tico de ese lugar me ordenó retirarme del muelle y me informó que el General Masís y sus compañeros eran prisioneros del Gobierno de Costa Rica y que no podrían tomar el barco que yo les ofrecía. Entonces le contesté al Comandante que no me retiraba del muelle y que en lugar de llevarme sólo al General Masís y sus compañeros, me lo llevaría también a él porque lo desconocía como autoridad del Gobierno que había traicionado a la Revolución permitiendo que las fuerzas de Zelaya, desde su territorio, me hicieran fuego, y acto continuo me bajé del barco y le ordené a mi tropa que apresaran al Comandante del puerto.

El Comandante en vista del cariz que estaba tomando el asunto me propuso arreglo diciéndome que me llevara a Masís y sus compañeros y que le firmara un documento en el que hacía constar que yo me los había llevado a la fuerza. Convine en ello y me entregaron a los prisioneros. Y nos regresamos todos, alegres y contentos, a San Juan del Norte.

Al siguiente día muy temprano volví a embarcarme en el Blanca para ir a inspeccionar sobre el San Juanillo y cerciorarme si los vapores del General Toledo habían continuado la marcha. A poco andar, en un recodo del río cubierto de algas, que en esa región llaman "lechugas", nos encontramos casi a boca de jarro con el vapor enemigo, y entonces el uno y el otro comenzamos a hacernos fuego.

El artillero del Blanca era el Mayor Rafael Solórzano, quien se portó valientemente. Parece que uno de nuestros disparos alcanzó a dar en la caldera del vapor enemigo porque éste se fue sobre el "lechugal" y quedamos como a 30 varas el uno del otro.

La hélice del Blanca estaba también enmarañada de "lechugas" y en cuanto logramos librarla de ellas, giramos en redondo y nos regresamos a San Juan del Norte, donde dimos la orden de desocupar, llevándome en el Blanca algunos oficiales y elementos de guerra. Al resto les ordené que se fueran por tierra al río Maíz para allí levantarlos más tarde, como en efecto lo hicimos.

Reorganización en Bluefields

Una vez de regreso a Bluefields continuamos organizando las fuerzas de la Revolución. Con frecuencia enviábamos a los caseríos sitos en las riberas de los ríos de la comarca, a buscar gente que voluntariamente quisieran incorporarse a nosotros, así como enviamos a la región del Prinzapolca y Cabo de Gracias a Dios a buscar gente miskita para que nos sirviera, no en las milicias para lo que no son muy aptos ,sino para ocuparlos en los menesteres de transporte para lo que son muy útiles y hábiles.

La Revolución cada día tomaba más fuerza mientras el Gobierno de Zelaya cada día se desprestigiaba más, hasta que el Departamento de Estado de los Estados Unidos le dio el golpe de gracia al enviarle lo que se conoce en la historia como la Nota Knox, por la que ese Gobierno rompía relaciones diplomáticas con aquel gobierno despótico.

La Revolución, pues, por un lado, la nota Knox por otro, y el hecho de que en el país mismo perdía prestigio el Gobierno, hizo pensar a Zelaya en retirarse del poder y dejar en él a una persona que le garantizara sus intereses y los del Liberalismo, escogiendo para ello al doctor José Madriz que gozaba de prestigio nacional e internacional, pues Madriz no tenía en su débito más pecado que el de haber aceptado el nombramiento de Juez de la Corte Centroamericana que funcionaba en Cartago, Costa Rica.

Mientras se iban desarrollando todas esas tramas políticas ,el movimiento bélico por uno y otro lado se desarrollaba también intensamente. Así fue que por el mes de Diciembre considerábamos a la Revolución en posibilidad de hacer un movimiento militar hacia el Departamento de Chontales.

Caída de Zelaya

Madurando estábamos ese proyecto cuando supimos que las fuerzas del Gobierno habían penetrado en la montaña con dirección al Rama, por lo que preparamos nuestras fuerzas para atacarlas cuando estuvieran próximas a esa ciudad. Pero cuando fuimos informados de que era inminente el depósito del Gobierno de Zelaya en el Doctor Madriz, decidimos dar la batalla al ejército de aquel antes de que se verificara dicho depósito de la Presidencia, porque comprendimos que con Madriz la debilidad del Gobierno iba a desaparecer en gran parte y que muchos revolucionarios iban a mostrarse menos interesados en el éxito de la Revolución.

Aun algunos de los jefes de la Revolución se pusieron de acuerdo en retrasar el ataque a las fuerzas de Zelaya, entre ellos el General Pedro Fornos Días, por ejemplo, jefe militar valiente y fogoso y acérrimo enemigo del Gobierno de Zelaya y quien por otra parte era gran Madricista y quien quería más bien que se buscara un arreglo con el Doctor Madriz antes de empeñarse en una lucha armada, sin embargo, cuando se resolvió el ataque a las fuerzas del Gobierno que estaban acantonadas en El Recreo, el General Fornos Díaz prestó su contingente con toda lealtad y entusiasmo.

Batalla de El Recreo

Y así sucedió que al mismo tiempo en que Zelaya entregaba el poder al Doctor Madriz nosotros derrotábamos y capturábamos a sus fuerzas en El Recreo, en una batalla en la que figuraron muchos generales y coroneles, entre ellos el General Roberto González, héroe de Namasigüe.

El Recreo es un lugar como un llano pequeño metido en la montaña, por cuyo medio corre el río Mico. Nosotros colocamos la artillería en las alturas que rodean aquel llano a nuestros pies sin que el enemigo se diera cuenta, así es que cuando atacamos con la infantería y al mismo tiempo con la artillería casi sobre sus cabezas los enemigos se volvieron locos corriendo a uno y otro lado, sin embar-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

go después de ese momentáneo desconcierto pelearon con denuedo y aun hubo un momento en que estuvieron a la ofensiva con peligro de que nuestras fuerzas fueran arrojadas al río, si no hubiera sido la oportuna intervención del General Fornos Díaz y yo que llegamos en un remolcador recorriendo las líneas de combate en esos precisos momentos.

En ese lugar nos pasaban las balas un poco cruzadas y recuerdo que al Profesor Miguel Alvarez Saballos le fue destrozado un dedo de la mano y así, con el dedo herido y sangrando, levantaba su mano echando vivas a la Revolución y al General Chamorro.

Yo hice arrimar el remolcador a la ribera del río al lado en que venían nuestras fuerzas en retirada y entonces el General Fornos Díaz me dijo: "General, no se baje!" Y yo le contesté: "No las podremos contener si no peleo con ellas!" Después de dos o tres empujes que les ordené hacer restablecimos el equilibrio y después pusimos en completa fuga al ejército zelayista.

En esas cargas que hicimos pude darme cuenta de las numerosas bajas que habían de uno y otro lado en esa sección del combate. A la otra banda del río, que era la más amplia, no tuve oportunidad de ir antes de que se recogieran a los heridos y se enterraran a los muertos sino hasta después que teníamos a todo el ejército copado allí reunido. Más de 800 hombres cayeron en nuestro poder, muchos de ellos muy enfermos y extenuados y a todos atendió debidamente la Revolución curándolos y alimentándolos. Más tarde muchos de esos avanzados se fueron incorporando a la Revolución sin que nosotros los forzáramos a ello.

Terminado el combate de El Recreo y conocido el resultado de la lucha allí tenida, tuvimos la noticia del depósito del poder por el General José Santos Zelaya en el Doctor José Madriz y del embarque de aquél para México. Fue entonces que el General Pedro Fornos Díaz solicitó el permiso para ir a Managua y exponerle al Doctor Madriz la verdadera situación y el sentir de la Revolución, con el propósito de ver si de esa manera se podía llegar a un entendimiento entre ambas partes.

El General Fornos Díaz salió de Bluefields embarcado en el mismo bote en que yo hice mi travesía de Puerto Limón a Bluefields, pero desgraciadamente sucedió con el General Fornos Díaz lo que el marino predijo podría ocurrirnos a nosotros cuando yo insistía en que enderezáramos el bote a tierra, es decir, que una gran ola envolvería al bote y nos haría naufragar. Eso fue precisamente lo que le ocurrió al valiente militar y destacado hombre de letras General Pedro Fornos Díaz, que en su esfuerzo por conseguir una paz honrosa y benéfica para el país perdió su preciosa vida en la Barra de San Juan. Su cadáver nunca pudo ser encontrado, habiendo sido probablemente, devorado por las fieras del mar.

Revolucionarios de 1909

Antes de seguir adelante me parece bien dar los nombres de los hombres que tuvimos mayor participación en la Revolución de 1909 que el General Juan J. Estrada inició en la Costa Atlántica:

General Juan J. Estrada, don Adolfo Díaz, General Emiliano Chamorro, General Luis Mena, General Tomás Masís, General Frutos Bolaños Chamorro, General Luis Correa, General Fernando Elizondo, General José Francisco Sáenz, Ing. Abraham Alvarez Saballos, Coronel Marcelo Gómez, José Angel Aranda, Marcelo Aranda, Rafael Solórzano, Rafael Vélez, Coronel Andrés Polanco, Coronel, hoy General, Camilo Barberena Anzoátegui, Coronel Bartolomé Víquez, Solón Lacayo, Coronel J. Gregorio Vega, Coronel Macario Alvarez Lejarza, General Bruno R. Blandón, Carlos Fonseca Romero, General José Manuel Durón (hondureño), General José Antonio Monterrosa (guatemalteco, enviado especial de Estrada Cabrera), Juan Francisco Fonseca, Abraham y Emilio Williams (hondureños), y muchos otros más que irán apareciendo más adelante.

Quiero hacer, también, constar que entre las personas que tomaron parte prominente en la Revolución estaban los Generales Augusto Matute y Saturnino Mairena, así como el doctor Carlos Cuadra Pasos, de quien se ha dicho que en una ocasión le ordené ensillarme una bestia. Burda patraña es esta, pues absurdo hubiera sido de mi parte que pusiera a desempeñar tan tosca labor a mi amigo el doctor Cuadra Pasos, por cuya familia tenía tanta estima como por la mía propia, familia en la que tuvieron tanta figuración política y social: Dionisio, Demetrio, Pedro Rafael, Miguel, Pablo, Eulogio, Ramón y Carlos, hijos todos de don José Joaquín Quadra, ilustre ciudadano. Con frecuencia visitaba a don Pedro Rafael Cuadra y a su esposa doña Carmela Chamorro, de modo que su casa llegó a constituir una de las mías donde a menudo almorzaba y pasaba los domingos. Quizá a esa intimidad contribuyó también mi amistad de colegial que había hecho y mantenido con mi condiscípulo Miguel Cuadra Pasos, con quien estudiaba Química y alguna otra materia aun en los ratos de recreo, y aunque no tenía yo tan poderosa memoria como la de él, descollábamos juntos en las clases, de modo que ambos tuvimos el honor de ser escogidos por las respectivas secciones para profesores de Historia por el tiempo que nos faltaba para los exámenes, cuando por causas diversas se retiraron los Profesores Vela y Dubarry.

Hago esta mención para satisfacción mía en esta ocasión en que estoy haciendo como mi testamento de los actos de mi vida, y como un recuerdo a la memoria de Miguel y por la pena que sufrí entonces cuando recibí la noticia de su muerte acaecida el 15 de diciembre de1909.

Después de la derrota sufrida por las fuerzas enviadas por Zelaya a El Recreo, quedamos comunicándonos con el Doctor Madriz, ya que habíamos dejado pendiente de contestación las proposiciones suyas en esperas del resultado de aquel combate. Naturalmente, después que logramos con éxito copar todas las fuerzas contrarias en ese lugar nuestra contestación al Doctor Madriz fue más firme y le hacíamos saber que para llegar a un entendimiento era condición indispensable que la sucesión del Poder se efectuara en alguno de los Jefes de la Revolución, y principalmente en el General Juan J. Estrada.

Invasión de Chontales

Así pasamos unos días hasta que en vista de la dilación en la respuesta a nuestras condiciones, resolvimos enviar nuestras fuerzas a invadir el Departamento de Chontales.

Esta invasión la planeamos llevar a cabo de la siguiente manera: Una columna sería comandada por el General Luis Mena, y otra por mí. El avance de cada columna sería simultáneo, aunque por distintos rumbos, y de modo que ambas pudieran estar en comunicación la una de la otra para poder así auxiliarse mútuamente en caso necesario.

Una vez acordado este plan se procedió a la organización de ambas columnas, y cuando éstas estuvieron listas se dispuso que la mía saliera con un día de anticipación, por el río Siquia, y la del General Mena, al siguiente día por el río Mico.

Yo salí el 29 de diciembre de El Rama, en botes en los que llevábamos suficientes provisiones para varios días, navegando sobre el río Siquia. Unos dos días después de nuestra salida llegamos al Salto de Talpaguás, donde tuvimos que desembarcar por ser imposible pasarlo en los botes que usábamos. Mas allá del Salto tomamos unos pipantes que nos suministraron unos indios miskitos y continuamos nuestra navegación sobre el río Inquiní, como quien va para La Libertad. Después de un día de navegación sobre ese río, desembarcamos, y pisando tierra firme nos introdujimos en la montaña cruda guiándonos por rumbo astronómico solamente, única manera de hacerlo, con dirección a Santo Domingo.

Ya al entrar en jurisdicción de este lugar, tratamos de informarnos de la columna del General Mena, para lo cual envié unos correos a los lugares

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

donde habíamos convenido de antemano que pondríamos los avisos correspondientes, pero no encontrando mis hombres ninguna noticia del General Mena ni de su columna, continué mi marcha hacia Santo Domingo.

Cruzada de la manigua

Tres días tardamos en esa cruzada de la montaña espesa, durante los cuales, podemos decir, no le vimos la cara al sol. Todos íbamos a pie, y la ropa y el calzado nos pesaban mucho por la humedad y el barro que recogíamos en nuestro camino.

El primer sitio habitado que encontramos fue el llamado Fruta de Pan, donde me dijeron que existía una mina de oro de unos señores Arellano. Cuando la expedición revolucionaria conocida por el nombre de Olama y los Mollejones depuso las armas en Fruta de Pan, recordé cuando nosotros pasamos por ese lugar, el que apenas nos detuvimos a ver, pues apesar de nuestro cansancio, preferimos continuar nuestra marcha ya que estábamos interesados en llegar a Santo Domingo antes que nadie pudiera poner sobre aviso a esa población de que hacia ella iba una columna expedicionaria de la Revolución.

Santo Domingo

Así fue que por la tarde de uno de los primeros días de enero de 1910 estábamos entrando a Santo Domingo, sin que se nos hiciera resistencia alguna, pues el pequeño resguardo que allí había no hizo más que entregarnos sus armas las que nosotros tomamos dejando en completa libertad a los soldados.

A este lugar llegamos ocho días después de haber salido de El Rama. Muchos de los soldados llegaron enfermos de fiebre palúdica y con los pies inflamados a causa de la constante humedad y de las mazamorras, así es que **mi primera preocupación** fue la de aislar a los enfermos en una sola casa para poder así atenderlos mejor y lograr su pronto restablecimiento.

Aquí en Santo Domingo tuvimos la satisfacción de ver que toda la población nos recibía con gran entusiasmo y se mostraba partidaria de la Revolución. Ese entusiasmo era común también a los mineros que allí trabajaban; sin embargo, a pesar de esas muestras de adhesión a nuestra causa, mi preocupación era grande porque no tenía noticia alguna de la columna del General Mena, y por consiguiente, no sabía si llegado el caso de necesitar yo de ayuda dónde poder pedírsela, ni, en caso contrario, dónde poder yo darle mi apoyo fuera él quien se viera apurado por el adversario. En esa incertidumbre estaba cuando me llegó la noticia que había llegado a La Libertad el General Narciso Argüello con 800 hombres que mandaba el Gobierno del Doctor Madriz para atacar a la Revolución.

La Libertad

La Libertad es una población que entonces quedaba como a tres o cuatro horas de camino de Santo Domingo, por consiguiente, yo estaba en ese lugar en grave peligro de ser atacado en cualquier momento.

Por los informes que tuve de las tropas de Argüello y de su armamento, llegué a la conclusión de que era desventajoso para mí presentarle acción y que era preferible evadirlo para lograr que en la persecución dividiera sus fuerzas y poder yo así atacarlas en detall.

Quiero dejar constancia aquí de que siempre sentí repugnancia a ser atacado, es decir, a estar a la defensiva y le dí más preferencia a ser el atacante, o sea, tomar la ofensiva, a pesar del que se defiende de un ataque puede hacerlo desde trincheras protectoras, mientras que el atacante va a campo raso, sin embargo, creo que el que ataca lo hace con más coraje que el que está levantando y bajando la cabeza desde una trinchera antes y después de disparar.

Así fue que conforme a mi plan salí de Santo Domingo llevándome a todos los que conmigo habían llegado a ese lugar y además a muchos otros amigos que llegaron a incorporarse al movimiento revolucionario. Dejamos a un lado la población de La Libertad y fuimos a salir a Betulia, de donde continuamos nuestra marcha hasta llegar a Camoapa, población de alguna importancia en el Departamento de Chontales.

En estos lugares, los habitantes ni siquiera soñaban en la posibilidad de que pudiéramos llegar hasta ellos, así es que a sus resguardos los tomábamos completamente por sorpresa.

Camoapa

Como a Camoapa llegamos muy temprano de la mañana, después de dar mis disposiciones respecto al acuartelamiento indispensable del ejército, resolví tomar tiempo para ir, con un grupo de mis oficiales, a Comalapa, que queda como a dos horas de camino, para saludar a mi madre y demás miembros de mi familia que allí vivían. También a este mi pequeño y querido pueblo sorprendió mucho mi llegada, lo que no fue obtáculo para que me demostrara un delirante entusiasmo. Mi madre al verme lloró de la emoción y pasé un buen rato tratando de calmarla. Después de sentarla y de recibir de ella su amoroso saludo, hablé con mis compañeros de infancia para ver de que se incorporaran a la Revolución.

Salí de regreso a Camoapa ese mismo día habiendo engrosado mis filas como con cincuenta de mis amigos de Comalapa, entre ellos mi cuñado Ceferino Enríquez.

Habiéndome convencido, por entonces, de que no podía tener ninguna conexión con el General Mena y su columna, pues supe que no había salido aún de El Rama, resolví seguir adelante y esa misma tarde, caminando toda la noche, emprendimos la marcha hasta Boaco donde llegamos por la mañana del siguiente día.

Aquí tuvimos un simulacro de resistencia pero que fue de cortísima duración y significado. Como en esta población ha habido siempre un elemento liberal de valía, tuvimos que ejercer mayor vigilancia que en las poblaciones anteriores en los que el elemento conservador era más predominante en el casco de la población.

Boaco

Creo que en Boaco estuvimos como unos ocho días, y no fue sino hasta que supimos que se aproximaban fuerzas enemigas que emprendimos de nuevo la marcha hacia Matagalpa.

A poco de salir de Boaco, a unas dos leguas de distancia de la ciudad, nos encontramos con las fuerzas enemigas que comandaba el General Alfonso Valle, amigo personal mío desde la juventud. Después de un encuentro bastante reñido logré ponerlo en fuga, capturándole una buena cantidad de provisiones y de parque que buena falta nos hacían.

Muy Muy

Después de ese encuentro llamado de Las Tetillas, continuamos nuestra marcha hacia Muy Muy, sin haber tenido incidente alguno digno de mencionar. Estando acuartelados en Muy Muy tuvimos el penoso desagrado de saber que uno de nuestros oficiales, Vicente Medina, había dado muerte a un pobre soldado por una bagatela. Nuestro enojo fue muy grande hasta el punto que dispuse que se fusilara a ese oficial inmediatamente, mas habiendo intervenido algunos otros de los Jefes para que no le aplicáramos esa pena, optamos por destituirlo de sus presillas militares y le dimos de baja del ejército, mas ese individuo, quería, realmente, tanto a la Revolución que no se separó de nuestras fuerzas, y aunque no tenía cargo alguno, siguió tras ellas hasta que en el combate de Tisma pereció a consecuencia de las heridas que recibió.

Cuando salimos de Muy Muy para Matagalpa, sabíamos que las fuerzas enemigas venían tras de nosotros a no muy larga distancia y que más adelante en una posición bastante difícil de subir por

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

lo escarpada, nos estaban esperando fuerzas enemigas.

Matagalpa

No obstante esa amenaza y sabiendo que mis fuerzas mantenían un espíritu elevado y combativo, decidí la toma de Matagalpa y encargué al General Masís por un lado y al General Correa por otro, para la limpia del camino que nos conduciría a la ciudad.

Cuando llegamos al pie de la escarpada cuesta mencionada, la que había que subir hasta una meseta, especie de llano, en la cima, nos detuvimos para contemplar gozosos cómo peleaban nuestros hombres, con qué coraje emprendían el ascenso de aquella difícil posición, sobre una falda sin vegetación alguna, donde los soldados valientemente iban atacando y defendiéndose en las zanjas formadas por las corrientes de agua hasta que los vimos subir y derrotar a las fuerzas enemigas acampadas en una casa grande construída en la cima, el nombre de cuyo dueño ignoro.

Libre ya de enemigos el camino de Matagalpa, no esperamos más y emprendimos sin tardanza la marcha hasta llegar a la población cuantos antes, como en efecto lo hicimos.

En los suburbios de la ciudad de Matagalpa tuvimos un pequeño tiroteo, mas de allí en adelante no se nos presentó ninguna dificultad. El lector se puede imaginar la sorpresa de la gente de la ciudad al ver en sus calles a los revolucionarios, cuando hacía unos pocos días sabían que estábamos en Bluefields.

Verdaderamente, nacionales y extranjeros, nos llegaban a felicitar por nuestra empresa, mas nosotros sabíamos que por más que nos halagaran esas manifestaciones de simpatía que nos hacían, frecuentemente acompañadas de invitaciones para tomar algún refrigerio o almuerzos y cenas en sus casas, debíamos privarnos de tales expansiones porque sabíamos que el enemigo venía tras de nosotros. Por eso,muy temprano del siguiente día, dispuse la distribución de nuestra fuerzas en aquellos lugares más apropiados de donde se podía defender y rechazar cualquier ataque a la población. Así fue que dispuse ocupar una altura que allí llaman la Piedra del Apante, posición que domina al mismo tiempo todos esos lugares. Allí colocamos un cañón y un puesto de ametralladoras.

No recuerdo si fue al segundo o tercer día de estar en Matagalpa que sufrimos un furioso ataque del que el General Masís tomó la defensa de una ala del ejército impidiendo que el enemigo se metiera por la cañada que llaman El Salvador cuando éste venía huyendo de los ataques de aquel peñón del Apante.

Gral. Camilo Barberena

Otra ala del ejército enemigo nos atacó de frente con tal furor que hubo momento en que ambas fuerzas parecía que peleaban confundidas y recuerdo bien que desde una pequeña altura, el Coronel entonces y hoy General Camilo Barberena Anzoátegui estaba con una ametralladora Colt, defendiendo bravamente la entrada a ese lugar.

En mi rececorrido de la línea de fuego llegué hasta donde estaba Camilo haciendo buen uso de su ametralladora en los precisos momentos en que las fuerzas de uno y otro lado parecía que se mezclaban entre sí. Eso me hizo temer por la seguridad de los nuestros y le pedí al General Barberena me diera el manejo de la ametralladora porque pensaba tener mi pulso más seguro, y no fue sino hasta que pasó el peligro y el enemigo se declaró en franca derrota que volví a darle la ametralladora al General Barberena, quien siguió peleando con bravura, como lo hizo siempre en los combates en los que se transfiguraba del hombre elegante de salón en el militar valiente y denodado.

"Esta bien"!

Recuerdo que cuando estaba en el manejo de la ametralladora en los momentos más reñidos del combate, llegaba un cuñado y compadre mío llamado Máximo Amador y me decía: "Compadre, ya mataron al fulano, de Comalapa!" y yo le contestaba, puesta mi atención más en la lucha que en su informe: "Está bien!". Así lo hizo Máximo varias veces, y así le contesté yo otras tantas, y esto le impresionó tanto a mi compadre que en la noche después de la lucha hacía comentarios sobre eso y mocionó entre sus amigos y paisanos el volverse a Comalapa, porque, decía: "Le van a decir a mi compadre Emiliano, ya mataron a Máximo Amador, y él va contestar, está bien". Es sobrancero explicar que mi "Está bien" de aquellos agitados momentos significaba "Estoy entendido".

Este combate fue muy reñido y sangriento y cuando ví que ya el enemigo comenzaba a dar muestras de flaqueza y a perder ventajoso terreno pensé sacar ventaja de aquella situación aniquilando por completo esas tropas, dispersándolas para que perdieran su fuerza efectiva, y para ello comencé a dar mis órdenes para perseguirlas y arrojarlas hacia aquella falda escarpada de la que hice mención anteriormente cuando íbamos hacia Matagalpa. Mas en esos momentos me llegó un mensaje del General Monterrosa, que estaba entonces hospitalizado, en el que me decía que tenía datos positivos que en el camino de Managua a Matagalpa venían fuerzas enemigas y que era seguro que se tomarían la población si no habían fuerzas suficientes en ella para contenerlas.

En vista de esto, tuve que dar órdenes contrarias, es decir, que se suspendiera la persecución del enemigo, y que el General Masís llevara sus fuerzas al camino de entrada a la población.

Como sucede muchas veces, resultó que al General Monterrosa lo había sorprendido en su lecho de enfermo una dama de las más interesadas en la causa liberal, haciéndole creer, como un secreto que le había arrancado a su marido, la noticia de la llegada de estas tropas. Pero no habían tales tropas, y la suspensión de la persecución sirvió para salvar de la derrota a las fuerzas de Chavarría y Godoy.

Contenida, pues, la persecución de las fuerzas atacantes y mandado a reforzar el retén de la entrada a Matagalpa, la calma entró en todas las líneas y el tiroteo cesó por completo.

El General Masís, que no sabía del mensaje del General Monterrosa, se disgustó un poco cuando recibió la contraorden de supender la persecución del enemigo, pues hasta cierto punto se le privaba de cubrirse de gloria desbaratando por entero aquellas fuerzas que eran las mayores que había lanzado el Gobierno sobre nosotros; pero como yo no dudaba un ápice de que lo dicho por Monterrosa merecía el más absoluto crédito, mantuve firme la contraorden de persecución.

Desocupación de Matagalpa

La trampa en que cayó el General Monterrosa y en la que nos hizo caer también a nosotros, nos costó muy cara, pues el enemigo fácilmente se repuso de su quebranto y dos días después lo teníamos de nuevo al pie de nuestras trincheras grandemente reforzado por las fuerzas del General Lara y otros militares que desde Acoyapa habían sido enviadas en nuestra persecución.

Los informes respecto al número de fuerzas adversarias que tomarían participación en contra nuestra eran exactos pues habían sido llevados por diversos hacendados por cuyas propiedades habían pasado las fuerzas enemigas, y esos hacendados, simpatizadores de nuestra causa, por caminos extraviados y veredas sólo de ellos conocidos, llegaban primero que ellas a Matagalpa a darnos sus informes.

Felizmente cuando esto sucedía ya había yo reconcentrado de Jinotega al General Frutos Bolaños Chamorro con toda la fuerza que comandaba, así es que todo el ejército estaba en Matagalpa.

En la seguridad de que a la mañana siguiente sería atacado por fuerzas superiores, principié una

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

serie de discusiones con mi Estado Mayor sobre la situación que se nos presentaba, así como la de determinar con exactitud la cantidad de parque con que contábamos para las diferentes armas que teníamos.

De esas discusiones resultó que decidimos abandonar la ciudad esa misma noche, para lo cual principiamos inmediatamente a tomar nuestras medidas.

Tal resolución estuve a punto de reconsiderar, porque a eso de las nueve de la noche, se me presentó en el retén del Río, un norteamericano que llegaba de Managua y que pedía verme. Este señor era un enviado, no recuerdo bien si de la Embajada Americana, o de un barco de guerra, y llegaba a ver mi situación para proponerme, en caso de considerarme fuerte, un armisticio de parte del Doctor Madriz y la promesa de éste de entregar el poder.

Desgraciadamente, este señor llegó cuando los preparativos de nuestra marcha se estaban efectuando y por eso ya él no quiso tomar la responsabilidad de dar un informe favorable de nuestra potencia militar con el que poder insistir en el retiro del Doctor Madriz.

Así fue que el plan que teníamos pensado desarrollar seguiría adelante, y a eso de las once de la noche estábamos saliendo de Matagalpa, dejando en los retentes principales los fogones encendidos y a unos pocos soldados que cubrieran nuestra retaguardia, haciendo de vez en cuando tiros esporádicos para que el enemigo no sospechara de nuestra retirada.

Todo el movimiento se llevó a cabo tal como nosotros lo teníamos pensado, y hasta esos pocos soldados que habíamos dejado atrás pudieron salir y unirse a nosotros en Terrabona, pues nuestra salida no la hicimos por el camino real de Matagalpa sino por un camino pedregoso y malo, veredas indígenas, que salen de Matagalpa a Terrabona.

Terrabona

En este lugar destazamos unas dos reses que habíamos comprado para no molestar a la ciudadanía, y cuando los vecinos se dieron cuenta que estábamos allí llegaban a saludarnos. Muchos de ellos, en número que me llamó la atención, me pedían el favor de darles permiso y libertad de poner una cususera, lo que yo, por supuesto, no les negaba y en algunas ocasiones les daba tales permisos hasta por escrito.

Por la tarde de ese mismo día abandonamos la población de Terrabona y continuamos nuestra marcha hacia Managua. No nos detuvimos durante toda la noche hasta llegar a Las Maderas, y una vez allí buscamos qué comer y después del desayuno continuamos nuestra marcha habiendo sido informados de que en San Jacinto había unas tropas del Gobierno que en número de 200 hombres estaban comandadas por el General Alfonso Valle y un salvadoreño de apellido López.

General Alfonso Valle

Con ese conocimiento previo de la existencia de esas fuerzas en San Jacinto le dí al General Masís la vanguardia de las mías para que efectuara el ataque, y cuando le informé que el General Valle era el jefe que las comandaba, me dijo: "Pues entonces no voy a bajar la ametralladora".

Yo no iba muy lejos del General Masís cuando éste principió el ataque, pero cuando me dí cuenta de la intensidad del tiroteo y de que éste se prolongaba más de la cuenta, entonces temí que el General Valle se hiciera fuerte tras los corrales de piedra, por lo que dispuse bajar la ametralladora y llevarla con precipitación a la línea de fuego y ponerla en servicio inmediatamente, y parece mentira, pero tan pronto como se oyó el staccato peculiar de la ametralladora, cesó la resistencia del enemigo, el que izó banderas blancas por todas partes.

Me parece que con excepción de los Jefes Superiores, todos los demás cayeron en nuestro poder.

El botín de San Jacinto podemos decir fue el mejor de toda la campaña, pues logramos de todo: gente, armas, parque y dinero (13,000 pesos) que me entregó mi recordado amigo y deudo don Constantino Báez, los que había encontrado en un rincón. Recuerdo que me los entregó con la siguiente frase: "Conforme a las reglas de la guerra, este dinero me pertenece, pero yo sé que la Revolución está escasa de fondos y yo se los doy a la Revolución". De mis manos pasaron a las del Tesorero o Habilitado de Guerra.

Ese día lo terminamos de pasar en San Jacinto, recogiendo avanzados, y poniendo en orden todo nuestro tren de guerra, para poder salir muy al alba del siguiente día. Entre los avanzados había un buen número de leoneses con el Coronel Juan Paz a la cabeza. A todos estos les dí libertad cuando llegamos, en nuestra marcha hacia Managua, a un punto donde ellos podían seguir el camino a León por San Francisco del Carnicero, dándole a cada cual una pequeña habilitación para que pudieran comer en el camino, no sin antes advertirles que si los volvía a avanzar en algún otro encuentro los tendría que fusilar. Conste, sin embargo, que esto se los decía para intimidarlos, pues hasta ahora no he fusilado a nadie.

Una vez que hubimos separado a este grupo de avanzados, continuamos nuestra marcha hacia Tipitapa.

Tipitapa

Un poco antes de llegar a este punto me deshice de otro grupo de avanzados, pues quería tener libre al ejército del cuidado que hay que tener siempre que se llevan prisioneros, y además porque mi pensamiento, realmente, no era el de atacar Tipitapa, porque por su proximidad a Managua, bien podría recibir refuerzos y a mi se me hacía necesario contar con más tiempo del que podía disponer tomando en consideración que venía detrás de mi otro ejército en persecución mía. Por eso cuando ya me deshice de los últimos avanzados, dí un rodeo a Tipitapa y guiado por baqueanos cruzando los llanos, logré salir con mi pequeño ejército al Paso de Panaloya en la mañana del siguiente día.

Aquí el General Masís después de conseguir unos botes de los que tienen los finqueros de por esos lados, logró cruzar el río a la otra ribera con parte de nuestras fuerzas, y yo continué río abajo a enfrentarme propiamente al Paso Real donde se hace el cruce del río Malacatoya en el camino a Granada.

El Paso

Allí tendí mis fuerzas y comencé a disparar contra las de la otra orilla, al mismo tiempo que el General Masís las atacaba por su lado.

Seguramente, ya la moral del ejército del Gobierno, con motivo de la salida de Zelaya, por un lado, y por el recorrido que hacía yo con mis fuerzas por todo el país, por otro, había bajado de tal manera que nuestros ataques eran, con mucha facilidad, coronados por el más completo éxito, en los que obteníamos avanzados y abundantes elementos de guerra.

Aquí en El Paso, solamente el General Juan J. Bodán logró escapar y eso porque yo no quise mandarlo a capturar donde sabía que estaba escondido. Su captura la evité por temor de que mis hombres pudieran cometer alguna violencia con él, a causa de que Bodán estaba muy mal recomendado por todo su sistema de gobierno en la ciudad de Granada, donde se había hecho sumamente odioso. Capturamos, sin embargo, al Doctor José Antonio Arosteguí, abogado, al Coronel Anselmo Sequeira, a un señor Abea, y a varios otros cuyos nombres se me escapan.

En El Paso permanecimos unos dos o tres días, al fin de los cuales decidimos marchar hacia Granada, pero no propiamente para atacar a la ciudad, sino para pasar por sus alrededores hasta salir al Cementerio y dirigirnos a La Fuente, para desde allí resolver si dirigirnos a las Sierras de Managua, o ha-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

cernos fuertes en el Cerro Mombacho. Ese era el plan que habíamos adoptado.

Con ese plan, salimos, pues, de El Paso donde había tenido la grata sorpresa de que el Doctor José Antonio Arosteguí y el Coronel Anselmo Sequeira me solicitaran audiencia para pedirme que los incorporara a mis fuerzas. Ellos querían defender, me dijeron, la causa del Partido Conservador, y aunque muchos desconfiaban de ellos, yo los incorporé. Nunca tuve motivo para arrepentirme de la confianza que en ellos deposité entonces, y mucho menos aún del Coronel Sequeira, a quien le costó hasta la vida su fidelidad a mi persona y a mi causa.

Ya para llegar a "Osagay" en nuestra marcha hacia Granada, venía sobre el camino, hacia nosotros, el señor Virgilio Miranda Vega, conocido agricultor de Tisma, y partidario nuestro. El entusiasmo del señor Miranda al encontrarnos fue muy grande y después de darnos sus efusivos saludos, en vista de que nuestra marcha continuaba hacia Granada, nos preguntó con mucho interés por qué íbamos hacia allá en vez de hacerlo hacia Tisma, que era según él, el lugar más estratégico que podíamos encontrar.

Tal observación me interesó mucho, por lo que ordené a las tropas hacer alto, y en unión de los jefes militares, compañeros míos, principié a conversar con él más detenidamente.

Batalla de Tisma

Ya todos reunidos, Miranda comenzó a exponer las ventajas de Tisma, la abundancia de alimentación que encontraríamos en ese lugar, la presencia de numerosos amigos de la causa, y muchas otras ventajas realmente dignas de tomarse en consideración. Agregó, además, de que cuando había salido de Tisma hacía pocos días, no habían tropas del Gobierno en ese lugar, ni se tenían informes que estuvieran por llegar.

Este fue otro punto que nosotros tomamos en consideración para variar nuestro rumbo, como en efecto lo hicimos, de acuerdo con todos mis oficiales.

A pesar de que el cruce del Charco de Tisma no dejaba de presentar algunas dificultades, como por ejemplo, el de tener que regresar el tren de guerra al Paso de Panaloya para enviarlo por botes a Tisma, y el cruce mismo del Charco por nuestras tropas, la reiterada insistencia del señor Miranda sobre las ventajas de Tisma, nos hizo empequeñecer a nuestros ojos los obstáculos que se presentaban para la empresa, y resolvimos el cruce para Tisma en lugar de continuar hacia Granada.

Una vez decidida esta cuestión, la pusimos en práctica, y tomando la cabeza de la marcha el señor Miranda, con el agua al pecho los soldados y con los rifles y mochilas en alto, cruzamos el Charco hasta llegar al otro lado, continuando después nuestro camino hasta llegar al lugar indicado.

Cuando llegamos a Tisma era ya de noche. Y aunque íbamos confiados en lo aseverado por Miranda, de que en la población no había ninguna fuerza enemiga, no nos alarmó encontrarnos otra vez con nuestro competidor el General Alfonso Valle, con quien tuvimos un fuerte tiroteo, después del cual nos posesionamos de la población y de unos cuantos avanzados. Nosotros tuvimos la sensible pérdida de don Alberto Zelaya, nuestro Habilitado de Guerra, joven valiente que pertenecía a una de las mejores familias de Granada.

Hubo varios otros muertos a quienes mandé enterrar, haciendo cargo de esa operación al Coronel Félix Aguirre, el que reunió a los avanzados y les ordenó recoger los cadáveres y abrir las fosas donde serían sepultados.

General Luis Correa

Fue entonces cuando ocurrió un incidente lamentable que diera por resultado que el Coronel Aguirre ultimara al joven Montenegro, de cuya muerte me acusaron después los liberales, sin que hubiera tenido yo el más pequeño conocimiento del hecho mientras estuvimos en Tisma, pues no fue sino hasta después de que mis tropas habían sido rechazadas en Tipitapa, que el General Luis Correa me diera el informe, más o menos en esta forma: "General, voy a darle una noticia que sé le va a causar mucho desagrado, pero es mejor que se le informe de una vez, y no dejarla al tiempo. La noche que llegamos a Tisma, el Coronel Aguirre puso a un joven Montenegro a cavar una sepultura, pero éste se negó a hacerlo y entonces el Coronel Aguirre mandó pasarlo por las armas, y allí mismo, junto con los otros, Montenegro fue enterrado".

Efectivamente, me desagradó mucho la noticia y lamenté igualmente el suceso, pero ya no había qué hacer, pues el mismo Coronel Aguirre había sido víctima en Tisma de un riflero de las fuerzas del Gobierno, que nos estuvo haciendo varias importantes bajas.

Cuando llegamos a Tisma y aquellas gentes nos recibieron con delirante entusiasmo, y nos ofrecían en cada una de sus casas alojamiento, y de todas partes nos ofrecían alimentos, me dediqué a recorrer la pequeña población para darme cuenta, aun así en la obscuridad de la noche, cómo podía distribuir las fuerzas, para que nos sirvieran de garantía mientras podíamos tener algún descanso. Al mismo tiempo que buscaba esos lugares apropiados examinaba el terreno, es decir, su topografía, para la defensa del siguiente día en que indudablemente seríamos atacados. Ese examen, más las informaciones que recibía de los amigos, vecinos de la localidad, me llevaron a la conclusión de que el paraíso que nos había pintado el Coronel Miranda, no existía. Me dí perfecta cuenta que estaba mal situado en aquel lugar.

Entonces tomé la determinación de desocupar Tisma esa misma noche y salir para Managua a ocupar esa ciudad que suponía debía estar con muy pocas fuerzas, pues lo que menos podría esperar el Gobierno es que yo estuviese tan próximo a la Capital.

General Tomás Masís

Desde el momento que concebí este pensamiento, le ordené al General Masís que instara a la tropa a que comiera cuanto antes, lo mismo que a la oficialidad, mientras que yo haría otro tanto y que enseguida me comunicaría con él.

Yo me hospedé y cené, con varios de mi Estado Mayor, en casa de don Fabio Morales, uno de los hombres más acomodados del lugar; otros de mis compañeros se acomodaron en casa de la familia Sequeira; y aun otros más en casa de la familia Trejos, casas y familias que nos dieron gentil alojamiento.

Como a las once de la noche, cuando ya habíamos cenado y descansado un rato, mandé llamar al General Masís para que preparara la salida, que efectuaríamos esa misma noche, y le dí instrucciones en el sentido de que a más tardar después de dos horas, es decir, como a la una de la mañana, deberíamos estar en marcha, pues consideraba esa hora como conveniente para poder llegar a la ciudad de Managua al aclarar el día.

El General Masís se dió por entendido y me aseguró que todo estaría preparado; pero a medida que el tiempo pasaba y yo recogía más datos respecto al lugar en que estaba situado, mi preocupación por dejar Tisma era mayor. Por eso con frecuencia mandaba a reclamar al General Masís la demora que estaba observando en los preparativos de marcha, y en una de tantas veces me mandó a decir que al llegar se habían soltado los bueyes en un potrero cercano, que los había mandado a buscar, pero que no los encontraban, y además, de que el tren de guerra que se había enviado por agua de El Paso a Tisma, aun no había llegado, pero que enviaría a encontrarlo para apresurar su arribo.

Con todo, mi intranquilidad crecía, de modo que cada media hora requería al General Masís por su tardanza, lo que hizo que él viniera a verme y me dijera: "General, qué le pasa? Está nervioso. Tiene miedo?" Y yo le respondí: "No, General, no es

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

miedo, sino que me doy cuenta de la responsabilidad que tengo de denfender las vidas de todas estas gentes que han puesto las suyas en mis manos, y Tisma no es un lugar apropiado para la defensa".

Creo que General Masís aprovechó esa oportunidad para desquitarse la llamada de atención que le hiciera en la Junta del Colorado cuando en el bombardeo que sufríamos allí le pregunté que para qué se agachaba.

Después de esta ligera entrevista, el General Masís se fue a buscar cómo salir cuanto antes, mas fue imposible poderlo verificar, porque los botes que traían el tren de guerra, no sabían nada de nuestros apuros y naturalmente no se dieron prisa en llegar sino hasta muy tarde. Así fue que hasta las seis de la mañana no estuvimos listos para levantar el campo de Tisma, y ya entre las seis y las siete de la mañana cuando teníamos nuestras tropas formadas en la plaza listas para el toque de marcha, en ese mismo instante sonaban los primeros tiros del enemigo.

Felizmente, esos tiros en lugar de amedrentarnos y desorganizarnos, hicieron, por el contrario que nos moviéramos como un resorte a ocupar cada cual el lugar asignado durante la noche anterior y desde ese momento principió el fuego incesante sobre todo por el camino de Granada a Tisma y en el de Masaya a ese mismo lugar.

Esta de Tisma fue una de las batallas más reñidas de nuestras luchas en Nicaragua. En ella hubo momentos en que parecía que nuestras fuerzas cedían ante el empuje del enemigo, pero también habían momentos en que obligábamos al adversario a retirarse de nuestras proximidades porque no resistían el nutrido fuego de mis soldados. Posiblemente, si yo hubiera podido tener una reserva de unos doscientos hombres la lucha no se habría prolongado tanto, pues en uno de nuestros empujes le hubiera echado encima unas fuerzas menos cansadas que las que tenía y las que mantenía moviéndose de un lado para otro, desde las seis de la mañana, cubriendo los puntos débiles que el enemigo quería romper para llegar a Tisma.

Entre nuestros combatientes estaba un joven norteamericano de Georgia de muy buena presencia y costumbres, llamado A. G. Fowler, quien me pidió lo dejara combatir, pues él quería darse cuenta cómo eran nuestros combates para contar luego en Georgia sus experiencias. A este joven le dí el manejo de una ametralladora que ese día usó con gran acierto y con la que contuvo al enemigo en varias ocasiones. Este joven Fowler, como a las diez de la mañana fue atravesado en la pantorrilla por la bala de un infume, sin embargo, no hizo más que ligarse la herida y seguir peleando durante todo el día.

En este combate se puede decir que las dos fuerzas estábamos a campo raso; por eso se veía con frecuencia el flujo de la lucha, es decir, que se veía claramente unas veces nuestras fuerzas venían luchando como en retirada, y poco a poco, estas mismas fuerzas obligaban a las otras a cederles el terreno, para después quedar ambas en el mismo lugar donde habían comenzado a luchar.

No fue sino como hasta el mediodía que entró el General Lara, por el lado de Masaya, que el enemigo logró penetrar hasta muy cerca de donde estaba con mi Estado Mayor, pero ni allí tampoco logró romper la línea, y más bien estuvo a punto de ser capturado, habiéndolo salvado de caer en nuestro poder, el indurable cariño que le guardaban sus soldados, pues cuando vieron que lo teníamos rodeado, y ya le habían matado la bestia en que montaba, y un grupo de soldados nuestros se lanzaba a su captura, otro grupo de soldados denodados de los suyos, se interpuso y evitó que cayera prisionero.

Fue aquel un momento de expectación en nuestro campo que llenó de entusiasmo a nuestras filas y que muchos de nosotros presenciamos.

Hacia este lugar habían logrado las fuerzas enemigas colocar en un árbol de mango a un riflero, el que, desgraciadamente, acertaba con mucha facilidad en los jefes que pasaban por aquel sitio al alcance de sus tiros. Así perdimos al Coronel Abelardo Gutiérrez, de Jalteva, al Coronel Emilio Pérez Conrado, de Cuiscoma, al Coronel Gregorio Lanzas, de Juigalpa, y al Coronel Félix Aguirre, ya mencionado como el jefe que ordenó el fusilamiento del joven Montenegro.

Y, probablemente ,hubiera corrido la misma suerte, víctima de un riflero, el General José Manuel Durón, si yo no me hubiera dado cuenta de que desde aquel árbol, que quedaba como a 300 varas de nosotros, nos estaban blanqueando, y entonces ordené a una ametralladora rociara la parte frondosa del árbol, alcanzando una de las balas al hombre que tantas víctimas nos había hecho ya.

Esto ocurría casi al mismo tiempo en que el General Lara estuvo a punto de ser capturado, y esa noticia le había entusiasmado tanto al General Durón que se vino desde su puesto que ocupaba en las líneas de defensa para ver la posibilidad de hacer él un empuje y lograr la captura del que tantas veces había sido su oponente en diversos combates anteriores. Mas cuando supo que ya Lara se había retirado lejos y que posiblemente hasta lo habían sacado de la línea de fuego, volvió a su lugar, para ir después con el General Frutos Bolaños Chamorro a hacer una inspección de las fuerzas enemigas que por el lado de Granada nos habían atacado en la mañana. Esa inspección le sirvió al General Durón para cubrirse de gloria nuevamente, junto con el General Bolaños Chamorro. Después de una dura pelea con fuerzas enemigas que allí estaban, éstas fueron completamente derrotadas y dispersas.

No tengo ninguna pretensión de hacer de Tisma una gran batalla, pero lo fue. Allí resistimos todo un día a las fuerzas del Gobierno que nos mandaba de las plazas de Granada, de Masaya y aun del mismo Managua, ya que quedábamos en un punto equidistante de esos lugares mencionados.

Según el decir de ese entonces, nos habían atacado como ocho mil hombres y a todos ellos los rechazamos, contando apenas nosotros como con mil, pero los nuestros eran hombres escogidos, valientes, fogueados, gente a la que no les importaba perder la vida por libertar a Nicaragua de un régimen de opresión como era el régimen liberal.

A las seis de la tarde de ese día, ya oscureciendo el fuego había cesado. El enemigo en ninguna parte daba ya señales de actividad, ni siquiera se presumía que estuviera en las proximidades de aquel lugar. Después supe que si nosotros hubiéramos emprendido la marcha sobre Masaya, por ejemplo, hubiéramos entrado sin disparar un solo tiro, la ciudad había quedado tan sola e indefensa.

El incendio de los potreros

Durante ese combate, que como dije anteriormente, tuvo muchos flujos y reflujos, en uno de tantos vaivenes, viéndose el enemigo muy apurado en contener el empuje vigoroso con que nuestras fuerzas lo estaban atacando, ocurrió a la estratagema de darle fuego a unos potreros que quedaban entre ellos y nosotros. Aseguro sin vacilación alguna que tal estratagema fue obra del ejército del gobierno y de ninguna manera de las tropas conservadoras, como han pretendido después escritores que han acusado al Partido Conservador.

Antes de terminar este capítulo de mi vida, es justo reconocer que en esta batalla llevó lo más recio del combate el General Masís. Durante todo el día estuvo éste peleando junto con sus tropas en el frente que daba al camino de Granada, frente que se extendía al lado de Masaya. Y es en el testimonio de este valiente militar en el que descanso principalmente para hacer la aseveración de que fueron las tropas del Gobierno las que dieron fuego a los potreros de Tisma para evitar s ucompleta derrota, como en aquel mismo instante me lo informó el General Masís con uno de sus edecanes.

Recorriendo los distintos puestos militares a las

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

seis de la tarde, cuando ya el fuego había cesado, para ver la situación de mis tropas y el estado de sus pertrechos, me llamó el joven norteamericano Fowler, de quien ya he hecho mención, para decirme que no podíamos esperar un nuevo ataque del enemigo en ese lugar, ataque que sería seguro se efectuaría al siguiente día, porque ya no teníamos suficiente parque para ametralladoras, y que él pensaba que mejor debería buscar un lugar donde retirarme que tuviera mejores ventajas para la defensa. También me informó que por su herida tendría que dejar el servicio, lo cual deploraba grandemente, pues, decía, había gozado mucho en esa gira que había hecho conmigo desde Bluefields hasta Tisma. Allí mismo me despedí del joven Fowler agradeciéndole los servicios prestados a nuestra causa.

Después de llegar al convencimiento de que para el siguiente día nos faltaría, en efecto, el parque suficiente para sostener una lucha como la que habíamos sostenido el día anterior, resolvimos regresarnos a Chontales, y como nos habían dado el informe de que en Tipitapa no habían fuerzas del Gobierno, resolvimos salir por ese lado.

Retirada de Tisma

Antes de abandonar a Tisma recorrí con mi Estado Mayor las casas donde habíamos estado depositando a los heridos, y las casas donde habíamos estado llevando a los avanzados. Por curiosidad, hice que contaran el número de avanzados que estaban en tres casas distintas, y llegamos a contar 243 hombres, número que me pareció demasiado alto para que no lo sintieran las fuerzas enemigas, máxime que en ese número se encontraban oficiales de toda graduación desde la de Coronel abajo. La escapada del General Lara nos hizo omitir la graduación de su rango.

Después de esa inspección, nos despedimos de Tisma y emprendimos la marcha con tristeza pero con la satisfacción de haber cumplido nuestro deber y de haber inflingido un golpe mortal a las fuerzas del Gobierno.

Antes de pasar adelante quiero hacer constar que he leído la obra de mi amigo el Coronel Macario Alvarez Lejarza, titulada RECUERDOS DE LA REVOLUCION DE 1909-1910, en la que describe brillantemente esta batalla de Tisma y en la que expone con gran fidelidad la participación que tomaron en ella cada uno de los jefes que componíamos el ejército libertador y la participación misma que al propio Coronel Alvarez Lejarza le cupo en tan glorioso encuentro.

Por otra parte, quiero también dedicar un recuerdo de admiración y simpatía a todos aquellos que perecieron en ese día, en el que nos vimos precisados a defendernos ante fuerzas muy superiores en número a las nuestras, con un heroísmo muy común en nuestras tropas.

Continuando, pues, nuestra marcha a Tipitapa, pasamos frente a una hacienda que me parece se llama "San Jerónimo", a la que entré a buscar un poco de agua para beber. Mi objeto principal era, sin embargo, preguntar a la persona que allí estaba cuidando por las noticias que tuviera de Tipitapa, y una mujer que era la que me servía el agua me dijo que había estado esa tarde en el pueblo y que no había ninguna fuerza enemiga en ese lugar. Este informe me afianzó en la idea de cruzar por Tipitapa con mi ejército.

Un poco más adelante, arrimó un hombre su bestia a la mía para decirme que él era el mandador de la hacienda "Hato Grande" de don Rosendo Chamorro, y que él me sugería pasar el río Tipitapa por "Paso Chiquito", lo que aunque ofrecía alguna dificultad era posible, pero habiendo obtenido el informe de la mujer que me había dado el agua en "San Jerónimo", de que en Tipitapa no habían fuerzas enemigas, le dí preferencia a esa ruta, lo cual he lamentado muchas veces.

En muchas ocasiones que he ido por el lado de Tipitapa, he deseado ir a conocer el tal "Paso Chiquito" y cerciorarme si hubiera sido realmente factible cruzar allí con mi gente.

Tipitapa

En Tipitapa, como todos saben, encontramos fuerte resistencia, pues estaba acantonado allí el General Francisco Ramírez con un buen número de tropas, y nosotros que íbamos creyendo pasar sin disparar un tiro, no formulamos un buen plan para ataque alguno, y fuimos atacando improvisadamente, y cada uno entró a pelear como pudo, teniendo por resultado la fatal derrota que todos conocen.

Tisma para mí fue una victoria, así como confieso que Tipitapa fue el desastre que me hizo perder todo el esfuerzo que mis tropas y yo habíamos hecho para destruir el Gobierno liberal.

Rechazados en Tipitapa buscamos algunos jefes cómo salvarnos y entonces me acordé de la propuesta del mandador de "Hato Grande", no para ir a buscar "Paso Chiquito", pues eso ya no tenía objeto, sino para ir directamente a la hacienda y ver de cruzar el río por allí. Efectivamente, en un pequeño bote que allí había y ayudado por el administrador de la hacienda, un señor Herdocia, y una parte del servicio, cruzamos el río con las bestias. El señor Herdocia nos dió, además, un baqueano para que nos llevara a la hacienda "Santa Bárbara", de los Mondragones, yendo yo montado en un precioso caballo tordillo que de esa hacienda me habían enviado a El Paso.

En "Santa Bárbara" logramos obtener algunas noticias de Chontales, y allí supe que unos pocos días antes habían llegado a buscarme unas personas que dijeron venían de El Rama con elementos de guerra para mí, los cuales habían dejado en uno de los puestos del Río Grande que quedaban en la jurisdicción de Camoapa, pero que no habiéndome encontrado, se habían regresado con todo el cargamento para El Rama. Supe entonces que el que venía con esos elementos era don Ernesto Fernández, amigo personal mío, y persona muy valiosa para la Revolución.

Fue verdaderamente lamentable que nosotros hubiéramos ignorado la llegada de esos elementos, los que en realidad me habían ofrecido desde que yo salí de El Rama, pues con ese oportuno auxilio habríamos podido engrosar más nuestras columnas y así dominar en cualquier parte a las fuerzas del Gobierno.

El Padre Rubio

En Tipitapa habíamos perdido todo, así como perdimos la vida de varios amigos importantes como el Coronel Rodríguez y el Padre Rubio, el abnegado y querido sacerdote, cura de Boaco, que prefirió acompañarnos en su calidad de Capellán a seguir su ministerio sacerdotal en esa floreciente ciudad de Chontales. El Padre Rubio cayó mortalmente herido por dar los últimos auxilios divinos a uno de los nuestros que expiraba en el campo de batalla de Tipitapa.

De "Santa Bárbara", pues, decidimos irnos por caminos extraviados a El Rama, pasando por el campamento que en las proximidades de Acoyapa sabíamos que tenía el General Mena, para advertirle de nuestro fracaso a fin de que supiera que desde ese momento en adelante, sin duda alguna, se le echarían encima todas las fuerzas del Gobierno que habían dejado libres la pérdida de mi columna. Seguramente, el General Mena lo comprendió así, pero por conveniencia personal, no quiso confesar que se retiraba de aquellas posiciones para evitar precisamente esos fuertes choques que tendría que soportar del enemigo, sino que atribuyó su retirada a que mi paso por las inmediaciones de sus tropas les había producido desaliento a las mismas cuando conocieron de mi derrota.

Regreso a Bluefields

Así fue cómo hice mi retirada a Bluefields donde llegué para informar al General Estrada sobre

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

todas mis campañas triunfantes hasta el desastre de Tipitapa.

Como dije anteriormente, la pérdida de mi columna obligó al General Mena a retirarse de sus posiciones que mantenía en las inmediaciones de Acoyapa, y situarse otra vez en El Rama, ciudad de donde originalmente había partido.

Entre la oficialidad de las fuerzas del General Mena se comentaba, no sin cierto placer íntimo, que yo sería sometido a un Consejo de Guerra por lo que había ocurrido; sin embargo, yo estaba seguro de que tales rumores no eran sino el efecto de las tácticas malévolas de los mismos que habían hecho que el General Mena demorara su salida de El Rama para ver si al comienzo de mi campaña, yo fuera destruído por todo el peso de las fuerzas del Gobierno del General Zelaya. Esto lo saqué en claro en una conversación que sostuve con el mismo General Estrada, cuando precisamente le pedí que me juzgara en Consejo de Guerra porque yo quería que se aclararan las cosas y que no se creyera de que gozaba inmerecidamente del favor de su amistad y que debido a ella no se me castigaba. El General Estrada rehusó dar paso alguno a ese respecto, y antes por el contrario, me dió el nombramiento de Delegado del Ejecutivo, es decir, me dejó en una posición más amplia y de mayor esfera de acción que la que tenía anteriormente.

Tanto el General Mena en El Rama, como nosotros en Bluefields, nos dedicamos a reorganizar nuestras fuerzas y fortalecer nuestras posiciones pues con frecuencia nos llegaban rumores del interior de que llegarían muy pronto los Generales Godoy, Chavarría, Lara y otros cuantos a atacarnos, tanto por tierra como por mar.

En esos preparativos de aumentar nuestras fuerzas y de fortalecer algunas posiciones militares alrededor de El Rama, Bluefields y El Bluff, pasamos el tiempo durante varios meses.

Ataque liberal al Bluff

Por fin se llegó el día en que los rumores de que llegarían fuerzas a atacarnos se convirtieron en realidad; pero ya por ese tiempo nuestros elementos en Bluefields, aunque no muy numerosos, estaban bien preparados para defender por tierra a la ciudad de Bluefields, pues por el lado del mar, o sea, por la Laguna de Bluefields, estaba defendida por el Bluff, lugar estratégico que a su vez presenta bastante facilidad para ser protegido desde tierra.

Quiso, sin embargo, el azar de la guerra que en esta ocasión aquello que nos pareció que estaba muy bien asegurado fue lo primero que perdimos.

Resultó que una mañana nos comunicaron que el enemigo, con el doctor Julián Irías a la cabeza, había perforado la posición de El Tortuguero, que es un banco de arena como de 60 varas de ancho, por el que penetraron a El Bluff y que esa posición estaba ya ocupada por las fuerzas enemigas que habían llegado por un barco al mando del Doctor y General Irías.

Por otro lado, nos llegaba también la noticia de que el enemigo, por tierra, estaba ya al frente y que seguramente nos atacaría de un momento a otro.

El encargado de las fuerzas de Bluefields y de su defensa, así como la de El Bluff, era yo. Y debo confesar que me sentí algo anonadado cuando tuve la noticia de la pérdida de El Bluff, pues me pareció que tal suceso iba a desmoralizar a las tropas que defendían Bluefields cuando éstas supieron lo que había ocurrido, esto es, la pérdida de aquella importante posición.

Un día en que andaba recorriendo la ciudad y pensando lo que deberíamos hacer en tal situación crítica divisé a don Adolfo Díaz que iba sobre la acera hacia la Comandancia de Armas. Le dí alcance y acerqué mi bestia donde él iba y le pregunté como veía él la situación después de la pérdida de El Bluff, y qué pensaba hacer él. "Seguir como estábamos antes", me contestó. Yo ví a Adolfo muy tranquilo, tranquilidad que, como he dicho antes, yo no disfrutaba, pero después de esa ligera conversación con él, tomé más confianza en la situación.

Un orador criollo

Un poco más adelante divisé a un grupo de gente que estaba escuchando a un orador de la raza criolla, bastante joven, que estaba diciendo a su auditorio que la pérdida de El Bluff no significaba nada, que lo que se necesitaba era tener fe en el triunfo de la Revolución, y continuó: "La fe de los marinos náufragos que en una ocasión, viéndose en medio océano en el que estaban ya casi muertos de sed, vieron a la distancia un barco. Entonces ellos, con señales, de que se sirven los marinos para comunicarse, le pidieron agua al barco y los del barco les contestaron: "Metan el cubo al agua", y ellos, creyendo que no les habían entendido, repitieron el pedimento una y otra vez, y la contestación fue siempre la misma: "Metan el cubo al agua" y por fin ellos dudando, metieron el cubo al agua, y cual no sería su sorpresa al encontrar que aquella agua era dulce. No sabían ellos que estaban en el estuario del Amazonas que entra como doscientas millas en el mar sin confundir sus aguas". Esa era la fe que el orador pedía a su auditorio. Aplaudí al joven orador y seguí mi camino a las trincheras.

Felizmente, el ataque por tierra a las defensas de Bluefields no se hizo esperar, y sin tiempo alguno para poner sobre aviso al ejército defensor, ya se estaba combatiendo, lo cual levantó la moral de todos.

El Bluff estaba defendido principalmente por las fuerzas del General Fernando Elizondo, y a éste le correspondía precisamente, más que a ningún otro jefe la defensa de ese lugar clave llamado El Tortuguero, y fue el decir de las gentes por aquel entonces que le faltó vigilancia por lo que las fuerzas enemigas, en su mayor parte, burlaron a los centinelas encargados de ella, pasando, metidos en el agua, más allá de donde estaban las trincheras para después atacarlo por ambos flancos y así derrotarlo fácilmente.

Defensa de Bluefields

La defensa de Bluefields, como he dicho, estaba a mi cargo y yo tenía bajo mi mando a algunos jefes militares entre los que contaba, principalmente, a los Generales Tomás Masís, José Manuel Durón y Luis Correa. Durón estaba hecho cargo de una falda de montaña bastante extensa que va a morir a la Laguna en la parte sur de Bluefields, frente al Falso Bluff. Masís estaba a la defensa de otra altura que queda propiamente detrás de Bluefields y frente a los potreros de don Agustín Bolaños Garay; y hacia el lado de Old Bank le correspondía al General Correa. Tal era la línea de defensa de Bluefields que me tocaba recorrer e inspeccionar.

Mas se me olvidaba decir que en Bluefields habían desembarcado los Marinos americanos y que éstos se habían hecho cargo de la ciudad, de manera que nosotros teníamos que defenderla a una prudente distancia de la población misma y teníamos, además, el inconveniente de no poder cruzar gente armada por ella, así es que todo nuestro poder militar estaba limitado a los mismos lugares donde esperábamos combatir.

No sé por qué el enemigo escogió para principiar el ataque las posiciones del General Durón, que fueron las primeras en recibir un vigoroso empuje. Quizás lo haya movido a ello la esperanza de que tomadas esas posiciones se podría establecer una fácil comunicación con las fuerzas del General Irías que estaban en El Bluff.

El ataque fue muy violento, mas cuando eran ya las nueve o las diez de la mañana nosotros estábamos seguros de poder conservar nuestras posiciones, porque estábamos convencidos también que ellos no podrían repetir ataques tan violentos como los que habían hecho, ya que no habíamos tenido nosotros peligro alguno de ser desalojados.

Es indudable que el tener allí al General Durón

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

como jefe sirvió de mucho para que nuestras fuerzas tuvieran confianza en el éxito y mantuvieran su entusiasmo que siempre demostraban vivándolo aun en medio de los combates. Las fuerzas del General Masís estaban sin combatir pero siempre alertas para repeler cualquier intento que hubieran hecho las tropas enemigas. Las del General Correa sólo tuvieron, lo que pudiéramos llamar, ligeras escaramuzas, por lo menos hasta esa hora, esto es, como a las diez de la mañana.

Sería como entre las doce y la una del día cuando el Gobierno Americano comunicó que había notificado al Jefe Militar de las fuerzas del Gobierno que la Aduana que antes estaba en El Bluff, pasaría ahora a Bluefields, y que los vapores desembarcarían en la Isla de Scooner Key que queda en la desembocadura del Río Escondido en la Laguna de Bluefields.

Con esa disposición se le quitó a El Bluff la importancia que tenía para la Revolución, de manera que en realidad esa posición no tenía ya valor alguno para nosotros, hasta el punto que en el fragor de la lucha que estábamos sosteniendo con las fuerzas de Godoy y Chavarría, llegamos hasta a olvidar que la habíamos perdido por la mañana.

Así fue que pasamos peleando el resto del día en las posiciones del General Durón.

Al siguiente día el enemigo generalizó el combate, pues durante la noche no se había atrevido a hacer movimiento militar alguno, aunque por uno que otro prisionero que el General Durón había logrado capturar, teníamos ya conocimiento de que las provisiones del enemigo escaseaban y que las enfermedades diezmaban a las tropas, y que el desaliento empezaba a cundir entre ellas. Mientras tanto, la moral de las nuestras y las seguridades del triunfo aumentaban entre nosotros.

En este segundo día el General Masís tuvo, por un buen rato, que hacerle frente a un ataque muy fuerte, pero al final logró rechazar brillantemente a las tropas atacantes, las que no volvieron durante el día a intentar otro ataque.

También las fuerzas del General Correa sostuvieron un buen rato de lucha intensa con éxito feliz para los soldados que defendían esa sección.

Durante la segunda noche hubo un tiroteo esporádico pero constante mas ningún ataque formal y no fue hasta el tercer día que por la mañana volvieron a atacar con violencia a las tropas del General Durón, pero con el mismo resultado que antes, es decir, que nunca tuvieron la más pequeña esperanza de desalojar a nuestros soldados de aquellas zanjas inmundas llenas de agua y de lodo que eran nuestras trincheras.

Este tercer día fue el último que tuvimos de combate, pues al cuarto día nos dimos cuenta de que el enemigo había abandonado sus posiciones y que ya estaban libres de enemigos las casas de la finca del señor Bolaños Garay, pero nuestras tropas estaban tan maltratadas, tanto por los combates sostenidos como por el rigor de la intemperie, que no pudimos emprender la persecución del enemigo, mas nos dedicamos en cambio a recoger a los heridos, a enterrar a los muertos y a recoger rifles y parque abandonados.

Las pérdidas habidas por una y otra parte fueron bastante serias, y eso me hace creer que la Revolución de la Costa ha sido, quizás, la más sangrienta que Nicaragua ha tenido con excepción, probablemente, de la que hizo el Partido Liberal en 1896 al General Zelaya, en la que también hubo derroche de sangre en los combates que sostuvieron hermanos contra hermanos.

Después de la retirada de las fuerzas atacantes de Bluefields, de las que una parte regresó al interior del país y la otra logró pasarse a El Bluff nos dedicamos a la tarea de la limpieza de enemigos de esa posición y de otras de menor importancia como Laguna de Perlas, etc. Considerábamos que esas fuerzas enemigas allí acampadas serían un estorbo para la lucha que tendríamos que emprender otra vez en los campos de Chontales y demás departamentos del interior.

Thomas P. Moffat

Antes de seguir refiriendo los sucesos culminantes de la Revolución quiero hacer aquí mención al hecho de que en la mañana del segundo día de combate en Bluefields, por invitación del Cónsul Americano, Thomas P. Moffat, concurrimos al Consulado varios de los jefes superiores, civiles y militares a una conferencia que el Cónsul Moffat nos invitaba a sostener . Moffat, sin exagerar la situación militar de la Revolución por la pérdida de El Bluff, —que en realidad estaba compensada por las medidas tomadas con el transferimiento de la Aduana a Bluefields—, estimaba conveniente pensar en lo que debería hacerse en caso que aquella situación se hiciera desfavorable para la Revolución, mas sin decirlo claramente dió a entender que si tal cosa llegara a suceder habría que llegar hasta iniciar la secesión de la Costa Atlántica.

Recuerdo muy bien que a la exposición que nos hizo el señor Moffat y al planteamiento de estas cuestiones, ninguno de nosotros allí presente hizo eco alguno, ni mucho menos dejó ver la remota posibilidad de aceptar aquella absurda idea y desde el General Juan J. Estrada abajo nos despedimos fríamente de Moffat, y casi en silencio. Recuerdo también que al dejar la casa del señor Moffat me dirigí a don Adolfo Díaz, quien aún está vivo y por eso me refiero a él, —y le dije estas precisas palabras: "Si a mí me piden que firme una acta proclamando tal secesión, me voy inmediatamente a presentarme a las fuerzas del Doctor Madriz". Y Díaz me contestó: "No, hombre, no habrá nada de eso. Esas son cosas de Moffat solamente".

Plan del General Mena

Como dije anteriormente, al General Luis Mena, Jefe Militar de las fuerzas de la Revolución, le gustaba permanecer en Ciudad Rama y pudiéramos decir que ahí tenía su campamento general.

Como para sostener los empujes de los ejércitos de Godoy, Chavarría, Padilla y otros tantos Generales que comandaban las fuerzas Madricistas varias veces tuvimos que ocurrir al General Mena para que nos enviara algunos refuerzos y por consiguiente debilitamos un tanto las fuerzas que él mantenía en El Rama, aunque a esta ciudad continuamente estaban llegando voluntarios de Chontales, de los caseríos de los ríos y aun del interior del país a incorporarse a la Revolución. De esta manera se fueron engrosando sus fuerzas poco a poco hasta volver a estar casi listas, por el mes de Junio o Julio, para emprender la marcha hacia Chontales y el interior.

Como todos saben, el General Mena era un hombre de muchos recursos militares y su fuerte principal era el acertado manejo y uso que hacía del espionaje, lo que con frecuencia le daba resultados verdaderamente fantásticos.

Por ejemplo, una vez el General Chavarría había dejado un tren de guerra, provisiones y muchas cosas útiles para el ejército en Muelle de los Bueyes. Cuando el espionaje del General Mena se informó de la existencia de ese gran depósito de materiales de guerra, provisiones, medicinas, etc., se lo comunicó a su Jefe y éste concibió la idea de capturarlo o destruirlo. El General Mena puso en práctica su plan, aun sirviéndose para ello de la amistad personal que había cultivado antes con el General Chavarría. Y para que éste creyera que Mena estaba temeroso de un ataque, lo buscaba para entablar con él negociaciones de paz. Es decir, por un lado le inspiró confianza, y por otro, le desplegó una columna volante expresamente instruída para destruir por el fuego todo lo que no pudieran llevarse los comisionados a realizar tal empresa.

En honor a la verdad, los hombres de Mena llevaron a cabo el plan maravillosamente bien. Cuando Chavarría se vió sin provisiones, ni medicinas, ni parque, no hizo otra cosa más que emprender el ca-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

mino para el interior, lo que Mena aprovechó, sin pérdida de tiempo, para dejar El Rama y siguiendo las huellas de Chavarría, llegar hasta Acoyapa.

Ya aquí el General Mena, con voluntarios en abundancia, reorganizó sus tropas dándole la vanguardia al General José María Moncada, quien formó dicha vanguardia con una especie de columna volante, para con ella atacar a las fuerzas del Gobierno donde quiera que estuvieran.

En estas operaciones, Moncada y Mena tuvieron grandísimo éxito porque ya las tropas de Madriz, que habían recorrido el camino de la Costa por cuatro veces, ya en esta ocasión regresaban sumamente desmoralizadas y por eso no presentaban seria resistencia a ningún ataque que se les hiciera, ni se preocupaban del número de soldados con que contaban para resistir.

El soldado chontaleño

Los soldados de Chontales en esta ocasión se portaron como nunca. Siempre pelearon con entusiasmo y con el deseo vehemente de alcanzar el triunfo donde quiera que ellos hacían algún empuje. Sin embargo, en Comalapa, a pesar de los muchos jóvenes que allí se habían incorporado a las fuerzas de Mena y Moncada, cuando éste último atacó a las de Valdez en el Cerro de Las Cruces y en el Divisadero, tuvieron que abandonar la lucha porque la resistencia que se les estaba haciendo era muy fuerte de lo que hasta entonces habían estado acostumbradas, porque en este caso, las fuerzas allí acantonadas habían llegado frescas de Managua, bajo el mando de los generales Vásquez Garrido y Valdez. Mas cuando ya de noche, Moncada iba de regreso a Juigalpa, recibió aviso de que las tropas de Madriz habían emprendido la retirada y que no se encontraban ya enemigos en los alrededores de Comalapa. Con esa noticia, Moncada regresó a celebrar el triunfo, muy merecido por cierto, a este mi pueblo tan querido para mí.

Antes de esta acción de Comalapa las fuerzas de Mena habían luchado con fuerzas muy superiores, en Hato Grande, hacienda de la familia Maliaño en aquel tiempo, y hoy en día de los sucesores del Doctor Juan Bautista Sacasa. En esa lucha, no obstante la ventajosa posición de las fuerzas de Madriz, bajo la jefatura de Castillo Chamorro y Toledo, el triunfo fue brillante para la Revolución, lamentándose únicamente la pérdida de algunos importantes miembros del Partido Conservador, entre ellos Julio Alvarez (Zanate).

Después de estos triunfos de Comalapa y Hato Grande, las fuerzas del General Mena se reconcentraron en Juigalpa y allí dispuso este Jefe la marcha hacia el interior siguiendo la ruta del Paso de Panaloya, pasando por Malacatoya.

El soldado granadino

El 15 de agosto se encontraban acampados en Santa Lastenia, hoy de mi propiedad, y como en esas fuerzas habían muchos granadinos, estos estuvieron celebrando su fiesta patronal con carreras de caballos y otras diversiones.

Más o menos por esta época de Agosto, ya nosotros en Bluefields habíamos logrado limpiar Laguna de Perlas y otros lugares que habían estado ocupadas por elementos del Gobierno, y nos sentíamos tranquilos, sin peligro de una nueva invasión o nuevos ataques; por esa razón el General Estrada dispuso enviarme al interior como Delegado del Ejecutivo para en el caso que tuviera que entrar en pláticas con el Gobierno de Madriz al dejar éste el país, cosa que creíamos segura.

Ya con tal nombramiento emprendí mi viaje para incorporarme a las fuerzas del General Mena, caso de considerarlo conveniente, pero no hubo necesidad de eso porque cuando yo llegué a las proximidades de Granada ya las fuerzas enemigas habían desocupado esta Plaza y las que quedaban estaban acantonadas en el convento de San Francisco de esa ciudad.

No se sabía con exactitud el número total de esas fuerzas. Los granadinos creían que eran solamente unos 200 hombres, cuando en realidad eran como 800 que bien pudieron destruir toda la retaguardia de la Revolución, porque Granada estuvo sin tropas de la misma y sin defensa alguna, pues el General Mena pasó, alrededor de la ciudad y sólo se detuvo en La Fuente, desde donde siguió para las Sierras de Managua, para de allí aproximarse a Managua. Otras fuerzas envió por el lado de Tipitapa, para que éstas entraran a Managua por ese lado.

Hacia Managua

En la Penitenciaría de Managua habían muchos prisioneros políticos, los que cuando supieron que las fuerzas de la Revolución estaban en Tipitapa, se amotinaron, forzaron las puertas y se lanzaron a las calles, delirantes de entusiasmo por la libertad, y se dirigieron a encontrar a las fuerzas de la Revolución. Aquel entusiasmo con que llegaban esas gentes se comparaba con el Domingo de Ramos, tal era la profusión de ramos y de flores que llevaban para obsequiarlos a los derrocadores de la Tiranía.

Los jefes de las armas de la Revolución que estaban en Tipitapa eran los Generales Arsenio Cruz y Frutos Bolaños Chamorro, quienes tenían dificultad en su marcha hacia Managua, más por el tiempo que perdían saludando a los amigos que se presentaban a congratularlos y por las muchedumbres que obstruían el camino, que por la vigilancia que tenían que desplegar para evitar cualquier emboscada que el enemigo pudieran tenderles a los lados del camino, pues debe recordarse que este trayecto de Tipitapa a Managua era por ese tiempo, muy boscoso y no lo que es ahora, una amplia carretera bordeada de jardines y potreros bien irrigados y cuidados.

La marcha hacia Managua se hacía, pues, difícil por la aglomeración de las gentes y al acercarse a esta ciudad el ejército vencedor, los prisioneros políticos de la Penitenciaría, que habían logrado su libertad por su propia determinación y esfuerzo, salieron en masa a recibirlo, y el gentío se hizo aun mayor y el entusiasmo que lo animaba más delirante pues allí iban los más queridos jefes conversadores de Managua como don Fernando Solórzano, don José María Silva, don Juan Manuel Doña, y otros.

Tal aglomeración y tal desorden en las disciplina militar preocupaba grandemente a los Generales Cruz y Bolaños Chamorro, los que creían en la posibilidad de un ataque de las fuerzas del Gobierno una vez que se llegara a la población, pues aun quedaban algunos elementos enemigos en el Campo de Marte, o que, como pasa siempre en las tropas victoriosas, que las suyas pudieran desarrollar una oleada de saqueos y abusos que se les pudiera hacer difícil contener.

Caída de Madriz

Felizmente, todo pasó en orden y la confianza renació en aquellos pundonorosos militares cuando recibieron la noticia de que el Doctor Madriz se había marchado ya para León, no sin antes haber entregado el poder a don José Dolores Estrada, hombre integérrimo, de acrisolada honradez, hermano del General Juan J. Estrada, Jefe de la Revolución libertadora, a quien don José Dolores ofrecía la entrega del poder tan pronto como su hermano llegara a Managua. En esta promesa todos teníamos la mayor confianza, porque además de las cualidades personales del Sr. Estrada, que eran prenda de garantía para nosotros, contábamos con la fuerza militar del General Luis Mena, quien había dejado su ejército, que traía de las Sierras, en las afueras de la ciudad para disponer mejor de él en caso se presentara algún conflicto.

Triunfo de la Revolución

Cuando ya tuve la certeza de que en Managua no habría lucha militar armada y que lo que se desarrollaría más bien era una lucha política, llamé

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

con urgencia de Bluefields al General Juan J. Estrada, para que sin pérdida de tiempo hiciera su ingreso a Managua. El mismo día en que Estrada recibió mi mensaje cablegráfico se puso en marcha, por la vía de Chontales, para el interior del país, acompañado de unos pocos amigos a fin de evitar la consiguiente demora que siempre se tiene cuando se viaja con numeroso acompañamiento.

Una vez llegado a Granada el General Estrada, le informé de la situación y juntos nos trasladamos a la Capital, donde no tuvo demora alguna la trasmisión del poder de parte del Presidente Provisorio, don José Dolores Estrada.

Como muchos de nosotros no teníamos hogar establecido en Nicaragua habiéndonos visto obligados a formarlo fuera de nuestra patria, lo primero que hicimos ya en Managua, después de asegurarnos que permaneceríamos aquí, por considerar estable la situación política del país que nosotros mismos habíamos contribuido a cimentar, fue dedicarnos a establecer nuestros hogares y a llamar a nuestras respectivas familias que se encontraban en el exterior.

A mí, particularmente, me preocupaba mucho la situación de mi esposa en Costa Rica, pues a causa de que en el lapso transcurrido de la Revolución hubo en Cartago un violento terremoto que destruyó la ciudad, y era allí precisamente donde vivía la viuda de mi tío Alejandro Chamorro, con quien había dejado a mi esposa. Y aunque ya tenía conocomiento de que no había habido desgracia en la familia, y que Lastenia se había visto obligada a abandonar aquella ciudad para irse a Puntarenas, donde felizmente encontró el apoyo de doña Tulita Martínez, esposa del doctor Adán Cárdenas, a cuya casa se había trasladado, yo deseaba, sin embargo, que mi esposa se reuniera conmigo en Managua.

Como es natural después del triunfo que habíamos alcanzado, y de haber regresado a Managua al cabo de varios años de ausencia me dediqué en los primeros días a las visitas de amigos, a recibir demostraciones de simpatía, —como invitaciones a banquetes junto con los otros Jefes de la Revolución—, y como dije anteriormente, a preparar el hogar donde viviría con mi esposa, propósito éste último que no llegué a realizar como lo tenía originalmente planeado porque los bondadosos corazones de don Fernando Solórzano y su esposa doña Panchita, no permitieron que nos instalaramos en otra parte que no fuera en su casa y así tuvimos que vivir por algún tiempo bajo el techo de tan excelentes amigos.

Primeros síntomas de disensión

En medio de la calma que esa situación parecía crear en nuestro estado de ánimo, surgían de vez en cuando los primeros síntomas del malestar que después se declaró más abierto entre algunos de los jefes militares de la Revolución lo que culminó por fin en la terminación de la amistad entre el General Luis Mena y yo, cosa esta última que si me la hubieran dicho antes de que triunfara la Revolución, no habría sido posible darle crédito, pues entre el General Mena y yo no existía ninguna diferencia de criterio, ni teníamos ambiciones que pudieran separarnos y no fue sino hasta que el General José María Moncada entró a figurar al lado de Mena en la Revolución que se comenzaron a ver ligerísimos puntos que parecían divergentes entre el uno y el otro.

Todavía cuando el General Estrada organizó su Gabinete tenía yo la más absoluta confianza en la amistad del General Mena, y en la que él tenía en mí, de modo que cuando el General Estrada me propuso que figurara en su Gabinete como Ministro de la Guerra, yo le expresé la idea de quedarme fuera de él y que esa posición se la diera más bien al General Mena, pero que no hiciera tal cosa hasta no hablar yo antes con Mena para saber lo que éste pensaba al respecto.

Popularidad de Gral. Chamorro

Es bueno hacer saber aquí que durante los días que estuve en Granada hubo amigos que me hicieron observar cómo las multitudes proclamaban mi nombre, lo que facilitaría al Partido Conservador el triunfo seguro en una elección a la que fuera yo como candidato. De esta opinión era don Ramón Cuadra Pasos, cuya casa visitaba con frecuencia y en la que recibía tanto sus atenciones como las de su esposa doña Carmela Cuadra, hija del ex-Presidente don Vicente Quadra. Don Ramón solía decirme: "Con usted no necesitamos de ninguna estratagema electoral, porque ya su nombre tiene ganada la elección".

Precisamente en esos días ocurrió un hecho que causó muy buena impresión a la población civil de Granada. Ese hecho es el siguiente:

El general Manuel Montoya, uno de los jefes militares del Liberalismo, que durante la campaña de la Revolución se había creado una fama de hombre cruel y de matar a los avanzados como lo hacía el Coronel Demetrio Vergara, había llegado a Granada y se hallaba escondido en una casa del Barrio de Jalteva. No se sabe cómo algunas gentes se dieron cuenta de ello y juntándose con algunos soldados se dieron a su búsqueda. La noticia causó gran alarma en ese vecindario y muy pronto se había congregado un gran gentío. No tardaron los hombres en dar por fin con Montoya, más éste que era ligero de cuerpo y buen corredor, se dió a la fuga sobre la Calle Real y las gentes tras él gritando. "Allí va Montoya"! Yo estaba en esos momentos en la casa del General Eduardo Montiel y al oír el griterío salí a la calle y al darme cuenta de lo que pasaba me enfrenté a la multitud y la detuve, salvando así la vida del fugitivo. Hasta allí llegaba mi control sobre las gentes.

Esos actos llamaban la atención al pueblo y aumentaban su admiración y cariño por mí.

Candidatura presidencial

El hecho es que todas esas cosas me dieron la idea de que yo podría lanzar mi candidatura a la Presidencia de la República en lo que no había pensado antes de mi ingreso a Granada. Esa fue la razón por la que rehusé formar parte del Gabinete del General Estrada cuando éste me propuso el Ministerio de Guerra, puesto que deseaba tener más libertad para mis trabajos políticos. Mas como al mismo tiempo no quería perder por completo el prestigio que da el poder a un candidato que sin usar del apoyo oficial tiene sin embargo su respaldo moral, por eso pensé entonces que ningún otro que no fuera el General Mena podría ser el hombre que desde el Ministerio de la Guerra pudiera prestarme alguna ayuda, caso que yo la necesitara en el curso de la campaña electoral.

Y para no estar equivocado, creí que lo mejor sería sostener una entrevista con Mena para plantearle claramente mi problema. Así lo hice, lo que dió por resultado que el General Mena me hiciera un ofrecimiento de apoyo de lo más amplio, asegurándome además de que estando él en el Ministerio era como si yo mismo estuviera.

Tal declaración me mereció el más absoluto crédito porque no tenía Mena ninguna razón para ocultarme sus propósitos si él realmente en aquellos momentos tenía los mismos planes que yo le estaba manifestando, y puedo decir sinceramente que si Mena me hubiera pedido que yo le dejara a él el campo libre para trabajar por su candidatura y que yo le prestara mi apoyo, lo habría tenido, pues con Mena, como dije antes, tenía tal amistad que por muchos meses una sola hamaca nos sirvió a ambos para dormir en ella, es decir, que el cariño que nos profesábamos era tal que compartíamos nuestras pequeñas comodidades. Pero Mena no me manifestó otro propósito que el de apoyar mi candidatura, y más bien me pidió que para que ese apoyo fuera completo y seguro lograra el nombramiento del General José María Moncada como sub-secretario del Ministerio de la Guerra.

Con esta información regresé donde el General Estrada para confirmarle mi renuncia del Gabinete y

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

la aceptación de Mena, con Moncada de segundo.

Después de ésto me retiré de la formación del Gabinete, pues no quería que se interpretara que yo intervenía en tales nombramientos.

Gabinete de Estrada

El General Estrada organizó su Gabinete de la siguiente manera:

Ministro de la Guerra, General Luis Mena; de Hacienda, don Manuel Lacayo; de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública, don Tomás Martínez; de Fomento y Obras Públicas, don Fernando Solórzano y de Gobernación, don Adolfo Díaz.

En vista de que en algunas ocasiones ocurrían prisiones que no habían sido ordenadas por las autoridades competentes, dando eso origen a ciertos hechos que ocurrían por el estado de nerviosismo en que había quedado el Zelayismo, hechos que se atribuían a falta de una ley organizadora del país, como fue el caso del Doctor Manuel Coronel Matus, quien puso fin a su vida en el baño de su casa creyéndose perseguido, dispuso el nuevo Gabinete emitir una Ley de Garantías para mientras se convocaba al pueblo para una Constituyente que formulara la nueva Constitución que habría de regir.

La anterior disposición del Gobierno fue comunicada al Ministro en Washington, doctor Salvador Castrillo, para que a su vez la comunicara al Departamento de Estado. Este, por su parte, resolvió poner en conocimiento de nuestro Ministro que había resuelto enviar un representante del Gobierno de los Estados Unidos ante el Gobierno revolucionario recién instalado en Managua para comunicarle las condiciones que aquel Gobierno pondría para otorgar el reconocimiento del nuevo Gobierno de Nicaragua.

Thomas C. Dawson

Nuevamente se dirigió el Gobierno del General Estrada al Ministro Castrillo para que hiciera saber al Departamento de Estado su aceptación por el envío del Representante del Gobierno de los Estados Unidos para discutir con él las bases del reconocimiento, y pocos días después del cruce de estos mensajes llegó a Managua, Mr. Thomas C. Dawson con su señora esposa, una elegante y bella brasileña.

Muy conforme con el modo de ser norteamericano, es decir sin pérdida de tiempo, tan pronto como llegó Mr. Dawson a Managua, se presentó al General Estrada para informarle de las condiciones que su Gobierno requería para otorgar el reconocimiento de su Gobierno al Gobierno del General Estrada.

Estas condiciones fueron las siguientes: Convocatoria de una Asamblea Constituyente; el libre sufragio, que estableciera en una Constitución democrática los principios de libertad y justicia y prohibiera los monopolios; formación de un tribunal de acuerdo con los Estados Unidos que conociera de las reclamaciones que pudieran originarse por las abolíciones de los monopolios, concesiones, arrendamientos y demás contratos ilegales hechos durante la administración de Zelaya y Madriz; concesión de un empréstito en los Estados Unidos que fuera garantizado con un tanto por ciento de los impuestos de Aduana de la República para restablecer la Hacienda Pública, consolidar la deuda exterior e interior y pagar los reclamos legítimos nacionales y extranjeros.

Estas fueron las condiciones que el Gobierno de los Estados Unidos exigió a la nueva administración para que fuera reconocida, reconocimiento que fue concedido una vez que ésta adquirió el carácter de constitucional.

Una vez que se le había prometido a Mr. Dawson aceptar formalmente las condiciones arriba transcritas, se procedió a elaborar unos convenios sobre esos mismos tópicos, los cuales convenios se conocen como los Pactos Dawson que fueron firmados por el General Estrada, don Adolfo Díaz, el General Mena, don Fernando Solórzano y yo.

En aquel entonces mucho se rumoró sobre la insistencia del General José María Moncada para ser incluído entre los firmantes de los Pactos, pero Mr. Dawson, no sé por qué causa, no le dió acogida a tal solicitud y los Pactos quedaron firmados solamente por aquellos cuyas firmas aparecen en los documentos.

Ley de Garantías

La Ley de Garantías, a la que me referí anteriormente, fue preparada y emitida antes de que llegara el Representante del Gobierno de los Estados Unidos, Mr. Dawson, quien una vez en el país la estudió y consideró que llenaba los propósitos para que había sido emitida. Esa ley fue elaborada por una Comisión nombrada por el mismo General Estrada y compuesta por los doctores Máximo H. Zepeda y Carlos Cuadra Pasos, quien funcionaba por eso tiempo como Secretario Privado del Presidente. Ambos comisionados sometieron la Ley en consulta al juicio jurídico del doctor Alfonso Ayón, el que dió un dictamen favorable.

Mr. Dawson estuvo en el país alrededor de unos quince días y después de su regreso se convocó al pueblo para la elección de Representantes a una Constituyente.

Para esta elección hubo entera libertad y al Partido Liberal, aunque hubiera querido, le habría sido difícil tomar participación, pues ese partido se había retirado completamente de la gestión pública bajo la loza de la nota Knox.

Asamblea Constituyente.

La elección para Constituyente recayó sobre elementos magníficos del Partido Conservador, y se puede hacer mención especial de los más brillantes jóvenes que entonces tenía el país, tales como el doctor Carlos Cuadra Pasos, don Salvador Buitrago Díaz, don Pedro Gómez, doctor Daniel Gutiérrez Navas, don Manuel J. Morales, don José Dolores Mondragón, don Salvador Amador, don Toribio Tijerino, etc., etc.

No obstante de pertenecer todos los componentes de esta Asamblea al Partido Conservador, no había en ella una perfecta homogeneidad de criterio y frecuentemente se entablaban interesantes debates sobre los tópicos que se discutían, especialmente, cuando se trató de las cuestiones educacional y religiosa, dos puntos que durante el Gobierno de Zelaya habían sido objeto de modificaciones contrarias al sentir nacional.

Al llegar la Asamblea al debate de estas cuestiones el país se sintió vivamente interesado, tanto en su desarrollo como en su resultado y de muchos departamentos venían gentes a presenciarlos desde las galerías.

Y como no sólo los Diputados electos tenían derecho a hacer uso de la palabra, sino que también podían hacerlo los Magistrados y los Ministros de Estado, y entre aquellos estaba el Dr. Máximo H. Zepeda, hombre de fácil palabra y de una gran fuerza oratoria, los debates que ocurrieron sobre la cuestión religiosa en la que él intervino fueron, como he dicho, de suma importancia.

Carlos Cuadra Pasos

Por el interés que en los departamentos habían despertado esas brillantes discusiones, familias enteras venían a presenciarlos y a interesar a los congresales en el apoyo de sus puntos de vista. Por ese entonces, no habría sido difícil a un mediano observador predecir el próximo enlace del Doctor Carlos Cuadra Pasos con la bella señorita Merceditas Cardenal, según era el calor con que el Doctor Cuadra Pasos exponía los principios religiosos del Partido y el entusiasmo con que la señorita Cardenal aplaudía sus discursos.

Este romance dió motivo al General Moncada para comentar a la terminación de un discurso del Doctor Cuadra Pasos: "No le basta al Doctor Cuadra Pasos ser un buen hijo del Obispo, lo grave es que ahora quiere ser hijo de Cardenal".

Asafétida y perfume

Tan interesantes eran esos debates que los Libe-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

rales, alarmados por la influencia que estaban ejerciendo en la opinión pública, quisieron sabotearlos y como no tenían representantes en la Asamblea llevaron gentes para que un día derramaran asafétida en los pasillos y entre el público, para obligar a éste a retirarse. A la natural conmoción que causó aquel acto, uno de nuestros representantes, el valiente y querido leader de Managua, el doctor José María Silva, se levantó y dijo: "Cada Partido trae a este recinto su propio perfume. El Liberal: asafétida. El Conservador: el perfume de las damas aquí presentes".

Puedo asegurar que en esa Asamblea se trabajó, no con espíritu partidista, sino con un sentimiento altamente democrático. Se procuró en ella dar a la República el carácter de una democracia modelo en lo que quizás nos excedimos un poco, porque en nuestro afán democrático llegamos hasta el sistema parlamentario, por el cual, cuando las Cámaras dan un voto de censura a un Ministro, éste debe renunciar del cargo.

Yo mismo fuí partidario de esos avances que fueron, precisamente, los que sirvieron de pretexto para dar el golpe de estado a la Constituyente y no permitir que el Proyecto de Constitución que se había elaborado fuera promulgado oficialmente y se convirtiera en la Magna Carta de la República.

Disolución de la Constituyente

Los que no estábamos cerca del General Mena y del General Moncada ignorábamos completamente que en las altas esferas oficiales se estuviera tramando semejante medida, así fue que por la mañana del día en que ocurrió —el 5 de abril de 1911— yo me dirigía a los salones del Congreso cuando me advirtieron que por las calles de Managua se andaba publicando un bando declarando disuelta la Constituyente y nulas las labores de dicha Asamblea.

En vez de continuar mi camino hacia el Congreso, me dirigí al Hotel Lupone para encontrarme allí con algunos amigos que solían reunirse en ese lugar y entre los que frecuentemente estaba el Dr. Adán Cárdenas, quien por sus relevantes méritos había fungido como Presidente de la Asamblea Constituyente.

El Dr. Cárdenas, visiblemente irritado, al verme, me dijo: "Y bien, Emiliano, estamos preparados para la lucha armada?" A lo que yo tuve que contestarle: "No, Doctor, las armas las tiene Mena. Mas aun cuando yo las tuviera, prefiero irme del país para que el General Estrada termine tranquilamente su período y regresar cuando el nuevo gobierno que salga de una elección futura esté ya instalado".

Hacia Honduras

Dos o tres días después abandonaba Nicaragua, con mi esposa, hacia Honduras.

Nos instalamos en Comayagua para estar cerca de la hacienda "La Ilusión" que todavía estaba bajo mi control.

Aunque en Comayagua recibía muy pocas noticias de Nicaragua, continuaba albergando la creencia de la existencia de un perfecto acuerdo entre elementos que claramente se veía que tenían diferentes intereses, casi, pudiéramos decir, encontrados, ya que cada uno de ellos perseguía el dominio en el poder. Adolfo Díaz, por un lado, hombre sagaz y de calma extraordinaria; el General Luis Mena, de temperamento impaciente, difícil de contenerse a estar esperando calmosamente que una situación se resolviera, como suele decirse, por sí misma, por otro y el General Juan J. Estrada, que estaba, por así decirlo, como el único representante del Partido Liberal y que debería haberse sentido como obligado a defender los derechos de ese Partido para estar en el poder.

Mis temores de un rompimiento entre ellos, no eran, sin embargo, infundados. Antes del tiempo que yo esperaba permanecer en Comayagua, fuí llamado, telegráficamente, por unos amigos que de Managua llegarían al Puerto de Amapala para explicarme la situación de lo que estaba ocurriendo en Managua y que de acuerdo con esos informes resolviera mi regreso a Nicaragua. Entre esos comisionados estaba el doctor Ramón C. Castillo, quien me refirió los sucesos a que dió lugar la prisión de Mena por acuerdo entre el General Estrada y Moncada. Luego la prisión de Moncada por decisión de un grupo de militares en el Campo de Marte, adictos al Partido Conservador, entre los que estaban el Coronel José Miguel Castillo, Cándido Mayorga, ametralladorista, Pizarrín, y otros, quienes apresaron a Moncada amarrándolo a un árbol y conminaron al General Estrada para que pusiera en libertad al General Mena, lo que aquel hizo inmediatamente.

Renuncia de Estrada

El General Estrada, que hasta esos momentos había merecido la confianza del Partido Conservador, se dió perfecta cuenta que después de estos sucesos de tantísima importancia no podría seguir gobernando como hasta entonces lo había hecho, y decidió retirarse para dejar en el poder sólo a elementos conservadores. Por eso llamó a don Adolfo Díaz, mas como éste, contrariado por la prisión de Mena y la amenaza que él mismo había sufrido, rehusó asistir a la conferencia, el General Estrada pidió entonces al doctor Carlos Cuadra Pasos lo acompañara a la casa de Díaz para juntos convencer a éste de la necesidad de encontrar una solución a los problemas de la situación, problemas que por fin se resolvieron ante los buenos oficios del Ministro Americano, Mr. Elliott Northcott, quedando don Adolfo Díaz como Presidente y el General Luis Mena como Ministro General, quienes convocarían a una nueva Constituyente.

El General Estrada y el General Moncada salieron emigrados del país.

Regreso a Nicaragua

Al tener conocimiento de todos estos sucesos resolví mi regreso a Nicaragua.

Aquí en Managua permanecí sin posición alguna en el Gobierno, únicamente dedicado a la observación de los acontecimientos políticos que se desarrollaban entre don Adolfo Díaz y el General Luis Mena, únicos elementos de importancia que habían quedado en el mando y entre los cuales había que suponer se desarrollaría una nueva lucha por la hegemonía.

Efectivamente esa lucha se desarrolló, aunque no muy visiblemente, porque don Adolfo Díaz, con su habilidad acostumbrada, ocultaba sus propósitos que eran, indudablemente, el buscar cómo dominar a Mena para evitar que éste llegara al poder.

Después de algún tiempo de mi llegada a Managua algo de la política de Díaz se me hizo claro, porque él mismo me expuso la necesidad de que ambos deberíamos proceder de acuerdo si queríamos eliminar a Mena, por lo que un día de tantos me envió al Doctor Cuadra Pasos con el nombramiento de General en Jefe de las Fuerzas Militares de Nicaragua. Junto con ese nombramiento se me daba la orden de destituir al General Mena del Ministerio de la Guerra y demás destinos que tuviere, poniéndole prisionero, en caso necesario.

La visita del Dr. Cuadra Pasos al lugar de mi residencia fue como a las once del día 29 de julio de 1911 y la orden para destituir a Mena era para las doce del mismo día. Para el cumplimiento de mis instrucciones contaría con el apoyo del Comandante de Armas, general Bartolomé Víquez, quien había salido momentos antes de la residencia de Díaz con sus instrucciones necesarias. También debería contar con el apoyo del General Roberto Hurtado, que era el Jefe de la Loma de Tiscapa y quien estaba ansioso de recibir la orden de deponer a Mena porque éste le había mandado a 200 soldados de Nandaime para que los pusiera de alta en sustitución de la tropa que aquel tenía.

Díaz había advertido al General Hurtado que esperara las órdenes que se le darían de la Coman-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

dancia de Armas hacia donde yo salía en esos momentos con el Dr. Cuadra Pasos.

"Quien pierde un minuto..."

Cuando íbamos por la casa de don Carlos Báez, como a dos cuadras de distancia de la entrada a la Comandancia de Armas oímos los primeros disparos. Entonces ordené al cochero que nos conducía que detuviera el coche y yo me lancé fuera de él, lo que alarmó al Dr. Cuadra Pasos, quien consideraba que algo grave me podría ocurrir en aquellas circunstancias, mas yo me despedí de él diciéndole: "En estas circunstancias quien pierde un minuto lo pierde todo!" y seguí corriendo hasta la puerta del Campo de Marte que llamaban del Perpetuo Socorro la que cerraban en esos momentos.

Una vez que hube entrado, a una señal con el General Víquez, procedimos en conjunto, él a la captura del Mayor de Plaza Jorge Mena, y yo a la del Comandante, General Jersán Sáenz, quien al verme me dijo: "Usted es un intruso aquí, váyase!" a lo que yo le respondí: "El intruso es Usted, y quien se va es Usted". Esto le dije cogiéndolo de la mano en que llevaba desenfundado su revólver. Luché con el un rato hasta despojarlo y luego le hice entender las órdenes del Presidente don Adolfo Díaz. Mientras tanto, Víquez había sometido a Jorge Mena haciéndolo poner las manos en alto contra una pared.

Después de dominar a los Jefes y apoderarnos del edificio, salimos al patio para dar las instrucciones de colocar la puntería de unos dos cañoncitos que allí habían hacia la mansión residencial del Campo, donde vivía el General Mena. Mas antes de ordenar se disparara, procedí a llamar al Gral. Hurtado a la Loma para prevenir se alistara y advertirle que no se alarmara por los disparos de cañón que oyera pues serían dirigidos a la Mansión. Después, llamé a Mena, por teléfono, para comunicarle la orden de destitución de Díaz y lo que había hecho con la Comandancia de Armas y para conminarle además que se entregara prisionero advirtiéndole también que si se negaba a ello que dispararía contra la Mansión.

Mena me pidió que lo esperara unos cinco minutos para entregarse, más como pasaron los minutos de espera concedidos sin haberse presentado, dí orden de disparar los dos cañoncitos los que hicieron bastante daño en el edificio. Entonces Mena me llamó pidiéndome la suspensión del ataque y decirme que llamaría inmediatamente a la Embajada Americana para pedir al Ministro Americano que llegara a llevarlo.

Efectivamente Mena habló con el Ministro, pues éste me pidió suspendiera el ataque a Mena, y me aseguró que éste ya estaba rendido y que él me garantizaba que Mena se entregaría ese mismo día. Yo le pedí al Ministro un tiempo fijo, determinado, como de una hora, por ejemplo. Yo me quedé confiado en las palabras del Ministro, más pasó el tiempo sin que Mena apareciera, y no fue sino hasta como a las seis de la tarde que tuve datos verídicos de que Mena preparaba su fuga.

Algunos amigos de Mena estaban llegando a la Mansión para acompañarlo en su huída, entre los cuales estaban Marcial Erasmo Solís, Salvador Buitrago Díaz, Alfonso Estrada y otros, jóvenes todos de importancia en el Partido Conservador.

Al pasar Mena por la Momotombo considerándose ya seguro de efectuar su escape a Granada sin estropiezo alguno, el grupo que lo acompañaba hizo unos disparos al aire vivando a la Revolución Menista. El Ministro Americano fue informado de ello, mas no obstante que todavía continuaba haciendo resistencia a dar crédito a la evidencia, se puso en actividad comunicando los sucesos a su Gobierno y moviéndose aquí en la Capital entre el Cuerpo Diplomático para el desconocimiento de lo que podría organizar Mena como semblanza de Gobierno, ya fuera en Masaya o en Granada.

Por su parte Díaz también se puso en actividad organizando su nuevo Gabinete y dándome la mayor suma de poderes para la reorganización del Ejército y para que hiciera la defensa de Managua a mi entera satisfacción.

La Guerra de Mena

Por supuesto que al iniciarse la Revolución de 1912, conocida por el nombre de "La Guerra de Mena" todas las ventajas estaban de parte del General que como Ministro de la Guerra había minado el país con una organización militar casi personal, es decir, con aquellos elementos que durante la guerra de la Costa habían servido bajo sus órdenes. Además la distribución de los materiales de guerra los había hecho calculadamente, encontrándose por eso la mayor parte del armamento en el cuartel de San Francisco, de la Ciudad de Granada, el que había puesto bajo la Comandancia del General Daniel Mena, hijo del mismo General Mena.

El Cuartel de Managua estaba muy desprovisto, lo que pudimos constatar desde el primer día en que principiamos a organizar la defensa de esta ciudad. Por esta razón, sólo pudimos enviar con el General Frutos Bolaños Chamorro, unos doscientos hombres a Tipitapa, la que considerábamos llave del Departamento, los que, dos o tres días después estaban siendo derrotados por las fuerzas que con el General Zeledón había despechado de Masaya el General Mena para ocupar aquella población.

Las causas, sin embargo, de la derrota del General Bolaños Chamorro fueron la falta de tiempo con que contó para dar a sus hombres una organización adecuada y que fueron atacados por fuerzas muy superiores en número a las suyas.

Con lo ocurrido en Tipitapa tuvimos una lección que aprovechamos en esta ciudad de Managua, cuál era la de preferir la calidad a la cantidad, lo que estaba también de acuerdo con el número de elementos de que disponíamos. La prontitud con que fue atacada Tipitapa nos enseñó, también, que para defender Managua teníamos que trabajar incesantemente, día y noche, para ponerla en un buen pie de guerra, como se dice generalmente.

No obstante que todos reconocíamos la debilidad en que había quedado el Gobierno de Díaz con el retiro del General Mena llevándose parte de la Policía y los elementos de guerra de esta plaza, en ninguno de nosotros hubo el más pequeño asomo de desmayo, antes por el contrario, había un exceso de coraje y todos trabajamos con la seguridad de que al final el éxito coronaría nuestros esfuerzos.

Por otra parte, de todos los Departamentos nos llegaban pequeños contingentes que habían logrado burlar la vigilancia de las fuerzas del General Mena para venir a prestar sus servicios al Gobierno de Díaz.

Defensa de Managua

Así fue que en el pequeño término de unos ocho a diez días habíamos logrado poner esta Plaza de Managua en condiciones de recibir los primeros embates de las fuerzas, ahora enemigas, del General Mena.

Uno o dos días anteriores al ataque de Managua, fuí yo a la Penitenciaría para ordenar la colocación de una pieza de artillería en la torre que ese edificio tenía. Como allí se encontraba prisionero mucho elemento adverso, éste al darse cuenta de mi presencia, comenzó a echar mueras y proferir amenazas contra mi persona con voces altas y alteradas. Entonces el Comandante de la Penitenciaría, Coronel Isidro García, sobrino del General Anastasio Somoza García, que había salido a saludarme portando un chilillo de cuero crudo, me dijo: "General, tan pronto Ud. se vaya, le voy a dar una chililada a todos esos imbéciles para que se acuerden de mí por mucho tiempo". A lo que yo le respondí: "Coronel García, le prohibo a Ud. dar un solo golpe a alguno de esos prisioneros. Yo estoy muy acostumbrado a oír vivas, es bueno que también me vaya acostumbrando a oír mueras". Con eso me despedí de García después de haber dado mis instrucciones para la colocación de la pieza de artillería.

Con satisfacción consigno aquí que el Coronel

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

García cumplió mis órdenes y que ningún reo fue maltratado, no obstante de que a mi regreso al Campo de Marte, ya al caer la tarde, se me disparó a mansalva un balazo, que afortunadamente no dió en el blanco, a pesar de haberme pasado la bala casi rozando la cara. No quise, entonces, tampoco hacer una pesquisa de aquel lugar de donde salió el disparo, y vale más que así haya sido, porque más tarde supe con certeza, quién había sido el agresor, el que ya por ese tiempo era un buen amigo personal mío. Así es la política.

Los preparativos de la defensa continuaron febrilmente a medida que nos llegaban las noticias del movimiento de las fuerzas de Mena, las que se aproximaban ya para atacar a Managua.

No fue, sin embargo, hasta el día 12 de agosto de 1912, que se presentaron como a las seis de la mañana, por el lado de Chico Pelón, en la parte que da al camino de Masaya.

Cuando las huestes enemigas se aproximaban para el ataque, me encontraba yo recorriendo, junto con varios otros Jefes, la línea de defensa que corría desde las costas del Lago al camino de Santo Domingo.

Entre mis acompañantes estaba el joven Víctor Manuel Chamorro, hijo de don Pedro José Chamorro, a quien al pasar por Chico Pelón ordené se quedara allí colaborando con otros oficiales en la defensa de esa posición, mas con tan mala suerte que no había terminado mi inspección de ese lugar cuando recibí la noticia de su muerte a los primeros disparos del enemigo.

Es natural suponer que el enemigo hubiera preparado lo mejor de sus fuerzas, así como hubiera empeñado el mayor número de ellas, en sus empujes del primer día, sin embargo, la verdad es que no los sentimos tan poderosamente intensos como los que se verificaron al siguiente día 13.

El 13 de Agosto de 1912

Al amanecer del 13 de agosto habíamos tenido la suerte de eliminar como combatiente a la columna que de las Sierras de Managua bajó a atacar la parte occidental de la ciudad.

Esta columna en la que figuraban el General Dionisio Thomas, Rostrán, Murillo (Andrés) y otros jefes de importancia, llegó a enfrentarse a la Penitenciaría como una o dos horas después de que el General Zeledón había iniciado el ataque a la loma de Chico Pelón, pero habiendo sido descubierta por los artilleros que había colocado en la torre de la Penitenciaría, éstos les dispararon unos cañonazos que resultaron muy efectivos pues suprimieron a varios de los Jefes y a los otros los desorganizó de tal manera que se regresaron, llenos de pánico, infundiendo el temor por las comarcas que transitaban en su huída.

Fue tal el desastre de esa columna del General Dionisio (Nicho) Thomas, columna que era considerada como las fuerzas de choque del General Mena, que su amenaza desapareció por completo en el combate de Managua, pues el General Andrés Murillo, que había quedado como jefe principal de esas fuerzas, no quiso volverse a reorganizarlas, ni mucho menos a enfrentarse de nuevo a nuestras tropas, lo que nos permitió usar los elementos que teníamos destinados a defender ese sector en la defensa del sector de Oriente, o sea, el atacado por el General Zeledón.

En este sector se peleó con intensidad extrema en varias ocasiones, y eso daba ocasión a movimientos en las líneas de defensa, las que avanzaban y retrocedían conforme a las acciones y reacciones del combate.

Por eso, a veces con alguna frecuencia, llegamos a creer que las fuerzas de Zeledón ya habían traspasado la defensas y que se encontraban peleando en las calles de Managua, pero a pesar de todo, nuestras fuerzas reaccionaban con éxito y nunca hubo de nuestra parte la idea de la derrota, ni aun cuando estaban cayendo sobre nosotros en la Número Uno, la Casa Presidencial, los disparos del cañón Herald. Entonces fue cuando sucedió una cosa curiosa y es que uno de esos disparos arrancó el monograma de Zelaya de la varanda del balcón.

Otro de esos cañonazos produjo un efecto bastante alarmante. Estando alrededor de un escritorio casi todo el Gabinete de Díaz y yo junto al teléfono recibiendo un informe de la posición del Barrio del Infierno, era tal el bullicio de las detonaciones que se oían por el aparato que llegué a considerar ya rota esa línea de defensa. De pronto nos cayó una bomba del Herald sobre el techo de la casa, la que rompiendo el piso del alto derramó sobre nosotros desperdicios de tierra y madera bañándonos a todos los que estábamos allí reunidos y un pedazo de metralla pasó entre Díaz y yo rompiendo el aparato telefónico por el que hablaba. Sin embargo, ninguno de nosotros mostró temor o alarma. Lo único que hicimos fue sacudirnos el polvo y admirar el coraje del Capitán Salinas, que era quien hacía la defensa en ese Barrio, y quien al ser interrogado por mí sobre el avance del enemigo dentro de la población, me dijo: "Imposible, General Chamorro, aquí está el Capitán Salinas que no permite que ningún Menista perfore sus defensas".

Del Infierno a Los Manguitos

Todavía ahora recuerdo con entusiasmo y simpatía el coraje de una serie de Capitanes que hicieron la defensa de aquella línea que iba del Barrio del Infierno a Los Manguitos. Ellos eran: el Capitán Salinas, hombre apacible amigo de las musas, que vive actualmente de limosna, cantando canciones con su guitarra, guiado por un perrito, pues es ciego. Al verlo ahora nadie podría pensar que aquel hombre fue uno de los principales defensores de Managua, que evitó que las fuerzas de Mena entraran a la ciudad. El Capitán Villalobos, hombre de carácter un poco violento, quien también vive de la caridad pública, enfermo, reumático y sumamente pobre y que se disgusta conmigo y me recuerda la defensa de Managua cuando no le puedo dar los cinco córdobas que me pide y sólo le doy dos o tres. A Salinas y Villalobos, se unen el Capitán Guadamuz, el Capitán Ordóñez, el Capitán Sánchez (César) y el Capitán Rocha (Germán) unos ya muertos, otros, casi como Villalobos, aunque favorecidos por sus compañeras que son mujeres trabajadoras y abnegadas.

Cuando se ven casos como los que dejo transcritos en el párrafo anterior, caso de militares que en un tiempo tuvieron en sus manos los destinos de la patria, hoy miserablemente pidiendo un plato de comida, contrista grandemente el alma que no hayan disposiciones legales para que la Nación proteja a esos individuos que han estado, no solamente prestando sus servicios, sino exponiendo su vida a cada momento, tal vez por la defensa de una partido y que por sólo ese hecho, noble en sí, al llegar el otro partido al poder son eliminados de la protección de cualquier disposición legal que les favorezca, lo cual a mi juicio, es injusto y no debiera de suceder así, pues deberían esos hombres ser mirados y tratados como los veteranos de las guerras internacionales.

Los días 12, 13 y 14 de agosto de 1912, fueron días de intensos combates entre las fuerzas defensoras de la ciudad. Cada día que amanecía parecía que los combates se recrudecían intermitentemente durante todo el día. La zozobra era también permanente, porque sería por las condiciones atmosféricas el tiroteo se sentía muy cerca de la Número Uno, la Casa Presidencial, lo que nos obligaba a estar llamando a los Capitanes mencionados para con gran satisfacción oír por parte de ellos mismos que su determinación para la lucha era inflexible, que estaban fuera de peligro y que las líneas de defensa no serían rotas por el enemigo.

Presencia de ánimo de Díaz

En esos días, los artilleros del cañón Herald disparaban esporádicamente sus cañonazos sobre la población de Managua y para que mis lectores vean

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

confirmado lo que antes les he dicho de la sangre fría de don Adolfo Díaz, referiré un incidente que ocurrió con el Ministro de la República de El Salvador, Doctor don José Antonio López G.

Este señor había sido enviado por su Gobierno para mediar en la contienda, pero en sus instrucciones traía la de proponer como solución del conflicto la Presidencia de un liberal occidental, que fuera amigo de Madriz, porque como éste era casado con una salvadoreña aquel Gobierno consideraba a Madriz como amigo de El Salvador.

El Doctor López estaba muy empeñado en sus trabajos diplomáticos y en el buen éxito de su misión aunque, por supuesto, el Presidente Díaz estaba muy lejos de pensar que esa fuera una solución aceptable, pues que no consideraría a nadie que no fuera él mismo u otro conservador.

El problema que se le presentaba a Díaz era el alejar un poco al Doctor López y que éste escaseara sus constantes visitas que le quitaban precioso tiempo para la defensa de la ciudad. Estonces pensó en un ardid que le dió magnífico resultado y éste era el de invitar al señor López, cada vez que llegaba a visitarlo a pasar al piso alto y recibirlo en el Salón de Recepciones que se usaba en tiempos normales, pero don José Antonio, aunque un hombre de coraje en su juventud, pues había sido uno de los compañeros del General Vásquez en la heroica defensa que hicieron en Tegucigalpa, en esta ocasión, quizá por sus años, al oír el tiroteo tan cerca de la Número Uno, estaba convencido que una granada del Herald podría hacerle una inoportuna visita mientras él hacía la suya y, por supuesto, no se sentía muy a gusto en aquel lugar y así se lo expresaba a Díaz, diciéndole además que aquel sitio era muy peligroso y que lo mejor era buscar otro más adecuado y si fuera posible ignorado del General Zeledón, pero Díaz se mostraba confiado y no daba la menor importancia a las balas y entonces don Antonio acortaba su visita y se despedía apresuradamente, para volver, sin embargo, al siguiente día y pasar los mismos sustos hasta que poco a poco fue haciendo menos frecuentes sus visitas hasía que pasó el peligro y la Plaza de Managua fue liberfada de sus agresores. Mas para entonces la misión del Doctor López G. no tenía objeto alguno. De esa manera Díaz salió airoso de la prueba a que lo tenía sometido el Ministro López.

Cómo sería de intensa la lucha de esos días que hasta a los animales les afectó. Recuerdo, por ejemplo, a una lora que tenía en mi casa la que después de la lucha se quedó repitiendo e imitando las detonaciones de rifles, ametralladoras y cañones y los gritos: "papapapa, tatatatata, pum, pum, pum, Viva Chamorro!"

En el último día del combate de Managua yo había dispuesto atacar por retaguardia a las fuerzas del General Zeledón y para ello fuí a los Manguitos con el General Durón, a quien pensaba poner a la cabeza de esta maniobra, pero ya no encontramos a las fuerzas de Zeledón, las que se habían retirado antes del amanecer dejando ya libre esa sección de la ciudad.

Innecesario parece hablar aquí del valor y abnegación que en los tres días de lucha, —12, 13 y 14 de agosto de 1912—, mostraron en Managua los soldados, oficiales y jefes militares, pero debo hacer especial mención de la presencia de ánimo y fuerza de alma que mostraron las familias conservadoras de la población civil de Managua.

Cuando se iniciaron las operaciones por medio del bombardeo implacable sobre la Capital, que tenía por principal objeto infundir el pánico en la población civil para debilitar la retaguardia de la defensa, bombardeo que como he dicho fue riguroso y cruel, durante el que hubo víctimas inocentes que perecieron desarmadas, yo quise contrarrestar sus nocivos efectos dejando salir hacia Occidente a todas las familias, liberales o conservadoras, que quisieron retirarse. Las familias conservadoras decidieron permanecer en sus casas.

Los señores don Deogracias Rivas, Juan de Dios Matus, Carlos Báez, Pablo Leal, Domingo Calero B., Benjamín Elizondo, Luis Rivas, Mercedes Zamora y muchos otros más, junto con sus familias, contribuyeron grandemente a mantener la alta moral de la población civil y su ayuda personal fue eficaz en la defensa de la ciudad.

Juicio de Cuadra Pasos

Mucho se ha hablado y escrito sobre la defensa de Managua en esta ocasión memorable. Orgullo aparte, los elogios sobre mi actuación han sido unánimes. En carta reciente el Dr. Cuadra Pasos, me dice sobre el particular: "...la defensa de Managua, tanto en sus preparativos estratégicos, como en la ejecución misma de la defensa se puede tener como un modelo de táctica, de presencia de ánimo, de resistencia valerosa y de mantenida disciplina. Todo ello fue mérito del Mando en Jefe que permaneció día y noche en inteligente vigilancia, en actividad, recorriendo las líneas, sin tomar en cuenta los peligros..." Yo agradezco al Dr. Cuadra Pasos los conceptos de su carta, pero no quiero dejar pasar esta ocasión para glorificar de nuevo a esa serie de Mayores y Capitanes que hicieron posible la defensa de la línea de combate que se extendía desde la orilla del Lago hasta cerca de la Loma de Tiscapa en el sector oriental y de la Loma hasta el Rastro, pasando por la Penitenciaría, en el sector Occidental. Los nombres de esos oficiales, algunos de los cuales ya he nombrado, quedaron inmortalizados en los labios del pueblo por medio de canciones populares.

Retirada de Mena

Retirado el ejército de Mena del asedio de esta ciudad, le correspondía ahora al Gobierno terminar con la Revolución que se había hecho fuerte en Masaya y Granada, donde tenía sus cuarteles principales de abastecimiento, pues a Occidente, aunque se hablaba mucho de su oposición al Gobierno, no se le temía porque se le consideraba desarmado. Sin embargo, allí también se hizo fuerte, como se explicará adelante, cuando me refiera a la ocupación de la plaza de León.

El Gobierno de Díaz, como dije al principio, se encontraba mal armado y sólo le había quedado el armamento que Mena consideró innecesario sacar de Managua por viejo y en malas condiciones. Por otra parte, un armamento que logramos conseguir fuera del país, también nos resultó inservible porque el parque no le correspondía a los rifles que vinieron, por lo que nos vimos obligados a establecer en el Campo de Marte una armería y un taller de municiones, donde se rellenaban las cápsulas vacías que se recogían, por medio de muchachos, en los campos de batalla. En esa labor fueron importantes los servicios de don Alfredo Gallegos que expresamente llegó de El Salvador a incorporarse al Ejército en la defensa del Gobierno de Díaz.

Ataque a Masaya

Esta escasez de armamento y el deseo de evitar un mayor derramamiento de sangre nos hizo pensar que en lugar de atacar de frente a Masaya deberíamos rodearla y ponerle una especie de sitio para obligar a capitular a las fuerzas que quedaban, así, encerradas.

Con el objeto, pues, de combatir a la Revolución de Mena en sus más fuertes reductos, hicimos salir inmediatamente hacia Masaya a nuestros mejores jefes militares, como el General Roberto Hurtado, el General Camilo Barberena A., los que en los primeros días de lucha aquí en Managua se habían distinguido mucho en la defensa, tanto de la parte occidental como de la oriental de la ciudad, habiendo peleado en ambas con denuedo; al General Fernando Elizondo y al General José Francisco Sáenz, quien no obstante tener un brazo mutilado deseaba tomar parte activa en las acciones militares que ocurrieran pues era un hombre de mucho coraje y de gran fervor político.

Poco a poco, fuimos aglomerando un ejército alrededor de Masaya como de 5,000 hombres hasta

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

llegar a cerrar con él, completamente, el círculo de la ciudad.

La Intervención Americana

Como los secuaces del General Mena se habían apoderado de gran parte del Ferrocarril y de los Vapores del Lago de Granada, y a consecuencia de la protesta que elevó la Compañía Americana del Ferrocarril del Pacífico de Nicaragua, incorporada conforme las leyes del Estado de Maine, por ese secuestro ilegal, el uso y daño de su propiedad y el peligro de las vidas de empleados y pasajeros, el Ministro de los Estados Unidos se dirigió al Ministerio de Relaciones Exteriores, solicitando se dieran satisfactorias seguridades de que el Gobierno de Nicaragua estaba en aptitud y deseaba otorgar adecuada protección a toda la propiedad particular de los ciudadanos americanos dentro del territorio nicaragüense.

Dado lo perentorio de la demanda y la imposibilidad de otorgar a los intereses americanos, en los lugares ocupados por los rebeldes, las seguridades requeridas por el señor Ministro Weitzel, el Gobierno, no pudiendo negar el derecho a esa protección, y en previsión de más graves responsabilidades para el país, contestó manifestándole el deseo de que el de los Estados Unidos garantizase con sus propias fuerzas la seguridad y la propiedad de los ciudadanos americanos en Nicaragua e hiciese extensiva esta protección a todos los habitantes de la República.

Tras inútiles requerimientos conminatorios al General Mena por el Ministro de los Estados Unidos para que no siguiese dañando aquellas empresas y las devolviese a sus legítimos tenedores, los marinos americanos se ocuparon en dar la necesaria protección a la línea férrea que se extiende desde Corinto hasta Granada.

Esa fue la razón de la presencia de los Marinos en Nicaragua y su intervención en la Guerra de Mena.

Cuando teníamos, pues, rodeada a Masaya y estábamos en condiciones propicias de atacarla de frente, los Marinos Americanos solicitaron tomar parte en el combate, porque querían mostrar al General Mena el enojo que les había producido el haber faltado a su promesa al Ministro Weitzel de no provocar la guerra.

Coyotepe

En vista de este nuevo factor en la lucha que se desarrollaría en Masaya pensé conveniente proponerle al General Zeledón la entrega de la Fortaleza de Coyotepe y así evitar que fuerzas extranjeras pelearan en nuestro país.

Como comisionado ante el General Zeledón escogí a su suegro el Doctor Jerónimo Ramírez, para que le propusiera a su hijo político todos los términos de una honorable rendición, pero el General Zeledón no quiso abrir su mente a un entendimiento lógico y sólo pensó en que le bastaría mostrar su coraje en una resistencia hasta el fin. Por eso con el Doctor Ramírez me contestó que él no atendía a ningún ofrecimiento de rendición y que a él lo encontraría luchando en el Coyotepe donde moriría hasta con el último de sus soldados y que rehusaba a continuar en conversaciones.

Comunicado el Coronel Pendleton, jefe de las fuerzas norteamericanas, del resultado de la misión del Doctor Ramírez ante el General Zeledón se resolvió atacar dos días después la ciudad de Masaya, dejando a las fuerzas norteamericanas la sección del Coyotepe.

El ataque se inició como a las cinco de la mañana y ya como a las siete nuestras fuerzas, por todas partes, habían roto las líneas del enemigo, hora en que el Mayor Butler, comandante de las fuerzas que atacaron el Coyotepe, estaba en posesión de la fortaleza, y nosotros nos dedicábamos a la limpieza de las diferentes posiciones militares que habían establecido los defensores de la plaza de Masaya.

En el Coyotepe puede decirse que no hubo muertos. Toda la defensa que había anunciado el General Zeledón en esa posición militar fue pura fantasía, pues él, cuando oyó los primeros disparos, montó en su bestia y salió con sus ayudantes como quien va a recorrer sus posiciones militares, mas en realidad era para salir de la ciudad y escaparse.

No puedo precisar exactamente la hora, pero fue por la mañana de ese mismo día del ataque a Masaya que recibimos el informe de que pequeña escolta montada que recorría los alrededores de Masaya y pueblos circunvecinos, se encontró con otro grupo de montados con el que sostuvieron algunos disparos, encontrándose que entre los gravemente heridos o muertos en ese encuentro estaba el General Zeledón y el Coronel Emilio Vega.

Tanto para nuestras fuerzas de Masaya como para nosotros en Managua fue una sorpresa muy grande el tener noticias de que en una pequeña escaramuza sin importancia alguna hubiera perdido la vida el General Zeledón y el Coronel Vega.

Una orden falsa

Probablemente el Liberalismo, avergonzado de la conducta del General Zeledón, que promete ante el mundo defender hasta la muerte la fortaleza del Coyotepe y en lugar de tener ese gesto heroico, huye del lugar del peligro cuando está cierto que la posición que ha jurado defender va a ser atacada, para ir a morir tristemente en los breñales de Catarina, ha tratado de difamar mi nombre, escribiendo cartas apócrifas y falsas órdenes de fusilamiento que yo nunca trasmití, ni contra el General Zeledón, ni contra ningún militar de los que han luchado contra mí.

La carta que aparece con mi firma en ese sentido fue fraguada en el escritorio de un periodista, según el rumor público de ese tiempo. Y en verdad, cualquiera que haga la comparación de letras de esa carta con la del periodista don Andrés Largaespada, encontrará que no hay diferencia alguna entre ellas.

Saqueo de Masaya

Por la tarde del día de la toma de la ciudad de Masaya se desarrolló en esa plaza un saqueo del comercio local bastante desenfrenado, cometido por las tropas del Gobierno. Para contener ese saqueo, yo hice los mayores esfuerzos y llegué hasta pedir ayuda a las fuerzas norteamericanas para que éstas auxiliaran a mis columnas que estaban tratando de contener que tales desmanes continuaran. Pero no fue sino hasta después de mucha lucha que se logró dominar aquella situación y reconcentrar a los cuarteles a los soldados dispersos que los cometían. Fue tanta la dureza de algunos de mis oficiales que llegaron hasta cortar las dos manos a soldados que encontraban robando pero sólo con medidas extremas de esa naturaleza se logró contener aquel desenfrenado pillaje.

Ocupado Masaya y tranquilizado, por fin, ese sector, proseguimos a ocupar los otros Departamentos que estaban en poder de las fuerzas de Mena.

Exilio de Mena

Por medio de conversaciones con los Jefes de la Revolución conseguimos la rendición de la plaza de Granada a las fuerzas norteamericanas, y fue entonces que tuvimos la pena de ver pasar en un vagón de carga a mi compatriota el General Luis Mena rumbo a Corinto para embarcarse y no volver más al país.

Sin embargo, el General Luis Mena regresó al país, donde era muy estimado por sus viejos amigos y tenido en gran estima por los conservadores. A su regreso se retiró de la política activa y se dedicó a la agricultura, muriendo asesinado por uno de los vecinos de su propiedad. La política no tuvo nada que ver con su muerte.

Pacificado Oriente con la entrega de Granada, nos quedó solamente el sector de Occidente que se había armado con elementos entregados por Mena

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

mismo en Masaya y Granada y que fueron llevados, por la costa del mar, hasta León.

Ocupación de León

Queriendo evitar la entrada de esas armas a la ciudad de León envié al General Durón para que defendiera esa plaza y cuando fuí a despedirlo personalmente a la Estación de Managua le advertí que a su llegada a aquella población no debería de entrar con sus fuerzas a la ciudad misma sino que debería acampar afuera, para evitar que en caso de levantamiento sus fuerzas no fueran atacadas desde las casas vecinas alrededor de donde estuvieran acantonadas, pues yo tenía la experiencia pasada en la ciudad de Comayagua, Honduras, de lo terrible que es un levantamiento de una ciudad enemiga contra una fuerza de ocupación que se halle adentro.

El General Durón me prometió, una y otra vez, que no entraría a la ciudad de León con las tropas, sin embargo, eso fue lo que más pronto hizo, pues a su llegada recibió la visita de varios conservadores amigos los que le indujeron a que penetrara con sus tropas a la ciudad, ya que esa era, según ellos, la mejor medida para evitar que las armas que venían en camino de Granada y Masaya entraran a León.

El General Durón, confiado en su valor personal, resolvió entrar y acuartelarse en la ciudad. Allí se encontraba cuando al amanecer del siguiente día, por todas partes fue atacado y tuvo tan mala suerte que pagó con su vida el no haber seguido mis instrucciones y su columna compuesta de soldados valerosos fue masacrada en esa lucha contra un enemigo invisible que desde los aposentos de las casas les disparaban al cruzar una calle.

A la defensa de Durón y de la plaza de León envié de Managua varias otras tropas a la cabeza de las cuales fueron el General Roberto Hurtado, brillante jefe militar que se distinguía por su valor y pericia en todos los encuentros de armas que tenía la suerte de dirigir, así como el General Frutos Bolaños Chamorro, y otros más, pero ninguno de ellos logró desalojar de la ciudad al enemigo y se limitaron entonces a quedarse en las proximidades de la ciudad.

La situación en Occidente se estaba poniendo difícil para el Gobierno, ya que la recuperación de la ciudad de León costaría más sangre de la ya derramada.

Como ya estaba en el país una columna de los Marinos Americanos y los suministros de esa columna tenían que llegar por el puerto de Corinto, la línea del Ferrocarril del Pacífico debería mantenerse libre de posibles interrupciones, por eso el Almirante Southerland, que era el jefe que el Gobierno de los Estados Unidos había designado para las fuerzas de desembarque, decidió ir personalmente a León con un pelotón de Marinos a pedir a los jefes rebeldes que cesaran en su hostilidad y que depusieran las armas, yéndose tranquilamente a sus casas.

El Almirante Southerland tuvo el éxito deseado en su misión pacificadora y de esa manera se consiguió que la paz se restableciera en Occidente, como se había restablecido en Oriente, entrando entonces el país en un período de paz medianamente aceptable.

Retiro de la Jefatura

Después de todos estos acontecimientos y de la salida de Mena del país, se pensó en licenciar las fuerzas del Gobierno y como yo sólo he servido militarmente en casos de emergencia, resolví como lo había hecho en otras ocasiones, solicitar mi retiro del servicio activo, mientras el Gobierno organizaba el país para las elecciones presidenciales, que conforme a los Pactos Dawson deberían llevarse a cabo.

También me movió a retirarme, prematuramente, del servicio activo mi deseo de no dar ocasión a un rompimiento con don Adolfo Díaz a quien claramente veía que se destacaba como el candidato más visible después de mi persona, que era a quien verdaderamente quería el pueblo de Nicaragua.

Retirado, pues, de la Jefatura del Ejército, estaba preparado para asistir a la primera reunión que se llevó a efecto para la escogencia del candidato que conforme a los Pactos Dawson debía hacerse entre los firmantes de los mismos.

A esa reunión asistimos muy pocos de los firmantes originales, pues sólo habíamos quedado, don Adolfo Díaz, don Fernando Solórzano y yo.

Aunque yo podía contar con el voto del General Solórzano, no me pareció apropiado el comprometerlo a mi favor, porque él también era amigo personal de don Adolfo Díaz, por eso y porque ví al Ministro Americano inclinado a su favor, no vacilé en esa reunión que tuvimos en decidir que votáramos por Díaz, como en efecto lo hicimos.

El Ministro Weitzel

Me parece oportuno narrar aquí lo que sucedió entre el Ministro Americano Weitzel y yo en esa primera reunión que tuvimos para que se vea cómo trabajan los diplomáticos en algunas ocasiones.

Cuando estábamos reunidos, don Adolfo Díaz, don Fernando Solórzano y yo con el Ministro Weitzel, éste fue el primero que tomó la palabra para exhortarnos a la armonía y expresarnos el deseo del Gobierno Americano de que el Presidente de Nicaragua fuera un civil y no un militar, porque los Estados Unidos, dijo enfáticamente, eran reacios a la elección de militares.

No sé si Mister Weitzel viva aún o no, pero si llegara a sus manos esta mi autobiografía, deseo recordarle que en esa ocasión estuvo diciendo muchas cosas sobre cómo veía el pueblo americano a sus militares, que en realidad no son, ni han sido, como él los describía. Y al llegar yo a la ciudad de Washington, poco tiempo después, me sorprendía encontrar con frecuencia ya un monumento, ya una estatua, a cual más grandioso, en homenaje y recuerdo de cada uno de los grandes jefes militares que ha tenido ese país y en cada ocasión que los veía me acordaba de los equivocados conceptos de Mr. Weitzel.

Con aquel discurso y estas consideraciones, debe haber pensado el Ministro Weitzel que había eliminado mi candidatura, pero como dije anteriormente, fueron otras las razones que me movieron a trabajar, no por mi candidatura, sino por la de don Adolfo Díaz, a quien consideraba en esa ocasión más apropiado para el bienestar de Nicaragua por las buenas relaciones que él mantenía con el Gobierno Americano.

En la elección de don Adolfo Díaz no hubo ninguna novedad, a no ser la de un votante que al acercarse a las urnas en un cantón de la ciudad de Matagalpa, dijo: "No me permiten votar por Chamorro, no voto por nadie", y se suicidó.

Ministro en Washington

Después de la toma de posesión de don Adolfo e instalado su Gobierno fuí nombrado Ministro Plenipotenciario de Nicaragua en los Estados Unidos con Misión Especial a Honduras y Guatemala para dar las gracias a estos dos Gobiernos por la amistad manifestada por ellos hacia el Gobierno de Nicaragua.

Natural es suponer que en esa nueva posición me encontraría en un campo difícil para un inexperto como yo en cuestiones diplomáticas, pero aunque no me creía con aptitudes suficientes para el puesto que iba a desempeñar, tenía la buena voluntad para servir de la mejor manera posible a mi Patria.

Adopté la conducta de la mayor prudencia para no comprometerme por el defecto, que me decía un amigo, tenía yo, cual era el tener en la punta de la lengua todo mi pensamiento y corazón. De esa manera hablando sólo lo estrictamente necesario fuí conociendo la mejor manera de desempeñar mi cargo ante el Gobierno Americano, que tanta ingerencia tenía entonces en la política del país.

En Washington estaba de Secretario de la Embajada el Doctor Joaquín Cuadra Zavala, quien nos recibió muy amistosamente y nos ayudó, a mi espo-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

sa y a mí, en nuestra apropiada instalación con sus juiciosas indicaciones.

Creo sinceramente que en el Departamento de Estado se llegaron a formar un buen concepto de mi actuación y de mi persona, por el hecho de que siempre que solicité alguna cosa la conseguí, por ejemplo, la prisión y extradición del General Zelaya, la que conseguí con menos dificultad de la que yo esperaba tener.

Cuando se trató de la prisión me pidieron que enviara una persona que lo conociera para que lo identificara y cuando trataba de ese asunto el Secretario de Estado, Mr. Basset Moore, me dijo: "Su Gobierno quiere la extradición del General Zelaya. El mío no tiene objeción que hacer. Se hará. Pero personalmente voy a decirle a Ud. que para el Gobierno de Nicaragua va a ser muy difícil mantener al General Zelaya prisionero, y a medida que el tiempo pase van a convertir ustedes a un dictador como él en un mártir, en un elefante blanco, o una brasa ardiente que no van a saber qué hacer con él hasta el punto que por clamor público, lo tendrán que poner en libertad. A mi juicio, el Gobierno de Nicaragua daría un paso en falso llevando adelante esa extradición".

Como yo mismo viera cierta indecisión del Gobierno de Nicaragua en el asunto de la extradición del General Zelaya, no presioné más el asunto y se dejó morir de inanición.

Recuerdo que en esa ocasión me dijo también Mr. Bassett Moore: "Nicaragua es un país que siempre ha querido a los Estados Unidos, pero nosotros no hemos sabido reconocerlo". Este concepto lo he siempre considerado muy justo por todo lo que yo he visto respecto a la política de los Estados Unidos con Nicaragua.

El Gobierno de Díaz

Como todos saben, el Gobierno de Díaz se distinguió principalmente como un período de grandes dificultades económicas, por lo cual en muchas ocasiones tuvo que ocurrir a la Embajada en Washington para que ésta consiguiera con el Departamento de Estado que los banqueros facilitaran algún dinero para mientras se verificaba el empréstito que se tenía en proyecto hacer, y tuve la satisfacción que por mi medio se resolvieran siempre favorablemente estas solicitudes.

Debo explicar aquí para mejor inteligencia de mis lectores jóvenes la razón de estas mis gestiones con el Departamento de Estado sobre préstamos y negociaciones con los banqueros.

En esa época la política del Gobierno de los Estados Unidos en cuestiones económicas estaba regida por la máxima de no intervención gubernamental en las actividades de la iniciativa privada. El Gobierno, entonces, no contaba con esos enormes fondos con que cuenta ahora para ayuda exterior, ni se habían establecido esas instituciones de crédito internacional como el Banco de Reconstrucción y Fomento (BIRF) y otros. En ese tiempo se tenía que negociar con banqueros privados que como Brown Bros. & Co. y J. W. Seligman & Co. hacían sus empréstitos a plazos y cuotas de interés corrientes, ya fuesen a Gobiernos o compañías particulares.

Pero como no hay cosa más recelosa que el dinero, los banqueros exigían de su Gobierno cierta especie de garantía moral antes de efectuar sus préstamos a Gobiernos extranjeros. Esta garantía la exigían bajo la tesis de que el Gobierno Americano debía defender la propiedad y los intereses de sus ciudadanos en cualquier parte del mundo.

Esa misma tesis llevada a sus extremos políticos creó lo que se conoce como la Diplomacia del Dólar, por la que la intervención del Gobierno Americano seguía al Dólar Americano donde quiera que éste fuera. Había, pues, una íntima relación entre el Departamento de Estado y los Banqueros americanos, pero debe entenderse que esta relación era más bien política y moral que económica o financiera, pues el dinero prestado era de los banqueros y no del Gobierno.

El Tratado Chamorro-Bryan

Como los planes económicos del Gobierno de Díaz eran amplios y complicados, y estaba también de por medio la cuestión del Tratado del Canal, se creyó necesario reforzar la Embajada con el nombramiento de un Agente Financiero, para lo que fue escogido el reconocido economista don Pedro Rafael Cuadra, quien llegó a Washington con su esposa, doña Carmela y su hijo don Pedro Joaquín. Con todos ellos mantuve siempre la mayor armonía y me puse, como suele decirse, completamente a sus órdenes.

Es, sin duda alguna, a la magnífica labor de don Pedro Rafael a la que se debe, principalmente, el éxito que se obtuvo para que fuera aceptada la distribución de los TRES MILLONES DE DOLARES que el Gobierno de los Estados Unidos daría al de Nicaragua por la opción del Canal.

El Agente Financiero, Sr. Cuadra, influyó también en la pronta aceptación de dicho Tratado de Canal, el que se firmó el 5 de agosto de 1914 y que ha pasado a la historia como el Tratado Chamorro-Bryan.

Muchos de mis amigos me han preguntado por qué firmé yo ese Tratado y la respuesta para mí siempre ha sido muy sencilla. El Gobierno de Díaz, a quien yo representaba, me instruyó sobre el particular y no podía negarme porque desde mi niñez había oído siempre hablar con entusiasmo de las ventajas que traería a Nicaragua el Canal que en concepto de muchos era como una panacea, es decir, que todas nuestras dificultades y males económicos serían resueltos si se realizara. Yo mismo consideraba el Canal como un desiderátum de la Nación. Me llevó a firmar tal Tratado la convicción de que solamente los Estados Unidos son capaces de realizar la apertura de esa comunicación interoceánica, pues aunque hubiera otra nación en el mundo, de otro Continente, con facilidades técnicas y económicas para hacerlo, los Estados Unidos no permitirían llevarlo a cabo en ninguna parte del Continente Americano.

Y esto es exactamente lo que dice el Tratado, pese a toda la campaña de difamación que se le ha hecho: **que solamente los Estados Unidos pueden construir el Canal por Nicaragua,** es decir, que solamente los Estados Unidos, con exclusión de cualquier otro país, tiene el derecho a la construcción del Canal por Nicaragua, que los Estados Unidos tienen la "opción" para construir el Canal, en otras palabras, el derecho de hacerlo o no hacerlo. Esto es una realidad, aunque no esté escrito en ningún Tratado. Si ellos eligen hacerlo, entonces deberá hacerse el verdadero y definitivo Tratado de Canal, en el cual se deberán estipular las condiciones para esa construcción, el pago de ese derecho y todas las demás circunstancias y detalles. Lo que se ha dado ahora a los Estados Unidos es solamente la facultad, el derecho de construirlo o no construirlo, la opción. Un simple derecho inmaterial.

Por lo tanto, es infundado el cargo de que el Tratado Chamorro-Bryan sea sobre construcción del Canal y mucho menos que se haya vendido ni una pulgada de tierra a Estados Unidos. Es solamente una **opción** para la construcción misma; y cuando llegue el caso se convendrá entre ambos países las condiciones reales y verdaderas para construirlo, es decir un Tratado Canalero definitivo.

Esta explicación la hago para todos mis lectores, especialmente para los jóvenes de esta generación y para que todos sepan en lo que consiste el Tratado Chamorro-Bryan.

El Gobierno de Nicaragua estaba decidido a dar esa opción canalera y el Gobierno Americano estaba también decidido a adquirirla. Aun cuando yo hubiera rehusado firmarlo, el Gobierno de Díaz podría haber acreditado a otro para que lo firmara. En gobiernos anteriores, aun en el de Zelaya, se habían firmado Tratados sobre Canal. He dicho en otras ocasiones que el Protocolo Sánchez-Merry firmado en el Gobierno de Zelaya encierra concesiones más onerosas para Nicaragua, que el Tratado Cha-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

morro-Bryan. Así lo ha sostenido recientemente en REVISTA CONSERVADORA mi estimado amigo el doctor Horacio Argüello Bolaños.

Antecedentes

No hay que olvidar que el Tratado Chamorro-Bryan, firmado por mí en 1914, no era más que una enmienda que se había hecho al Tratado Chamorro-Weitzel, firmado por don Diego Manuel Chamorro, como Ministro de Relaciones Exteriores y el Ministro de los Estados Unidos, Mr. George E. Weitzel en 1913. Este Tratado Chamorro-Weitzel no fue aprobado por el Senado Americano porque el Partido Republicano perdió el poder de las Cámaras en los Estados Unidos, y entonces, cuando el nuevo Gobierno se interesó en un Tratado sobre Canal, creímos que era una ocasión propicia para Nicaragua. Aun el Tratado Castrillo-Knox sobre empréstito, anterior al Chamorro-Weitzel no se había realizado también por falta de aprobación.

El Tratado tiene dos partes principales: la opción a la construcción del Canal, que es perpetua, es decir, un derecho a perpetuidad, como son la mayor parte de los derechos; y la concesión de bases navales a Estados Unidos en el Golfo de Fonseca, en el Pacífico, y en las Islas del Maíz (Corn Islands), en el Atlántico, que es un arriendo por 99 años, que tampoco se ha realizado nunca.

Como lo dice el mismo Tratado estas bases navales podrán ser construídas por los Estados Unidos para defensa del Canal de Panamá y para la defensa del mismo Canal por Nicaragua.

Nicaragua, en 1914, anticipándose a la política de "solidaridad continental", concedió a Estados Unidos lo que después concedieron muchas otras Naciones Americanas, y aun Nicaragua misma, en el Puerto de Corinto, que no fueron sino concesiones ligadas a la defensa del Continente, lo cual exigió la última Guerra Mundial.

Firma del Tratado

Voy a narrar un incidente que tiene grandísima importancia y es que el texto original, que se había preparado para firmar, no contenía la frase "a perpetuidad". Este texto al ser presentado al Secretario de Estado para su firma, éste lo tomó en sus manos, lo leyó y luego me lo devolvió para mientras el Abogado Consultor del Departamento de Estado lo leyera y estudiara de nuevo. Este aboado le intercaló las palabras "a perpetuidad" que no tenía el original, hecho lo cual, se procedió a la firma, aceptada la enmienda.

Como todos saben este Tratado fue firmado en Washington el 5 de agosto de 1914 por el Secretario de Estado, Mr. William Jennings Bryan, y por mí, en presencia de los señores: don Pedro Rafael Cuadra, Agente Financiero, don Pedro Joaquín Cuadra Chamorro, secretario, Mr. Boyan, secretario especial, Mr. Smith, jefe del Buró Diplomático, Mr. Boaz Long, jefe de la División Latinoamericana del Departamento de Estado, Mr. Robert Lansing, consejero del Departamento y Mr. Charles Douglass, abogado al servicio de la República de Nicaragua.

Aun cuando en el Tratado no se usa la palabra "opción" sino que se habla de "derechos exclusivos y propietarios, necesarios y convenientes", para desvanecer las dudas de interpretación envié una nota oficial al Secretario de Estado, que lo era entonces Mr. Lansing, nota fechada en Washington el 6 de mayo de 1916, en la cual le recababa una declaración sobre la interpretación que le daba el Gobierno de Estados Unidos a dicho Tratado, ya que entre los miembros del Congreso de Nicaragua, antes de ser aprobado, "se suscitaban dudas acerca de su verdadero sentido, esto es, si su real interpretación es la de una opción o de una venta definitiva de la ruta del Canal", (palabras textuales de mi comunicación). El Secretario de Estado, Mr. Lansing, me contestó el 11 de mayo de 1916 en una nota entre cuyas frases dice que ese Tratado "no es definitivo en ciertos respectos y tiene el carácter de OPCION al dejar a futuras negociaciones entre los dos Gobiernos el arreglo de los detalles de los términos sobre los cuales será construído el Canal".

Estas notas oficiales son documentos públicos y han sido publicadas en las Memorias de Relaciones Exteriores y en muchas otras partes.

Abrogación o revisión

Este es el verdadero alcance y sentido del Tratado Chamorro-Bryan. Es verdad que ese Tratado no dio el resultado benéfico que esperábamos para Nicaragua, porque los Estados Unidos nunca han hecho uso de esa opción y de esta manera se ha convertido en un Tratado negativo que impedía toda negociación canalera a Nicaragua. Por eso es que el 31 de diciembre de 1938 le envié al Presidente Roosevelt, desde México, un cablegrama pidiéndole la abrogación o la revisión de ese Tratado, fundado en el carácter negativo que tiene para Nicaragua. Todavía pienso que esto es necesario.

EL Tratado y Centroamérica

El Presidente Somoza García, en 1939, fue a Washington para pedir al Presidente Roosevelt invocando y apoyándose en el Tratado Chamorro-Bryan que ya que los Estados Unidos no procedían a la apertura del Canal, que por lo menos hicieran factible la navegación del Río San Juan para así tener acceso al Atlántico. Roosevelt se lo prometió, pero después cambió esta canalización del Río por la Carretera al Rama. Es decir, se aceptó una carretera a cambio de la canalización del Río, lo que ha dado muchos beneficios al Gobierno de los señores Somoza aun hasta el presente.

Muchos liberales en Nicaragua y fuera de Nicaragua han criticado a los conservadores llamándonos "vende-patria" por la suscripción de este Tratado.

El Gobierno de Costa Rica demandó a Nicaragua por el Tratado Chamorro-Bryan y por eso los Estados Unidos, al ser aprobado por el Senado Americano, le agregaron una explicación en el sentido de que nada en dicho Tratado afectaría ningún derecho existente de Costa Rica, El Salvador y Honduras. Esta demanda ocasionó la desintegración de la Corte de Justicia Centroamericana en Cartago.

En 1923 Costa Rica firmó en Washington un Protocolo con los Estados Unidos, don I. Rafael Oreamuno por Costa Rica y el Secretario de Estado, Mr. Charles E. Hughes, por Estados Unidos en el cual se estipuló que cuando el Presidente de Estados Unidos fuese autorizado por una ley para adquirir el control de los derechos que Costa Rica posee en el Río San Juan o en la Bahía de Salinas como la parte de territorio que pertenece a Costa Rica que pueda ser necesaria para construir y proteger un Canal de profundidad y capacidad suficiente para el paso de barcos de los mayores tonelajes entonces en uso, desde un punto cerca de San Juan del Norte sobre el Mar Caribe a través del Lago de Nicaragua hasta Brito en el Océano Pacífico, ambas naciones "se comprometen mutuamente a entrar en negociaciones entre ellas para convenir el plan y los acuerdos en detalle, necesarios, para llevar a cabo la construcción y poner al dominio y control al mencionado Canal".

Es verdad que este Protocolo no fue ratificado, pero este es el mismo concepto del Tratado Chamorro-Bryan y sin embargo nadie ha osado llamar "vende patria" ni a los costarricenses, ni al señor Oreamuno.

La Enmienda Platt

Otro asunto por el que se me han lanzado muchos cargos es el haber declarado en el Senado Americano que me gustaría que en Nicaragua se estableciera la Enmienda Platt.

Voy a explicar todo lo relativo a esta cuestión.

La Enmienda Platt fue un agregado que el Senador por el Estado de Connecticut, Orville H. Platt, hizo el 25 de febrero de 1901, a un proyecto de ley concediendo créditos para el mantenimiento del

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Ejército Americano durante el año fiscal que terminaba el 30 de junio de 1901.

La Asamblea Constituyente de Cuba acordó incorporar la Enmienda Platt como apéndice a la Constitución Cubana de 1901. Esta Enmienda fue a su vez objeto de un Tratado Permanente entre Cuba y los Estados Unidos.

Resumiendo, pues, la Enmienda Platt es: una enmienda a una ley del Congreso de los Estados Unidos, un agregado a la Constitución de Cuba de 1901 y un Tratado Permanente entre Cuba y los Estados Unidos.

Comprendo lo molesto que es para la mayoría de los ciudadanos del país estar sometido a ciertas restricciones de otro país, pero cuando se ha tenido la experiencia de sufrir esas restricciones sin ningún derecho, ni alguna disposición que las regule, no es extraño que hubiera personas que como yo, en ese tiempo, quisieran que su país gozara del derecho que le daría el tener la Enmienda Platt en vez de tener a los Estados Unidos interviniendo de hecho en nuestros asuntos, en tal forma que lo blanco se hacía negro, según la opinión del Secretario. No se sabía en realidad en qué ladrillo pararse. Es decir, yo deseaba que la Enmienda Platt fuera en Nicaragua una fuerza o dique regulador de una intervención inevitable.

Porque debe recordarse que junto con la Diplomacia del Dólar se desarrollaba simultáneamente la política del "Big Stick" del Presidente Teodoro Roosevelt, por la que los Estados Unidos intervenían en estos países con el respaldo de su enorme poderío militar.

Pude estar equivocado en mis apreciaciones, esa vez, mas esa equivocación no era por falta de patriotismo, sino antes por el contrario ,por amor a Nicaragua. Yo quería regular el poder interventor, ponerle un freno para que no actuara sin control.

Algunos hechos sobresalientes de la Historia contemporánea de Nicaragua han venido a confirmar que, con o sin Enmienda Platt, existe esa fuerza interventora que muchos Gobiernos posteriores se han encargado de remachar.

Aun recientemente el actual Gobierno de don Luis Somoza acaba de pedir a Estados Unidos el patrullaje de sus mares territoriales por barcos americanos y aun actualmente, el desembarque de marinos en costas nicaragüenses, si fuere necesario. Esto es ni más ni menos lo que estipula la Enmienda Platt, y sin embargo, toda la campaña de difamación recae sobre nosotros los conservadores.

Difícil situación económica

Después de la firma del Tratado Chamorro-Bryan las actividades de la Embajada se redujeron grandemente y si algo quedaba por hacer correspondía al Agente Financiero porque la situación económica del Gobierno era precaria y se tenía que estar solicitando de los banqueros pequeñas sumas de dinero para poder cubrir el Presupuesto de Gastos de la Administración.

En cuanto a los TRES MILLONES de la opción poco beneficio dieron para salvar de esa situación precaria al Gobierno porque la mayor parte de ellos se invirtió en pagar las concesiones que dio el Gobierno del General Zelaya a Dietrich, la deuda liberal de la Ethelburga, y algunos adelantos de los banqueros. Con esa distribución la misión del Agente Financiero en Washington terminó y don Pedro Rafael Cuadra y su familia regresaron al país.

Ya por el año de 1915 no tenía en la Embajada trabajo de importancia que atender. De Nicaragua me llegaban informes sobre la situación política del país, y sobre la posible división que podría ocurrir en el Partido Conservador si no se llegaba a la escogencia de un candidato que armonizara las diferentes tendencias.

Por mi parte consideraba que los Pactos Dawson me daban la gran oportunidad de ser yo el escogido para lanzar mi candidatura que gozaba en el país de muy buen ambiente, según los informes a que he hecho referencia, pues aunque no me movía de Washington era tan copiosa mi correspondencia con Nicaragua que podía asegurar que sus acontecimientos políticos los palpaba como si estuviera en el país mismo. Por eso resolví ese año pasar sin hacer movimiento político alguno de mi parte y me dediqué a viajar por los Estados Unidos.

Recorriendo los Estados Unidos

Viajé con mi señora a New York, y a Albany, capital del Estado, y a otras ciudades del mismo. Llegamos a Niágara Falls, cascada bellísima y potente que se aprovecha para producir abundante fuerza eléctrica.

Como en ese tiempo Inglaterra estaba en guerra con Alemania, no pude visitar el Canadá, como lo hubiera deseado, sino que nos regresamos a Buffalo, New York, donde llevé a mi señora a examinarse un oído, —del que no estaba bien—, a una famosa clínica que allí había, mas tuve la impresión de que el especialista en enfermedades del oído era sumamente deficiente.

De Buffalo pasamos a Ohio, luego a Chicago, hermosísima ciudad, casi tan grande como New York, aunque no tan poblada, con un comercio fabuloso y a la orilla de los grandes lagos. De Chicago fuimos a South Bend, Indiana, población pequeña, tranquila y de apacible ambiente residencial. En esta población vivía un Senador, amigo de Boaz Long, jefe del departamento latinoamericano en el Departamento de Estado, a quien fuí a visitar para entregar una carta de introducción de Mr. Long. El Senador no estaba en casa y fuimos informados que se hallaba en su finca aporcando sus frijoles. Nos dieron la dirección de su huerta, a poca distancia de la ciudad, y hacia ella nos encaminamos. Fue grande mi sorpresa al encontrar al Senador mismo con su tronco de caballos trabajando en las faenas del campo. Entonces comprendí que ese era el fundamento de la riqueza de los Estados Unidos: su amor y dedicación al trabajo.

De South Bend fuimos a las Twin Cities, Minneapolis y St. Paul, donde hay grandes fábricas de harina y enormes aserríos de madera en cuyos patios vimos miles y miles de trozas que pronto eran aserradas en diversas piezas para ser usadas en la industria de la construcción de muebles y viviendas.

Fuimos a North Dakota y a Kansas de donde nos dirigimos a Denver, Colorado y luego a South Lake City, Utah, el estado mormón, donde visitamos la casa de Brigham Young, que estuvo casado simultáneamente con diez y nueve mujeres con las que procreó ochenta y seis hijos. La poligamia era ya por ese tiempo prohibida por el Gobierno Federal, aunque aceptada por el pueblo mormón de Utah y especialmente por las mujeres. Salt Lake es una bella ciudad, pintoresca, con agua corriendo por las acequias y jardines.

En Ogden, Utah, nos encontramos en la verja de una casa un narciso florecido, el que admiramos con entusiasmo porque nos traía un recuerdo de Nicaragua. Allí almorzamos con trucha, pescado delicioso.

De Utah pasamos a California. Estuvimos dos días en Sacramento, capital del Estado, donde gozamos de un clima semi tropical. De Sacramento fuimos a San Francisco donde nos hospedamos en el Hotel Palace. Este viaje lo hicimos en agosto de 1915, año de la Exposición Mundial del Pacífico.

Estuvimos en San Francisco como por un mes, divirtiéndonos visitando la Exposición y siendo festejados por la Colonia, principalmente por las familias de don Adán Sáenz y don Alejandro Cantón.

Estando en San Francisco fuí invitado por el Coronel Pendleton para visitar San Diego donde estaba estacionado como Comandante del Cuerpo de Marinos de los Estados Unidos (U.S.M.C.), donde se me ofreció una parada militar en mi honor. Después de agradecer y corresponder las cortesías del Coronel Pendleton, regresamos a la ciudad de Los

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Angeles donde permanecimos unos días conociendo la población.

De Los Angeles resolvimos hacer nuestro regreso a Washington por la vía de New México, en el Ferrocarril de Santa Fe.

Llegamos a Albuquerque, población pequeña y pobre en ese tiempo, al estilo centroamericano, con casas sin enladrillar.

El trayecto del Ferrocarril por el desierto de Arizona se nos hizo pesado por el calor sofocante y puedo decir que nuestro regreso a Washington fue por lugares que no despertaron ninguna admiración. Sin embargo, debo advertir que de esto hace 45 años, lapso en que una nación progresista como los Estados Unidos puede transformarse completamente, por lo que no me sorprendería que si regresara a Albuquerque me encontrara ahora con un pequeño emporio de riqueza.

Regreso a Washington

Vueltos a instalarnos en la Embajada de Nicaragua en Washington, me dediqué a enterarme de los asuntos más importantes de mi cargo que hubiese que atender, pero encontré que todo era normal y rutinario y que apenas quedaba pendiente el que los banqueros quisieran llevar adelante la construcción del Ferrocarril de El Rama a Managua, pasando por Tipitapa.

A mi entender los banqueros Brown Brothers & Co. y J. W. Seligman & Co. habían contraído el compromiso de construir ese Ferrocarril y por eso hice la gestión con el Departamento de Estado para que los llamara a Washington a sostener una conferencia con ellos ante el Secretario de Estado para definir esa cuestión.

Los banqueros llegaron y desde el principio de las discusiones negaron el compromiso y se expresaron en el sentido de que yo les quería exigir y que les estaba exigiendo ese compromiso porque yo era enemigo de ellos.

A tal aseveración y argumento manifesté al Secretario de Estado que los señores banqueros estaban errados al considerarme su enemigo sólo porque les reclamaba el cumplimiento de un convenio que ellos habían firmado, que yo les declaraba que era amigo de ellos, pero que era más amigo de mi Patria.

Ventajas del Tratado

Ya efectuada mi entrega para REVISTA CONSERVADORA, en que traté sobre los beneficios que el Tratado Chamorro-Bryan producía al país con la construcción de la carretera San Benito-Rama, llegó a mis manos el Boletín de Información Nacional que publica la Secretaría de Información y Prensa de la Presidencia de la República, correspondiente a Enero de este año 1961, en el que puede leerse que el 16 de ese mes el entonces Presidente de los Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, incluyó en el Proyecto de Presupuesto la cantidad de un millón de dólares más para la construcción del último sector de aquella importante vía.

Posiblemente la inversión de los Estados Unidos en ella se aproxime, si no sobrepasa a la suma de VEINTE MILLONES DE DOLARES, que supera para el Gobierno liberal de los señores Somoza en más de un 500% a los TRES MILLONES DE DOLARES que el Gobierno conservador recibió por la opción canalera y que fue invertida en su mayor parte en pagos de adeudos que pesaban sobre Nicaragua. El citado Boletín expresa: "Esta cooperación de los Estados Unidos es de carácter compensatorio, por la no construcción del Canal Interoceánico a través de Nicaragua, de acuerdo con el Tratado Bryan-Chamorro, que confiere a Norteamérica el derecho exclusivo de construirlo".

Sería una realidad que el costo de la obra vial tuviera el carácter de compensación por la inejecución del canal, si no fuese que, a renglón seguido, la Presidencia de la República se encargó de dar a conocer a los nicaragüenses, después de un lapso que pasa de los veinte años, cómo fue en realidad lo ajustado entre los Presidentes Somoza y Roosevelt al convenirse en que los Estados Unidos al construir con sus propios fondos esa vía interoceánica. La realidad es que ese convenio dejó obligada a Nicaragua, en caso de decidir el Congreso Norteamericano la construcción del Canal, a reintegrar el costo de la carretera, deduciéndolo del valor que hubiere de estipularse por el derecho de construirlo en territorio nicaragüense, o de la participación de las utilidades que corresponderán a Nicaragua.

No hay, pues, un acto compensatorio de reparación, sino una obligación de Nicaragua para restituir de sus fondos eventuales que obtendrá al suscribirse el nuevo Tratado que se contempló como derivado de la opción que contiene el Tratado Chamorro-Bryan.

Ocupación de León

Quiero también decir que al referirme a los acontecimientos de la Guerra de Mena se me fueron por alto unas operaciones militares de importancia a las que quiero referirme ahora. Sucedió que cuando se envió un ejército a controlar la ciudad de León después del desastre del General Durón, el General Hurtado tuvo la precaución de acuartelarse en el "Fortín de Acosasco", al Sur de la ciudad de León, a la que domina absolutamente; mientras que yo envié otra columna de unos 400 hombres más o menos, al mando del General Bartolomé Víquez, quien había participado eficazmente en la defensa de Managua, como Comandante de Armas, preparando y enviando las municiones a la línea de fuego y habiendo escapado de perecer al estallar una bomba del "Herald", casi a sus pies. Llevó como segundo Jefe al General José Slórzano Díaz. Esta columna fue enviada inmediatamente detrás de las tropas antedichas. El ferrocarril que las conducía, caminaba con cautela, llegando a Matearе, a donde se detuvo corto tiempo, recibiendo ahí Víquez un cifrado del Presidente Díaz en que le avisaba que por el lado de "Las Cuchillas" (Sierras Sur de Managua), iba un fuerte armamento enviado de Granada a León por el General Mena, bien custodiado, al mando de los generales Claudio Saravia y Andrés Murillo. Víquez entonces aceleró la marcha y acuarteló en Nagarote; despachando sin tardanza ciento cincuenta hombres al mando de los Coroneles Félix Pedro Espinosa, Abraham Cornavaca y Francisco Sánchez (el Negro, no el Blanco) quienes, caminando a marcha forzada hacia la costa del mar del Pacífico, a la una de la madrugada, a la luz de una clara luna —según el parte oficial de Víquez— se encontraron con el enemigo, que desgraciadamente para él, en esos precisos momentos, descargaba de un tren de mulas el armamento que era conducido a León, en un "gancho de camino" llamado "El Guayabal", a unas doce leguas distantes de Nagarote, lugar cubierto por una montañita. Lo incompetente de la hora, no formalizó un combate serio sino, pudiéramos llamar, una escaramuza en que sólo hubo unos pocos heridos de ambas partes, quedando todas en nuestro poder, porque los revolucionarios en su mayor parte huyeron hacia León, a la cabeza el General Murillo, quedando en nuestras manos, capturados, el General Claudio Saravia, varias mulas, oficiales y soldados y sesenta y cuatro mil tiros "Remington" y "Mauser".

El General Saravia —seguía diciendo el parte— fue conducido a pie hasta Nagarote sobre un camino hondo de polvo por estar en el "veranillo de Agosto"; lo cual disgustó mucho a Víquez, habiendo él personalmente atendido a su prisionero, que se mostraba muy fatigado, a causa de ser una persona obesa. El General Saravia fue remitido a Managua, con todas las consideraciones de su rango militar; lo mismo que los heridos de ambos bandos.

Víquez no perdió tiempo, y después de dejar asegurada la plaza de Nagarote, marchó él en persona con el ejército, en ferrocarril, a atacar "La Paz Centro", ocupada por tropas no muy numerosas,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

equipadas ya en León, que había aumentado su armamento quitado a Durón con las que pudo salvar en su huída Murillo; y parapetadas dichas tropas tras de un sinnúmero de trozas de madera que rodeaban la Estación del Ferrocarril y la línea férrea por ambos extremos, forzosamente por donde debían atacar las fuerzas del gobierno, ocupando los potreros circunvecinos, el fuego comenzó como a las nueve de la mañana y concluyó un poco después de las dos de la tarde, huyendo el enemigo a la ciudad de León, habiendo perecido en el pleito el Jefe Día de ellas, de apellido Arias, que según dijeron los vecinos del pueblo, como de costumbre, había vapuleado a su padre, por la mañana de ese día. Era un hombre de mala fama —según refieren— pero valiente, y se enfrentó cuerpo a cuerpo y a corta distancia, con nuestro Jefe de caballería el Sargento Mayor Abel Somarriba, joven obrero muy apreciado en Granada, a donde fue enviado su cadáver.

Asegurada esta plaza también, Víquez, el siguiente día ocupó "La Ceiba", sin encontrar resistencia y luego, sin tardanza, y siempre en el tren, pero con prudencia, se acercó hasta el punto llamado "El Convento", muy cerca del Puente Colorado, entrada de la ciudad de León. Desde "El Convento", hizo pitar varias veces la locomotora del convoy, tocar los clarines y hacer algunos disparos de rifles, que con el favor del viento, fueron oídos en el "Fortín de Acosasco", a donde el General Hurtado estaba ya siendo rodeado, al pie de la pequeña pero importante fortaleza, de la cual audazmente salió por el lado sur, entre breñales y hondonadas, llegando a juntarse, con toda su gente, a la de Víquez, llevando además supervivientes sanos y algunos heridos de las fuerzas del General Durón, contándose entre los heridos de gravedad, con un balazo en el codo del brazo derecho, el joven managüense Ramón Bellín, el que le quedó impedido para siempre.

Habrá notado el lector que a veces me detengo a narrar algunos episodios que no me constan personalmente, pero que estando íntimamente ligados a la historia de mi vida, como en los casos militares de que me he oupado, me atenga a los informes, datos y "partes oficiales" dados por mis amigos y subalternos, que siempre me han resultado leales y verídicos; episodios que en la guerra, algunas veces resultan muy interesantes, dignos de mencionar, y que en más de una vez dan su toque de luz y de poesía, al cuadro sombrío y macabro de la matanza de los hombres.

Reconcentración a Managua

Los restos de las fuerzas cansadas y fogueadas de Durón, de Hurtado y de Chamorro Bolaños, fueron reconcentradas a Managua y las de Víquez y Solórzano Díaz, quedaron en su lugar, acampadas en "La Paz Centro"; pues la Revolución fuerte todavía, amenazaba grandemente por el lado de Occidente, desempeñando este contigente, un papel muy útil, porque dificultaba la conexión con la base del enemigo en Oriente, que ocupaba las principales plazas de Masaya con el amenazante "Coyotepe" y de Granada con el cuartel de "La Polvora", donde existía el mayor y mejor depósito de armas que allí había, trasladado del Campo Marte de Managua, por el alzado Ministro de la Guerra, General Mena.

Víquez hizo su Cuartel General en "La Paz Centro; y de allí mandaba a explorar el campo con caballerías que diariamente visitaban los caseríos y valles alrededor de Momotombo, León Viejo y la muy importante hacienda "Santa Rosa", unas tres leguas al Suroeste de La Paz mencionada.

Situación del Gobierno

La situación del Gobierno, como se comprenderá, era crítica, con poderoso enemigo en ambos extremos: Oriente y Occidente, teniendo por centro la Capital, con escaso contingente humano y pésimo elemento bélico, como he relatado antes, solamente estimulados por la magnífica cooperación de nuestros amigos de Managua —varones y mujeres— en y después de la brillante batalla por la defensa de esta ciudad, durante los días once, doce y trece de Agosto ya descritos, que culminó con la derrota de las fuerzas del General Zeledón.

Es de suponer el desgaste de energías desplegadas de mi parte, atendiendo la obra militar, con la activa colaboración de mi primer Ayudante, el valiente General Silvestre Vargas, y también de mi otro Ayudante, el Coronel Julio Chamorro Mendieta, no menos valiente y enérgico; mientras don Adolfo Díaz, atendía la parte gubernativa. Constantemente recibía mensajes telegráficos y comunicaciones telefónicas de los Generales Barberena Anzoátegui, Hurtado y demás principales jefes, que paulatinamente, a medida que les enviaba pequeños refuerzos, iban cercando la ciudad de Masaya, inclusive la casi inexpugnable fortaleza del Coyotepe, a cuyo pie existe la histórica "Barranca", célebre por los combates que se libraron en el año 1896, por la Revolución contra Zelaya, que éste debeló apoyado por los granadinos; y del General Víquez que me informaba de la llegada a León, de los exilados liberales en Centroamérica, como el General Julián Irías, el Dr. Leonardo Argüello y otras importantes personalidades que, efectivamente, llegaron a incorporarse al ejército revolucionario que se estaba organizando formalmente en León, para actuar poderosamente como actuó, según se verá adelante. Mi trabajo, en realidad, era bastante fatigoso, que abarcaba hasta muy altas horas de la noche, en las que me acompañaba, justo es confesarlo, don Adolfo Díaz.

Las fuerzas de Víquez, bien acantonadas en "La Paz Centro", si bien no muy numerosas, al menos alcanzaban a rodear el pequeño pueblo, quedando así defendido, eso sí, por muy buenos jefes, como el entonces Coronel (más tarde General) Ernesto Solórzano Díaz, Félix Pedro Espinosa, Francisco Sánchez (Negro), Juan Cruz, Tomás Saborío, Francisco Barquero (tico), Búrbano (hondureño) y "Papabacho" Manzanares (no don Gervacio, padre del Dr. Gustavo Manzanares). Tal posición militar, me daba confianza y, en efecto, me dejaba descansar, por lo que a esa zona se refiere, entregándome de esta manera, a atender exclusivamente, la zona oriental, o de Masaya.

Pero llegaron los días más apremiantes. En la proximidad de la batalla general de Masaya, el primero de Octubre fue atacado fuertemente Víquez, por un ejército numeroso, bien armado, en que tomaron parte diecisiete generales, entre los que se contaban, a la cabeza, Julián Irías y otros como los Generales. Narciso Argüello, Andrés Murillo, Abraham Perdomo (salvadoreño, con fama de ser muy valiente, salió herido en la mandíbula inferior); Masso Parra, cubano, herido en una pierna y que tuvo la audacia de volarse así del tren en que venía capturado, cayendo en unos potreros, mientras el convoy corría a gran velocidad. Poco tiempo después apareció armado con un grupo, operando entonces como bandolero. Fue dispersado y huyó del país. También fue capturado el Padre y General Alfredo Volio, sacerdote costarricense, muy hombre y de mucho talento.

El Dr. Leonardo Argüello, venía como Delegado del Ejecutivo y no recordamos con qué rango, el Dr. Escolástico Lara.

Batalla de Masaya

Esta batalla, de grandísima importancia, cubriendo de gloria a las armas conservadoras y coronó de laureles a los Gnerales Bartolomé Víquez, José Solórzano Díaz, coroneles citados, oficiales y soldados, en su casi totalidad de Managua.

La lucha fue tenaz y enconada; hubo bravura por ambos lados. Comenzó a las ocho de la mañana y concluyó a las cuatro de la tarde, con un completo desastre, en que las tropas revolucionarias, después de tener completamente rodeado a Víquez, por los cuatro rumbos, se desmoralizó por comple-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

to, dejando muchos muertos y heridos y una gran cantidad de armas y municiones, siendo inexplicable por qué no usaron varias cajas de rifles engrasados, en las carretas que los condujeron, millares de tiros de rifles, ametralladoras y muchísimo parque de éstas, siendo el mejor trofeo un capote del Gral. Julián Irías, con la marca de su nombre en el cuello, abandonado en la huída. De nuestras no pocas bajas, tenemos que lamentar la muerte del Capitán Tiburcio Araica, uno de los ayudantes del Coronel Francisco Sánchez, cuyo cadáver fue sepultado en Managua, donde era muy apreciado por el Gremio Obrero, al cual pertenecía. Igualmente fue muy sentida la herida en un brazo del Coronel Ernesto Solórzano Díaz.

El ingreso a la Capital de la llamada "Columna de Occidente", fue entusiastamente recibido, pasando bajo once arcos triunfales y el clamor de un público delirante que saludaba a los héroes.

Candidato presidencial

Después de esta necesaria digresión diré que indudablemente los banqueros Brown Brothers y Seligman trabajaron en Nicaragua, a mi juicio, con mucha honestidad y creo que a ellos les resintió los ataques que frecuentemente recibían de parte de los opositores al Gobierno de Nicaragua, aun en los mismos Estados Unidos, y que por eso procuraron no seguir sus negocios en el país.

Al principio del año de 1916 recibí un mensaje firmado por don Diego Manuel Chamorro preguntándome en nombre de don Adolfo Díaz si yo aceptaría la candidatura de don Pedro Rafael Cuadra, como candidatura unificadora del Partido Conservador.

Ese cable fue una sorpresa para mí, lo que me hizo vacilar en mi contestación, pues yo no tenía razón alguna para rechazar a don Pedro Rafael, que como he dicho antes, a más de estar ligado con la familia Chamorro era un hombre honorable en todo concepto y con todas las cualidades necesarias para servir la Primera Magistratura de la Nación, pero por el otro lado, estaban todos mis amigos de Nicaragua que se habían estado agrupando para hacerle frente a cualquiera otra candidatutra que no fuera la mía y que desde hacía varios meses me venían previniendo para en caso me propusieran algún candidato de transacción que lo rechazara.

Así, pues, me encontraba yo ante un dilema muy difícil de resolver, porque cualquiera que fuera la solución que le diera dejaba siempre a una parte del Partido insatisfecha.

Después de honda meditación sobre este asunto decidí quedarme con el grupo que no estaba de acuerdo con don Adolfo Díaz en esa cuestión de candidatura, ya que consideraba, debo confesar, que me pareció ya mucho exigirme eso de estar cediendo y cediendo siempre. Además, yo pensaba que el hecho de haberme enviado a Washington como representante del Gobierno de don Adolfo Díaz, era para facilitarme ejercer la Presidencia de Nicaragua, es decir, para destruir en el Gobierno Americano la impresión que éste pudiera tener en mi contra por mi carácter de militar, carrera que yo he seguido sin embargo, solamente en casos de emergencia y en circunstancias especialísimas.

Después de haberme negado a aceptar la candidatura de don Pedro Rafael pedí licencia para regresar a Nicaragua, licencia que se me concedió

Al anunciar en el Departamento de Estado mi retiro de la Embajada, el Secretario me ofreció un barco de guerra que fuera a dejarme hasta San Juan del Sur. Esta cortesía me afianzó en la creencia de que mi candidatura era aceptable al Departamento de Estado, lo que logré comprobar después.

Llegada a Nicaragua

A mi llegada a Nicaragua recibí por todos los pueblos que transitaba la mayor ovación que puede esperar un político. Puedo decir, y lo digo con modestia, sin exageración alguna, que el pueblo de Nicaragua estaba conmigo, y por mi candidatura.

Ya en Managua hable con Díaz, con mis amigos y con mi familia para explicarles mi resolución de seguir adelante con mi campaña presidencial puesto que contaba con la simpatía del Departamento de Estado que tanta influencia moral tenía entonces.

Al mismo tiempo que se desarrollaban estos acontecimientos en el seno del Partido Conservador, el Partido Liberal hacía también sus gestiones en Washington por medio del doctor Julián Irías y don Salvador Calderón Ramírez, quien, aunque conservador, por las diferencias políticas de su hermano Manuel con mis tíos don Alejandro, don Pedro José y don Diego Manuel, adversaba mi candidatura.

Estos Agentes del Liberalismo consiguieron en Washington impresionar al Senador Borah y al Senador Smith, los que siempre que tuvieron oportunidad nos atacaron en el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, y se convirtieron, ellos mismos, en agentes del Liberalismo ante el Departamento de Estado.

Recién llegado a Managua tuve la pena de saber que un domingo recién pasado había habido una manifestación a mi favor en la ciudad de Masaya, donde los manifestantes pensaban recorrer las calles, pero que el Jefe Político, don Manuel García Otolea, decidió no permitirla después de haber dado la debida autorización y mandó la Policía a impedirla, pero los manifestantes, no habiendo hecho caso a las amenazas, tuvieron un fuerte choque con la Policía y ésta disparó sus armas contra ellos habiendo herido a unos cuantos, lo cual produjo el consiguiente resentimiento de la ciudadanía en contra de García Otolea.

Tal suceso me dió la tónica de lo que debía esperar, y por consiguiente, que para hacer una campaña electoral que llegara hasta el final, en caso se repitieran sucesos como el de Masaya, y para que no fueran atemorizados mis partidarios y no se debilitaran en sus trabajos, en la organización que me propuse dar a mis grupos electorales de cada Departamento, los hice encabezar y dirigir por personas de valor bien probado, lo cual me dió buen resultado porque en toda la campaña electoral, la que estuvo casi siempre amenazada de fuerte intervención de parte del Gobierno y de los "amigos del Gobierno", nadie se amilanó, antes por el contrario siempre iban adelante con la propaganda cada vez con mayor entusiasmo.

Candidatura de Cuadra Pasos

Había olvidado decir que con mi contestación, desde Washington, a la propuesta de la candidatura de don Pedro Rafael Cuadra, esa candidatura desapareció del escenario político, indudablemente porque don Pedro Rafael no aceptó que su nombre saliera a figurar en forma candidatural en oposición al mío, pero entonces se me enfrentó el de su hermano, el Dr. Carlos Cuadra Pasos, que estaba con todo el vigor y entusiasmo de la juventud y de su gran talento y preparación intelectual.

Con todo y las grandes cualidades del Dr. Cuadra Pasos, no ví en esa maniobra, ninguna posibilidad de entorpecimiento a mi candidatura y seguí, junto con mis amigos, haciendo la campaña electoral, como dije antes, cada vez con mayor vigor.

En el trascurso de la preparación de esta campaña electoral, el Dr. Julián Irías y don Salvador Calderón Ramírez resolvieron trasladarse de Washington a Managua para ver qué combinación política podían hacer con los que en el Gobierno me adversaban, a fin de lanzar contra la mía una candidatura libero-conservadora.

Felizmente, el plan de esos señores fracasó, porque ni en los del Gobierno, ni en el Dr. Cuadra Pasos, encontraron eco tales oberturas y creo firmemente que el rechazo de tales propuestas dió lugar a que las dificultades entre los hombres del Partido del Gobierno y el Partido Conservador, representado por mí, terminaran precisamente el 15 de septiembre de 1916, con un convenio firmado entre ambas agrupaciones.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Los amigos del Gobierno

El Partido del Gobierno, o los Amigos del Gobierno, como se le conocía en ese tiempo, estaba formado por todos los empleados públicos y alguno que otro conservador que simpatizaba más, por amistad personal, con el Dr. Carlos Cuadra Pasos y don Adolfo Díaz, que conmigo.

La noticia que el Dr. Cuadra Pasos y don Adolfo Díaz habían decidido entrar en un convenio me llegó a San Andrés de la Palanca donde estábamos celebrando una hermosísima manifestación a mi favor en casa del Coronel Andrés Sánchez. Tan importante noticia transmitida a los manifestantes causó un efecto electrizante en todos ellos e inmediatamente, uno de tantos oradores tomó la palabra y propuso que no me fuera yo solo con un grupo de mis acompañantes a Managua para tratar de esos arreglos con los "Amigos del Gobierno", sino que me viniera con todos los manifestantes, aunque fuera a pie, como efectivamente lo hicimos, entrando a Managua a la cabeza de la manifestación política más grande que hasta entonces se había visto recorrer las calles de la Capital. La circunstancia de que se estaba celebrando el 15 de Septiembre, le daba a aquel acto mayor esplendor y entusiasmo, por el número de gente que de todas partes salían en grupos a agregarse a la manifestación.

Una vez en Managua me dediqué a ocuparme de las bases del arreglo. Sin dificultad llegamos a la conclusión de un entendimiento cuyas bases comprendían, entre otras cosas, la aceptación por parte del Dr. Cuadra Pasos y de los "Amigos del Gobierno" de mi candidatura, comprometiéndome yo a no ver en los que habían figurado entre aquellos ninguna diferencia con los conservadores que me apoyaban; a nombrar al Dr. Cuadra Pasos, Ministro de Nicaragua en Washington; y a aceptar como Vice-Presidente a don Nemesio Martínez, amigo del Dr. Cuadra Pasos.

Dados a conocer estos arreglos a los manifestantes desde los balcones de la Número Uno fueron aceptados con júbilo por aquellos, habiéndose disuelto la manifestación con gran entusiasmo de parte de todos los concurrentes.

Desde el siguiente día principié a ponerme en contacto con don Adolfo Díaz y con el Dr. Cuadra Pasos, para encontrar la mejor forma de hacer en conjunto los trabajos de la campaña electoral mientras se llegaba el día de efectuar la elección y con buen beneplácito declaro que no tuve ninguna dificultad por parte de esos señores, pues su colaboración me fue muy útil porque me facilitaron grandemente mis trabajos electorales.

Por mi parte estuve dispuesto en cumplir al Dr. Cuadra Pasos mi compromiso de nombrarlo Ministro en Washington, pero seguramente por intrigas que nunca faltan y el retraso de unos dos o tres meses que involuntariamente tuve para hacer dicho nombramiento, dió lugar a que el Dr. Cuadra Pasos considerara necesario enviarme su renuncia irrevocable para tal designación, lo cual sentí muchísimo, pues yo creía que él junto con su sobrino, el doctor Joaquín Cuadra Zavala, habrían hecho mucho bien por Nicaragua en aquella destacada posición.

Por ese tiempo se publicaron algunos artículos en los periódicos, artículos escritos, según parece, desde el sector de mis partidarios, desaconsejando el envío del Dr. Cuadra Pasos a Washington, y es probable que él haya creído que aquellos escritos eran hechos por insinuación mía, lo que no era así en verdad, ya que yo tenía verdadero interés en su nombramiento.

Presidente de la República

Con el convenio anteriormente celebrado y el retiro de la plataforma de Irías y Calderón, no tuve ya ningún esfuerzo alguno que hacer, sino el de esperar el día de la elección, ser electo por una votación abrumadora, y tomar posesión de la Presidencia de la República de la que fuí investido el 1º de Enero de 1917.

Por el tiempo en que fuí electo Presidente, ya no vivíamos, mi señora y yo, en la casa de don Fernando Solórzano, sino en la que alquilábamos frente a la de don Teodoro Delgadillo, y que quedaba frente al actual Palacio de Comunicaciones. De esa casa salí para tomar posesión de la Presidencia en el Palacio Nacional e irme enseguida a residir en la Número Uno que hasta ese día ocupara don Adolfo Díaz.

Aunque ya tenía yo 46 años de edad, me consideraba aun más joven, por lo que resolví rodearme en el Gobierno de personas de mayor edad que la mía, y para escoger libremente mi Gabinete me trasladé a Comalapa, para revisar allá en la paz y tranquilidad de mi querido pueblo, la nómina de personas que yo conocía y que eran idóneas para desempeñar los distintos cargos del Gobierno. Quería estar solo y lejos de las intervenciones e influencias de mis amigos para hacer esas designaciones.

Así lo hice, y a mi regreso de Comalapa traje en la lista de la familia gubernamental al doctor Rafael Cabrera, al doctor Alfonso Solórzano, a don Martín Benard, a don Gordiano Herdocia, a don Venancio Montalván, al doctor David Arellano, a don Eduardo Lacayo y a otros más.

Como es costumbre que al inaugurarse una nueva administración los Ministros de la anterior presenten sus respectivas renuncias, se les admitió las que presentaron los señores, doctor Alfonso Ayón, de las Carteras de Gobernación, Policía, Beneficencia, Gracia y Justicia; don Eulogio Cuadra, de las Carteras de Hacienda y Crédito Público y de Fomento y Obras Públicas; don Diego Manuel Chamorro, de las de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública y el doctor don Benjamín Cuadra, de la de Guerra y Marina, organizando yo mi Gabinete con los siguientes nombramientos: para la Cartera de Gobernación, Policía y Negocios Eclesiásticos, al doctor don Rafael Cabrera; para la de Beneficencia, Gracia y Justicia, Fomento y Obras Públicas, al Dr. don Alfonso Solórzano; para la de Hacienda y Crédito Público, a don Martín Benard; para la de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública, al Ing. don José Andrés Urtecho y para la de Guerra y Marina, al General don Tomás Masís. Nombré también como Sub-Secretarios a los señores don Adán Cárdenas, doctor Arturo Arena, doctor Emilio Alvarez, don Juan José Zavala y don Luis E. Rivas respectivamente.

Una vez organizado el Gabinete comenzó mi Gobierno a funcionar. Todos los Ministros tenían mis instrucciones de proceder con suficiente independencia para estudiar los casos que se presentaran y para que todo fuera resuelto concienzudamente. Sólo en casos muy especiales les pedí pusieran en mi conocimiento el problema que se presentara para que juntos, en perfecto acuerdo, resolviéramos lo que hubiera de hacerse.

En la primera reunión que tuve con mi Gabinete le informé, aunque sus miembros ya lo sabían, de la situación precaria en que estaba el Tesoro Nacional, esto es, que no habían más que deudas, y que con las rentas aduaneras comprometidas para pagar los bonos de la Ethelburga y un pequeño empréstito de los banqueros Brown Brothers y Seligman, el Gobierno estaba sin vida propia, por lo que sólo podíamos disponer de las rentas provenientes de los impuestos del tabaco, del aguardiente, y algunos otros que no eran provenientes de las Aduanas, como el destace, timbres, papel sellado, correos, telégrafos y teléfonos.

Probidad en las Rentas

Les hice ver que sólo vigilando mucho estas rentas para que su colecta fuera eficaz y completa y no hubiesen filtraciones, podríamos quizá llegar a levantarlas a un nivel en el que lograríamos pagar el pequeño Presupuesto de la República.

Con esta idea en mente yo mismo me avocaba todos los días con el Ministro de Hacienda y con el Administrador de Rentas, don Carlos Huete Herrera, para saber lo que se había colectado el día anterior, y a uno y otro les recomendaba el mayor acierto en la escogencia de los Inspectores de Ha-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

cienda que son el meollo de la Renta de Licores, porque en ese tiempo estaba el país infestado de fábricas clandestinas de aguardiente.

Esta vigilancia principió a dar tan buenos resultados que desde un principio se vió cómo la producción de la renta de aguardiente del Gobierno subía grandemente en cada población donde se ejercía estrecha vigilancia por los Inspectores, y yo, personalmente, procuraba estimular a éstos haciéndoles llegar a mi despacho para hablar con ellos y hacerles ver lo importante de la misión que en aquellos momentos estaban desempeñando para el país y el Gobierno.

El Plan Lansing

Yo me encontré, al tomar posesión de la Presidencia, que el Representante de los banqueros no permitía que se usara ni un centavo de los fondos de las entradas aduaneras para el servicio de cubrir el Presupuesto y sólo le quedaba al Gobierno, como dije anteriormente, las rentas internas, por eso yo veía como una acción patriótica la labor de los Inspectores de Hacienda contra los contrabandistas porque sólo con esa esperanza de llegar a cubrir el Presupuesto con los fondos de esas rentas internas es que yo podría seguir manteniendo mi actitud ante el Ministro Americano, Mr. Benjamín Jefferson, para no aceptar la proposición que por su medio hacía el Departamento de Estado, en una larga nota pidiendo al Gobierno que solicitara un fiscal que viniera a controlar los gastos de la Administración Pública.

Confieso que la primera impresión que tuve al recibir esa solicitud, bien rara por cierto del Departamento de Estado, me exalté un poco, porque la encontraba hasta ofensiva y por eso le dije a Mr. Jefferson: "Señor Ministro, no hay medio que a mí me hagan firmar esa solicitud, primero me cuelgan de una de las vigas de *este edificio!*"

Sin embargo, el Ministro no se dió por vencido y de vez en cuando insistía en tal solicitud, aunque poco a poco fue disminuyendo la tensión sobre la fiscalización y así se llegó hasta el mes de Noviembre en que por fin se aceptó que la Comisión Mixta, compuesta por el doctor Carlos Cuadra Pasos, y los norteamericanos Arthur R. Thompson y Otto Schoennch, interviniera en los gastos mensuales del Presupuesto que ascendían a 26,666 córdobas.

A esta suma había quedado reducido el Presupuesto en el famoso PLAN LANSING.

Fue por sugerencias de la misión liberal que en Washington encabezaban el Dr. Julián Irías y don Salvador Calderón Ramírez que el Departamento de Estado presentó esas exigencias, pues era otro el juicio, a mi entender, el que el Departamento tenía formado del Partido Conservador y de mí, personalmente, juicio que había sido emitido por el primer Recaudador General de Aduanas, Mr. Abraham Lindberg, el que había informado que yo era un hombre poco apegado al dinero, pues que mi mayor inclinación era la de querer mantener el bien cimentado prestigio que yo tenía en la opinión pública.

Pero me he alejado del problema principal de mi Gobierno cual era el de las dificultades económicas que pasaba para cubrir el Presupuesto mensual, por lo que mi empeño se había dirigido especialmente a incrementar las rentas internas existentes y a crear otras que también pudieran ser juzgadas como tales, por ejemplo, el impuesto sobre el corte de maderas, y algunas otras.

Con la renta del aguardiente se estaba reduciendo en gran parte el déficit mensual del Presupuesto, por lo que yo siempre insistía en llamar a mi presencia a los Inspectores de Hacienda para estimularlos y decirles que con los defraudadores de la Hacienda Pública yo no guardaba consideración alguna, aun cuando fueran mis amigos personales o políticos y que ellos, los Inspectores, deberían hacer lo mismo, y que si alguien les denunciaba que en la Casa Presidencial había una fábrica de aguardiente clandestina, hasta allí, a la Casa Presidencial, debían de llevar el imperio de la ley.

Lucha contra el contrabando

Recuerdo bien que exagerando mi estímulo en la persecución al contrabando les decía que yo consideraba mayor ofensor a la Ley el que ponía una fábrica de aguardiente, en aquel entonces, que el que mataba a un individuo en defensa propia.

En esta forma, conseguí, casi por completo, destruir el contrabando en el término de un año.

En una de tantas persecuciones del contrabando, los Inspectores de Hacienda encontraron una fábrica clandestina de un amigo mío que me había ayudado mucho en mi campaña electoral. Se trataba del joven joyero Gregorio Cuadra Calvo, y conociendo el Director de Policía los vínculos de amistad que me ligaban con él y sabiendo de su participación activa en la campaña electoral a mi favor, me llamó por teléfono para informarme del conflicto en que se encontraba antes de ir a capturar a Cuadra o dejarlo en libertad, a lo que le ordené: "Proceda inmediatamente a su captura, pues no hay lenidad para nadie".

Esto dió por resultado que el joven Cuadra, avergonzado de haber sido descubierto manejando una fábrica clandestina de aguardiente, después de haber pagado la multa correspondiente, vendió su taller de joyero y salió de Nicaragua para no regresar más, habiéndose radicado en San Francisco de California, donde ejerció su oficio con éxito, y vivió apreciado por la numerosa colonia nicaragüense de aquella ciudad y donde encontró el descanso eterno sin haber censurado nunca mi comportamiento rígido para con él.

Otros que sufrieron el ser descubiertos con fábricas clandestinas fue un señor Centeno que era un verdadero especialista en instalaciones de esa clase, y el General Carlos Pasos, quien viéndose tan hostigado por los inspectores, resolvió abandonar ese ramo de sus negocios y se trasladó a la Costa Atlántica, para ejercer allí sus actividades y talento industrial en otros ramos que le dieron mayores utilidades tanto para sí como para el país.

Libertad de Imprenta

Recuerdo que en mi discurso inaugural emití conceptos e ideas en las que aun creo firmemente y las promesas que entonces hice al pueblo entero de Nicaragua, creo, también firmemente, haberlas cumplido.

Dije entonces que como Supremo Mandatario del país me hallaba en el deber de velar porque se mantuviera inviolable el respeto al derecho y garantía de los asociados y que sería el más celoso guardián y el más estricto ejecutor de la Constitución y de las leyes, penetrado, como aun estoy, de que tan gravemente se subvierte el orden público cuando de parte de los ciudadanos falta el acatamiento debido a la autoridad, como cuando de parte de ésta se menosprecian la ley y la seguridad común.

Comprendía que el puesto en que me había colocado la voluntad nacional me convertía en el centro de las aspiraciones divergentes de los partidos, y en ese concepto, sin animosidades para nadie y con espíritu de conciliación para todos, siempre que se tratara de la observacia del deber me sobreponía a simpatías e intereses políticos para considerar tan sólo a los nicaragüenses como hijos de una misma madre, con una misma libertad y unos mismos derechos.

En cuanto a la libertad de imprenta, baluarte de las otras libertades y poderoso auxiliar de los gobiernos cuando se inspira en los principios de justicia y dirige su acción a promover el bienestar social, siempre tuvo en mí un decidido sostenedor. En mi período de mando la voz de la prensa no enmudeció nunca bajo la amenaza, ni mucho menos fue causa de persecución oficial. Sus ecos hallaron en toda ocasión amplia vía para llegar hasta mí. Si venían cargados de censura razonada me sirvieron de advertencia y estímulo en el desempeño de mis funciones, y cuando me llegaban llenos de acerba hostilidad, descendiendo a la diatriba y la calumnia, opuse a ellos los procedimientos estrictamente ajus-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tados a la ley y al honor nacional, como en el caso de don Juan Ramón Avilés, del que haré especial referencia más adelante.

Prometí la educación del pueblo en forma gratuita y obligatoria como lo manda la Constitución, y lo cumplí. "Que todo el pueblo lea; que el pueblo se instruya, que conozca sus deberes y derechos; que adquiera la noción clara y práctica de bien vivir"; dije entonces y a ello dediqué mis mayores empeños.

Ley Agraria

Para promover el desarrollo agrícola me propuse crear escuelas de agricultura donde los jóvenes tuvieran oportunidad de adquirir conocimientos prácticos acerca de los mejores métodos de cultivo y mi Gobierno decretó una LEY AGRARIA que se adelantó a la de México y a la de muchos países de Europa.

Me esforcé en la construcción de buenas carreteras que permitieran una segura comunicación entre las poblaciones de la República no unidas por el Ferrocarril, para facilitar la exportación o intercambio de los productos agrícolas e industriales.

Fue objeto de mi constante esfuerzo que mi Gobierno fuera "del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", y lo fue.

Para llevar a cabo lo que puedo llamar mi plan de buen gobierno hice dirigir una Circular a todas las autoridades superiores de los Departamentos, Gobernaciones e Intendencias del país existentes entonces.

Tasita

Desde que llegué, pues, al poder tenía en mente hacer los fondos de las escuelas públicas en los pueblos. Esa ley se decretó durante mi período presidencial y todavía está vigente conocida con el nombre de TASITA.

Ley de Vialidad

Cuando joven me había dado cuenta de la injusticia que se cometía en la aplicación de la ley llamada de servicio público, la que se aplicaba únicamente a los trabajadores, y éstos estaban obligados a dar todos los años una semana de trabajo en la composición de caminos, reparaciones de calles, etc., etc., pero el que no era jornalero, es decir, el que tuviera algunos medios de vida, ése era exento de dar el servicio. Esa excepción, sin embargo, no estaba establecida por la ley, sino por la costumbre, por lo que resolví el estudio de otra ley que viniera a hacer precisamente lo contrario de la anterior, esto es, que exigiera más el servicio público al que tuviera más que al jornalero. Y así se pasó la ley conocida como LEY DE VIALIDAD, que aun está vigente también.

Por la Ley Agraria de 22 de Febrero de 1917 se mandaba distribuir los terrenos nacionales entre las familias que no tuvieran terrenos y que los solicitaran.

En una de las disposiciones de esta ley, quise incluir también los terrenos particulares que no fueran cultivados por sus dueños, pero un amigo político y personal mío, don José Dolores Mondragón, que ejercía gran influencia en el Congreso, me hizo desistir de tal propósito.

Mi plan para gravar los terrenos particulares consistía en ponerle un impuesto algo elevado y progresivo a los terrenos no usados por sus dueños, hasta el punto de que éstos se vieran obligados a abandonarlos por completo a la vista del monto de los impuestos, pero por la razón arriba apuntada se desistió de ese plan.

La ley sólo se refirió a terrenos nacionales y le daba a cada familia CINCUENTA HECTAREAS las que debían cultivarse en tres años al fin de los cuales el Gobierno le extendía el título de propiedad.

En el proyecto original de esta ley se contemplaba la posibilidad de complementarla con una ayuda básica de implementos agrícolas y animales como fundamento para una granja agrícola, pero la situación precaria del Erario dió motivo para reformar el proyecto aduciendo razones económicas.

Escuela de Agricultura

Como corolario de la Ley Agraria y con el propósito de fomentar la producción técnica de nuestra agricultura dí un decreto el 25 de Mayo de 1917 creando la Escuela Nacional de Agricultura en los terrenos de la finca nacional entonces, EL PICACHO, ubicada en el Departamento de Chinandega, en la cual se cursaría la carrera y se expediría el título de Labrador Científico.

La Escuela tuvo su Reglamento Interior y fue debidamente dotada. Puesta bajo la dirección de los señores don Enrique Navarro de Errazquín, de Mr. Casius Sibley y Mr. Diven Butler, verdaderos técnicos agrícolas, tuvo muy buen éxito hasta que por divergencias de pareceres en su dirección fue perdiendo su eficacia. Su segundo y último Director fue el Gral. Pascasio Bermúdez, liberal, graduado en Chile, lo que lo ameritaba para el cargo.

Fruto de esa escuela es la Cartilla del Finquero, de Arnoldo Robleto, aventajado estudiante, libro muy útil para los hacendados, que ha sido editado varias veces bajo la firma de Carlos A. Robleto, hermano de Arnoldo.

Esta Escuela de Agricultura de Chinandega fue la primera escuela oficial fundada en Centroamérica.

Primera Guerra Mundial

Cabe aquí recordar que durante mi período presidencial la Primera Guerra Mundial estaba en su apogeo en Europa y que los Estados Unidos se encontraban haciendo grandes preparativos para su propia intervención en el conflicto.

Naturalmente, Nicaragua entera era amiga y simpatizadora de los Estados Unidos, como lo ha sido después y lo seguirá siendo siempre, pero de vez en cuando surgían ciertas profundas diferencias por el modo de juzgar algunas cuestiones que se le presentaban al Gobierno.

Por ejemplo, aunque todo el Gabinete de mi Gobierno simpatizaba con los Estados Unidos, no creían algunos de sus miembros que fuera necesaria la declaratoria de guerra a Alemania. Cuando se reunió el Gabinete para tratar de ese asunto encontré la oposición de dos de sus miembros, personas muy estimadas por mí, los señores don Rafael Cabrera y don Eduardo Lacayo, quienes no estaban de acuerdo con la declaratoria de guerra por lo que prefirieron retirarse del Gabinete, sin dejar por eso de ser amigos de mi Administración.

En esas reuniones me pedían esos señores que les diera razones que justificaran nuestra declaratoria de guerra y yo les decía: "Si no hubieran otras, creo que estar los Estados Unidos en América y Alemania en Europa es razón suficiente. Mas si ustedes me ponen a Alemania en América con los principios democráticos de los Estados Unidos y a éstos en Europa con los principios teutónicos, entonces el caso sería diferente".

Firmemente creo que don Rafael Cabrera se retiró del Gabinete más por cansancio que por adversar a los Estados Unidos, porque en sus frecuentes visitas que me hacía después siempre lo encontré amigo de ese gran país.

La colonia alemana

Por otra parte, yo mismo me ví después en dificultades cuando el Gobierno Americano dispuso el embargo de los bienes de los alemanes y sus aliados en estos países.

Desde el año de 1885 yo conocía varias casas alemanas dedicadas a actividades comerciales e industriales en el país. Cuando yo las conocí ya tenían muchos años de establecidas, y como algunas de ellas quedaban frente a la casa de mi padre, me relacioné mucho con ellas y así pude observar sus simpatías por las gentes del país y las inclinaciones de sus varones a contraer matrimonio con señoritas nicaragüenses, lo que hacía que nosotros los

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

viéramos también con simpatía. Además, por su dedicación al trabajo y sus contactos con la sociedad del país eran para mi gentes insospechables de que pudieran tener contactos con su país de origen en contra de nuestra América. Por eso creí que despojar a aquellos hombres y familias que por muchos años había visto luchar para amasar una pequeña fortuna, me parecía algo inusitado e impropio, por lo que siempre le puse evasivas al Encargado de Negocios de los Estados Unidos ante mi Gobierno.

Considero que tal actitud fue mal interpretada por el Gobierno Americano.

Ahora, con más experiencia de los hombres y de la política, y de lo que son los intereses de país a país, he llegado a comprender que hasta cierto punto tenían razón los Estados Unidos al estarme pidiendo la declaratoria de guerra, —a la que no puse objeción alguna, procediendo a hacerla—, como tampoco habría puesto ninguna objeción al envío de elemento humano a los campos de entrenamiento militar para que después fueran a figurar también, al lado de las tropas norteamericanas en los campos de Europa, pero eso de despojar a ciudadanos pacíficos de sus bienes, aun me parece algo insólito.

Dos incidentes políticos

Otra cosa que también recomendé muy especialmente a mis colaboradores en el Gobierno, fue la honradez en el manejo de los fondos públicos, así como también me propuse que en mi Administración no hubiesen perseguidos, ni prisioneros, ni expulsados. Me cabe el orgullo de poder decir que durante mi Administración de 1917 a 1920 no hubo más que dos personas que sufrieron verse privadas de su libertad por causas que podríamos llamar "políticas". Una fue el Dr. Enoc Aguado, quien estuvo preso a causa de un escrito a la Corte Suprema de Justicia, —en el caso de una exhibición personal—, escrito que fue dirigido en términos injuriosos para el Presidente de la República, lo que realmente me molestó, no por lo que el Dr. Aguado dijera de mí, sino porque a mi juicio, la Corte, al ver los términos del libelo, tan impropios, debería habérselo devuelto para que lo enviara en los términos que la ley exige al tratarse del Jefe del Estado; y bajo esa primera impresión ordené fuera llevado a la cárcel. Pero muy pronto esa primera impresión se fue calmando, y considerando que el Dr. Aguado estaba recién casado y que su prisión causarín una seria molestia para su señora esposa, dí orden que se pusiera en libertad en el mismo día de su prisión y sin que nadie me lo pidiera.

El otro caso fue el de la prisión de don Juan Ramón Avilés, quien, estando el país en gran peligro de que se produjera una guerra entre Nicaragua y Costa Rica, escribió en "La Noticia", un editorial subversivo por el que procuraba producir la deserción de las tropas que de aquí se enviaban a la frontera de Costa Rica.

En esta ocasión, lo que dió motivo a su detención fue el haber don Juan Ramón llegado en persona a distribuir su periódico a la Estación del Ferrocarril donde se embarcaban 300 reclutas en el tren para Granada. La noticia de la llegada de don Juan Ramón a distribuir el periódico con el editorial subversivo me la dió el Director de Policía, sin embargo, no hice nada al respecto en ese momento, mas cuando tuve conocimiento de que a causa de su insana propaganda se habían desertado cerca de 50 reclutas en la ciudad de Masaya, entonces dí la orden de su prisión.

Por eso aun hoy, con mi sangre enteramente fría por los 90 años que llevo encima, al repasar los sucesos de mi Gobierno, me digo que si el caso se repitiera haría lo mismo hoy que lo hice entonces, porque no es posible admitir que por desahogo político se dañe al país en peligro de guerra.

Y ya que hablo de examen de conciencia pienso en este momento que si don Juan Ramón hiciera uno de la suya, muchos de sus violentos ataques contra mí deberían estársele haciendo ahora una carga pesada.

Obras viales

Pero volvamos a la labor desarrollada durante mi administración, que por contar con muy escasos recursos y no poder disponer de las rentas aduaneras tenía que ser aun más precaria su situación. También debe tomarse en cuenta la época en que se gobierna para poder juzgar las obras de progreso que cada gobernante haya realizado en el país. Hago esta salvedad porque no se puede exigir que en mi tiempo se hubieran hecho obras viales de la magnitud que se pueden hacer hoy día con las grandes y poderosas maquinarias que existen y sobretodo con la diferencia de política desarrollada por el Gobierno de los Estados Unidos en aquella época y la actual. Mientras que costó un mundo de labor al Presidente Díaz conseguir un préstamo de UN MILLON QUINIENTOS MIL DOLARES, ahora sólo para la Carretera al Rama le han facilitado a este Gobierno más de VEINTE MILLONES DE DOLARES.

Muchos de nosotros que viajábamos por el país en aquel entonces, vimos cómo el Ingeniero don Adolfo Cárdenas, de muy grata memoria, luchaba en los trabajos de carreteras con carretillas de mano, con piochas, macanas y barras, abriendo las trochas para construir los caminos de Managua a Matagalpa y de Managua a los pueblos de Carazo y Granada. Y así, venciendo innumerables obstáculos con esos inadecuados implementos, se construyó el camino a Matagalpa, lo mismo que el de los Pueblos. Las carreteras que ahora existen son casi las mismas que se iniciaron durante mi administración con excepción de la que va para León y la de Sébaco para Estelí y Nueva Segovia y la nueva y reciente para Granada. Naturalmente, las nuevas generaciones no conocen aquellas realidades porque es costumbre ahora el destruir los monumentos recordatorios de las administraciones pasadas. Así se destruyó en el llano de Las Calabasas el enorme aerolito que allí existía sobre el que se había colocado una placa que enseñaba a los viajeros que la ADMINISTRACION CHAMORRO había realizado la obra de la carretera a Matagalpa, y en el corte de El Crucero, en la carretera a Carazo, ingente obra de ingeniería que ha sido aprovechada hasta nuestros días, también se destruyó la placa en que se leía: ADMINISTRACION CHAMORRO.

Ya que estoy hablando de esta cuestión de caminos voy a referirme a una diferencia de criterio familiar que había en mi propio hogar, esto es algo en que mi esposa y yo estábamos en desacuerdo. Ella quería que en lugar de caminos me dedicara a la pavimentación de Managua, a lo que yo le replicaba: "Hagamos primero los caminos, que éstos nos darán el dinero para la pavimentación de Managua, pero eso será después!" Y cuando don Carlos Solórzano comenzó a pavimentar Managua ella me decía en tono triunfante: "Confiesa que era mejor pavimentar Managua que hacer los caminos que hiciste". Sin embargo, yo siempre creía haber escogido lo más conveniente.

Y ya que hago mención de mi esposa quiero hacer saber también que cuando llegamos a Casa Presidencial algunos de nuestros amigos le hablaban a ella sobre nuestros haberes familiares y cuando se daban cuenta de que nunca habíamos tenido una casa de habitación propia, le proponían negocios con los que reunir fondos necesarios para comprarla, mas ella siempre rehusó con entereza esas ofertas porque decía que nosotros debíamos salir de la Presidencia sin que nadie nos pudiera censurar la adquisición de bienes que no fueran correctamente adquiridos. "Por eso", agregaba ella 'me he quedado con mi servicio de casa, pagado con el sueldo de mi marido. Todo lo que nosotros nos llevaremos de la Casa Presidencial será lo que trajimos".

Probidad personal

En relación a estas observaciones de mi esposa, y su actitud en rechazar las oportunidades que se

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

le ofrecían de poder adquirir una casa de habitación que tanto ambicionaba ella, y evitando siempre aceptar algo que pudiera más tarde avergonzarnos o nos hiciera guardar silencio ante cualquier acusación de que habíamos usufructuado del puesto político a que nos había llevado el voto popular de la ciudadanía, creo que es oportuno mencionar aquí en qué consistían mis bienes en aquel entonces.

Se recordará que cuando llegué a Honduras me establecí en Comayagua donde formé una hacienda de ganado en los terrenos inmediatos a esta ciudad que eran propiedad de don Francisco Cáceres, hacienda que con la ayuda económica del Sr. Cáceres y en unión de mi hermano Evaristo Enríquez había logrado formar y a la que había puesto por nombre "La Ilusión". Esta moderna propiedad, que tenía muy buenas acequias para regar todos sus potreros con las aguas del río Costamaguapa, principié a trabajarla inmediatamente después de mi arribo a Honduras y para el tiempo de la Revolución de la Costa estaba completamente formada. Así es que cuando triunfó la Revolución y nos establecimos en Managua y yo resolví quedarme definitivamente en el país y trabajar en Nicaragua en vez de Honduras, pensé en adquirir alguna otra propiedad, ya que mis trabajos en una hacienda de café en jurisdicción de Matagalpa habían sido completamente abandonados y perdidos después de tantos años de abandono. Es muy probable que por mi natural inclinación a la ganadería ya no tuve interés en procurar rehacer la hacienda "El Picacho" que así se llamaba la hacienda de Matagalpa, y entusiasmado por las proposiciones de mi amigo don José Dolores Mondragón, compré, en sociedad con él, la hacienda "El Peligro" que sita en la jurisdicción de Malacatoya, tenía don Florencio Gutiérrez.

Para la compra de esta propiedad vendí a mi hermano Evaristo, en 20,000 pesos plata, la parte que me correspondía, según los cálculos que hicimos, en la hacienda "La Ilusión". Esa suma, más el regalo que me hizo don Adolfo Díaz uno de tantos días en que llegué a visitarle, me sirvieron para principiar a trabajar en Nicaragua.

El regalo de don Adolfo a que he hecho referencia consistió en un paquetito qu contenía alrededor de 10,000 dólares. Y llamo yo regalo a esta suma por querer llamarla así, porque en realidad aquella suma era retribución por mis servicios militares que durante dos años que duró la Revolución había yo tenido derecho a recibir.

La hacienda "El Peligro" que compramos don José Dolores Mondragón y yo, creo que la suma de ONCE MIL DOLARES pagaderos una parte al contado y otra a plazos, llegó a ser una magnífica propiedad. Años más tarde, don José Dolores se separó de la sociedad por compra que yo le hice de su parte. Con esta transacción le cambié de nombre a la hacienda llamándola entonces: SANTA LASTENIA.

Algunos años después principié a comprar los derechos hereditarios de la hacienda RIO GRANDE que tenían algunos miembros de la familia Chamorro Bolaños.

Al primero que le compré esos derechos fue a don Agustín Bolaños Chamorro, y después, en distintas épocas, a sus hermanas y hermanos, doña Lola Bolaños de Chamorro, doña Pastora Bolaños de Argüello y don Miguel Bolaños Chamorro. Cada uno de estos derechos los adquirí por la suma de TRES MIL CORDOBAS.

La hacienda RIO GRANDE que perteneció al General don Frutos Chamorro y a su esposa doña Mercedes Avilés de Chamorro, le quedó a esta última a la muerte de don Fruto. La señora viuda de Chamorro, que sostuvo muchos pleitos judiciales en defensa de sus tierras, la conservó muy bien y de ella la heredaron las hijas que había procreado con su esposo.

Como he dicho anteriormente, de una rama de herederos adquirí yo casi la mitad de la extensión total de la propiedad.

Los dueños de la otra parte, que eran los que tenían oficialmente el manejo de la hacienda, y que aparecían como únicos dueños eran los hijos de doña Adela Chamorro viuda de Zavala y éstos fueron demandados por varios comuneros para la cesación de la comunidad, entre otros por don Vicente Solórzano y su esposa doña Paula Reyes. Este pleito terminó precisamente cuando yo estaba por tomar posesión de la Presidencia el 1º de Enero de 1917.

En uno de los días después de la inauguración de mi Gobierno recibí la visita de la Srita. Emilia Zavala, visita que me hacía con objeto de proponerme que siendo ellas, las señoritas Emilia, Adela y María Zavala de Palazio y yo los más fuertes tenedores de los derechos propietarios de esos terrenos, debíamos procurar no perjudicarnos en la subasta a que estaba sometida la propiedad por el juicio con la familia Solórzano, y que si yo tenía confianza podíamos nombar un solo representante para que fuera a la subasta, conviniendo de antemano en dividir la propiedad en caso fuera adquirida por dicho representante. Queriendo yo, también por mi parte, alejar la posibilidad de cualquiera mala inteligencia con la familia Zavala, le propuse que escogiéramos de antemano la manera de dividir la propiedad. Estudiando las escrituras encontramos que el río que nace en San Rafael del Norte y que desagua en nuestro Lago de Managua con el nombre de Río Grande divide la propiedad en dos, casi iguales, partes y entonces resolvimos que la una llegaría hasta la margen izquierda y la otra hasta la derecha, y como el lector recordará que al principio de esta mi Autobiografía referí que por los años de 1893-1894 estuve administrando esta propiedad y que había llegado a conocerla bien y a mantener la esperanza de que algún día sería mía, siendo precisamente la margen derecha la parte que me había despertado ese deseo al darme cuenta de su feracidad, la decisión de la Srita. Zavala de quedarse con la margen izquierda de Río Grande fue muy de mi agrado y tuvo, naturalmente, mi completa aceptación. Así fuimos a la subasta y una vez adquirida así, nos la dividimos.

Durante estuve en la Presidencia me dediqué a trabajar algunos potreros en RIO GRANDE y a aumentar un poco el ganado que me había correspondido en la división, que fue de 800 reses en total, número que con las compras que he hecho después y el aumento natural ha llegado como a 3,000 cabezas.

Durante mi estadía posterior en México, un exilio de diez años, —de 1939 a 1949—, y del que hablaré más tarde, pudo el administrador de mis bienes en Nicaragua, don Abelardo Enríquez, aumentarlos comprando en subasta pública las tierras de la hacienda SAN LORENZO en jurisdicción de Comalapa, Chontales; hacer la propiedad LA FRANCIA en terrenos de Miragua y Oluma que estaban incultos y acrecentar la hacienda SANTA LASTENIA hasta el punto de hacer de esta propiedad, originalmente de 500 manzanas, una de cerca de cuatro mil.

Una vida modesta

En verdad que yo he llevado una vida muy modesta y bastante restringida económicamente. A eso se debe que nunca pude darle el gusto a mi esposa de adquirir una casa propia donde pudiéramos descansar tranquilos sabiendo que aquello era nuestro, pero nunca pude reunir una suma de dinero con la que poder comprar una casa de habitación por lo que aún ahora sigo pagando alquileres a mis caseros.

Por otra parte, si es verdad que no pude darme la expansión de espíritu que necesitaba para consuelo de mi esposa y mío, he gozado, sin embargo, de la satisfacción de ver que mis adversarios políticos jamás han podido encontrar cómo atacarme por ese lado en que con tanta frecuencia se censura a los políticos, y mi satisfacción ha sido mayor cuando, antes por el contrario, he oído juicios laudatorios respecto al modo modesto de vivir de mi esposa y mío y sobre todo cuando se conoce que el pago del costo de alimentación y servidumbre durante mi permanencia en Casa Presidencial era hecho, íntegramente, de mi sueldo.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

La revolución de Tinoco

Durante mi administración ocurrió el golpe de estado de los Tinoco en Costa Rica, lo que dió lugar a una emigración escogida hacia Nicaragua. En ella llegaron, entre otros, don Julio y don Raúl Acosta, don Alfredo Volio, el Dr. Antonio Giustiniani, todos gente muy simpática que representaban la parte más sana de la sociedad costarricense, que llegaba a nuestra patria en busca de apoyo para derrocar a los Tinoco que por un golpe de mano se habían apoderado del mando.

Mi Gobierno tenía alguna simpatía por los Tinoco, o mejor dicho, no tenía motivo alguno para adversarlos que no fuera el modo con que alcanzaron el poder. Por eso no puse objeción alguna en recibir a don Manuel Aragón, que como Agente Confidencial de don Federico (Pelico) Tinoco había llegado a Managua y me presentó sus cartas credenciales; pero por la información que mi Gobierno obtenía de fuentes privadas llegué al convencimiento de que los Tinoco no gozaban de buen prestigio ante la opinión pública y se le ayudara o no a la emigración costarricense ellos siempre caerían.

Por eso comencé a gestionar por medio de su Agente Confidencial para ver de conseguir que Pelico Tinoco desistiera de ser el candidato a la Presidencia de Costa Rica, y que más bien apoyara a otra persona amiga y que después del período presidencial de esa persona lanzara él su candidatura. Pero mis gestiones no dieron ningún resultado y no fue sino hasta entonces que me decidí a dar el apoyo decidido de mi Gobierno a la emigración tica, como efectivamente se lo dí a don Julio Acosta. Por ese tiempo don Alfredo Volio, hombre de grandes méritos y prestancia de entre los emigrados, había fallecido a causa de haber contraído el virus de la fiebre amarilla a su paso por el puerto de Amapala, Honduras. Tanto para mi personalmente, como para la sociedad de Granada, donde don Alfredo fue muy apreciado, su muerte fue muy sentida.

Caídos los Tinoco e inaugurado el nuevo Gobierno de don Julio Acosta en la vecina República de Costa Rica no tuve ya por esa frontera preocupación alguna durante el resto de mi período presidencial.

A la verdad, que como yo no tenía adversarios políticos exilados por mi causa fuera del país, no tenía nada que temer por las actividades de emigraciones hostiles. Las personas que habían salido del país lo hacían por causas puramente personales, y a muchas de ellas mi Gobierno les ayudaba con el pasaje. Muchos querían ir a ganarse la vida a los Estados Unidos principalmente, y mi interés era de que jóvenes nicaragüenses fueran a los Estados Unidos con el objeto de que aprendieran inglés y de que aumentaran sus conocimientos en los ramos de las industrias en que trabajaran para que a su regreso a Nicaragua fuesen obreros especializados y de mejor calidad. Yo deseaba que los adelantos y la técnica norteamericana se generalizaran en el país, a eso se debió que la Escuela de Agricultura fuera dirigida por profesores norteamericanos y que profesoras de la misma nacionalidad se hicieran cargo de la Escuela Normal de Señoritas.

La Educación Pública

Mi Gobierno le dió gran atención a la educación pública en todos sus aspectos morales y materiales. Estando para abrirse el curso académico de 1917 a 1918 y teniendo mi Gobierno el propósito de dar a la enseñanza nacional el mayor y más práctico desarrollo que estuviera en armonía con las crecientes necesidades de la nación y el incremento de los recursos que al ramo de Instrucción Pública se dedicarían, creí conveniente oír las opinión de los profesores más versados y experimentados del país y como la mejor forma para conocer esa opinión era la de convocar un Congreso de Profesores para en cuyas sesiones se pudieran discutir las proposiciones del Poder Ejecutivo, el dos de Marzo de 1917 se dió un Decreto para ese efecto.

Fueron muchas y muy variadas las tesis presentadas a la consideración del Congreso y no cansaré a mis lectores con una lista completa de ellas. Por ese Congreso se verá el interés puesto en el problema de la educación, y para que el Congreso tuviera el mayor éxito nombré una Comisión ejecutiva compuesta por Monseñor José Antonio Lezcano y Ortega, venerado Arzobispo de Managua, ex-Profesor de Religión en la Escuela Normal de Institutoras; don Pablo Hurtado, Director del Instituto Nacional Central; el Hermano Apolinar Pablo, Director del Instituto Pedagógico de Varones; el doctor Camilo Barberena Díaz, Director del Instituto Nacional de Oriente; el doctor José D. Mayorga, Director del Colegio de Varones de Managua; y el doctor Juan Manuel Siero, profesor de lenguas vivas en la Escuela Normal de Institutoras. El Congreso tuvo mucho éxito y la labor realizada en el Ministerio del Ramo por el doctor don David Arellano y el doctor don Emilio Alvarez Lejarza fue excelente.

Jura de la Bandera

Al acercarse las fiestas patrias y considerando —como decía en el Decreto— "que es un deber del Estado inculcar a los niños de las escuelas la idea de amor y respeto a la enseña nacional, haciéndoles sentir cómo se le debe fidelidad indeclinable" establecí como obligatoria para todos los colegios y escuelas de primera y segunda enseñanza LA JURA DE LA BANDERA NACIONAL.

Se escogió como fecha más apropiada para celebrar esa fiesta patria el 14 de Septiembre, conmemorando en ella la gloriosa acción de San Jacinto librada el 14 de Septiembre de 1856, fecha de inmarcesible gloria para la República, en la que el General José Dolores Estrada al mando de una pequeña fuerza legitimista, es decir, conservadora, derrotó a las fuerzas filibusteras de William Walker al mando de Byron Cole. Así se cumplía con el doble propósito de rendir culto a la bandera nacional, símbolo de la patria, y rendir homenaje a los próceres de la libertad.

Para darle el mayor esplendor a la Jura de la Bandera se decretó también un Reglamento en el que se detallaban la forma y manera de llevar a cabo ese importante acto público. Durante mi administración las fiestas patrias revistieron siempre gran solemnidad.

Recuero que al mes siguiente de haberse instituído la celebración de la Jura de la Bandera como fiesta cívica nacional, la sociedad de Managua en particular y la de toda la República en general, se enlutó con la muerte del distinguido ciudadano doctor Teodoro Delgadillo, cuya vida meritoria al servicio de la Patria fue un timbre de honra para Nicaragua. Naturalmente se declaró motivo de duelo nacional en consideración a los dilatados servicios que el doctor Delgadillo había prestado en distintos puestos de las administraciones de los famosos 30 años y en consideración también al cargo de Senador que ejercía al tiempo de su muerte. Se comisionó al Ministro de la Gobernación, don Eduardo Lacayo, al Jefe Político del Departamento de Managua, don Juan de Dios Matus y a don Miguel Cárdenas para que representaran al Poder Ejecutivo en los funerales, habiendo llevado la palabra oficial el doctor Salvador Castrillo. El doctor Delgadillo era el abuelo de mi buen amigo el General Carlos Rivers Delgadillo.

Escuela Normal

Olvidaba referirme a una mejora que se trató de introducir en la Escuela Normal de Institutoras, cual fue la de traer profesoras norteamericanas para dicha Escuela, mas a causa de un error, nuestro Cónsul en San Francisco, California, escogió a dos profesoras muy disímiles en su aspecto físico, Miss Reina Bullis, muy alta y gruesa, y Miss Fare, muy pequeña y delgada, por tal motivo las alumnas se burlaban de ellas, sin poder ellas implantar la disciplina necesaria en la escuela a pesar de su gran competencia.

Sin embargo, quise salvar esta cuestión enviando a las mejores estudiantes de la Normal a estu-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

diar, a los Estados Unidos, cursos de post-graduadas. Escogí para ello a un grupo de ocho señoritas, todas muy bien acreditadas por sus estudios y conducta. Recuerdo que cuando se fueron a despedir de mí les recomendé mucho que pasearan poco, que estudiaran mucho y que no se casaran por allá sino que regresaran al país a dar unos años de servicio a la Normal para que la organizaran al estilo norteamericano. Una de las últimas en depedirse fue la Srita. Juanita Molina, la que a decir verdad parecía la menos agraciada, físicamente hablando, de todo el grupo y quizás por eso me esforcé más en hablarle de la poca atención que debería darle a las cosas de Cupido. Sin embargo, esta compatriota nuestra contrajo matrimonio, como las otras compañeras, se quedó fuera del país, y varios años después junto con su niñita, ya en la flor de su edad, resolvió hacerse desaparecer del mundo por desavenencias matrimoniales, suicidándose.

De las ocho muchachas que envié a estudiar con buena dotación mensual para que no se vieran en dificultades económicas, me parece que ninguna regresó al país quedándose en los Estados Unidos, donde algunas de ellas son aun profesoras al servicio del Gobierno Americano, otras han muerto, y nuestra compatriota, Zoraida Matus, casada con el Coronel Lewis, es hoy día la Presidenta de la Unión de Mujeres Americanas. Ella actualmente vive en New York.

Ley Castrillo

Movido por la necesidad de leyes para defensa de la mujer y para tratar de evitar la enorme proporción de hijos ilegítimos en el país, me propuse dar una ley que obligara al seductor a casarse con la seducida bajo pena de prisión si no lo hacía.

En mis viajes por el exterior me había fijado en el poco aprecio que se tiene al hijo ilegítimo, ya que las leyes obligan a casarse al que seduce a una mujer. En los Estados Unidos, no hay quien seduzca a una joven sin que vaya con ella donde el juez de paz o el sacerdote para casarse con ella aunque después se divorcie.

Encomendé al Dr. Salvador Castrillo para que elaborara el correspondiente Decreto que contenía la ley que fue conocida como la LEY CASTRILLO. Hubo varios casos sobre quienes recayó el peso de la dicha ley, uno de ellos fue el del poeta y escritor cubano don Eduardo Zamacois a quien se detuvo, ya para embarcarse en San Juan del Sur, y a quien se obligó a casarse como mandaba la ley.

La Corte Suprema de Justicia no estuvo de acuerdo con la Ley Castrillo, y en el primer caso que ocurrió de amparo ante ella la declaró inconstitucional.

Desde que llegué a la Presidencia me dediqué con tesón a trabajar en todos los ramos de la Administración especialmente en el de Hacienda, el de Fomento y el de Instrucción Pública. Ya expliqué cómo con sólo las rentas internas llegamos a cubrir, casi en su totalidad el Presupuesto. Parecía que en Nicaragua había ocurrido un resurgimiento general que la gente atribuía a mi buena suerte, pues la producción agrícola fue muy buena, así como los precios de los productos que se obtenían en los mercados mundiales, hasta el punto que el Gobierno Americano que deseaba verme en dificultades económicas, estaba sorprendido de ver la prosperidad de que gozaba el país. Los obreros vestían pantalones de casimir, camisas blancas bien aplanchadas, sombreros de paja, y había generalmente en el ambiente una alegría de vivir sin las angustias de una situación desesperada. Sin embargo, el Gobierno Americano no nos permitía aumentar el miserable presupuesto con que trabajámos. Y a eso quizá se deba de que las gentes no aprecien en su justo valor la labor conservadora de los 18 años.

Edificios escolares y becas

El período para el que fuí electo era de cuatro años, de manera que el mío terminaría el 31 de diciembre de 1920. Realmente, cuatro años es un período corto para desarrollar un programa extenso de trabajo, sin embargo, aunque en pequeña escala y con un Presupuesto raquítico, casi miserable, traté de emprender todas las mejoras que Nicaragua necesitaba y que aun necesita. Hago esta consideración al recordar que emprendí la construcción de edificios modelos para escuelas públicas, que fueran de un tipo uniforme para que dondequiera que se vieran se reconocieran como la escuela del lugar. Desgraciadamente las rentas eran tan exiguas que no se pudo continuar el plan y solamente puede hacerlo en Masaya, Sabana Grande y Niquinohomo. Confieso que ese proyecto de edificios escolares uniformes se está realizando ahora, pero la idea fue iniciada durante mi Administración.

También encargué los planos para la Universidad Nacional en Managua al Ingeniero don Tránsito Sacasa, de grata memoria, planos que fueron elaborados por él pero que no pudieron llevarse a cabo por las razones arriba señaladas.

Siempre con miras a la protección de la enseñanza pública y a su favorecimiento, mi Gobierno dió el derecho de extender títulos de Bachiller a los Colegios particulares, aun cuando estos no fueran católicos, pero que fueran cristianos y que sus enseñanzas se ajustaran a los principios morales reconocidos.

Deseo también declarar que considero que en ninguna época los padres de familia han tenido tantas facilidades para conseguir becas para los Colegios de Segunda Enseñanza como las que obtuvieron en mi período administrativo, pues a nadie que la pidiera se le negó. Los Colegios de los Salesianos, de los Hermanos Cristianos y, posteriormente, el de los Jesuítas, estaban llenos de bequistas. La prosperidad de los Colegios mencionados se debió precisamente a eso. Lo atestiguo con ellos mismos, como también atestigo con los padres de familia de aquella época que a ninguno, para darle una beca, se le preguntó por su filiación política, esto es, si era liberal o conservador, pues lo único que se les exigía era de que fueran nicaragüenses.

Economía y Fomento

En el ramo de la economía nacional logré comprar el 51% de las acciones del Ferrocarril y también las del Banco Nacional, las que aunque no conseguí comprarlas todas dejé buenas y sustanciales abonos hechos.

En el ramo de Fomento mi labor fue un poco mayor. Emprendí los trabajos de carreteras, a las que ya hice referencia, además de los trabajos del camino a Juigalpa y La Libertad, trabajos que estuvieron a cargo de Mr. O'Reardon.

Al capital extranjero le dí toda clase de facilidades para sus inversiones en el país pero estando empeñado en la Primera Guerra Mundial el capital tuvo muy poco movimiento internacional.

A propósito de la Primera Guerra Mundial se recordará que durante mi período presidencial rompimos relaciones diplomáticas con Alemania y sus aliados. Por el Decreto Legislativo de 18 de Mayo de 1917 se facultó al Poder Ejecutivo para conceder al Gobierno de los Estados Unidos "el uso de los puertos, aguas territoriales, vías de comunicación y toda otra facilidad análoga" que fuera necesaria durante el conflicto. También se declaró que los súbditos alemanes residentes en el país podrían continuar en él sin ser molestados en manera alguna, sujetos a la observancia y respeto de las leyes y autoridades de la República.

Ya hice referencia a mi actitud en este último respecto y a ella refiero nuevamente a mis lectores.

Paz de Versalles

Así como le declaramos la guerra a Alemania, así también firmamos la paz con ella, para lo cual Nicaragua envió como Delegado a las Conferencias de Versalles a mi padre, don Salvador Chamorro, quien llevó como Secretario al doctor Salvador Guerrero Montalván.

Aunque el doctor Salvador Guerrero Montalván

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

había sido excelente colaborador de mi Gobierno en la Subsecretaría de Gobernación con el doctor Rafael Cabrera como titular, este nuevo nombramiento despertó cierto interés en el Conservatismo que deseaba averiguar si el Dr. Guerrero Montalván pertenecía a nuestro Partido.

El Doctor Guerrero Montalván me fue presentado por el Dr. Rafael Cabrera, hombre que gozaba de toda mi confianza y estimación y de quien estaba seguro le interesaba el buen nombre de mi Gobierno, y así como fue él quien lo llevó al Ministerio de Gobernación, así fue él también quien me lo recomendó para la Secretaría de la Delegación a Versalles. El Dr. Cabrera me declaró con toda franqueza que el Dr. Guerrero Montalván era liberal pero que su preparación y honradez eran sus prendas de garantía, las que yo también acepté como buenas.

Debo confesar que a pesar de que hubo alguna inconformidad en mi Partido por el nombramiento del Dr. Guerrero Montalván, éste desempeñó su cometido brillantemente y mi padre quedó sumamente satisfecho de su actuación y guardó siempre, para él y su señora esposa, doña Octavianita, la más alta estimación, y yo mismo, desde entonces, conservo las mejores relaciones sociales con ellos.

A esa misma Conferencia de Paz de Versalles concurrió el Presidente de los Estados Unidos, Mr. Woodrow Wilson, con sus famosos CATORCE PUNTOS, los que fueron aprobados por la Comisión de Paz Internacional pero que también fueron rechazados por el Congreso Norteamericano al regresar él a los Estados Unidos.

Límites con Honduras

De esa Conferencia resultó la creación de la Corte de Justicia Internacional de La Haya, que recientemente dió, con gran sorpresa de nuestra parte, su fallo adverso a nuestra causa en la cuestión de límites con Honduras.

A propósito de la cuestión de límites con Honduras deseo referirme a un incidente fronterizo que causó gran revuelo en aquel entonces. Me refiero al incidente ocasionado por el Coronel F. Bartolomé Ibarra, Jefe Político de Nueva Segovia.

Por motivo de que el Coronel Ibarra había enviado un pequeño resguardo de hacienda a los caseríos de Las Trojas y Potrerillos, de la comprensión de Jalapa, en persecución de conocidos contrabandistas, y por el hecho de haber capturado a unos de ellos, la Cancillería hondureña envió a la de Nicaragua una enérgica protesta, manifestando su indeclinable propósito de defender la integridad nacional.

En la declaración oficial que sobre el incidente publicó el Ministerio de Relaciones Exteriores a cargo del Ing. don José Andrés Urtecho, el 22 de Agosto de 1918, se dijo que las aldeas denominadas Las Trojas y Potrerillos estaban bajo la jurisdicción y dominio de Nicaragua, y aun cuando tales lugares le hubieran sido adjudicados a Honduras por el Laudo de S. M. el Rey de España, esa sentencia no había adquirido validez en virtud de las múltiples nulidades que contiene, alegadas ya por Nicaragua, y que en esta virtud, no era la línea del Laudo la que debía regir la jurisdicción fronteriza entre ambos países, conforme al Derecho Internacional, sino el "status quo" vigente desde antiguo, antes de que se iniciase formalmente la controversia de límites, "status quo" expresamente aceptado por el Gobierno hondureño en nota diplomática de 12 de Agosto de 1895.

No obstante estas claras y justas explicaciones el Gobierno de Honduras continuó teniendo por violatorios los actos puramente jurisdiccionales del Jefe Político de Nueva Segovia, llegándose a temer que la actitud valiente y patriótica del Coronel Ibarra, diera ocasión para que la cuestión del territorio en litigio se dilucidara por medio de las armas. Sin embargo, con gran serenidad y firmeza mi Gobierno siguió el consejo latino de "Si vis pacem para bellum" (Si deseas la paz prepárate para la guerra), dando los pasos necesarios para preparar lo indispensable para un conflicto de esa clase, pero sin olvidar los medios pacíficos y diplomáticos para zanjar las dificultades.

Afortunadamente una franca declaración del Excmo. Sr. Ministro de Honduras en Managua, Dr. Francisco López Padilla, cambió, de manera satisfactoria, la faz del asunto, que parecía tomar carácter tormentoso.

A la vista de esa declaración nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores dió a la prensa un segundo comunicado el cual vino a producir el satisfactorio resultado de sosegar los ánimos y revelar, de manera eficiente, la corrección que nuestra Cancillería había exhibido en la emergencia.

Mientras tanto, nuestro Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, en Misión Especial, ante los gobiernos de Honduras y El Salvador, el doctor Salvador Guerrero Montalván, quien había sido nombrado para ese alto cargo en 29 de Mayo de 1918, y quien se encontraba en Tegucigalpa, hizo valiosas y oportunas gestiones ante el Presidente de Honduras don Francisco Bertrand, hombre pacifista, de gran espíritu cívico aunque bastante ajeno a los ajetreos políticos.

El Presidente Bertrand le propuso al Dr. Guerrero Montalván que se aceptara la mediación ofrecida por el Gobierno de los Estados Unidos para ver de solucionar la contienda.

Aunque yo no estaba enteramente satisfecho con aquella solución, no me parecía tampoco apropiado el repeler por la fuerza de las armas las violaciones al territorio considerado nacional, máxime cuando la disposición del Gobierno de Honduras era por una solución pacífica del problema.

A pesar, pues, de mis vacilaciones opté por seguir las indicaciones del Dr. Guerrero Montalván que, según él me afirmaba, llevaban la aprobación del Gobierno hondureño y la anuencia de la Legación de los Estados Unidos.

Se convino, entonces, en que ambas repúblicas retirarían sus fuerzas y escoltas de los puntos en que había habido rozamientos y que ambas repúblicas enviarían, a la mayor brevedad, comisionados especiales que se reunirían en Washington para discutir un arreglo definitivo de toda la cuestión de límites.

Para buscar la solución definitiva de un problema que mi Gobierno había heredado insoluto de administraciones anteriores, especialmente la liberal y nefasta del General José Santos Zelaya, se organizó el 12 de Septiembre de 1918 una Comisión para el arreglo de límites entre Nicaragua y Honduras ante la mediación del Gobierno de los Estados Unidos de América, de la siguiente manera: Jefe de la Comisión, señor don Diego Manuel Chamorro, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Nicaragua en Washington; Secretario e Ingeniero, don Adolfo Cárdenas y Colaborador, el Presbítero don Ramón Ignacio Matus.

Esta Comisión elaboró un alegato exhaustivo de la cuestión con abundancia de datos históricos y gran ciencia jurídica que es indispensable para un conocimiento completo de la razón que nos asiste para considerar injusto el reciente fallo adverso de la Corte Internacional de La Haya.

Comisión Mixta de Reclamaciones

Desde el principio de mi Gobierno, tanto el Jefe de la Comisión Mixta de Reclamaciones, como el Recaudador General de Aduanas, Mr. Clifford D. Ham, me visitaban de vez en cuando y en sus visitas yo les pedía que me enviaran un informe de sus trabajos mensuales. En uno de esos informes del Recaudador noté que el gasto del transporte en coche para ir a visitar al Presidente de la República era pagado por la nación y no de su propio peculio, así como las atenciones médicas a su familia. Por ese motivo dejé de llamar a Mr. Ham a su visita presidencial, mas en una de sus visitas espontáneas me reclamó él que yo no lo llamara, a lo que yo le contesté: "Sí, Mr. Ham, es verdad, pero permítame explicarle. La causa de que no lo llame es que usted carga en los gastos de la República el pago

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

del transporte suyo a la Casa Presidencial y quiero evitarle ese gasto a la nación por las difíciles circunstancias por las que atraviesa".

Fuera de ese pequeño incidente, no tuve otra crítica que hacerle a Mr. Clifford D. Ham, y aun creo que fue un magnífico empleado del Gobierno.

Considero oportuno aprovecharme, ahora que estoy escribiendo mis memorias, rechazar el cargo de intervencionista (vende-patria) con que el Partido Liberal se ha esforzado en dañar mi personalidad política, aunque no encuentro fundamento alguno para tal cargo.

En estas mis memorias dejo ya expuestas las razones que tuve para suscribir el Tratado Chamorro-Bryan que no fueron otras, como ya dije, sino la de dar lleno a una satisfacción de la gran mayoría de los nicaragüenses que por muchos años han venido aspirando por la construcción de un Canal Interoceánico a través del territorio nicaragüense y el de satisfacer de la manera más airosa posible las exigentes demandas de los Estados Unidos para construir ese canal, si alguna vez se llegara a construir, exigencia esta que Nicaragua no podía hacer a un lado dada la política fuerte de la Diplomacia del Dólar que en esos tiempos había adoptado nuestra hermana mayor, como lo reconoce el mismo Ing. don Luis Somoza Debayle en las declaraciones referentes a la negociación que hizo su padre el General Somoza García con el Presidente Roosevelt, como puede verse en la carta que dirigió al Director de REVISTA CONSERVADORA.

Incidente de los Marinos

Y pasando de asuntos de la importancia de la opción de Canal por Nicaragua a pequeños incidentes ocurridos durante mi Administración de 1917 a 1920 declaro que en todos ellos mi Gobierno tomó la actitud y siguió la conducta que me propuse seguir, cual era, la de no dejar avanzar ni un ápice más a la intervención americana en nuestros asuntos internos.

Para que mis lectores comprendan mejor y conozcamos realmente cual fue esa actitud y esa conducta voy a relatar, en esta ocasión, algunos de eos incidentes.

Unos soldados de la guardia de la Legación Americana, bajo la jefatura del Mayor South, gozando de una noche de licencia provocaron a riña en el salón de baile de una cantina del Barrio de San Sebastián a un grupo de nicaragüenses, de cuya provocación resultaron heridos y golpeados de uno y otro bando, lo que obligó a la Policía a intervenir para restablecer el orden, llevándose presos a cuatro de los soldados, promotores de aquel altercado, a la Comandancia de Policía inmediata a aquel lugar.

Algunos de los soldados norteamericanos que no fueron hechos prisioneros ocurrieron al Campo de Marte donde su Jefe, el Mayor South, para pedirle que ordenara que sus compañeros fueran libertados.

Inmediatamente, al conocer el suceso, el Mayor South llamó por teléfono al Coronel F. Bartolomé Ibarra, entonces Director de Policía de Managua, pidiéndole que pusiera en libertad a los soldados detenidos. El Coronel Ibarra que ya había hecho llegar a algunos de los heridos nicaragüenses a la Dirección de Policía para investigar sobre los sucesos, manifestó al Mayor South que no podía poner inmediatamente en libertad a los soldados que reclamaba porque no podía quedar impune semejante hecho delictuoso como el cometido por ellos, pero el Mayor South insistió y hasta amenazó con ir él personalmente con sus Marinos a libertarlos.

En presencia de esta amenaza, que el Coronel Ibarra consideró inminente que se llevara a cabo, éste me llamó por teléfono para participarme lo que estaba ocurriendo y consultarme cual era la conducta que debía seguir.

Mis instrucciones fueron que preparara bien sus Secciones de Policía y que cualquier agresión que le hicieran la rechazara con las armas y que yo estaría atento para ocurrir en su ayuda en cualquier momento dado.

Confieso que como el Coronel Ibarra también yo llegué a creer que el Mayor South trataría de libertar por la fuerza a los Marinos detenidos, por lo que llamé al Comandante de Armas del Campo de Marte, Coronel Teodoro Delgadillo, para que alistara inmediatamente 200 hombres y los tuviera preparados para salir con ellos a proteger al Coronel Ibarra, caso fuera atacado por los soldados de la Legación Americana.

Es natural pensar que tanto el Mayor South como el Ministro Americano, Mr. Jefferson, se dieron cuenta de que en el Campo de Marte había una tropa lista para salir a defender cualquier Sección de Policía que fuera atacada por los soldados americanos. A ese conocimiento se debió, sin duda alguna, que el Ministro me llamara por teléfono pidiéndome la libertad de los soldados detenidos, pedimento al cual tuve que excusarme de acceder diciéndole que ya el Director de Policía había hecho que se levantara una instructiva de los hechos por lo que no podía yo prometerle ponerlos en libertad, pero sí que a las ocho de la mañana del siguiente día serían los detenidos reintegrados a sus cuarteles para que con la instructiva del caso el Mayor South siguiera el proceso de los detenidos.

Aunque el Ministro Americano me manifestó su inconformidad con lo que le decía, yo siempre me mantuve firme en respaldar lo actuado por el Director de Policía y los Marinos no fueron libertados esa noche sino entregados al Mayor South en calidad de prisioneros junto con la cabeza de proceso al día siguiente.

Fue esa una noche muy agitada en la que el timbre de mi teléfono estuvo siempre resonando. Unas veces eran llamadas del Director de Policía informándome de la situación, otras del Comandante de Armas pidiéndome instrucciones y otras del Ministro Americano, que a su vez estaba siendo presionado por el Mayor South, para reiterarme su anterior solicitud.

Después que a la mañana siguiente los cuatro Marinos detenidos fueron entregados al Mayor South, el Ministro Americano me llamó por teléfono nuevamente para solicitarme una audiencia para él y el Mayor South. Naturalmente yo accedí a recibirlos a una hora determinada que le fijé al señor Ministro.

A la hora señalada se presentaron en mi despacho tanto el Ministro como el Mayor. Después de los saludos del rigor el Ministro me expresó el deseo del Mayor South de saber si yo deseaba que él y la guardia de su Legación se fueran del país y que si yo tenía alguna duda respecto a su situación que debía aclararse. Mi contestación a Jefferson fue manifestarle que durante mi Gobierno yo no había hecho ninguna solicitud al Gobierno Americano para que mantuviera una guardia de Marinos para que sirviera de custodia a la Legación y que nunca tampoco haría una solicitud semejante y que era optativo de ellos mismos el permanecer o irse del país. Después de lo cual se despidieron ambos y no se volvió a tratar de ese asunto.

Incidente del Ferrocarril

Después de ese incidente que acabo de narrar, ocurrió otro de menor importancia pero que sirve para demostrar que Nicaragua siempre ha tenido las autoridades que defiendan su soberanía.

Este otro incidente a que me refiero es el siguiente:

Algunos obreros y comerciantes en pequeña escala organizaron una manifestación en contra de las disposiciones del Gerente del Ferrocarril, Mr. O' Connell, el que había puesto ciertas restricciones para que las vivanderas no se acercaran al tren a vender sus productos. Los manifestantes pedían que Mr. O'Connell ordenara la remoción de las varandas que impedían la entrada libre al andén del ferrocarril, tal como lo habían hecho en Masaya.

Mr. O'Connell, en lugar de ocurrir a las autoridades del país para pedirles protección y temiendo que los manifestantes llegaran a hacer daños en

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

la Escuela de Artes, ocurrió donde el Ministro Americano.

Cuando yo fuí informado por el Director de Policía que un cordón de Marinos estaba tendido protegiendo la línea del Ferrocarril y edificios de la Oficina y la Escuela de Artes, llamé al Ministro Americano para pedirle me informara quien había ordenado a su guardia irse a apostar en calidad de policía y en actitud agresiva en las calles de la ciudad.

Al informarme el Ministro que él mismo había dado la orden porque se trataba de la protección de intereses norteamericanos, le dije: "Sr. Ministro, hágame el favor de hacer reconcentrar a esos Marinos a sus cuarteles, ya que en Nicaragua no tienen otra función que la de servir de guardia a la Legación Americana. Para proteger los intereses nacionales y extranjeros en Nicaragua están las autoridades militares y de policía del país".

El Ministro ordenó a los Marinos retirarse y sus puestos fueron ocupados por soldados y policías nicaragüenses, habiendo la manifestación seguido en completa tranquilidad y orden.

Me cupo la satisfacción de dejar sentado que en Nicaragua las únicas autoridades eran las nacionales, únicas que ejercían el papel que les correspondía. En éstos, como en otros pequeños incidentes, quedó bien clara la posición y actitud de mi Gobierno: que ninguna otra autoridad ejercía jurisdicción en el país si no era la nicaragüense.

División de la Diócesis

Como Presidente constitucional, popularmente electo por el pueblo católico nicaragüense, mi Gobierno mantuvo magníficas y respetuosas relaciones con la Iglesia y con sus representantes.

El 6 de Marzo de 1918, sabiendo que se preparaba en la ciudad de León los festejos para celebrar las bodas de plata, o sea el XXV aniversario de la exaltación al Episcopado de Nicaragua del Excmo. y Revmo. Arzobispo de Sísico y Obispo de León, Monseñor Pereira y Castellón, y siendo el ilustre Prelado, merecedor de todo homenaje y además, habiendo sido el último Obispo de Nicaragua, funciones que desempeñó con esplendente brillo e idoneidad notoria de que el pueblo nicaragüense le estaba altamente reconocido, quiso mi Gobierno asociarse a las honras solemnes de que sería objeto tan dignísimo Prelado.

Con ese objeto nombré al Dr. Emilio Alvarez Lejarza, Subsecretario de Estado en el Despacho de Instrucción Pública y al doctor Venancio Montalván, Jefe Político del Departamento de León para que representaran al Gobierno en esos bien merecidos festejos.

Para ilustración de mis lectores y con el objeto de desmentir la insidiosa campaña de que el Partido Conservador hizo víctima a Monseñor Pereira y Castellón, llegando muchos liberales hasta llamarle el "Obispo Mártir", voy a narrar la cuestión de la división de la Diócesis de Nicaragua, acto que se ha atribuído como expresamente hecho para "martirizar" al Señor Obispo Pereira y Castellón.

Antes de 1913 sólo había en el país un Obispo que gobernaba la Diócesis cuya jurisdicción eclesiástica era la misma extensión territorial de la República.

Después de la Revolución de la Costa y de la Guerra de Mena, estando don Adolfo Díaz como Presidente y don Diego Manuel Chamorro como Ministro de Relaciones Exteriores, a fines de 1912 llegó al país el Excmo. Monseñor Juan Cagliero, Delegado Apostólico de la Santa Sede.

La visita de Monseñor Cagliero fue motivo de regocijo para la sociedad católica nicaragüense y el Gobierno de don Adolfo Díaz aprovechó su presencia para enviarle una Nota firmada por don Diego Manuel Chamorro como Ministro de Relaciones Exteriores, la que entre otras cosas decía: "Después de la larga y cruenta lucha que se ha sostenido en Nicaragua para el restablecimiento del orden constitucional y civil y el retorno a los principios que en años anteriores al régimen de absolutismo que desgraciadamente imperó en el país, y que hicieron feliz al pueblo nicaragüense, con el goce de sus legítimas libertades y derechos, mi Gobierno ha puesto especial empeño en restaurar y mejorar todas aquellas condiciones de existencia que devuelvan al ciudadano la garantía de su patrimonio y aseguren la paz, el bienestar y la prosperidad de la República... La Iglesia Católica es la de la gran mayoría de los nicaragüenses, y es, además, factor primordial o indispensable para la consolidación de la paz y de la felicidad de la Nación, y de la cual se esperan los mayores beneficios, aun en el orden puramente civil, por la grande obra de su apostolado, y por la muy meritoria de sus misiones evangélicas. La población aumentada con relativa progresión y extendida hoy por todas las regiones de la República que cuenta con pocas e imperfectas vías de comunicación; pueblos apartados que carecen del primer elemento de educación —La Iglesia— elemento que cuenta en Nicaragua con un escaso número de sacerdotes, demandan imperiosamente una acción más eficiente e inmediata, y por más que la labor de la Iglesia en Nicaragua haya sido fecunda en diversos bienes para sus habitantes, recomendaba como ha estado a la celosa y hábil dirección de sus obispos, entre los cuales me complazco en reconocer que ocupa lugar prominente el actual Prelado Diocesano. Monseñor Pereira y Castellón de tan altos merecimientos cree mi Gobierno, en atención a las condiciones precipitadas que no basta hoy la presente organización diocesana para llenar propia y eficazmente todas las necesidades del culto, y para ejercer debidamente la disciplina reglamentaria en todos los departamentos de la República.

"En tal sentido, y con instrucciones del Señor Presidente que tan vivo interés muestra en esta obra de moral rehabilitación, tengo el honor de proponer a la Santa Sede, por el dignísimo medio de V. E. el siguiente proyecto de división de la Diócesis nicaragüense, sujeto desde luego a su debida aprobación:

"Arzobispado de Managua, con asiento en la capital, y con jurisdicción arzobispal en toda la República, y obispal en los departamentos de Managua, Matagalpa, Jinotega, Masaya y Carazo.

"Obispado en Granada, con asiento en la ciudad de Granada, que abrace los departamentos de Granada, Rivas, Chontales y la Comarca de San Juan del Norte.

"Obispado de León, con asiento en la ciudad de León, cuya jurisdicción se extienda a los departamentos de León, Chinandega, Estelí y Nueva Segovia.

"Vicariato Apostólico en la Costa Atlántica, con asiento en la ciudad de Bluefields, que abarque por jurisdicción de la Misión, el departamento de Bluefields, la Comarca de Cabo Gracias a Dios, y los distritos de Prinzapolka, Siquia, Río Grande e islas adyacentes a la costa y pertenecientes a Nicaragua..."

A esa nota contestó Monseñor Cagliero, el 16 de Diciembre de 1912, diciendo: "La interesante comunicación de Vuestra Excelencia, tanto por los altos y nobles conceptos que encierra, como y sobre todo, por el grandioso y benéfico proyecto de una nueva circunscripción diocesana que el benemérito Gobierno de Nicaragua somete a la aprobación de la Santa Sede, ha llenado mi ánimo de justa y bien cimentada satisfacción. Y complázcome en asegurar desde ahora a V. E. que su Santidad, dominado por los mismos sentimientos, dará su plena aprobación al proyecto, a lo menos en sus líneas generales, especialmente porque en este caso hay la providencial coincidencia de ser uno e idéntico el pensamiento del Gobierno de Nicaragua y de la Santa Sede, como lo prueba el Mandato que he recibido con fecha 16 de Abril de este año, del Eminentísimo Cardenal Rafael Merry del Val, Secretario de Estado de Su Santidad, de iniciar los trabajos para una nueva circunscripción de la Diócesis de León con el Prelado y con el Gobierno".

Cuéntase que en una de las pláticas que tuvo Monseñor Cagliero con Monseñor Pereira y Castellón

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

sobre el asunto de la división de la Diócesis, el Prelado nicaragüense objetaba diciendo que Nicaragua era un país pobre y que por lo tanto no podría mantener dignamente a más de un "Príncipe de la Iglesia", a lo que contestó Mons. Cagliero: "Precisamente, Monseñor, la Santa Sede está ansiosa de tener menos Príncipes de la Iglesia y más Pastores de su rebaño".

No acojo como verídica la versión de esa plática pues la personalidad de Monseñor Pereira estaba muy encima de esas trivialidades de nombres y de rangos.

Las negociaciones entre el Ministerio de Relaciones Exteriores y el Delegado Apostólico de la Santa Sede continuaron y el Gobierno sometió a los siguientes candidatos para regir en calidad de Obispos las varias diócesis proyectadas: al Canónigo Arcediano José Antonio Lezcano y Ortega, para el Arzobispado de Nicaragua ;al Presbítero doctor don José Piñol y Batres, de Guatemala, para el Obispado de Granada; al Presbítero doctor don Isidoro Carrillo y Salazar, para el Obispado Auxiliar de Matagalpa. Con respecto al Vicariato Apostólico de la Costa Atlántica se dejó a la discreción de la Santa Sede el llenar el cargo.

Por necesidades de su Delegación tuvo Monseñor Cagliero que ir a Costa Rica ante cuyo Gobierno representaba también a la Santa Sede y desde San José, el 27 de Diciembre de 1913, confirmó tanto la aprobación de la nueva circunscripción diocesana como la aceptación de los candidatos propuestos por el Gobierno, de modo que el episcopado nacional de Nicaragua quedó formado por los siguientes prelados:

Para el Arzobispado de Managua, el Excelentísimo y Revmo. Monseñor José Antonio Lezcano y Ortega, quien tendría por Auxiliar, con residencia habitual en Matagalpa a Monseñor Isidoro Carrillo y Salazar; para el Obispado de León, el Ilmo. Monseñor Simeón Pereira y Castellón, quien asumiría el título personal de Obispo titular de Cícico; para el Obispado de Granada, el Ilmo. Doctor don José Piñol y Batres; y para el Vicariato de Bluefields por acuerdo de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide entregado a la Orden de los Capuchinos, el Ilmo. Monseñor Agustín Bernaus y Serra.

Tal es la verdadera historia de la división de la Diócesis de Nicaragua en la que el Gobierno Conservador no tuvo otro interés que el del bienestar espiritual del pueblo, realidad que fue confirmada con el resurgimiento de la catolicidad que fue evidente en esos años.

Después de esta larga digresión volveré al punto de partida cual era el de mis relaciones personales y oficiales con Monseñor Pereira y Castellón a quien mi Gobierno festejó debidamente en ocasión del XXV aniversario de su elevación al Episcopado los días 9, 10 y 11 de Marzo de 1918. En esos días mi Gobierno se unió a la sociedad leonesa y a todas las Corporaciones y Cuerpos colegiados en demostrar los sentimientos de simpatía por el ilustre festejado.

En varias ocasiones Monseñor Pereira y Castellón me visitó para tratar asuntos de su cargo y en todas ellas nos dimos muestras mútuas de respeto y aprecio personal. Recuerdo que en una de esas ocasiones me declaró de manera confidencial que estaba pensando en su sucesor y que la persona de Monseñor Apolonio Andara era para él la más indicada. Yo guardé para mí esa confidencia, aun cuando años después, ví con sorpresa que la persona elegida para sucederle había sido Monseñor Agustín Tijerino y Loáisiga, persona tan meritoria como Monseñor Andara.

Conferencias Centroamericanas

Mi Gobierno también mantuvo muy buenas relaciones diplomáticas con todas las Repúblicas de Centro América, quienes mantenían sus Legaciones en el país a cargo de personas de prestigio. Nicaragua, asimismo, las tenía en cada una de ellas y colaboraba con todos los Gobiernos hermanos en ra tomar esa determinación y pidiéndome le aceptara la renuncia de su cargo.

En vista de aquella situación en la que no quería se produjera un escándalo, envié al doctor Palos asuntos que tendieran a estrechar más sus relaciones.

Así fue cómo mi administración atendió la invitación del Gobierno de El Salvador para asistir a unas Conferencias de Plenipotenciarios Centroamericanos en las que se tratarían de problemas que atañían al bienestar de nuestras Repúblicas.

Esas Conferencias se llevaron a cabo en Costa Rica y para ellos nombré como Delegados al doctor don Manuel Pasos Arana y a don Ramón Castillo C., y como Secretario al joven doctor infieri don Enrique Chamorro, actual Ministro de Agricultura y Ganadería.

Las Delegaciones de las otras Repúblicas Centroamericanas eran tan brillantes como la nuestra.

Guatemala envió a los doctores don Carlos Salazar y don José Falla; El Salvador a los doctores Arrieta Rossi y Molina; Honduras al famoso internacionalista don Alberto Uclés y al doctor Vásquez; y Costa Rica nombró como Delegados al ex-Presidente don Cleto González Víquez y don Alejandro Alvarado Quirós. Estos últimos tenían como Secretario a don Teodoro Picado, recientemente fallecido en nuestra Patria.

El objetivo primordial de las Conferencias era la Unión Centroamericana. Al escoger al doctor Manuel Pasos Arana como jefe de nuestra Delegación lo hice a sabiendas que él estaba identificado como nadie con las ideas unionistas del General don Fernando Chamorro, el Caballero Bayardo, quien había regado con su sangre de prócer la causa de la Unión, y que también el doctor Pasos Arana había escuchado directamente la voz del gran apóstol de la causa centroamericana, el General Máximo Jerez, con quien él había tenido contactos personales.

Como para la estabilidad del Pacto de Unión que se proponían realizar las Conferencias, y para la verdadera practicabilidad del mismo, la Delegación de Nicaragua creyó conveniente proponer que la nueva entidad a formarse —la Federación de Centroamérica— aceptara la existencia legal de las obligaciones contraídas por los Estados durante su vida soberana, algunas de las Delegaciones hicieron objeciones, en particular, al Tratado que existe entre Nicaragua y los Estados Unidos, conocido con el nombre de Tratado Chamorro-Bryan.

Esto dió motivo a prolongadas discusiones en el seno de las Conferencias y a una falta de acuerdo para la redacción definitiva del Pacto.

Incidente del Dr. Enrique Chamorro

Recuerdo que el Secretario de nuestra Delegación, el doctor Chamorro, tuvo un incidente personal en San José que pudo haber tenido consecuencias muy desagradables. El incidente fue el siguiente.

Durante el curso de las Conferencias el ambiente pacífico de San José se fue caldeando poco a poco. El distinguido periodista costarricense, don Vicente Sáenz, quien actualmente reside en México, donde ha tenido una actuación destacada en el periodismo mexicano, escribía diariamente en un periódico local, virulentos artículos en contra de Nicaragua y su Delegación.

El doctor Chamorro que diariamente leía los tales artículos fue perdiendo la paciencia ante los injustificados ataques de Sáenz y un día resolvió poner coto a sus desmanes en una forma violenta que le dictaba su vigorosa juventud y la convicción personal en su habilidad como esgrimista, habilidad que había obtenido durante su permanencia en Europa. Nombrando como padrino a su íntimo amigo, el joven doctor don Jorge Viteri y Ungo, sobrino del Obispo del mismo nombre y secretario de la Delegación de Guatemala, retó a duelo al señor Sáenz, no sin antes, sin embargo, de enviarme un telegrama exponiéndome los motivos que tenía pa-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

sos Arana el siguiente telegrama, fechado en Managua a 24 de Diciembre de 1920:

"Dígale a Enrique que por su carácter diplomático debe evitar todo lance personal y que antes de darle la autorización que pide, prefiero, si el Gobierno de Costa Rica no puede darles las protecciones necesarias para evitar lances de esta naturaleza, retirar la misión. Informe. Alegres Pascuas y Feliz Año Nuevo. EMILIANO CHAMORRO".

Y al propio doctor Chamorro, en la misma fecha:

"No debe Ud. preocuparse por juicios de gente y prensa que no aprecia la grave situación que pueda acarrear a su país con esa continua provocación y que ni siquiera guardan la cortesía de hospitalidad a una delegación hermana. No puede Ud. batirse mientras esté al servicio de la República. EMILIANO CHAMORRO".

La noticia del sentido de estos telegramas circuló ampliamente en San José y eso dió un magnífico resultado pues Sáenz dejó inmediatamente de escribir en la forma en que lo venía haciendo, y como para ese entonces las Conferencias habían llegado a su fin, nuestra Delegación se retiró de aquel ambiente en el que su Secretario, el doctor Chamorro, movido por un sentimiento patriótico de su juventud hubiera podido llegar a cometer un acto del que se hubiera, sin duda, arrepentido, cualquiera que hubiera sido el resultado de aquel duelo.

Relaciones con Costa Rica

Las relaciones de mi Gobierno con el de Costa Rica se mantuvieron siempre en el plano de la más estrecha cordialidad. En correspondencia a la Legación presidida por el doctor don Daniel Gutiérrez Navas, quien fue investido del carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, el Gobierno costarricense acreditó ante nosotros una Legación a cargo del Licenciado don Alberto Echandi, padre del actual Presidente de Costa Rica y una de las figuras políticas de mayor relieve en nuestra vecina del Sur, y que a su paso por nuestro país dejó gratas huellas de su capacidad diplomática y de su alto espíritu centroamericanista.

A las laudables gestiones del señor Echandi se debió en gran parte la realización de las Conferencias de Amapala, celebradas el 15 de Noviembre de 1920 entre el señor Presidente de Honduras, General don Rafael López Gutiérrez y yo, de cuyas conferencias resultó el compromiso por el cual los dos Gobiernos se obligaban a respetar el STATUS QUO establecido, en tanto no se llegara a un acuerdo definitivo en la cuestión de límites.

A esas Conferencias de Amapala estaba invitado también el señor Presidente de El Salvador, don Jorge Meléndez, pero por motivos ajenos a su voluntad, no pudo el señor Meléndez asistir, lo que fue justamente lamentado por el General López Gutiérrez y por mí.

Relaciones con Guatemala

Nuestras relaciones con Guatemala, con la que nos ligaban lazos de amistad y simpatía, se mantuvieron inalterables. Después de los sucesos acaecidos en aquella República en la primera quincena de Abril de 1920, durante la cual la Asamblea Legislativa guatemalteca tuvo a bien suspender en sus funciones de Presidente al Licenciado don Manuel Estrada Cabrera, amigo personal mío, nombrando provisionalmente para el desempeño de tal cargo al señor don Carlos Herrera, quien más tarde fue designado Presidente constitucional de dicha nación en virtud de elecciones populares verificadas para ese efecto, Nicaragua otorgó su reconocimiento y el Gobierno del Sr. Herrera acreditó ante nosotros una Legación a cargo del Licenciado don Buenaventura Echeverría S., con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario.

Relaciones con los Estados Unidos

Nuestras relaciones con los Estados Unidos siguieron su curso normal desde que el Partido Conservador inauguró una política de franco acercamiento al pueblo y al Gobierno norteamericanos.

Muy combatida ha sido esa actitud de los que hemos cultivado con sinceridad el espíritu americanista en nuestra Patria. Basábamos nuestra actitud en la seguridad de que los Estados Unidos son un pueblo noble y leal que tiene por norma de su vida cívica un inmenso respeto a las instituciones nacionales y mayor respeto aun por el derecho y la justicia internacionales, mediante el reconocimiento a todas y cada una de las naciones, grandes o pequeñas, de sus derechos y de su soberanía.

Repetidas pruebas hemos dado, en el decurso de los años de establecida esa política, de nuestra sinceridad, más no hemos sido verdaderamente correspondidos.

Ya he narrado mi actitud personal ante los avances de la intervención en nuestros asuntos internos y ya me he pronunciado sobre la inevitabilidad de esa misma intervención en la política de nuestros países. Ante esa situación y aquella actitud logramos mantener una posición digna en nuestras relaciones con el gran país del Norte, manteniendo en nuestra Legación en Washington a personas idóneas para el cargo.

Nuestro Ministro, don Diego Manuel Chamorro, que al mismo tiempo desempeñaba el cargo de Presidente de la Comisión de Límites, desempeñó su cometido de manera destacada y eficiente. Por motivos personales y políticos, a los que me referiré adelante, don Diego presentó la renuncia de sus cargos el 5 de Mayo de 1920, quedando nuestra representación a cargo de don Manuel Zavala con el carácter de Encargado de Negocios.

Para reemplazar al señor Chamorro en sus funciones de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, fue nombrado el doctor don Alejandro César.

Como el asunto de límites con Honduras, —que en 1918 había tomado un cariz amenazante al que ya he hecho referencia—, había sido llevado desde lo que hubiera podido ser arena de combate hasta la serena esfera de una mediación en Washington, por la renuncia del Presidente de la Comisión de Límites fue nombrado en su lugar el Ingeniero de esa misma Comisión, don Adolfo Cárdenas.

Los restos de don Alejandro Chamorro

El año de 1919 comenzó con un acto que tanto honraba a mi propia administración como a la memoria de un miembro distinguido de mi familia. Los restos de mi tío don Alejandro Chamorro, muerto en el ostracismo en la ciudad de Cartago, Costa Rica, el 21 de Febrero de 1909, serían reintegrados a la Patria. Con ese motivo convoqué a mi Gabinete para que en consejo de Ministros resolviéramos lo que convendría hacer. Después de una animada discusión en la que los allí reunidos estuvimos acordes en que el distinguido patriota que ofrendó las primicias de su abnegación, de sus luces y patriotismo en aras de las libertades públicas de Nicaragua, merecía ser dignamente recordado.

Se resolvió entonces, declarar duelo nacional los días 8 y 9 del mes de Enero de 1919, fechas que fueron señaladas para las honras fúnebres, tributar a los restos los honores de Presidente General, de conformidad con la Ordenanza Militar y las disposiciones especiales del señor Ministro de la Guerra, que el Presidente de la República y los Secretarios y Subsecretarios de Estado concurrieran en cuerpo a los funerales presidiendo el duelo, designar para llevar la palabra oficial en nombre del Ejecutivo al señor Ministro de Instrucción Pública, doctor don David Arellano, en esta ciudad de Managua, y en Granada al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, Ing. don José Andrés Urtecho, comisionar a los señores Ministro de la Guerra, General don Tomás Masís y de Fomento, don Juan José Zavala, para que acompañen, en representación del Ejecutivo, el f,retro en que se conducirían los restos desde la ciudad de Granada a esta Capital, comisionar a los señores Ministros de Gobernación, doctor don Venan-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

cio Montalván y de Hacienda don Octaviano César, para que hicieran una visita, renovándole las muestras de condolencia del Ejecutivo, a la estimable viuda del extinto, doña Julia Pasos de Chamorro.

Los restos de don Alejandro que vendrían de Costa Rica, antes de ser permanentemente depositados en Granada, se traerían a Managua para ser honrados.

Durante su permanencia en esta Capital los restos estuvieron en capilla ardiente en el Salón de Sesiones del Congreso Nacional, donde en la noche del 8 se llevó a efecto una solemne velada fúnebre en la que llevó la palabra oficial el doctor don David Arellano.

Muerte de Don Federico Solórzano

Estaba pasando las vacaciones de Semana Santa en mi querido pueblo de Comalapa, cuando fuí sorprendido por la noticia de la muerte de don Federico Solórzano, acaecida en Managua el 18 de Abril de 1919.

Fue don Federico un hombre que recorrió desde niño hasta la avanzada edad en que murió todas las etapas de la fortuna, desde la pobreza hasta la posesión de un cuantioso capital; persona de honradez acrisolada, laboriosidad infatigable, espíritu práctico y de firme carácter; y sobre todo, ciudadano amante de su patria, a la que sirvió con brillo en las Cámaras Legislativas, en el Gabinete y aun en la Presidencia de la República; afiliado a los sanos principios del Partido Conservador lo sirvió con sus luces, con su consejo y con su capital; jefe de un hogar, inculcó en él las virtudes cristianas, y dejó una descendencia que es honra y prez de la sociedad nicaragüense.

El Gral. Pedro J. Ruiz Tejada

También en ese mismo año de 1919, a la avanzada edad de noventa y cinco años rindió en Masaya, el 5 de Noviembre, la jornada de la vida, el prócer de la Guerra Nacional, General don Pedro J. Ruiz Tejada.

Nativo de Colombia, de la que fue Cónsul por varios lustros, se había establecido en Nicaragua desde 1851, haciendo de la nuestra su segunda Patria a la que le dedicó su fecundo esfuerzo y actividad con austeridad y honradez.

En los aciagos como gloriosos días de la campaña nacional se le vio con energías y entusiasmo sirviendo con brillo la causa de Nicaragua, por lo que alcanzó honores, distinciones y puesto de importancia en el Ejército de la República.

Pasada la guerra, se dedicó al trabajo y llegó a hacerse popular por sus empresas. En compañía del señor Goftel estableció el servicio de diligencias, y a la muerte de su socio quedó hecho cargo del negocio. En la ciudad de León instaló el servicio de la Aguadora, y después de atender a varios negocios se dedicó a las faenas de la agricultura, muy en consonancia con sus costumbres patriarcales.

El General Ruiz Tejada formó, en unión de distinguida dama nicaragüense, un hogar que ha sido altamente apreciado.

Mi Gobierno dictó un Decreto deplorando la muerte del General Ruiz Tejada y rindiéndole los honores correspondientes. Una comisión compuesta por el Jefe Político de Masaya, don Sebastián O. Núñez, del Senador don Mariano Lacayo y del Diputado don Antonio Solano fue nombrada para que en representación del Gobierno asistiera a los funerales y presentara el más sentido pésame a la familia del extinto.

Préstamos a los Agricultores

Un prominente economista francés ha dicho: "Dadme buenas finanzas y os daré buena política; dadme buena política y os daré buenas finanzas". Tengo la convicción de que ambos extremos de este apotegma puede decirse que fueron los lemas de mi gobierno. Los éxitos financieros y económicos de mi administración —obscurecidos por el tiempo y la leyenda negra de la propaganda liberal— fueron realidades incontrovertibles. No creo pecar de inmodesto si al hacer un somero recuento de tales éxitos, que son no sólo para mí, prestigio personal sino también gloria de mi Partido y de mi Patria, mi administración pueda considerarse tan pura como cualquiera de las administraciones de los 30 años con las que ha sido repetidamente comparada.

"El crédito público es riqueza nacional" y penetrado de ésto mi Gobierno destinó del Superávit la suma de VEINTE MIL CORDOBAS para amortizar los Bonos Garantizados de 1918 que constituían nuestra deuda interna. Tal cantidad fue totalmente invertida. Las rentas especialmente destinadas para el servicio de los Bonos Garantizados gozaron de continuo aumento, de modo que la amortización de la deuda era constante y el pago de sus intereses se hacía con anticipación a su vencimiento.

Del 49% de las acciones que poseía la República en el Banco Nacional y el Ferrocarril se obtenían jugosos dividendos, los que se empleaban para obras públicas y para el servicio de la deuda de los Bonos Garantizados.

Como poco tiempo después de haber concluído la Primera Guerra Mundial se presentó en Nicaragua una crisis financiera de proporciones alarmantes, habiéndose reducido considerablemente las importaciones y el café, que era entonces prácticamente el único producto exportable, tenía precios muy bajos, mi Gobierno, trató de remediar esa situación.

Aunque encontré serias dificultades para hacerlo, principalmente, por la existencia del Plan Lansing que sometía a las finanzas del Estado a un estricto grado de austeridad; uno de los medios que usó el Gobierno para mejorar la situación económica fue el de estimular el cultivo de cereales y otros productos agrícolas, para lo cual dispuse dar una ley que se llamó de PRESTAMO A LOS AGRICULTORES.

Lo básico y lo importante de esa ley fue que el Gobierno se constituyó garante de todos los plantadores, y que si alguno no pagaba al Banco, el Gobierno pagaría en su lugar. El Gobierno publicó ampliamente que esos préstamos eran préstamos de honor para los agricultores, pero que el Gobierno asumía cualquier riesgo de pérdida, ya que por ese medio se estimularía y aumentaría la producción de cereales y productos alimenticios.

El Banco, teniendo la garantía del Gobierno, hizo préstamos hasta por valor de US$ 300,000, cantidad que en aquel entonces era suficiente para cultivar muchos miles de manzanas de terrenos. Los préstamos en ningún caso devengaron intereses a cargo de los agricultores, pues tales intereses los asumió, desde el principio, el propio Gobierno.

Cabe recordar que de los US$ 300,000 que en las condiciones dichas se entregaron a los agricultores de Nicaragua, sólo la cantidad de US$ 400.00 fue la única que no fue pagada por un agricultor que los recibió y fue la única cantidad pagada al Banco por el Gobierno.

Esto demuestra el alto espíritu de honradez que existe en el agricultor nicaragüense y demuestra también la comprensión del Gobierno de aquel tiempo de las diferentes necesidades públicas, pues en esa forma se salvó al país del hambre y la miseria, se colocó al campesino en situación de afrontar los cultivos de los años subsiguientes y convenció al público de que el Gobierno respaldaba al agricultor, nervio y centro de la vida en Nicaragua.

Para hacer permanente esa ayuda al agricultor propuse al Congreso que de los fondos del Superávit, que la buena administración de las Rentas y el estricto ajuste al precario Presupuesto General de Gastos producía anualmente, sería conveniente que se tomase una cantidad regular como capital incial con que fundar un Banco Agrícola Hipotecario a fin de favorecer a nuestros agricultores en pequeño, suministrándoles a un módico interés los recursos necesarios para sus trabajos de siembra.

Los cereales constituyen una parte principal de la riqueza pública y que después de abastecer la demanda siempre creciente del consumo local, se

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

hace de ellos año con año un negocio de ex portación muy considerable.

Es de sana y progresista economía política el fomentar tal industria, y ningún medio más adecuado a tan laudable fin que el de facilitar en condiciones ventajosas el capital de que han menester nuestros labradores para dedicarse con alguna amplitud a sus faenas ya de suyo tan arduas y rodeadas de circunstancias naturales, tendientes a hacer sus resultados tan precarios.

La cortedad del período presidencial me impidió el llevar a cabo todos los planes que me trazaba para el mejoramiento económico del país. Sin embargo, mucho se hizo en su beneficio.

Compañía Mercantil de Ultramar

Como el Banco Nacional por razón de sus mismas funciones no podía hacerse cargo de servir de intermediario para las negociaciones de los importadores y exportadores del país, se pensó en la creación de una institución que lo hiciera. Así nació la COMPAÑIA MERCANTIL DE ULTRAMAR —el 12 de Mayo de 1919— compañía que por muchos años fomentó el comercio nacional e internacional y que recientemente ha tomado el nombre de INCEI (Instituto Nacional de Comercio Exterior e Interior).

El prestigio internacional de mi Gobierno en cuestiones económicas y financieras era tal que en una ocasión en que un grupo de banqueros particulares se confabularon para hacer quebrar al Banco Nacional que entonces mantenía un fonde de ..... US$ 100,000 de respaldo, se dedicaron a hacer compras de dólares con objeto de provocar un pánico. Sin embargo, sus planes fueron fallidos porque los banqueros Brown Brothers & Co., en cuyos bancos estaban depositados los fondos de respaldo, a preguntas del Gerente del Banco Nacional, Mr. Arthur C. Lawder, contestaron que ellos reconocerían todo cheque debidamente librado por el Banco. El juego de los banqueros particulares resultó en un "boomerang" en su contra, pues no fue sino con pérdidas que pudieron deshacerse de los dólares que habían comprado sin otro objeto que el de dañar la reputación del Banco Nacional para su propio beneficio.

En declaraciones posteriores el Presidente de Brown Brothers & Co., John Brown, dijo que lo había impulsado a tomar esa actitud decidida en favor del Banco Nacional porque el prestigio de mi administración era suficiente garantía para él.

Reelección

En el curso del año de 1919 se hizo oír la voz popular en varias partes de la República preconizando mi nombre para un nuevo período presidencial.

Se levantaron actas suscritas por millares de ciudadanos, se hicieron numerosas reuniones públicas y hasta se celebraron cabildos abiertos en cabeceras departamentales tan importantes como Juigalpa, Masaya, Granada y Rivas, en los que se me proclamaba candidato del Partido Conservador en las venideras elecciones presidenciales.

Por considerar tales manifestaciones prematuras interpuse mi amistad e influencia personales con los miembros de otros Municipios, como por ejemplo el de esta capital, para que se abstuvieran de proceder en ese mismo sentido.

Naturalmente, tales demostraciones públicas no habrían podido ser sino muy gratas para mí, puesto que veía en ellas valiosos testimonios de reconocimiento y aprecio de mi labor administrativa, y sólo en ese concepto las acogía gustoso y satisfecho. Ellas no solo me sirvieron de aliento para perseverar en mi obra de regeneración económica del país que tenían tan encaminada ya, sino que también me estimularon a la noble ambición de llegar a culminarla con la completa solvencia de la Hacienda Pública.

Era mi aspiración impeler denodadamente al país por la nueva senda que delante de sí había visto abierta gracias a los arreglos financieros que por mi gobierno se habían llevado a cabo con los banqueros norteamericanos desde el primer año de mi administración.

El aludido movimiento popular de mi partido provocó naturalmente en el de la oposición una algarada y sus órganos de publicidad tronaron en mi contra.

En medio de los denuestos que a diario me lanzaba, se suscitó la duda a cerca de la constitucionalidad de un segundo período consecutivo, duda de que participaron de buena fe algunos miembros de mi mismo partido, por lo que sometí a la consideración del Congreso Nacional el asunto que ha sido elemento perturbador en nuestras democracias: la reelección. Más adelante me referiré de nuevo, con mayores detalles, sobre este particular.

Participación de la minoría

El espíritu de las democracias modernas es un espíritu de equidad y así como al terminarse los conflictos sangrientos, inseparables de la imperfecta condición humana, ya a la hora presente sería un anacronismo el grito de los antiguos vencedores: "¡Ay de los vencidos!", también hoy, al concluirse las incruentas luchas cívicas se acentúa una tendencia nueva en los partidos dominantes: la de ceder un lugar en la representación nacional a las minorías. Tal concesión revela no solo un sentimiento muy vivo de justicia sino también un sentido político profundo. Por ella se atrae a los partidos, acaso débiles numéricamente pero en cambio ricos en hombres de peso, al palenque de las lídes ciudadanas, en la seguridad de que se les hará partícipes en los frutos de la victoria a pesar de su impotencia para lograrla ellos por esfuerzo propio; y con ello se elimina ese elemento de encono irreconciliable que afea, agría y hace tan peligrosa la bienandanza de la República, luchas que por tratarse entre facciones que persiguen ideales similares y afines, debieran ser inocuas. Movido por estas ideas y conceptos propuse un proyecto de ley que otorgara tal representación a las minorías. Este principio que ha sido apropiado por el partido dominante ahora, fue en realidad, iniciado por mi administración hace ya más de cuarenta años.

Asesinato de Calilla

A fines de 1919 tanto la ciudad de Granada como todo el resto de la República se conmovió con la noticia del atroz asesinato cometido en la persona de don Francisco Gutiérrez, alias Calilla, en su domicilio de la calle de El Palenque de aquella ciudad.

La eficacia investigadora de las autoridades de Policía dieron pronto con los autores del horrendo crimen. La criminalidad en Nicaragua había descendido grandemente a un nivel bajísimo gracias al sistema preventivo adoptado por el Ministerio del Ramo y por la constante vigilancia que el cuerpo encargado de la protección de la ciudadanía ejercía sus funciones. Por eso ese crimen tuvo la publicidad y resonancia de que fue objeto, ya que actos como esos no se cometían con tanta frecuencia como ahora.

Hilario Silva, alias Cachimbón, y Luis Gutiérrez, alias Chojito, fueron descubiertos por las autoridades como el autor y el cómplice del asesinato. Una vez capturados confesaron su crimen y fueron sometidos a juicio. Los jueces estuvieron contestes en sentenciar a la pena de muerte al primero y a cadena perpetua al segundo.

A pesar de mi carrera de militar, que como he dicho antes, la he ejercido solamente en circunstancias especialísimas, soy enemigo declarado de la pena de muerte. Por eso jamás he dado orden de fusilar a nadie, y si he empuñado las armas ha sido en defensa de altos ideales, como son la libertad y la dignidad del hombre. Por eso hice que se sometiera al Congreso la iniciativa del Poder Ejecutivo relativa a conmutar la pena de muerte a que fue sentenciado el reo Hilario Silva, alias Cachimbón.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Sin embargo, el Congreso desechó la iniciativa y el reo fue fusilado en el cementerio de Granada.

Recuerdo que Anselmo Fletes Bolaños, que no perdía ocasión para atacarme gratuitamente, escribió unos versos que consistían en unas estrofas que terminaban con el estribillo: "Y mataron a Cachimbón" y en las que me llenaba de denuestros y me culpaba de la muerte del asesino. Hasta allí llega el abuso de la libertad de prensa!

Estadística y Censo

Deseaba mi Gobierno establecer los distintos ramos de la Estadística Nacional, de la que es parte esencial la formación del Censo de la población, y cumplir con la obligación que contrajo la República en la Cuarta Conferencia Panamericana, verificada en Buenos Aires, el año de 1910, en la que se comprometió a levantar el Censo General de la Población del país en el año de 1920.

Por motivo de aquellos objetivos y este compromiso, dí el Decreto de 10 de Septiembre de 1919, por el que se trazaban las normas que se seguirían para obtener ese importante dato estadístico de la República. Se señaló el día primero de Enero de 1920 como el día en que se llevaría a cabo la inscripción de todos los habitantes del país.

La cooperación de las autoridades y de la ciudadanía fue espléndida y el Censo pudo llevarse a cabo sin ningún incidente desagradable como los que suelen suceder en otros países aun los más avanzados, en los que los levantadores del Censo son recibidos de malos modos y hasta con amenazas por personas que temen que los datos que suministren servirán para otros fines que no sean los puramente estadísticos.

El Censo de un país es la plataforma indispensable para basar en él un sinnúmero de cálculos que necesitan efectuar no sólo el estadista sino también los particulares.

Merced al Censo de 1920 pudo el Gobierno calcular, por ejemplo, que el promedio de tributación para formar los fondos nacionales en Nicaragua correspondía "per cápita" a un 6.66% lo que constituía una cantidad inferior a la de países similares.

Igualmente, en virtud del resultado del Censo, pudimos apreciar que el número de individuos que en Nicaragua podían ejercer el derecho del sufragio se elevaba a un 20% de su población, la cual llegaba a la cifra total de 635,119 habitantes para todo el país.

Salubridad Pública

En cuanto a la Sanidad de la República nunca como a finales de 1919 requirió la esmerada atención de parte del Gobierno, debido a los amagos de la fiebre amarilla que tanta ansiedad causaron principalmente durante los meses de agosto, septiembre y octubre.

Los Consejos Superiores de Salubridad de la República dictaron órdenes enérgicas que trasmitidas a las Juntas de Sanidad Departamentales fueron rigurosamente ejecutadas con el poyo de los Jefes Políticos.

En esta obra de saneamiento llevada a cabo fue inestimable la cooperación prestada por el doctor Daniel Molloy, jefe de la oficina de Uncinariásis en la República, quien se mutiplicó trasladándose con rapidez de un lugar a otro en donde quiera que el flagelo asomaba su funesta cabeza; y no cabe duda de que gracias a su actividad en combatirla, se logró mantenerla a raya de manera que nunca pasó del estado esporádico. Gracias también a él tuvimos entonces la visita del General Gorgas, autoridad mundial en la materia, que había combatido con éxito el flagelo de la fiebre amarilla en Panamá, y quien vino acompañado de los distinguidos facultativos General Lister y doctor Parejas. Sus sabios consejos y afinadas indicaciones se pusieron rigurosamente en práctica para alejar de nuestro suelo el peligro de la fiebre amarilla.

Esto dio motivo y ocasión para organizar en todo el país las Juntas de Sanidad Departamentales las que llevaron a cabo una gran labor de saneamiento en toda la República, lo que dio por resultado el aumento de población en una proporción mayor a la obtenida en los Censos anteriores, aserto que puede comprobarse con las cifras publicadas en el Informe del Censo de 1950.

Candidatura Benard

La mayor parte del tiempo se le gasta a un Presidente —que es a la vez el Jefe de su Partido— en resolver las dificultades políticas del mismo, tratando siempre de evitar las escisiones que surgen o amenazan surgir en cada localidad, para que al llegar la época de las elecciones no hayan divisiones y vaya todo compacto a la lucha electoral.

Para evitar esas escisiones el mejor medio es el que alguno de los amigos de la Administración adquiera suficiente respaldo popular para irse perfilando como el próximo candidato y de esta manera se vaya el Partido agrupando poco a poco alrededor de aquel hombre.

Durante el último año de mi período presidencial se me presentaron esos problemas y a mí me pareció que la solución más fácil era la de iniciar la candidatura de don Martín Benard, que gozaba de mi absoluta amistad y confianza, como identificado que estaba con mi política administrativa y conservadora; amistad y confianza que él también gozaba de muchos otros elementos de valía en el Partido.

Mas por eso mismo de ser don Martín Benard un candidato popular habían algunos elementos que buscaban como destruirlo. Estaban principalmente al frente de este movimiento los señores Tijerino, Perfecto y Toribio, y algunos otros miembros del Partido Conservador Genuino de Managua, los que preconizaban la candidatura de don Diego Manuel Chamorro.

Por mi parte, para ir enseñando al pueblo conservador mi preferencia por don Martín Benard me propuse hacer una visita a los distintos Departamentos llevando en mi compañía al señor Benard. Mi plan era irlo presentando a los diferentes sectores políticos de cada Departamento como el hombre que yo prefería como para ser mi sucesor.

Para mejor desarrollar este plan, nombré Jefe Político del Departamento de Masaya a don Sebastián O. Núñez, y de Chinandega a don César Tijerino, quienes estaban completamente de acuerdo con la candidatura Benard, y cuyos trabajos políticos comenzarían al hacerse ellos cargo de la administración política de sus respectivos departamentos.

Cuando ya en ambos departamentos habían suficientes elementos afines para hacer las primeras manifestaciones en favor de la candidatura Benard resolví iniciar mi gira, primero por Occidente, para lo cual invité al señor Benard y su familia para que me acompañaran en ella.

Esa invitación había sido comunicada de antemano privadamente y también privadamente había obtenido la promesa del señor Benard de que me acompañaría, pero a última hora él tuvo algún inconveniente y sólo su familia pudo hacerlo, por lo que el viaje lo circunscribí al Ingenio San Antonio, en Chichigalpa, y a la ciudad de León, de donde fuimos al balneario de Poneloya, donde fuimos finamente atendidos por todos los que estaban allí veraneando, aunque también fuimos criticados por habernos bañado en el mar promiscuamente los hombres y mujeres, no obstante de llevar los recatados trajes de baño de la época. Todavía no había entrado en su furor la moda actual.

Una vez de regreso a Managua hablé nuevamente con mi amigo don Martín Benard para que no me faltara a la gira por el Departamento de Matagalpa, porque era precisamente allí donde quería yo proclamar su candidatura presidencial, pero quien sabe por qué causa, Martín aun prometiéndomelo, desistía a última hora de comprometerse en el lanzamiento de su candidatura.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Candidatura de Don Diego

Y así llegamos con esas indecisiones hasta que don Diego Manuel Chamorro regresó de los Estados Unidos. Probablemente don Diego no habría emprendido ese viaje si hubiera sabido que Martín estaba de lleno en trabajos candidaturales, mas le bastó recibir un cable de sus familiares para decidirse a venir y llegar, como se dice, con la espada desenvainada a trabajar por su propia candidatura.

A la llegada de don Diego sostuve con él una conferencia política y familiar. Le hice ver que el hecho de suceder un Chamorro a otro Chamorro era el golpe más fuerte que le podíamos dar a la familia, porque entonces todo el mundo iba a temer que si llegaba un Chamorro al poder tenía que seguir con la familia entera. Todos mis razonamientos fueron inútiles para con don Diego a fin de que no lanzara su candidatura. Recuerdo que al terminar nuestra plática abrió rápidamente la puerta del cuarto donde conferenciábamos y salió, casi a la carrera, para ir a tomar el tren para León, donde se le tenía lista una manifestación en la que pronunció su famoso discurso en el que dijo: "Aquí vengo a plantar mi tienda de campaña..."

La actitud decidida de don Diego, por un lado, y la indecisión de don Martín, por otro, hizo que los amigos de éste desistiéramos de llevarlo a la Presidencia de la República; pero para nosotros todos y para cualquier otro que hubiera visto cómo estaba de deteriorada la personalidad física de don Diego habría comprendido que aquel hombre, tan capaz en todo sentido, no podría resistir sin embargo los cuatro años de su administración presidencial, y que era una persona llamada a desaparecer en muy corto tiempo de esta vida, como efectivamente, por desgracia, sucedió.

Vice-Presidencia de Don Martín

Desaparecida, pues, la posibilidad de llevar a don Martín como candidato a la Presidencia, quisimos asegurarnos si aceptaría la candidatura para Vice-Presidente, y entonces, junto con otros amigos, me resolví a hablarle en ese sentido. Comencé por hacerle ver a Martín que ya don Diego tenía ante sí muy pocos y contados los días de su vida que su elección para Vice-Presidente en ese caso era una elección para la Presidencia. Me consta que en ese mismo sentido le habló don Ramón Castillo C., y en una ocasión en que éste me acompañó de la Casa Presidencial a la Estación del Ferrocarril cuando íbamos a dejar a don Martín que iba para Granada, le hablamos del asunto de la Vice-Presidencia, ya que en esa misma semana se iba a reunir la Directiva del Partido para designar el candidato para esa posición, y en esa ocasión don Martín nos prometió aceptar tal designación.

Mi insistencia en recabar una respuesta afirmativa de don Martín se debía a la posición en que yo me encontraba, cual era la de que si él no aceptaba ser el candidato a la Vice-Presidencia tendría yo que cumplir mi promesa a don Bartolomé Martínez de trabajar en su favor para que la Directiva del Partido lo nombrara candidato para Vice-Presidente.

Hacía un año justo, exactamente el 31 de Enero de 1919, que había yo nombrado a don Bartolo, como se le llamaba cariñosamente, Subsecretario de Estado en el despacho de la Gobernación y Policía. El era una figura visible en los Departamentos del Norte y un elemento de valía en mi administración que había adquirido cierto valimento dentro del Partido Conservador, por lo que mi apoyo a su candidatura, a falta de la de Martín, era sincero y conveniente.

Cuando regresábamos, don Ramón Castillo C. y yo, de la Estación, lo hacíamos contentos con la promesa que don Martín nos había hecho, pues creo que esa misma noche se reunía la Directiva para tratar de la designación.

Compromiso con Don Bartolo

Estando reunida la Directiva en la Número Uno, llegaron varias personas que no pertenecían a ella para hablar conmigo e interesarme en otros candidatos, pero como he dicho atrás, yo tenía un compromiso con don Bartolomé Martínez.

Ese compromiso con don Bartolo lo adquirí una mañana en que él se presentó en mi despacho solicitándome unos ocho días de permiso de la Subsecretaría de Gobernación para ir a su Departamento, Matagalpa. Al concederle yo el permiso solicitado diciéndole que estaba bien, él, entonces, me dijo que iba a ocupar esos ocho días en preparar el lanzamiento de su candidatura como Vice-Presidente, para lo cual ya había hablado con don Toribio Tijerino, quien le prometía darle todo su apoyo, pero, agregó, que no quería decidirse en definitiva sin que yo lo supiera antes. Le rendí las gracias por la confianza que había tenido en poner en mi conocimiento sus proyectos y le pedí que desistiera de su viaje, que no fuera a Matagalpa con sólo esos propósitos de emprender trabajos candidaturales, pues yo le prometía que en caso que don Martín Benard, por cualquier circunstancia imprevista, rehusara aceptar la Vice-Presidencia, lo que ya había prometido hacer, entonces él, don Bartolo, sería el candidato nombrado.

Aceptó don Bartolo mi promesa y ví con satisfacción que cumplió con exactitud su compromiso y todo habría pasado sin ningún perjuicio para el Partido si don Martín a la hora llegada no desiste de aceptar la Vice-Presidencia.

El día en que se reunió la Directiva llegaron, como decía anteriormente, además de los miembros de la misma, varias otras personas a la reunión ante quienes se hizo la elección, y cuando ya estuve seguro de que al iniciar la votación a favor de Martín, éste sería, sin duda alguna, electo, me levanté de la mesa y fuí a llamarlo por teléfono a Granada, y una vez establecida la comunicación con él, le dije: "Amigo, aquí estamos reunidos en la Número Uno los miembros de la Directiva de nuestro Partido para elegir el candidato a la Vice-Presidencia. Todos con entusiasmo lo mencionan a Ud. para esa posición y yo les he asegurado que Ud. aceptará el nombramiento si es electo por unanimidad y ellos quieren que yo recabe, nuevamente, esta promesa de Ud." Don Martín Benard después de alguna vacilación me lo prometió y yo, volviendo a la reunión, trasmití a ella la última resolución suya, continuándose la elección sin dificultad alguna.

Una vez hecha la elección invité a todos a tomar una copa de champagne, mas antes de hacerlo, nuevamente fuí a hablar por teléfono con Martín para comunicarle que había sido electo y que en ese momento brindábamos en su nombre por su elección y que al siguiente día por el tren de la mañana llegaría a Granada una Comisión de la Directiva para entregarle las credenciales de su nombramiento como Candidato a la Vice-Presidencia de la República. Le recomendé, además, que recibiera bien a esa Comisión y que preparara a todos los amigos para que no hubieran dificultades.

Renuncia de Don Martín

Esa noche la pasamos muy contentos confiados en que la Vice-Presidencia no era ya un problema, aunque habían unos cuantos entre mis amigos que estaban descorazonados.

Al día siguiente que llegó la Comisión de la Directiva a Granada, con gran sorpresa mía comenzó a tener dificultades para la aceptación de su nominación por parte de don Martín, llegando por fin éste a declarar que rehusaba aceptar porque don Manuel Lacayo, su suegro, no quería que lo hiciera.

Más tarde supe que un mensaje que mi amigo don Toribio Tijerino había enviado a doña Cora Lacayo de Benard y recibido por ella antes de que llegara la Comisión de la Directiva a Granada había tenido mucho efecto en el rechazo de Martín de la Vice-Presidencia.

Según algunas personas que vieron el mensaje, éste se concretaba a aseverar que resistiéndose don

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Martín a aceptar la Vice-Presidencia, podía provocar una reconsideración total del problema electoral, esto es, de que podría Martín llegar a ser nominado para Presidente en lugar de Vice, y parece que esto fue lo que dio lugar a que don Manuel Lacayo se opusiera a que su yerno aceptara la Vice-Presidencia.

De esa negativa de mi mejor amigo político que yo tuve en mi vida, creo que se origina, principalmente, la caída del poder del Partido Conservador.

Don Toribio Tijerino no valorizó justamente el daño que le hacía al Partido con su oposición a la candidatura Benard, ni don Martín apreció tampoco la sinceridad de los amigos que le pedimos de la manera más enfática, casi de rodillas, como se dice vulgarmente, para que aceptara la Vice-Presidencia de don Diego Manuel Chamorro, que era en su caso la Presidencia segura, como lo confirmó el tiempo y la historia.

De los comisionados de la Directiva que fueron a Granada, vive aun don Deogracias Rivas, y él podría, si quisiera, darnos sus propias impresiones personales de estos sucesos.

Con el rechazo de don Martín se resolvió reunir de nuevo la Directiva para la designación del nuevo Vice-Presidente y como yo estaba ya comprometido a apoyar a don Bartolomé Martínez, éste fue el candidato nombrado.

Elección de Don Diego

Con tal nombramiento se terminaron las inquietudes políticas del Partido Conservador sobre la cuestión de la designación de la persona para tal posición y con ello vino la unión completa del Conservatismo; por lo que en el curso de la campaña electoral ya no hubo estropiezos serios sino pequeños incidentes que no vale la pena relatar, y el día de la elección la votación fue espontánea y numerosa, llegándose a contar 54,000 votos depositados en las urnas a favor de la fórmula CHAMORRO-MARTINEZ.

Electo don Diego Manuel Chamorro en las elecciones de Octubre de 1920 y calificada su elección por el Congreso para el período que comenzaría el 1º de Enero de 1921 al 31 de Diciembre de 1924, mi período presidencial tocaba ya a su fin.

Aunque creo haber hecho mención clara de la opinión que le expresé personalmente a don Diego sobre los inconvenientes de su candidatura, los renuevo ahora para que se conozca cómo pensaba entonces y cómo pienso ahora respecto a la sucesión del poder entre familiares. Creo firmemente que la prohibición constitucional debe hacerse más absoluta, aun para grados de parentesco más lejano que los que ahora existen.

En medio de las labores complejas corrientes de la administración, tuve, como se comprenderá, que atender al enorme problema político que significaba una campaña electoral en que por primera vez en la historia moderna de Nicaragua, desde el cambio constitucional de 1893, las dos grandes agrupaciones políticas en que nos hallamos divididos, fueron a las urnas tremolando sus respectivas banderas y sosteniendo sus respectivos candidatos.

Fue esa contienda electoral, como dije entonces y lo repito ahora, una campaña viva, tenaz en la que cada cual trabajó con empeño por adquirir el triunfo que legítimamente debía corresponder al que obtuviese la mayoría de los votos en los comicios al amparo de la Ley. Aquel espectáculo fue en realidad hermoso, lleno de civismo y de grandeza. La Nación entera llegó a las urnas en aquella contienda sin las turbulencias propias de nuestro pueblo, el que mostró, por el contrario, un inalterable espíritu cívico.

Eso me ha llenado siempre de profunda satisfacción. El que fuera el acto final de mi administración un acto de verdadera democracia. El que fuera mi régimen de política administrativa el que despertara en el corazón de los nicaragüenses el culto de la ciudadanía y la conciencia de sus legítimos derechos y al mismo tiempo el conocimiento de sus deberes ineludibles.

Ese fenómeno no fue otro que el efecto del desenvolvimiento de la ley natural de la democracia, la cual se fue ampliando e introduciendo en todas las esferas de la vida nacional en un ambiente de libertad y orden.

Protestas liberales

A pesar de tales circunstancias que quedaron profundamente impresas en todas las conciencias nicaragüenses de la época, fue cosa digna de notarse el afán de algunos grupos políticos de presentar protestas gratuitas de las elecciones sin que mediasen motivos justificados para hacerlo. Tal procedimiento, aunque natural en toda reacción a una derrota eleccionaria, llamó, sin embargo, la atención por la forma burda en que se hizo, pues las protestas mencionadas obedecían a una combinación anticipadamente preparada y a una consigna premeditada.

Recuerdo, por ejemplo, que ví ejemplares de esas protestas procedentes de pueblos remotos de la República en donde era absolutamente desconocida la mecanografía nítidamente escritas a máquina, atestiguando con eso que fueron enviadas con anticipación por los centros de propaganda de la derrotada fórmula GONZALEZ-GONZALEZ.

La inconsecuencia de ese procedimiento tuvo su mejor demostración en el hecho ocurrido en Rivas —y como en la ciudad de Rivas, en otros lugares— en que los encargados de introducir el pliego de la protesta ante el Directorio fueron reconvenidos allí mismo por sus representantes en la mesa electoral los que se indignaron ante tan injusto proceder, puesto que a ellos les constaba que allí no había ocurrido nada que diera motivo para queja de ningún género.

Otro caso digno de mencionarse fue el ocurrido en León, en donde un joven miembro de la representación de su partido ante una mesa electoral firmó una protesta sin recordar que anteriormente había puesto su firma en una declaración en que manifestaba estar enteramente satisfecho de las votaciones que le había tocado presenciar.

De todos modos, merced a la actitud de respeto observada por el Gobierno para con los derechos de los ciudadanos y por éstos para con las disposiciones de la Ley, el debate electoral se desarrolló en un ambiente de tranquilidad que permitió al Gobierno desenvolver su programa administrativo sin encontrar mayores obstáculos.

Recuento de su gestión presidencial

Al finalizar el período de mi gestión administrativa tuve la satisfacción de hacer un recuento de mi obra en todos los ramos de la administración pública. Por él puede verse que mi Gobierno siguió fielmente el propósito de difundir la enseñanza en todos los ámbitos de la nación. Nuestras leyes estatuyen que la enseñanza primaria sea gratuita y obligatoria. Para ello cada año y a medida que ls posibilidades pecuniarias lo permitieron, se aumentó el número de escuelas de ambos sexos. Se logró establecer Escuelas Rurales en los Departamentos de Matagalpa y Jinotega, en donde la masa analfabeta, formada por indígenas, ocupaba extensas regiones. Estas escuelas dieron resultados excelentes, cuyos beneficios pueden todavía apreciarse.

Tambien le dí especial p referencia a la educación en el exterior de jóvenes nicaragüenses, de ambos sexos, y se llegaron a tener en un año a 36 de ellos verificando sus estudios en todos los ramos del saber humano en los Estados Unidos y Europa, por cuenta del Estado.

También le dí especial preferencia a la educa-Gobierno en los establecimientos públicos de enseñanza, cuyo programa de aumento se desarrollaba con éxito, y del mantenimiento de jóvenes estudiantes en el extranjero, el Gobierno costeaba en Centros oficiales y particulares, por medio de becas, la educación de 521 alumnos de ambos sexos.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Progresos viales

Mi preferente atención durante el período gubernativo que me tocó desempeñar, la destiné a emprender obras de utilidad pública de las cuales Nicaragua estaba sumamente necesitada. Ya he hecho referencia a algunas de ellas, como la carretera de Managua a Diriamba, la más pintoresca de todas, y la que ha proporcionado a la Capital las facilidades de la extracción del café, por medio de autocamiones, de gran parte de la zona productora de las Sierras de Managua, y al mismo tiempo proporciona a los viajeros y turistas el atractivo de las perspectivas y las ventajas de conducirse en una hora a una región de clima frío, lo que constituye para los habitantes de Managua, que sufren los rigores del calor, una comodidad inapreciable.

En esa misma ruta, a unos pocos kilómetros de la ciudad capital, se construyó el paseo nacional de LAS PIEDRECITAS, que fue un nuevo y pintoresco centro de recreo capitalino. La inauguración del parque de LAS PIEDRECITAS, que mis amigos quisieron que se llamara Parque LASTENIA, en honor de mi señora, fue un acontecimiento popular en aquella época. El programa de la inauguración indicaba carreras en bicicletas, en motocicletas y a pie, lo que indica el espíritu deportivo de la juventud y el adelanto moderno a que la había llevado mi empuje hacia el progreso.

La carretera de Managua a Matagalpa fue también un trabajo ingente de mi administración. Los trechos importantes de esta vía eran los de esta ciudad capital a la villa de Tipitapa y el de la ciudad de Metapa la que durante mi Gobierno por decreto legislativo se llamó Ciudad Darío, en honor al Poeta y el pueblo de Sébaco, los que quedaron directamente conectados por una carretera magníficamente construída.

La carretera llamada de Puerto Díaz cuyos trabajos llegaron hasta Juigalpa, siguió desarrollándose hasta La Libertad. En esta ruta se adoptó el sistema de contratos particulares para su construcción.

El Gobierno también prestó eficaz apoyo a las respectivas Juntas de Caminos para la construcción de carreteras entre diversos lugares de la República como, entre Rivas y San Juan del Sur, entre Boaco y Tipitapa, entre Matagalpa y Jinotega, y entre Matagalpa y El Arenal y San Ramón. También se puso a la orden de la Compañía de la Mina GRECIA, la cantidad de diez mil córdobas para la construcción de una carretera provisional entre el pueblo de Limay, en el departamento de Estelí, y el de San Albino, en el de Nueva Segovia.

El Palacio Nacional

Mi Gobierno también inició y terminó la construcción de la sección norte del Palacio Nacional, y gracias a ello este edificio histórico, que albergó a algunos de nuestros Presidentes en el período de los 30 años,adquirió un aspecto imponente.

Hacienda y Crédito Público

En lo relativo a las labores en el ramo de Hacienda y Crédito Público bien se pudieran omitir palabras presentando únicamente números en la seguridad de que éstos tendrían acaso mayor elocuencia para mostrar los resultados satisfactorios de nuestra administración económica. Sin embargo, no cansaré a mis lectores con la repetición de aquello que está claramente expuesto en las Memorias del Ministerio de esos años y a ellas refiero al que quiera convencerse de la verdad de mis asertos.

La organización rentística de Nicaragua montada sobre la plataforma científica del Plan Financiero, llamado Plan Lansing, produjo cada año resultados sorprendentes. Debido a ello pudimos emprender la reconstrucción y reorganización de la República así como atender al pago de nuestras deudas en una proporción altamente satisfactoria.

La producción de las Rentas Nacionales alcanzaba cifras superiores a las pasadas y los gastos de la Administración se reducían a lo netamente indispensable, con un espíritu de verdadera y estricta austeridad sin fachadismos de ninguna especie, todo lo cual permitía el cumplimiento de nuestras obligaciones.

El fondo de reserva depositado en Nueva York para respaldar la circulación monetaria del Banco Nacional era mucho mayor de lo que la ley del Banco exigía, lo que le daba una firme solidez a nuestra sana moneda.

Antes de concluir con este período de mis Memorias, período importante de mi vida como ciudadano y como Gobernante, quiero manifestar que me propuse cumplir fielmente el juramento que rendí de respetar la Constitución y las Leyes. Durante los cuatro años de mi Administración. hasta mis enemigos reconocieron mis esfuerzos por otorgar al pueblo toda clase de garantías y libertades. Para un Mandatario es una satisfacción suprema el hecho de que sus propios opositores reconozcan que ha cumplido con su deber ajustando sus procedimientos a los dictados de la Ley, y para un ciudadano es motivo de orgullo personal el tener el íntimo convencimiento de haber sabido corresponder la confianza depositada en él por sus conciudadanos.

El 1º de Enero de 1921, en una ceremonia brillante que representa un principio básico del Partido Conservador: la alternabilidad en el Poder, hice entrega de la Presidencia de la República a mi sucesor constitucional don Diego Manuel Chamorro.

Ministro en Washington

Una vez entregado el Poder, me retiré a mi Hacienda RIO GRANDE donde me instalé con mi familia y donde emprendí algunos nuevos trabajos agrícolas y ganaderos.

En esas tareas estaba, cuando un día de tantos del mes de Marzo o Abril, fuí llamado por el señor Presidente para proponerme el Ministerio en Washington, proposición que acepté sin vacilación alguna porque estaba seguro de la sinceridad con que el señor Chamorro me hacía tal ofrecimiento y porque para mí era tan interesante como necesario ir a descansar de las labores a que había estado sometido durante mi gestión presidencial.

Cuando fuí nombrado por don Adolfo Díaz en 1913 presenté mis credenciales ante el Presidente Mr. Woodrow Wilson y en esta nueva ocasión en que me tocó llegar como Ministro del Gobierno de don Diego Manuel Chamorro lo hice ante el Presidente Mr. Warren G. Harding, quien falleció durante servía su período presidencial.

Los trabajos de la Legación eran poco más intensos durante la Administración de don Adolfo Díaz a causa del Tratado de Canal y otras que tenían atingencia con la Revolución de la Costa Atlántica.

Debido a esa misma escasez de labores oficiales mucho de mi tiempo lo empleé en leer Boletines de Agricultura, en visitar algunas granjas del Gobierno y en asistir al Congreso Internacional de Agricultura en Denver, Estado de Colorado.

A este Congreso asistí como Delegado de Nicaragua y recuerdo que en una de las sesiones el Delegado de Australia ,en su discurso de informe sobre la agricultura de su país, expresó, más o menos, estas ideas: En Australia, anteriormente, las familias pudientes mandaban a los hijos que consideraban más inteligentes a estudiar medicina o cualquiera otra profesión y dejaban a los más atrasados para dedicarlos a la agricultura, pero ahora es lo contrario, dijo, los australianos han comprendido que mientras el mundo tenga qué comer no hay peligro de que se acabe.

A mi me pareció muy acertada la opinión de los australianos y muy interesante la exposición que hizo el Delegado por Australia.

El año de 1922 fuí invitado para visitar el Pennnsylvania Military College, colegio militar de la ciudad de Chester, Condado de Delaware, Pennsylvania. También habían otros invitados de honor como el señor John Wannamaker, propietario de los grandes almacenes de comercio de New York, y el Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, cuyo nombre se me escapa de la memoria. Tan gentil

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

invitación era para recibir la investidura de Doctor en Leyes, Honoris Causa. Fue aquel un verdadero día de fiesta del espíritu, del que conservo muy grato recuerdo.

Esta investidura del título honorífico de Doctor en Leyes que me confirió la Universidad de Pennsylvania, en una ceremonia que revistió un carácter imponente la rechacé al principio, pero únicamente me resolví a aceptarla al considerar que en realidad la honra recaía también sobre mi querida Patria.

Con regularidad yo pasaba mis informes al Gobierno sobre mis actividades y mis impresiones sobre los asuntos políticos y comerciales que se llevaban a cabo en la Legación.

Mi permanencia en Washington me sirvió para economizar un poco y así mejorar mi situación económica que se había resentido algo durante mi Presidencia, y poder rebajar una deuda que tenía con el Banco de Londres.

Conferencia del Tacoma

En Agosto de 1922 don Diego Manuel Chamorro se embarcó en el barco de guerra "TACOMA", de la Marina de los Estados Unidos, en compañía del Ministro de este país en Nicaragua, Mr. John E. Ramer, del doctor Carlos Cuadra Pasos, Ministro de Relaciones Exteriores, don Adolfo Díaz, Dr. Máximo H. Zepeda, don Salvador Chamorro, mi padre, doctor Juan José Martínez, don Benjamín Elizondo, Dr. Clarence A. Burgheim y doctor don Venancio Montalván.

Iba don Diego y su comitiva a llevar a cabo las Conferencias, conocidas como las Conferencias del Tacoma, entre los Presidentes de Nicaragua, Honduras y El Salvador.

Las Conferencias tuvieron el éxito deseado cual era el de conservar la paz y las buenas relaciones entre los países representados por don Jorge Meléndez, de El Salvador; el Gral. Rafael López Gutiérrez, de Honduras y don Diego Manuel Chamorro, de Nicaragua.

Estando ya avanzado el período de don Diego la política interna comenzó a agitarse dentro del Partido Conservador y algunos elementos adictos a mi persona y algunos otros que no lo eran, se manifestaban hasta hostiles hacia el Gobierno.

Alzamiento de Castrillo

Pero por ese tiempo, francamente lo digo, yo no tenía una información que mereciera toda mi confianza y siempre estuve dudoso de la realidad de la política del país y la que seguían los amigos que rodeaban a don Diego, esto es, los Ismaeles, como se llamaba el grupo que encabezaba mi buen amigo don Ismael Solórzano.

No fue, pues, sino con gran sorpresa que supe que el General Arsenio Cruz y el Senador Dr. Salvador Castrillo habían intentado dar un golpe de estado al Gobierno apoderándose de los cuarteles en el Campo de Marte, como efectivamente se apoderaron.

Mas cuando don Diego tuvo conocimiento de que el Senador Castrillo había entrado al Campo en actitud de rebeldía, se levantó de su asiento donde se encontraba en uno de los Clubs de la ciudad y se dirigió al Campo, solo a recuperar ese puesto militar. Cuando llegó y encontró las puertas cerradas, golpeó fuertemente para que le abrieran y cuando fue interrogado, respondió: "Soy el Presidente de la República y pido que se me abra inmediatamente". Cuando efectivamente le abrieron las puertas y entró al campo se encontró con el Senador Castrillo a quien increpó llamándole "Demagogo!" y restableció completamente el orden en aquella guarnición que principiaba ya a rebelarse.

El Dr. Castrillo fue detenido por unos pocos días y extrañado del país.

Ese acto de audacia y de valor personal que tuvo el Presidente Chamorro al ir él solo al Campo de Marte y recuperar ese puesto militar, salvó indudablemente al país de una guerra civil, lo que demuestra cuánto vale un gesto de audacia y de valor personal oportunos.

Conferencias de Washington

El año de 1923 fue uno de grandes actividades en la Legación de Washington debido a que los Gobiernos de Centro América deseando continuar las buenas relaciones de amistad que existía entre ellos, procuraron establecer sobre sólidas bases la existencia de una situación de paz en la América Central.

Para ello se resolvió llevar a cabo una serie de reuniones que son conocidas en la Historia como: Las Conferencias de Washington.

Los Gobiernos de Centro América nombraron como Delegados a las siguientes personas:

Guatemala, a don Francisco Sánchez Latour y Licenciado don Marcial Prem; El Salvador, a los doctores don Francisco Martínez Suárez y don J. Gustavo Guerrero; Honduras, al doctor don Alberto Uclés, doctor don Salvador Córdova y don Raúl Toledo López; Costa Rica, a los Licenciados don Alfredo González Flores y don J. Rafael Oreamuno; y Nicaragua, al doctor Máximo H. Zepeda, don Adolfo Cárdenas y a mí.

Por invitación hecha al Gobierno de los Estados Unidos por los de las cinco Repúblicas de Centro América estuvieron presentes en las deliberaciones de las Conferencias, como Delegados, los señores Charles E. Hughes, Secretario de Estado y Sumner Welles, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario.

Las reuniones se llevaron a cabo en la ciudad de Washington durante los últimos días de Enero y primeros de Febrero y entre las varias Convenciones que se firmaron la de mayor importancia y significación política fue el Tratado General de Paz y Amistad, de 7 de Febrero de 1923.

No intervención

La doctrina de no-intervención, unilateral o colectiva, no se había establecido aun, y el sistema de reconocimiento de los gobiernos era indispensable para la estabilidad de los mismos.

Esta doctrina de no-intervención en contraposición a la de intervención, ha servido paradójicamente para impedir que la representación del pueblo, libremente electa, reorganice a los países en forma constitucional, y ha servido más bien como escudo para los dictadores que son los primeros en proclamar sus beneficios.

Seguramente a causa de que don Diego Manuel no se sentía bien de salud, o por sugerencia de sus amigos, el hecho es de que como en el mes de Mayo o Junio de 1923 él me insinuó la idea de que viniera a Nicaragua para que conversáramos personalmente. Pero como yo no quería entrar muy activamente en la política interna en esos momentos, quise retardar por algún tiempo mi regreso y pospuse el viaje para otra época. Mas como el 22 de Agosto de ese mismo año recibiera un cable firmado por él en Jalteva manifestándome que, de acuerdo con algunos amigos, quería que regresara para que arregláramos juntos la sucesión presidencial y las diferencias del Partido para entrar a la lucha electoral completamente unidos.

Profecía de Don Diego

Pocos días antes de ese mensaje, don Diego había recibido un homenaje de sus amigos en la ciudad de Granada en la forma de un banquete que se llevó a efecto en Jalteva la noche del 18 de Agosto de 1923, esto es, a los pocos días de haber comenzado las fiestas agostinas que tanto realce tenían en aquellos mejores días.

En esa noche don Diego pronunció uno de sus más elocuentes discursos, el último de cuyos párrafos tiene conceptos que son tan valederos ahora como lo fueron entonces.

Por su interés histórico y por su valor doctrinario conservador, me permitiré insertarlo aquí a continuación. Dice así:

"Insisto en creer que el Partido Conservador es

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

el único llamado a llevar a efecto la obra reconstructiva ya iniciada y que por lo mismo debemos, todos los conservadores, unirnos para que el trabajo hecho no se pierda, y antes bien, continuemos solucionando los grandes problemas políticos, económicos, sociales, de inmigración y de progreso que hemos comenzado. No debemos olvidar las lecciones que nos da a cada paso nuestra propia historia y que nos hacen observar que cada vez que se amengua en el país la influencia del Partido Conservador, o de lo que los adversarios, en señal de reto, dan en llamar "Calle Atravesada", ceden los cimientos de la vida nacional".

Verdaderamente las palabras de don Diego fueron proféticas.

Muerte de Don Diego

Ante esa nueva excitativa yo no vacilé en efectuar el viaje, aun cuando tuve que posponerlo por un mes, con tan mala suerte que antes de llegar a Nicaragua, estando a la altura de las Islas del Caribe, recibí la fatal noticia de su fallecimiento.

Fue entonces que el Secretario de Estado Mr. Hughes puso un crucero de guerra, el "Raleigh", a la disposición de mi señora y mía para que nos trajera más rápidamente a desembarcar en San Juan del Sur.

El resto del viaje en el barco de guerra lo hicimos en un mar bastante agitado, más una vez que llegamos felizmente a San Juan del Sur tuve la satisfacción de saber que la situación del país era normal y que el Vice-Presidente don Bartolomé Martínez había recibido la Presidencia de la República ese mismo día o el anterior de mi llegada.

En San Juan del Sur estaban algunos amigos esperándonos, mas no continuamos nuestro viaje sino hasta el día siguiente en que nos dirigimos a San Jorge, puerto en el Gran Lago, para allí embarcarnos en el Vapor "Victoria" que nos había de conducir a Granada.

De esta ciudad continuamos nuestro viaje a Managua por tren, llegando a esta ciudad cerca de las seis de la tarde. En la casa que nuestros amigos nos habían preparado nos estaban esperando numerosas personas entre las que estaba don Bartolo, que ese mismo día o el día anterior había tomado posesión de la Presidencia de la República.

Conferencias con don Bartolo

Don Bartolo parecía estar muy contento con mi llegada al país, y esa misma noche se quedó a cenar con nosotros pues estaba deseoso, me dijo, de conversar conmigo. Al hacerlo me refirió el entusiasmo que en el Partido Liberal había producido la toma de posesión suya y las promesas que, miembros de ese Partido, le habían hecho de apoyo a su Gobierno. También me manifestó su resolución de que no le dejaría el poder a ningún Granadino, declaración que me hacía para que se la hiciera saber a mis amigos de Granada.

Después de unos tres o cuatro días de estar arreglando mis asuntos personales en Managua y de estar cambiando impresiones con don Bartolo, resolví ir a Granada para exponer a mis amigos de allá la situación política, tal cual yo la veía.

En casa de mi padre, don Salvador Chamorro, donde me hospedé, me reuní con los principales elementos políticos de la ciudad y les expuse los términos de mis conferencias con don Bartolo y les hice saber lo que él me había declarado, esto es, que no aceptaría de candidato a ningún "granadino", excepción hecha de mi persona a quien consideraba, por mis vínculos familiares como hijo de aquella ciudad.

En vista de esos informes la mayoría de los allí reunidos resolvieron que yo lanzara mi candidatura nuevamente, mas en esta resolución no estuvieron de acuerdo algunos, entre ellos, el Dr. Juan José Martínez y el Dr. Emilio Lacayo, quienes llegaron hasta renunciar de los puestos que tenían en el Gobierno, para los que fueron nombrados por don Diego, para manifestar así su desacuerdo con lo manifestado por el Presidente Martínez, y además, por su desagrado de que no fuera don Martín Benard el próximo candidato del Partido Conservador.

Política dual de don Bartolo

A mi regreso de Granada visité al Presidente Martínez y le informé de todos los incidentes ocurridos en mi visita a aquella ciudad, de la renuncia del Jefe Político, Dr. Martínez y la del Dr. Lacayo, también le hablé de mi candidatura, ofreciéndome desde ese momento darme todo el apoyo oficial. Mas al correr de los días observé que los nombramientos que se hacían para diversos cargos públicos recaían, no en amigos míos, sino en personas que me eran decididamente adversas, por lo que me resolví, un día de tantos, a llamar la atención del Presidente para que me dijera con franqueza el significado de aquella actitud. El Sr. Martínez me dijo que él siempre estaba firme en su ofrecimiento de apoyo, no obstante de que muchos conservadores y liberales le instaban para que él, don Bartolo, lanzara su propia candidatura.

Esa declaración me dió la clave para estar en lo cierto de lo que debía esperar, esto es, de que mi candidatura sufriría más bien estropiezos que apoyo de parte del Presidente Martínez, y por eso le dije que de mi parte también tendría el apoyo de su candidatura, ya que para mí ningún otro sería mejor que él que era amigo mío, que ya no pensara más en la posibilidad de mi candidatura y que me iba a dedicar a la reorganización del Partido en una forma democrática en todos los Departamentos para que pudiéramos realizar una Convención que denominara al Candidato que debía de ir a los comicios, le dije además, que en cuanto a su propia candidatura, deseaba me indicara la colaboración que yo le podría prestar.

Fue entonces que don Bartolo me habló de que era conveniente que yo consiguiera que la Corte Suprema de Justicia rindiera una declaración para ser enviada al Departamento de Estado. Esa declaración debería informar que la Corte Suprema, habiendo estudiado debidamente los artículos de la Constitución en lo referente a la elección de Presidente, llegaba a la conclusión de que ninguno de esos artículos se oponía a la reelección del Presidente Martínez.

A esa solicitud de don Bartolo le respondí que lo haría con mucho gusto, pero que antes consultara con el Departamento de Estado si es que éste consideraría satisfactoria una declaración de esa clase de parte de nuestra Corte Suprema, ya que me parecía que era exponer a nuestra Corte a un desaire si el Departamento de Estado declaraba una opinión contraria al modo de juzgar nuestra Corte Suprema la cuestión legal de la reelección.

Como el Presidente Martínez no estuviera de acuerdo con mi insinuación, ninguna solicitud se hizo a la Corte Suprema para que hiciera un estudio de nuestra Constitución.

Desde entonces comprendí que mis acciones bajaban cada día en Casa Presidencial, sin embargo, siempre me mantuve en contacto con el Presidente.

Reunión de Notables

Algunos días más tarde tuvimos una reunión de Notables Conservadores para elaborar el programa del Partido. De esa reunión preliminar salió la Comisión que elaboró los Estatutos que debían regirnos. Recuerdo que esos Estatutos le daban al Partido Conservador una organización absolutamente democrática basada en las declaraciones de Jefferson, prominente estadista norteamericano.

Los Estatutos declaraban que el Partido Conservador no era un partido estático, sino que evolucionaba conforme al progreso y necesidades de cada época; que reconocía la mayoría católica del país, pero que no era un partido clerical; que mantenía la alternabilidad del poder y que no admitía la reelección ni la elección de los parientes hasta el tercer grado de consaguinidad o afinidad.

Aprobados estos Estatutos se disolvió la Junta de

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Notables y se procedió a organizar el Partido en cada Departamento, por cantones, como estaba establecido en los nuevos Estatutos.

Supe después que el Presidente Martínez había extrañado que yo no hubiera aprovechado la oportunidad de la reunión de la Junta de Notables para iniciar su candidatura, pero realmente no lo hice porque no creí oportuno tratar de ese asunto tan prematuramente, sin embargo, esas pequeñas diferencias de criterio con don Bartolo las fueron aprovechando mis adversarios políticos dentro del Partido Conservador para su alianza con los Liberales y para adquirir más fuerzas con la que combatir mi candidatura, por lo que resolví intensificar el trabajo de organización del Partido y lograr tener una mayoría de Delegados amigos en la Convención.

La política misma y las intrigas políticas de ese período de don Bartolo eran tan confusas por todos lados que me es muy difícil recordar con completa exactitud todos los incidentes ocurridos. Pero no he olvidado hechos como éste, por ejemplo.

Me refiero a la invitación que un día de tantos nos hizo el Presidente Martínez al doctor Carlos Cuadra Pasos, a don Carlos Solórzano, al General Bartolomé Víquez y a mí para que nos reuniéramos en una pieza contigua a su dormitorio en Casa Presidencial. El objeto del Presidente era de que discutiéramos quién debía ser el candidato próximo del Partido Conservador.

Recuerdo que en esa reunión don Carlos Solórzano comenzó por hacerme el cargo de que a mi no se me consideraba como Managua como lo demostraba el hecho de no poseer casa propia en esa ciudad de Managua, cargo que me extrañó me hiciera don Carlos puesto que él muy bien sabía que yo era una persona sin recursos económicos y que mi figuración en la política nacional se debía a mi entusiasmo por la causa del Partido Conservador ya fuera en los campos de la lucha cívica o militar.

Don Albino Román y Reyes

Después de ese pequeño incidente comenzamos a estudiar las posibilidades de escoger el candidato y si mal no recuerdo ya estábamos por llegar a una solución, ya que ni el doctor Cuadra Pasos, ni el General Víquez hacían demostración alguna de empeñarse por sus propias candidaturas y yo, por mi parte, estaba resuelto a renunciar a favor de don Federico Solórzano, hermano de don Carlos, ya que éste seguramente habría aceptado renunciar a su candidatura para que su hermano fuese el futuro Presidente, mas precisamente en ese momento abrió don Bartolo la puerta de comunicación de su dormitorio para decirnos que ya habíamos estado suficiente tiempo en conferencia y que era mejor que dejáramos la solución del problema que nos tenía reunidos para otro día. Por ese motivo no llegamos a un acuerdo final en esa reunión.

No dudo que el Presidente Martínez estuvo todo el tiempo que duró nuestra conversación en compañía de su pariente político el doctor Segundo Albino Román y Reyes, vigilándonos desde su dormitorio.

Sobre este particular debo hacer esta observacións, y es que, antes de resolverse por un candidato determinado, debe estudiarse no sólo al candidato mismo sino a todos sus familiares por consanguinidad o afinidad que puedan ejercer alguna influencia sobre él, porque estoy seguro que el cambio que se operó en el ánimo de don Bartolo, tanto respecto a mí como respecto al Partido Conservador, cambio tan del agrado del Partido Liberal, fue obra del doctor Román y Reyes, que estaba casado con doña Ninfita Vega, sobrina predilecta de don Bartolo.

Intrigas políticas

En Febrero de ese año de 1924 resolví ir a la fiesta de Candelaria que se celebra con tanto esplendor en mi querido pueblo de Comalapa, y allí me encontraba el 2 de Febrero cuando recibí un telegrama urgente de don Bartolo en el que me llamaba para que arregláramos todo el problema electoral. Sin pérdida de tiempo y dejando la celebración salí, el mismo día de la fiesta, de regreso a Managua. No quería perder la ocasión que me brindaba mi antiguo amigo don Bartolo para lograr la unidad del Conservatismo.

Al llegar a Managua y pasar a la Casa Presidencial, don Bartolo no me daba muestras de tener algo importante que comunicarme, mas cuando salí al balcón que daba al Palacio Arzobispal, se me acercó para preguntarme qué me parecía el General Tomás Masís para Candidato del Partido, habiéndole yo manifestado mi absoluta complacencia por tal escogencia. Después de haberme despedido de don Bartolo quise darle la buena nueva a mi amigo Masís, a quien llamé a mi casa de habitación.

El General Masís, en lugar de manifestarse contento y agradecido por la aceptación que había hecho de su nombre a don Bartolo, me dijo que le había echado a perder su plan, que en vez de aceptarlo yo debería haberlo rechazado, rehusándome a aceptar como candidato a una persona que no consideraba amiga. Esto me hizo comprender el papel de enemigo político mío que el General Masís hacía cerca de don Bartolo, lo que había motivado esa proposición de sondeo que me había hecho el Presidente, el que nunca me volvió a hablar más de esa candidatura.

Por fin el Presidente Martínez llegó a un acuerdo con el Partido Liberal por el que éste apoyaría la candidatura de don Carlos Solórzano, para Presidente, y la del doctor Juan Bautista Sacasa, para Vice-Presidente.

Formula Chamorro-Cardenal

La Convención del Partido Conservador escogió mi candidatura para Presidente y la de don Julio Cardenal para Vice-Presidente y mientras llegaba el día de la elección me dediqué a recorrer el país en campaña electoral.

Quiero, antes de seguir adelante, referirme al incidente ocurrido el día de la proclamación de nuestras candidaturas en el Teatro Variedades que quedaba frente a la Plaza de la República, al costado oriental del Club Social de Managua.

Ese día de la proclamación llegué al Teatro acompañado de muchos de mis partidarios, encontrándome a mi llegada que el recinto estaba lleno de mis amigos. La proclamación se hizo con gran entusiasmo de parte de todos los concurrentes, habiéndose pronunciado muchos discursos, todos laudatarios del candidato y del Partido Conservador, mas cuando salimos del Teatro para dirigirnos a mi casa, a pie, acompañado de aquel gentío, a poco andar principiaron a caer sobre nosotros una gran lluvia de piedras que provenían de varias partes, principalmente del lado del Parque, donde se habían reunido partidarios de don Carlos Solórzano, en su mayoría Liberales, para atacarnos.

Ante ese ataque sin provocación de nuestra parte, algunos pensaron que solo con sus revólveres disparados al aire podían contener el ataque para intimidarlos, como efectivamente sucedió. A los primeros disparos cesó el ataque y Gabry Rivas, que estaba entre los que nos tiraban piedras, fue a parar hasta la Sacristía de la Catedral, donde se escondió. Después de eso ya no tuvimos ningún estropiezo y llegamos tranquilamente a mi casa que quedaba en la casa opuesta al actual Banco de Londres, que era la del Hotel Sevilla. Por supuesto que algunos de nuestros amigos salieron golpeados de fuertes pedradas recibidas por los partidarios de don Carlos Solórzano, y hasta uno de éstos que estaba subido en uno de los árboles del parque desgraciadamente resultó muerto de un balazo.

Después de lo ocurrido en el día de la proclamación de mi candidatura ví claramente que el Presidente Martínez no daría elecciones libres y entonces pensé que era necesario buscar cómo se garantizaba la libertad electoral por medio del Departamento de Estado.

En ese entonces estaba de representante de los Estados Unidos, como Encargado de Negocios, Mr.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Thurston, a quien decidí visitar para ver de conseguir la cooperación de su Gobierno en el asunto de elecciones libres.

Fraude electoral

El Encargado de Negocios se manifestó estar de acuerdo con la idea de conseguir que observadores electorales norteamericanos vinieran a presenciar las elecciones, y creo que realmente trabajó en ese sentido, pero probablemente no estaba de acuerdo con él el Departamento de Estado, pues que no llegó ningún observador. Recuerdo que cuando yo llegaba a visitar a Mr. Thurston, éste siempre me dejaba lleno de esperanzas de la inminente llegada de los observadores electorales, a pesar de la negativa de don Bartolo para aceptarlos. Sin embargo, como los observadores no llegaban yo, de vez en cuando, preguntaba a Mr. Thurston sobre el particular y me respondía: "En Tejas hay un refrán que dice: Cuando la rana brinca nadie sabe qué tan largo va a brincar". Después de oírle esa expresión, con la que quería darme a entender que pronto vendría algo aplastante con lo que contener los abusos preelectorales que ya se estaban cometiendo, me quedaba muy contento y esperanzado. Pero la realidad fue que ningún observador llegó, que las elecciones se efectuaron, muriendo en ellas los comicios libres, lo mismo que partidarios míos en los distintos tumultos que hubo tratando de impedir que mis amigos votaran: hubo uno que hasta se suicidó al impedírsele ejercer su derecho.

A pesar de todo, el resultado de la elección me fue favorable, pero al hacerse la trasmisión telegráfica del número de votantes de cada Cantón las cifras iban siendo alteradas. Mas no sólo esto me hizo perder la elección ya ganada sino también el hecho de que don Carlos Solórzano se encontró a un tal Mr. Morgan, ciudadano norteamericano, al que se le dió el encargo de hacer el escrutinio de los votos, y cuyo mal proceder se hizo evidente desde el primer momento al punto que el doctor Ramón Castillo C., se retiró del Consejo Nacional de Elecciones en el que estaba como Representante del Partido Conservador. Supe después que ese Mr. Morgan recibió de parte de don Carlos Solórzano la suma de VEINTE MIL DOLARES para que hiciera el escrutinio con el resultado favorable de todos conocido.

Reconocimiento de don Carlos Solórzano

Debido a la convicción que tenía de haber ganado las elecciones, fue que comisioné a mi inolvidable amigo el Dr. Máximo H. Zepeda para que gestionara ante el Departamento de Estado el no-reconocimiento del Sr. Solórzano. El Dr. Zepeda llegó a tener muchas esperanzas de éxito con el Secretario de Estado, pero quien sabe qué circunstancia de última hora lo hizo cambiar de parecer y el Departamento dió su reconocimiento a don Carlos Solórzano quien tomó posesión de la Presidencia en la fecha señalada por la Constitución.

Olvidaba decir que al siguiente día de las elecciones, día en que perdí a 33 de mis amigos en los sangrientos comicios, me llamó por teléfono el Encargado de Negocios de los Estados Unidos para invitarme a ir a visitar al Presidente Martínez. Esa invitación la acepté con gusto y a eso de las 9 de la mañana salimos para la Casa Presidencial donde el Presidente mismo nos hizo pasar al salón donde nos había estado esperando. Tan pronto como nos hubimos sentado, el Presidente Martínez le dijo al Encargado de Negocios que yo ya le había promovido varios levantamientos revolucionarios en distintos lugares de la República y que en esos momentos estaba el General Noguera Gómez en pie de guerra en San José de los Remates.

A esa acusación respondí que la información que tenía el Presidente sobre esos levantamientos era falsa, y de que si yo hubiera ordenado un levantamiento no hubiera sido en San José de los Remates, lugar completamente aislado y sin ninguna significación.

Después de esto el Encargado de Negocios, sin pronunciar palabra, se levantó para despedirse y entonces yo también me levanté para despedirme saliendo junto con el Encargado de Negocios del salón donde estábamos, mas ya para salir de la Casa Presidencial me llamó el Presidente Martínez y me dijo: "Queda usted preso!" palabras que oyó el Encargado de Negocios, quien con sorpresa de mi parte continuó su camino, sin protestar, como yo lo hubiese hecho en su lugar ya que había sido él el que me había invitado a visitar al Presidente.

Incidente del Club Internacional

Después que don Carlos Solórzano tomó posesión de la Presidencia de la República me retiré con mi familia a la Hacienda "Río Grande" donde me dediqué enteramente al mejoramiento de dicha propiedad con prescindencia absoluta de toda actividad política. Mas después de estar allí por algún tiempo, me parece que un día del mes de Agosto, cuando estábamos tomando nuestro desayuno oímos que subía por el río una embarcación de gasolina la que efectivamente llegó hasta cerca de la casa. En ella llegaron varios amigos de Managua a referirme que Gabry Rivas y el Coronel Alfredo Rivas habían hecho prisioneros, en una fiesta del Club Internacional, a varios miembros liberales del Gabinete del Presidente Solórzano, y que el Coronel Rivas, de acuerdo con Gabry, que era el jefe del movimiento, iba a deponer a don Carlos, por lo que era urgentísimo que yo regresara a Managua con ellos ese mismo día. Me informaron, además, que la Administración estaba muy intranquila y que podían ocurrir sucesos que deberíamos aprovechar a favor del Partido. En vista de tales informes me decidí a regresar con ellos a Managua, donde llegamos cerca de las 9 de la noche.

Mas la situación había cambiado un tanto, varios de los detenidos habían sido puestos en libertad y el Presidente Solórzano había restablecido su control en las guarniciones del Campo de Marte y la Loma, por lo que decidí irme quietamente a mi casa y permanecer allí a la expectativa.

Preparando el golpe

La situación, sin embargo, no estaba realmente tan tranquila como creíamos. El Coronel Rivas no se encontraba satisfecho con la solución que don Carlos le había dado al problema político, y yo me hallaba siempre deseoso de la eliminación de los Liberales en el Gobierno, lo que me movió a seguir maniobrando con ese fin. Con ese objetivo preparamos para el 25 de Septiembre un plan que no pudimos llevar a cabo porque el Coronel Rivas, a última hora, cambió de parecer.

Esto no me descorazonó e insistí en continuar buscando los medios para reponer, no solamente a los miembros Liberales del Gobierno, sino al mismo don Carlos, si fuese necesario si no llegábamos a un entendimiento completo con él.

Para esta nueva etapa busqué otras combinaciones en la guarnición de la Loma, fuera de la del Coronel Rivas, y una vez que las tenía conseguidas y aseguradas resolví tratar directamente con don Carlos.

Con el objeto de llegar al entendimiento que deseábamos, —de acuerdo con don Adolfo Díaz y su sobrino Humberto Pasos Díaz y con mi tío don Rosendo Chamorro—, fuí a visitar a don Carlos por primera vez desde que estaba en la Presidencia.

En el mismo momento en que yo pedía audiencia a la Secretaría llegaba también a visitar al Sr. Solórzano el Ministro Americano, Mr. Eberhardt. Naturalmente, el Presidente recibió primero al Ministro, aunque me envió a decir que me recibiría inmediatamente después, que lo esperara un momento y que no me fuera sin verle.

A poco rato salió don Carlos con Mr. Eberhardt a quien me presentó, pues yo no le conocía, y después de despedirlo pasé con don Carlos a su salón de recibo donde mantuvimos una conversación interesante. En ella no le pedí la eliminación de los Liberales del Gobierno sino que nos diera la admi-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

nistración de seis Departamentos para demostrarle que estos serían mejor administrados que los otros que lo eran por Liberales, mas el Presidente se negó y sólo me ofreció el Departamento de Rivas, después de lo cual me despedí de él diciéndole que al siguiente día regresaría para resolverle en definitiva.

De Casa Presidencial me fuí directamente a la de don Adolfo Díaz para informarle que no había sido posible llegar a un acuerdo satisfactorio con don Carlos y que yo estaba dispuesto y preparado para darle el golpe esa misma noche. E inmediatamente lo expuse el plan que tenía formulado, el que fue aprobado por él.

El Lomazo

Al regresar a mi casa de habitación mandé a notificar a mis amigos de las Sierras para que se reunieran en un punto cercano a la Loma de Tiscapa, al que yo llegaría a las once de la noche.

Efectivamente, llegué a la hora señalada y en silencio y con cautela subimos los allí reunidos a la Loma.

Entre los que me acompañaban iba el General Alfonso Estrada, quien me aconsejó que me regresara para no tener dificultades después con el Departamento de Estado. A la Loma subimos como 200 personas de diferentes pueblos.

Ocupamos la Loma sin incidente alguno y en la madrugada, a eso de las cuatro de la mañana, llamé por teléfono a Casa Presidencial.

Cuando don Carlos llegó al teléfono y preguntó quien le llamaba, yo le dí mi nombre y logré sentir su gran sorpresa y sobresalto al oírlo, y cómo, muy extrañado, me preguntó de dónde lo llamaba. Yo le contesté con mucha calma que lo lamaba de la Loma. "Y que está haciendo allí?, me preguntó. Yo le contesté que había llegado a hacerme cargo de ese establecimiento militar porque él había rehusado el arreglo que le había propuesto. Le recomendé, además, de que no hiciera ningún movimiento militar en mi contra, porque si yo me daba cuenta de que se estaba organizando algo para recuperar la Loma abriría los fuegos desde allí. Le pedí, también, que diera sus órdenes al Jefe del Campo de Marte para que me entregara pacíficamente esa posición militar.

Después de esta conversación esperé que aclarara bien el día para comunicarme con el Campo de Marte y advertir a su Jefe que no debería permitir la entrada de gente al Campo y que si yo veía que estaba entrando esa gente abriría fuego sobre esa posición y que era mejor que se pusiera a mis órdenes para evitar el derramamiento de sangre.

Entrega del Campo de Marte

El Coronel Francisco Solórzano Murillo, Jefe Militar del Campo de Marte, comprendiendo que su situación estaba perdida, muy comprensivamente se puso a mi disposición y por ese lado no tuvimos dificultad alguna y nuestras relaciones fueron muy cordiales.

Después de la ocupación de la Loma, pasé una circular a todos los Comandantes de Armas de los Departamentos dándoles cuenta de la situación y de que de ahora en adelante deberían atender solamente las órdenes que emanaran de mi autoridad.

En general, todos contestaron de conformidad, a excepción del Comandante de Armas de Bluefields, don Eliodoro Rivas Solórzano.

Durante ese día —25 de Octubre de 1925 sólo una vez hice disparar una ráfaga de ametralladora hacia el lado de Casa Presidencial con el objeto de intimidar a un grupo de hombres que se estaba organizando en el Parque. Después de eso, todo quedó tranquilo y en ninguna parte hubo novedad alguna.

Visitas a don Carlos

Al siguiente día, muy temprano, fuí a visitar a don Carlos y estuve conversando con él sobre las realidades de la situación. Durante la conversación se me quejó de haber sido amenazado por unos jóvenes Artiles, pero más tarde, al investigar yo con esos jóvenes sobre el particular quedé completamente convencido de que no había habido tal amenaza y que los dichos jóvenes no habían actuado de manera hostil hacia el Presidente.

Después de la visita a don Carlos, la que no tuvo en realidad trascendencia alguna, pasé a visitar, por primera vez, al Ministro Americano Mr. Eberhardt, quien me recibió muy cortésmente. Después de una ligera conversación preliminar, me preguntó qué pensaba hacer con don Carlos. A esta pregunta respondí que mis planes eran solamente eliminar al elemento liberal del Gobierno y dejar que el Sr. Solórzano terminara su período presidencial. El Ministro me manifestó, entonces, que don Carlos era un hombre muy difícil de comprender y muy variable que por la mañana pensaba una cosa, al mediodía otra y por la noche otra.

Este juicio del Ministro me hizo creer que él vería con agrado la remoción de don Carlos, por lo que le hice saber que nosotros podíamos exigirle la renuncia a la Presidencia y de que ese cambio podíamos realizarlo sin trastornos algunos en el país. La reacción del Ministro ante esta declaración mía fue la de pregutarme que con quién repondríamos a don Carlos y yo le contesté que con don Adolfo Díaz, que era Senador de la República. A lo que el Ministro me preguntó: "Quiere que lo consulte con el Departamento de Estado? Yo le contesté que sí.

Tres días después de esta conversación recibí una llamada telefónica de la Legación Americana para avisarme que el Ministro deseaba verme y sin pérdida de tiempo me dirigí a la Legación. El Ministro me recibió inmediatamente y me enseñó un cable del Departamento de Estado aceptando a don Adolfo Díaz como sucesor de don Carlos.

Como es norma del Partido Conservador seguir el camino de la legalidad informé al Ministro que podíamos reunir al Congreso en sesiones extraordinarias para que conociera de la renuncia del Presidente Solórzano y que, conforme a la Constitución, escogiera para reponerle a uno de los miembros del Senado. Al Ministro le pareció muy buena la idea y convenimos en que yo regresaría dentro de pocos días para avisarle la fecha de la convocatoria del Congreso para llevar adelante el plan expuesto, y efectivamente, algunos días después regresé y le informé que la fecha señalada era el 15 de noviembre.

Al llegar ese día a la Legación Americana observé que don Carlos Solórzano salía de ella y aunque, naturalmente no sabía que asuntos habían tratado, me dí cuenta que el Ministro se mostraba muy complaciente con él y quizás por ese cambio de actitud fue que no quiso aceptar mi idea de fijar el 15 de Noviembre para la convocatoria del Congreso a sesiones extraordinarias y que me propusiera dejar ese asunto para ser resuelto en las sesiones ordinarias de Diciembre.

Como yo no quería violentar al Sr. Solórzano, a quien veía casi todos los días y por quien, en ese trato constante, nació en mí alguna simpatía para él acepté la propuesta del Ministro Eberhardt.

Arreglo con don Carlos

Cuando estuve discutiendo con don Carlos Solórzano sobre la renuncia de la Presidencia que debía presentar ante el Congreso, me habló de su anuencia a retirarse previa condición de que se le pagaran sus gastos de propaganda electoral. Yo consideré justa su pretensión y ofrecí darle mi cooperación para ver de conseguir se le pagaran gastos electorales que, según me dijo, estimaba en cincuenta mil córdobas. Le dije de la posibilidad de sacar esa suma de la partida creada por el 5% que para propaganda se le deduce del sueldo a los empleados públicos. Le prometí, además, hablar con el Gerente del Banco Nacional de Nicaragua, para ver si el Banco adelantaba esa suma para ser reembolsada con el impuesto mencionado.

De conformidad con mi ofrecimiento hablé con el Gerente del Banco Mr. Rosenthal el que no puso objeción alguna, lo cual comuniqué al Presidente

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Solórzano, quien me dijo que pasaría por el Banco ultimando la transacción.

Entiendo, sin embargo, que don Carlos no fue el Banco y que más bien desistió del proyecto, porque otro día que estaba con él de visita me informó que sólo iba a reclamar la suma de treinta mil córdobas y me dijo que él creía que yo los podía sacar del Ministerio de la Guerra como pago del presupuesto del Ejército y que me entendiera para eso con don Adán Cárdenas que era su Ministro de Hacienda.

De la oficina del Presidente pasé a la del Ministro Cárdenas a tratar del asunto y don Adán no presentó dificultad alguna para entregarme la Orden Ministerial por la suma de treinta mil córdobas. Una vez que hice efectiva la Orden y que se me entregó el dinero lo llevé al Presidente Solórzano, quien después de recibirlo subió al piso alto de su casa para guardarlo. Cuando bajó de nuevo estuvimos conversando por un momento más y luego me despedí de él.

Enseguida pasé a la casa de don Adolfo Díaz para referirle lo ocurrido, y allí me encontré con mi tío don Rosendo Chamorro, quien se extrañó mucho al saber que don Carlos, su cuñado reclamara los gastos de la campaña electoral, pero no expresó comentario alguno.

Varios días más tarde estuve a visitar al Presidente Solórzano. Lo encontré un poco contrariado porque mi tío Rosendo había estado a ver a su cuñado, don Federico Solórzano, hermano de don Carlos, y que don Federico le había dicho que don Carlos, había vendido su libertad por treinta mil córdobas y que le había llegado a visitar muy enojado, por todo lo cual había resuelto no exigir nada y devolverme el dinero recibido.

Nada podía hacer yo para calmar el disgusto de don Carlos sino aceptar la devolución del dinero y reintegrarlo al Gobierno, pero pasaron varios días y don Carlos no me entregaba el dinero, probablemente por olvido, hasta que un día me ví forzado a recordarle la conversación que al respecto habíamos tenido, y fue entonces que subió al piso alto de su casa y me trajo solamente veinte mil córdobas. Como yo había recibido treinta mil, dispuse esperar por el resto de la suma por unos cuantos días. Pasados estos me entregó otras partidas de dos mil quinientos córdobas hasta completar la suma de veinte y siete mil, y al recordarle que la suma total era de treinta mil córdobas me dijo que los dos mil quinientos restantes eran de un amigo suyo que se los había dado para ayudarle a la campaña electoral y que él se los había devuelto por lo que no podría devolvérmelos. No pude llegar a un acuerdo con don Carlos sobre este asunto, a pesar que siempre se los reclamé, por lo que tuve que ponerlos de mis propios fondos para completar la suma que había recibido del Ministerio.

Sin embargo, don Carlos se ofuscaba tanto al recordar este incidente, en el que consideraba tenía toda la razón, que llegó hasta escribir un folleto en mi contra en San José de Costa Rica en el que hacía mención de los dos mil quinientos córdobas.

Intervención de México

Durante estas conversaciones que tenía con don Carlos me manifestó también en varias ocasiones el peligro que tendría su retiro de la Presidencia porque el Representante del Gobierno de México le informaba que su país estaba anuente a apoyar una revolución en Nicaragua.

A esa información del Sr. Solórzano no le daba importancia, pues me parecía muy extraño que México se entrometiera en nuestros asuntos internos sin motivo alguno especial, sin embargo, eso fue lo que sucedió, andando el tiempo, como veremos más adelante.

Escisión del Partido Conservador

Todavía en 1925 estaba muy viva la escisión en el Partido Conservador, escisión que se había creado entre los amigos del doctor Carlos Cuadra Pasos y los míos. Seguramente por esa causa, cuando mis amigos supieron que el sucesor de don Carlos Solórzano sería don Adolfo Díaz, me hacían presión para en lugar de don Adolfo recayera en mí la Presidencia.

Al principio, no dí acogida a tales insinuaciones, mas, como éstas continuaran apoyándose principalmente en la preponderancia que don Adolfo daría al doctor Carlos Cuadra Pasos, poco a poco fuí cambiando de parecer.

Sin embargo, no quise tomar la Presidencia para mí, sino pensé que el sucesor de don Carlos Solórzano fuera mi padre don Salvador Chamorro.

Como aquí en Managua había que elegir a un Senador quise entonces que el candidato fuera mi padre. Contaba para llevar a feliz término esta maniobra política con que don Deogracias Rivas, amigo de mi más absoluta confianza, era el que dirigía la Convención Departamental. Mas, aunque don Deogracias siempre seguía las insinuaciones que yo le hiciera, en esa ocasión no quiso cooperar en la elección de mi padre para Senador por lo que no tuve otra alternativa que la de ponerme yo mismo de candidato. Así fue cómo adquirí esa posición, la que me dió la oportunidad de que, cuando don Carlos presentó su renuncia al Congreso, éste me designara como su sucesor.

Renuncia de don Carlos

Antes de pedirle la renuncia a don Carlos, —o de obligarlo a renunciar, si se quiere hablar con franqueza—, conversé con don Adolfo Díaz para ver si dejábamos a don Carlos en el poder, pero don Adolfo no estuvo de acuerdo si no era mediante ciertas promesas que don Carlos debería hacer, y cuando tuve una conversación con éste último sobre el particular ví que no estaba dispuesto a aceptar las condiciones que le pedía por lo que le dije que hablara él mismo con don Adolfo pero que le hablara con toda franqueza confesándole su deseo de continuar en el poder y que se arreglara con él ya que yo no tenía inconveniente en que él continuara en la Presidencia. Pero como no hubo arreglo entre ambos no tuve otra disyuntiva que la de obligarlo a poner su renuncia y a tomar yo la Presidencia de la República.

Esto lo hice no obstante que pocos días antes Mr. Eberhardt me mostró un largo cablegrama del Departamento de Estado diciendo que se me advirtiera que yo no podría ser reconocido como Presidente porque era firmante del Tratado General de Paz y Amistad suscrito en Washington en 1923 —al que ya hice referencia— y en el que se establecía que ningún individuo que diera un golpe de estado o que se levantara en armas en contra del poder constituído sería reconocido como Presidente Constitucional de su país. Pero yo había estado durante varios días, haciendo campaña popular para la toma de posesión de la Presidencia, y me pareció indebido esa advertencia de última hora, que ya no estaba de acuerdo con la realidad política nacional.

Por otra parte, me consideraba seguro del apoyo del Partido y pueblo conservador, como efectivamente lo tuve. Pero la hostilidad del Departamento de Estado hacia mi Gobierno se hizo cada vez más patente hasta el punto que el Partido Liberal encontró fácilmente apoyo para hacerme la guerra.

El 16 de Enero de 1926, don Carlos Solórzano presentó su renuncia al Congreso Nacional, la que le fue aceptada por éste, habiendo después procedido a escogerme como Presidente Constitucional. Inmediatamente me dediqué a organizar mi Gabinete y a hacer los cambios necesarios en las Jefaturas Políticas y Comandancias de Armas de los Departamentos de la República.

El Dr. Juan B. Sacasa

Mientras tanto, yo veía un peligro serio en la Vice-Presidencia del doctor Juan Bautista Sacasa, y por eso quería conseguir también su renuncia a cambio del Ministerio en Washington, o cualquier otra cosa que él aceptara. Sin embargo, todas las

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

gestiones que se hicieron a este respecto no dieron resultado alguno.

En vista de la situación creada por la negativa del Dr. Sacasa, el Jefe Militar de las fuerzas acantonadas en León, nuestro malogrado joven General Humberto Pasos Díaz, procedió a tomar medidas un poco enérgicas sobre el asunto, lo que dió por resultado que el Dr. Sacasa resolvió abandonar el país, como efectivamente lo hizo.

Como es natural suponer, el Dr. Sacasa, con su investidura de Vice-Presidente, se dedicó a buscar cómo derrocar a mi Gobierno, para lo cual se trasladó primeramente a los Estados Unidos y después a México, donde encontró amplio apoyo en armas y dinero.

Mientras el Dr. Sacasa preparaba en México la revolución que había de ensangrentar a Nicaragua, un amigo que estaba cerca de él me escribió diciéndome que si yo le enviaba cinco mil dólares, él, mi amigo, haría fracasar el movimiento. Pero esta persona me describía la ayuda de México en tan grandes proporciones —como realmente lo fue— que yo no le quise dar crédito, pensando que sólo se trataba de una estratagema para explotarme, por lo que sólo le envié quinientos dólares.

Esa suma, apenas, sirvió para que esa persona me avisara el día de la salida de la expedición y todos los demás planes que tenían los revolucionarios, es decir, los lugares de desembarque en Nicaragua, las varias fechas de salida, y los nombres de los jefes encargados de las fuerzas expedicionarias.

Así es que si yo, en lugar de haber enviado solamente quinientos dólares, hubiera enviado los cinco mil solicitados, es muy probable que mi amigo en cuestión, hubiera cumplido su promesa, esto es, que la expedición no hubiera salido de México.

Refiero esto para que se vea que en cuestiones de estado, no hay que ser muy desconfiado.

La Revolución de 1926

El 2 de mayo de 1926 el Coronel Luis Beltrán Sandoval a la cabeza de un grupo en el que figuraban entre otros, el ahora General Carlos Pasos, Hildebrando Correa, Diego Navas, asaltaron el cuartel de Bluefields y dió el grito de rebelión en la Costa Atlántica.

Con la eficaz ayuda de su concubina Lucila "Chila" Delgado, logró Beltrán Sandoval y su grupo darse cuenta de la situación de la Sucursal del Banco Nacional en aquella ciudad y un día de tantos determinó asaltarlo, llevándose todo el dinero que allí había, huyendo después con sus amigos en todas direcciones. Beltrán Sandoval se fue a México a engrosar las filas del Dr. Sacasa, mientras que Carlos Pasos y el General Navarro, que también estaba en el número de los asaltantes, se quedaron en Guatemala, de donde regresaron más tarde con el General José María Moncada, que por entonces estaba en Costa Rica.

En México se habían reunido al Dr. Sacasa lo que puede considerarse la plana mayor del Liberalismo: el General Julián Irías, el Dr. Manuel Cordero Reyes, el Dr. Hildebrando Castellón. En aquel país habían logrado interesar a su Presidente, el General Plutarco Elías Calles, para que les diera apoyo para su movimiento revolucionario. Calles se los dió en la forma de armas y pertrechos de guerra, dinero en efectivo y tres barcos: el CONCON, el FOAM y el TROPICAL.

En Guatemala se encontraban, el Dr. Carlos A. Morales, don Crisanto Sacasa, el General Samuel Santos y el general Carlos Pasos.

Después de recibir el apoyo de México el Dr. Sacasa se dirigió a Guatemala y llamando al General Moncada de Costa Rica, lo puso al frente de su movimiento.

Mientras tanto yo había enviado al general José Solórzano Díaz a recuperar Bluefields lo que logró inmediatamente a su llegada después de un ligero encuentro con los pequeños grupos de revolucionarios que habían quedado abandonados por sus jefes principales.

Con eso la paz se había momentáneamente restablecido, sin embargo la conspiración exterior e interior continuaba.

Desembarque en El Tamarindo

El Tamarindo, o sea donde está actualmente Puerto Somoza, sería uno de los lugares escogidos por los revolucionarios para el desembarque de la expedición. Despaché primeramente a ese lugar al Coronel Tomás Saborío con un pequeño grupo a realizar una inspección, pero cuando tuve conocimiento de que la expedición revolucionaria ya había salido, mandé al General Marcos A. Benavente con un fuerte contingente de tropas para impedir el desembarque.

El Coronel Saborío tuvo un ligero encuentro con los rebeldes que estaban esperando las armas, de cuyo encuentro salió mal parado, retirándose a un lugar inmediato, —la finca de los señores Salinas—, a donde llegó más tarde el General Benavente.

Los rebeldes se habían dado cuenta de la debilidad militar de Saborío, procedieron a perseguirlo dándole alcance en ese lugar que menciono, propiedad de los señores Salinas, pero cuando llegaron allí ya el General Benavente se había parapetado en él y había tomado todas las precauciones necesarias para no dejarse sorprender, así es que cuando llegaron fueron recibidos a tiros y fácilmente destruídos después de un corto pero intenso combate. Hecho el reconocimiento del campo se encontró entre los muertos el cadáver del Coronel Montealegre, de Chinandega, padre del famoso violinista Tucho Montealegre.

Cayeron también prisioneros varios de los soldados y algunos prominentes miembros del Partido Liberal, como el General José María Zelaya y el Coronel Andrés Largaespada, los que fueron remitidos a esta ciudad bajo la custodia del Sargento Mayor Andrés Sánchez.

No es por ningún alarde de magnanimidad personal que haré referencia al hecho de que estos prisioneros gozaron de completa garantía tanto en el traslado a esta ciudad como durante su corto internamiento en la Penitenciaría, donde jamás sufrieron la menor tortura o vejamen para arrancarles alguna declaración sobre el movimiento revolucionario.

Desaparecido el peligro de desembarque en El Tamarindo (Puerto Somoza) ordené al General Benavente para que recorriera los Departamentos de Occidente y del Norte desde Telica hasta la frontera de Honduras. En el trayecto se encontró con un fuerte pelotón bajo el mando del Gral. Carlos Castro Wassmer, cuyas gentes desertaron cuando se sintieron perseguidas, pero otro grupo comandado por el General Samuel Santos presentó alguna resistencia que fue completamente abatida por los Coroneles Llanes y Cruz Dávila. El mismo General Santos tuvo que pelear en persona en el pueblo de Somotillo, pero al ser derrotado, salió huyendo para Honduras.

Entre los prisioneros que cayeron en nuestro poder habían mercenarios mexicanos y guatemaltecos y hasta un alemán, Guillermo Federico Selp Bach, un hombre alto, muy instruído, y sordo como una tapia; además cayó prisionero el General Carlos Castro Wassmer, pundoroso militar leonés, persona de gran valía dentro de su Partido. Todos fueron remitidos desde Somotillo a esta ciudad, y a ninguno de ellos, tampoco, les ocurrió el más pequeño incidente en el camino, pues tanto los captores como los prisioneros, se comportaron correctamente.

Los extranjeros capturados fueron puestos en libertad bajo su palabra de honor de no volver a tomar parte en ningún movimiento revolucionario contra el gobierno constituído. El General Castro Wassmer, aunque detenido, gozaba también de casi irrestricta libertad.

Después del encuentro de Somotillo y de la destrucción de los pelotones de gentes que andaban con Castro Wassmer y Samuel Santos, la zona de Somotillo quedó limpia de enemigos por lo que el Ge-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

neral Benavente se reconcentró a Managua habiendo sido repuesto en aquella zona por el General Francisco Vigil.

En Managua el General Benavente fue muy bien recibido por todos sus compañeros de armas y especialmente felicitado por mí por su brillante comportamiento militar desde su salida hasta su regreso.

El General Moncada

En ese estado de paz inquieta llegamos hasta el mes de Agosto en el que se materializaron las amenazas constantes de invasión. Moncada desembarcó en Puerto Cabezas y Laguna de Perlas, aunque fracasó en su ataque al Rama y a la fortaleza de El Bluff, donde se combatió por varios días habiendo las fuerzas del Gobierno recuperado el control militar de toda la zona.

Tan pronto como estalló el movimiento en la Costa AtlánZtica envié al General Bartolomé Víquez con un bien equipado ejército, lo mismo que al General Benjamín Vargas Abaunza. Víquez tomó la ruta de San Miguelito al Almendro y de este lugar al Rama, mientras que Benjamín siguió la ruta Acoyapa-La Gateada-El Muelle de los Bueyes-Rama. Ambas fuerzas se encontraron en El Rama y allí tuvieron un fuerte combate con los rebeldes quienes fue ron completamente derrotados, mas en su huída, grupos pequeños organizados lograban preparar emboscadas que no dejaban de causar serios daños al ejército perseguidor.

Muerte de Pasos Díaz

En una de esas emboscadas sufrimos la grave y lmentable pérdida del intrépido y valeroso joven militar General Humberto Pasos Díaz.

El General Pasos Díaz remontaba el río Escondido en un pequeño vaporcito llamado "León del Mar", el que si bien tenía una potente máquina adolecía del gravísimo inconveniente de no tener retroceso. Así fue que cuando llegaron a la altura de Fruta de Pan, en una parte encajonada del río, bajo una frondosa arboleda, al darse cuenta que habían caído en una emboscada del enemigo, el "León del Mar" no pudo retroceder, y las fuerzas del General Pasos Díaz que iban a bordo fueron el fácil blanco de un fuego implacable.

El propio General Pasos Díaz fue uno de los primeros en caer mortalmente herido y en ese momento se produjo una escena de intensa emoción: el corneta de las fuerzas, un joven de apellido Sequeira al ver caer a su Jefe, tomó el clarín y con toda la fuerza de sus pulmones le hizo los honores de su rango. Un momento después el corneta caía también víctima de un artero disparo.

La muerte del valeroso joven Pasos Díaz no se pudo ocultar y hubo necesidad de darle inmediata publicidad, así como de gestionar el traslado de su cadáver a Managua para darle una sepultura digna de su valor y patriotismo. El general Gustavo Argüello, Comandante de Armas de Bluefields, hizo las gestiones necesarias para la entrega del cadáver del General Pasos Díaz, que se dice fue irrespetado habiendo sido colocado en una tabla de madera con la cabeza para abajo y los pies para arriba. Una vez recuperado el cadáver fue conducido al Rama, donde fue embalsamado y de allí conducido a Managua, donde se le dió sepultura con todos los honores militares de su posición y rango.

No quiero seguir adelante sin dejar aquí constancia que el recuerdo de estos acontecimientos ya lejanos, lo debo a mi buen amigo el General Marcos A. Benavente quien tiene escrita unas memorias sobre estos sucesos político-militares que son valiosos documentos de la historia de Nicaragua. También el General J. Gregorio Cedeño ha contribuído con sus recuerdos a refrescar los míos. A ambos les doy aquí un testimonio de mi agradecimiento.

A pesar del grave golpe moral que significó la trágica muerte del General Pasos Díaz, las fuerzas del Gobierno mantuvieron el control de todo el territorio nacional, aunque siempre continuaba la amenaza de invasión.

Las Conferencias del Denver

Yo consideraba seguro el apoyo del pueblo conservador, como efectivamente siempre lo tuve, pero, como he dicho anteriormente, la hostilidad del Departamento de Estado a mi Gobierno se hizo tan obvia que el Partido Liberal encontraba fácil ayuda para hacerme la guerra.

Tanto para favorecer a la Revolución, como para encontrar una manera de llegar a un entendimiento que asegurara la paz en Nicaragua el Encargado de Negocios, Mr. Lawrence Dennis, provocó con su parcialidad, una situación diplomática internacional que culminó en las llamadas Conferencias del Denver.

Así como Mr. Dennis hacía pública su simpatía por la Revolución, así era también visible que el Contralmirante Latimer, jefe de las fuerzas navales norteamericanas que "patrullaban" la Costa Atlántica, favorecía a las fuerzas comandadas por el General José María Moncada.

Sirva lo siguiente para demostrar la veracidad de esta aseveración. Después de convenir en una fecha posterior para el comienzo del armisticio necesario para que se llevaran a cabo las Conferencias de Paz, el General Moncada se lanzó al ataque de El Bluff, calculando que si lo tomaba, sería el árbitro de las Conferencias, y que si fracasaba en su intento la Revolución quedaba en sus mismas posiciones con la tregua del armisticio como tiempo útil para rehacerse. Todo le salió a Moncada como había previsto. Perdida la batalla de El Bluff, inmediatamente el Contralmirante Latimer se dirigió al Comandante de Bluefields, General Gustavo Argüello, para que suscribiera el Armisticio que estaba convenido, el cual, una vez suscrito favoreció a las fuerzas derrotadas de Moncada, las que no pudieron ser perseguidas. En una palabra, Moncada, derrotado, quedaba en las mismas condiciones para el Armisticio. Todo por la parcialidad del Contralmirante Latimer.

Suscrito por el General Moncada y el General Argüello el armisticio, se procedió a hacer las invitaciones correspondientes a la Directiva Nacional y Legal del Partido Liberal Nacionalista, a los Generales Moncada, Julián Irías y Gonzalo Ocón, y a los doctores Juan B. Sacasa, Leonardo Argüello, Rodolfo Espinosa R., y otros, invitaciones que fueron hechas personalmente por Mr. Dennis y por el Contralmirante Latimer a las personas mencionadas que estaban en el país y por los Ministros Americanos residentes en Guatemala y El Salvador a aquellas que estaban en estos países.

Se declaró zona neutral el puerto de Corinto, en cuyas aguas estaba surto el crucero de guerra "U.S. Denver" al mando del Capitán H. L. Wyman, a bordo de cuyo crucero se llevarían a cabo las Conferencias.

Una vez que fueron aceptadas las invitaciones por los miembros del Partido Liberal, se procedió al nombramiento de los Delegados, Consejeros y Secretarios que representarían al Partido Conservador.

Nombré como mis representantes personales al eminente doctor Carlos Cuadra Pasos y al General Alfonso Estrada, ambos figuras sobresalientes del Partido y de mi Gobierno.

La Directiva Suprema Conservadora nombró por su parte, Delegados propietarios a los señores Fernando Guzmán, Ricardo López Callejas y José María Siero G., suplentes a los señores doctor David Stadthagen, Francisco S. Reñazco y Rosendo Chamorro; y Consejeros a los señores doctores Manuel Pasos Arana, Pedro Joaquín Chamorro y Agustín Sánchez Vigil.

La Delegación en cuerpo nombró, en el puerto de Corinto, como Secretarios a los doctores José Bárcenas Meneses y Horacio Argüello Bolaños.

La Directiva del Partido Liberal nombró, a su vez, como Delegados propietarios a los señores doctores Rodolfo Espinosa R., Leonardo Argüello, Federico Sacasa, Mariano Argüello Vargas y a don Benjamín Abaunza; suplentes a los señores doctores Enoc Aguado y Escolástico Lara, e Ing. José Román Gon-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

zález; y Consejeros a los doctores J. Francisco Rivas, Carlos A. Morales y Heliodoro Moreira. La Delegación nombró en Corinto Secretarios a los doctores Carlos A. Morales e Hildebrando A. Castellón.

Antes de seguir adelante, quiero hacer notar que por mi propia voluntad y sin presión de nadie, dí permiso a varios prisioneros políticos que habían sido capturados con las armas en la mano para que fueran a presenciar las Conferencias entre los que recuerdo a los generales José María Zelaya y Carlos Castro Wassmer y al periodista Andrés Largaespada.

La Directiva Suprema del Partido Conservador envió a sus Delegados las necesarias instrucciones que les servirían de pautas a seguir en las discusiones. El doctor Manuel Pasos Arana que había sido nombrado Consejero de la Delegación Conservadora, con las luces de su claro talento de jurisconsulto, pasó un memorándum a los Delegados, en el que, hacía sabias observaciones.

En la bahía de Corinto, a bordo del crucero "Denver", se reunieron las Delegaciones el día 16 de Octubre de 1926. Después de presentadas, discutidas y aprobadas las credenciales de los Delegados de una y otra parte se iniciaron las Conferencias bajo la Presidencia del Encargado de Negocios, Mr. Dennis.

Cuadra Pasos y Espinosa R.

En estas Conferencias se distinguieron, tanto por su elocuencia como por su claridad de pensamiento, los doctores Carlos Cuadra Pasos y Rodolfo Espinosa R.

El doctor Cuadra Pasos expuso como criterio conservador que la constitucionalidad debía de considerarse como una cuestión de hecho, "ya que aunque en Nicaragua en estos últimos siete meses ha habido dos clases de conflictos, exterior e interior, no es el primero, o sea la falta de reconocimiento de los Estados Unidos y de algunas Repúblicas de Centroamérica al Gobierno del General Chamorro, que aun subsiste, materia o causa absoluta de la falta de paz, sino el conflicto interno, proveniente de divergencia de criterio de los partidos, cada uno de los cuales ve la constitucionalidad a su lado".

El doctor Espinosa R., por su parte, manifestó "que el problema doméstico ha producido el internacional, por lo cual considera como primer punto de discusión el restablecimiento del orden constitucional".

Estos fueron los puntos de vista de cada una de las Delegaciones.

Las Conferencias se desarrollaron en un ambiente de paz, y fueron un torneo de inteligencia y oratoria, principalmente entre los doctores mencionados.

Las conferencias fracasaron por la obstinación de la Delegación liberal al mantenerse atrincherada tras el principio de la llamada "constitucionalidad".

Fracaso de las Conferencias

No obstante el fracaso de las Conferencias del Denver, yo podría haber seguido luchando, seguro del triunfo de las armas conservadoras, si no hubiera sido que del seno del mismo Partido Conservador se estaba levantando una ola de fuerte oposición a mi continuación en el poder, y fue esta oposición la que yo temí causara una profunda división en el Partido.

En medio de todo ésto estaba el Encargado de Negocios americano, Mr. Lawrence Dennis, el que fomentaba visiblemente los ánimos en contra de mi Gobierno.

Todas estas circunstancias me hicieron tomar la determinación de depositar la Presidencia en don Adolfo Díaz, quien me dejó siempre con el mando del Ejército, pero los Liberales siguieron gestionando y haciendo creer a la Legación Americana que si yo me retiraba del Ejército y salía fuera del país, ellos cesarían en sus actividades revolucionarias.

El Presidente Díaz me invitó una noche de tantas para ir a la Legación Americana. A esta visita fuimos, don Adolfo, el Dr. Cuadra Pasos y yo.

Realmente, yo no supe para qué era la invitación del Presidente Díaz sino hasta que estuvimos en la Legación y que la conversación se deslizó sobre la necesidad de tranquilizar al país, lo que sólo se podría conseguir con mi ausencia, por lo que se me ofreció nombrarme Ministro Plenipotenciario ante los Gobiernos de varias naciones europeas.

Fue tanta la insistencia, —especialmente de parte del Encargado de Negocios—, que me ví precisado a aceptar, no sin antes advertirles que las fuerzas del Gobierno no iban a detener a las de la Revolución y que éstas entrarían a Managua a menos que el Gobierno Americano enviara Marinos a detenerlos.

Todo sucedió tal como se los advertí, y yo lo hice, no porque fuera un vidente, o cosa por el estilo, sino porque estaba seguro de la confianza que el Ejército tenía en mi dirección y jefatura, las que inspiraban a los aguerridos soldados conservadores a luchar con denuedo y fe en el triunfo.

Sacasa en Puerto Cabezas

Como todos sabemos, con la retirada del poder de don Carlos Solórzano y la salida del doctor Sacasa del país, vino la revolución poco después, primeramente, con el asalto de la Sucursal del Banco Nacional de Nicaragua en Bluefields, por Beltrán Sandoval y otros ya mencionados.

Aniquilado ese movimiento de Sandoval, vino después el movimiento revolucionario encabezado por el doctor Juan Bautista Sacasa, movimiento que estaba apoyado decididamente por el Gobierno del General Plutarco Elías Calles, de México. El Dr. Sacasa estableció la sede de su Gobierno en Puerto Cabezas con el Dr. Leonardo Argüello, como Ministro de Gobernación; el Dr. Rodolfo Espinosa R., Ministro de Relaciones Exteriores; el Dr. Arturo Ortega, Ministro de Hacienda; el Dr. Onofre Sandoval, Ministro de Fomento; el Dr. Modesto Armijo, Ministro de Instrucción Pública; y el Dr. Manuel Cordero Reyes, Secretario Privado. Llegaron también con él para servir diversas Subsecretarías y como colaboradores, los siguientes: doctores Jerónimo Ramírez Brown, Antonio Flores Vega, Arturo Baca, Ramiro Gámez, don Hernán Robleto y don Ofilio Argüello.

Las fuerzas norteamericanas de desembarco que estaban estacionadas en Puerto Cabezas, comandadas por los oficiales: L. B. Bischoff, Teniente Comandante; E. C. Robbins, Teniente Primero, U.S.M.C.; y los Clases A. Cunningham, M. R. Patterson, W. E. Terry y F. S. Wither, Pagador, no dieron la menor de señal de hostilidad hacia el doctor Sacasa, antes bien se portaron muy cordiales, tanto con él como con sus acompañantes.

El Concón

El contingente armado de la revolución fue enviado a las costas del Pacífico en el vapor "Concón". Se intentó primero desembarcar, como he dicho antes en el lugar que hoy se conoce como Puerto Somoza, llamado entonces El Tamarindo, pero como yo había enviado al General Benavente para que deshiciera todo intento de desembarque, el "Concón" no se presentó allí sino que se fue a intentar desembarcar en la Bahía de Corinto.

Una noche de tantas, cuya fecha no recuerdo, fuí despertado, como a la una de la mañana, por una llamada telefónica urgente que me hacía el Teniente de la Constabularia, Carlos Cuadra Downing, que estaba acantonado con un pequeño número en Paso Caballos, en un punto donde ahora existe un balneario llamado "Bella Vista". El joven Cuadra me informaba que tenía enfrente, en alta mar, pero no muy lejos de la costa, un barco con las luces apagadas pero que se distinguía bien a los reflejos de la luna, y que estaba haciendo señales misteriosas con un fuerte reflector eléctrico.

Le dí instrucciones a Cuadra para que se disfrazaran, él y los suyos, quitándose el uniforme y vistiendo ropas civiles para que el enemigo los toma-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

se como soldados de la revolución y no como fuerzas del Gobierno. Le dije, además, que hiciera una fogata y que con una frazada puesta frente a ella al lado del mar, les hiciera las mismas señales que ellos hacían.

La estratagema parece que había dado resultado, pues a los pocos minutos se apareció una gasolina, como con unos veinte hombres, intentando desembarcar. Cuadra me mantenía informando de todos los movimientos e incidentes de la operación, pues aquella fue una noche de constante alerta, puesto que yo veía, por una parte, la posibilidad de destruir la expedición por completo, y por otra, no se me ocultaba la realidad de que las fuerzas expedicionarias pudieran ser superiores a las que tenía en Corinto, las que estaban divididas cuidando de varios puntos de la costa.

Uno de los de la gasolina se arrojó al agua y nadó por un rato hacia la costa, pero quizás porque se cansara, o por alguna otra razón desconocida, se detuvo y la gasolina se le acercó y lo recogió de nuevo. La expectativa de mis hombres fue grande pues cualquiera que hubiera sido la reacción del que se había tirado al agua, al verse rodeado de enemigos y prisioneros de ellos, una vez que hubiera alcanzado la costa, estaría por verse la reacción de los demás de sus compañeros de la gasolina, los que podían comenzar una acción de guerra. Pero, como digo, el hombre fue recogido y la gasolina se alejó hacia el vapor, y éste, prendiendo de nuevo sus maquinarias se alejó también tras una espesa nube de humo negro.

Desembarque en Cosigüina

Como a los tres días de este incidente, —el que he confirmado en sus detalles con testigos presenciales, el enemigo se presentó en Cosigüina. Pero ya la situación para mí era diferente pues había enviado al General Roberto Hurtado con suficientes números de tropas para impedir que prosperara, tanto la organización de la revolución en el frente interno como el desembarque de la invasión externa. El General Hurtado llevaba como 600 hombres y 400 hombres iban al mando del General Carlos Rivers Delgadillo.

El "Concón", que no era otro el barco que había intentado el desembarque en Corinto había regresado al puerto salvadoreño de "La Unión" donde el gobierno de El Salvador le permitió reabastecerse.

La conducta del Presidente de El Salvador, don Pío Romero Bosque, fue una sorpresa para mí, pues siempre habíamos conservado relaciones muy amistosas con el gobierno y pueblo salvadoreños, y ese cambio de actitud fue además muy extraño, por tratarse de un hombre que siempre había sido muy recto, sin embargo, los hechos me evidenciaron de que los revolucionarios contaban con su decidido apoyo.

Culminó ese apoyo en la expedición de la lancha gasolinera "La Choluteca" que salió del puerto de La Unión, cargada de revolucionarios para Cosigüina.

Esa lancha, como se sabe, arrimó a las costas de la península de Cosigüina, sin precaución alguna. Por eso fue fácil presa de las fuerzas del General Hurtado, comandadas en ese punto por el Coronel Mercedes Zamora, el que la recibió con un fuego nutrido que fue contestado por los invasores, habiendo resultado gravemente herido el propio Zamora.

Mucho se ha hablado, y mucho se ha escrito, sobre las numerosas bajas que sufrió esa expedición militar revolucionaria que traía "La Choluteca" y se ha acusado injustamente al General Hurtado y al Coronel Zamora de haber cometido un bárbaro asesinato con dicha expedición. Nada más absurdo e ilógico que tal juicio. Aceptarlo como bueno sería olvidar que en la guerra se está siempre expuesto a caer en alguna emboscada del enemigo si no se toman las debidas precauciones. En este caso los culpables fueron los jefes de la expedición que se arrimaron a las costas de Cosigüina como si estuvieran seguros de que estaban bajo su control y completamente limpia de enemigos.

Nosotros no andamos acusando al enemigo por hechos absolutamente iguales a lo ocurrido en Cosigüina. No acusamos a los liberales por la matanza que nos hicieron en las emboscadas en que caímos en el Río Escondido en esa misma época, en las que nos mataron más de 80 hombres, entre ellos al Alcalde de ciudad Rama, un señor Loáisiga, ni acusamos a los liberales de asesinos por la muerte, en Fruta de Pan, del malogrado joven militar General Humberto Pasos Díaz. Tales hechos, son hechos crueles, inhumanos si se quiere, pero son resultado de los ardides de la guerra, y a nadie se le puede tildar de asesino por tales ocurrencias.

Después de lo sucedido con "La Choluteca", hay que mencionar, también, el encuentro que tuvieron otras fuerzas revolucionarias con las del conocido General Carlos Rivers Delgadillo en cuyo encuentro pereció la mayor parte de la caballería que llevaba el Coronel Chabelo Fernández y otros jefes principales de las fuerzas invasoras.

Todos estos encuentros fueron de lamentarse en cuanto a las pérdidas de vida que ocasionaron, pero por otra parte, fueron motivos de celebración porque dieron el triunfo a las armas del Gobierno, desbaratando así, de esta manera, las fuerzas que los revolucionarios habían enviado en "El Concón", quedando así la costa del Pacífico libre de enemigos.

León y Chinandega

Entre tanto, en León, donde estaba de Gobernador Militar el General José Francisco Sáenz, y en Chinandega, el entonces Coronel Diego Vargas Abaunza, alarmados por el espíritu revolucionario que prevalecía en el elemento obrero, y temerosos de un asalto por sorpresa a los cuarteles que estaban a su cargo, pensaron coartar el peligro privando de la libertad a muchos de ellos.

No queriendo esos militares mencionados tener en sus respectivos Departamentos a esos prisioneros, me los enviaban a Managua para que yo los internara en la Penitenciaría. Pero estos reos, una vez en Managua, me pedían su libertad, me aseguraban que ellos eran gentes pacíficas, carentes del espíritu revolucionario de que eran acusados. Yo entonces los ponía en libertad y los devolvía a sus casas, donde eran nuevamente hechos prisioneros y nuevamente enviados a Managua, con el mismo resultado de obtener su libertad. Mas esta segunda vez no regresaban a sus Departamentos sino que buscaban los medios de incorporarse a la revolución. Y así fue cómo se engrosaron las filas de Parajón y Castro Wassmer.

Como debe recordarse, el General Alfredo Noguera Gómez, uno de los militares más valientes que ha tenido Nicaragua, fue el encargado de una expedición militar al Departamento de León para limpiar ese Departamento de revolucionarios. Por un error, explicable solamente por su audacia, el General Noguera Gómez se metió a la zona de Telica, sin tomar las precauciones que aquellos lugares exigían. Así fue que su columna cayó en una emboscada que el General Parajón le puso en el lugar llamado "Las Grietas", donde lo más granado de los militares conservadores que iban en aquella columna, cayeron muertos o heridos.

De las fuerzas que llevaba el General Noguera Gómez salió ilesa apenas una pequeña parte, la cual llevó a la ciudad de Chinandega, que ya estaba siendo atacada por fuerzas muy superiores de la revolución, las que habían encerrado a las reducidas fuerzas del General Bartolomé Víquez, en el cuartel e Iglesia de aquella plaza.

Batalla de Chinandega

En la batalla de Chinandega se distinguieron varios de los jefes conservadores que defendían la ciudad.

Los atacantes de la plaza, que habían reducido a los defensores a una parte de la ciudad, pusieron

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

fuego a esta parte que consideraban enemiga de los revolucionarios.

Entre los que se distinguieron en la defensa de Chinandega se encuentran los generales Víquez, Noguera Gómez, Rivers Delgadillo, Benavente y otros que tuvieron una actuación brillante, así como el General Rufino Murillo, quien en varias ocasiones desbarató los ataques que el enemigo hacía contra la plaza, capturando a varios revolucionarios y dando ejemplos de caballerosidad al impedir que miembros de su ejército tomaran venganza en algunos de los prisioneros por la pérdida de deudos que habían sufrido en el mismo combate de Chinandega.

Sería muy extenso lo que yo tendría que escribir si me pusiera a narrar la participación que tuvo cada uno de los militares mencionados en los diferentes encuentros que tuvimos en aquella época aciaga, pero tampoco puedo omitir a muchos de ellos que tuvieron brillante figuración, como, por ejemplo, el metrallista Coronel Salvador Reyes, valiente militar, y los generales Félix Pedro Espinosa y Cleto Lorente, quienes tomaron participación activa en todos estos encuentros, sobresaliendo siempre por su valor y disciplina.

No sería completa la narración de estos hechos, si omitiera mencionar, ligeramente aunque fuera, algunos de los valiosos elementos civiles que tuvieron una distinguida actuación en esa época, como don Ricardo López Callejas, Ministro de Hacienda de mi Gabinete, el joven Humberto Mántica, don Gustavo Reyes y varios otros.

La batalla de Chinandega fue de gran significación para el Gobierno. Se estuvo en grave peligro de que las fuerzas del General Víquez quedaran entrampadas y fueran completamente aniquiladas por la revolución. La causa fue que fueron sorprendidas por un ataque que ellas no esperaban. Creyeron que las fuerzas del General Parajón, el General Castro Wassmer, y el General Cabuya (Francisco Sequeira) estaban muy lejos del Departamento, y no se reforzaron las fuerzas del General Víquez que no eran muy numerosas.

Salida de Nicaragua

La noche, de la reunión de la Legación Americana, cuya fecha exacta no recuerdo, quedó definitivamente resuelto mi viaje para Europa, como Representante Diplomático del Gobierno de Nicaragua ante los Gobiernos de Europa, tales como, Inglaterra, Francia, Italia, Suecia y España y la entrega del poder a don Adolfo Díaz.

En un día del mes de Diciembre tomé pasaje, junto con mi señora, en un barco que nos llevaría de Corinto a Colón, Panamá, donde tomamos un vapor de la United Fruit Company que hacía la travesía entre América del Sur y Europa. El viaje fue tranquilo y agradable durante los primeros días pero al llegar frente a las costas de España nos azotó un fuerte chubasco por varias horas por lo que tuvimos que desembarcar en Santander, España, para que los pasajeros se repusieran un poco del maltrato sufrido.

En Francia

Al día siguiente continuamos nuestro viaje y llegamos al puerto francés de La Pallice, que durante la guerra mundial de 1914-1918 adquirió alguna importancia comercial la que ha conservado aún. Hecho el correspondiente registro aduanero continuamos nuestro viaje para París, por ferrocarril, adonde llegamos ya de noche.

La primera impresión que tuvimos de la Ciudad Luz fue bastante pobre por razón de lo mal iluminada que nos pareció que estaba.

Nos hospedamos en un hotel bastante cómodo y quieto pero que quedaba un poco alejado del centro de la ciudad. El hotel se llamaba "El Emperador", pero después de algunos días nos trasladamos al hotel "Regina" que estaba más inmediato a lugares y centros de mayor movimiento.

Antes de presentar mis credenciales ante el Gobierno Francés, visité a nuestro Ministro, don Francisco T. Medina y a su señora esposa, para que don Francisco se encargara de recabar del Ministerio la fecha para la ceremonia.

Una vez fijado el día me presenté ante el Presidente de la República, Monsieur Gaston Doumerge, y después de leer el discurso protocolario, que el Presidente contestó con otro en términos muy encomiásticos para Nicaragua, fuí invitado a sentarme junto al Presidente para conversar con él por un momento. Después de despedirme el Jefe del Protocolo me acompañó hasta mi hotel.

Enseguida me dediqué, junto con Lastenia, a visitar París. A nuestros paseos salíamos en compañía, ya del señor Medina y su esposa, doña Ivonne, ya de don Vicente Rappaccioli, que andaba allá de paseo con parte de su familia, lo que nos hizo más agradable la estadía en la gran ciudad.

Visitamos el Museo del Louvre y admiramos las obras de arte que se conservan en él. Recuerdo la grata impresión que me causó un cuadro de un viejo en el mar. El viejo va remando, más parece cansado al punto de agotamiento, pero su nietecito le ayuda y así puede continuar impulsando su pequeña embarcación. Ese cuadro le muestra a uno lo que vale el tener alguna ayuda, por pequeña que sea, para el buen éxito de una empresa.

Visitamos también la tumba de Napoleón, la que me impresionó muy bien. Observé que los grandes monumentos que se admiran en París son de la época de Napoleón.

En compañía del Ministro Medina, de don Filadelfo Núñez, que entonces residía en París y del Alcalde de la ciudad, en una simpática ceremonia deposité una ofrenda floral en la tumba del Soldado Desconocido en el Arco del Triunfo en nombre de Nicaragua.

Algunos días después visitamos Versalles, tanto como para conocer la ciudad y sus bellos edificios de Gobierno, como para visitar la tumba de mi hermano, Salvador Chamorro, muerto en la flor de su juventud al servicio de Francia.

Pasado un tiempo prudencial en París, pasamos a los baños de mar en Nisa, donde pasamos una corta temporada. Lastenia y yo estuvimos muy contentos en ese lugar al encontrarnos con nuestros paisanos don Francisco Alvarado Granizo y don Alberto Zelaya, quienes nos hicieron más grata nuestra permanencia.

A Nisa llegó de la Riviera, don Enrique Palazio con dos de sus hijas, a hacernos una visita y a invitarnos a pasar unos días en su casa. Le agradecimos su gentil invitación y su agradable visita y le prometimos pasar por su casa en nuestro viaje a Italia.

De regreso en París, donde permanecimos por algunos días más, obtuve por medio del Sr. Medina que el Ministerio de Relaciones Exteriores francés me diera la documentación necesaria para no tener dificultades en nuestro viaje. Por ese entonces, —no sé si todavía es así—, el registro aduanero que se hace para pasar de un país a otro, se hace en el mismo ferrocarril y, por consiguiente, el pasajero no sufre la menor incomodidad, así fue que nosotros casi no nos dimos cuenta cuando pasamos del territorio francés al territorio italiano.

Como lo teníamos prometido, al pasar por la Riviera, nos bajamos del tren para hacerle una visita de dos días a nuestro amigo don Enrique Palazio y su familia, por la que fuimos firmemente atendidos.

En Italia

Enseguida continuamos nuestro viaje a Génova, donde pasamos unos tres días conociendo la ciudad. El Cementerio de Génova es uno de los más bellos del mundo por sus magníficos mausoleos. De Génova pasamos a Milán, ciudad bellísima, cuya Catedral es una verdadera obra de arte. En Milán asistimos una noche a la Scala para oír un concierto de Toscanini.

Continuando nuestro viaje llegamos, por fin, a Roma, la Ciudad Eterna. Aquí nos hospedamos en

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

un lujoso hotel sito frente a la gran Piazza d'il Popolo.

Mi representación diplomática en Italia tenía un doble carácter. Yo estaba acreditado como Ministro Plenipotenciario ante el gobierno civil Italiano y ante el gobierno eclesiástico de la Santa Sede. Esta doble representación era bastante difícil de desempeñar si no era con mucho tino, porque corrientemente el gobierno civil Italiano no aceptaba a ninguna persona que estuviera acreditada también ante la Santa Sede. Sin embargo, yo logré desempeñar mi doble representación sin haber tenido dificultad alguna.

Con el rey de Italia

Para obviar alguna dificultad que pudiera presentarse, a pesar de nuestra fe católica y de nuestra profunda sumisión religiosa al Papa y su preeminencia espiritual, presenté primero mis credenciales ante el Rey de Italia.

El recibimiento oficial que me hizo fue muy aparatoso y como para conducirme iba en la carroza real que el Gobierno tiene para el servicio diplomático, era curioso ver cómo al pasar el carruaje las gentes saludaban con respeto, se quitaban los sombreros o vitoreaban al Rey, quizás creían que él era el que pasaba en esos momentos.

Al llegar a Palacio fuí conducido por varios suntuosos salones en los que estaban los altos dignatarios del Reino, miembros de la nobleza italiana haciendo valla, por entre los que había que pasar hasta llegar al salón privado del Rey.

El Jefe de Protocolo me advirtió que yo debía golpear la puerta y que el Rey en persona sería quien la abriría. En efecto golpié suavemente, abrió la puerta el Rey mismo. Le saludé conforme al ceremonial establecido y él me invitó a pasar y sentarme en una banqueta forrada en terciopelo. Lo que yo hice y él se sentó a mi lado.

El Rey me habló de Nicaragua, de su topografía y de su producción agrícola, en lo que parecía estaba bastante bien informado. Yo a mi vez le hablé de Italia, de lo bien gobernada que se encontraba, de la gran evolución que había tenido en su progreso, de nuestro deseo de tener una inmigración italiana en Nicaragua. Esto último le interesó al Rey e hizo cálculos sobre el posible aumento de población que nuestro país podría soportar dada su extensión territorial. Mi visita llegó a su fin y me despedí del Rey con la misma cortesía acostumbrada, es decir, conforme al ceremonial diplomático, volví a pasar por los salones todavía llenos de nobles italianos hasta salir a la calle donde me esperaba el carruaje que me había de conducir de regreso a mi hotel en la Piazza d'il Popolo, donde me esperaba mi esposa, impresionada y nerviosa, por tan elaborado ceremonial y deseosa de conocer, en todos sus detalles, la visita Real que acaba de efectuar.

Al siguiente día me correspondió hacer la visita a la Reina, una mujer alta y elegante, originaria de Montenegro, provincia de la actual Yugoeslavia. Me recibió con mucha afabilidad, me extendió su mano para que yo se la besara y estuve conversando con ella durante algunos minutos.

Con Mussolini

Por supuesto que antes de visitar al Rey y a la Reina le hice una visita al Primer Ministro, Benito Mussolini, quien me recibió en su oficina. Era un hombre bajo, regordete, de aspecto grave y serio, sin embargo, era muy afable conversador.

Recuerdo que al decirle que yo prefería hablar en Inglés, que en Francés, que es el idioma oficial de la Diplomacia, me respondió que yo le hablara en Español, que es un bello idioma, y que él en cambio hablaría en Italiano, que así estaba seguro que nos entenderíamos bien, como efectivamente sucedió. Así estuvimos departiendo por un buen rato, sin darnos verdadera cuenta que cada uno de nosotros estaba hablando en su propio idioma, él en Italiano y yo en Español, y ambos nos entendíamos a las mil maravillas, pues él hablaba despacio y claramente. Dos veces me entrevisté con Mussolini, y las dos veces hablamos en la misma forma. La claridad de su pensamiento y la fuerza de su personalidad me dejaron un recuerdo imborrable.

En una ocasión fuí invitado a presenciar una exhibición de vuelo acrobático en el que participarían cien aviones de la Fuerza Aérea Italiana. Concurrí el día señalado para las pruebas al lugar indicado y me dirigí al estrado que ocuparía el Cuerpo Diplomático. Aquello estaba lleno de gente y por todas partes buscaba con la vista al Rey o a Mussolini y a ninguno de los dos veía. En el fondo del campo de aviación observé a los cien pilotos bien formados con sus respectivos mecánicos. A poco rato se oyó un toque de clarines y los pilotos y sus mecánicos marcharon alrededor del Campo hasta colocarse propiamente enfrente de nuestro estrado. Cuando ya se acercaban reconocí a uno de los que marchaban a la cabeza del grupo de aviadores: era Benito Mussolini, con las mangas de su chaqué remangadas, su sombrero de copa un tanto ladeado y con un fuerte movimiento de brazos como acostumbran los militares. La ovación que recibió fue inmensa. En esos años su popularidad en Italia era verdaderamente enorme.

En San Pedro

Una vez fuimos a la Basílica de San Pedro para asistir a una Misa Papal. Si mal no recuerdo se celebraba entonces el Jubileo durante el cual fue proclamada la fiesta de Cristo Rey. Cuando llegamos a la Basílica nos dirigimos al sitio que estaba destinado para el Cuerpo Diplomático, donde teníamos nuestros asientos señalados. La iglesia estaba llena de bote en bote, y había en lugares estratégicos unidades de la Cruz Roja para en caso de accidentes que siempre hay en semejantes aglomeraciones de gentes aunque en esta ocasión no hubo ninguno.

A poco rato hizo su entrada el Santo Padre, Pío XI. La puerta de la nave principal de la Basílica, que sólo se abre en ocasiones de Jubileos, se abrió suavemente y el Santo Padre entró. Iba de sandalias y con sus arreos papales deslumbrantes, seguido de un séquito de prelados. Al entrar el Santo Padre todo el mundo en la Basílica comenzó a aplaudir con entusiasmo. Aquel aplauso de más de cien mil personas no causaba ninguna molestia al oído antes bien se oía como un simple murmullo como el que produce el viento con los pinares debido a la inmensidad de las altas naves de la Iglesia más grande del mundo.

Después de la entrada del Santo Padre rogué a Lastenia se quedara a la Misa porque yo tenía que asistir a un Congreso de Agricultura, el que iba a ser inaugurado por el Rey y Mussolini, y al que no podía faltar. Así fue que a Lastenia le quedó el automóvil de la Embajada y yo me fuí en otro de alquiler al lugar donde se iba a inaugurar el Congreso Internacional de Agricultura, donde llegué antes de la entrada del Rey.

Cuando el Rey entró y se dirigió a tomar asiento en la plataforma real, la concurrencia aplaudió pero con mucha frialdad. A poco rato entró Mussolini y los aplausos con que fue recibido eran atronadores y frenéticos. La diferencia de recibimientos era indudablemente muy marcada.

Al terminarse la inauguración del Congreso Internacional de Agricultura regresé a la Basílica de San Pedro para recoger a mi esposa. Mas ocurrió que ya la celebración religiosa había terminado y que toda la gente se había ido a sus casas. Por todas partes busqué a Lastenia y no la encontré, y no encontré tampoco el automóvil que le había dejado a su disposición. Eso me hizo suponer que se había ido a nuestro hotel por lo que me dirigí hacia allá, pero no la encontré allí tampoco.

Como se comprenderá no dejó de preocuparme aquello, y mi preocupación crecía al pensar que Lastenia hubiera podido extraviarse en aquella enorme urbe que es Roma. Por lo que me dediqué a informarme de ella en todas las casas vecinas a la

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

gran Basílica. Por fin dí con una en la que había estado de visita y en la que estaba una de las jóvenes de la casa que la había acompañado al hotel. Un poco más tranquilo me regresé al hotel donde por fin encontré a Lastenia. Naturalmente la alegría de ambos fue muy grande al reunirnos de nuevo.

Ante el Santo Padre

Después de haber obtenido la autorización del Ministerio de Relaciones Exteriores del Gobierno para presentar mis credenciales ante el de la Santa Sede, no perdí tiempo en presentarlas y luego en visitar al Santo Padre con mi esposa. Como es de suponerse, íbamos muy emocionados al pensar que nos presentaríamos ante el Papa Pío XI, mas después de la ceremonia y la visita salimos muy confortados por la bondad y sencillez de Su Santidad. Nos impresionó la suavidad de su palabra y la dulzura de su corazón de Padre.

En Roma estuve varios meses y antes de salir de Italia fuí a conocer Florencia y su bella Catedral, así como Venecia con sus canales y sus góndolas y sus palomas en la Plaza de San Marcos. Nuestra llegada a Venecia fue durante la temporada de baños y tuvimos oportunidad de ir a Lido. lugar de mucha concurrencia y un balneario muy alegre, después de lo cual decidimos abandonar Italia y continuar nuestro viaje por Europa.

Hacia Viena

De Italia salimos para Viena y otras importantes ciudades europeas, como Hamburgo. En este viaje de Roma a Viena volvimos a sufrir una separación forzada mi esposa Lastenia y yo. Como dije antes, en el viaje de Francia a Italia, el registro aduanero se llevó a efecto en el ferrocarril mismo y sin haber tenido siquiera previo aviso, pero en el trayecto de Italia a Austria hay necesidad de bajar el equipaje en la región del Tirol, en un lugar fronterizo donde se llama a los pasajeros para que presencien el registro de su equipaje. Yo no bajé porque no oí el llamado y no fue sino hasta que un norteamericano, que iba en el asiento contiguo al mío, me dijo que se estaba llevando a cabo el registro que me dí cuenta de ello. "Vaya", me dijo, "a ver si tiene tiempo para que se lo hagan". En efecto, me bajé del tren y pregunté en la Estación Aduanera por mi equipaje, mas al hacerlo noté que el tren partía y entonces corrí hacia el tren y quise abordarlo mientras ya comenzaba a caminar, pero uno de los empleados del ferrocarril me agarró y me detuvo e hizo que me quitara de donde estaba tratando de abordar el vagón, con lo que el tren partió.

El empleado, con toda cortesía, no dejó de reprenderme diciéndome que había hecho muy mal al no bajar a tiempo para el registro aduanero y que había hecho aun peor al querer abordar nuevamente el tren cuando éste estaba en movimiento, pero, me dijo además, que felizmente nada me había ocurrido cuando bien podía haber sufrido un serio accidente, mas yo no le oía bien lo que decía debido a la gran preocupación que me producía el pensar que Lastenia no llevaba ni papeles, ni documentos, ni dinero, ni medios para entenderse con las gentes, y que iba a ser un problema serio para mí el poder descubrirla en la ruta. Por fin conseguí con el mismo empleado que me detuvo que en el camino le dieran a Lastenia unos cien dólares y que le avisaran que yo saldría en el siguiente tren que pasara lo que se suponía sería como unas seis horas después. Felizmente el empleado pudo comunicarse con el tren en que iba Lastenia y decirle que se quedara en una estación del camino en donde esperaría mi llegada. Un poco más tarde el empleado me dijo que no me preocupara, que mi esposa me estaba esperando en la estación de un pueblo cuyo nombre no recuerdo en estos momentos, y en donde me podría reunir con ella como a las seis de la tarde, lo que en efecto sucedió.

Al reunirnos de nuevo nuestra alegría fue muy grande por lo que dispusimos no continuar el viaje, sino que resolvimos pasar la noche en esa población que por cierto era muy bonita.

Quiero dejar aquí constancia que además del empleado ferrocarrilero del Tirol que tuvo toda clase de atenciones para conmigo, debo expresar mi agradecimiento al desconocido norteamericano que iba con nosotros en el tren y el que con toda gentileza, se preocupó por mi señora y tuvo la amabilidad de dejarle cinco dólares cuando ella se quedó en la estación donde me había de reunir con ella. Nunca he podido devolverle su dinero porque jamás obtuve su dirección pues ni siquiera conocía su nombre.

En Viena estuvimos muy contentos porque llegamos el día Jueves de Corpus y la ciudad, que es muy católica, dedica ese día para que los niños den su Primera Comunión. Por la tarde de ese día hay un gran desfile de carrozas, todas muy bien adornadas con abundancia de flores. De Viena partimos a Praga donde estuvimos unos días y donde observé que había gran abundancia de pordioseros en la ciudad. De Praga nos dirigimos a Berlin donde todavía se veían los efectos de la guerra, sin embargo, se notaba también la fuerza de recuperación que tenía la ciudad. Después de unos cuatro o cinco días de estar en Berlin pasamos a Hamburgo donde encontramos a nuestro amigo don Aarón Salomon (q. e. p. d.) y a su señora.

En Hamburgo

En Hamburgo llovía mucho en ese tiempo que era en el mes de Agosto y como yo estaba deseoso de ir a Suecia, desde los días en que había estado en Washington donde asistí a una conferencia sobre Suecia y sus bellezas naturales. Por eso con los empleados del hotel en Hamburgo me informaba por el tiempo que haría en Suecia y me informaron que el tiempo sería lluvioso, por lo que desistí del viaje y resolví ir a Holanda y a Bélgica, de donde salí para Inglaterra.

En Inglaterra

A nuestra llegada a Londres tuvimos alguna dificultad en conseguir cómodo alojamiento en los hoteles porque todos estaban llenos de gentes. Por fin encontramos uno que nos resultó bastante bueno y en él nos alojamos por unos dos o tres días, durante los cuales nos dedicamos a conocer la ciudad. Me presenté en la oficina del ceremonial diplomático y solicité audiencia para presentar mis credenciales como Ministro Plenipotenciario, la que me fue concedida inmediatamente. En un ceremonial muy sencillo, mucho mas que el de Italia, presenté mis credenciales ante el Rey con quien departí como si fuéramos viejos conocidos.

En Inglaterra, recibí una invitación para concurrir a una recepción que el Rey y la Reina de Inglaterra darían en honor del Rey de Egipto, del Presidente de Liberia, del Ministro Plenipotenciario de Suecia y del Ministro Plenipotenciario de Nicaragua, por lo que resolví regresar a Londres.

La recepción era en los jardines del Palacio de Buckhingham. Desde la puerta del Palacio hasta el fondo del jardín había a uno y otro lado del pasillo un cordón de seda con una cadena envuelta en terciopelo rojo. El pasillo llegaba hasta una pérgola o bahareque en donde habían mesas y asientos. En los salones del Palacio nos reunimos los invitados de honor junto con sus esposas, y en los jardines afuera había gran cantidad de gentes, príncipes de la Casa Real y miembros de la nobleza.

Aparecieron el Rey y la Reina y después de los saludos de rigor ellos se encaminaron hacia el jardín seguidos de los invitados de honor.

Llegamos hasta el bahareque mencionado, después que el Rey y la Reina pasaron saludando a uno y otro lado del pasillo, y allí nos estuvimos con la Reina y los príncipes y princesas y los otros invitados con sus esposas, mientras el Rey se mantenía como aislado. Recuerdo que la Reina de Egipto tenía rubíes incrustados en las narices, y que el

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Presidente de Liberia, un negrito de tez fina, llevaba una argolla atravesando el labio superior.

Todo aquello nos pareció muy interesante, tanto a Lastenia como a mí y pasamos unos ratos agradables con todas aquellas gentes.

Después de la recepción nos regresamos a Francia y nos fuimos a los baños de mar en Dauville, donde concurren muchos ingleses y llevan a cabo carreras de caballos y hay toda clase de juegos de azar.. De Dauville pasamos a Biarritz, otro paseo de mar francés, y por último a San Sebastián, en territorio español.

De allí pasamos a Madrid con el objeto de presentar credenciales ante el Rey de España, no sin visitar, antes de salir de Francia, la Gruta de Nuestra Señora de Lourdes. En el trayecto a Madrid visitamos Toledo y su famoso Alcázar que había de tener, años después, tanta resonancia con la famosa defensa del General Moscardó. Cuando llegamos a Madrid nos encontramos con que el Rey no estaba en la Corte y aun cuando permanecíamos en esa ciudad como por un mes el Rey no llegó y entonces resolví regresar a Nicaragua.

Regreso a Nicaragua

Nuestro regreso a la Patria lo hicimos pasando por los Estados Unidos, habiendo desembarcado en New York, donde permanecimos por unos pocos días para después reembarcarnos para San Juan del Sur.

Al llegar a Granada nos hicieron una gran manifestación, aunque El Diario Nicaragüense en su Editorial la consideró inferior a una reciente que había habido en esa ciudad en honor del General Moncada.

El editorial de don Pedro Joaquín Cuadra Chamorro, (q. e. p. d.) Director propietario de El Diario Nicaragüense, no me hizo ningún buen efecto y pensé que posiblemente el editorialista creía que yo venía con el espíritu dispuesto a luchar en contra de la candidatura del Dr. Carlos Cuadra Pasos, en lo que estaba completamente equivocado.

Durante nuestra permanencia en Europa, mi esposa y yo habíamos considerado la posibilidad de la candidatura del Dr. Cuadra Pasos y habíamos convenido en que yo le daría todo mi apoyo, caso de que saliera él designado por el Partido. Sin embargo, el editorial de El Diario Nicaragüense por un lado, y algunos otros incidentes que ocurrieron aquí en Managua, por otro, no me dispusieron el ánimo muy bien para llevar adelante mi propósito de apoyar la candidatura del Dr. Cuadra Pasos.

Una vez que fui a visitar al Presidente Díaz, yo iba dispuesto a manifestarle la aceptación de Carlos como candidato, mas desgraciadamente, al llegar a la casa de Adolfo, Carlos estaba en conferencia con él. Cuando les anunciaron mi llegada y mi deseo de hablar con el Presidente, Carlos salió de la pieza y me dijo que antes que viera a Adolfo deseaba él hablar conmigo. Le manifesté mi agrado de conversar con él y nos sentamos a hacerlo.

En el curso de la conversación Carlos me manifestó que Adolfo estaba decidido a apoyar su candidatura y que en caso que yo no hiciera lo mismo los amigos que yo tenía en el Gobierno serían retirados de sus puestos. Esta amenaza me provocó una reacción violenta, y sin pérdida de tiempo le manifesté que no le apoyaría y que bien podía llevar a cabo su represalia en contra de mis amigos en el Gobierno.

Cuando entré a hablar con Adolfo ya iba resuelto a no aceptar la candidatura de Carlos. Todavía creo que si éste no hubiera estado en casa de Adolfo el día de mi llegada y logro hablar con él con el ánimo dispuesto como lo tenía, para apoyar la candidatura de Carlos, la situación política habría cambiado y quizás entonces el Partido Conservador hubiera triunfado en las elecciones. Pero por la resolución que tomé por motivo de las amenazas del mismo Carlos, el escenario político de nuestro Partido cambió radicalmente y de la casa de Adolfo salí para la mía a buscar candidatos que oponerle al Dr. Cuadra Pasos.

Así fue cómo nació la candidatura de don Vicente Rappaccioli, honorable ciudadano de Diriamba, Departamento de Carazo, de la cual candidatura había hablado en ocasiones anteriores con el Dr. Zepeda.

La mayoría del Conservatismo apoyó con entusiasmo la candidatura de don Vicente y dondequiera que íbamos en campaña electoral teníamos mucho éxito, pero el gasto de propaganda se hacía cada vez más fuerte y don Vicente me manifestó con franqueza que él solo no podría mantenerla por lo que se convino en la candidatura de don Adolfo Benard, otro muy honorable ciudadano de Granada que gozaba de grandes simpatías en el país.

En estas actividades estábamos cuando fuí invitado a una recepción en casa del Dr. David Campari, a la cual fueron también invitados, entre numerosas personas de nuestra sociedad, el Presidente Díaz, el Dr. Cuadra Pasos y el Ministro Americano, Mr. Charles C. Eberhardt.

En esa recepción don Adolfo Díaz me habló de la conveniencia de apoyar la candidatura del doctor Cuadra Pasos, ya que Mr. Eberhardt se le había ofrecido a gestionar con su Gobierno para que cooperara al éxito. Me dijo, además, que si yo dudaba de lo aseverado por él que llamáramos al Ministro Americano que estaba allí cerca de nosotros para que me convenciera de la veracidad de lo que me decía, pero yo me negué rotundamente a dar mi apoyo a la candidatura del doctor Cuadra Pasos, en lo cual, comprendo ahora, que cometí un gravísimo error, y sólo me explico aquella empecinada resistencia al disgusto que me causaron las frases de velada amenaza del propio doctor Cuadra Pasos al decirme que serían retirados del Gobierno todos mis amigos si yo me negaba a apoyar su candidatura. Además, cuando don Adolfo me habló de este asunto, ya me había comprometido en los trabajos candidaturales de don Vicente Rappaccioli, de quien hasta había recibido dinero para la campaña.

Naturalmente, no debía yo haber resuelto con tanta ligereza lo propuesto por don Adolfo, pues merecía la cuestión ser considerada más serenamente, aun cuando creo que, ni con la candidatura de Cuadra Pasos hubiéramos podido derrotar la candidatura del General Moncada, a quien, entiendo el Almirante Latimer, le había ofrecido la Presidencia de la República. Con todo, indudablemente hubieran habido mayores probabilidades con Carlos que con Vicente Rappaccioli o con Adolfo Benard, pues Carlos había tenido una actuación brillante en La Habana en donde se ganó la simpatía del Secretario de Estado, Mr. Hughes.

Triunfo de Moncada

Con el triunfo de Moncada en las elecciones, muchos esperaban que yo saliera del país, pero yo estaba seguro que ningún acto de los que pueden hacer temer a una persona el ser molestada o perseguida, había de ser cometido en contra mía, así es que esperé tranquilamente que Moncada tomara posesión de la Presidencia.

En honor a la verdad debo manifestar que jamás recibí la más pequeña molestia y que tanto las Autoridades, como los mismos ciudadanos liberales, me guardaron siempre consideración y respeto. Yo me dediqué a mis trabajos ganaderos en Río Grande.

Fórmula Díaz-Chamorro

En las postrimerías del Gobierno del General Moncada el Partido Conservador lanzó la candidatura de don Adolfo Díaz, como Presidente, y la mía como Vice, considerando que esa fórmula era la más apropiada para oponerse a la del doctor Juan Bautista Sacasa, por ser Adolfo Díaz persona que gozaba de muchas simpatías entre la Colonia Americana aquí en Managua y en el Departamento de Estado.

Al aceptar don Adolfo que se lanzara su candidatura nos ofreció dinero para los trabajos de propaganda, pero nunca nos pudo entregar suma algu-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

na por lo que los gastos los tuve que sufragar yo. Felizmente, esos gastos no fueron muy elevados unos $24,000.00— suma verdaderamente ridícula si se compara con lo que habíamos gastado en los trabajos de otros candidatos.

El propio día de la elección llegó don Adolfo Díaz en avión expreso de los Estados Unidos a Managua. La expectación de todos era muy grande, pues se creía, como generalmente se dice, que traía en la bolsa la Presidencia. Pero en realidad no había nada de eso.

Cuando el Consejo Nacional de Elecciones estaba preparado para hacer el escrutinio, pasó una circular invitando a varios de nosotros para que fuéramos a presenciar el acto y conocer el resultado. Mas como yo me sospechaba que el resultado nos sería desfavorable no quise ir, pero Adolfo Díaz sí fue y estuvo allí departiendo animadamente con todos viendo cómo se iban anotando en la pizarra las cifras de nuestro fracaso. Hay que conocer personalmente a Adolfo para poder apreciar su sangre fría y su presencia de ánimo, los que le dan un gran poder sobre los demás. Después de ésto, Adolfo se regresó a los Estados Unidos donde permaneció por varios años y últimamente se ha radicado en San José de Costa Rica en compañía de algunos de sus sobrinos.

Las elecciones habían sido supervigiladas, esta vez por el General Woodward y un cuerpo de Marinos norteamericanos. Las cifras obtenidas por el Partido Conservador fueron cosa rara, similares a las obtenidas en la elección anterior de 1928. Y digo cosa rara por razón de la ínfima suma de gastos de propaganda hecha.

Propuesta de Moncada

Recuerdo que cuando estábamos próximos a la elección, encontrándome absolutamente sin dinero, me preocupé mucho y pensé desistir de la lucha si Adolfo no enviaba algún dinero ofrecido. En este estado de ánimo estaba cuando tuve una conversación con el General Moncada quien me propuso que combatiéramos la candidatura del doctor Sacasa, pero no con la de Adolfo Díaz sino con la de don Antonio Barberena, quien nos daría los gastos de la campaña electoral y nos ofrecía la mitad del Gobierno y darnos la Vice-Presidencia.

La propuesta era bastante halagadora y yo se la transmití por cable a Adolfo que era el único llamado a aclarar su verdadera posición ante el Gobierno Americano, puesto que una campaña así, sin dinero, no era posible hacerse con éxito. Yo le pedía me dejara en libertad para dar una contestación favorable a la propuesta.

Pero la respuesta de Adolfo a mi mensaje fue una respuesta sibilina. Mas tarde supe que esa contestación había sido formulada en combinación con nuestro amigo el Dr. Zepeda. Tal respuesta me dejó sin deseos de volver a conversar con el General Moncada, porque comprendí que no era del agrado de Díaz, puesto que lo que yo le pedía era abandonar su candidatura, y aunque yo lo hacía, en verdad, para salvar un poco al Partido Conservador, no quise, sin embargo, insistir por las consideraciones que le debía a tan distinguido y apreciado amigo.

Convenio sobre la Guardia

En el último día de la campaña electoral, a mi regreso de una gira por las Segovias y Jinotega, el Ministro Americano, Mr. Mathew E. Hanna, me invitó para firmar un Convenio con el candidato Dr. Sacasa, por el cual se establecía que el Jefe Director de la Guardia Nacional sería un miembro del Partido triunfante en los próximos comicios, nombrándose de segundo a otro del Partido contrario, y así, alternativamente, se completaría la alta Oficialidad y después los soldados rasos que serían escogidos de entre ambos Partidos, de esa manera estableciéndose la apoliticidad de la Guardia.

Así fue como figuraron en ella elementos de valía, entre otros, el Ing. don José Andrés Urtecho, egresado de West Point, a cuyo cargo había estado la Cartera de Relaciones Exteriores, y don Gustavo Lacayo, quien había sido Ministro de Fomento, ambos miembros prominentes del Partido Conservador.

La Jefatura de la Guardia

El General Anastasio Somoza García, que fue el escogido para ejercer la Jefatura de la Guardia, quiso después eliminar a esos señores y con el prefexto de que estaban conspirando, les formó un Consejo de Guerra, el que los encontró culpables y los suspendió del cargo. De manera que hasta hoy no hay ningún Conservador en dicho cuerpo armado.

La Guardia Nacional, —me refiero a lo que se puede llamar el Estado Mayor— en lugar de ser un organismo apolítico es un ejército personal de la familia Somoza. Esta es la realidad basada en las pruebas que una y otra vez la Guardia Nacional ha dado al país. Bien puede suceder que tal hecho se deba al carácter paternal que tuvo para ella el General Somoza García y a las constantes dádivas que hacía a sus miembros.

Durante el período presidencial del doctor Sacasa visité en varias ocasiones la Casa Presidencial, pero con más frecuencia visitaba al Jefe Director de la Guardia Nacional, General Anastasio Somoza García, quien parecía dispensarme bastante cariño y con quien muchas veces hablaba de sus posibilidades de llegar al Poder. Con ambos poderes me mantenía, pues, en buenas relaciones personales.

Candidato a Senador

Cuando se llegó la época de elegir una parte de la Representación al Congreso Nacional, resolví yo lanzar mi candidatura para Senador por el Departamento de Matagalpa, si el Dr. Sacasa me ofrecía que las elecciones serían completamente libres. Si él me lo prometía, lanzaba mi candidatura, si no, me abstendría de hacerlo. Pero antes de hablar con el Dr. Sacasa conversé sobre el particular con el General Somoza, para informarme de su parecer en este asunto, y él me dijo que si el Dr. Sacasa me ofrecía la libertad electoral, entonces él iba a enviar un amigo suyo a Matagalpa para que me ayudara en la elección.

Con esa promesa visité al doctor Sacasa y le hablé de mi propósito de lanzar mi candidatura para Senador siempre que el Gobierno me prometiera garantías de una completa libertad electoral en el Departamento de Matagalpa. Le informé de que yo no deseaba ningún favor sino una completa igualdad de garantías con el candidato del Gobierno. El Dr. Sacasa me aseguró que tendría esa necesaria libertad electoral.

En vista de lo anterior hablé con mi amigo el Dr. Alejandro Stadthagen para que lanzara su candidatura a Diputado por el mismo Departamento.

Intervención de la Guardia

Pero desde el principio observamos que ni las promesas del doctor Sacasa, ni las del Jefe Director de la Guardia Nacional serían cumplidas. Envié un telegrama al Presidente Sacasa, desde San Isidro, a las primeras intervenciones de las autoridades en contra nuestra, y él me contestó que se informaría sobre el particular. Naturalmente, desde que ví que el Liberalismo oficialista había tomado como candidato a don Francisco Somarriba, liberal de valía, decano de los liberales de Matagalpa, comprendí que esa candidatura era para enfrentarla a la mía con el propósito de derrotarme, pues en ningún caso consentiría el Liberalismo oficialista que el Sr. Somarriba fuese el perdidoso.

Efectivamente, como me lo imaginaba, sucedió. A medida que la campaña avanzaba nuestros correligionarios eran maltratados, y para colmo de males, el Jefe Director envió a un Comandante de la Guardia Nacional para que infundiera el terror en la casta indígena, lo que hizo triunfar la candidatura del Sr. Somarriba.

Los titulares de los dos poderes, omnímodos entonces, la Presidencia y la Jefatura de la Guardia, fueron muy insinceros, y ninguno de ellos cumplió

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

con su promesa de que las autoridades no intervendrían.

La muerte de Sandino

La confianza que yo había puesto en el doctor Sacasa estaba fundada en que yo le había prestado muy buen servicio contribuyendo con mis amigos en el Congreso anterior para que se concediera amnistía a todos los que habían intervenido en la muerte del General Sandino y miembros de su Estado Mayor, hecho que ocurrió en esta capital la noche del 21 de Febrero de 1934, al salir Sandino y los suyos de la Casa Presidencial donde habían ido para asistir a un banquete que el Presidente Sacasa había dado en su honor.

Firmemente creo que el doctor Sacasa no tuvo ninguna responsabilidad en ese acto criminal y que toda la responsabilidad recae en el Jefe Director de la Guardia Nacional que fue el que planeó el hecho con varios de sus oficiales. Sin embargo, yo intervine para que en el Congreso pasara la ley de amnistía para todos los que habían cometido delitos políticos o comunes conexos. Y así fue como la Guardia Nacional quedó completamente eximida de toda responsabilidad en el asesinato del General Sandino. Esto lo hice para evitar la anarquía y conservar la paz nacional.

El General Somoza

El centro del movimiento político era la residencia del General Somoza García en el Campo de Marte. Ese movimiento aumentaba cada día más y sus amigos le presionaban para que lanzara su candidatura, y el mismo General no era ajeno a esas inquietudes.

En vista de esa situación el Partido Conservador quiso aclarar su posición e invitó al Partido Liberal Nacionalista para discutir la posibilidad de llevar a las urnas electorales a un candidato nacional. Ambos partidos estuvieron de acuerdo en que una solución satisfactoria sería la de apoyar a un Liberal como candidato, liberal que satisficiera al Conservatismo. El que mayor probabilidades tenía era el doctor Leonardo Argüello. Sin embargo, nada se quiso resolver sin antes oír al General Somoza.

En una conversación con el General Somoza se resolvió que tanto él, como el Presidente Sacasa y yo, deberíamos sostener una conferencia para resolver de inmediato quien debería ser el candidato que sucedería al doctor Sacasa. Por este hecho ya se convertía al General Somoza en el Gran Elector.

Fijada la fecha de la conferencia nos reunimos los mencionados Sacasa, Somoza y yo en Casa Presidencial y puesto el asunto a discusión el General Somoza propuso al General Rigoberto Reyes. Entonces le manifesté que el Partido Conservador no vería con gusto que yo aceptara a un militar como candidato para suceder al doctor Sacasa, no porque nosotros tuviéramos aversión alguna contra los militares, sino porque el pueblo iba a pensar que ese candidato nos había sido impuesto por él y que por ese motivo le pedía que mejor propusiera a un civil. Entonces propuso al doctor Carlos Brenes Jarquín, de Masaya, y a don José Benito Ramírez, residente en Managua. Los dos me parecieron aceptables.

Yo esperaba que el doctor Sacasa hiciera alguna manifestación, ya fuese a favor o en contra de dichos señores. Lo único que hizo fue manifestar las cualidades que para él debería tener la persona que le había de suceder, a lo que Somoza me dijo que el doctor Sacasa se refería al doctor Cordero Reyes y que a éste él, Somoza, no lo aceptaría nunca, y así se lo dijo al doctor Sacasa.

Cuando estaba en este estado la conversación y en vista de que el General Somoza ya había desistido del General Reyes y de sí mismo y de que el Presidente Sacasa estaba aun indeciso sobre el candidato que había de sucederle, pensé que era mejor dejarlos solos para que hablaran con más libertad y franqueza como entre sobrino y tío. Y así les pedí que me permitieran retirarme para que ellos pudieran conversar con más confianza y escoger a la persona que había de ser el sucesor, puesto que el Partido Conservador aceptaría a cualquiera que gozara de buena reputación en el país. Les insinué, además, que si querían les enviaba a don Federico Sacasa, hermano del Presidente, que estaba en el salón contiguo para que él les ayudara a solucionar el problema. Ellos aceptaron mi sugerencia y me pidieron se los enviara.

Al salir yo del salón de la conferencia le avisé a don Federico, quien entró al salón y yo me quedé con el doctor Carlos A. Morales y otros que no recuerdo, quienes me preguntaron que cómo iban las pláticas. Yo les contesté, con toda sinceridad, que me parecía que iban muy bien y que no pasaría media hora sin llegar a un acuerdo sobre el candidato.

Mas al cabo de unas dos horas de ansiosa espera salió don Federico para decirnos que aquello estaba más enredado que nunca y sin solución posible. Y agregó: "Ya Somoza se retiró, así es que nosotros también nos retiramos". Y salimos todos para nuestras casas.

Rebeldía de Somoza

A poco rato de haber llegado, el doctor Sacasa me llamó para comunicarme que Somoza había salido para León llevándose un pelotón crecido de Guardias Nacionales para apoderarse del Fortín, y preguntarme qué podía hacer en ese caso.

Con la noticia del viaje de Somoza en carácter de rebelado contra el Presidente Sacasa estuvieron llegando a mi casa amigos del Presidente y míos, tanto conservadores como liberales, interesados en conocer la verdadera situación.

En una Junta de Notables de ambos Partidos se resolvió designar al doctor Leonardo Argüello como candidato nacional en la esperanza que su nombre sirviera de bandera en León para evitar que Somoza se apoderara de la ciudad y del Fortín de Acosasco. Sin embargo, cuando llegó el momento de sólo dar una orden para la destrucción de Somoza mediante una lucha armada, me dí cuenta de que las comunicaciones telefónicas del doctor Crisanto Sacasa, en nombre del Presidente, con la ciudad de León no eran con el objeto de iniciar la resistencia a Somoza sino el de salvar a su hermano el Mayor Ramón Sacasa que estaba de Jefe en el Fortín. Y lo que realmente sucedió fue que Somoza llegó a León, se apoderó de la ciudad y de la fortaleza sin la menor resistencia y en la mayor tranquilidad.

Rememorando estos acontecimientos cabe preguntar, que fue lo que pasó en la conferencia de Casa Presidencial entre don Federico Sacasa y el General Somoza? Debe haber ocurrido algo que contrarió mucho a don Federico, pues nunca le volvió a hablar al General Somoza, y éste por su parte, después de esa conferencia salió determinado a realizar su viaje a León, de donde volvió como triunfador, dispuesto a deponer al Presidente Sacasa, a quien efectivamente depuso e hizo salir del país en el mes de Junio de 1936.

Con motivo de estos sucesos varios prominentes políticos, tanto liberales como conservadores, se asilaron en la Embajada de México. Entre ellos se encontraba el doctor Rodolfo Espinosa R., Vice-Presidente de la República, a quien correspondía la Presidencia por la renuncia exigida al doctor Sacasa, por lo que el General Somoza envió varios emisarios para ver de conseguir su renuncia, la que por fin consiguió mediante el pago de una fuerte suma de dinero. Nora, hija del Dr. Espinosa, tuvo mucho que ver en esos arreglos.

Uno de los acompañantes del General Somoza, un tal Wilson, a su regreso de León llegó a mi casa, acompañado de otros dos individuos, a preguntar por mí, manifestando abiertamente que querían matarme. Felizmente para Wilson, yo no me encontraba en casa, aunque sí estaban en ella mi esposa y mi sobrina la Srita. Adelita Enríquez, quien salió a la puerta al llamado de aquellos foragidos. Como ella se negara a dejarlos entrar y a darles alguna in-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

formación respecto a mi persona, ellos la encañonaron con sus rifles y la amenazaron de muerte, pero ella se mantuvo firme, negándose a darles información alguna, por lo que optaron por retirarse.

Sabedor de ese hecho lo denuncié al Jefe Director de la Guardia Nacional, General Somoza García, mas el tal Wilson y sus compañeros jamás recibieron la menor sanción.

Al exilio

Al ver que no había garantías para mí, ni para mi familia, me ví precisado a asilarme en la Embajada de México, a cargo del Licenciado Octavio Reyes Spíndola, quien con toda cortesía me recibió y consiguió el salvoconducto necesario para salir del país. El mismo me acompañó al aereopuerto junto con mi familia.

Antes de salir del país, ante los oficios notariales del doctor Felipe Argüello Bolaños, extendí cartas credenciales a mi buen amigo don Alcibíades Fuentes hijo, para que me representara en la parte económica del Partido Conservador. Tal representación otorgada fue reconocida con valor oficial por el doctor Carlos Cuadra Pasos, Vice-Presidente en ejercicio de la Presidencia de la Junta Directiva Nacional y Legal del Partido Conservador de Nicaragua. Me complace declarar que la actuación del señor Fuentes en el ejercicio de esas funciones a él encomendadas se ajustaron en todo a su honradez y probidad personales por lo que ha tenido siempre mi vivo reconocimiento y amistad.

Desgraciadamente, mi sobrina Adelita sufrió un choque nervioso que la dejó muy enferma, decaída y nerviosa, por lo que resolvimos trasladarnos a San José de Costa Rica, donde el clima podría serle favorable.

En San José nos hospedamos en el Hotel Raleigh, mas como a los ocho días comenzamos a notar en nuestra sobrina síntomas de enfermedad mental, ya que lo que conversaba era completamente incoherente por lo que fuimos con ella a visitar el Asilo Chapiú para que la examinara el doctor Chacón y nos diera su opinión personal.

El doctor no encontró nada alarmante en ella, pero a los pocos días Adelita se quiso tirar del balcón del Hotel a la calle, y si no hubiera sido que mi esposa llegó a tiempo de detenerla, hubiera encontrado una muerte segura.

En presencia de este hecho tan alarmante, inmediatamente la llevamos al Asilo donde la internamos. Pero mi mala suerte no llegaba hasta allí. Ese mismo día Lastenia me participaba que se sentía sumamente enferma. Le hablé a mi amigo el doctor David Stadthagen que se encontraba en San José y me aconsejó que la llevara donde el doctor Quesada para que la examinara y me ofreció que él mismo estaría presente en el examen. El doctor Quesada encontró un fibroma que podía ser canceroso y me aconsejó llevarla inmediatamente a los Estados Unidos para que la viera un especialista amigo suyo que había curado a su hermana que vivía en Nueva York.

Sin pérdida de tiempo resolví salir para los Estados Unidos junto con Lastenia, dejando a Adelita en el Asilo.

A los pocos días de estar en Nueva York recibimos cable de San José participándonos que nuestra querida sobrina había fallecido. En el mismo mensaje se nos pedían instrucciones sobre lo que debería hacerse.

Contestamos que el cadáver debía ser preparado y enviado a Managua, para ser enterrado en esta Capital, pero el General Somoza, en esta ocasión fue tan duro, que no quiso permitir la entrada del cadáver a su patria, siendo que su muerte había sido causada por partidarios del mismo General Somoza.

En vista de tal negativa no se tuvo más remedio que enterrarla en San José, donde todavía descansan sus restos mortales.

En México

Después de atender a la enfermedad de mi esposa en Nueva York, donde fue internada en el Memorial Hospital de esa ciudad, bajo la dirección y tratamiento del doctor George Pack, y una vez que ella había recuperado su salud, salimos el 2 de Febrero de 1937 para México, habiendo desembarcado en el puerto de Veracruz. Este puerto, uno de los más importantes de la República Mexicana, lo encontré bastante descuidado en cuanto a higiene, por lo que resolvimos salir inmediatamente para la Capital. El trayecto del ferrocarril de Veracruz a la ciudad de México es, por una parte, muy pintoresco, con el Volcán de Orizaba que se divisa bellísimo con sus eternos picos cubiertos de nieve, y por otra, puede considerarse como una gran obra de ingeniería sobre las cumbres de Maltrata.

A nuestra llegada a México estuvimos por unos cuantos días hospedados en un hotel, más luego conseguimos alojamiento en una Casa de Apartamentos en el Paseo de la Reforma, principal arteria de aquella hermosísima ciudad. Por este apartamento, amueblado, pagábamos 150 pesos mexicanos mensuales, pero aunque era bastante bonito y presentable tuvimos que abandonarlo después de algún tiempo de ocuparlo, debido a que los ataques de asma se me hicieron muy frecuentes e intensos, por lo que nos pasamos a otro que aunque inferior al que teníamos era nuevo y estaba muy bien asoleado, habiendo con este cambio disminuído grandemente los ataques de asma. Como estaban construyendo en la misma Avenida de la Reforma, otra casa de apartamentos de mucha más comodidad y apariencia, en cuanto estuvo terminada resolvimos pasarnos allí. Esta nueva casa se llamaba "El Latinoamericano" y en ella vivimos por varios años. Aquí pagábamos la suma de 600 pesos mensuales.

La colonia nicaragüense

En México encontré una numerosa colonia nicaragüense, la mayoría de sus miembros ocupando buenas posiciones en el periodismo, el profesorado, el foro y la medicina. Con casi todos esos elementos de valía cultivé muy buenas relaciones, y como ellos eran también opositores al Gobierno del General Somoza García nuestro acuerdo eran aún mejor, pues fuera del país las divisiones banderizas puede decirse que desaparecen.

Entre estos nicaragüenses, los de mayor significación eran, el notable escritor y economista, don Francisco Zamora, sus hermanos, y su madre doña Lola Padilla, en cuyo hogar se celebraba todos los años la Purísima, siendo muy concurrida su casa, especialmente el último día, en el que después de rezar y cantar las oraciones y cantos que se acostumbran en Nicaragua, se repartían frutas y golosinas lo mismo que se hace aquí. Además de la familia Zamora estaba la del Dr. Pedro José Zepeda, médico de gran clientela, muy servicial con todos sus paisanos. El Ingeniero y Profesor don Andrés García, reconocido por sus relevantes méritos, interesado, como los anteriores, en el bienestar y buen encauzamiento de los nicaragüenses que llegan a México, así como los señores Roberto y Julio Barrios, y los señores Dr. José Angel Cifuentes y hermanos. La lista sería larga y cansado enumerarlos a todos, pero no debo omitir a la doctora Concepción Palacio, a quien conocí aquí cuando todavía era estudiante en la Escuela Normal de Señoritas época en que con frecuencia llegaba a visitarme para comunicarme sus ansias de adquirir una profesión, una vez terminados sus estudios de maestra. Quería ser médica y lo fue, graduándose en la Universidad de México y habiendo fundado una Casa de Maternidad, ejerce su profesión con bastante buen éxito. La doctora Palacio, además de sus actividades profesionales dedica gran parte de su tiempo a actividades políticas, siendo de lamentarse que se haya enrolado en el Partido Comunista y sea a éste al que le de su valiosa energía y actividad intelectual.

Con todas estas personas que viven en México, y a quienes he mencionado, mantuve muy estrechas

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

relaciones, así como también con don Amadeo Solórzano y su familia; con el Dr. Gustavo Jerez, notable médico nicaragüense de gran renombre en aquella ciudad en su especialidad de oídos y garganta; con el Dr. Ramón Solórzano, quien ha triunfado en su profesión de abogado y goza de bastante buena fortuna; y con don José Arana, casado con una hermosa joven mexicana.

Gestiones inútiles

A mi llegada a México estaba ejerciendo la Presidencia de la República, el General Lázaro Cárdenas, luego ascendió al mismo cargo el Licenciado General don Manuel Avila Camacho, y a mi salida la estaba ejerciendo el Licenciado don Miguel Alemán. Ante los tres hice varias gestiones para conseguir su apoyo material y moral a fin de realizar una fuerte revolución para terminar con el gobierno opresor del General Somoza García, mas aunque algunas veces me hicieron ofrecimientos halagüeños nunca ví que los tales ofrecimientos se materializaran. La verdad es que México, aunque aparenta seguir una política opuesta a la de los Estados Unidos, en realidad no hace otra cosa que enfilarse en la política norteamericana en sus relaciones con estos países.

En México se encuentra uno con ciudadanos de todos los paises de Latinoamérica que han salido de sus patrias por no estar de acuerdo con la política de sus gobiernos y aunque en México nunca consiguen apoyo para luchar contra ellos, son sin embargo, hábilmente mantenidos con esperanzas que nunca se realizan.

Durante mi larga estadía en la República Mexicana tuve oportunidad de observar que el mexicano es muy cortés y, aun puede decirse, generoso con los extranjeros que llegan a su país, y tienen, además, el don de hacerse estimar por los que a su tierra llegan.

Estando en México se suscitó una discusión sobre la vigencia del Tratado Chamorro-Bryan y en esa ocasión yo hice públicas declaraciones de que la intención de Nicaragua y la mía —como firmante de ese Tratado— había sido de que el Canal fuese construído y no de que no se construyera, y puesto que ya habían pasado muchos años y no se sabía si los Estados Unidos estuviesen gestando planes para llevar a cabo esos trabajos, lo justo sería pedir la abrogación del Tratado.

Con esa idea en mente dirigí un mensaje al Presidente Franklin D. Roosevelt, en el que le manifestaba que la idea de nuestro Gobierno al firmar ese Tratado era de que lo hacía en un Tratado positivo y no uno negativo, mas mi mensaje no tuvo respuesta alguna, quizás porque yo no tenía ninguna representación oficial.

Alianza opositora

Desde antes de resolver mi salida de México tuve el propósito de buscar un entendimiento con el Partido Liberal Independiente, con el objeto de lanzar un candidato de oposición al candidato oficial, así es que, tanto en mis escritos, como en conversaciones privadas, manifesté frecuentemente ese propósito mío.

Después de algunos años de permanecer en el exilio, supe que el foragido Wilson —el que había atentado en contra mía y fue la causa de la muerte de mi sobrina Adelita— había sido llamado a ocupar su puesto en la Eternidad. Aunque la noticia no fue motivo especial de alegría para mí, ni factor decisivo para mi regreso, no debo negar que me dió alguna tranquilidad.

Lo que verdaderamente me movió al regreso fue el saber que el General Somoza García continuaba en la costumbre de reelegirse después de cada período presidencial.

Una vez convencido de que mi estadía en México no tenía ya objeto político alguno, pues que todos mis esfuerzos habían quedado en nada, y teniendo diez años de estar fuera de mi patria, resolvimos, mi esposa y yo, regresar para ver si dando nuestro apoyo a un candidato liberal podría éste triunfar y así conseguir una vida democrática y tranquila.

Regreso a Nicaragua

Decidido nuestro viaje, avisamos a nuestros amigos de Nicaragua y éstos nos prepararon en Managua un recibimiento apoteósico muy difícil de igualar. Fue ése, en verdad, el recibimiento político más grande que se recuerda en Nicaragua.

Seguramente por las emociones del momento, la inmensa aglomeración de gente, el cambio de clima y la hora meridiana calurosa, me produjo, al llegar del aereopuerto a la Plaza de la República, un desvanecimiento tal que parecía me iba a ser fatal, por lo que fuí llevado a la Catedral donde se iba a oficiar un solemne Te Deum por nuestro feliz arribo al país. Sabedores el Excelentísimo Señor Arzobispo, Monseñor González y Robleto y los sacerdotes que le acompañaban del accidente que me ocurría instaron a las personas que me rodeaban para que se apartaran y me permitieran respirar aire fresco, y uno de ellos trajo un poco de vino de consagrar el que me ofreció con mucha solicitud y el que yo tomé. A poco rato logré recuperarme y continuar en la manifestación hasta llegar a la casa que nos tenían preparada, que no es otra sino la que actualmente ocupa don Emilio Meléndez, en la intersección de la 4ª Avenida y la 5ª Calle N. O.

Candidatura de Aguado

Una vez en Managua llevé a cabo el propósito que había madurado en México de apoyar la candidatura de un candidato liberal el que había de ser escogido por mí de una lista que me presentarían los Liberales Independientes y después que hubimos firmado un Convenio en el que uno y otro Partido, el Conservador y el Liberal, estipulaban las condiciones en que entraban a formar parte de una alianza política.

Varios nombres se barajaron, todos de personas de reconocida honorabilidad, para buscar entre ellos al candidato de los partidos históricos. Se escogió al Dr. Enoc Aguado, prominente liberal, abogado de indiscutible probidad profesional y miembro muy apreciado en los círculos políticos y sociales.

La candidatura del Dr. Aguado obtuvo una muy buena acogida y en propaganda de la misma recorrimos con éxito casi todo el país. Yo acompañé al Dr. Aguado a varias partes y siempre mantuvimos relaciones muy cordiales.

Tuve oportunidad, como digo, de acompañar al Dr. Aguado a varios Departamentos en giras políticas y siempre quedé completamente satisfecho de su agradable compañía y de su conducta y valor personales, aún en los casos de peligro como el que nos sucedió cuando íbamos a entrar en la ciudad de Nandaime, donde se nos tenía preparada una turba que se nos lanzó encima, y de la que nos pudimos librar gracias a la presencia de ánimo del Dr. Aguado.

El candidato que se nos opuso, no fue esta vez el General Somoza, sino el Dr. Leonardo Argüello, el que no obstante de gozar de alguna simpatía en el país, por razón de su posición como candidato oficial perdió mucho de esa simpatía, y el día de la elección sus filas estuvieron vacías de votantes. Sin embargo, en el escrutinio que se hizo salió victorioso por una inmensa mayoría, aunque después el mismo General Somoza se mofaba de esa mayoría y calificaba de ridícula la votación del Dr. Argüello.

Por fin llegamos al día de la elección, en que desde muy temprano se vio la superioridad numérica de la oposición, en que el pueblo estaba depositando sus votos a favor de la candidatura Aguado. A mi me correspondió ir a depositar el mío en el Cantón de la Número Uno y llegué en el mismo momento en que el General Somoza García llegaba a depositar el suyo a favor de su candidato, el Dr. Leonardo Argüello. Era evidente la diferencia de una y otra fila, la de votantes Aguadistas y la de

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Argüellistas. Muchos de los partidarios del Dr. Aguado, al ver llegar al General Somoza García y colocarse en las raquitísimas filas de Argüellistas, lo silbaron y él no hizo más que reirse y meterse una mano en el bolsillo.

Fraude electoral

Terminada la elección, las urnas fueron llevadas al Palacio Nacional donde estuvieron varios días guardados en los sótanos hasta que el Gobierno declaró que se iba a hacer el escrutinio, después del cual se informó que el Dr. Argüello había ganado la elección.

El Dr. Argüello, hombre que se estimaba en mucho y que tenía un gran amor por su patria, pensó seguramente libertar a Nicaragua de la férrea Dictadura del General Somoza desde su posición de Presidente. Pero el General Somoza comprendiendo lo que podía ocurrirle se adelantó a dar un golpe de estado al Dr. Argüello a los 26 días de su ascensión al poder, quitándole así la oportunidad de maniobrar en su contra.

Golpe contra Argüello

Para ese golpe el General Somoza invitó al General Carlos Pasos y a mí, pero nosotros no quisimos acompañarle si no era en una reforma total del Gobierno, lo cual él rechazó y las pláticas con él no pasaron a más. Esto me obligó a volver a salir del país, yéndome de nuevo a México.

El Dr. Leonardo Argüello quedó asilado en la Embajada de México hasta que logró conseguir el salvoconducto para dirigirse a ese país, pero ya iba muy enfermo y a los pocos días falleció. El Dr. Argüello culpaba al Embajador mexicano por la demora en conseguir el salvoconducto pues pasó más de seis meses asilado en la Embajada, donde estuvo muy enfermo, sin que el Embajador se preocupara en conseguirle su salida. Además, me refirió el Dr. Argüello, que el Embajador lo vigilaba como si éste fuera un detective de Casa Presidencial.

No obstante que entre el Dr. Argüello y yo había una gran diferencia de criterio político, fuimos sin embargo, en los últimos días de su vida muy buenos amigos y hubo entre nosotros completa comprensión de la realidad política de Nicaragua.

Su muerte fue muy sentida por mí y por toda la Colonia nicaragüense residente en México.

Durante nuestra permanencia en México, que fue de más de diez años, siempre llevando una vida modesta en una pobreza honrada, cábeme decir con satisfacción que me capté la simpatía de toda la Colonia nicaragüense. Con todos sus miembros, ya fuesen liberales o conservadores, cultivé muy buenas relaciones.

En el transcurso de esos diez años vi pasar en la Presidencia de la República al General Lázaro Cárdenas, a don Manuel Avila Camacho y al Licenciado don Miguel Alemán.

Llegada de doña Lastenia

Unos dos o tres años antes de mi regreso definitivo mi esposa Lastenia hizo un viaje a Nicaragua que resultó un gran éxito. Los amigos la recibieron con entusiasmo y la festejaron mucho.

El General Somoza llegó a considerar que ese viaje de Lastenia le estaba perjudicando políticamente y llegó hasta oponerse a que ella visitara el Departamento de Rivas y a poner cortapisas para la realización de una manifestación popular que se llevaría a efecto el día de su visita a la ciudad de Rivas. Naturalmente, todo esto lo hacía de manera extraoficial, pero enérgica y efectivamente.

Pacto con Somoza

A mi regreso definitivo a Nicaragua y en vista de las pocas garantías de que gozaba el Partido Conservador y del temor general que cundía en sus filas para llevar a cabo cualquier movimiento de organización, pensé que la única manera de darle vida al Partido, era la de celebrar un convenio con el General Somoza.

Así el Partido Conservador podría tener participación en el Gobierno y gozar de relativa libertad para poder elegir sus Representante al Congreso.

Después de varias pláticas llevadas a cabo con el General Somoza, por medio del Dr. Emilio Alvarez Lejarza, se llegó a un acuerdo.

Por ese arreglo se establecía la alternabilidad en el Poder, se prohibía la reelección, y se obtenían otras conquistas democráticas, como la representación de las minorías, el voto femenino, etc. etc., consignadas, por esos pactos, en la Constitución Política de 1950.

Reminiscencias

Allá por el año de 1940, no puedo precisar exactamente la fecha, recibí un mensaje cifrado de Tegucigalpa en el que se me informaba que el Presidente Carías deseaba saber qué necesitaba yo para hacer una fuerte revolución al General Somoza. El mensaje insistía en la urgencia de una contestación.

Después de consultar con varios de los principales amigos nicaragüenses, residentes en México, que nos empeñábamos en actividades de ese orden, entre otros con el Doctor Pedro José Zepeda (q. e. p. d.), resolví contestar diciendo que aceptaba el ofrecimiento de ayuda y que ésta podía comenzar con US$ 25,000.00 para gastos de enganche de un buen número de mexicanos reconocidos como buenos guerrilleros y que estaban deseosos de acompañarme en un movimiento revolucionario que tuviere por objeto el derrocamiento del General Somoza, a quien en México se veía muy mal después del asesinato del General Sandino y compañeros. Además, señalaba la necesidad de obtener dos mil rifles modernos, quinientas ametralladoras con sus correspondientes parques, así como morteros y bazucas.

El amigo que servía de intermediario entre el Gobierno de Honduras y yo, volvió a cablegrafiarme a los pocos días de mi respuesta, informándome que todo estaba preparado y que el armamento también estaba completo y listo en un lugar fuera de Nicaragua donde yo podría fácilmente recogerlo y trasladarlo al punto de desembarque que yo escogiera en las costas del Departamento de Zelaya, y que un comisionado llegaría con el dinero.

En ese estado las cosas, trascurrieron algunos días sin comunicación alguna por lo que me vi precisado a cablegrafiar de nuevo preguntando cual era la demora en la llegada del comisionado con el dinero y las instrucciones con respecto a la entrega del armamento.

Entonces fue que recibí un cable en el que se me informaba que el Gobierno de Honduras deseaba que al recibir la ayuda ofrecida firmara yo un convenio por el cual me comprometía que una vez triunfante la revolución el Gobierno Provisional que se estableciera en Nicaragua reconocería la validez del Laudo del Rey de España en el litigio limítrofe honduro-nicaragüense.

Tal cable produjo en mí una violenta reacción, un gran disgusto y contrariedad, e inmediatamente contesté ese mensaje diciendo que no estaba dispuesto a aceptar ningún auxilio mediante esas condiciones.

De entonces acá mis relaciones con el Gobierno de Honduras sufrieron un completo deterioro, hasta el punto que el General Tiburcio Carías llegó a negarme el pase por Honduras cuando de Guatemala resolví regresar a Nicaragua, por lo que tuve que fletar un avión especial que me trajera a Managua, desde El Salvador, para no volar sobre el territorio hondureño, lo que había prohibido el General Carías.

A propósito de este asunto con Honduras, deseo referir otro hecho, siempre relacionado con este país, para que se vea cómo, en muchas ocasiones, la mala suerte frustra los planes del revolucionario.

Cancelada definitivamente la cuestión de la ayuda del gobierno de Honduras a que he hecho referencia, surgió poco tiempo después una nueva esperanza.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

En un día de tantos, recibí la visita de un prominente ciudadano hondureño, que ocupaba una buena posición en el gobierno de su país, para hablarme nuevamente de ayuda sin compromisos. En la conversación que tuvimos nunca hizo la menor mención a lo que había pasado y que sin duda él sabía. Me aseguró, empero, que en esta ocasión se trataba de una cosa muy seria y que quería que yo preparara los planes para el movimiento revolucionario que debería dar en tierra con la Dictadura de Somoza en Nicaragua. Me informó, además, que él iba a California por corto tiempo en viaje de salud, pero que tuviera yo listos esos planes para que los discutiéramos, junto con un alto jefe militar hondureño, que se reuniría con nosotros a su regreso de California.

Mas ese prominente hombre público hondureño, que no aparentaba enfermedad alguna, ni siquiera preocupación visible por la misma, falleció unos pocos días después de haberse internado en una famosa clínica de aquel Estado.

Con ese golpe de la mala suerte puede decirse que se cerró el capítulo de la ayuda hondureña, y con ello la esperanza inmediata de un cambio de Gobierno en Nicaragua por medios violentos, por lo que pensé regresar a Nicaragua y apoyar alguna candidatura que ofreciera posibilidades de reunir suficiente número de votantes para ganarle la elección a un candidato oficial. Entonces fue que surgió la candidatura del Doctor Enoc Aguado.

El Doctor Leonardo Argüello

A mi salida de México pensaba que para mí sería posible llegar a un entendimiento con el Doctor Leonardo Argüello con quien había estado en comunicación en los últimos tiempos de su emigración en El Salvador, al punto que cuando él resolvió regresar a Nicaragua para atender a sus negocios de farmacia, según me lo participó por carta, esperaba que cuando yo efectuara mi propio regreso podríamos trabajar juntos en encontrar remedio a la enfermedad política de que padecía nuestra Patria.

Sin embargo resultó todo lo contrario. Quiero decir, que a mi llegada al país encontré muy reservado al Doctor Argüello, mientras que encontré mayor amplitud de criterio de parte del Doctor Aguado.

Firmemente creo que el Doctor Argüello hubiera sido un gobierno benéfico para nuestro país, que el Partido Conservador hubiera gozado de libertad para organizarse y ejercer una función activa en la política nacional, sin temores de represalias y cortapisas de su parte. Pero acostumbrado como estaba el General Somoza a ejercer un dominio absoluto en Nicaragua no se sentía cómodo con sólo la Dirección de la Guardia Nacional y por eso resolvió eliminar al Doctor Argüello de la Presidencia de la República, a la que lo había llevado en una de las elecciones más flagrantemente fraudulentas que han habido.

Así fue que a los 26 días de haberse inaugurado el Gobierno del Doctor Argüello, el Jefe Director de la Guardia Nacional, General Somoza, le dio un Golpe de Estado. Aunque yo no ví al Doctor Argüello sino hasta su ingreso a México, después de que pasó durante varios meses asilado en la Embajada mexicana, tuve ocasión de verle en la Ciudad de los Palacios, donde yo residía nuevamente en calidad de exilado político—, y conversar con él como muy buenos amigos, por lo que aun conservo gran respeto por su memoria.

La G. N. y el "Viva Chamorro"

A mi regreso al país después del prolongado exilio en México, observé que el "Viva Chamorro" y el "Viva el Partido Conservador" que eran muy frencuentes antes de irme de Nicaragua, y que tenían gran intención política, habían dejado de oirse. Investigando sobre las causas que habían podido producir ese silencio, llegué a la conclusión de que era efecto de la actividad de la Guardia Nacional, cuyos miembros apresaban y golpeaban a los correligionarios que hacían sus manifestaciones públicas de oposición con aquellos vivas. Naturalmente, esas acciones de la Guardia Nacional se debían a instrucciones que sus miembros recibían de la Dictadura del General Somoza García.

Después de la toma de posesión y la caída del Dr. Leonardo Argüello tuve que exilarme en Guatemala, tras de haber estado escondido debido a la inseguridad de la vida, y después de haber salido espectacularmente de Managua con mi señora.

Dr. Juan José Arévalo

En Guatemala me esforcé por obtener el apoyo material y moral del Presidente Juan José Arévalo, con quien, a pesar de nuestras opuestas ideologías políticas, nos ligaba nuestra común aversión por la Dictadura de Somoza.

A la llegada del Doctor Juan José Arévalo a la Presidencia de la República, la ciudad de Guatemala se convirtió en un centro político latinoamericano de gran importancia y actividad, por lo que muchos que estábamos en la ciudad de México y en algunas otras de las Repúblicas del Caribe, nos trasladamos allá.

El Doctor Arévalo es un hombre afable a quien no se le veían pretensiones de querer hacer resaltar ante sus visitantes sus méritos personales y su vasta ilustración como hombre de estudios que es. Yo tuve oportunidad de visitarlo en varias ocasiones y de comer con él dos o tres veces, y en todas estas reuniones hablamos con bastante amplitud sobre la posibilidad de un movimiento revolucionario en contra de la Dictadura del General Somoza, así como también contra el Gobierno de Costa Rica, en lo que mostraba estar muy interesado, como en efecto lo demostró de manera efectiva, cuando don José Figueres tomó el avión en San Isidro del General y envió pudiéramos decir, un SOS al Presidente Arévalo, al General Juan Rodríguez (dominicano), al Doctor Rosendo Argüello hijo, y a mí, ocasión esta en que el Presidente Arévalo y nosotros no escatimamos esfuerzos para prestarle pronta y efectiva ayuda hasta llevarlo al triunfo.

El Presidente Arévalo queriendo extender el movimiento revolucionario a otros países del Caribe, convocaba, de vez en cuando, reuniones en Casa Presidencial para oír la opinión de algunos de nosotros y para discutir con él los problemas políticos de nuestros respectivos países y al mismo tiempo para informarse de la capacidad económica de los emigrados mismos que estábamos residiendo en Guatemala.

A decir verdad, no había entre nosotros más que un emigrado con suficiente capacidad económica, y éste era el General Juan Rodríguez, quien podía aportar fondos en cantidad considerable para cualquier movimiento que gozara de sus simpatías.

En una de las reuniones en Casa Presidencial, el Presidente Arévalo, impuesto de la situación política tanto de la República Dominicana como de Nicaragua, ofreció darnos el apoyo necesario a condición de que ambos, el General Rodríguez y yo, aportáramos determinada suma de dinero, comprometiéndose él a suplir el resto necesario.

Avisé a mis amigos de Nicaragua mis gestiones y la necesidad del envío de la suma de dinero a que me había comprometido, mas como ese dinero tardara en llegar, el Presidente Arévalo nos llamó nuevamente, al Gral. Rodríguez y a mi, para saber lo que teníamos resuelto. El Gral. Rodríguez, millonario como era, se presentó con la cuota estipulada para él, mientras yo me presentaba con las manos vacías, pues el dinero no llegaba. El Dr. Arévalo declaró entonces que él supliría el resto, y puesto que no había tiempo que perder, decidiéramos allí mismo dónde iría la invasión primero.

Luperon

El Gral. Rodríguez pidió, naturalmente, que se fuera primero a la República Dominicana dando más que razones estratégicas, razones de índole sentimental y nacionalista. Consultada mi opinión por

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

el Dr. Arévalo, arguí que convenía mejor ir primero a Nicaragua pues aquí teníamos costas y tierra firme por donde llevar a cabo la invasión, que Nicaragua quedaba 500 kilómetros más cerca de Guatemala que de Santo Domingo, distancia apreciable para un puente aéreo, y que una vez en territorio nicaragüense después del primer combate con la Guardia Nacional, se alentarían nuestros amigos del interior y tendríamos víveres, dinero y cooperación de todo género, con lo que venceríamos irremisiblemente al Dictador, mientras que en República Dominicana sólo se nos presentaba el ancho cielo y el inmenso mar. Después de varias observaciones sobre las conveniencias de ambas tesis, el Dr. Arévalo se decidió por la República Dominicana, quedando postergada la invasión de Nicaragua.

No dejó de descorazonarme un poco este fracaso, porque la falta de la suma pedida a Nicaragua hizo, naturalmente, que bajaran mis acciones en Casa Presidencial y fue lo que determinó, como digo, que la expedición que debió haber salido de Guatemala para Puerto Cabezas, en Nicaragua, haya salido en cambio para Luperón, en la República Dominicana.

También no dejaba de decepcionarme que el esfuerzo de varios años y la colaboración prestada para el movimiento de Costa Rica no habían servido de nada para inclinar la balanza en favor de la expedición a Nicaragua.

Todo esto me hizo decirle al General Rodríguez al despedirme de él en su propio apartamento: "Ustedes salen por un lado para la República Dominicana y yo saldré por otro para Nicaragua, no como militar en son de guerra sino como hombre civil en son de paz, a incorporarme al seno de la Patria". Tanto el General Rodríguez como el General Miguel Angel Ramírez trataron de disuadirme de esa idea en un gesto de simpatía por mi causa.

Andanzas revolucionarias

Le manifesté mi determinación a mi bueno y recordado amigo y deudo el Dr. Gustavo Manzanares a don Raúl Arana Montalván y otros amigos quienes se vinieron para Nicaragua primero que yo.

Me fuí enseguida a la Oficina de la Pan American para que me vendiera el boleto de pasaje de mi señora y mío para Nicaragua. Esta Oficina se negaba a dicha venta porque alegaba, no tenía pasaporte con la Visa del Cónsul de Nicaragua. Al principio mis alegatos de que ese requisito no era indispensable por ser nicaragüense a quien la Constitución le daba derecho a regresar, no les parecían ser muy convincentes, sin embargo, resolvieron al fin venderme los pasajes para El Salvador.

A nuestra llegada al aeropuerto de El Salvador no tuve dificultad alguna por parte de las autoridades salvadoreñas, sin embargo, el Gobierno del Presidente Carías prohibió que el avión de pasajeros en que yo viajaba aterrizara en el aereopuerto de Tocontín, en Tegucigalpa, y ni aun sobrevolara en territorio hondureño, por lo que me ví precisado a fletar un avión que en viaje expreso nos trasladara a mi señora y a mí a Nicaragua. Nos acompañaba en este viaje mi buen amigo don Gilberto Morales Bolaños quien expresamente había llegado de Nicaragua para acompañarnos en nuestro regreso.

El pasaporte con el que yo viajaba no había sido extendido por el Gobierno de Nicaragua, sino que lo había conseguido del Gobierno de México. Este ilustrado Gobierno acostumbra extender un pasaporte especial a aquellas personas que por dificultades con sus gobiernos se les niega el derecho al citado documento. Así fue como usando esa forma de pasaporte, hice uno o dos viajes a los Estados Unidos, lo que irónicamente, dio motivo a la caída del Embajador de Nicaragua ante el Gobierno de México, Doctor don Roberto González, pues el General Somoza, al saber que yo estaba en los Estados Unidos, le hizo fuertes cargos a su Embajador de haberme extendido la Visa para el viaje.

El Doctor González, que ni siquiera sabía que yo hubiese salido de la ciudad de México, fue sorprendido por el mensaje del Presidente Somoza, a quien primeramente negó el que yo estuviera fuera de México, y luego, al saber la realidad, tuvo que admitir su equivocación, reiterando sin embargo, la negativa de que su Embajada me hubiese extendido Visa alguna. El General Somoza, empero, no quedó satisfecho y el Doctor González tuvo que poner su renuncia por la desconfianza que en su eficiencia le demostró el Presidente Somoza.

Este incidente dio origente a que mi amistad, antes fría con el Doctor González, se volviera desde entonces hasta su muerte, en una amistad franca y sincera.

Recuerdos de México

Durante esta época a que me he venido refiriendo, es decir, durante mi permanencia en México, hice buena amistad con varias familias, tanto mexicanas como nicaragüenses. Entre estas deseo mencionar a la de don Amadeo Solórzano, la familia Zamora, la del Ingeniero Andrés García, la del Profesor Roberto Barrios, la del Doctor Pedro José Zepeda, la del Licenciado don José Arana, la familia Cifuentes y muchas otras que sería largo enumerar. Así también a las familias mexicanas del Licenciado Octavio Reyes Spíndola, donde siempre fuí muy bien recibido, así como en la del Licenciado don Gabino Vázquez. A todas ellas en esta ocasión de escribir mis Memorias, dedico un cariñoso recuerdo.

Por este tiempo llegaron a México varios emigrados nicaragüenses, entre ellos el General Roberto Hurtado, quienes por razón de economía, se acomodaron a vivir juntos en una casa de modestas condiciones. También se apareció un norteamericano llamado W. Gordon, revolucionario de profesión, según decía él mismo y quien llegó a convivir también en esa misma casa.

Es probable que el hecho de estar viviendo juntos varios de los emigrados, que naturalmente se pasaban fraguando utópicos planes de revoluciones, haya despertado sospechas del Gobierno de Nicaragua y que este haya conseguido con el de México que ejerciera alguna vigilancia sobre ellos y sobre todos nosotros.

Sin embargo, el General Somoza y su Gobierno gozaba de tan pocas simpatías en México que hasta los mismos detectives que se destinaban a vigilar nuestras actividades, espontáneamente nos indicaban cómo y dónde y con quienes podríamos conseguir armas, indicaciones que nunca pudimos aprovechar por falta de dinero.

Incidente panameño

Por ese mismo tiempo a que me vengo refiriendo, se encontraban en los Estados Unidos, los panameños don Domingo Díaz Arosemena y su familia, y don Francisco Arias Paredes. Ambos señores llegaron especialmente a México para hablar conmigo porque tenían informes, me dijeron, de que yo poseía una buena cantidad de elementos de guerra y ellos querían que se los cediera.

Como la información que ellos habían recibido era inexacta, pues yo no contaba con tales elementos, lo que hicimos fue enviar al norteamericano Gordon, con un hijo del señor Díaz, a New York para hacer la compra de armas a unos judíos de aquella ciudad, que eran conocidos del señor Gordon, quienes aseguraban que tenían buenos depósitos de toda clase de elementos de guerra.

Tanto don Domingo, como el señor Arias Paredes, instruyeron muy bien al joven Díaz para que hiciera las compras, recibiera y transportara las armas junto con el señor Gordon.

Algún tiempo después de haber emprendido el viaje, regresó el joven Díaz muy contento de haber cumplido a satisfacción la comisión que se le había encomendado, asegurándonos que el armamento iba ya en camino para el lugar que se le había destinado.

Así fue que los señores Díaz y Arias Paredes se pusieron en contacto con sus amigos de Pana-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

má, avisándoles que contaba con el armamento y que bien podían fijar la fecha y lugar donde deberían recibirlos para que los panameños procedieran a formalizar el levantamiento para derrocar a su Gobierno. Pero resultó que los señores Díaz y Arias Paredes fueron a ver el armamento que en esos días había llegado y se encontraron que las cajas que se suponían contener armas, tenían toda clase de mercancías, menos armas.

Lo que nunca se pudo explicar bien fue dónde ocurrió la substracción y sustitución del armamento, porque el joven Díaz, que había hecho la compra, sostuvo siempre que había visto con sus propios ojos la empacada del mismo y su salida en los camiones. Decía, además, que él había viajado por más de un día en esos mismos camiones que conducían las supuestas cajas de armas que luego resultaron con mercaderías varias.

Tal pérdida fue un golpe muy rudo para los amigos panameños, Díaz y Arias Paredes, lo que les hizo resolverse a abandonar el propósito de llevar la revolución armada a Panamá y a acogerse a la amnistía que les ofrecía su Gobierno, llegando más tarde Don Domingo Díaz a ocupar la Presidencia de la República de Panamá por elección popular.

Quiero hacer observar aquí que uno y otro de los mencionados señores me hicieron su confidente en esta su conspiración, a pesar de que ambos eran liberales. Don Domingo era el Jefe del Liberalismo panameño y el señor Arias Paredes, miembro prominente de dicha agrupación política.

Aun después de tantos años, siempre guardo por dichos señores hondo agradecimiento por la confianza que demostraron tener en mí a pesar de militar en agrupaciones políticas opuestas.

Viaje por México

A pesar de haber en vivido en México durante diez largos años, tuve muy poca oportunidad de viajar por el país debido al asma que me provocó el cambio de clima lo que me obligaba a permanecer bajo tratamiento la mayor parte del tiempo. Fuera de las ciudades inmediatas como Cuernavaca y la histórica Puebla, fueron muy pocos los lugares que tuve oportunidad de visitar.

En una ocasión hicimos una gira, mi señora y yo, en compañía de doña Emilia Rappaccioli de Lacayo y su hija Yelba, por Toluca y Guadalajara, pero un fuerte ataque de asma me obligó a permanecer recluído en el hotel, por lo que no pude gozar de la gira y apenas pude apreciar la belleza de las ciudades y del campo y del precioso Lago de Chapala. En Puebla, sin embargo, tuve oportunidad de conocer los lugares del histórico combate entre las fuerzas del Imperio y las de la Revolución que encabezara el General Porfirio Díaz, y donde las aguerridas huestes mexicanas capturaron al Emperador Maximiliano.

México es un país que guarda muchos tesoros y reliquias tanto de la época anterior a la Conquista, como los que dejaron los españoles en su larga etapa de dominio. Pero además de las grandes riquezas indígenas y coloniales el mejor tesoro de México es el carácter de su gente, muy acogedor, siempre deseosa de agradar; y es por eso, quizás, que los que como yo buscábamos apoyo bélico, nos sentíamos tan bien en México. Porque ninguna solicitud es rechazada y siempre hay alguna palabra de promesa para el futuro cercano, que lamentablemente, nunca logra transformarse en presente. Pero el revolucionario no se queja de haber perdido el tiempo, ni haber gastado su dinero en dicha espera, porque el mexicano le hace a uno agradable la estadía en el país.

En medio de las promesas y excusas de los directores políticos de México uno descubre lo que realmente les sucede: y es que su deseo de cooprar por alguna causa justa y libertaria, se ve truncado por el respeto que les imponen sus compromisos internacionales y el temor de que esas ayudas pudieran dar motivo para que otros países alguna vez hagan lo mismo con México.

Nuevamente en Nicaragua

Una vez nuevamente en el país comencé a trabajar con mis amigos a fin de alentar el ánimo decaído del Partido Conservador. Como se avecinaban las elecciones presidenciales de 1950 y el clima político de entonces era similitar al que prevalece ahora y dentro del Partido Conservador que produjo una efervescencia de entusiasmo parecido al actual bajo la personalidad del Dr. Fernando Agüero, deseo hacer referencia a las actividades que entonces desarrollé.

En enero de 1950 vino de Costa Rica donde residía desde hacía muchos años, el Dr. Roberto Gutiérrez Silva, solicitándome una credencial para servir de intermediario en ciertas pláticas que él pensaba entablar con el Gral. Somoza para ver de conseguir garantías para una campaña electoral. Advertí al Dr. Gutiérrez Silva que nuestra condición para llegar a un arreglo de nuestras divergencias políticas con el régimen era a base de elecciones libres, justas y honestas.

Declaré a La Prensa entonces que todos los nicaragüenses debían tener la plena seguridad que el Partido Conservador no haría nada que no fuese encaminado a lograr la libertad electoral y que nosotros estábamos dispuestos a lograrla y que queríamos que fuese una realidad puesto que, además de estar consignada esa libertad electoral en los Tratados Internacionales recientemente firmados, era algo esencial en toda Democracia. Agregaba, también, que teníamos fe y confianza en que se haría justicia al Pueblo Nicaragüense si la Organización de Estados Americanos fuese una cosa tangible que dejara de estar sirviendo únicamente de vehículo de propaganda.

No dudé en dar mis credenciales al Dr. Gutiérrez Silva, quien habiéndose entrevistado con el Gral. Somoza recibió un rechazo de parte de éste de mis exigencias de elecciones libres supervigiladas por la OEA.

En vista de esa actitud yo pensé en iniciar una campaña dentro del Partido Conservador, campaña que comencé el 20 de enero de 1950 en un banquete en la ciudad de Masaya.

Una comisión integrada por los señores don Simeón Cajina, Dr. Hernaldo Zúniga Padilla, Dr. Hernán Jarquín, don Augusto Cermeño h., don Arnoldo Lacayo Maison, don Tranquilino Urbina, y don Alberto Tiffer, visitó mi casa anunciándome oficialmente un banquete que estaba siendo preparado con un entusiasmo que estaba implantando un récord en el Departamento de Masaya.

El día fijado partí por el tren de la mañana y fuí recibido en la Estación por una muchedumbre de inditos, viejecitas, hombres maduros y jóvenes, amigos todos.

Visité la casa del Dr. Zúniga Padilla, del Coronel Reñazco, de don Rutilio Miranda y de don Ramón Buzano, todos viejos amigos míos.

En casa de don Ramón Buzano tuve oportunidad de dirigirme a la gente allí congregada y dije: "Todos ustedes saben que el Partido Conservador es el Partido del Orden, y por establecer ese Orden hemos alentado la conciliación nacional. Pero tal cómo está el panorama político he llegado a la triste conclusión de que habla el Gral. Somoza a base de que sea él el Presidente de la República. Es decir quiere una conciliación en beneficio propio exclusivamente".

Durante esa reunión en casa de Buzano tuve oportunidad de presenciar escenas que me impresionaron por su sencillez. Vi, por ejemplo, a un viejo amigo campesino que llevaba al cuello un pañuelo de colores vivos que yo le había obsequiado hacía varios años. Otros entusiastas correligionarios se acercaban y me ponían sus sombreros de palma sobre mi cabeza descubierta. En todos se notaba un verdadero frenesí de entusiasmo.

En Masaya

Fue en la casa de doña Amalia viuda de Tiffer donde se sirvió el banquete. Allí tuve oportunidad

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

de decir: Al volver del exilio había tomado la determinación de apartarme de la dirección del Conservatismo, pero siempre permaneciendo alerta. Mas no pude. Al oír los lamentos de los nicaragüenses, al enterarme que los proletarios mueren a las puertas de los Hospitales, sin auxilio alguno porque no hay camas en esos centros de beneficencia ni lugar para socorrer tanta miseria, mi corazón se conmovió hondamente y decidí seguir en la lucha. Cómo puede continuar una nación así como va con más puestos de alcohol que escuela? Es posible que sigan los hospitales sin poder prestar asistencia social necesaria? Nicaragua, la fecunda y próspera ayer, ahora recibe auxilio de una institución internacional que conociendo la horripilante realidad envía alimentos a nuestra niñez. Quién no siente horror ante los datos estadísticos que indican que la tuberculosis viene aumentando en la misma pavorosa proporción que el consumo del alcohol? Hemos retrocedido en todo y hemos llegado al extremo de que la ciudadanía no puede ni siquiera escoger el alcalde de su pueblo". Después hice un llamamiento al pueblo viril de Masaya, donde se había firmado la proclama contra Walker, de donde habían salido los soldados que batieron al filibustero en San Jacinto, y donde por una tenaz y fiera resistencia había sido descalabrado el ejército de Henningsen que fue a vengar su derrota de Masaya con el incendio de Granada. El entusiasmo que causaron mis palabras en aquella nutrida concurrencia fue indescriptible y el viejo grito de "Viva Chamorro" y Viva el Partido Conservador" volvieron a resonar vibrantes en mis oídos dándome ánimo para seguir luchando por la causa de mi Partido.

Editorial de La Prensa

Pocos días después leí un editorial de La Prensa del Dr. Pedro Joaquín Chamorro, que el Partido Conservador debía participar en las próximas elecciones, ya fueran éstas de Constituyentes, ya de Presidente de la República, ya que, decía, partido político que no actúa, que no tiene ingerencia en la cosa pública, carece de visión, está liquidado, está concluido. Mucho ha dudado el Gral. Chamorro, agregaba, en dar un paso en este sentido, lo retiene sin duda el temor de perder su popularidad y, en consecuencia, su influencia en el Partido. Pero debe penetrarse de que los jefes de partido no le están permitidos esos titubeos y menos la indiferencia, porque ellos pueden poner en peligro todo un plan de acción política, lo mismo que el General que se entretiene en vacilaciones para tomar una determinación rápida aunque peligrosa, pone en peligro la batalla si no lo hace a tiempo y por entero.

Una muerte en la familia

El 16 de febrero de 1950 murió de un derrame cerebral mi muy querido sobrino don Abelardo Enríquez. Este acontecimiento triste vino a llenar de luto a mi familia por lo que suspendí mis actividades políticas, tanto para asistir a su entierro en Comalapa, como para acompañar a mi familia en esas horas de dolor.

A mi regreso de mi querido pueblo me informé por los diarios que la opinión pública estaba bastante desorientada en lo que se refería a las pláticas que a pesar del inicial fracaso habían estado continuando entre el Dr. Gutiérrez Silva y el Gral. Somoza. Estoy seguro, declaré entonces que mientras el Gral. Somoza no acepte la supervigilancia electoral de un organismo internacional, ya sea para una Constituyente, o para elecciones Presidenciales, no se llegará a ningún arreglo.

Asistencia de la OEA

El Dr. Cuadra Pasos expresó un criterio opuesto al mío al decir que sostenía la imposibilidad de la asistencia de la OEA para el desarrollo del proceso electoral. Sentía entonces diferir con él porque consideraba que ese Organismo que se está ocupando de todos los asuntos graves que pueden perturbar la tranquilidad de todas o de una de las Repúblicas del Continente, no se excusaría a cooperar para obtener el bienestar y el mejoramiento político y económico de la Nación, asistiéndonos en nuestra próxima lucha electoral para que Nicaragua encontrase el cauce democrático y cesara el estado de incertidumbre en que vivíamos. Considero, dije entonces, que si sólo se oye una voz pidiendo la cooperación de la OEA, en lugar de la voz entera de la Nación, entonces sí tendría razón el Dr. Cuadra Pasos. Por eso, yo invité al Dr. Cuadra Pasos para que se uniera a nosotros y que juntos pidiéramos al Presidente Román y Reyes, al Gral. Somoza y al pueblo en general, para que formuláramos la invitación a la OEA.

El Dr. Víctor Román y Reyes, Presidente de la República, declaró que el Partido Conservador, por medio del Gral. Chamorro, posiblemente haría suyos los Pactos suscritos por el Dr. Cuadra Pasos con él y con el Gral. Somoza, que era el Plenipotenciario del Liberalismo y que actuaba como Ministro de la Guerra.

La Magnífica

El Dr. Gutiérrez Silva, quien todavía continuaba actuando como intermediario entre el Gral. Somoza y yo con el objeto de crear entre ambos un clima que favoreciera las pláticas para llegar a un acuerdo de nuestras diferencias de criterio sobre el asunto de las próximas elecciones, tuvo que regresar a Costa Rica, donde hacía algún tiempo había establecido su residencia—, por razón de la muerte de una hijita suya. Fue entonces que el Dr. Cuadra Pasos tomó su lugar como mediador de buena voluntad. Yo, por mi parte, continuaba en mi campaña de animación de nuestras filas conservadoras. Y el Gral. Somoza, por la suya, continuaba también con la proclamación de su candidatura usando el medio popular entonces, como ahora, de la emisión de la "Magnífica" y de la congregación, por intimidación, de las gentes que asistían a dichas proclamaciones.

La "Magnífica", como la ha dado en llamar el pueblo con su natural sentido del humor, consiste en una tarjeta impresa con el retrato de Somoza y un párrafo que dice: "El portador de esta tarjeta concurrió a la proclamación del Gral. Somoza a la Presidencia de la República. (Lugar y fecha). (f) Comité Pro-Somoza". El reverso de la tarjeta llevaba el sello de la Jefatura Política correspondiente.

El punto de reunión local para las proclamaciones era el Cuartel de la Guardia Nacional, de donde se despachaban los camiones que traían y llevaban a las gentes.

En Juigalpa

En Juigalpa, el domingo 12 de marzo de 1950, fuí objeto de un cálido homenaje que consistió en un banquete de 800 cubiertos en el Teatro Mongrío de aquella ciudad cabecera de mi querido Departamento de Chontales. Recuerdo que durante el banquete un orador, don Horacio Rappaccioli, dijo, "que se economice la sangre de Chontales". Al levantarme para pronunciar mi discurso, hice primero una referencia a esa frase de mi amigo don Horacio, diciendo: "La sangre de Chontales, la sangre conservadora de Chontales, no se economiza cuando es por Nicaragua y por la Democracia". Esto lo dije tapando con mis propias manos el micrófono para que no lo oyeran los Guardias que custodiaban el Teatro donde se verificaba el banquete. Luego continué diciendo para que lo oyeran todos: "Cada vez que vengo a Juigalpa, siento la misma emoción que sentí en mis años mozos, ya lejanos, cuando los jóvenes chontaleños de 1903 abrieron un paréntesis de gloria, de sacrificios, y de martirios, al acuerpar sin vacilaciones, la que después se llamó la Revolución del Lago, en un afán inmenso de libertad y de justicia. Muchos de aquellos viejos compañeros ya no existen. Otros, como yo, aún sobreviven, cansados por los trabajos y por las luchas en busca de una Nicaragua mejor, han de sentir cómo se enciende la sangre y vuelven las energías juveniles al re-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

cordar aquellos tiempos pasados de gloria y de martirio. Hemos de conseguir la victoria esta vez en una lucha cívica que no por incruenta ha de demandar menos sacrificios. Estamos en la cumbre de la conciencia nacional y debemos de corresponder a esa confianza que el país ha depositado en nosotros, llegando a satisfacer las juntas demandas del pueblo nicaragüense. El Partido Conservador no puede ser sordo a ese clamor. La hora es de meditación, porque el rumbo del Conservatismo marcará, por muchos años, el porvenir de los destinos nacionales. Yo espero que vosotros, al igual que el pueblo, estarán conmigo a la hora de las decisiones supremas, como han estado siempre a mi lado en los momentos cruciales que han señalado las direcciones de la vida nacional en las últimas cuatro décadas. Hablo en esa forma tan precisa a mis viejos compañeros de lucha, y digo así, porque los jóvenes que conmigo están ahora, son la prolongación de sus padres, que fueron también mis compañeros en horas aciagas de sacrificios y penalidades. Hablo para estos jóvenes que no conocieron los días de mando conservador en que la Libertad y el Orden imperaban, y la salud y la felicidad del Pueblo Nicaragüense eran objeto único de sus hombres en el Gobierno Nacional. Para aquellos que vieron esos días de paz y de felicidad van estas palabras en esta penumbra de Dictadura y de zozobra. El Partido Conservador ha salido incólume de las pruebas de fuego a que lo sometió el Pueblo, y ha de volver por los mismos fueros del Pueblo en una Cruzada como la de los cristianos de Pedro, El Ermitaño, que lo han de llevar a la conquista de la verdad, de la justicia y de la libertad por las que tantos hombres han muerto por todos los caminos del mundo".

El entusiasmo que causaban dentro de las filas del Partido Conservador el éxito de estas reuniones era general. De todos los pueblos de la República nos llovían invitaciones para reuniones de esa clase. Era verdaderamente imposible aceptarlas todas, aunque ese hubiera sido nuestro deseo, ya que todo pueblo, por humilde que sea, es asiento de correligionarios y amigos, importantes y valiosos por igual a los de las grandes ciudades.

En Masatepe

Un Comité compuesto por los amigos, ciudadanos de Masatepe, don Gilberto Núñez, don Eliseo Rosales, don Inocencio Hernández, don Gustavo Blanco, don Fernando Pérez y don Carlos José Ruiz, llegó a mi casa de habitación para invitarme formalmente para una reunión en aquella ciudad, invitación que yo acepté gustoso, fijándose la fecha del 26 de marzo para llevarse a cabo.

En ese día fuí objeto de diversos agasajos en casa de mis amigos don José Ruiz, don Matías Gutiérrez y Dr. Octavio Sánchez Casco, donde se nos obsequió con una copa de champán. A la hora del banquete tuve oportunidad de afirmar: "Los momentos actuales son trascendentales para los destinos patrios y quiera Dios extender su mano protectora sobre nosotros. Hay un resquebrajamiento de la moral en todos los órdenes de la vida ciudadana, una bancarrota total y un desbarajuste espantoso por dondequiera que dirijamos la mirada. El Partido Conservador tiene ante sí esos problemas y no puede permanecer indiferente en la búsqueda de una solución. Y en efecto, no ha permanecido con los brazos cruzados. Se ha dado por entero a la causa de la libertad.

El destino nos ha colocado en posesión de factores estimables y debemos afirmar categóricamente que si el Conservatismo, cuya Jefatura llevo sobre mis hombros, es desestimado, la solución que resultare no corresponde en absoluto a su anhelo de restitución de la Democracia en los organismos del Estado.

Yo lo he comprendido así y planteado modos de soluciones reales y positivas sobre bases de verdadero patriotismo, porque solamente de ese modo será posible encontrar la respuesta a una cuestión de vida o muerte para la República. Es necesario que se sepa dentro y fuera de Nicaragua que lo que el Partido Conservador desea es el restablecimiento de un orden de cosas sobre la base democrática de la más cabal libertad política, fuente generatriz de todas las otras libertades públicas. No se puede vivir libre de temores en un país en donde se ahoga la libertad política. No se pueden llamar ciudadanos a los hombres a quienes se les arrebatan sus derechos políticos, ora por la fuerza bruta, ora por componendas en los cuales se renuncian los sagrados derechos que nos son inherentes en virtud de nuestra condición humana.

Y en una consecuencia natural observada en la historia de los pueblos que la base de la tranquilidad interior de los Estados, depende del respeto a esas libertades políticas de que estoy hablando, y también es una consecuencia lógica y natural que la respetabilidad y la confianza exteriores se afianzan más cuando dentro de las delimitaciones del país brillan las libertades públicas e irradian el mismo calor para todos sin discriminaciones de ninguna clase.

Entronizada la violencia sobre las ruinas de las libertades políticas Nicaragua ira fatalmente al despeñadero. No podráa resolver sus problemas económicos porque los regímenes de Dictadura no pueden obtener la confianza del capital extranjero, ya que vienen y se asientan sobre un volcán, porque los pueblos oprimidos están siempre predispuestos a las reacciones violentas que desembocan necesariamente en la revolución social del Comunismo.

El Partido Conservador contempla estas cuestiones desde las alturas del más elevado patriotismo e invita a los nicaragüenses a cooperar con todas las fuerzas espirituales con que cuentan los pueblos en el sentido de entrar al cauce civilizado y decente de una positiva Democracia continental".

Pacto de los Generales

En aras, sin embargo, de la conciliación nacional y para evitar caer en la encrucijada de la violencia en la que necesariamente hubiéramos tenido que desembocar, accedí a concurrir, el 28 de marzo de 1950, a casa del doctor Alejandro Stadthagen para sostener una conferencia con el General Somoza. En la entrevista estuvo únicamente presente el doctor Emilio Alvarez Lejarza, quien había servido de intermediario.

Primero llegó al lugar de la cita el General Somoza e inmediatamente después entré yo. Las pláticas comenzaron con una conversación afable durante la cual Somoza llevó la palabra diciendo chistes y bromas con su espíritu campechano que le era natural. Yo mantuve una actitud de cortesía comedida. Después nos retiramos a una pieza contigua donde conversamos a solas sobre los problemas nacionales. Allí estuvimos por un largo rato, uniéndose después a nosotros el Dr. Alvarez Lejarza. No fue sino ya entrada la noche que resolvimos continuar las pláticas el siguiente día, pues habiendo comenzado a las cinco de la tarde ya estábamos cansados y había mucho que tratar.

Al día siguiente, 29 de marzo, el General Somoza llegó poco después de las 3 de la tarde a casa del doctor Stadthagen. Llegó vistiendo pantalón de gabardina kaky y camisa deportiva amarilla, llevando al cuello un vistoso pañuelo de seda. Yo llegué poco después y entré mientras en la acera permanecía la Guardia personal del General al mando de los entonces Capitanes José Somoza, Emilio Canales y Samuel Somarriba.

Nos sentamos y conversamos en el corredor mientras esperábamos la llegada de mis consejeros, los doctores Emilio Alvarez Lejarza y Horacio Argüello Bolaños y don Raúl Arana Montalván. Una vez que hubieron llegado comenzamos a discutir las bases esenciales de un arreglo, al que llegamos después de prolongadas discusiones en un ambiente de cordialidad.

En el curso de las conversaciones que sostuve con el Gral. Somoza para llegar a ese acuerdo político que dio origen a la Constitución de 1950, en-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tre otros muchos incidentes, recuerdo perfectamente bien que yo le insinué de que no debiéramos ir a la elección sólamente el Partido Conservador y el Partido Liberal, sino también el Partido Liberal Independiente, y que para esto debíamos dejar abierto el derecho de petición que establecía con buena lógica la Ley Dodds de 1923. Sin embargo el Gral. Somoza me rechazó esta insinuación mía diciéndome que sólamente bastaba que los dos Partidos Principales de la Nación concurriesen a la elección puesto que representaban la totalidad de todos los nicaragüenses. Es verdad que yo no insistí mucho en este derecho de petición, pero también quiero dejar establecido en estas mis Memorias que mucho se me ha criticado sobre ese hecho de que para la elección de 1950 se haya cerrado el derecho de petición de que habla la Ley Electoral de 1923. Y no fuí yo el que propuse esta disposición, sino el propio Gral. Somoza el que rechazó mi insinuación.

También quiero explicar aquí que ese "derecho de petición" como dice expresamente el Convenio solamente "quedó suspenso" para las elecciones de 1950 y de ninguna manera se suprimió "el derecho de petición" de la Ley Electoral como se ha dado en decir en una propaganda mal intencionada sobre ese Acuerdo. El derecho de petición existe actualmente y ha existido siempre, desde 1923, y solamente fue suspendido temporalmente para estas elecciones de 1950, como dejo explicado, por voluntad del Gral. Somoza.

También recuerdo que hice, entre otras muchas insinuaciones al Gral. Somoza, para que ya en esa elección de 1950 y en la Constitución que se iba a dictar posteriormente, quedara incorporado el derecho del sufragio para las mujeres; pero el Gral. Somoza me dijo que eso no convenía, pues los que iban a mangonear la elección en ese caso eran "los cotonudos" (refiriéndose, por supuesto, a lo que yo entendí, que eran los sacerdotes). Lo único que concedió al respecto era establecer como principio de la nueva Constitución la "habilidad de la mujer para elegir y ser electa" refiriendo esta cuestión a una ley posterior.

En defensa del Pacto

Asimismo quiero hacer relación a una crítica que se ha hecho a que entre los principios que el Partido Conservador demandó que se incorporaran en la nueva Constitución está la "libertad irrestricta de comercio". Se ha criticado al Partido Conservador por esto. Pero creo con toda sinceridad que esta crítica es completamente infundada, pues al demandar esa libertad lo que pretendíamos era que no se siguieran poniendo controles al comercio de parte del Gobierno. Los controles en todos los órdenes de los negocios, no solamente eran mal vistos por los nicaragüenses, sino que se prestaban a fraudes y peculados. Esa fue la intención del Partido Conservador al establecer esa disposición constitucional que la creo muy atinada; y tan estaba en lo cierto que desde la promulgación de esa Constitución, el Gobierno ha tenido que vivir en un continuo estado de "Emergencia Económica", que viene prolongándose año con año, para de esta manera burlar ese principio constitucional.

De ninguna manera la intención nuestra fue la de impedir las leyes de favorecimiento a los trabajadores, como han dado en decirlo los adversarios del Partido Conservador.

Este Pacto de 1950 ha sido muy criticado por todos los nicaragüenses de uno y otro partido, aún por los mismos conservadores. Y yo bien recuerdo que tuve que hacer una presión muy fuerte dentro de los mismos dirigentes del Partido Conservador para que fuese aceptado en la Directiva del Partido. En una sesión que tuvimos al respecto en mi casa de habitación, recuerdo perfectamente bien que el Dr. Manzanares era entonces opuesto a este acuerdo y no quiso formar parte de la Mesa Directiva de esa Convención en su calidad de Secretario de la Directiva Suprema; por lo cual ocupó su lugar el Vice-Secretario de entonces, Dr. José Antonio Artiles.

Como hubo tantas conversaciones, directas e indirectas, entre el Gral. Somoza y yo antes de firmar ese acuerdo de 3 de Abril de 1950, como posteriormente, para la elaboración de la Constitución, no puedo recordar muchos detalles que son verdaderamente interesantes para la historia y el desarrollo político de Nicaragua. Habían muchas personas que mediaban con recados y razones entre el Gral. Somoza y yo, tanto antes de la suscripción de ese Acuerdo, como después en el curso de la redacción de la Constitución. Desde luego, cuando yo me veía directamente con el Gral. Somoza no podía hablar y tratar con él sobre cada uno de estos aspectos que se arreglaron por medio de esos mediadores.

Yo llegué a estar perfectamente convencido de que estaba haciendo un bien al Partido Conservador y un bien a Nicaragua. El Gral. Somoza, según los rumores circulantes fidedignos estaba bastante enfermo; y decía a algunas personas a fin de que me lo llegaran a repetir a mí, como para que yo lo supiera, que él deseaba que una vez que él desapareciera del escenario político, por una u otra circunstancia, el Gobierno quedara en manos del Partido Conservador que era un partido de orden y de disciplina que controlaba la Nación cuando estaba en el poder. Y que de esta manera sus bienes y propiedades quedaban asegurados, por que él creía que el Partido Conservador, después de ese Acuerdo Político no podía atentar contra sus bienes, por vía de confiscación, represalia o de otra manera. Más bien llegó a expresar a mas de alguno que me lo repitió a mí de que tenía horror a que a él lo sucediera el Partido Liberal Independiente, pues a este le temía enormemente a que pudiera confiscar sus propiedades y hacer represalias contra él y contra su familia. A esto se debió principalmente en que él insistió muchísimo en que no pusiéramos el derecho de petición para las elecciones de 1950, a pesar de yo había insinuado la posibilidad de abrirle esta puerta al Partido Liberal Independiente, con el cual había tenido ciertos nexos de unión el Partido Conservador. Pero ante esas razones, que si es verdad que no me las expuso a mí directamente el Gral. Somoza, pero me las hizo saber por medio de los intermediarios, yo cedí a su exigencia de dejar fuera al Partido Liberal Independiente en esa elección, creyendo fundadamente que debido a muchas circunstancias el poder tendría que caer en manos del Partido Conservador.

Los hijos del Gral. Somoza

Los dos hijos del Gral. Somoza eran entonces unos jovencitos que no figuraban en política y voy a contar una anécdota que fue posterior a las elecciones de 1950, pero que viene al caso ahora que estoy relatando alguna mínima parte de todas esas circunstancias que se cruzaron durante el pacto de 1950. Y no es que quiera ocultar todas esas circunstancias e incidentes, sino que ya mi memoria no me ayuda lo suficiente para poderlos recordar de una sola vez. En una u otra ocasión, cuando recuerdo algún incidente, entonces sí rememoro perfectamente bien alguna de las partes de las conversaciones que tuve con el Gral. Somoza o algunas de las incidencias que me dijeron los intermediarios que actuaron en esa ocasión.

Por ejemplo, cuando estábamos en la redacción de la Constitución, al llegar al Capítulo respecto a la prohibición de que no debían ser Diputados los parientes del Presidente de la República dentro del cuarto grado de consanguinidad lo cual era una disposición constitucional que había figurado en todas las Constituciones anteriores desde la de 1858, que yo recuerde y sepa, yo mantuve ese principio y dije que esta era una disposición constitucional que debía sostenerse y mantenerse siempre. Sin embargo el Gral. Somoza empezó a insistir muchísimas veces en convencerme que le diera mi consentimiento para apartar por esta vez esta disposición constitucional en la nueva Constitución debido a que él deseaba, como un favor personal, de que su hijo

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Luis fuera Diputado en el Congreso Nacional. Que su hijo Tachito estaba estudiando para militar y que su hijo Luis no había propiamente terminado ninguna carrera, por lo cual él deseaba muy ardientemente meterlo en la política, enviándolo al Congreso, puesto que su hijo Luis no mostraba inclinaciones políticas, como era su deseo. Yo mantuve mi negativa por más de cinco veces que recibí esta insinuación por medio de los intermediarios. Una noche se apareció en mi casa de habitación el Dr. Jesús Sánchez, (ya fallecido), después de las diez de la noche, hora en que yo estaba ya para acostarme. Llegó con un recado especial del Gral. Somoza: que él, como un favor personal, invocando razones personales de familia para su hijo Luis, y en virtud del Acuerdo de Fraternidad Nacional que habíamos suscrito, le permitiese que su mencionado hijo Luis fuese al Congreso como Diputado. Yo estaba muy cansado después de todas las faenas de esos días tan atareados y tuve la debilidad de acceder al ruego del Gral. Somoza después de haberme negado anteriormente, como lo había hecho por más de cinco veces a ello. Estoy escribiendo mis Memorias y tengo que ser veraz y fiel con los hechos, a pesar de que ellos involucren algunas flaquezas y debilidades humanas, como la que acabo de relatar.

Muchas veces he llegado a pensar de que si yo me hubiera mantenido en la firmeza de mi negativa para no cambiar esa disposición constitucional, la cual era parte de nuestro sistema de Gobierno por más de un siglo, a la muerte del General Somoza no hubiera sido posible que lo sucediera su hijo Luis, y otro curso hubiera tomado el desarrollo de la historia de Nicaragua. Yo no quiero rehuir la parte de responsabilidad que me corresponde en los errores cometidos, errores que digo con entera franqueza fueron cometidos con entera buena fe, en la creencia absoluta de que después del Gral. Somoza el poder pasaría al Partido Conservador. Yo llegué a creer que este era un verdadero deseo del Gral. Somoza, y no solamente deseo, sino que estaba ligado a su conveniencia personal y económica. A pesar de que yo nunca le dije, ni menos le garanticé nada respecto a su capital, él estaba en la creencia absoluta de que el Partido Conservador no era capaz de confiscarle sus propiedades, si llegaba al poder, en virtud de la vía que él le estaba facilitando.

Reconocimiento del error cometido

En el curso de mi autobiografía, no una vez, sino muchas veces he dicho que he cometido errores en mi vida política. Y quiero dejar constancia aquí de que esta vez me equivoqué, y me equivoqué fundamentalmente. Con la mejor buena fe del mundo. Tanto porque la salud del Gral. Somoza no estaba tan quebrantada como él mismo y sus médicos lo creían, como porque los acontecimientos posteriores me llevaron a la convicción de que había cometido un error ya que Somoza no cumplía sus promesas. Después del discurso del Gral. Somoza en Estelí comprendí el error que había cometido. Así lo confesé un día que celebramos mi cumpleaños en la hacienda del Dr. Buenaventura Rappaccioli en cuya ocasión prometí comenzar a repararlo. En efecto, mandé llamar a Pablo Leal cuyas actividades en Costa Rica conocía e inicié la Conjura de 1954 con todos los demás, como lo explicaré más adelante.

Sin embargo, a mi juicio aquella componenda política sacó al Partido de la postración en que lo encontré, a mi regreso de México, cuando el terror a la guardia había acallado hasta el grito de los vivas a Chamorro para recuperar, al menos, las relativas seguridades en que todavía se desenvuelve en el presente.

La Jefatura del Partido

Pero volviendo al hilo de la historia, quiero expresar que después de suscrito el Acuerdo de 1950, sabiendo que el Partido Conservador iba a ir a una elección, empecé a repasar las filas del Partido Conservador para buscar a la mejor persona que pudiera ser ese candidato en las elecciones venideras. Al buscar ese candidato pensaba en dos cosas: en que el Partido Conservador debía dar una sensación de renovación y de novedad presentando a un hombre que no hubiese tenido mucha figuración política en los sucesos anteriores, también tenía en mi mente empezar a buscar un sucesor para la dirección del Partido Conservador, porque yo ya me sentía sin las suficientes energías para seguir ejerciendo esa jefatura. Mi situación económica estaba maltrecha y quería apartarme de la dirección política para dedicarme a rehacer mi situación económica, que tanto había padecido por mi largo exilio.

Tenía yo entonces 80 años de edad o estaba próximo a cumplirlos y era lógico pensar que no podía sobrevivir una década más como la Divina Providencia me lo ha concedido. Así que estaba pensando en buscar alguna persona que pudiese tomar la dirección del Partido Conservador en esos momentos tan difíciles, cuando estaba fuera del poder, y en el momento de un Acuerdo Político, cuando en la firme creencia de que el Gral. Somoza iba a desaparecer del escenario político de Nicaragua debido a su enfermedad.

Empecé a repasar las filas del Partido Conservador. No quiero decir públicamente todos los nombres que en mis noches de desvelo se me pasaron una y otra vez por mi mente. Pensé en uno de los dos hermanos Rappaccioli. Buenaventura u Horacio, el último ya desaparecido, que habían sido siempre fuertes paladines del Partido Conservador. También en esa revisión de valores del Partido me detuve muchas noches pensando en Emilio Chamorro Benard, a quien yo había conocido desde jovencito y sabía que se había creado en la adversidad de su familia, por las persecuciones de Zelaya, que en su infancia había aprendido a pasar pobrezas y hasta miserias, junto con su familia, hasta el punto de tener que irse a vivir a la hacienda "Las Mercedes" en Nandaime, por no tener bienes suficientes para mantener una casa en Granada. Sin embargo, Emilio Chamorro Benard, a pesar de haber pasado por todas esas vicisitudes y miserias en su niñez y en su primera juventud, se había formado en el trabajo, en su perseverancia y en su tesón, mediante una disciplina formidable, hasta llegar a ocupar una posición económica envidiable en todo Nicaragua. Estuve observando y meditando mucho sobre el proceso que había pasado Emilio desde su infancia y como debido a sus cualidades, a su perseverancia y a su carácter había podido triunfar en la vida. Y creí, como sigo creyendo ahora, que estas cualidades de Emilio eran perfectamente aplicables a la política y que al llegar a tener él una posición de esa naturaleza dentro del Partido Conservador podía llegar a hacerlo triunfar y a sobreponerse a todas las vicisitudes, como lo había hecho en su vida privada.

Don Emilio Chamorro Benard

Emilio Chamorro Benard es un hombre de gran honestidad que entonces gozaba, y sigue gozando todavía, de grandes simpatías sociales y políticas y que tiene un carácter firme de fondo y moderado en sus actuaciones. Todas esas cualidades y antecedentes me hicieron resolverme para proponerle a él que fuera el candidato del Partido Conservador.

En las primeras ocasiones que conversé con él y que le propuse esa candidatura, siempre me la rehusó y me insinuaba que tratara de pensar en algunos otros conservadores que fueran más apropiados que él, según su parecer, y que en cuanto a la ayuda económica él estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio en beneficio del Partido Conservador. Recuerdo bien que a petición de él hicimos juntos un viaje a Diriamba para hablar con los Sres. Rappaccioli a fin de que uno de los dos ellos, ya sea el Dr. Buenaventura Rappaccioli o su hermano Horacio aceptasen esa candidatura y Emilio llegó a ofrecerles en mi presencia que contaran con toda la ayuda económica de él, al igual que si se tratase de su propia candidatura. Los dos hermanos Rappaccioli

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

no aceptaron tal proposición, y por su parte ambos se esforzaron en convencer a Emilio para que él fuera el candidato del Partido Conservador, por sus múltiples cualidades.

Pasó algún tiempo antes de que don Emilio Chamorro Benard aceptase ser el candidato del Partido Conservador; hasta que al fin por medio de algunos amigos le hice saber que así lo demandaban los intereses del Partido Conservador: y fue por esta razón que aceptó ser el Candidato para las Elecciones de 1950. Una vez contada con su aceptación, se reunió la Gran Convención del Partido Conservador en esta ciudad de Managua y la candidatura de Emilio Chamorro Benard fue aceptada con gran entusiasmo por toda la ciudadanía conservadora. De todas partes del país me llovieron mensajes de felicitación por la acertada escogencia que de él se había hecho.

El 23 de Abril de 1950 se verificó en Granada la primera proclamación oficial de su candidatura y en esa primera proclamación dijo Emilio Chamorro Benard algunas ideas que fue después desarrollando a través de toda su campaña candidatural.

Emilio Chamorro Benard recorrió todas las capitales de los Departamentos de Nicaragua. Recuerdo haber estado con él en las manifestaciones populares de Estelí, Jinotega, Boaco, Chontales, Rivas, Masaya y Managua. En todas ellas se notaba un entusiasmo ferviente y una popularidad arrolladora de Emilio Chamorro Benard.

Gustaba mucho al pueblo de Nicaragua su manera de decir las cosas con franqueza y con valor.

Cuando se llevó a efecto la manifestación de Managua, que coincidió con el día primero de Mayo de 1950, el Partido Conservador logró hacer una demostración de fuerza en esta Capital que nunca antes había sido superada. Fueron muchísimas las cuadras de calles que ocuparon el desfile de esa manifestación y cuando culminó en la plaza de la República, frente al Palacio Nacional, la Catedral y el Club de Managua tuvo un remate brillante y magnífico. Toda la muchedumbre logró llenar por completo no solamente la Plaza de la República, sino también las calles circundantes.

Desde entonces para esta parte ha corrido como una voz pública que la Plaza de la República solamente puede ser llenada por dos fuerzas: por las fuerzas católicas de Nicaragua y por el Partido Conservador de Nicaragua. Cuando el Partido Liberal ha hecho sus manifestaciones en Managua y sus concentraciones en la Plaza de la República, desde en tiempos de la vida del General Somoza, nunca ha logrado llenar esa Plaza en la forma que lo ha hecho el Partido Conservador.

Esa enorme manifestación de fuerza del Partido Conservador hizo temer al General Somoza por el resultado de sus elecciones, a pesar de que él controlaba la maquinaria electoral; y desde entonces se dedicó muy especialmente a entorpecer en alguna u otra forma la libertad de propaganda que había dejado correr hasta entonces, empezaron a circular las amenazas de lo que sucedería el día de las elecciones y por último ocurrió a la famosa MAGNIFICA con lo que halagaba a los votantes para hacerlos ceder a favor del Gobierno en lugar de que votaran por Chamorro Benard.

Las elecciones

Se llegó el día de la elección, que fue el 21 de Mayo de 1950. Y el resultado ya estaba previsto de antemano en las últimas pocas semanas antes de la elección. Esa elección nos dejó la impresión de que no había que pensar más en libertad electoral mientras el General Somoza controlara toda la maquinaria de las elecciones; pero como esa elección había sido el resultado de un Convenio firmado entre los dos Partidos, tanto por el General Somoza como por mí como Plenipotenciario de ambos Partidos, creí que era necesario no violentar los ánimos y aceptar las consecuencias de un Acuerdo Político que habíamos celebrado entre el General Somoza y yo. Con esto quería dar una prueba de mi sinceridad y de mi buena fe en el cumplimiento de este Convenio, a pesar de que ya entonces creía que había faltado a un punto fundamental el General Somoza. Creí conveniente que el Partido Conservador ocupara y aceptara la participación de las minorías conforme esos convenios, esperando que el evento sobre la salud del General Somoza pudiera ser una circunstancia favorable para el Partido Conservador, ocupando esas minorías. El candidato perdidoso, Emilio Chamorro Benard, obtenía el puesto de Senador en el Congreso Nacional. Pero Emilio no quería aceptar ir al Congreso y otra vez vino la lucha por convencerlo de que la conveniencia del Partido Conservador le demandaba este sacrificio. Aceptó mediante un compromiso hacerse presente en las primeras sesiones y después retirarse para dejar ocupando su lugar al Senador Suplente de las Minorías don Abel Gallard.

Ya para entonces comenzaban a bosquejarse las primeras manifestaciones del incumplimiento de parte del General Somoza de lo que creí al principio que podía llegar a significar una nueva etapa en la vida política nicaragüense. Pero cada vez por una u otra circunstancia, pequeñeces al principio, pero que después fueron creciendo poco a poco iba llegando contra mi voluntad al convencimiento de que el General Somoza no estaba en disposición de cumplir un Convenio de Arreglo entre los dos Partidos Políticos de Nicaragua.

Ruptura del Convenio

Como ya lo dejé expresado antes, el día 3 de Abril de 1950 el Gral. Somoza y yo, en representación de los Partidos históricos de Nicaragua, celebramos un Convenio Político con el objeto de buscar una nueva orientación política con tendencias a una mejor convivencia nacional; y ese compromiso no fue suscrito en ninguna forma de solemnidad legal de contrato, sino que simplemente pusimos nuestras firmas al Proyecto íntegro que pasó luego a ser el Decreto Legislativo de 15 de Abril de 1950; convocando a una Constituyente y señalando las pautas principales de la nueva Constitución y las normas para una elección presidencial y de Diputados y Senadores.

Efectuadas las elecciones de Autoridades Supremas en Mayo de 1950 y después de promulgada la Constitución Política en Noviembre de ese mismo año, ese ensayo político concertado quedó sintetizado, en sustancia, a un compromiso recíproco de ambos Partidos Históricos para convivir al amparo de los postulados de esa Carta Fundamental convenidos de común acuerdo. De esta manera, el Convenio Político de 1950 contenía dos fases de una misma transacción: la escrita, plasmada en los preceptos de la Constitución Política convenida en común, y la parte no escrita ,el compromiso base de toda la operación, mediante el cual el Partido Liberal quedó obligado a mantener el imperio de las garantías y libertades concertadas de común acuerdo; y a su vez, el Partido Conservador se obligó a funcionar y desarrollar sus actividades políticas, bajo esas garantías y libertades estipuladas, pacíficamente, sin recurrir a ningún acto de violencia. Con esto, ambos Partidos anhelaban sostener la paz de la República.

Pero apenas iniciada esa nueva política de convivencia nacional ya se hicieron sentir ciertas desavenencias por las varias interpretaciones torcidas que se le dieron al cumplimiento de algunas disposiciones constitucionales por aquella de las partes, el Partido Liberal, que tenía a su disposición la fuerza mayoritaria de los votos en el Congreso Nacional y la voluntad de decisión en el Poder Ejecutivo. Entre éllas, las que más merecen la pena destacarse fueron, por parte de la mayoría liberal en las Cámaras Legislativas, el rechazo del Proyecto de Ley para reglamentar el voto efectivo de la mujer nicaragüense en los sufragios, iniciativa de Diputados conservadores de conformidad con el artículo 33 de la Constitución y por parte del Poder Ejecutivo, la destitución de tres Alcaldes Municipales conservado-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

res, sin levantarles causa de responsabilidad, dentro de su período, amén de otras varias irregularidades en la integración de los Municipios con miembros conservadores.

Es preciso detenerse un momento en estos dos aspectos acentuados, pues los dos temas constituyen esencia del ideario del Conservatismo. Cuando los voceros de ambos Partidos discutían las diferencias de criterio en la adopción de los principios de la Carta Fundamental, el Partido Conservador propuso e insistió muchísimo para obtener tanto el sufragio activo para la mujer nicaragüense como la restauración de la elección popular de las Municipalidades, como es de su propia naturaleza y de raíz tradicional en Nicaragua. No fue negada la razón del Partido Conservador para sustentar esas reclamaciones, pero los liberales no quisieron aceptarla, y entonces se convino en una fórmula transaccional, que fue la adoptada en la Constitución, a fin de que tales reivindicaciones quedaran tan solo diferidas a una ley que podría promulgar después el Congreso Nacional, sin necesidad de reforma constitucional quedando postulada de esta manera la aspiración y tendencia de nuestro sistema constitucional para lograr esos propósitos del Partido Conservador. Fue posteriormente que se le concedió ésto a la mujer, como lo explicaré más adelante.

También es del caso mencionar solamente, sin detalles, algunos incidentes del poco aprecio y valimiento a que se expusieron los miembros conservadores que participaron en las diferentes tareas de Gobierno en virtud del principio de las Representaciones de la Minoría; y tan solo es bueno hacer relación a esos indicios por cuanto significan que falta todavía en Nicaragua, principalmente por parte del Partido Liberal, una mejor comprensión de la amplitud, alcance y trascendencia que tiene para el funcionamiento de la democracia la intervención del partido opositor en las funciones de gobierno.

Ensayo sin resultado

Como bien lo expresó la Directiva Suprema, presidida por don Emilio Chamorro Benard, en su primer Manifiesto, el Partido Conservador no estaba colaborando en el Gobierno ni compartía responsabilidades. Estábamos haciendo un ensayo que no dió resultado.

Todas estas inconformidades fueron soportadas por el Partido Conservador, en aras del bienestar general, en la sana creencia de que ese ensayo de conviviencia nacional, como todo ensayo, debía sufrir algunas fallas en su noviciado para ir poco a poco perfeccionándose progresivamente en el desarrollo del sistema. Sobre estos tópicos fueron bastante numerosas las representaciones y hasta quejas que el Partido Conservador hizo llegar, tanto verbalmente como por escrito, al Poder Ejecutivo; y principalmente, en materia impostergable, las comunicaciones y Memorial del Partido Conservador sobre el "Status legal de nuestras Municipalidades" reclamando diversas infracciones.

No solamente el General Somoza destituyó a dos Alcaldes Conservadores, los de Matagalpa y Chontales, nombrados en virtud de las ternas por la Representación de la Minoría, sino que también imponía su decisión en las ternas mismas de los funcionarios que se referían al Ejecutivo, pues advertía de antemano ciertos nombres; y hasta llegó el caso del Vice-Ministro del Distrito Nacional, cuando renunció don Fernando Solórzano, que sin esperar el envío de la terna nombró a su sucesor don Marcial Solís hijo. En más de un caso se mostró indignado por las personas designadas en ternas pasadas por el Partido Conservador. Y cuando no podía dejar de hacer las cosas a su modo, acosaba de tal manera a los Alcaldes conservadores con los Regidores y Tesoreros que se les hacía imposible a éstos el buen funcionamiento de sus cargos. Llovían los cargos en la Directiva del Partido Conservador y llegaban hasta mi casa las quejas sobre todas estas mezquindades de Somoza, quien no supo comprender ni medir la trascendencia de esas violaciones de lo convenido. Yo atribuyo a falta de visión y a ceguera política del General Somoza no haber compendido que esas pequeñas renuencias de su parte al fiel cumplimiento del acuerdo político de los dos Partidos, estaban empezando a formar un ánimo de decepción entre los que tuvieron de acuerdo con ese Pacto y alentaban las razones de los que lo habían adversado. Todos esos brotes y gérmenes de descontentos comenzaron a fermentar un clima, que se hizo general en el Partido Conservador, en cuanto al fracaso de ese Acuerdo.

En medio de estas vicisitudes, transcurrieron más de tres años durante los cuales los dirigentes conservadores es bueno decirlo— tuvieron que enfrentarse continuamente a la voz en masa del Partido Conservador que con sentido de ingenuidad no logró nunca comprender los alcances de la nueva orientación política de convivencia nacional a base de los Pactos mencionados. Sin embargo, a pesar de esta falta de asentimiento unánime, los conservadores supieron con cordura mantener la paz de la República, que —fuerza es reconocerlo— se debe fundamentalmente, más que a las medidas del Gobierno ,a la pasividad austera, voluntaria y consciente del Partido Conservador. El mantenimiento de la paz se debe principalmente al Partido opositor, que es el que puede alterarla. El Gobierno lo más que puede hacer, por medio de su fuerza y de su represión, es restaurarla.

Así, mientras el Partido Conservador, por su parte, cumplía con fiel apego su compromiso al Convenio "manteniendo" la paz de Nicaragua por otra parte, el Partido Liberal, ostensible y notoriamente, comenzó a dar señales de querer apartarse de sus obligaciones de "mantener" incólume la Constitución, preñando los nubarrones de una tempestad, con el movimiento de la reelección presidencial.

Se hace necesario puntualizar la circunstancia fundamental de que, sin menoscabo de todas las otras garantías y libertades concertadas por voluntad común de ambos Partidos en la Constitución Política de 1950, la referencia a la sucesión presidencial en las entonces futuras elecciones de 1957, constituyó una de las vértebras principales de toda la operación política de ese Convenio. Efectivamente, puedo decir sin embargo que de no haber mediado esa garantía de la no reelección presidencial para 1957, consignada como eje básico en la Constitución transaccional, con toda seguridad no hubiese existido el Convenio de 1950. El Partido Conservador, en la balanza de ese Acuerdo Político puso en el platillo los despojos de su sacrificio para que el General Somoza, pudiera maniobrar las elecciones, asegurando al Partido Conservador la tercera parte del Congreso y además, sufrió pacientemente las vejaciones de la arrogancia liberal y los vituperios de innumerables afiliados conservadores, en la confianza cabal de que en el otro platillo de la balanza, a trueque de prestaciones recíprocas, el Partido Liberal depositaba su palabra empeñada de no abusar de la fuerza de las circunstancias para impedir una libre elección en 1957. Además de lo que dejé relatado atrás sobre la enfermedad del General Somoza, esa era la última esperanza que le quedaba al Partido Conservador: la palabra de Somoza de que se retiraría del Poder y daría elecciones libres en 1957.

Nadie puede dudar de que fue el propio General Somoza el que impulsó en todo el país el movimiento de la reelección presidencial desde el año de 1953. Cualquiera duda al respecto ha quedado fuera de toda discusión con los hechos posteriores. El Partido Conservador consideró que ese movimiento de la reelección presidencial constituía una violación capital al compromiso de los dos Partidos históricos de 1950. Y no podía ser de otra manera puesto que con toda evidencia era una violación sustancial al Acuerdo Político hecha unilateralmente por una de las partes, sin el consentimiento y más bien contra la voluntad expresa de la otra, sin otro justificativo que la razón de la fuerza.

La prueba más palpable de este movimiento de reelección vino cuando el Gral. Somoza, en 1953

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

pronunció un discurso en Estelí, diciendo que si el pueblo lo pedía, el estaba dispuesto a acatar la voluntad del pueblo aceptando su reelección.

Esto constituyó la última gota que rebasó la copa: la prueba irrefutable de que Somoza iba directamente a su reelección faltando a su palabra y a su compromiso, con menosprecio de lo pactado con el Partido Conservador.

Abril de 1954

Era indudable que contra el aplastante mazo de la reelección presidencial no existía ningún medio legal que pudiera detenerla y por eso yo empecé a convencerme que había sido un error ese Acuerdo Político con el Gral. Somoza, que él lo estaba violando y lo seguiría violando; por lo cual creí que ya el Partido Conservador no tenía ningún compromiso y así lo dije públicamente en un discurso, el día de mi cumpleaños en 1953 en "La Moca" hacienda de los señores Rappaccioli en las cercanías de Diriamba. Algunos nicaragüenses, tanto afiliados al Partido Conservador como al Partido Liberal y hasta algunos miembros de la Guardia Nacional, quisieron, con valor y osadía, detener esa reelección del Gral. Somoza y de ahí provinieron los sucesos del 3 y 4 de Abril de 1954.

Error del Gral. Somoza

Pero yo creo que fue un error del General Somoza el haber trastrocado esa conspiración política, haciéndola aparecer como un atentado personal contra él. Fue el propio General Somoza el que lanzó a todos los ámbitos del país, y aun fuera de Nicaragua, la noticia de que se había querido cometer un atentado contra su persona, cosa que a nadie antes se le había ocurrido. Por eso yo creo que el más grande error político de Somoza fue haber echado a rodar esta versión, porque esta versión quedó flotando en todo el pueblo nicaragüense, fué él que hizo que en las mentes de algunos opositores se les ocurriera esa idea y la posibilidad de un atentado personal contra él; y seguramente, esto es una conjetura mía, pero muy lógica y consecuente, que esa idea difundida fuera de Nicaragua fue la que germinó en la mente de López Pérez la intención de ejecutar ese atentado.

El Gral. Somoza en lugar de satisfacerse en el campo político con el fracaso de la conjuración y de poder deducir alguna provechosa experiencia sobre los motivos de ese movimiento que intentaba un cambio de gobierno, con reacción primaria irreflexiva, con apetito precipitado, buscó sin sagacidad política, la medicina contraria a ese descontento popular, dando rienda suelta a unas Reformas Constitucionales, las cuales establecieron la indefinida reelección presidencial, cortando de esta manera el último rayo de esperanza de la ciudadanía desafecta al régimen de gobierno imperante. Agobiada la oposición por el Estado de Sitio y por las muertes, persecuciones y confiscaciones, estas Reformas Constitucionales de 1955 no pudieron ser legales. Esas Reformas Constitucionales, por añadiduda, acabaron de desnaturalizar la institución de los Municipios; puesto que en lugar de seguir el derrotero de la misma Constitución conseguido por el Partido Conservador hacia su completa autonomía y elección popular, con retroceso de esta aspiración y al revés de este propósito, ataron más fuertemente los Municipios a la vinculación del Poder Ejecutivo añadiéndole otros miembros nombrados por el Ejecutivo, y dejando solo uno para la minoría hasta convertirlos en simples dependencias del gobierno central, y terminando por completo su herencia tradicional y su primitivo sentido comunal.

Entre los múltiples represiones que ejerció el Gobierno de Somoza contra los sublevados en la intentona de conspiración merece destacarse en primer plano, por su enormidad y consecuencias sin igual la muerte de trece detenidos políticos, por lo menos, sin forma ni figura de juicio. Personas de toda veracidad vieron a los ultimados, después de capturados, en poder de las autoridades, sin que hubiesen perecido en ninguna refriega de fuerzas contendientes armadas. Esta clase de procedimientos contra prisioneros, y más prisioneros políticos cuya responsabilidad en manera alguna amerita semejante desaguisado, quedan grabados en la conciencia general por generaciones, como los famosamente aciagos sucesos de la isla "La Pelona" acaecidos hace más de un siglo, en el alborear de la Independencia, que dejaron indeleble a la posteridad un capítulo negro de nuestra historia. El Partido Liberal se ufana en proclamar entre sus presuntuosos programas de ideas abstractas, como uno de sus dogmas, la inviolabilidad de la vida humana y aparece siempre como acérrimo impugnador de la pena de muerte; pero es lo cierto que cada vez que está en el mando la práctica incesantemente, sin sentencia, a mansalva, con métodos vergonzosos, no como pena, sino como abuso incalificable; en cambio, el Partido Conservador, que sostiene la doctrina de la pena capital, nunca recurrió al expediente de aplicarla a escondidas, en contra de la ley; y la dictan y ejecutan, dentro del orden, los Tribunales ordinarios de la Justicia.

Represalias

Con motivo de los sucesos del 3 y 4 de abril de 1954, la Cámara de Diputados inició proceso por el delito de rebelión contra el Diputado don Raúl Arana Montalván, contra el Senador don Abel Gallard y contra mí que ejercía las funciones de Senador Vitalicio como ex-Presidente de la República.

Fueron nuestros acusadores en la Cámara los reconocidos Diputados oficialistas y adictos al régimen dinástico, doctores Manuel F. Zurita, Elí Tablada Solís y don Arturo Cerna.

Los defensores, por nuestra parte, fueron los connotados y brillantes abogados Doctores Carlos Cuadra Pasos y Joaquín Vigil, cuya magnífica defensa de altura filosófica, histórica y jurídica, mereció las alabanzas de la Cámara del Senado que actuaba como Jurado y de la selecta barra ciudadana que asistió a los debates de aquel proceso.

El veredicto, por razón de la mayoría somocista de la Cámara, fue, naturalmente, condenatorio, recibiendo la repulsa del público asistente.

Durante la secuela del proceso, y desde su iniciación, tuve como asesores personales, a los doctores Emilio Alvarez Lejarza, José Antonio Artiles y Manuel José Morales Cruz, siendo el doctor Artiles quien presentaba los escritos firmados por mí.

Cuando los Comisionados del Senado llegaron a mi casa de habitación, a tomarme una declaración, me sometieron a un largo interrogatorio de 33 preguntas, malintencionadas unas y pertinentes otras, habiendo sido asesorado para contestarlas por los señores asesores arriba mencionados.

La Corte Suprema de Justicia dictó sentencia en la cual condenó a 8 años de relegación en la ciudad de Bluefields a los señores Fernando Abel Gallard y Raúl Arana Montalván y a mí.

Confinamiento

Como consecuencia del juicio injusto a que fuí sometido por la Cámara del Senado, fuí sentenciado a confinamiento en la ciudad de Bluefields. Pero al poco tiempo noté que las condiciones climatéricas de aquella ciudad me estaban afectando gravemente la salud. Una vez que algunos médicos, amigos míos, se enteraron de mi situación, se formó lo que pudiera llamarse una "junta de médicos" encabezada por el Doctor Víctor Manuel Picasso, junta que llegó a Bluefields a visitarme y a darse cuenta exacta del estado de mi salud, especialmente de mi crónico malestar cardíaco. Esos médicos constataron mi mala condición y a su regreso a la Capital, se la expusieron al General Somoza García quien, con muy buena voluntad, accedió y dispuso mi reconcentración a Granada.

Trasladado a Granada

Fuí trasladado, pues, por la Guardia Nacional, en un avión de Lanica, primero a la ciudad de Managua, e inmediatamente después, el mismo día de mi llegada, a la ciudad de Granada.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

De Managua en un taxi pequeño, de los llamados "Gatos" me trasladaron por los caminos polvorientos de Masaya, los pueblos, hasta llegar a Jinotepe donde se hizo alto a solicitud mía para invitar a un almuerzo, con los oficiales. Hasta ese momento pensé que me llevaban a la frontera, pero al llegar a Nandaime tomaron la ruta de Granada. Cuando el automóvil en que viajaba llegó a La Pólvora se juntó con otro en que iba mi sobrino, Humberto Chamorro con su señora esposa, porque Humberto había sido libertado ese mismo día. Allí, en La Pólvora, el Coronel Escobar Comandante de la plaza nos hizo una serie de recomendaciones explicándonos nuestra calidad de prisioneros en un tono agresivo de tal manera que tuve que protestar haciéndole ver que no cabían tales restricciones puesto que se me había señalado la ciudad por cárcel para mi confinamiento y que en buena hora podían devolverme de donde me traían puesto que yo no había solicitado mi traslado. Juntos entramos, pues, a la ciudad y a la residencia de mi sobrino, cuya casa por cárcel se me había señalado. Ese fue el carácter de mi traslado a Granada y así permanecí por todo el tiempo que pasé en la ciudad. Desde aquella primera noche la casa se convirtió en cuartel, haciendo incursiones en ella a media noche la Guardia Nacional, enfocándonos en nuestros dormitorios para constatar si no nos habíamos fugado.

Enfermo

Aunque mi residencia en la casa de Humberto era ya un alivio a mi situación de Bluefields, tenía allí dificultades, como la de no tener libertad de recibir visitas porque siempre estaba a la puerta de la casa un Guardia, de centinela. Mis malestares físicos se recrudecieron a pesar de la fina atención que recibía de parte de Humberto y de su señora esposa, y sin darme yo cuenta de que el aumento de peso y gordura era tan sólo aparente, pues no me sentía bien y nuevamente enfermé de cuidado, esta vez de hidropesía, razón de mi, como digo, aparente gordura.

Comenzó a asistirme el Doctor Edmundo Miranda con todo éxito y enseguida llegaron los Doctores Armando Benard y Adán Solórzano quienes me ofrecieron sus servicios gratuitos por todo el tiempo que durara mi enfermedad, lo que con sincero agradecimiento hago constar en estas mis Memorias.

Ellos se dedicaron a estarme asistiendo con esmerada solicitud, llegaban con frecuencia a examinarme y en varias ocasiones llevaron al Doctor Guillermo Espinosa, para que también él diera su ilustrada opinión médica, lo mismo que otros Doctores, como por ejemplo el Dr. Enrique Belli Cortés, reputado cardiólogo.

Cuando me hallaba en mi lecho que podría llamar de muerte, rodeado de familiares y médicos, recuerdo que llegó un representante de "La Prensa" en busca de declaraciones y aproveché esa ocasión para decir que **"nunca en mi vida había hecho un** mal a nadie deliberadamente y a sabiendas".

Confiesa y comulga

A pesar de las dificultades que atravesaba en Granada tanto por mi salud, cuanto por las incomodidades que mis amigos tenían en visitarme por la presencia del Guardia a la puerta de la casa y la constante vigilancia a que yo estaba sometido, debo mencionar con agrado la satisfacción que tuve de recibir la atención médica a que he hecho referencia y la oportunidad que también tuve de cumplir con el precepto Pascual de confesar y comulgar. Fue con motivo de mi cumpleaños y por la influencia de mi buena amiga la distinguida dama Doña María Urtecho de Zavala, quien se empeñó en ello, que logré confesarme con el R. P. Azcue, S. J., Rector del Colegio Centro América, y el Señor Obispo de Granada me dio la Comunión. En esa ocasión que era, como digo, la de mi cumpleaños, pedí permiso para ir a la Iglesia, a la Catedral, y se me concedió. Ese día hubo una reunión de familia allí donde Humberto, y no dejó de sorprenderme que la casa se llenara de amigos y familiares que llegaron a felicitarme. Ya por entonces me encontraba mejor de salud y pasé un buen rato de agradable expansión.

En libertad

Poco tiempo después, el 15 de mayo de 1956, no recuerdo bien el motivo, el hecho es que fuí notificado por las autoridades que quedaba en libertad. Había permanecido en la residencia de Humberto Chamorro, mi sobrino, con la casa por cárcel, más de un año.

Antes de venirme de Granada, visité a varias personas amigas para agradecerles las atenciones que habían tenido conmigo durante mi estada en la ciudad. Recuerdo haber visitado a mi buen y recordado amigo don Juan José Zelaya, padre de don Joaquín Zavala Urtecho, Director de REVISTA CONSERVADORA. Desafortunadamente Juan José estaba en su lecho de enfermo, habiendo sido el motivo de su enfermedad, que desgraciadamente resultó mortal, una grave caída que sufrió mientras inspeccionaba los linderos de su propiedad de la Otra Banda. Me contó que a él le gustaba revisar los trabajos y que se había subido a una escalera de la que se cayó fracturándose seriamente. Después le sobrevinieron complicaciones y falleció. Aprovecho esta oportunidad para testimoniar el aprecio que siempre le tuve por sus eminentes dotes de caballero y ciudadano ejemplar y por los servicios meritorios que prestó al Partido y a la Patria durante mi primera gestión presidencial.

Después de algunos días de visitas en Granada, ya gozando de completa libertad, me trasladé a Managua. Me vine en compañía de Humberto y de los doctores Armando Benard y Adán Solórzano, que generosamente se ofrecieron para acompañarme y volví a instalarme en casa.

Trabajos Agrícolas

Una vez instalado, me dediqué a rehacer un poco mis propiedades que habían sufrido fuerte deterioro durante el tiempo de mi prisión y también a restaurar mi crédito financiero que estaba algo averiado por la misma razón, y por eso iba con frecuencia a inspeccionar, ya fuera a Santa Lastenia o Río Grande, donde inicié trabajos agrícolas de urgente necesidad, como reparaciones de cercas, resiembra de potreros, mejor cuido del ganado, a fin de aumentar la producción de leche que es la única entrada de dinero con la que cuento en mi vida, pues no tengo otra. De eso depende el que mi faja se estire o se encoja. En esta ocasión se me estaba encogiendo seriamente y no como en Granada que se estaba estirando, pero por la hidropesía.

Por este tiempo, en los corrillos no se hablaba cosa alguna respecto a posibilidades de trastornos políticos; solamente sí se rumoraba con insistencia la oposición que encontraría en la ciudadanía la idea de la reelección del General Somoza sobre la que yo ya me había pronunciado en varias ocasiones, esto es, que si el General Somoza insistía en reelegirse era muy posible que trajera trastornos al país, de eso estaba seguro, y lo había expresado en una fiestecita que tuvimos en Diriamba con motivo de otro cumpleaños que celebré en la finca de los señores Rappaccioli.

Septiembre de 1956

Pues bien, a principios de Septiembre de 1956 me fuí a Río Grande a pasar unos días y allí me encontraba el 21 de septiembre, cuando por la mañana del 22 llegó el mandador Hermenegildo Jaime a hablarme a mi aposento para avisarme que unos Guardias habían llegado diciendo que querían hablar conmigo. Me extrañó la hora en que llegaran, que eran las cinco de la mañana, sin embargo, no sospeché que pudiera ser algo grave para mí.

Yo me encontraba solo en la hacienda, no andaba conmigo ningún compañero amigo ni familiar; solamente me acompañaban las gentes del servicio de la hacienda. Mi sobrino Humberto, que admi

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

nistraba la propiedad, había salido para Managua la noche anterior en la lancha de la hacienda que transporta la leche, pues había recibido aviso del nacimiento de un nietecito suyo.

Visita de la G. N.

Cuando me levanté y salí a hablar con ellos, me dijo uno de los dos Guardias que habían llegado, que tenían instrucciones del Comandante de San Frascisco para llegar a citarme a que fuera a hablar con él, y que ellos estaban allí para acompañarme. Ambos Guardias se mostraron muy corteses y ni en su manera de expresarse ni en su actitud sospeché nada que fuera realmente grave. Sin embargo, empecé entonces a suponer que podía haber habido una denuncia en mi contra, de la clase que con frecuencia somos víctimas los hacendados conservadores. Con todo les dije a los Guardias que me esperaran mientras accedieron ellos de buen grado.

Ordené entonces que les prepararan a ellos también su desayuno y una vez que yo me hube preparado para salir, partimos. Le dije al mandador de campo que me acompañara, pero cuando me dí cuenta todo el servicio iba en mi compañía a dejarme a San Francisco del Carnicero, puerto del Lago de Managua. Todos iban montados en sus mejores bestias y todos se fueron conmigo.

Los guardias iban muy mal montados en unas mulitas enclenques que apenas podían caminar porque el terreno estaba húmedo y resbaloso, mientras que nosotros íbamos en fornidas bestias caballares, de manera que en cualquier momento podríamos haberles hecho una jugada a los guardias en los llanos que habíamos de atravesar, en un recorrido como de diez kilómetros que median entre Río Grande y San Francisco, recorrido que se hace normalmente en una hora a caballo.

En el trayecto no hubo novedad digna de contarse, más ya para llegar al puerto se aparecieron otros montados que no eran precisamente de la Guardia sino de la Reserva Civil, un grupo de civiles armados que llegaban a reforzar a la Guardia Nacional. Todo aquello, naturalmente, iba tomando muy mal aspecto, porque desde ese momento estaba a merced de cualquier exaltado partidario del Somocismo.

En la cárcel

Llegamos a San Francisco y nos dirigimos directamente a la Comandancia, donde le dije al Comandante que estaba a sus órdenes. Por toda respuesta el Comandante se dirigió a un Cabo que se encontraba por allí y le ordenó que me llevara al cuarto tal, que era, simplemente, la cárcel.

Esta cárcel estaba inmunda, ni siquiera se encontraba barrida, toda polvosa, estaba en el mismo estado de suciedad y porquería en que la había dejado el último prisionero que había estado allí. No había un taburete, un cajón en que sentarse y allí pasé toda la mañana.

A medio día pedí al Comandante enviara a alguien donde doña María Manzanares para que me alistara almuerzo, lo que ella hizo con mucho gusto. Ella me envió un suculento almuerzo que hacía contraste con la situación en que me encontraba.

A Managua

Como a la una de ese mismo día llegó de Managua una comisión de Guardias, bastante numerosa, con instrucciones de llevarme a Managua. El Comandante de San Francisco hizo entrega de mi persona a esa comisión y ésta, que estaba compuesta de oficiales, me llevaron a embarcarme en la misma embarcación en que habían llegado: una lancha de vela y motor.

En el trayecto de la prisión al embarcadero hay una faja de montecito, un monte poco bajo, y el oficial que hacía de jefe de la Comisión iba dando órdenes a los Guardias que me escoltaban para que variaran de rumbo. Estas órdenes las daba el oficial en voz alta, con una voz estentórea. Así fue que íbamos caminando en zig-zag por toda aquella faja de monte.

El objeto de aquellas órdenes era para ver si en algunas de ellas yo protestaba o decía alguna cosa en su contra, o bien, para atemorizarme y hacerme creer que aquellos cambios de dirección eran para darme a entender que se trataba de encontrar un lugar propicio para fusilarme.

Pero por fin salimos de aquella faja de monte y continuamos nuestro camino sobre la costa abierta.

Todo este trayecto lo hice solo en poder de la Guardia, pues mis sirvientes que me habían acompañado hasta San Francisco fueron ordenados retirarse del lugar después que fuí ubicado en la prisión, y aunque ellos se quedaron rondando por allí, no se les permitió que me acompañaran más.

Yo no llevaba equipaje alguno, pues a la salida de Río Grande pensé que iba a regresar esa misma mañana, una vez que hablara con el Comandante. Todo mi equipaje consistía en la ropa que llevaba puesta y mi saco que llevaba al brazo. Este saco lo llevaba por si acaso me daba frío, lo que realmente no me dio.

Por fin llegamos al embarcadero y una vez allí subimos a la lancha. Grande fué mi sorpresa al ver en ella a Humberto a quien suponía en Granada pero a quien habían capturado antes de desembarcar en Managua y lo habían trasladado a esta otra lancha, en pie de guerra, con 50 Guardias Nacionales que venían a buscarme. Los Guardias nos advirtieron que no debíamos dirigirnos la palabra, que nos mantuviéramos incomunicados el uno del otro en ambos extremos de la embarcación.

Serían como las 2 de la tarde cuando zarpamos de San Francisco y como tuvimos una buena navegación, pues el Lago estaba tranquilo, llegamos cerca de las 3½ de la tarde a Managua. Es decir, gastamos en la travesía unas dos horas que es el tiempo corriente en que se hace la navegación entre San Francisco y Managua.

En la zaranda

A nuestra llegada al embarcadero otro numeroso pelotón de Guardias nos esperaba al mando del Mayor Peralta quien nos obligó a meternos en una camioneta zaranda, que como habían desprovisto de sus asientos tuvimos que sentarnos en el piso y sufrir las violentas sacudidas y golpes a través de terrenos abruptos y caminos no pavimentados en un alarde de ultrajarme sin respetar ni mi edad ni mi condición de Ex-Presidente de la República. Sin que hubiésemos podido darnos cuenta por qué calles pasábamos llegamos hasta la Residencia del Jefe Director de la Guardia Nacional.

Allí me separaron de Humberto a quien no volví a ver sino meses después y me dieron por fin una pieza decente en la que tuve oportunidad de descansar. A la puerta de ese cuarto estaba siempre de turno un Guardia y aunque me contestaba de buen modo cuando le dirigía la palabra notaba que era muy reticente en sus contestaciones y que a veces se concretaba a monosílabos.

Yo no había tenido la oportunidad de preguntar a persona alguna por los motivos de mi prisión. Nadie tampoco me había preguntado nada. No quise preguntar tampoco al Guardia de turno pues sabía que él ignoraría los motivos, y que, si los sabía no habría de decírmelos a mí. No hubo, debo decir con franqueza, ninguna demostración de hostilidad en mi contra. Y en una ocasión un oficial, voluntariamente, me dijo que ellos estaban inciertos sobre lo que iban a hacer conmigo.

En la Compañía "A"

Después de unas cuantas horas de estar en ese lugar, me condujeron a los cuarteles de la Compañía "A", ubicados en la Loma misma. Allí me registraron y me quitaron un librito de misa que llevaba yo en mi saco, un par de anteojos que usaba para leer, cuarenta y ocho córdobas en efectivo que andaba en la bolsa y un reloj de pulsera que me había regalado en Nueva York mi amigo Luis Medal hijo, que tiene una buena joyería en aquella ciudad.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Era un bonito reloj que me prestaba mucha utilidad, pero que desde entonces quedó en poder de la Guardia Nacional, cuya oficina nunca me devolvió nada de lo que me quitaron ni yo lo he reclamado.

En la Compañía "A" me metieron en una celda cerrada herméticamente cuya puerta de entrada tenía un cartón grueso entre los barrotes de manera que no se veía nada que pasara en el exterior. Yo no podía, pues, darme cuenta de lo que pasaba por el pasadizo que quedaba enfrente de la puerta de mi celda, apenas podía oír los pasos de los que transitaran por allí.

En la celda, por todo mobiliario, había un catre bajo, de hierro, sin nada que cubriera el alambre del colchón, ni una almohada, ni nada. Ese era mi dormitorio.

Para servicio sanitario me aprovechaba de una lata vacía de kerosine. En los primeros días de estar allí me llevaban, algunas veces, papel higiénico pero después dejaron de hacerlo, y a pesar de que se lo pedía con insistencia a los guardias que estaban de turno, era imposible que me hicieran caso y que atendieran a mi solicitud. No tenía, pues, ni papel higiénico, ni un periódico, ni un pedazo de papel cualquiera. Verme en aquellas condiciones me hacía sufrir mucho. Pero felizmente había llevado mi saco y este saco tenía muy buenos forros y entonces pensé que los forros de mi saco me podían servir, y desde entonces me puse a hacerlos pedazos y de eso me valía para mi higiene. Mas como la prisión se prolongaba, en los últimos días tenía que lavar aquellos pedazos de trapo usados en el agua que yo mismo producía, ponerlos a orear para secarse y usarlos nuevamente. Era aquella una operación verdaderamente desagradable.

Condiciones infrahumanas

Cuando ya llevaba más de dos meses de estar preso en aquellas condiciones, los pantalones y los calzoncillos, así como la camisa y camisola, estaban completamente rotos.

No logré nunca tener comunicación con mi familia, a pesar de que yo les decía a los Guardias: "Hablen ustedes, por Dios, a sus jefes, háganlo por ustedes mismos, ya no por mí, porque a ustedes les debiera dar vergüenza tenerme como me tienen y permitir que ande como ando". Más ellos se quedaban callados y no me respondían.

Como los Guardias nunca me dirigían la palabra, opté yo también por no decirles nada, de manera que por algún tiempo pasé sin hablar, sin leer nunca, sin anteojos, sin nada.

En cuanto a la comida, era la comida ordinaria de un preso cualquiera. Frijoles, arroz, y a veces, un poquito de carne y un pocillo de café negro. Ese era el almuerzo. Lo mismo, más o menos en la noche, y por la mañana gallo pinto, esto es, arroz frío revuelto con frijoles y tortilla.

Naturalmente, después de cerca de tres meses de estar en aquella situación, mi salud, precaria ya por mi edad, se fue deteriorando aun más. No sentía, sin embargo, ningún malestar extraordinario.

Un día que estaba de pie a la puerta tratando de oír la voz de alguna persona conocida, sentí un fuerte mareo y tuve que asirme de los barrotes de la puerta para no caer. No me alarmó aquello, pero a los pocos días me volvió a repetir, esta segunda vez con mayor fuerza, y entonces me ví precisado a decirle al guardia que me llevaba el almuerzo, lo que me pasaba. Aunque no me contestara, seguramente reportó lo que yo le había dicho a sus superiores, porque al día siguiente llegó el Doctor Alejandro Sequeira Rivas a visitarme.

Al Hospital Militar

Después del somero examen que me hizo el doctor, me dijo que me encontraba bastante mal, pero que iba a procurar someterme a un buen tratamiento y efectivamente estuvo recetándome y medicinándome por algunos días, y como probablemente hablara con los altos jefes del Comando de la Guardia y les hiciera ver la conveniencia de trasladarme a un lugar mejor, me trasladaron al Hospital Militar de la Guardia Nacional.

Allí me ubicaron en una pieza del hospital, y me daban mejor alimentación, mejores cuidados, más no me permitían hablar con nadie. Ni aun el mismo Doctor Bermúdez (Egberto, Coronel G. N.) que es el Jefe del Hospital Militar, si hablaba conmigo no se atrevía a hacerlo solo, pues cuando lo hacía siempre era con un Guardia que oía todo lo que decíamos. Supongo que había alguna orden que prohibía el que se me hablara a solas.

Un extraño incidente

Antes de continuar mi narración quiero hacer referencia a un extraño incidente que ocurrió cuando aun estaba en la celda de la Compañía A, a los pocos días de haber llegado allí.

Sucedió que una noche de tantas, temprano de la noche, oí, desde el otro lado de la pared contra la cual estaba el catre donde dormía, unos golpes y una voz que decía: "Me está escuchando?". Yo no respondí. De nuevo dijo la voz por dos o tres veces: "Me está escuchando?". Luego oí la voz de una niñita que decía algo que no pude entender, más como temía que fuera alguna trampa que quisiesen ponerme para ver si yo contestaba, opté por no pronunciar palabra, ni darme por entendido. Sin embargo, habiendo pasado como unos diez minutos, tuve curiosidad en averiguar en qué consistía aquello, y entonces yo también comencé a golpear la pared en la misma forma en que había sido golpeada antes, pero nadie contestó a mis golpes. Nunca volvió a suceder aquello.

Supe más tarde, cuando ya estaba en libertad, que lo que querían comunicarme era lo que había ocurrido al General Somoza García después de los sucesos del 21 de Septiembre y que lo probable era que me habrían de fusilar y que si yo deseaba podrían facilitarme los medios de escaparme de la prisión.

Al saber esto, comprendí que había sido mejor el no haber puesto atención alguna a aquellas señales, porque quizás me hubieran dado deseos de escaparme, y posiblemente hubiera perecido en el intento.

Sobre este particular deseo hacer notar que siempre he sido opuesto a los escapes de prisiones. Yo nunca me he escapado de una prisión en las que tantas veces he estado durante mi azarosa vida política. No me escapé, por ejemplo, cuando en tiempos de Zelaya venía de Bluefields hecho prisionero después de la abortada revolución del General Juan Pablo Reyes, a pesar de que en San Juan del Norte se me presentaron todas las facilidades para hacerlo. Yo tengo cierta aversión personal a escapar de una prisión.

Raro tratamiento médico

Volviendo a mi narración de los días en que estuve en el Hospital Militar diré que todos los días me daban medicamentos y me hacían exámenes personales y de laboratorio. Yo observaba, sin embargo, que estaba tomando muchas drogas.

Un día de tantos un sirviente del Hospital logró decirme que él era amigo mío porque su madre había sido empleada de mi casa y quería advertirme que estaban poniendo drogas en mi comida y que en lo de adelante él me iba a señalar, de manera disimulada, cuáles platos debía comer y cuáles no. Y así fue que en muchas ocasiones, cuando me llevaba las viandas, me hacía indicaciones que me daban a entender de cuales platos no debía probar bocado.

Naturalmente aquello se volvió un martirio para mí, pues algunas veces no llegaba el mismo sirviente y entonces yo no sabía cuál de los platos contenía la droga que me pudiera producir daños y en esos casos optaba por no comer del todo.

Aquella intranquilidad a la hora de las comidas me molestaba grandemente y el pensar que podrían envenenarme se volvió una especie de obsesión. De que ese era el propósito al administrarme tanta dro-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ga, no tenía duda alguna, como me lo confirmara el aviso oportuno del sirviente.

En otra ocasión, uno de los empleados de la Farmacia del Hospital, me advirtió que no debería tomar cierta medicina que me habrían de llevar esa misma noche, porque esa misma noche iban a acabar conmigo si yo la tomaba.

En efecto, a eso de las nueve de la noche llegó un asistente con la medicina, pero como yo estaba sobre aviso, no quise tomarla, y como previamente me había armado con una varilla de hierro de las que sirven para el mosquitero, varilla que había puesto al alcance de la mano en cualquier momento que la necesitara, me acerqué al sitio donde la tenía por si acaso el asistente tomara la determinación de hacérmela tomar a la fuerza.

Afortunadamente el hombre no insistió en darme la medicina que yo rehusaba, pues quién sabe qué hubiera sido de mí si al él insistir y querer usar de la fuerza para dármela, yo le hubiera golpeado con la varilla de hierro que tenía a mi alcance.

Realmente es extraño que los médicos del Hospital Militar hubiesen recetado tantas drogas y administrado tantas medicinas a un enfermo como yo, una persona de edad. Posiblemente su intención era la de curarme de mis dolencias, pero las medicinas me producían serias reacciones, las que ellos no advertían por la constante incomunicación en que se mantenían conmigo. Yo he estado en una incomunicación que solo en Rusia podría ser igual.

Cercano a la locura

Debo confesar que durante mi permanencia en el Hospital Militar, ya fuese por el abuso de las drogas o por efecto de la misma enfermedad de que adolecía, efecto del tratamiento infrahumano a que estuve sometido en la celda de la Compañía A, lo cierto es que yo no estaba completamente equilibrado, quiero decir, en mi sano juicio.

Muchas veces mi cerebro se imaginaba cosas que no existían, y quizás algunas de estas cosas que yo he tenido por ciertas, no lo fueron en realidad. Por ejemplo, una vez llegué a pensar que uno de mis antepasados, un Chamorro, en uno de sus viajes a Europa había dejado una suma de dinero depositada en un Banco y que esa suma había ido creciendo a través de los años hasta llegar a ser una suma fabulosa y que esa suma me pertenecía. Se me venía a la mente la idea de que la Guardia Nacional me iba a sacar de la prisión para llevarme a Europa a reclamar aquel dinero.

Estas elucubraciones de mi cerebro me asaltaban corrientemente de noche. Quizás fueran pesadillas o sueños que persistieran durante la vigilia. Lo cierto es que sufría de esas alucinaciones de mi cerebro y que después de haber salido del Hospital y de la prisión, me sometí al tratamiento del Doctor Mario Flores Ortiz, quien me dio las medicinas necesarias para vigorizar mi cerebro y todo aquello fue desapareciendo por completo.

A Consejo de Guerra

Llegó por fin el momento del Consejo de Guerra de Noviembre, al que me citaron para dar mi declaración. Tenía por entonces 3 meses de estar prisionero en las condiciones que he descrito en los párrafos anteriores.

Durante el Consejo, en un momento de mi declaración, el Mayor Medal me hizo una pregunta que no recuerdo bien sobre qué era. No tengo presente tampoco cual fué mi contestación, pero sí recuerdo que en ese momento fue cuando supe por primera vez que el General Somoza García había sido herido. Cuando yo le mostré extrañeza al tener de sus labios esas noticias, le pregunté: "Y es que el General Somoza ha sido herido acaso?" A lo que me contestó el Mayor Medal: "No venga usted con esas hipocresías, haciéndose ahora el que no sabe lo que ha ocurrido!". A lo que yo respondí: "Créame usted sinceramente que si yo lo hubiera sabido, lo hubiera lamentado, como lo lamento ahora".

Y en verdad, lamento sinceramente que el General Somoza García haya perdido la vida en la forma en que la perdió.

Yo no tenía más que decir, y en ese momento receso el Consejo.

Invitado a quedarme en el Campo de Marte para continuar mi declaración por la tarde, fuí conducido a un lugar por donde pasó el Coronel Zepeda a quien conocía personalmente y a quien detuve para preguntarle si lo que había dicho el Mayor Medal era cierto, es decir, lo de la herida del General Somoza García y allí me la confirmó el Coronel Zepeda y me informó, además, que el General había muerto a consecuencia de las heridas. Ese fue el primer día en que yo tuve la noticia de la herida y muerte del General Somoza, noticia que recibí por medio de los miembros del Consejo mismo que me estaba juzgando.

Cañoneo lejano

Yo no había tenido noticia, hasta ese momento, ni siquiera por sospechas de semejante acontecimiento, no obstante que el día de su entierro yo oí un cañoneo que me pareció era en un subterráneo, y así se lo dije en mi declaración a los del Consejo.

Recuerdo que ese día yo claramente oí un cañoneo de unas piezas de artillería en el Campo de Marte, pero como digo, las oí como dentro de un subterráneo, y así se los dije a los oficiales del Consejo, más ellos ni me lo negaron ni me lo confirmaron.

Otro extraño incidente

Se me olvidaba referir que una noche, mientras estaba en la celda de la Compañía A, llevaron a un reo aparentemente condenado a muerte. Este individuo daba gritos lastimeros, pedía por misericordia que no lo fusilaran, y daba voces acerca de que sus hijitos se quedarían huérfanos y abandonados.

A mi me pareció que todo aquello era una burda comedia. Eso de que llegara un médico a prepararlo, a ponerle inyecciones para que se le calmaran los nervios, y después oír las órdenes para que se alistara el pelotón que habría de ejecutarlo, me pareció era una maniobra para atemorizarme, porque nunca me habían sacado de la celda a altas horas de la noche como me sacaron en esa ocasión, con el sólo objeto de que pasara por la celda donde estaba el presunto condenado a muerte y que yo me diera cuenta de lo que estaba sucediendo.

Con excepción de ese incidente, nunca oí nada extraordinario. Tampoco oí que torturaran a álguien, como dicen que se oía donde estaban Pedro Joaquín Chamorro y los otros prisioneros.

A veces me daba cuenta de que llegaban gentes a prisión. Yo no podía ver a nadie, pero oía los pasos en el pasadizo frente a la puerta de mi celda.

Así fueron pasando los días y las noches. Largas noches de vigilia en las que meditaba y recordaba mis días de lucha por la libertad de Nicaragua.

Elección de Don Luis

Después vinieron los días de la elección de don Luis Somoza, días que fueron precedidos por agitaciones candidaturales. En esos días se sentía gran agitación en la prisión, porque según pude captar habían tres bandos en la Guardia: uno que estaba por la elección de Luis, otro que quería la elección de su hermano el Jefe Director de la Guardia Nacional, y un tercer bando que adversaba abiertamente la continuación de los Somozas en el poder y este bando hasta hablaba de levantarse en armas.

Nunca pude darme cuenta qué elementos de la Guardia estaban en alguno de los tres bandos, pero sí de la existencia de los mismos.

Pasadas que fueron las elecciones, en las que, naturalmente, resultó electo Don Luis Somoza, un día de tantos se apareció una comisión compuesta por el Doctor Eduardo Conrado Vado, General Carlos Rivers

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Delgadillo y el Doctor Adán Sequeira Arellano. Estos señores llegaron a visitarme y a participarme que había la posibilidad de que saliera muy pronto de la prisión. Y en efecto, algunos días después llegaron esos mismos señores a sacarme. Ya para salir me invitaron a ir a darle las gracias por mi libertad al General Somoza Debayle, quien, me dijeron, estaba interesado en libertarme.

Cuando llegamos a la oficina del Jefe Director, éste estaba conversando con su cuñado el Doctor Guillermo Sevilla Sacasa. Al verme el Doctor Sevilla Sacasa alargó la mano para saludarme, más el General Somoza Debayle no me saludó.

Después, al conversar con él, me mencionó la muerte de su padre y yo le protesté mi inocencia absoluta. No supe cómo recibió mis palabras, pero después de una pequeña pausa, me dijo que me daría la casa por cárcel por algunos días y que después de ellos, podría seguir saliendo con toda libertad.

Esta fue la última vez que he visto o hablado con el General Somoza Debayle. No he tenido oportunidad, desde entonces, de volverlo a hacer.

La casa por cárcel

Debo manifestar que a diferencia de la ocasión de la estadía en Granada con la casa por cárcel, en la que siempre estaba un Guardia de centinela, en esta ocasión no tenía Guardia a la puerta. Sin embargo, yo no abusé de la confianza que se había puesto en mi palabra. Con todo, pasados algunos días, pedí por teléfono permiso para salir a la calle e inmediatamente se me concedió. Después pedí permiso para ir por unos días a Río Grande y se me concedió también. Poco a poco fuí adquiriendo la libertad completa.

Algún tiempo después pedí a la Corte Suprema de Justicia me diera una declaración sobre la restauración de mis derechos ciudadanos y la Corte me contestó favorablemente. Esperaba que después de la declaración de la Corte la Cámara del Senado me restaurara, de motu proprio, mi derecho constitucional a la Senaduría Vitalicia.

Sobre este particular debo decir, sin embargo, que aunque se me reconociera ese derecho no haría uso de él por dos razones:

Primera, porque el Senado no tiene iniciativa alguna para promover el progreso del país, ya que toda iniciativa debe provenir del Poder Ejecutivo o de la Cámara de Diputados.

Segunda, porque estoy en completo desacuerdo con el régimen continuista que ha establecido la familia Somoza, y por lo tanto, no me sentiría a gusto al estar ocupando una posición bajo su régimen.

Ultima conversación con el Gral Somoza García

Así como en párrafo anterior he hecho referencia a la última vez que he hablado con el General Somoza Debayle, deseo hacer aquí referencia a la última vez que hablé con el General Somoza García.

Recuerdo que esa ocasión fue al principio del mes de Agosto de 1956, después de una sesión de la Pasteurizadora. El me invitó a ir con él a su hacienda Santa Anita cerca de Managua. Acepté su invitación pues sabía que siempre que él me hacía invitaciones de esa clase era porque quería hablar conmigo de algún asunto político de importancia.

Salimos de Managua junto con el Dr. Luis M. Debayle esa misma tarde después de la sesión, y pasamos primero por una finca que Somoza le había comprado a los hermanos Zamora, donde vimos un ganado que estaba recién traído de Boston. Eran unos preciosos animales. Después nos fuimos a Santa Anita y allí vimos un ganado Nelore. Estando en Santa Anita él intentó iniciar una conversación sobre sus propósitos de reelección pero no recuerdo por qué motivo, quizás por alguna interrupción que tuviera, o porque cambiara de parecer, el hecho es que no lo hizo abiertamente. Yo, sin embargo, le hablé de la cuestión municipal, especialmente en los municipios reconocidamente conservadores en los que él estorbaba la actuación de los Alcaldes de nuestro Partido, los que no podían desarrollar bien sus trabajos municipales, porque nombraba Tesoreros que eran adversos al Alcalde.

En esa ocasión me prometió que procuraría establecer la uniformidad en las Alcaldías conservadoras y así lo hizo en Granada, donde el Alcalde don Horacio Guzmán tuvo un Tesorero conservador con el que pudo desarrollar algunos trabajos en beneficio de la comunidad.

Epílogo

Considero que hasta aquí he llenado mi propósito de dar a conocer los principales acontecimientos que durante mi vida se han sucedido y en los que he tomado participación directa. Con lo escrito creo dar por terminadas mis Memorias.

Al cerrar la relación de mi Autobiografía sobre los sucesos importantes de mi vida que han sucedido hasta el presente, quiero dejar en todos los nicaragüenses la esperanza que yo mismo tengo en el corazón: de que todavía podré ver la Liberación de Nicaragua.

Desde hace varios años he dicho en muchas conversaciones privadas, y aún en discursos públicos, que yo invitaba a todos los jóvenes conservadores para que hicieran por la liberación de Nicaragua lo mismo que yo hice contra la Dictadura de Zelaya. Que yo ya me sentía sin fuerzas suficientes para eso, por mi ancianidad, pero que aún con todos estos años que tengo encima, que pasan de los noventa, pido a Dios me dé el tiempo de vida necesario para poder cooperar en lo que pueda para el triunfo de la Democracia en Nicaragua. Solamente de esta manera creo que han tenido un sentido de permanencia todas mis luchas y sacrificios anteriores de mi vida, solamente de esta manera podré descansar tranquilo.

Para terminar la historia de mi vida que he narrado con sinceridad y franqueza en estas páginas de REVISTA CONSERVADORA, deseo hacer también una referencia final a algo exclusivamente personal e íntimo, como es el hecho que al cerrar este último capítulo de mi Autobiografía, cierro también mi casa de habitación en Managua para trasladarme por el tiempo que Dios quiera darme vida a mi hacienda Río Grande. Y al cerrar esta casa que no ha sido de mi exclusiva propiedad, dejo abierta en el Cementerio de Managua, la fosa que ha de ser mi última, propia y definitiva morada.

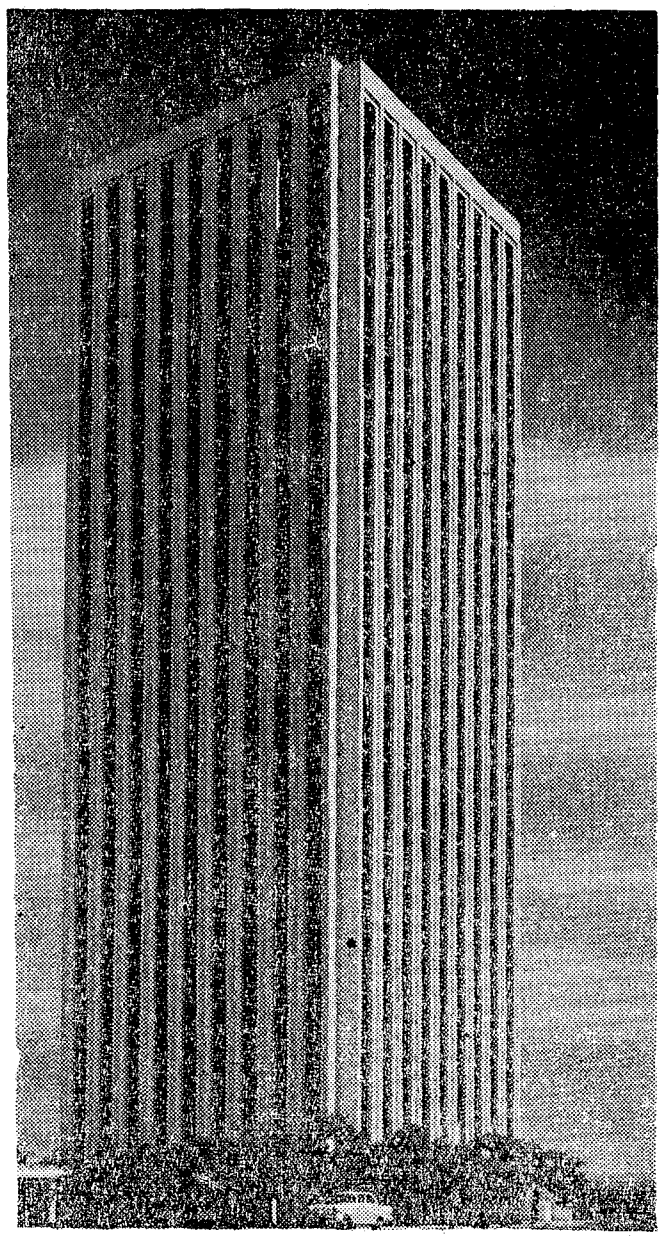
En esta morada, sobre dos losas que han de cubrir los despojos mortales de quien fuera mi amante compañera y los míos propios, he hecho grabar dos inscripciones que me parecieron muy apropiadas y que me fueron sugeridas por el Ingeniero Eduardo Chamorro, arquitecto y diseñador de nuestro mausoleo.

La inscripción que se habrá de leer sobre mi tumba, dice: "...Y se mantuvo firme en la brecha por su pueblo" (Eclesiástico), y sobre la tumba de Lastenia, mi esposa, se lee: "Donde tu vayas iré yo, donde seas enterrado, seré enterrada" (Ruth).

Y con esto me despido de mis lectores y amigos.

F I N

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org



Proyecto del nuevo edificio del Banco de América, Oficina Principal, Managua; diseñado por Edward Durrell Stone, Arquitecto, y Eduardo Chamorro, Arquitecto Asociado.

BANCO DE AMERICA

NICARAGUA

SERIEDAD PRESTIGIO

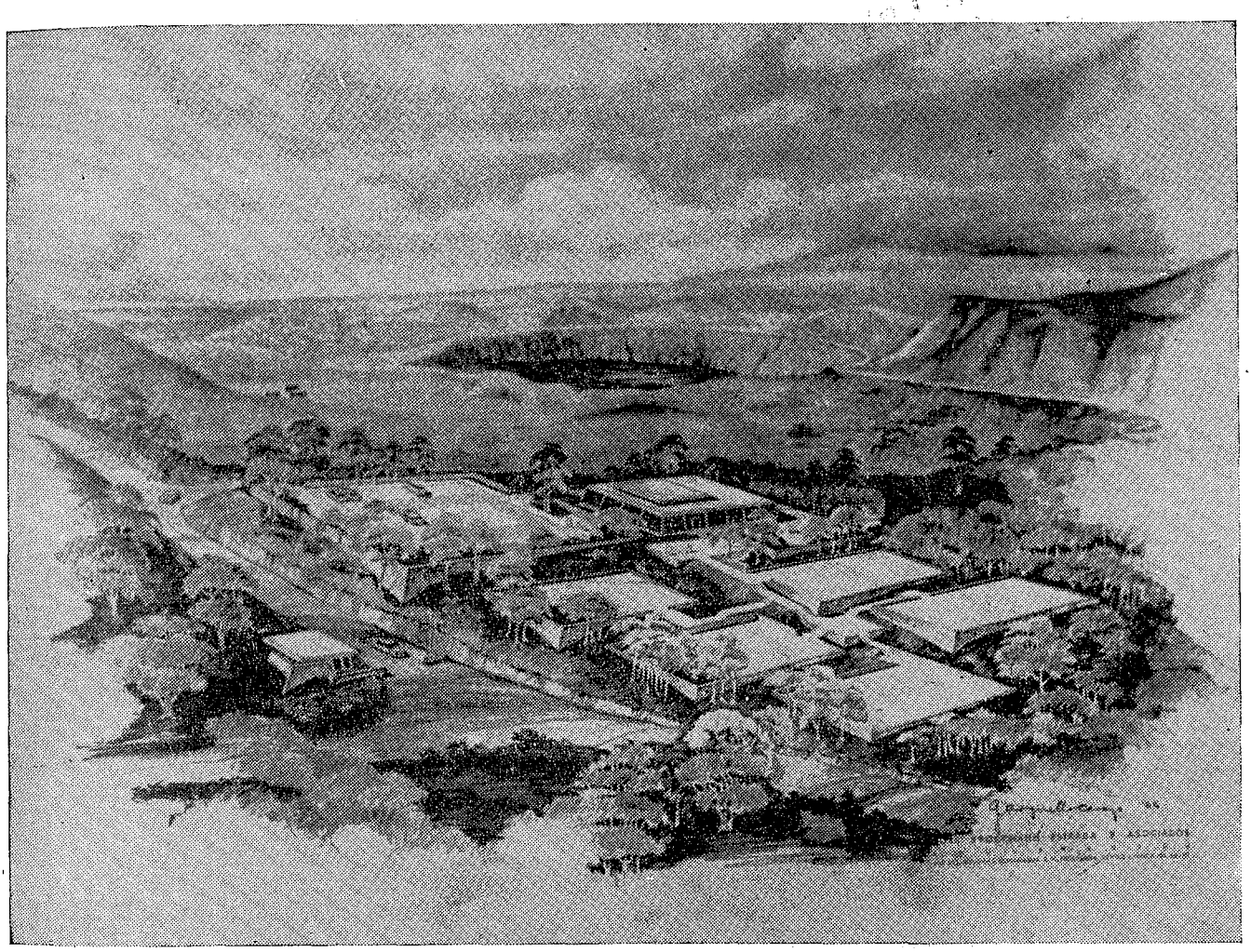
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

La Cuesta Country Club

PRIMERA GRAN REALIZACION DE

PROMOCIONES E INVERSIONES S. A.

(PROMINSA)



Sector deportivo en construcción.

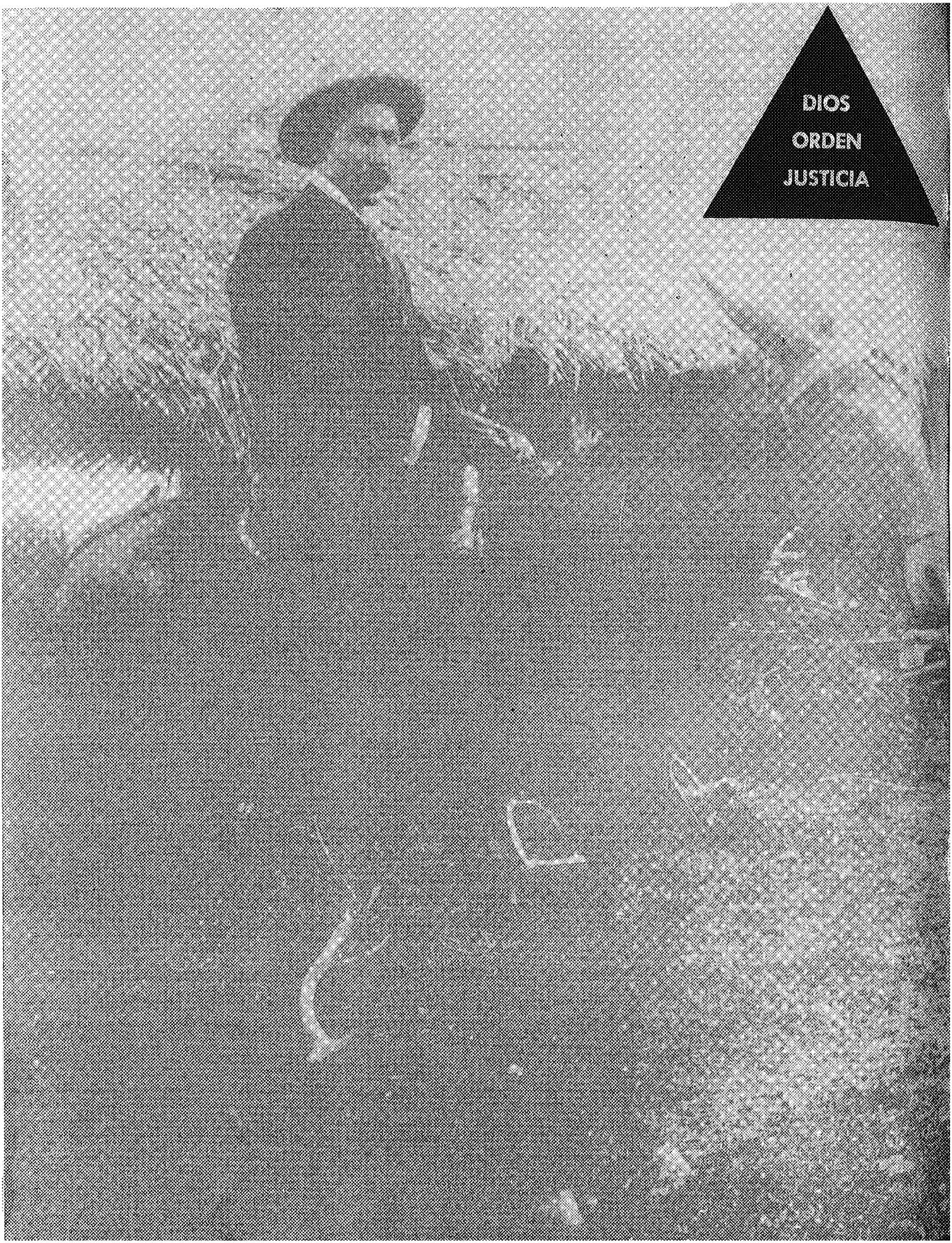
PROMINSA

PROMOCIONES E INVERSIONES S. A.

Ave. Bolívar Norte N° 204-4 — Tel. 4868

Managua

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org



Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org